3 1761 09544988 0

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

OBRAS

DEL

P. M. Fr. LUIS DE LEON.

L3
L579M

OBRAS

DEL P. MTRO.

FR. LUIS DE LEON,

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTIN,

RECONOCIDAS Y COTEJADAS CON VARIOS MANUSCRITOS AUTÉNTICOS

POR EL

P. M. FRAY ANTOLIN MERINO,

DE LA MISMA ORDEN.

TOMO III.

Los Nombres de Cristo.

La Perfecta Casada.

36130

Con licencia del Ordinario.

MADRID:
COMPAÑIA DE IMPRESORES Y LIBREROS DEL REINO,
S. BERNARDO, 92
1885.

EN SU ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
Á CARGO DE D. A. AVRIAL.

DEL MAESTRO
FR. LUIS DE LEON,
EL LIBRO PRIMERO
DE LOS NOMBRES DE CRISTO.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO DEL CONSEJO DE S. M. Y DEL DE LA SANTA Y GENERAL INQUISICION.

INTRODUCCIÓN.

Dase razón y motivo de la obra.

De las calamidades de nuestros tiempos, que como vemos, son muchas y muy graves, una es, y no la menor de todas, muy Ilustre Señor, el haber venido los hombres á disposición, que les sea ponzoña, lo que les solía ser medicina y remedio. Que es también claro indicio de que se les acerca su fin, y de que el mundo está vecino á la muerte, pues la halla en la vida. Notoria cosa es, que las Escrituras que llamamos Sagradas, las inspiró Dios á los Profetas que las escribieron, para que nos fuesen en los trabajos de esta vida consuelo, y en las tinieblas y errores de ella clara y fiel luz; y para que en las llagas, que hacen en nuestras almas la pasión y el pecado, allí, como en oficina general, tuviésemos para cada una propio y saludable remedio. Y porque las escribió para este fin, que es universal, también es manifiesto que pretendió que el uso de ellas fuese común á todos, y así cuanto es de su parte, lo hizo: porque las compuso con palabras llanísimas y en lengua que era vulgar á aquellos á quien las dió primero.

Y después, cuando de aquellos juntamente con el verdadero conocimiento de Jesucristo, se comunicó y traspasó tam-

bién este tesoro á las gentes, hizo que se pusiesen en muchas lenguas, y casi en todas aquellas que entonces eran más generales y más comunes, porque fuesen gozadas comunmente de todos. Y así fué, que en los primeros tiempos de la Iglesia, y en no pocos años después, era gran culpa en cualquier de los fieles, no ocuparse mucho en el estudio y lección de los libros divinos. Y los eclesiásticos, y los que llamamos seglares, así los doctos, como los que carecían de letras, por esta causa trataban tanto de este conocimiento, que el cuidado de los vulgares despertaba el estudio de los que por su oficio son maestros, quiero decir, de los Prelados y Obispos: los cuales de ordinario en sus iglesias casi todos los dias declaraban las santas Escrituras al pueblo, para que la lección particular, que cada uno tenía de ellas en su casa, alumbrada con la luz de aquella doctrina pública, y como regida con la voz del maestro, careciese de error y fuese causa de más señalado provecho. El cual á la verdad fué tan grande, cuanto aquel gobierno era bueno: y respondió el fruto á la sementerá, como lo saben los que tienen alguna noticia de la historia de aquellos tiempos. Pero, como decía, esto que de suyo es tan bueno, y fué tan útil en aquel tiempo, la condición triste de nuestros siglos, y la experiencia de nuestra grande desventura, nos enseñan que nos es ocasión agora de muchos daños. Y ansí los que gobiernan la Iglesia, con maduro consejo, y como forzados de la misma necesidad, han puesto una cierta y debida tasa en este negocio; ordenando, que los libros de la Sagrada Escritura no anden en lenguas vulgares, de manera que los ignorantes los puedan leer; y como á gente animal y tosca, que ó no conocen estas riquezas, ó si las conocen, no usan bien de ellas, se las han quitado al vulgo de entre las manos.

Y si alguno se maravilla, como á la verdad es cosa que hace maravillar, que en gentes que profesaban una misma religión haya podido acontecer, que lo que antes les aprovechaba, les dañe agora, y mayormente en cosas tan sustanciales; y si desea penetrar á la orígen de aqueste mal, conociendo sus fuentes; digo, que á lo que yo alcanzo, las causas de esto son dos, ignorancia y soberbia, y más soberbia que ignorancia; en los cuales males ha venido á dar poco á poco el

pueblo cristiano, decayendo de su primera virtud. La ignorancia ha estado de parte de aquellos á quien incumbe el saber y el declarar estos libros; y la soberbia de parte de los mismos, y de los demás todos, aunque en diferente manera. Porque en estos la soberbia y el pundonor de su presunción, y el título de maestros, que se arrogaban sin merecerlo, les cegaba los ojos, para que ni conociesen sus faltas, ni se persuadiesen á que les estaba bien poner estudio y cuidado en aprender lo que no sabían y se prometían saber. Y á los otros aqueste humor mismo, no sólo les quitaba la voluntad de ser enseñados en estos libros y letras, mas les persuadía también, que ellos las podían saber y entender por sí mismos. Y ansí presumiendo el pueblo de ser maestro, y no pudiendo, como convenía, serlo los que lo eran, ó debían de ser; convertíase la luz en tinieblas, y leer las Escrituras el vulgo le era ocasión de concebir muchos y muy perniciosos errores, que brotaban y se iban descubriendo por horas.

Mas si como los Prelados eclesiásticos pudieron quitar á los indoctos las Escrituras, pudieran también ponerlas y asentarlas en el deseo, y en el entendimiento, y en la noticia de los que las han de enseñar; fuera menos de llorar aquesta miseria. Porque estando estos, que son como cielos, llenos y ricos con la virtud de aqueste tesoro, derivárase de ellos necesariamente gran bien en los menores, que son el suelo sobre quien ellos influyen. Pero en muchos es esto tan al revés, que no sólo no saben aquestas letras, pero desprecian, ó á lo menos muestran preciarse poco, y no juzgar bien de los que las saben. Y con un pequeño gusto de ciertas cuestiones contentos é hinchados, tienen títulos de maestros Teólogos, y no tienen la Teología: de la cual, como se entiende, el principio son las cuestiones de la escuela; y el crecimiento la doctrina que escriben los santos; y el colmo y perfección, y lo más alto de ella, las letras sagradas: á cuyo entendimiento todo lo de antes, como á fin necesario, se ordena.

Mas dejando estos, y tornando á los comunes del vulgo, á este daño, de que por su culpa y soberbia se hicieron inútiles para la lección de la Escritura divina, háseles seguido otro daño, no sé si diga peor, que se han entregado sin rienda á la lección de mil libros, no solamente vanos, sino señala-

damente dañosos: los cuales como por arte del demonio, como faltaron los buenos, en nuestra edad más que en otra han crecido. Y nos ha acontecido lo que acontece á la tierra, que cuando no produce trigo, da espinas. Y digo que este segundo daño en parte vence al primero, porque en aquel pierden los hombres un grande instrumento para ser buenos, mas en este le tienen para ser malos: allí quítasele á la virtud algún gobierno, aquí dase cebo á los vicios. Porque si, como alega San Pablo (I. ad Corinth., cap. xv, v. 33), *las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres*; el libro torpe y dañado, que conversa con el que le lee á todas horas y á todos tiempos, qué no hará? ó cómo será posible, que no crie viciosa y mala sangre el que se mantiene de malezas y de ponzoñas? Y á la verdad, si queremos mirar en ello con atención y ser justos jueces, no podemos dejar de juzgar, sino que de estos libros perdidos y desconcertados, y de su lección, nace gran parte de los reveses y perdición que se descubren continuamente en nuestras costumbres: y de un sabor de gentilidad y de infidelidad, que los celosos del servicio de Dios sienten en ellas, que no se yo si en edad alguna del pueblo cristiano se ha sentido mayor, á mi juicio el principio, y la raíz, y la causa toda, son estos libros. Y es caso de gran compasión, que muchas personas simples y puras se pierden en este mal paso antes que se adviertan de él; y como sin saber de dónde, ó de qué, se hallan emponzoñadas, y quiebran simple y lastimosamente en esta roca encubierta. Porque muchos de estos malos escritos ordinariamente andan en las manos de mujeres doncellas y mozas, y no se recatan de ello sus padres; por donde las más veces les sale vano y sin fruto todo el demás recato que tienen.

Por lo cual, como quiera que siempre haya sido provechoso y loable el escribir sanas doctrinas, que despierten las almas ó las encaminen á la virtud; en este tiempo es ansí necesario, que á mi juicio todos los buenos ingenios, en quien puso Dios partes y facultad para semejante negocio, tienen obligación á ocuparse en él, componiendo en nuestra lengua par el uso común de todos algunas cosas, que, ó como nacidas de las sagradas letras, ó como allegadas y conformes á ellas, suplan por ellas cuanto es posible, con el común me-

nester de los hombres; y juntamente les quiten de las manos, sucediendo en su lugar de ellos, los libros dañosos y de vanidad.

Y aunque es verdad que algunas personas doctas y muy religiosas han trabajado en aquesto bien felizmente en muchas escrituras, que nos han dado, llenas de utilidad y pureza; mas no por eso los demás que pueden emplearse en lo mismo, se deben tener por desobligados, ni deben por eso lanzar de las manos la pluma. Pues en caso que todos los que pueden escribir escribiesen, todo ello sería mucho menos, no sólo de lo que se puede escribir en semejantes materias, sino de aquello que conforme á nuestra necesidad, es menester que se escriba: ansí por ser los gustos de los hombres, y sus inclinaciones tan diferentes, como por ser tantas ya, y tan recibidas las escrituras malas, contra quien se ordenan las buenas. Y lo que en las baterías y cercos de los lugares fuertes se hace en la guerra, que los tientan por todas partes, y con todos los ingenios que nos enseña la facultad militar; eso mismo es necesario que hagan todos los buenos y doctos ingenios agora, sin que uno se descuide con otro en un mal uso tan torreado y fortificado, como es este de que vamos hablando.

Yo ansí lo juzgo y juzgué siempre. Y aunque me conozco por el menor de todos los que en esto que digo pueden servir á la Iglesia, siempre la deseé servir en ello como pudiese: y por mi poca salud, y muchas ocupaciones no lo he hecho hasta agora. Mas ya que la vida pasada, ocupada y trabajosa, me fué estorbo para que no pusiese este mi deseo y juicio en ejecución; no me parece que debo perder la ocasión de este ócio, en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto. Porque aunque son muchos los trabajos que me tienen cercado; pero el favor largo del cielo que Dios, padre verdadero de los agraviados, sin merecerlo me da, y el testimonio de la conciencia, en medio de todos ellos, han serenado mi ánima con tanta paz, que no sólo en la enmienda de mis costumbres, sino también en el negocio y conocimiento de la verdad, veo agora, y puedo hacer lo que antes no hacía. Y háme convertido este trabajo el Señor en mi luz y salud. Y con las manos de los que me pretendían dañar ha

sacado mi bien. A cuya excelente y divina merced en alguna manera no respondería yo con el agradecimiento debido, si agora que puedo, en la forma que puedo, y según la flaqueza de mi ingenio y mis fuerzas, no pusiese cuidado en aquesto, que á lo que yo juzgo, es tan necesario para el bien de sus fieles.

§. I.

Introdúcese en el asunto con la idea de un coloquio que tuvieron tres amigos en un deporte.

Pues á este propósito me vinieron á la memoria unos razonamientos, que en los años pasados tres amigos mios, y de mi Orden, los dos de ellos hombres de grandes letras é ingenio, tuvieron entre sí por cierta ocasión acerca de los Nombres, con que es llamado Jesucristo en la Sagrada Escritura. Los cuales me refirió á mí poco después el uno de ellos, y yo por su cualidad no los quise olvidar. Y deseando yo agora escribir alguna cosa, que fuese útil al pueblo de Cristo, hame parecido, que comenzar por sus nombres, para principio es el más feliz y de mejor anuncio; y para utilidad de los lectores la cosa de más provecho; y para mi gusto particular, la materia más dulce y más apacible de todas. Porque ansí como Cristo nuestro Señor es como fuente, ó por mejor decir, como Océano, que comprende en sí todo lo provechoso y lo dulce, que se reparte en los hombres; ansí el tratar de él, y como si dijésemos, el desenvolver aqueste tesoro, es conocimiento dulce y provechoso más que otro ninguno. Y por orden de buena razón se presupone á los demás tratados y conocimientos aqueste conocimiento. Porque es el fundamento de todos ellos, y es como el blanco adonde el cristiano endereza todos sus pensamientos y obras. Y ansí lo primero á que debemos dar asiento en el ánima es á su deseo, y por la misma razón, á su conocimiento, de quien nace, y con quien se enciende y acrecienta el deseo. Y la propia y verdadera sabiduría del hombre, es saber mucho de Cristo: y á la verdad es la más alta y más divina sabiduría de todas. Porque entenderle á él,

es entender todos los tesoros de la sabiduría de Dios, que como dice San Pablo (Ad Coloss. c. II, v. 3), están en él encerrados; y es entender el infinito amor que Dios tiene á los hombres, y la majestad de su grandeza, y el abismo de sus consejos sin suelo, y de su fuerza invencible el poder inmenso, con las demás grandezas y perfecciones que moran en Dios, y se descubren y resplandecen, más que en ninguna parte, en el misterio de Cristo. Las cuales perfecciones todas, ó gran parte de ellas, se entenderán, si entendiéremos la fuerza y la significación de los Nombres que el Espíritu Santo le da en la divina Escritura. Porque son estos Nombres como unas cifras breves, en que Dios maravillosamente encerró todo lo que acerca de esto el humano entendimiento puede entender, y le conviene que entienda.

Pues lo que en ello se platicó entonces, recorriendo yo la memoria de ello después, casi en la misma forma como á mí me fué referido, y lo más conforme que ha sido posible al hecho de la verdad, ó á su semejanza, habiéndolo puesto por escrito, lo envío agora á Vm. á cuyo servicio se enderezan todas mis cosas.

—Era por el mes de Junio, á las vueltas de la fiesta de San Juan, á tiempo que en Salamanca comienzan á cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo (que ansí le quiero nombrar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré á los demás) después de una carrera tan larga como es la de un año, en la vida que allí se vive, se retiró, como á puerto sabroso, á la soledad de una granja, que como Vm. sabe, tiene mi monasterio en la ribera de Tormes, y fuéronse con él, por hacerle compañía, y por el mismo respeto, los otros dos. Adonde habiendo estado algunos dias, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al Apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa á la huerta que se hace delante de ella.

Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin órden; mas eso mismo hacía deleite en la vista, y sobre todo la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero y por un espacio pequeño se anduviéron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos

á la sombra de unas parras, y junto á la corriente de una pequeña fuente en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa á las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte, y corriendo y estropezando, parecía reirse. Tenían también delante de los ojos, y cerca de ellos, una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el rio Tormes, que aun en aquel tiempo hinchiendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo; y la hora muy fresca. Ansí que asentándose, y callando por un pequeño tiempo después de sentados, Sabino (que ansí me place llamar al que de los tres era el más mozo), mirando hácia Marcelo, y sonriéndose comenzó á decir ansí:

Algunos hay, á quien la vista del campo los enmudece, y debe ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo como los pájaros en viendo lo verde, deseo ó cantar, ó hablar.—

Bien entiendo por qué lo decís, respondió al punto Marcelo, y no es alteza de entendimiento, como dais á entender por lisonjearme, ó por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes que nos predominan, y se despiertan con esta vista, en vos de sangre, y en mí de melancolía. Mas sepamos, dice, de Juliano (que este será el nombre del otro tercero), si es pájaro también, ó si es de otro metal.—

No soy siempre de uno mismo, respondió Juliano, aunque agora al humor de Sabino me inclino algo más. Y pues él no puede razonar consigo mismo, mirando la belleza del campo, y la grandeza del cielo; bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podrémos hablar.—

Entonces Sabino, sacando del seno un papel escrito, y no muy grande, aquí, dice, está mi deseo y mi esperanza.—

Marcelo que reconoció luégo el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo vuelto á Sabino, y riéndose: No os atormentará mucho el deseo á lo ménos, Sabino, pues tan en la mano tenéis la esperanza; ni aun deben ser ni lo uno ni lo otro muy ricos, pues se encierrran en tan pequeño papel.—

Si fueren pobres, dijo Sabino, ménos causa tendréis para no satisfacerme en una cosa tan pobre.—

En qué manera, respondió Marcelo, ó qué parte soy yo

para satisfacer á vuestro deseo, ó qué deseo es el que decis?

Entonces Sabino, desplegando el papel, leyó el título, que decía *De los Nombres de Cristo;* y no leyó más, y dijo luégo: Por cierto caso hallé hoy este papel, que es de Marcelo, adonde, como parece, tiene apuntados algunos de los nombres con que Cristo es llamado en la sagrada Escritura, y los lugares de ella, adonde es llamado ansí. Y como le ví, me puso codicia de oirle algo sobre aqueste argumento; y por eso dije, que mi deseo estaba en este papel. Y está en él mi esperanza también; porque como parece de él, este es argumento, en que Marcelo ha puesto su estudio y cuidado, y argumento que le debe tener en la lengua: y ansí no podrá decirnos agora, lo que suele decir cuando se excusa, si le obligamos á hablar, que le tomamos desapercibido. Por manera que pues le falta esta excusa, y el tiempo es nuestro, y el día santo, y la sazón tan á propósito de pláticas semejantes; no nos será dificultoso el rendir á Marcelo, si vos, Juliano, me favorecéis.—

En ninguna cosa me hallaréis más á vuestro lado, Sabino, respondió Juliano.—Y dichas y respondidas muchas cosas en este propósito, porque Marcelo se excusaba mucho, ó á lo ménos pedía que tomase Juliano su parte, y dijese también, y quedando asentado, que á su tiempo, cuando pareciese, ó si pareciese ser menester, Juliano haría su oficio; Marcelo, vuelto á Sabino, dijo ansí: Pues el papel ha sido el despertador de esta plática, bien será que él mismo nos sea la guía en ella. Id leyendo, Sabino, en él, y de lo que en él estuviere, y conforme á su órden, ansí irémos diciendo, si no os parece otra cosa.—

Antes nos parece lo mismo, respondiéron como á una Sabino y Juliano; y luégo Sabino, poniendo los ojos en el escrito, con clara y moderada voz leyó ansí:

§. II.

Explícase qué viene á ser nombre, qué oficio tiene, por qué fin se introdujo, y en qué manera se suele poner.

Los nombres, que en la Escritura se dan á Cristo, son muchos, ansí como son muchas sus virtudes y oficios; pero los principales son diez, en los cuales se encierran, y como reducidos recogen los demás, y los diez son estos.

Primero que vengamos á eso, dijo Marcelo alargando la mano hácia Sabino para que se detuviese, convendrá que digamos algunas cosas, que se presuponen á ello, y convendrá que memos el salto, como dicen, de más atras: y que guiando el agua de su primer nacimiento, tratemos qué cosa es esta que llamamos Nombre, y qué oficio tiene, y por qué fin se introdujo, y en qué manera se suele poner; y aun ántes de todo esto hay otro principio. —

Qué otro principio, dijo Juliano, hay que sea primero, que el ser de lo que se trata, y la declaración de ello breve, que la escuela llama, definición? —

Que como los que quieren hacerse á la vela, respondió Marcelo, y meterse en la mar, antes que desplieguen los lienzos, vueltos al favor del cielo, le piden viaje seguro: ansí agora en el principio de una semejante jornada, yo por mí, ó por mejor decir, todos por mí, pidamos á Ese mismo de quien habemos de hablar, sentidos y palabras, cuales convienen para hablar de Él. Porque si las cosas menores, no sólo acabarlas no podemos bien, mas ni emprenderlas tampoco, sin que Dios particularmente nos favorezca; ¿quién podrá decir de Cristo, y de cosas tan altas, como son las que encierran los Nombres de Cristo, si no fuere alentado con la fuerza de su espíritu? Por lo cual desconfiando de nosotros mismos, y confesando la insuficiencia de nuestro saber, y como derrocando por el suelo los corazones, supliquemos con humildad á aquesta divina luz, que nos amanezca, quiero decir, que envíe en mi alma los rayos de su resplándor, y la alumbre, para que en esto que quiero decir de Él, sienta lo que es digno de Él; y para que lo que en esta manera sintiere, lo publique por la

lengua en la forma que debe. Porque, Señor, sin Ti, quién podrá hablar como ès justo de Tí? ó quién no se perderá en el inmenso océano de tus excelencias metido, si Tú mismo no le guías al puesto? Luce pues, oh solo verdadero sol, en mi alma, y luce con tan grande abundancia de luz, que con el rayo de ella juntamente, y mi voluntad encendida te ame, y mi entendimiento esclarecido te vea, y enriquecida mi boca te hable y pregone, si no como eres del todo, á lo menos como puedes de nosotros ser entendido, y sólo á fin de que Tú seas glorioso y ensalzado en todo tiempo, y de todos. Y dicho esto calló: y los otros dos quedaron suspensos y atentos mirándole: y luego tornó á comenzar en aquesta manera.

El Nombre, si habemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. O Nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento. Porque se ha de entender, que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una de ellas tenga en sí á todas las otras, y en siendo una, sea todas, cuanto le fuere posible. Porque en esto se avecina á Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más á Él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo ansí, el pio general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde envían sus deseos todas las criaturas. Consiste pues la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el ser mio, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean: y para que extendiéndose, y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine, y ponga su silla la unidad sobre todo. Lo cual es avecinarse la criatura á Dios de quien mana, que en tres Personas es una esencia, y en infinito número de excelencias no comprensible, una sola perfecta y sencilla excelencia.

Pues siendo nuestra perfección aquesta que digo, y deseando cada uno naturalmente su perfección, y no siendo escasa la naturaleza en proveer á nuestros necesarios deseos; proveyó en esto, como en todo lo demás, con admirable artificio: y fué, que porque no era posible que las cosas, ansí como son materiales y toscas, estuviesen todas unas en otras, les dió á cada una de ellas, de más del ser real que tienen en sí, otro ser del todo semejante á este mismo, pero más delicado que él, y que nace en cierta manera de él; con el cual estuviesen y viviesen cada una de ellas en los entendimientos de sus vecinos, y cada una en todas, y todas en cada una. Y ordenó también, que de los entendimientos por semejante manera saliesen con la palabra á las bocas. Y dispuso que las que en su ser material piden cada una de ellas su propio lugar, en aquel espiritual ser pudiesen estar muchas, sin embarazarse, en un mismo lugar en compañía juntas: y aun, lo que es más maravilloso, una misma en un mismo tiempo en muchos lugares.

De lo cual puede ser como ejemplo, lo que en el espejo acontece: que si juntamos muchos espejos, y los ponemos delante los ojos, la imágen del rostro, que es una, reluce una misma, y en una mismo tiempo en cada uno de ellos; y de ellos todas aquellas imágenes sin confundirse, se tornan juntamente á los ojos, y de los ojos al alma de aquel que en los espejos se mira. Por manera que, en conclusión de lo dicho, todas las cosas viven y tienen ser en nuestro entendimiento, cuando las entendemos, y cuando las nombramos, en nuestras bocas y lenguas. Y lo que ellas son en sí mismas, esa misma razón de ser tienen en nosotros, si nuestras bocas y entendimientos son verdaderos.

Digo esa misma en razón de semejanza, aunque en cualidad de modo diferente, conforme á lo dicho. Porque el ser que tienen en sí, es ser de tomo y de cuerpo, y ser estable, y que ansí permanece; pero en el entendimiento que las entiende, hácense á la condición de él, y son espirituales y delicadas: y para decirlo en una palabra, en sí son la verdad, mas en el entendimiento y en la boca son imágenes de la verdad, esto es, de sí mismas; é imágenes que sustituyen y tienen la vez de sus mismas cosas, para el efecto y fin que está

dicho: y finalmente en sí son ellas mismas, y en nuestra boca y entendimiento, sus nombres. Y ansí queda claro lo que al principio dijimos, que el nombre es como imágen de la cosa de quien se dice, ó la misma cosa disfrazada en otra manera que sustituye por ella, y se toma por ella, para el fin y propósito de perfección y comunidad que dijimos.

Y de esto mismo se conoce también, que hay dos maneras ó dos diferencias de nombres; unos que estan en el alma, y otros que suenan en la boca. Los primeros son, el ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros, el ser que tienen en la boca del que, como las entiende, las declara y saca á luz con palabras. Entre las cuales hay esta conformidad, que los unos y los otros son imágenes, y como ya digo muchas veces, sustitutos de aquellos cuyos nombres son. Mas hay también está desconformidad, que los unos son imágenes por naturaleza, y los otros por arte. Quiero decir, que la imágen y figura que está en el alma, sustituye por aquellas cosas, cuya figura es, por la semejanza natural que tiene con ellas: mas las palabras porque nosotros que fabricamos las voces señalamos para cada cosa la suya, por eso sustituyen por ellas. Y cuando decimos nombres, ordinariamente entendemos estos postreros, aunque aquellos primeros son los nombres principalmente. Y así nosotros hablarémos de aquellos, teniendo los ojos en estos. —

Y habiendo dicho Marcelo esto, y queriendo proseguir su razón, díjole Juliano: Paréceme que habeis guiado el agua muy desde su fuente, y como conviene que se guíe en todo aquello que se dice, para que sea perfectamente entendido. Y si he estado bien atento, de tres cosas que en el principio nos propusistes, habéis ya dicho las dos, que son, lo que es el nombre, y el oficio para cuyo fin se ordenó: resta decir lo tercero, que es la forma que se ha de guardar, y aquello á que se ha de tener respecto cuando se pone.—

Antes de eso, respondió Marcelo, añadirémos esta palabra á lo dicho, y es, que como de las cosas que entendemos, unas veces formamos en el entendimiento una imagen que es imagen de muchos, quiero decir, que es imagen de aquello en que muchas cosas, que en lo demás son diferentes, convienen entre sí, y se parecen; y otras veces la imagen que

figuramos es retrato de una cosa sola, y ansí propio retrato de ella, que no dice con otra; por la misma manera hay unas palabras ó nombres que se aplican á muchos, y se llaman nombres comunes, y otros que son propios de solo uno, y estos son aquellos de quien hablamos agora. En los cuales cuando de intento se ponen, la razón y naturaleza de ellos pide que se guarde esta regla, que pues han de ser propios, tengan significación de alguna particular propiedad, y de algo de lo que es propio á aquello de quien se dicen; y que se tomen, y como nazcan y manen de algún minero suyo y particular. Porque si el nombre, como habemos dicho, sustituye por lo nombrado, y si su fin es hacer que lo ausente que significa, en él nos sea presente, y cercano, y junto lo que nos es alejado; mucho conviene que en el sonido, en la figura, ó verdaderamente en la orígen y significación de aquello de donde nace, se avecine y asemeje á cuyo es, cuanto es posible avecinarse á una cosa de tomo y de ser, el sonido de una palabra. No se guarda esto siempre en las lenguas. Es grande verdad. Pero si queremos decir la verdad, en la primera lengua de todas casi siempre se guarda. Dios á lo menos ansí lo guardó en los nombres que puso, como en la Escritura se ve. Porque si no es esto ¿qué es lo que se dice en el Génesis (Gen. capit. 11. v. 19.) que Adám inspirado por Dios puso á cada cosa su nombre, y que lo que él las nombró, ese es el nombre de cada una? esto es decir, que á cada una les venía como nacido aquel nombre; y que era así suyo por alguna razón particular y secreta, que si se pusiera á otra cosa, no le viniera ni le cuadrara tan bien. Pero como decía, esta semejanza y conformidad se atiende en tres cosas, en la figura, en el sonido, y señaladamente en la orígen de su derivación y significación. Y digamos de cada una, comenzando por aquesta postrera.

Atiéndese pues aquesta semejanza en la orígen y significación de aquello de donde nace: que es decir, que cuando el nombre que se pone á alguna cosa, se deduce y deriva de alguna otra palabra y nombre, aquello de donde se deduce, ha de tener significación de alguna cosa que se avecine á algo de aquello que es propio al nombrado; para que el nombre saliendo de allí, luégo que sonare, ponga en el sentido del

que le oyere, la imágen de aquella particular propiedad. Esto es, para que el nombre contenga en su significación algo de lo mismo que la cosa nombrada contiene en su esencia. Como por razón de ejemplo, se ve en nuestra lengua en el nombre con que se llaman en ella los que tienen la vara de justicia en alguna ciudad, que los llamamos *Corregidores*, que es nombre que nace y se toma de lo que es corregir; porque el corregir lo malo es su oficio de ellos, ó parte de su oficio muy propia. Y ansí quien lo oye, en oyéndolo, entiende lo que hay ó haber debe en el que tiene este nombre. Y también á los que entrevienen en los casamientos, los llamamos en castellano *casamenteros*, que viene de lo que es hacer mención ó mentar; porque son los que hacen mención del casar, entreviniendo en ello, y hablando de ello, y tratándolo. Lo cual en la sagrada Escritura se guarda siempre en todos aquellos nombres, que ó Dios puso á alguno, ó por su inspiración se pusieron á otros. Y esto en tanta manera, que no solamente ajusta Dios los nombres que pone con lo propio que las cosas nombradas tienen en sí; mas también todas las veces que dió á alguno, y le añadió alguna cualidad señalada, demás de las que de suyo tenía, le ha puesto también algún nuevo nombre que se conformase con ella: como se ve en el nombre que de nuevo puso á Abrahám (Gen. cap. XVII. v. 5.), y en el de Sara (Gen. cap. XVII. v. 15.) su mujer se ve también, y en el de Jacob (Ibid. cap. XXXII. v. 28.) su nieto, á quien llamó Israel, y en el de Josué (Númer. cap. XIII. v. 17.) el capitán, que puso á los judios en la posesión de su tierra, y ansí en otros muchos.—

No há muchas horas, dijo entonces Sabino, que oimos acerca de eso un ejemplo bien señalado, y aun oyéndole yo se me ofreció una pequeña duda acerca de él.—Qué ejemplo es ese? respondió Marcelo.—El nombre de Pedro, dijo Sabino, que le puso Cristo (1), como agora nos fué leido en la misa.—Es

(1) Habla del nombre que le puso Cristo la primera vez que le vió. (Joan. cap. I. v. 42.) diciendo que se había de llamar *Cephas*, voz siriaca, que significa *piedra*, de donde viene *Pedro*: y cuando San Pedro en nombre de todos los Apóstoles (Matth. cap. XVI. v. 16.) confesó que Cristo era hijo de Dios vivo, le prometió Jesús que sería la piedra fundamental de su Iglesia.

verdad, dijo Marcelo, y es bien claro ejemplo. Mas qué duda tenéis en él?—

La causa porque Cristo le puso, respondió Sabino, es mi duda, porque me parece que debe contener en sí algún misterio grande.—Sin duda, dijo Marcelo, muy grande. Porque dar Christo á San Pedro aqueste nuevo y público nombre, fué cierta señal que en lo secreto del alma le infundía á él, más que á ninguno de sus compañeros, un don de firmeza no vencible.—

Eso mismo, replicó luégo Sabino, es lo que se me hace dudoso. Porque cómo tuvo más firmeza que los demás apóstoles, ni infundida ni suya, el que solo entre todos negó á Cristo por tan ligera ocasión? si no es firmeza prometer osadamente, y no cumplir flacamente después.—

No es ansí, respondió Marcelo, ni se puede dudar en manera alguna de que fué este glorioso Príncipe en este don de firmeza, de amor, y fe para con Cristo muy aventajado entre todos. Y es claro argumento de esto aquel zelo y apresuramiento que siempre tuvo para adelantarse en todo lo que parecía tocar, ó á la honra, ó al descanso de su maestro. Y no sólo después que recibió el fuego del Espirítu santo (Actor. cap. I. v. 2.), sino antes también cuando (Joan, cap. XXI. v. 15, 16, 17.) Cristo preguntándole tres veces si le amaba más que los otros, y respondiendo él que le amaba, le dió á pacer sus ovejas) testificó Cristo con el hecho, que su respuesta era verdadera, y que se tenía por amado de él con firmísimo y fortísimo amor. Y si negó en algún tiempo (Matth. cap. XXVI. desde el v. 69 hasta el 74) bien es de creer, que cualquiera de sus compañeros, en la misma pregunta y ocasión de temer, hicieran lo mismo sí se les ofreciera: y por no habérseles ofrecido, no por eso fueron más fuertes. Y si quiso Dios que se le ofreciese á solo San Pedro, fué con grande razón. Lo uno para que confiase menos de sí de allí adelante el que hasta entonces, de la fuerza de amor que en sí mismo sentía, tomaba ocasión para ser confiado. Y lo otro, para que quien habia de ser pastor, y como padre de todos los fieles, con la experiencia de su propia flaqueza se condoliese de las que después viese en sus súbditos, y supiese llevarlas. Y últimamente, para que con el lloro amargo que hizo por esta

culpa, mereciese mayor acrecentamiento de fortaleza. Y ansí fué, que después se le dió firmeza para sí y para otros muchos en él, quiero decir, para todos los que le son sucesores en su silla apostólica. En la cual siempre ha permanecido firme y entera, y permanecerá hasta la fin la verdadera doctrina y confesión de la fe.

Mas tornando á lo que decía, quede esto por cierto, que todos los nombres que se ponen por órden de Dios, traen consigo significación de algún particular secreto que la cosa nombrada en sí tiene, y que en esta significación se asemejan á ella. Que es la primera de las tres cosas en que, como dijimos, esta semejanza se atiende. Y sea la segunda, lo que toca al sonido, esto es, que sea el nombre que se pone de tal cualidad, que cuando se pronunciare, suene como suele sonar aquello que significa, ó cuando habla, si es cosa que habla, ó en algún otro accidente que le acontezca. Y la tercera, es la figura, que es la que tienen las letras con que los nombres se escriben, así en el número como en la disposición de sí mismas; y la que, cuando las pronunciamos, suelen poner en nosotros. Y de estas dos maneras postreras en la lengua original de los libros divinos, y en esos mismos libros hay infinitos ejemplos. Porque del sonido casi no hay palabra de las que significan alguna cosa, que ó se haga con voz, ó que envíe son alguno de sí, que pronunciada bien no nos ponga en los oidos, ó el mismo sonido, ó algún otro muy semejante de él.

Pues lo que toca á la figura, bien considerado, es cosa maravillosa los secretos y los misterios que hay acerca de esto en las letras divinas. Pprque en ellas en algunos nombres se añaden letras para significar acrecentamiento de buena dicha en aquello que significan; y en otros se quitan algunas de las debidas, para hacer demostración de calamidad y pobreza. Algunos si lo que significan por algún accidente, siendo varón, se ha afeminado y enmollecido, ellos también toman letras de las que en aquella lengua son, como si dijésemos, afeminadas y mujeriles. Otros al revés significando cosas femeninas de suyo, para dar á entender algún accidente viril, toman letras viriles. En otros mudan las letras su propia figura, y las abiertas se cierran, y las cerradas se abren y

mudan el sitio, y se trasponen y disfrazan con visajes y gestos diferentes. Y como dicen del camaleón, se hacen á todos los accidentes de aquellos cuyos son los nombres que constituyen. Y no pongo ejemplos de aquesto, porque son cosas menudas, y á los que tienen noticia de aquella lengua, como vos, Juliano y Sabino, la teneis, notorias mucho: y señaladamente porque pertenecen propiamente á los ojos, y ansí para dichas y oidas son cosas oscuras.

Pero si os parece, valga por todos la figura y cualidad de letras con que se escribe en aquella lengua el nombre propio de Dios, que los hebreos llaman *inefable* (1), porque no tenían por lícito el traerle comunmente en la boca, y los griegos le llaman *nombre de cuatro letras* (2), porque son tantas las letras de que se compone. Porque si miramos al sonido con que se pronuncia, todo él es vocal, ansí como lo Aquel á quien significa, que todo es ser, y vida, y espíritu, sin ninguna mezcla de composición ó de materia: y si atendemos á la condición de las letras hebreas con que se escribe, tienen esta condición, que cada una de ellas se puede poner en lugar de las otras, y muchas veces en aquella lengua se ponen, y ansí en virtud cada una de ellas es todas, y todas son cada una; que es como imágen de la sencillez que hay en Dios por una parte, y de la infinita muchedumbre de perfecciones que por otra tiene, porque todo es una gran perfección, y aquella una es todas sus perfecciones. Tanto que si hablamos con propiedad, la perfecta sabiduría de Dios no se diferencia de su justicia infinita, ni su justicia de su grandeza, ni su grandeza de su misericordia: y el poder y el saber y el

(1) El nombre propio que dan los hebreos á Dios es *Jehovah*, que se escribe con las cuatro letras *Jod*, *He*, *Vau*, *He*, y quiere decir, *el que subsiste por sí mismo*, *y da el ser á todo lo criado*. En tiempo de Moysés era común tomar en boca este nombre. Pero después del cautiverio de Babilonia, movidos los judíos de un exceso de religión, ó por mejor decir, de un respeto supersticioso, no tenían por lícito el proferirlo fuera de los usos sagrados. Por cuyo motivo se perdió su verdadera pronunciación. Y así por esto, como por no haber palabras con que pueda bastantemente expresarse la esencia divina, se dice el nombre de Dios, *inefable*, esto es, que no puede proferirse.

(2) Esto significa la palabra griega: y por la misma razón se dice también *nombre cuadrado*.

amar en él, todo es uno: y en cada uno de estos sus bienes por más que le desviemos y alejemos del otro, están todos juntos; y por cualquiera parte que le miremos, es todo, y no parte. Y conforme á esta razón es, como habemos dicho, la condición de las letras que componen su nombre.

Y no sólo en la condición de las letras, sino aun lo que parece maravilloso, en la figura y disposición también le retrata este nombre en una cierta manera.—Y diciendo esto Marcelo, é inclinándose hácia la tierra, en la arena con una vara delgada y pequeña formó unas letras como estas ,', y dijo luégo: porque en las letras caldaicas este santo nombre siempre se figura ansí. Lo cual, como veis, es imágen del número de las divinas personas, y de la igualdad de ellas, y de la unidad que tienen las mismas en una esencia, como estas letras son de una figura y de un nombre. Pero aquesto dejémoslo ansí. É iba Marcelo á decir otra cosa, mas atravesándose Juliauo, dijo de esta manera:—

Antes que paséis, Marcelo, adelante, nos habéis de decir, cómo se compadece con lo que hasta agora habéis dicho, que tenga Dios nombre propio? y desde el principio deseaba pediroslo, y dejélo por no romperos el hilo. Mas agora antes que salgais de él, nos decid, si el nombre es imágen que sustituye por cuyo es, qué nombre de voz, ó qué concepto de entendimiento puede llegar á ser imágen de Dios? y si no puede llegar, en qué manera diremos que es su nombre propio? Y aún hay en esto otra gran dificultad, que si el fin de los nombres es, que por medio de ellos las cosas cuyos son, estén en nosotros, como dijistes; excusada cosa fué darle á Dios nombre: el cual está tan presente á todas las cosas, y tan lanzado como si dijésemos en sus entrañas, y tan infundido y tan íntimo como está su ser de ellas mismas.—

Abierto habíades la puerta, Juliano, respondió Marcelo, para razones grandes y profundas, si no la cerrara lo mucho que hay que decir en lo que Sabino ha propuesto. Y ansí no os responderé más de lo que basta, para que esos vuestros nudos queden desatados y sueltos. Y comenzando de lo postrero, digo, que es grande verdad que Dios está presente en nosotros, y tan vecino, y tan dentro de nuestro ser, como Él mismo de sí. Porque en Él, y por Él, no sólo nos movemos y

respiramos, sino también vivimos y tenemos ser, como lo confiesa y predica San Pablo. (Actor. cap. XVII. v. 28.) Pero ansí nos está presente, que en esta vida nunca nos es presente.

Quiero decir, que está presente y junto con nuestro ser, pero muy lejos de nuestra vista y del conocimiento claro que nuestro entendimiento apetece. Por lo cual convino, ó por mejor decir, fué necesario, que entretanto que andamos peregrinos de Él en estas tierras de lágrimas, ya que no se nos manifiesta, ni se junta con nuestra alma su cara, tuviésemos en lugar de ella en la boca algún nombre y palabra, y en el entendimiento alguna figura suya; como quiera que ella sea imperfecta y oscura, y como San Pablo llama (Ad Corinth. I, c. XIII, v. 12), enigmática. Porque cuando volare de esta cárcel de tierra en que agora nuestra alma presa trabaja y afana como metida en tinieblas, y saliere á lo claro y á lo puro de aquella luz; el mismo que se junta con nuestro ser agora, se juntará con nuestro entendimiento entonces: y Él por sí, y sin medio de otra tercera imagen, estará junto á la vista del alma: y no será entonces su nombre otro que Él mismo, en la forma y manera que fuere visto: y cada uno le nombrará con todo lo que viere y conociere de Él, esto es (1), con el mismo ÉL, ansí y de la misma manera como le conociere. Y por esto dice San Juán en el libro del Apocalipsi (Apoc., c. VII, v. 17), que Dios á los suyos en aquella felicidad, demás de que les enjugará las lágrimas, y les borrará de la memoria los duelos pasados (Ibid. c. II, v. 17), les dará á cada uno una piedrecilla menuda, y en ella un nombre escrito, el cual sólo el que le recibe le conoce. Que no es otra cosa sino el tanto de sí y de su esencia, que comunicará Dios con la vista y entendimiento de cada uno de los bienaventurados: que con ser uno en todos, con cada uno será en diferente grado, y por una forma de sentimiento cierta y singular para cada uno. Y finalmente, este nombre secreto que dice San Juan, y el nom-

---

(1) *Con el mismo* ÉL. Como si dijésemos *con su propio nombre.* ÉL en hebreo significa *fuerte*, y es uno de los principales nombres de Dios; el cual se dice *fuerte* por antonomasia, porque sólo Dios puede cuanto quiere, sólo su infinito poder no tiene límites.

bre con que entónces nombraremos á Dios, será todo aquello que entonces en nuestra alma será Dios, el cual, como dice San Pablo (I. ad Cor., c. XV, v. 28), será en todos todas las cosas. Ansí que en el cielo, donde verémos, no tendremos necesidad para con Dios de otro nombre más que del mismo Dios: mas en esta oscuridad, adonde con tenerle en casa no le echamos de ver, esnos forzado ponerle algúu nombre. Y no se los pusimos nosotros, sino Él por su grande piedad se le puso luégo que vió la causa y la necesidad.

En lo cual es cosa digna de considerar el amaestramiento secreto del Espíritu Santo, que siguió el santo Moysés acerca de esto en el (Génesis, II) libro de la creación de las cosas. Porque tratando allí la historia de la creación, y habiendo escrito todas las obras de ella, y habiendo nombrado en ellas á Dios muchas veces; hasta que hubo criado al hombre, y Moysés lo escribió, nunca le nombró con este su nombre: como dando á entender, que antes de aquel punto no había necesidad de que Dios tuviese nombre, y que nacido el hombre que le podía entender y no le podría ver en esta vida, era necesario que se nombrase. Y como Dios tenía ordenado de hacerse hombre después, luégo que salió á luz el hombre, quiso humanarse nombrándose.

Y á lo otro, Juliano, que propusistes, que siendo Dios un abismo de ser y de perfección infinita, y habiendo de ser el nombre imágen de lo que nombra; cómo se podía entender, que una palabra limitada alcanzase á ser imagen de lo que no tiene limitación: algunos dicen que este nombre, como nombre que se le puso Dios á sí mismo, declara todo aquello que Dios entiende de sí, que es el concepto y Verbo divino, que dentro de sí engendra entendiéndose; y que esta palabra que nos dijo, y que suena en nuestros oidos, es señal que nos explica aquella palabra eterna é incomprensible que nace y vive en su seno; ansí como nosotros con las palabras de la boca declaramos todo lo secreto del corazón. Pero como quiera que aquesto sea, cuando decimos que Dios tiene nombres propios, ó que aqueste es nombre propio de Dios, no queremos decir que es cabal nombre, ó nombre que abraza, y que nos declara todo aquello que hay en él. Porque uno es el ser propio, y otro es el ser igual ó cabal. Para que sea propio basta que de-

clare de las cosas que son propias á aquella de quien se dice alguna de ellas, mas si no las declara todas entera y cabalmente no será igual. Y ansí á Dios, si nosotros le ponemos nombre, nunca le pondremos un nombre entero y que le iguale: como tampoco le podemos entender como quien Él es, entera y perfectamente. Porque lo que dice la boca es señal de lo que se entiende en el alma. Y ansí no es posible que llegue la palabra adonde el entendimiento no llega.

Y porque ya nos vamos acercando á lo propio de nuestro propósito, y á lo que Sabino leyó del papel; esta es la causa porque á Cristo nuestro Señor se le dan muchos nombres; conviene á saber, su mucha grandeza, y los tesoros de sus perfecciones riquísimas, y juntamente la muchedumbre de sus oficios, y de los demás bienes que nacen de Él y se derraman sobre nosotros. Los cuales, ansí como no pueden ser abrazados con una vista del alma, ansí mucho menos pueden ser nombrados con una palabra sola. Y como el que infunde agua en algún vaso de cuello largo y estrecho, la envía poco á poco y no todo de golpe; así el Espíritu Santo, que conoce la estrecheza y angostura de nuestro entendimiento, no nos representa ansí toda junta aquella grandeza, sino como en partes nos la ofrece, diciéndonos unas veces algo de ella debajo de un nombre, y debajo de otro nombre otra cosa otras veces. Y ansí vienen á ser casi innumerables los nombres que la Escritura divina da á Cristo. Porque le llama León, y Cordero, y Puerta, y Camino, y Pastor, y Sacerdote, y Sacrificio, y Esposo, y Vid, y Pimpollo, y Rey de Dios, y Cara suya, y Piedra, y Lucero, y Oriente, y Padre, y Príncipe de paz, y Salud, y Vida, y Verdad, y ansí otros nombres sin cuentos. Pero de aquestos muchos escogió sólo diez el papel como más sustanciales, porque, como en él se dice, los demás todos se reducen ó pueden reducir á estos en cierta manera.

Mas conviene, antes que pasemos adelante, que advirtamos primero, que ansí como Cristo es Dios, ansí también tiene nombres que por su divinidad le convienen; unos propios de su persona, y otros comunes á toda la Trinidad. Pero no habla con estos nombres nuestro papel, ni nosotros agora tocarémos en ellos: porque aquellos propiamente pertenecen á

los nombres de Dios. Los nombres de Cristo que decimos agora son aquellos solos que convienen á Cristo en cuanto hombre, conforme á los ricos tesoros de bien que encierra en sí su naturaleza humana, y conforme á las obras que en ella y por ella Dios ha obrado y siempre obra en nosotros. Y con esto, Sabino, si no se os ofrece otra cosa, proseguid adelante.

Y Sabino leyó luégo:

§. III.

Es llamado Cristo PIMPOLLO, y explícase cómo le conviene este nombre, y el modo de su maravillosa concepción.

El primer Nombre puesto en castellano se dirá bien PIMPOLLO, *que en la lengua original es* Cemah, *y el texto latino de la Sagrada Escritura, unas veces lo traslada diciendo* Germen, *y otras diciendo* Oriens. *Ansí le llamó el Espíritu Santo en el capítulo cuarto del Profeta Isaías* (Isai., c. IV, v. 2). En aquel dia el PIMPOLLO del Señor será en grande alteza, y el fruto de la tierra muy ensalzado. *Y por Hieremías en el capítulo treinta y tres* (Hierem., c. XXXIII, v. 15): Y haré que nazca á David PIMPOLLO de justicia, y haré justicia y razón sobre la tierra. *Y por Zacarías, en el capítulo tercero, consolando al pueblo judáico recién salido del cautiverio de Babilonia* (Zach., c. III, v. 8): Yo haré, *dice*, venir á mi siervo el PIMPOLLO. Y *en el capítulo sexto* (Ibid., c. VI, v. 12): Veis un varón cuyo nombre es PIMPOLLO.

Y llegando aquí Sabino cesó.—Y Marcelo, sea éste, dijo, el primer nombre, pues la orden del papel nos lo da. Y no carece de razón que sea este el primero. Porque en él, como verémos después, se toca en cierta manera la cualidad y orden del nacimiento de Cristo, y de su nueva y maravillosa generación: que en buena orden, cuando de alguno se habla, es lo primero que se suele decir.

Pero antes que digamos qué es ser PIMPOLLO, y qué es lo que significa este nombre, y la razón por que Cristo es así nombrado, conviene que veamos si es verdad que es aqueste nombre de Cristo, y si es verdad que le nombra ansi la divi-

na Escritura: que será ver si los lugares de ella agora alegados hablan propiamente de Cristo. Porque algunos, ó infiel ó ignorantemente, nos lo quieren negar. Pues viniendo al primero, cosa clara es que habla de Cristo, ansí porque el texto caldáico, que es de grandísima autoridad y antigüedad, en aquel mismo lugar adonde nosotros leemos: *En aquel dia sêrá el* PIMPOLLO *del Señor*, dice él: *En aquel dia será el Mesías del Señor:* como también porque no se puede entender aquel lugar de otra alguna manera. Porque lo que algunos dicen del príncipe Zorobabel, y del estado feliz de que gozó debajo de su gobierno el pueblo judáico, dando á entender que fué éste el PIMPOLLO del Señor, de quien Isaías dice: *En aquel dia el* PIMPOLLO *del Señor será en grande alteza*, es hablar sin mirar lo que dicen. Porque quien leyere lo que las letras sagradas en los libros de Neemías y Esdras cuentan del estado de aquel pueblo en aquella sazón, verá mucho trabajo, mucha pobreza, mucha contradicción, y ninguna señalada felicidad, ni en lo temporal, ni en los bienes del alma, que á la verdad es la felicidad de que Isaías entiende, cuando en el lugar alegado dice (Isai., c. IV, v. 14): *En aquel dia será el* PIMPOLLO *del Señor en grandeza y en gloria.*

Y cuando la edad de Zorobabel y el estado de los judíos en ella hubiera sido feliz, cierto es que no lo fué con el extremo que el Profeta aquí muestra: porque qué palabra hay aquí que no haga significación de un bien divino y rarísimo? Dice, *del Señor*, que es palabra que á todo lo que en aquella lengua se añade lo suele subir de quilates. Dice, *gloria*, y *grandeza*, y *magnificencia*, que es todo lo que encareciendo se puede decir. Y porque salgamos enteramente de duda, alarga, como si dijésemos, el dedo el Profeta, y señala el tiempo y el dia mismo del Señor, y dice de aquesta manera: *En aquel dia.* Mas qué dia? Sin duda ninguno otro sino aquel mismo de quien luégo antes de aquesto decía (Isai., c. III, vv. 17, 25): *En aquel dia quitará al redropelo el Señor á las hijas de Sión el chapín que cruje en los piés, y los garvines de la cabeza, las lunetas y los collares, las ajorcas y los rebozos: las botillas y los calzados altos: las argollas, los apretadores, los zarcillos, las sortijas, las cotonías, las almalafas, las escarcelas, los volantes, y los espejos: y les trocará el ámbar en hediondez, y la cin-*

tura rica en andrajo, y el enrizado en calva pelada, y el precioso vestido en cilicio, y la tez curada en cuero tostado, y tus valientes morirán á cuchillo.

Pues en aquel dia mismo, cuando Dios puso por el suelo toda la alteza de Jerusalém con las armas de los romanos que asolaron la ciudad y pasaron á cuchillo sus ciudadanos, y los llevaron cautivos; en ese mismo tiempo el fruto y el PIMPOLLO del Señor, descubriéndose y saliendo á luz, subirá á gloria y honra grandísima. Porque en la destrucción que hicieron de Jerusalém los caldeos (si alguno por caso quisiese decir que habla aquí de ella el Profeta) no se puede decir con verdad que creció el fruto del Señor, ni que fructificó gloriosamente la tierra al mismo tiempo que la ciudad se perdió. Pues es notorio que en aquella calamidod no hubo alguna parte ó alguna mezcla de felicidad señalada, ni en los que fueron cautivos á Babilonia, ni en los que el vencedor caldeo dejó en Judea y en Jerusalém para que labrasen la tierra. Porque los unos fueron á servidumbre miserable, y los otros quedaron en miedo y en desamparo, como en el libro de Hieremías (1) se lee.

Mas al revés, con aquesta otra caida del pueblo judáico se juntó, como es notorio, la claridad del nombre de Cristo. Y cayendo Jerusalén, comenzó á levantarse la Iglesia. Y aquel á quien poco antes los miserables habian condenado y muerto con afrentosa muerte, y cuyo nombre habían procurado oscurecer y hundir, comenzó entónces á enviar rayos de sí por el mundo, y á mostrarse vivo y Señor, y tan poderoso, que castigando á sus matadores con azote gravísimo, y quitando luégo el gobierno de la tierra al demonio, y deshaciendo poco á poco su silla, que es el culto de los ídolos en que la gentilidad le servía; como cuando el sol vence las nubes y las deshace, ansí Él solo y clarísimo relumbró por toda la redondez.

Y lo que he dicho de este lugar se ve claramente también en el segundo de Hieremías (Hier., c. XXXIII, v. 15), de sus mismas palabras. Porque decirle á David y prometerle que le nacería ó fruto ó PIMPOLLO de justicia, era propia señal de que el fruto había de ser Jesucristo; mayormente añadiendo

(1) Hierem., c. XXXIX, v. 5, seq. y c. LII, v. 9. seq.

lo que luégo se sigue, y es, que este fruto haría justicia y razón sobre la tierra: que es la obra propia suya de Cristo, y uno de los principales fines para que se ordenó su venida, y obra que Él solo, y ninguno enteramente la hizo. Por donde las más veces que se hace memoria de Él en las Escrituras divinas, luégo en los mismos lugares se le atribuye esta obra, como obra sola de Él y como su propio blasón. Ansí se ve en el Salmo 71, que dice (Ps. 71, vv. 1, 2, 3, y 4): *Señor, da tu vara al Rey, y el ejercicio de justicia al hijo del Rey, para que juzgue á tu pueblo conforme á justicia, y á los pobres según fuero. Los montes altos conservarán paz con el vulgo, y los collados les guardarán ley. Dará su derecho á los pobres del pueblo, y será amparo de los pobrecitos, y hundirá al violento opresor.*

Pues en el tercero lugar de Zacarías (Zach. c. III. v. 8.), los mismos hebreos lo confiesan, y el texto caldeo que he dicho, abiertamente le entiende, y le declara de Cristo. Y ansí mismo entendemos el cuarto testimonio, que es del mismo Profeta (Zachar. c. VI. v. 12.). Y no nos impide lo que algunos tienen por inconveniente, y por donde se mueven á declararle en diferente manera, que es decir luégo, que este PIMPOLLO fructificará después, ó debajo de sí, y que edificará el templo de Dios, pareciéndoles que esto señala abiertamente á Zorobabel, que edificó el templo, y fructificó después de sí por muchos siglos á Cristo verdaderísimo fruto. Ansí que esto no impide, antes favorece y esfuerza más nuestro intento. Porque el fructificar debajo de sí, ó como dice el original en su rigor, acerca de sí, es tan propio de Cristo, que de ninguno lo es más. Por ventura no dice Él de sí mismo (Joan. c. XV. v. 5.): *Yo soy vid, y vosotros sarmientos?* Y en el Salmo que agora decía, en el cual todo lo que se dice son propiedades de Cristo, no se dice también (Ps. LXXI. v. 7.): *¿Y en sus días fructificarán los justos?* O si queremos confesar la verdad, quién jamás en los hombres perdidos engendró hombres santos y justos? ó qué fruto jamás se vió que fuese más fructuoso que Cristo? Pues esto mismo sin duda es lo que aquí nos dice el Profeta. El cual porque le puso á Cristo nombre de fruto, y porque dijo señalándole como á singular fruto: *Veis aquí un varón que es fruto su nombre;* porque no se pensase que se aca-

baba su fruto en Él, y que era fruto para sí, y no árbol para dar de sí fruta, añadió luégo diciendo: *Y fructificará acerca de sí*: como si con más palabras dijera, y es fruto que dará mucho fruto, porque á la redonda de Él, esto es, en Él, y de Él, por todo cuanto se extiende la tierra, nacerán nobles y divinos frutos sin cuento; y aqueste PIMPOLLO enriquecerá el mundo con pimpollos no vistos.

De manera que este es uno de los nombres de Cristo, y según nuestra orden el primero de ellos, sin que en ello pueda haber duda ni pleito. Y son como vecinos y deudos suyos otros algunos nombres, que también se ponen á Cristo en la santa Escritura. Los cuales, aunque en el sonido son diferentes; pero bien mirados todos se reducen á un intento mismo, y convienen en una misma razón. Porque si en el capítulo treinta y cuatro de Ezequiel (Ezech., c. XXXIV. v. 29.) es llamado *Planta nombrada*, y si Isaias en el capítulo once (Isai. c. XI. vv. 1. y 10.) le llama unas veces *Rama*, y otra *Flor*, y en el capítulo cincuenta y tres (Isai. c. LIII. v. 2.) *Tallo* y *Raíz*, todo es decirnos lo que el nombre de PIMPOLLO ó de fruto nos dice. Lo cual será bien que declaremos ya, pues lo primero que pertenece á que Cristo se llama ansí, está suficientemente probado, si no se os ofrece otra cosa.—

Ninguna, dijo al punto Juliano, ántes há rato ya que el nombre y esperanza de este fruto ha despertado en nuestro gusto golosina de él.—Merecedor es de cualquier golosina y deseo, respondió Marcelo, porque es dulcísimo fruto, y no ménos provechoso que dulce, si ya no le menoscaba la pobreza de mi lengua é ingenio. Pero idme respondiendo, Sabino, que lo quiero haber agora con vos. Esta hermosura del cielo y mundo que vemos, y la otra mayor que entendemos, y que nos esconde el mundo invisible, fué siempre como es agora, ó hízose ella á sí misma, ó Dios la sacó á luz y la hizo?—

Averiguado es, dijo Sabino, que Dios crió el mundo con todo lo que hay en él, sin presuponer para ello alguna materia, sino solo con la fuerza de su infinito poder, con que hizo, donde no había ninguna cosa, salir á luz esta beldad que decis. Mas qué duda hay en esto?—Ninguna hay, replicó prosiguiendo Marcelo. Mas decidme más adelante: nació esto de

Dios, no advirtiendo Dios en ello, sino como por alguna natural consecuencia, ó hízolo Dios porque quiso, y fué su voluntad libre de hacerlo?—También es averiguado, respondió luégo Sabino, que lo hizo con propósito y libertad.—Bien decís, dijo Marcelo, y pues conocéis eso, también conoceréis que pretendió Dios en ello algún grande fin.—Sin duda grande, respondió Sabino, porque siempre que se obra con juicio y libertad, es á fin de algo que se pretende.—Pretendería de esa manera, dijo Marcelo, Dios en esta su obra algún interes y acrecentamiento suyo?—En ninguna manera, respondió Sabino.—Por qué? dijo Marcelo.—Y Sabino respondió: Porque Dios, que tiene en sí todo el bien, en ninguna cosa que haga fuera de sí, puede querer ni esperar para sí algún acrecentamiento ó mejoría.—Por manera, dijo Marcelo, que Dios porque es bien infinito y perfecto, en hacer el mundo, no pretendió recibir bien alguno de él, y pretendió algún fin como está dicho. Luego si no pretendió recibir, sin ninguna duda pretendió dar: y si no lo crió para añadirse á sí algo, criólo sin ninguna duda para comunicarse Él á sí, y para repartir en sus criaturas sus bienes.

Y cierto este solo es fin digno de la grandeza de Dios, y propio de quien por su naturaleza es la misma bondad: porque á lo bueno su propia inclinación le lleva al bien hacer; y cuanto es más bueno uno, tanto se inclina más á esto. Pero si el intento de Dios en la creación y edificio del mundo, fué hacer bien á lo que criaba, repartiendo en ello sus bienes; qué bienes, ó qué comunicación de ellos fué aquella á quien como á blanco enderezó Dios todo el oficio de esta obra suya?—No otros, respondió Sabino, sino esos mismos que dió á las criaturas, ansí á cada una en particular, como á todas juntas en general.—Bien decís, dijo Marcelo, aunque no habéis respondido á lo que os pregunto.—En qué manera? respondió.—Porque, dijo Marcelo, como aquesos bienes tengan sus grados, y como sean unos de otros de diferentes quilates, lo que pregunto es, á qué bien, ó á qué grado de bien entre todos enderezó Dios todo su intento principalmente?—Qué grados, respondió Sabino, son esos?—Muchos son, dijo Marcelo, en sus partes, mas la Escuela los suele reducir á tres géneros, á naturaleza, y á gracia, y á unión personal. A la naturaleza per-

tenecen los bienes con que se nace: á la gracia pertenecen aquellos que después de nacidos nos añade Dios: el bien de la unión personal, es haber juntado Dios en Jesucristo su persona con nuestra naturaleza. Entre los cuales bienes es muy grande la diferencia que hay.

Porque lo primero, aunque todo el bien que vive y luce en la criatura, es bien que puso en ella Dios; pero puso en ella Dios unos bienes para que le fuesen propios y naturales, que es todo aquello en que consiste su ser, y lo que de ello se sigue: y estos decimos que son bienes de naturaleza, porque los plantó Dios en ella, y se nace con ellos, como es el ser, y la vida, y el entendimiento y lo demás semejante. Otros bienes no los plantó Dios en lo natural de la criatura, ni en la virtud de sus naturales principios, para que de ellos naciesen; sino sobrepúsolos Él por sí solo á lo natural, y ansí no son bienes fijos ni arraigados en la naturaleza como los primeros, sino movedizos bienes, como son, la gracia, y la caridad, y los demás dones de Dios; y aquestos llamamos bienes sobrenaturales de gracia. Lo segundo, dado, como es verdad, que todo este bien comunicado es una semejanza de Dios, porque es hechura de Dios, y Dios no puede hacer cosa que no le remede, porque en cuanto hace se tiene por dechado á Sí mismo; mas aunque esto es ansí, todavia es muy grande la diferencia que hay en la manera del remedarle. Porque en lo natural remedan las criaturas el sér de Dios; mas en los bienes de gracia remedan el ser, y la condición, y el estilo, y como si dijésemos, la vivienda y bienandanza suya; y ansí se avecinan y juntan más á Dios por esta parte las criaturas que la tienen, cuanto es mayor esta semejanza, que la semejanza primera; pero en la unión personal no remedan, ni se parecen á Dios las criaturas, sino vienen á ser el mismo Dios, porque se juntan con Él en una misma persona.—Aquí Juliano atravesándose dijo:

¿Las criaturas todas se juntan en una persona con Dios?—Respondió Marcelo riendo: hasta agora no trataba del número, sino trataba del cómo, quiero decir, que no contaba quiénes y cuántas criaturas se juntan con Dios en estas maneras, sino contaba la manera cómo se juntan, y le remedan, que es, ó por naturaleza, ó por gracia, ó por unión de persona:

que cuanto al número de los que se le ayuntan, clara cosa es, que en los bienes de naturaleza todas las criaturas se avecinan á Dios; y solas, y no todas, las que tienen entendimiento en los bienes de gracia; y en la unión personal sola la humanidad de nuestro Redentor Jesucristo. Pero aunque con sola aquesta humana naturaleza se haga la unión personal propiamente, en cierta manera también, en juntarse Dios con ella es visto juntarse con todas las criaturas, por causa de ser el hombre como un medio entre lo espiritual y lo corporal, que contiene y abraza en sí lo uno y lo otro; y por ser, como dijeron antiguamente, un menor mundo, ó un mundo abreviado. —

Esperando estoy, dijo Sabino entonces, á qué fin se ordena aqueste vuestro discurso.—Bien cerca estamos ya de ello, respondió Marcelo. Porque pregúntoos, si el fin porque crió Dios todas las cosas, fué solamente por comunicarse con ellas, y si esta dádiva y comunicación acontece en diferentes maneras, como habemos ya visto, y si unas de estas maneras son más perfectas que otras; no os parece que pide la misma razón, que un tan grande artífice, y en una obra tan grande tuviese por fin de toda ella hacer en ella la mayor y más perfecta comunicación de Sí que pudiese?—Ansí parece, dijo Sabino.—Y la mayor, dijo siguiendo Marcelo, ansí de las hechas, como de las que se pueden hacer, es la unión personal que se hizo entre el Verbo divino, y la naturaleza humana de Cristo, que fué hacerse con el hombre una misma persona.—No hay duda, respondió Sabino, sino que es la mayor. —

Luego, añadió Marcelo, necesariamente se sigue, que Dios, á fin de hacer esta unión bienaventurada y maravillosa, crió todo cuanto se parece, y se esconde. Que es decir, que el fin para que fué fabricada toda la variedad y belleza del mundo, fué por sacar á luz este compuesto de Dios y hombre, ó por mejor decir, este juntamente Dios y hombre, que es Jesucristo.—Necesariamente se sigue, respondió Sabino.—Pues, dijo entonces Marcelo, esto es ser Cristo fruto: y darle la Escritura este nombre á Él, es darnos á entender á nosotros, que Cristo es el fin de las cosas, y aquel para cuyo nacimiento feliz fueron todas criadas y enderezadas. Porque ansí como en el árbol la raíz no se hizo para sí, ni ménos el tronco, que

nace y se sustenta sobre ella, sino lo uno y lo otro juntamente con las ramas, y la flor, y la hoja, y todo lo demás que el árbol produce, se ordena y endereza para el fruto que de él sale, que es el fin y como remate suyo; ansí por la misma manera estos cielos extendidos que vemos, y las estrellas que en ellos dan resplandor, y entre todas ellas esta fuente de claridad y de luz que todo lo alumbra, redonda y bellísima; la tierra pintada con flores, y las aguas pobladas de peces, los animales y los hombres, y este universo todo, cuan grande y cuan hermoso es, lo hizo Dios para fin de hacer hombre á su Hijo, y para producir á luz este único y divino fruto, que es Cristo, que con verdad le podemos llamar el parto común y general de todas las cosas.

Y ansí como el fruto, para cuyo nacimiento se hizo en el árbol la firmeza del tronco, y la hermosura de la flor, y el verdor y frescor de las hojas, nacido contiene en si y en su virtud todo aquello que para él se ordenaba en el árbol, ó por mejor decir, al árbol todo contiene; ansí también Cristo, para cuyo nacimiento crió primero Dios las raices firmes y hondas de los elementos, y levantó sobre ellas después esta grandeza del mundo, con tanta variedad como si dijésemos de ramas y hojas, lo contiene todo en sí, y lo abarca, y se resume en él, y como dice San Pablo (Ad Colos. c. 1. v. 16), se recapitula todo lo no criado y criado, lo humano y lo divino, lo natural y lo gracioso. Y como de ser Cristo llamado fruto por excelencia, entendemos que todo lo criado se ordenó para Él; ansí tambien de esto mismo ordenado, podemos rastreando entender el valor inestimable que hay en el fruto, para quien tan grandes cosas se ordenan. Y de la grandeza, y hermosura, y cualidad de los medios argüirémos la excelencia sin medida del fin.

Porque si cualquiera que entra en algún palacio ó casa real rica y suntuosa, y ve primero la fortaleza y firmeza del muro ancho y torreado, y las muchas órdenes de las ventanas labradas, y las galerías, y los chapiteles que deslumbran la vista; y luégo la entrada alta y adornada con ricas labores, y después los zaguanes y patios grandes y diferentes, y las columnas de mármol, y las largas salas, y las recámaras ricas, y la diversidad, y muchedumbre, y órden de los apo-

sentos hermoseados todos con peregrinas y escogidas pinturas, y con el jaspe, y el pórfiro, y el marfil, y el oro que luce por los suelos, y paredes, y techos; y ve juntamente con esto la muchedumbre de los que sirven en él, y la disposición y rico aderezo de sus personas, y el orden que cada uno guarda en su ministerio y servicio, y el concierto que todos conservan entre sí; y oye también los ministriles, y dulzura de música; y mira la hermosura y regalo de los lechos, y la riqueza de los aparadores, que no tienen precio; luégo conoce que es incomparablemente mejor y mayor aquel para cuyo servicio todo aquello se ordena: ansí debemos nosotros también entender, que si es hermosa y admirable esta vista de la tierra y del cielo, es sin ningún término muy más hermoso y maravilloso aquel por cuyo fin se crió.

Y que si es grandísima, como sin ninguna duda lo es, la majestad de este templo universal, que llamamos mundo nosotros; Cristo, para cuyo nacimiento se ordenó desde su principio, y á cuyo servicio se sujetará todo después, y á quien agora sirve y obedece, y obedecerá para siempre, es incomparablemente grandísimo, gloriosísimo, perfectísimo, más mucho de lo que ninguno puede, ni encarecer, ni entender. Y finalmente, que es tal, cual inspirado y alentado por el Espíritu santo San Pablo dice, escribiendo á los Colosenses (Ad Colos. cap. I. v. 15, 19.): *Es imagen de Dios invisible, y el engendrado primero que todas las criaturas. Porque para Él se fabricaron todas, ansí en el cielo, como en la tierra, las visibles, y las invisibles; ansí digamos los tronos, como las dominaciones, como los principados, y potentados; todo por Él y para Él fué criado: y Él es el adelantado entre todos, y todas las cosas tienen ser por Él. Y Él también del cuerpo de la Iglesia es la cabeza, y Él mismo es el principio y el primogénito de los muertos, para que en todo tenga las primerías. Porque le plugo al Padre, y tuvo por bien que se aposentase en Él todo lo sumo y cumplido.* Por manera que Cristo es llamado *fruto*, porque es el fruto del mundo, esto es, porque es el fruto para cuya producción se ordenó y fabricó todo el mundo. Y ansí Isaías deseando su nacimiento, y sabiendo que los cielos y la naturaleza toda vivía y tenía ser principalmente para este parto, á toda ella se le pide diciendo (Isai. cap. XLV. v. 8.): *Derramad rocío,*

cielos, desde vuestras alturas, y vos, nubes, lloviendo enviadnos al Justo, y la tierra se abra, y produzca y brote al Salvador.

Y no solamente por aquesta razón que habemos dicho Cristo se llama *fruto*, sino también porque todo aquello que es verdadero fruto en los hombres, digo fruto que merezca parecer ante Dios, y ponerse en el cielo, no sólo nace en ellos por virtud de este fruto, que es Jesucristo, sino en cierta manera también es el mismo Jesús. Porque la justicia y santidad que derrama en los ánimos de sus fieles, ansí ella como los demás bienes y santas obras que nacen de ella, y que naciendo de ella después la acrecientan, no son sino como una imagen y retrato vivo de Jesucristo, y tan vivo que es llamado Cristo en las letras sagradas, como parece en los lugares adonde nos amonesta San Pablo (Ad Rom. cap. XIII. v. 14.), que nos vistamos de Jesucristo: porque el vivir justa y santamente es imagen de Cristo. Y ansí por esto, como por el espíritu suyo que comunica Cristo, é infunde en los buenos, cada uno de ellos se llama Cristo: y todos ellos juntos, en la forma ya dicha, hacen un mismo Cristo. Ansí lo testificó San Pablo diciendo (Ad Galat. cap. III. v. 27, 28.): *Todos los que en Cristo os habéis bautizado, os habéis vestido de Jesucristo, que allí no hay judío, ni gentil, ni libre, ni esclavo, ni hembra, ni varón, porque todos sois uno en Jesucristo.* Y en otra parte (Ibid. cap. IV. v. 19.): *Hijuelos mios, que os engendro otra vez, hasta que Cristo se forme en vosotros.* Y amonestando á los Romanos á las buenas obras, les dice y escribe (Ad Rom. capit. XIII. v. 12, 14.): *Desechemos pues las obras oscuras, y vistamos armas de luz, y como quien anda de dia, andemos vestidos y honestos. No en convites y embriagueces, no en desordenado sueño, y en deshonestas torpezas, ni menos en competencias y envidias; sino vestíos del Señor Jesucristo.* Y que todos estos Cristos son un Cristo solo, dícelo él mismo á los Corinthios por estas palabras (I. ad Corinth. cap. XII. v. 12.): *Como un cuerpo tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo, ansí también Cristo.* Donde, como advierte San Agustin (1), no dijo concluyendo la semejanza, ansí es Cristo y sus miembros, sino *ansí es Cristo:* para nos en-

(1) *De peccat. merit.* lib. I. cap. 31. edit. *Bened. S. Maur*).

señar, que Cristo nuestra cabeza está en sus miembros, y que los miembros y la cabeza son un solo Cristo, como por aventura dirémos más largamente después. Y lo que decimos agora, y lo que de todo lo dicho resulta es, conocer cuán merecidamente Cristo se llama *fruto*, pues todo el fruto bueno y de valor que mora y fructifica en los hombres, es Cristo y de Cristo, en cuanto nace de él, y en cuanto le parece y remeda, ansí como es dicho. Y pues habemos platicado ya lo que basta acerca de aquesto, proseguid, Sabino, en vuestro papel.—

Deteneos, dijo Juliano alargando contra Sabino la mano, que si olvidado no estoy, os falta, Marcelo, por descubrir lo que al principio nos propusistes, de lo que toca á la nueva y maravillosa concepción de Cristo, que como dijistes, este nombre significa.—Es verdad, é hiciste muy bien, Juliano, en ayudar mi memoria, respondió al punto Marcelo, y lo que pedis es aquesto. Este nombre, que unas veces llamamos PIMPOLLO, y otras veces llamamos *fruto*, en la palabra original no es fruto como quiera, sino es propiamente el fruto que nace de suyo sin cultura ni industria. En lo cual al propósito de Jesucristo, á quien agora se aplica, se nos demuestran dos cosas. La una que no hubo ni saber, ni valor, ni merecimiento, ni industria en el mundo, que mereciese de Dios que se hiciese hombre, esto es, que produjese este fruto: la otra, que en el vientre purísimo y santísimo, de donde aqueste fruto nació, anduvo solamente la virtud y obra de Dios, sin ayuntarse varón.—Mostró, como oyó esto, moverse de su asiento un poco Juliano, y como acostándose hácia Marcelo, y mirándole con alegre rostro le dijo: Agora me place más el haberos, Marcelo, acordado lo que olvidábades, porque me deleita mucho entender, que el artículo de la limpieza y entereza virginal de nuestra común madre y señora, está significado en las letras y profecías antiguas, y la razón lo pedía.

Porque adonde se dijeron y escribieron, tantos años antes que fuesen, otras cosas menores, no era posible que se callase un misterio tan grande. Y si se os ofrecen algunos otros lugares que pertenezcan á esto, que sí ofrecerán, mucho holgaría que los dijésedes, si no recibis pesadumbre.—Ninguna

cosa, respondió Marcelo, me puede ser menos pesada que decir algo que pertenezca al loor de mi única abogada y señora, que aunque lo es generalmente de todos, mas atrévome yo á llamarla mia en particular, porque desde mi niñez me ofrecí todo á su amparo. Y no os engañáis nada, Juliano, en pensar que los libros y letras del Testamento viejo no pasaron callando por una extrañeza tan nueva, y señaladamente tocando á personas tan importantes. Porque ciertamente en muchas partes la dicen con palabras para la fe muy claras, aunque algo oscuras para los corazones, á quien la infidelidad ciega, conforme á como se dicen otras muchas cosas de las que pertenecen á Cristo, que como San Pablo dice (Ad Colos. I. v. 26.), es misterio escondido: el cual quiso Dios decirle y esconderle por justísimos fines, y uno de ellos fué para castigar ansí con la ceguedad y con la ignorancia de cosas tan necesarias á aquel pueblo ingrato por sus enormes pecados.

Pues viniendo á lo que pedís, clarísimo testimonio es á mi juicio para aqueste propósito aquello de Isaías, que poco antes decíamos (Isai. cap. XLV. v. 8.): *Derramad, cielos, rocío, y lluevan las nubes al Justo.* Adonde aunque, como veis, va hablando del nacimiento de Cristo como de una planta que nace en el campo; empero no hace mención, ni de arado, ni de azada, ni de agricultura, sino solamente de cielo, y de nubes, y de tierra, á los cuales atribuye todo su nacimiento. Y á la verdad el que cotejare aquestas palabras que aquí dice Isaías, con las que acerca de aquesta misma razón dijo á la benditísima Virgen el arcángel Gabriel, verá que son casi las mismas, sin haber entre ellas más diferencia, de que lo que dijo el arcángel con palabras propias, porque trataba de negocio presente, Isaías lo significó con palabras figuradas y metafóricas, conforme al estilo de los Profetas. Allí dijo el ángel (Luc. cap. I. v. 35.): *El Espíritu santo vendrá sobre ti:* aquí dice Isaías, *Enviaréis, cielos, vuestro rocío.* Allí dice, que *la virtud del Alto le hará sombra:* aquí pide que se extiendan las nubes. Allí, *y lo que nacerá de ti santo, será llamado hijo de Dios:* aquí, *ábrase la tierra y produzca al Salvador.* Y sácanos de toda duda lo que luégo añade diciendo: *Y la justicia florecerá juntamente, y Yo el Señor le crié.* Porque no dice, *y Yo el Señor la crié*, conviene saber, á la justicia, de quien

dijo que había de florecer juntamente; sino, *Yo le crié*, conviene á saber, al Salvador, esto es, á Jesús, porque Jesús es el nombre que el original allí pone. Y dice, *Yo le crié*, y atribúyese á Sí la creación y nacimiento de esta bienaventurada salud, y préciase de ella como de hecho singular y admirable; y dice, *Yo*, *Yo*, como si dijese, Yo solo, y no otro conmigo.

Y también no es poco eficaz para la prueba de esta misma verdad la manera como habla de Cristo en el capítulo cuarto de su Escritura aqueste mismo Profeta, cuando usando de la misma figura de plantas y frutos, y cosas del campo, no señala para su nacimiento otras causas más de á Dios y á la tierra, que es á la Virgen y al Espíritu Santo. Porque, como ya vimos, dice (Isai. cap. IV. v. 2.): *En aquel dia será el* PIMPOLLO *de Dios magnífico y glorioso, y el fruto de la tierra subirá á grandísima alteza.* Pero entre otros para este propósito hay un lugar singular en el Salmo ciento y nueve, aunque algo oscuro según la letra latina, mas según la original manifiesto y muy claro: en tanto grado que los Doctores antiguos que florecieron antes de la venida de Jesucristo, conocieron de allí y ansí lo escribieron, que la madre del Mesías había de concebir vírgen por virtud de Dios, y sin obra de varón. Porque vuelto el lugar que dijo á la letra dice de esta manera (Psalm. CIX. v. 3.): *En resplandores de santidad del vientre, y del aurora, contigo el rocío de tu nacimiento.* En las cuales palabras, y no por una de ellas, sino casi por todas, se dice y se descubre aqueste misterio que digo. Porque lo primero, cierto es que habla en este Salmo con Cristo el Profeta (Vid. Epist. ad Hebr. cap. I, v. 13.); y lo segundo también es manifiesto que habla en este verso de su concepción y nacimiento; y las palabras *vientre y nacimiento*, que según la propiedad original también se puede llamar generación, lo demuestran abiertamente.

Mas que Dios solo, sin misterio de hombre, haya sido el hacedor de aquesta divina y nueva obra en el virginal y purísimo vientre de nuestra señora, lo primero se ve en aquellas palabras, *en resplandores de santidad.* Que es como decir, que había de ser concebido Cristo, no en ardores deshonestos de carne y de sangre, sino en resplandores santos del cielo: no

con torpeza de sensualidad, sino con hermosura de santidad y de espíritu. Y demás de esto lo que luégo se sigue, de *aurora* y de *rocío*, por galana manera declara lo mismo. Porque es una comparación encubierta, que si la descubrimos sonará así: en el vientre, conviene á saber, de tu madre, serás engendrado como en la aurora, esto es, como lo que en aquella sazón de tiempo se engendra en el campo con sólo el rocío que entónces desciende del cielo, no con riego ni con sudor humano. Y últimamente, para decirlo del todo, añadió: *contigo el rocío de tu nacimiento.* Que porque había comparado al aurora el vientre de la madre, y porque en el aurora cae el rocío con que se fecunda la tierra; prosiguiendo en su semejanza, á la virtud de la generación llamóla rocío también.

Y á la verdad ansí es llamada en las divinas letras en otros muchos lugares esta virtud vivífica y generativa con que engendró Dios al principio el cuerpo de Cristo, y con que después de muerto le reengendró y resucitó, y con que en la común resurrección tornará á la vida nuestros cuerpos deshechos, como en el capítulo veintiseis (Isai. c. XXVI. v. 19.) de Isaías se ve. Pues dice á Cristo David, que este rocío y virtud que formó su cuerpo y le dió vida en las virginales entrañas, no se la prestó otro, ni la puso en aquel santo vientre alguno que viniese de fuera, sino que Él mismo la tuvo de su cosecha, y la trujo consigo. Porque cierto es que el Verbo divino que se hizo hombre en el sagrado vientre de la santa Vírgen, él mismo formó allí el cuerpo y la naturaleza de hombre de que se vistió. Y ansí para que entendiésemos esto, David dice bien que tuvo Cristo consigo el rocío de su nacimiento. Y aún ansí como decimos nacimiento en este lugar, podemos también decir niñez, que aunque viene á decir lo mismo que nacimiento, todavía es palabra que señala más el ser nuevo y corporal que tomó Cristo en la Virgen; en el cual fué niño primero, y después mancebo, y después perfecto varón: porque en el otro nacimiento eterno que tiene de Dios, siempre nació Dios eterno, y perfecto, é igual con su Padre.

Muchas otras cosas pudiera alegar á propósito de aquesta verdad, mas porque no falte tiempo para lo demás que nos resta, baste por todas, y con esta concluyo, la que en el capítulo cincuenta y tres dice de Cristo Isaías (Isai., c. 53, v. 2):

Subirá creciendo como PIMPOLLO *delante de Dios, y como raíz, ó arbolico nacido en tierra seca.* Porque si va á decir la verdad, para decirlo como suele hacer el Profeta con palabras figuradas y oscuras, no pudo decirlo con palabras que fuesen más claras que estas. Llama á Cristo arbolico, y porque le llama ansí, siguiendo el mismo hilo y figura, á su Santísima Madre llámala tierra conforme á razón; y habiéndola llamado ansí, para decir que concibió sin varón, no había una palabra que mejor ni con más significación lo dijese, que era decir que fué tierra seca. Pero si os parece, Juliano, prosiga ya Sabino adelante.—Prosiga, respondió Juliano, y Sabino leyó:

§. IV.

Declárase cómo Cristo tiene el nombre de FACES ó cara de Dios, y por qué le conviene este nombre.

También es llamado Cristo FACES *de Dios, como parece en el Salmo ochenta y ocho, que dice* (Ps. 88, v. 15): La misericordia y la verdad precederán tus FACES. *Y dícelo, porque con Cristo nació la verdad y la justicia, y la misericordia, como lo testifica Isaías diciendo* (Isai., c. XLV, v. 8): Y la justicia nacerá con Él juntamente. *Y también el mismo David, cuando en el Salmo ochenta y cuatro, que es todo del advenimiento de Cristo, dice* (Ps. 84, vv. 11 y 14): La misericordia y la verdad se encontraron. La justicia y la paz se dieron paz. La verdad nació de la tierra, y la justicia miró desde el cielo. El Señor por su parte fué liberal, y la tierra por la suya respondió con buen fruto. La justicia va delante de Él, y pone en el camino sus pisadas. *Item, dásele á Cristo este mismo nombre en el Salmo noventa y cuatro, adonde David, convidando á los hombres para el recibimiento de la buena nueva del Evangelio, les dice* (Ps. 94, v. 2): Ganemos por la mano á su FAZ en confesión y loor. *Y más claro, en el Salmo setenta y nueve* (Ps. 79, v. 4): Conviértenos, *dice*, Dios de nuestra salud, muéstranos tus FACES, y serémos salvos. *Y asimismo, Isaías en el capítulo sesenta y cuatro le da este nombre diciendo* (Isai., c. LXIV, v. 1): Descendis-

te, y delante de tus FACES se derritieron los montes. *Porque claramente habla allí de la venida de Cristo, como en él se parece.*

Demás de estos lugares que ha leido Sabino, dijo entonces Marcelo, hay otro muy señalado que no le puso el papel, y merece ser referido. Pero antes que diga de él quiero decir que en el Salmo setenta y nueve, aquellas palabras que se acaban de leer, *conviértenos Dios de nuestra salud*, se repiten en él tres veces (vv. 4, 15, 20), en el principio, y en el medio, y en el fin del Salmo, lo cual no carece de misterio, y á mi parecer se hizo por una de dos razones. De las cuales la una es, para hacernos saber que hasta acabar Dios y perfeccionar del todo al hombre, pone en él sus manos tres veces. Una criándole del polvo, y llevándole del no ser al ser que le dió en el paraiso. Otra reparándole después de estragado, haciéndose Él para este fin hombre también. Y la tercera, resucitándole después de muerto para no morir ni mudarse jamás. En señal de lo cual, en el libro del Génesi, en la historia de la creación del hombre, se repite tres veces esta palabra *criar*. Porque dice de esta manera (Genes., c. I, v. 27): *Y crió Dios al hombre á su imagen y semejanza, á la imagen de Dios le crió, criólos hembra y varón.*

Y la segunda razón, y lo que por más cierto tengo es, que en este Salmo de que hablamos, pide el Profeta á Dios en tres lugares, que convierta su pueblo á Sí, y le descubra sus FACES, que es á Cristo, como habemos ya dicho, porque son tres veces las que señaladamente el Verbo divino se mostró y mostrará al mundo, y señaladamente á los del pueblo judáico, para darles luz y salud. Porque lo primero se les mostró en el monte, adonde les dió ley, y les notificó su amor y voluntad: y cercado, y como vestido de fuego, y de otras señales visibles, les habló sensiblemente, de manera que le oyó hablar todo el pueblo; y comenzó á humanarse con ellos entonces, como quien tenia determinado de hacerse hombre de ellos y entre ellos después, como lo hizo. Y este fué el aparecimiento segundo, cuando nació rodeado de nuestra carne, y conversó con nosotros, y viviendo y muriendo negoció nuestro bien. El tercero será cuando en el fin de los siglos tornará á venir otra vez para entera salud de su Iglesia. Y aún si yo no me engaño, estas tres venidas del Verbo, una en apariencias y

voces sensibles, otras dos hecho ya verdadero hombre, significó y señaló el mismo Verbo en la zarza, cuando Moisén le pidió señas de quién era, y Él para dárselas le dijo ansí (Exod. c. III, v. 14): *El que seré, seré, seré*, repitiendo esta palabra de tiempo futuro tres veces, y como diciéndoles: Yo soy el que prometí á vuestros padres venir agora para libraros de Egipto; y nacer después entre vosotros para redimiros del pecado; y tornar últimamente en la misma forma de hombre para destruir la muerte y perfeccionaros del todo. Soy el que seré vuestra guia en el desierto, y el que seré vuestra salud hecho hombre, y el que seré vuestra entera gloria hecho juez.

Aquí Juliano, atravesándose, dijo: No dice el texto *seré*, sino *soy*, de tiempo presente: porque aunque la palabra original en el sonido sea *seré*, mas en la significación es *soy*, según la propiedad de aquella lengua.—Es verdad, respondió Marcelo, que en aquella lengua las palabras apropiadas al tiempo futuro se ponen algunas veces por el presente, y en aquel lugar podemos muy bien entender que se pusieron ansí, como lo entendieron primero San Jerónimo y los intérpretes griegos. Pero lo que digo agora es, que sin sacar de sus términos á aquellas palabras, sino tomándolas en su primer sonido y significación, nos declara el misterio que he dicho. Y es misterio que para el propósito de lo que entonces Moisén quería saber, convenía mucho que se dijese.

Porque yo os pregunto, Juliano, no es cosa cierta que comunicó Dios con Abrahám este secreto, que se había de hacer hombre, y nacer de su linaje de él?—Cosa cierta es, respondió, y ansí lo testifica él mismo en el Evangelio, diciendo (Joan., c. VIII, v. 56): *Abrahám deseó ver mi dia: viéle y gozóse.*—Pues no es cierto también, prosiguió Marcelo, que este mismo misterio lo tuvo Dios escondido hasta que lo obró, no sólo de los demonios, sino aun de muchos de los ángeles? —Ansí se entiende, respondió Juliano, de lo que escribe San Pablo (Ad Colos., c. I, v. 26.).—Por manera, dijo Marcelo, que era caso secreto aqueste, y cosa que pasaba entre Dios y Abrahám y algunos de sus sucesores, conviene saber, los sucesores principales, y las cabezas del linaje; con los cuales, de uno en otro, y como de mano en mano, se había comuni-

cado este hecho y promesa de Dios.—Ansí, respondió Juliano, parece.—Pues siendo ansí, añadió Marcelo, y siendo también manifiesto que Moysén en el lugar de que hablamos, cuando dijo á Dios (Exod., c. III, v. 13): *Yo, Señor, iré, como me lo mandas, á los hijos de Israel, y les diré: El Dios de vuestros padres me envía á vosotros. Mas si me preguntaren cómo se llama ese Dios, qué les responderé?* Ansí que siendo manifiesto que Moysén por estas palabras que he referido pidió á Dios alguna seña cierta de sí, por la cual ansí el mismo Moysén, como los principales del pueblo de Israel á quien había de ir con aquella embajada, quedasen saneados que era su verdadero Dios, el que le había aparecido, y le enviaba, y no algún otro espíritu falso y engañoso.

Por manera, que pidiendo Moysén á Dios una seña como esta, y dándosela Dios en aquellas palabras, diciéndole: *Diles, el que seré, seré, seré, me envía á vosotros;* la razón misma nos obliga á entender, que lo que Dios dice por estas palabras, era cosa secreta y encubierta á cualquier otro espíritu: y seña que sólo Dios y aquellos á quien se había de decir la sabían: y que era como la tesera militar, ó lo que en la guerra decimos, dar nombre, que está secreto entre solos el capitán y los soldados que hacen cuerpo de guardia. Y por la misma razón se concluye, que lo que dijo Dios á Moysén en estas palabras, es el misterio que he dicho, porque este solo misterio era el que sabían solamente Dios y Abrahám y sus sucesores, y el que solamente entre ellos estaba secreto.

Que lo demás que entienden algunos haber significado y declarado Dios de sí á Moysén en este lugar, que es su perfección infinita, y ser Él el mismo ser por esencia: notorio era, no solamente á los Ángeles, pero también á los demonios: y aun á los hombres sabios y doctos es manifiesto que Dios es ser por esencia, y que es ser infinito; porque es cosa que con la luz natural se conoce. Y ansí cualquier otro espíritu que quisiera engañar á Moisén, y vendérsele por su Dios verdadero, lo pudiera mintiendo decir de sí mismo: y no tuviera Moysén, con oir esta seña, ni para salir de duda bastante razón, ni cierta seña para sacar de ella á los príncipes de su pueblo, á quien iba.

Mas el lugar que dije al principio, del cual el papel se ol-

vidó, es lo que en el capítulo sexto del libro de los Números mandó Dios al sacerdote que dijese sobre el pueblo cuando le bendijese, que es esto (Num., c. VI, vv. 25 y 26): *Descubra Dios sus* FACES *á ti, y haya piedad de ti. Vuelva Dios sus* FACES *á ti, y déte paz.* Porque no podemos dudar sino que Cristo, y su nacimiento entre nosotros son estas FACES que el Sacerdote pedía en este lugar á Dios que descubriese á su pueblo, como Teodoreto (1), y como San Cirilo (2) lo afirman, doctores santos y antiguos. Y demás de su testimonio, que es de grande autoridad, se convence lo mismo de que en el Salmo sesenta y seis, en el cual, según todos lo confiesan, David pide á Dios que envie al mundo á Jesucristo, comienza el Profeta con las palabras de aquesta bendición, y casi la señala con el dedo, y la declara, y no le falta sino decir á Dios claramente: La bendición que por orden tuya echa sobre el pueblo el sacerdote, eso, Señor, es lo que te suplico y te pido, que nos descubras ya á tu Hijo y Salvador nuestro, conforme á como la voz pública de tu pueblo lo pide. Porque dice de esta manera (Ps. 66, v. 1): *Dios haya piedad de nosotros y nos bendiga. Descubra sobre nosotros sus* FACES, *y haya piedad de nosotros.*

Y en el libro del Eclesiástico, después de haber el Sabio pedido á Dios con muchas y muy ardientes palabras la salud de su pueblo, y el quebrantamiento de la soberbia y pecado, y la libertad de los humildes opresos, y el allegamiento de los buenos esparcidos, y su venganza y honra, y su deseado juicio, con la manifestación de su ensalzamiento sobre todas las naciones del mundo, que es puntualmente pedirle á Dios la primera y la segunda venida de Cristo; concluye al fin, y dice (Eccles., c. XXXVI, v. 19): *Conforme á la bendición de Aarón, ansí, Señor, haz con tu pueblo; y enderézanos por el camino de tu justicia.* Y sabida cosa es que el camino de la justicia de Dios es Jesucristo, ansí como Él mismo lo dice (Joan., c. XIV, v. 6): *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.* Y pues San Pablo dice, escribiendo á los de Efeso (Ad Ephes., c. I, v. 3): *Bendito sea el Padre, y Dios de nuestro Señor Jesucristo,*

(1) Select. Sac. Script. quæst. in Num. cap. VI.
(2) Ciril. Alex. in Joan. Evang. lib. 9. cap. XL.

que nos ha bendecido con toda bendición espiritual y sobrecelestial en Jesucristo; viene maravillosamente muy bien, que en la bendición que se daba al pueblo antes que Cristo viniese, no se demandase ni desease de Dios otra cosa sino á solo Cristo, fuente y orígen de toda feliz bendición: y viene muy bien que consuenen y se respondan ansí estas dos escrituras, nueva y antigua. Ansí que las FACES de Dios que se piden en aqueste lugar son Cristo sin duda.

Y concierta con esto ver que se piden dos veces, para mostrar que son dos sus venidas. En lo cual es digno de considerar lo justo y lo propio de las palabras que el Espíritu Santo da á cada cosa. Porque en la primera venida dice, *descubrir*, diciendo: *Descubra sus* FACES *Dios;* porque en ella comenzó Cristo á ser visible en el mundo. Mas en la segunda dice, *volver*, diciendo: *Vuelva Dios sus* FACES; porque entonces volverá otra vez á ser visto. En la primera, según otra letra dice, *lucir;* porque la obra de aquella venida fué desterrar del mundo la noche de error, y como dijo San Juan (Joan., c. 1, v. 5), resplandecer en las tinieblas la luz. Y ansí Cristo por esta causa es llamado Luz y Sol de justicia. Mas en la segunda dice, *ensalzar:* porque el que vino antes humilde, vendrá entonces alto y glorioso; y vendrá, no á dar ya nueva doctrina, sino á repartir el castigo y la gloria. Y aun en la primera dice: *Haya piedad de vosotros;* conociendo, y como señalando que se habían de haber ingrata y cruelmente con Cristo; y que habían de merecer por su ceguedad é ingratitud ser por Él consumidos: y por esa causa le pide que se apiade de ellos y que no los consuma. Mas en la segunda dice, que Dios les dé paz, esto es, que dé fin á su tan luengo trabajo, y que los guie á puerto de descanso después de tan fiera tormenta: y que los meta en el abrigo y sosiego de su Iglesia, y en la paz de espíritu que hay en ella, y en todas sus espirituales riquezas. O dice lo primero, porque entonces vino Cristo solamente á perdonar lo pecado, y á buscar lo perdido, como Él mismo lo dice (Matth, c. XVIII, v. 11). Y lo segundo, porque ha de venir después á dar paz y reposo al trabajo santo, y á remunerar lo bien hecho.

Más pues Cristo tiene este nombre, es de ver agora por qué le tiene. En lo cual conviene advertir, que aunque

Cristo se llama y es cara de Dios por donde quiera que le miremos; porque según que es hombre se nombra ansí, y según que es Dios, y en cuanto es el Verbo, es también propia y perfectamente imagen y figura del Padre, como San Pablo le llama (Ad Hebr., c. I. v. 3.) en diversos lugares: pero lo que tratamos agora es lo que toca á el ser de hombre; y lo que buscamos es el título por donde la naturaleza humana de Cristo merece ser llamada sus FACES. Y para decirlo en una palabra, decimos, que Cristo hombre es FACES y cara de Dios; porque como cada uno se conoce en la cara, ansí Dios se nos representa en él, y se nos demuestra quién es clarísima y perfectísimamente. Lo cual en tanto es verdad, que por ninguna de las criaturas de por sí, ni por la universidad de ellas juntas, los rayos de las divinas condiciones y bienes relucen y pasan á nuestros ojos, ni mayores, ni más claros, ni en mayor abundancia que por el anima de Cristo, y por su cuerpo, y por todas sus inclinaciones, hechos y dichos, con todo lo demás que pertenece á su oficio.

Y comencemos por el cuerpo, que es lo primero y más descubierto: en el cual, aunque no le vemos, mas por la relación que tenemos de Él, y entre tanto que viene aquel bienaventurado día, en que por su bondad infinita esperamos verle amigo para nosotros, y alegre: ansí que dado que no le veamos, pero pongamos agora con la fe los ojos en aquel rostro divino, y en aquellas figuras de Él, figuradas con el dedo del Espíritu santo; y miremos el semblante hermoso, y la postura grave y suave, y aquellos ojos y boca, aquesta nadando siempre en dulzura, y aquellos muy más claros y resplandecientes que el sol; y miremos toda la compostura del cuerpo, su estado, su movimiento, sus miembros concebidos en la misma pureza, y dotados de inestimable belleza.

Mas para qué voy menoscabando este bien con mis pobres palabras, pues tengo las del mismo Espíritu que le formó en el vientre de la sacratísima Vírgen, que nos le pintan en el libro de los Cantares por la boca de la enamorada pastora diciendo (Cant. c. v, vv. 10.-16.): *Blanco, y colorado, trae bandera entre los millares. Su cabeza oro de Tibar. Sus cabellos enriscados y negros. Sus ojos como los de las palomas, junto á los*

arroyos de las aguas, bañadas en leche. Sus mejillas como eras de plantas olorosas de los olores de confección. Sus labios violetas que destilan preciada mirra. Sus manos rollos llenos de oro de Tarsis. Su vientre bien como el marfil adornado de zafiros. Sus piernas columnas de marmol, fundadas sobre basas de oro fino. El su semblante como el del Líbano, erguido como los cedros. Su paladar dulzuras, y todo El deseos.—

Pues pongamos los ojos en aquesta acabada beldad, y contemplémosla bien, y conocerémos que todo lo que puede caber de Dios en un cuerpo, y cuanto le es posible participar de él, y retraerle, y figurarle, y asemejársele, todo esto con ventajas grandísimas entre todos los otros cuerpos resplandece en aqueste: y verémos que en su género y condición es como un retrato vivo y perfecto. Porque lo que en el cuerpo es color (que quiero, para mayor evidencia, cotejar por menudo cada una cosa con otra, y señalar en este retrato suyo, que formó Dios de hecho, habiéndole pintado muchos años antes con las palabras, cuán enteramente responde todo con su verdad; aunque por no ser largo diré poco de cada cosa, ó no la diré, sino tocarla he solamente por manera) que el color en el cuerpo, el cual resulta de la mezcla de las cualidades y humores que hay en él, y que es lo primero que se viene á los ojos, responde á la liga, ó si lo podemos decir ansí, á la mezcla y tejido que hacen entre sí las perfecciones de Dios. Pues así como se dice de aquel color, que se tiñe de colorado y de blanco; ansí toda aquesta mezcla secreta se colora de sencillo y amoroso. Porque lo que luégo se nos ofrece á los ojos, cuando los alzamos á Dios, es una verdad pura, y una perfección simple y sencilla que ama.

Y ansí mismo la cabeza en el cuerpo dice con lo que en Dios es la alteza de su saber. Aquella pues es de oro de Tibar, y aquesta son tesoros de sabiduría. Los cabellos que de la cabeza nacen, se dicen ser enriscados y negros: los pensamientos y consejos que proceden de aquel saber, son ensalzados y oscuros. Los ojos de la providencia de Dios, y los ojos de aqueste cuerpo son unos: que estos miran como palomas bañadas en leche las aguas; aquellos atienden y proveen á la universidad de las cosas con suavidad y dulzura grandísima, dando a cada una su sustento, y como digamos, su leche.

Pues qué diré de las mejillas, que aquí son eras olorosas de plantas, y en Dios son su justicia y su misericordia, que se descubren y se le echan más de ver, como si dijésemos, en el uno y en el otro lado del rostro? y que esparcen su olor por todas las cosas? Que como es escrito (Ps. XXIV. v. 10.) *Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad.* Y la boca y los labios, que son en Dios los avisos que nos da, y las escrituras santas donde nos habla, ansí como en este cuerpo son violetas y mirra, ansí en Dios tienen mucho de encendido y de amargo, con que encienden á la virtud, y amargan y amortiguan el vicio. Y ni más ni menos, lo que en Dios son las manos, que son el poderío suyo para obrar, y las obras hechas por él, son semejantes á las de este cuerpo, hechas como rollos de oro rematados en Tarsis, esto es, son perfectas y hermosas, y todas muy buenas, como la Escritura lo dice (Gen. c. I. vers. 31.): *Vió Dios todo lo que hiciera, y todo era muy bueno.* Pues para la entrañas de Dios, y para la fecundidad de su virtud, que es como el vientre donde todo se engendra; qué imágen será mejor que este vientre blanco, y como hecho de marfil, y adornado de zafiros? Y las piernas del mismo, que son hermosas y firmes como mármoles sobre basas de oro, clara pintura sin duda son de la firmeza divina no mudable, que es como aquello en que Dios estriba. Es también su semblante como el del Líbano, qué es como la altura de la naturaleza divina, llena de majestad y belleza. Y finalmente es dulzura su paladar, y deseos todo Él: para que entendamos del todo cuán merecidamente este cuerpo es llamado imagen, y FACES, y cara de Dios, el cual es dulcísimo y amabilísimo por todas partes, ansí como es escrito (Ps. XXXIII. v. 9.): *Gustad y ved cuán dulce es el Señor.* (Ps. XXX. vers. 20.) Y *cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, que escondiste para los que te aman.*

Pues si en el cuerpo de Cristo se descubre y reluce tanto la figura divina; cuánto más expresa imágen suya será su santísima ánima, la cual verdaderamente ansí por la perfección de su naturaleza, como por los tesoros de sobrenaturales riquezas que Dios en ella ayuntó, se asemeja á Dios, y le retrata más vecina y acabadamente que otra criatura ninguna? Y después del mundo original, que es el Verbo, el mayor

mundo, y el más vecino al original, es aquesta divina alma: y el mundo visible comparado con ella, es pobreza y pequeñez. Porque Dios sabe y tiene presente delante los ojos de su conocimiento todo lo que es y puede ser; y el alma de Cristo ve con los suyos todo lo que fué, es, y será. En el saber de Dios están las ideas y las razones de todo, y en esta alma el conocimiento de todas las artes y ciencias. Dios es fuente de todo el ser, y el alma de Cristo de todo el buen ser, quiero decir, de todos los bienes de gracia y justicia, con que lo que es se hace justo, y bueno, y perfecto. Porque de la gracia que hay en Él mana toda la nuestra. Y no sólo es gracioso en los ojos de Dios para sí, sino para nosotros también. Porque tiene justicia, con que parece en el acatamiento de Dios, amable sobre todas las criaturas; y tiene justicia poderosa para hacerlas amables á todas, infundiendo en sus vasos de cada una algún efecto de aquella su grande virtud, como es escrito (Joan. c. I. vers. 16.): *De cuya abundancia recibimos todos gracia por gracia:* esto es, de una gracia otra gracia; de aquella gracia que es fuente, otra gracia que es como su arroyo; y de aquel dechado de gracia que está en él, un traslado de gracia, ó una otra gracia trasladada que mora en los justos.

Y finalmente Dios cria y sustenta al universo todo, y le guía y endereza á su bien: y el alma de Cristo recría, y repara, y defiende, y continuamente va alentando é inspirando para lo bueno y lo justo, cuanto es de su parte, á todo el género humano. Dios se ama á sí, y se conoce infinitamente; y ella le ama y le conoce con un conocimiento y amor en cierta manera infinito. Dios es sapientísimo, y ella de inmenso saber: Dios poderoso, y ella sobre toda fuerza natural poderosa. Y como si pusiésemos muchos espejos en diversas distancias delante de un rostro hermoso, la figura y facciones de él, en el espejo que le estuviese más cerca, se demostraría mejor: ansí esta alma santísima como está junta, y si lo habemos de decir ansí, apegadísima por unión personal al Verbo divino, recibe sus resplandores en sí, y se figura de ello más vivamente que otro ningune.

Pero vamos más adelante, y pues habemos dicho del cuerpo de Cristo, y de su alma por sí, digamos de lo que resulta de todo junto, y busquemos en sus inclinaciones, y condición,

y costumbres aquestas FACES, é imágen de Dios. El dice de sí (Matth. c. XI. v. 29) que es manso y humilde, y nos convida á que aprendamos á serlo de Él. Y mucho antes el Profeta Isaías viéndolo en espíritu, nos le pintó con las mismas condiciones diciendo (Isai. c. XLII. vv. 2. 4.): *No dará voces, ni será aceptador de personas, y su voz no sonará fuera. A la caña quebrantada no quebrará, ni sabrá hacer mal, ni aun á una poca de estopa que echa humo. No será acedo, ni revoltoso.* Y no se ha de entender que es Cristo manso y humilde por virtud de la gracia que tiene solamente: sino ansí como por inclinación natural son bien inclinados los hombres, unos á una virtud, y otros á otra; ansí también la humanidad de Cristo de su natural compostura, es de condición llena de llaneza y mansedumbre.

Pues con ser Cristo ansí por la gracia que tenía, como por la misma disposición de su naturaleza, un dechado de perfecta humildad; por otra parte tiene tanta alteza y grandeza de ánimo que cabe en Él, sin desvanecerle, el ser Rey de los hombres, y señor de los ángeles, y cabeza y gobernador de todas las cosas, y el ser adorado de todas ellas, y el estar á la diestra de Dios unido con Él, y hecho una persona con Él. Pues qué es esto sino ser FACES del mismo Dios? El cual con ser tan manso, como la enormidad de nuestros pecados, y la grandeza de los perdones suyos, y no sólo de los perdones, sino de las maneras que ha usado para nos perdonar, lo testifican y enseñan; es también tan alto y tan grande, como lo pide el nombre de Dios, y como lo dice Job por galana manera (Job, cap. XI. v. 8, 9.): *Alturas de cielos, qué farás? honduras de abismo, cómo le entenderás? longura más que tierra medida suya, y anchura allende del mar.* Y juntamente con esta inmensidad de grandeza y celsitud podemos decir que se humilla tanto, y se allana con sus criaturas, que tiene cuenta con los pajaricos, y provee á las hormigas, y pinta las flores, y desciende hasta lo más bajo del centro, y hasta los más viles gusanos. Y lo que es más claro argumento de su llana bondad, mantiene y acaricia á los pecadores, y los alumbra con esta luz hermosa que vemos: y estando altísimo en sí, se baja con sus criaturas, y como dice el Salmo (Psalmo CI, v. 20.), estando en el cielo, está también en la tierra.

Pues qué diré del amor que nos tiene Dios, y de la caridad para con nosotros que arde en el alma de Cristo? de lo que Dios hace por los hombres, y de lo que la humanidad de Cristo ha padecido por ellos? Cómo los podré comparar entre sí, ó qué podré decir cotejándolos, que más verdadero sea, que es llamar á esto FACES, é imagen de aquello? Cristo nos amó hasta darnos su vida; y Dios inducido de nuestro amor, porque no puede darnos la suya, danos la de su hijo Cristo. Porque no padezcamos infierno, y porque gocemos nosotros del cielo, padece prisiones y azotes, y afrentosa y dolorosa muerte; y Dios por el mismo fin, ya que no era posible padecerla en su misma naturaleza, buscó y halló orden para padecerla por su misma persona. Y aquella voluntad ardiente y encendida que la naturaleza humana de Cristo tuvo de morir por los hombres, no fué sino como una llama que se prendió del fuego de amor y deseo que ardían en la voluntad de Dios, de hacerse hombre para morir por ellos.

No tiene fin este cuento: y cuanto más desplego las velas, tanto hallo mayor camino que andar, y se me descubren nuevos mares cuanto más navego: y cuanto más considero estas FACES, tanto por más partes se me descubren en ellas el sér y las perfecciones de Dios. Mas conviéneme ya recoger: y hacerlo he con decir solamente, que ansí como Dios es trino y uno, trino en Personas, y uno en esencia; ansí Cristo y sus fieles, por representar en esto también á Dios, son en personas muchos y diferentes; mas como ya comenzamos á decir, y dirémos más largamente después, en espíritu y en una unidad secreta, que se explica mal con palabras, y que se entiende bien por los que la gustan, son uno mismo. Y dado que las cualidades de gracia y de justicia, y de los demás dones divinos que están en los justos, sean en razón semejantes, y divididos y diferentes en número: pero el espíritu que vive en todos ellos, ó por mejor decir, el que los hace vivir vida justa, y el que los alienta y menea, y el que despierta y pone en obra las mismas cualidades y dones que he dicho, es en todos uno, y solo, y el mismo de Cristo. Y ansí vive en los suyos Él, y ellos viven por Él, y todos en Él, y son uno mismo multiplicado en personas, y en cualidad y sustancia de espíritu simple y sencillo, conforme á lo que

pidió á su Padre diciendo (Joan. cap. XVII. v. 21.): *Para que sean todos una cosa, ansí como somos una cosa nosotros.*

Dícese también Cristo FACES de Dios, porque como por la cara se conoce uno, ansí Dios por medio de Cristo quiere ser conocido. Y el que sin este medio le conoce, no le conoce; y por esto dice Él de sí mismo (Ibid. v. 6.), que manifestó el nombre de su Padre á los hombres. Y es llamado (Ibid. capit. x. v. 9.) puerta y entrada por la misma razón, porque Él solo nos guía y encamina, y hace entrar en el conocimiento de Dios, y en su amor verdadero. Y baste haber dicho hasta aquí de lo que toca á este nombre. Y dicho esto, Marcelo calló, y Sabino prosiguió luégo.

§. V.

Es Cristo llamado CAMINO, y por qué se le atribuye este nombre.

Llámase también CAMINO *Cristo en la sagrada Escritura. Él mismo se llama ansí en San Juan en el capítulo catorce* (Joan. cap. XIV. v. 6): *Yo, dice*, soy CAMINO, verdad y vida. *Y puede pertenecer á esto mismo lo que dice Isaías en el capítulo treinta y cinco* (Isai. cap. XXXV. v. 8.): Habrá entonces senda y CAMINO, y será llamado CAMINO santo, y será para vosotros CAMINO derecho. *Y no es ajeno de ello lo del Salmo quince* (Psalmo XV. v. 10.): Hiciste que me sean manifiestos los CAMINOS de vida. *Y mucho menos lo del Salmo sesenta y seis* (Psalm. LXVI. v. 2.): Para que conozcan en la tierra tu CAMINO. *Y declara luégo qué camino:* En todas las gentes tu salud. *que es el nombre de Jesús.*

—No será necesario, dijo Marcelo luégo que Sabino hubo leido esto, probar que CAMINO es nombre de Cristo, pues El mismo se le pone. Mas es necesario ver y entender la razón por qué se le pone, y lo que nos quiso enseñar á nosotros, llamándose á sí CAMINO nuestro. Y aunque esto en parte está ya dicho por el parentesco que este nombre tiene con el que acabamos de decir agora; porque ser FACES y ser CAMINO, en una cierta razón es lo mismo; mas porque demás de aquello encierra este nombre otras muchas consideraciones en sí,

será conveniente que particularmente digamos de él. Pues para esto lo primero se debe advertir, que CAMINO en la sagrada Escritura se toma en diversas maneras. Que algunas veces camino en ellas significa la condición y el ingenio de cada uno, y su inclinación y manera de proceder, y lo que suelen llamar *estilo* en romance, ó lo que llaman *humor* agora. Conforme á esto es lo de David en el Salmo, cuando hablando de Dios dice (Ps. CII. v. 7.): *Manifestó á Moysén sus caminos.* Porque los CAMINOS de Dios que llama allí, son aquellos que el mismo Salmo dice luégo, que es, lo que Dios manifestó de su condición en el Exodo, cuando se le demostró en el monte y en la peña, y poniéndole la mano en los ojos pasó por delante de él, y en pasando le dijo (Exod. cap. XXXIV. vv. 6, 7.): *Yo soy amador entrañable, y compasivo mucho, y muy sufrido, largo en misericordia, y verdadero, y que castigo hasta lo cuarto, y uso de piedad hasta lo mil.* Ansí que estas buenas condiciones de Dios, y estas entrañas suyas son allí SUS CAMINOS.

Camino se llama en otra manera la profesión de vivir que escoge cada uno para sí mismo, y su intento, y aquello que pretende, ó en la vida ó en algún negocio particular, y lo que se pone como pór blanco. Y en esta significación dice el Salmo (Ps. XXXVI. v. 5.): *Descubre tu camino al Señor, y Él lo hará.* Que es decirnos David, que pongamos nuestros intentos y pretensiones en los ojos y en las manos de Dios, poniendo en su providencia confiadamente el cuidado de ellos, y que con esto quedemos seguros de Él, que los tomará á su cargo, y les dará buen suceso. Y si los ponemos en sus manos, cosa debida es que sean cuales ellas son, esto es, que sean de cualidad que se pueda encargar de ellos Dios, que es justicia y bondad. Ansí que de una vez, y por unas mismas palabras nos avisa allí de dos cosas el Salmo. Una, que no pretendamos negocios, ni prosigamos intentos en que no se pueda pedir la ayuda de Dios. Otra, que después de ansí apurados y justificados, no los fiemos de nuestras fuerzas, sino que los echemos en las suyas, y nos remitamos á Él con esperanza segura.

La obra que cada uno hace, también es llamada camino suyo. En los Proverbios dice la Sabiduría de sí (Prov. ca-

pit. VIII. v. 22.): *El Señor me crió en el principio de sus* CAMINOS, esto es, soy la primera cosa que procedió de Dios. Y del elefante se dice en el libro de Job (Job, cap. XL, v. 14.), que es *el principio de los* CAMINOS *de Dios*: porque entre las obras que hizo Dios cuando crió los animales, es obra muy aventajada. Y en el Deuteronomio dice Moysén (Deut. cap. XXXII, v. 4.), que *son juicio los* CAMINOS *de Dios:* queriendo decir, que sus obras son santas y justas. Y el justo desea y pide en el Salmo (Ps. CXVIII, v. 5.), que sus caminos, esto es, sus pasos y obras se enderecen siempre á cumplir lo que Dios le manda que haga.

Dícese más camino el precepto y la ley. Ansí lo usa David (Ps. XVII, v. 22.): *Guardé los* CAMINOS *del Señor, y no hice cosa mala contra mi Dios.* Y más claro en otro lugar (Psalmo CXVIII, v. 32.): *Corrí por el* camino *de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón.* Por manera que este nombre CAMINO, demás de lo que significa con propiedad, que es aquello por donde se va á algún lugar sin error, pasa su significación á otras cuatro cosas por semejanza, á la inclinación, á la profesión, á las obras de cada uno, á la ley y preceptos: porque cada una de estas cosas encamina al hombre á algún paradero: y el hombre por ellas, como por camino, se endereza á algún fin. Que cierto es que la ley guia, y las obras conducen, y la profesión ordena, y la inclinación lleva cada cual á su cosa.

Esto ansí presupuesto, veamos por qué razón de estas Cristo es dicho CAMINO; ó veamos si por todas ellas lo es, como lo es sin duda por todas Porque cuanto á la propiedad del vocablo, ansí como aquel camino (y señaló Marcelo con el dedo, porque se parecía de allí) es el de la corte, porque lleva á la corte, y á la morada del Rey á todos los que enderezan sus pasos por él: ansí Cristo es el CAMINO del cielo, porque si no es poniendo las pisadas en él, y siguiendo su huella, ninguno va al cielo. Y no sólo digo que habemos de poner los piés donde Él puso los suyos, y que nuestras obras, que son nuestros pasos, han de seguir á las obras que Él hizo; sino que lo que es propio al camino, nuestras obras han de ir andando sobre él, porque si salen de él van perdidas. Que cierto es, que el paso y la obra que en Cristo no estriba, y cuyo

fundamento no es Él, no se adelanta, ni se allega hácia el cielo. Muchos de los que vivieron sin Cristo abrazaron la pobreza, y amaron la castidad, y siguieron la justicia, modestia, y templanza; por manera que quien no lo mirara de cerca, juzgara que iban por donde Cristo fué, y que se parecían á Él en los pasos: más como no estribaban en Él, no siguieron camino, ni llegaron al cielo. La oveja perdida, que fueron los hombres, el pastor que la halló, como se dice en San Lucas (Luc. cap. xv, v. 3.), no la trujo al rebaño por sus piés de ella, ni guiándola delante de sí, sino sobre sí y sobre sus hombros. Porque si no es sobre Él, no podemos andar, digo, no será de provecho para ir al cielo, lo que sobre otro suelo anduviéremos.

No habeis visto algunas madres, Sabino, que teniendo con sus dos manos las dos de sus niños, hacen que sobre sus piés de ellas pongan ellos sus piés, y ansí los van allegando á sí, y los abrazan, y son juntamente su suelo y su guía? Oh piedad la de Dios! Esta misma forma guardáis, Señor, con nuestra flaqueza y niñez. Vos nos dais la mano de vuestro favor. Vos hacéis que pongamos en vuestros bien guiados pasos los nuestros. Vos hacéis que subamos, Vos que nos adelantemos. Vos sustentáis nuestras pisadas siempre en vos mismo, hasta que avecinados á Vos en la manera de vecindad que os contenta, con nudo estrecho nos ayuntáis en el cielo.

Y porque, Juliano, los caminos son en diferentes maneras, que unos son llanos y abiertos, y otros estrechos y de cuesta; y unos más largos, y otros que son como sendas de atajo: Cristo, verdadero CAMINO y universal, cuanto es de su parte, contiene todas estas diferencias en sí. Que tiene llanezas abiertas, y sin dificultad de tropiezos, por donde caminan descansadamente los flacos; y tiene sendas más estrechas y altas para los que son de más fuerza; y tiene rodeos para unos, porque ansí les conviene, y ni más ni menos por donde atajen y abrevien los que se quisieren apresurar. Mas veamos lo que escribe de este nuestro camino Isaías (Isai. cap. xxxv, vv. 8, 10.): *Y habrá allí senda y camino, y será llamado camino santo. No caminará por él persona no limpia, y será derecho este camino para vosotros: los ignorantes en él no se perderán. No habrá león en él, ni bestia fiera, ni subirá por él ninguna mala*

alimaña. Caminarle han los librados, y los redimidos por el Señor volverán, y vendrán á Sión con loores y gozo sobre sus cabezas sin fin, ellos asirán del gozo y del alegría, y el dolor y el gemido huirá de ellos.

Lo que dice *senda*, la palabra original significa todo aquello que es paso por donde se va de una cosa á otra; pero no como quiera paso, sino paso algo más levantado que lo demás del suelo que le está vecino; y paso llano, ó porque está enlosado, ó porque está limpio de piedras, y libre de tropiezos. Y conforme á esto unas veces significa esta palabra las gradas de piedra por donde se sube, y otras la calzada empedrada y levantada del suelo, y otras la senda que se ve ir limpia en la cuesta, dando vueltas desde la raíz á la cumbre. Y todo ello dice con Cristo muy bien. Porque es calzada, y sendero, y escalón llano y firme. Que es decir, que tiene dos cualidades este camino, la una de alteza, y la otra de desembarazo; las cuales son propias, ansí á lo que llamamos gradas, como á lo que decimos sendero, ó calzada. Porque es verdad que todos los que caminan por Cristo van altos, y van sin tropiezos. Van altos, lo uno porque suben: suben, digo, porque su caminar es propiamente subir. Porque la virtud cristiana siempre es mejoramiento, y adelantamiento del alma. Y ansí los que andan y se ejercitan en ella, forzosamente crecen; y el andar mismo es hacerse de contínuo mayores: al revés de los que siguen la vereda del vicio, que siempre descienden. Porque el ser vicioso es deshacerse, y venir á menos de lo que es: y cuanto va más, tanto más se menoscaba y disminuye, y viene por sus pasos contados primero á ser bruto, y después á menos que bruto, y finalmente á ser casi nada.

Los hijos de Israel, cuyos pasos desde Egipto hasta Judea fueron imagen de aquesto, siempre fueron subiendo, por razón del sitio y disposición de la tierra. Y en el templo antiguo, que también fué figura, por ninguna parte se podía entrar sin subir. Y ansí el Sabio, aunque por semejanza de resplandor y de luz, dice lo mismo, ansí de los que caminan por Cristo, como de los que no quieren seguirle. De los unos dice (Prov. c. IV, v. 18): *La senda de los justos, como luz que resplandece, y crece, y va adelante hasta que sube á ser dia per-*

fecto. De los otros en un particular que los comprende (Ibid. II. v. 18.): *Desciende*, dice, *á la muerte su casa*, *y á los abismos sus sendas*. Pues esto es lo uno. Lo otro, van altos, porque van siempre lejos del suelo, que es lo más bajo. Y van lejos de él, porque lo que el suelo ama, ellos lo aborrecen; lo que sigue huyen; y lo que estima desprecian. Y lo último van ansí, porque huellan sobre lo que el juicio de los hombres tiene puesto en la cumbre, las riquezas, los deleites, las honras. Y esto cuanto á la primera cualidad de la alteza.

Y lo mismo se ve en la segunda, de llaneza, y de carecer de estropiezos. Porque el que endereza sus pasos conforme á Cristo, no se encuentra con nadie, á todos les da ventaja, no se opone á sus pretensiones, no les contramina sus designios, sufre sus iras, sus injurias, sus violencias: y si le maltratan y despojan los otros, no se tiene por despojado, sino por desembarazado y más suelto para seguir su viaje. Como al revés hallan los que otro camino llevan, á cada paso innumerables estorbos. Porque pretenden otros lo que ellos pretenden, y caminan todos á un fin: y á fin en que los unos á los otros se estorban, y ansí se ofenden cada momento, y estropiezan entre sí mismos, y caen, y paran, y vuelven atrás desesperados de llegar adonde iban. Mas en Cristo, como habemos dicho, no se halla estropiezo; porque es como CAMINO real en que todos los que quieren, caben sin embarazarse.

Y no solamente es Cristo grada, y calzada, y sendero, por estas dos cualidades dichas, que son comunes á todas estas estas tres cosas; sino también por lo propio de cada una de ellas comunican su nombre con él. Porque es grada para la entrada del templo del cielo; y sendero que guia sin error á lo alto del monte, adonde la virtud hace vida; y calzada enjuta y firme en quien nunca, ó el paso engaña, ó desliza ó titubea el pié. Que los otros caminos más verdaderamente son deslizaderos ó despeñaderos, que cuando ménos se piensa, ó están cortados, ó debajo de los piés se sumen ellos, y echa en vacío el pié el miserable que caminaba seguro. Y ansí Salomón dice: *El* camino *de los malos*, *barranco*, *y abertura honda*. Cuantos en las riquezas, y por las riquezas que buscaron y hallaron, perdieron la vida? Cuantos caminando á la honra hallaron su afrenta? Pues del deleite qué podemos decir sino

que su remate es dolor? Pues no desliza ansí ni hunde los pasos el que nuestro CAMINO sigue, porque los pone en piedra firme de continuo. Y por eso dice David (Psalm. XXXVI, v. 31.): *Está la ley de Dios en su corazón: no padecerán engaño sus pasos.* Y Salomón (Prov. cap. XV, v. 19.): *El* camino *de los malos como valladar de zarzas: la senda del justo sin cosa que le ofenda.* Pero añade Isaías: *Senda y* CAMINO, *y será llamado santo.* En el original la palabra camino se repite tres veces, en esta manera: *Y será* CAMINO, *y* CAMINO, *y* CAMINO *llamado santo.* Porque Cristo es CAMINO para todo género de gente. Y todos ellos, los que caminan en él, se reducen á tres. A principiantes que llaman en la virtud; á aprovechados en ella; á los que nombran perfectos. De los cuales tres órdenes se compone todo lo escogido de la Iglesia; ansí como su imagen, el templo antiguo se componia de tres partes, portal, y palacio, y sagrario: y como los aposentos que estaban apegados á él, y le cercaban á la redonda por los dos lados y por las espaldas, se repartían en tres diferencias; que unas eran piezas bajas, y otras entresuelos, y otras sobrados. Es pues Cristo tres veces CAMINO, porque es calzada allanada y abierta para los imperfectos; y CAMINO para los que tienen más fuerza; y CAMINO santo para los que son ya perfectos en él. Dice mas: *No pasará por él persona no limpia.* Porque aunque en la Iglesia de Cristo, y en su cuerpo místico hay muchas no limpias; mas los que pasan por él todos son limpios, quiero decir, que el andar en él siempre es limpieza. Porque los pasos que no son limpios, no son pasos hechos sobre aqueste CAMINO. Y son limpios también todos los que pasan por él; no todos los que comienzan en él, sino todos los que comienzan, y demedian, y pasan hasta llegar al fin. Porque el no ser limpio es parar, ó volver atrás, ó salir del CAMINO. Y ansí el que no parare, sino pasare como dicho es, forzosamente ha de ser limpio.

Y parece aún más claro de lo que se sigue: *Y será* CAMINO *cierto para vosotros.* Adonde el original dice puntualmente: *Y Él les andará el* CAMINO: ó *Él á ellos les es el* CAMINO *que andan.* Por manera que Cristo es el CAMINO nuestro, y el que anda también el camino. Porque anda Él andando nosotros: ó por mejor decir, andamos nosotros porque anda Él, y porque su movi-

miento nos mueve. Y ansí Él mismo es el CAMINO que andamos, y el que anda por nosotros, y el que nos incita para que andemos. Pues cierto es que Cristo no hará compañia á lo que no fuere limpieza. Ansí que no camina aquí lo sucio, ni se adelanta lo que es pecador; porque ninguno camina aquí, si Cristo no camina con él. Y de esto mismo nace lo que viene luégo: *Ni los ignorantes se perderán en él.* Porque quién se perderá con tal guia? Mas qué bien dice, *los ignorantes.* Porque los sabios confiados de sí, y que presumen valerse, y abrir camino por sí, fácilmente se pierden: antes de necesidad se pierden, si confian en sí. Mayormente que si Cristo es Él mismo guia y CAMINO, bien se convence que es CAMINO claro y sin vueltas, y que nadie lo pierde si no lo quiere perder de próposito. *Esta es la voluntad de mi Padre*, dice él mismo, (Joan. cap. VI, v. 39.) *que no pierda ninguno de los que me dió, sino que los traiga á vida en el dia postrero.*

Y sin duda, Juliano, no hay cosa mas clara á los ojos de la razón, ni mas libre de engaño que el CAMINO de Dios. Bien lo dice David (Psalm. XVIII, vv. 9, 10.) *Los mandamientos del Señor*, que son sus CAMINOS, *lucidos, y que dan luz á los ojos: los juicios suyos verdaderos, y que se abonan á sí mismos.* Pero ya que el CAMINO carece de error, hácenlo por ventura peligroso las fieras, ó saltean en él? Quien lo allana y endereza, ese también lo asegura; y ansí añade el Profeta: *No habrá león en él, ni andará por él bestia fiera.* Y no dice *andará*, sino *subirá*; porque si, ó la fiereza de la pasión, ó el demonio león enemigo, acomete á los que caminan aquí, si ellos perseveran en el CAMINO, nunca los sobrepuja, ni viene á ser superior suyo, antes queda siempre caido y bajo. Pues si estos no, quien andará? *Y andarán*, dice, *en él los redimidos.* Porque primero es ser redimidos que caminantes; primero es, que Cristo por su gracia, y por la justicia que pone en ellos, los libre de la culpa á quien servían cautivos, y les desate las prisiones con que estaban atados, y después es que comiencen á andar. Que no somos redimidos por haber caminado primero, ni por los buenos pasos que dimos; ni venimos á la justicia por nuestros piés. *No por las obras justas que hicimos*, dice (Ad Tit. cap. III, v. 5.), *sino según su misericordia nos hizo salvos.* Ansí que no nace nuestra redención de nuestro camino y

merecimiento; sino redimidos una vez, podemos caminar y merecer después, alentados con la virtud de aquel bien.

Y es en tanto verdad que solos los redimidos y libertados caminan aquí, y que primero que caminan son libres; que ni los que son libres y justos caminan ni se adelantan, sino con solos aquellos pasos que dan como justos y libres. Porque la redención, y la justicia, y el espíritu que lo hace encerrado en el nuestro, y el movimiento suyo, y las obras que de este movimiento suyo, y conforme á este movimiento hacemos, son para en este CAMINO los piés. Pues han de ser redimidos. Mas por quién redimidos? La palabra original lo descubre, porque significa aquello á quien otro alguno por vía de parentesco y de deudo lo rescata, y como solemos decir, lo saca por el tanto. De manera que si no caminan aquí sino aquellos á quien redime su deudo, y por via de deudo; clara cosa será que solamente caminan los redimidos por Cristo; el cual es deudo nuestro por parte de la naturaleza nuestra de que se vistió: y nos redime por serlo; porque como hombre padeció por los hombres; y como hermano y cabeza de ellos, pagó según todo derecho lo que ellos debían, y nos rescató para sí, como cosa que le perteneciamos por sangre y linaje, como se dirá en su lugar.

Añade: *Y los redimidos por el Señor volverán á andar por él.* Esto toca propiamente á los del pueblo judáico, que en el fin de los tiempos se han de reducir á la Iglesia; y reducidos comenzarán á caminar por este nuestro CAMINO con pasos largos confesándole por Mesías. Porque, dice, tornarán á este CAMINO, en el cual anduvieron verdaderamente primero, cuando sirvieron á Dios en la fe de su venida que esperaban, y le aguardaron; y después se salieron de él, y no lo quisieron conocer cuando lo vieron, y ansí agora no andan en él: mas está profetizado que han de tornar. Y por eso dice que volverán otra vez al CAMINO los que el Señor redimió. Y tiene cada una de estas palabras su particular razón, que demuestra ser ansí lo que digo. Porque lo primero, en el original, en lugar de lo que decimos *Señor*, está el nombre de Dios propio, el cual tiene particular significación de una entrañable piedad y misericordia. Y lo segundo, lo que decimos *redimidos*, al pié de la letra suena *redenciones*, ó *rescates*: en manera que dice, que

los rescates ó redenciones del piadosísimo tornarán á volver. Y llama rescates ó redenciones á los de este linaje; porque no los rescató una sola vez de sus enemigos, sino muchas veces y en muchas maneras, como las sagradas letras lo dicen.

Y llámase en este particular misericordiosísimo á sí mismo: lo uno, porque aunque lo es siempre con todos, mas es cosa que admira el extremo de regalo y de amor con que trató Dios á aquel pueblo desmereciéndolo él. Lo otro, porque teniéndole tan desechado agora y tan apartado de sí, y desechado y apartado con tan justa razón, como á infiel y homicida; y pareciendo que no se acuerda ya de él, por haber pasado tantos siglos que le dura el enojo: después de tanto olvido y de tan luengo desecho, querer tornarle á su gracia, y de hecho tornarle, señal manifiesta es de que su amor para con él es entrañable y grandísimo; pues no lo acaban, ni las vueltas del tiempo tan largas, ni los enojos tan encendidos, ni las causas de ellos tan repetidas y tan justas. Y señal cierta es que tiene en el pecho de Dios muy hondas raices aqueste querer; pues cortado, y al parecer seco, torna á brotar con tanta fuerza. De arte que Isaías llama rescates á los judíos, y á Dios le llama piadoso; porque sola su no vencida piedad para con ellos, después de tantos rescates de Dios, y de tantas y tan malas pagas de ellos, los tornará últimamente á librar: y libres y ayuntados á los demás libertados que están agora en la Iglesia, los pondrá en el CAMINO de ella, y los guiará derechamente por él.

Mas qué dichosa suerte, y qué gozoso y bienaventurado viaje, adonde el CAMINO es Cristo, y la guia de Él es Él mismo, y la guarda, y la seguridad, ni más ni menos es Él? y adonde los que van por él son sus hechuras, y rescatados suyos: y ansí todos ellos son nobles y libres; libres, digo, de los demonios, y rescatados de la culpa, y favorecidos contra sus reliquias, y defendidos de cualesquier acontecimientos malos, y alentados al bien con prendas y gustos de Él, y llamados á premios tan ricos, que la esperanza sola de ellos los hace bienandantes en cierta manera. Y ansí concluye diciendo (Isai. c. xxxv, v. 10.): *Y vendrán á Sión con loores y alegría no perecedera en sus cabezas: asirán del gozo, y asirán del placer, y huirá de ellos el gemido y dolor.* Y por esta manera es

llamado CAMINO Cristo, según aquello que con propiedad significa: y no ménos lo es según aquellas cosas que por semejanza son llamadas ansí. Porque si el camino de cada uno son como decíamos, las inclinaciones que tiene, y aquello á que le lleva su juicio y su gusto; Cristo con gran verdad es CAMINO de Dios, porque es como poco antes dijimos, imagen viva suya, y retrato verdadero de sus inclinaciones y condiciones todas: ó por decirlo mejor, es como una ejecución y un poner por la obra todo aquello que á Dios le aplace y agrada más. Y si es camino el fin y el propósito que se pone cada uno á sí mismo para enderezar sus obras; CAMINO es sin duda Cristo de Dios, pues como decíamos hoy al principio, después de sí mismo, Cristo es el fin principal á quien Dios mira en todo cuanto produce.

Y finalmente, cómo no será Cristo CAMINO, si se llama CAMINO todo lo que es ley, y regla, y mandamiento que ordena y endereza la vida, pues es Él solo la ley? Porque no solamente dice lo que habemos de obrar, mas obra lo que nos dice que obremos, y nos da fuerzas para que obremos lo que nos dice. Y ansí no manda solamente á la razón, sino hace en la voluntad ley de lo que manda, y se lanza en ella, y lanzado allí, es su bien y su ley. Mas no digamos agora de esto, porque tiene su propio lugar, adonde después lo dirémos. Y dicho esto calló Marcelo, y Sabino abrió su papel y dijo:

§. VI.

Llámase Cristo PASTOR; por qué le conviene este nombre, y cuál es el oficio de Pastor.

Llámase también Cristo PASTOR. *El mismo dice en San Juan* (Jon. c. x, v. 11.) Yo soy buen PASTOR. *Y en la Epístola á los hebreos dice San Pablo de Dios:* (Ad Hebr. c. XIII, v. 20.) Que resucitó á Jesús, PASTOR grande de ovejas. *Y San Pedro dice del mismo:* (I. Pet. c. v, v. 4.) Cuando apareciere el príncipe de los PASTORES. *Y por los Profetas es llamado de la misma manera. Por Isaías en el capítulo cuarenta* (v. 11.). *Por Ezequiel en el capítulo treinta y cuatro* (v. 23.). *Por Zacarías en el capítulo once* (v. 16.).

Y Marcelo dijo luégo: Lo que dije en el nombre pasado puedo también decir en este, que es excusado probar que es nombre de Cristo, pues Él mismo se lo pone. Mas como esto es fácil, ansí es negocio de mucha consideración el traer á luz todas las causas por qué se pone este nombre. Porque en esto que llamamos PASTOR se pueden considerar muchas cosas, unas que miran propiamente á su oficio, y otras que pertenecen á las condiciones de su persona y su vida. Porque lo primero, la vida pastoril es vida sosegada, y apartada de los ruidos de las ciudades, y de los vicios y deleites de ellas. Es inocente ansí por ésto, como por parte del trato y granjería en que se emplea. Tiene sus deleites, y tanto mayores, cuanto nacen de cosas más sencillas, y más puras, y más naturales: de la vista del cielo libre, de la pureza del aire, de la figura del campo, del verdor de las yerbas, y de la belleza de las rosas, y de las flores. Las aves con su canto, y las aguas con su frescura le deleitan y sirven. Y ansí por esta razón es vivienda muy natural, y muy antigua entre los hombres, que luégo en los primeros de ellos hubo pastores: y es muy usada por los mejores hombres que ha habido; que Jacob y los doce Patriarcas la siguieron, y David fué PASTOR: y es muy alabada de todos, que como sabeis, no hay poeta, Sabino, que no la cante y alabe (1).

.....La espesura
Del bosque moró Apolo: qué huyes ciego?
y el Paris en el bosque halló ventura.
Palas more sus techos suntuosos,
nosotros por los bosques deleitosos,

Y en la Egl. X. v. 17.

No juzgues que el ganado no te es dino,
pues fué de bello Adoni apacentado
por prados y riberas el ganado.

Cuando ninguno la loara, dijo Sabino entonces, basta para quedar muy loada lo que dice de ella el poeta latino (2),

---

(1) Virgilio Eccl. II. v. 59. traducido por nuestro Autor.

(2) En las *Bucólicas*, que son Eglogas pastoriles, en varios lugares. Ecl. I. v. 52. y sig., II, 45. y sig., IV, 18. y sig., VII, 49. y sig., VIII, 21. y sig., X, 17. y sig.

que en todo lo que dijo venció á los demás, y en aquello parece que vence á sí mismo: tanto son escogidos y elegantes los versos con que lo dice. Mas porque, Marcelo, decís de lo que es ser PASTOR, y del caso que de los pastores la poesía hace; mucho es de maravillar, con qué juicio los poetas siempre que quisieron decir algunos accidentes de amor, los pusieron en los pastores, y usaron más que otros, de sus personas para representar aquesta pasión en ellas, que ansí lo hizo Teócrito y Virgilio. Y quién no lo hizo, pues el mismo Espíritu Santo en el libro de los Cantares, tomó dos personas de pastores, para por sus figuras de ellos, y por su boca, hacer representación del increible amor que nos tiene? Y parece por otra parte que son personas no convenientes para esta representación los pastores, porque son toscos y rústicos. Y no parece que se conforman, ni que caben las finezas que hay en el amor, y lo muy agudo y propio de él, con lo tosco y villano.—Verdad es, Sabino, respondió Marcelo, que usan los poetas de lo pastoril para decir del amor; mas no teneis razón en pensar, que para decir de él hay personas más á propósito que los pastores, ni en quien se represente mejor. Porque puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar, pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad.

Y á la verdad los poetas antiguos, y cuanto más antiguos tanto con mayor cuidado atendieron mucho á huir de lo lascivo y artificioso, de que está lleno el amor que en las ciudades se cria, que tiene poco de verdad y mucho de arte y de torpeza. Mas el pastoril, como tienen los pastores los ánimos sencillos, y no contaminados con vicios, es puro y ordenado á buen fin: y gozan del sosiego y libertad de negocios, que les ofrece la vida sola del campo, no habiendo en él cosa que los divierta, es muy vivo y agudo. Y ayúdales á ello también la vista desembarazada de que contínuo gozan, del cielo, y de la tierra, y de los demás elementos, que es ella en sí una imágen clara, ó por mejor decir, una como escuela de amor puro y verdadero. Porque los demuestra á todos amistados entre sí, y puestos en orden, y abrazados, como si dijésemos, unos con otros, y concertados con armonía grandísima, y respondiéndose á veces y comunicándose sus virtudes, y pasándose unos en otros, y ayuntándose, y mezclándose todos,

y con su mezcla y ayuntamiento sacando de contínuo á luz, y produciendo los frutos que hermosean el aire y la tierra. Ansí que los pastores son en esto aventajados á los otros hombres. Y ansí sea esta la segunda cosa que señalamos en la condición del PASTOR, que es muy dispuesta al bien querer.

Y sea la tercera lo que toca á su oficio, que aunque es oficio de gobernar y regir, pero es muy diferente de los otros gobiernos. Porque lo uno, su gobierno no consiste en dar leyes, ni en poner mandamientos; sino en apacentar y alimentar á los que gobierna. Y lo segundo, no guarda una regla generalmente con todos, y en todos los tiempos; sino en cada tiempo, y en cada ocasión ordena su gobierno conforme al caso particular del que rige. Lo tercero, no es gobierno el suyo que se reparte y ejercita por muchos ministros; sino él solo administra todo lo que á su grey le conviene: que él la apasta, y la abreva, y la baña, y la trasquila, y la cura, y la castiga, y la reposa, y la recrea y hace música, y la ampara y defiende. Y últimamente es propio de su oficio recoger lo esparcido, y traer á un rebaño á muchos que de suyo cada uno de ellos caminara por sí. Por donde las sagradas letras, de lo esparcido y descarriado y perdido, dicen siempre que son como ovejas que no tienen PASTOR, como en San Mateo (Matth. c. IX, v. 36) se ve, y en el libro de los Reyes (III. Reg., c. XXII, v. 17), y en otros lugares. De manera que la vida del pastor es inocente, y sosegada, y deleitosa, y la condición de su estado es inclinada al amor, y su ejercicio es gobernar dando pasto, y acomodando su gobierno á las condiciones particulares de cada uno, y siendo él solo para los que gobierna todo lo que les es necesario, y enderezando siempre su obra á esto, que es hacer rebaño y grey.

Veamos pues agora si Cristo tiene esto, y las ventajas con que lo tiene; y ansí veremos cuán merecidamemte es llamado PASTOR. Vive en los campos Cristo, y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego; y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene puesto Él su deleite. Porque ansí como lo que se comprende en el campo es lo más puro de lo visible, y es lo sencillo, y como el original de todo lo que de ello se compone y se mezcla; ansí aquella región de vida, adonde vive aqueste nuestro glorioso bien, es la pura

verdad, y la sencillez de la luz de Dios, y el original expreso de todo lo que tiene ser, y las raíces firmes de donde nacen y adonde estriban todas las criaturas. Y si lo habemos de decir ansí, aquellos son los elementos puros y los campos de flor eterna vestidos, y los mineros de las aguas vivas, y los montes verdaderamente preñados de mil bienes altísimos, y los sombríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura, adonde exentos de toda injuria gloriosamente florecen la haya, y la oliva, y el linaloe, con todos los demás árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima que jamás ensordece. Con la cual región, si comparamos aqueste nuestro miserable destierro, es comparar el desasosiego con la paz, y el desconcierto, y la turbación, y el bullicio y disgusto de la más inquieta ciudad, con la misma pureza, y quietud, y dulzura. Que aquí se afana, y allí se descansa. Aquí se imagina, y allí se ve. Aquí las sombras de las cosas nos atemorizan y asombran, allí la verdad asosiega y deleita. Esto es tinieblas, bullicio, alboroto; aquello es luz purísima en sosiego eterno.

Bien y con razón le conjura á este PASTOR la esposa pastora, que le demuestre aqueste lugar de su pasto (Cant. c. I, v. 6): *Demuéstrame*, dice, *oh querido de mi alma, adónde apacientas, y adónde reposas en el medio dia.* Que es con razón medio dia aquel lugar que pregunta, adonde está la luz no contaminada en su colmo, y adonde en sumo silencio de todo lo bullicioso, sólo se oye la voz dulce de Cristo, que cercado de su glorioso rebaño, suena en sus oidos de él, sin ruido, y con incomparable deleite, en que traspasadas las almas santas, y como enajenadas de sí, sólo viven en su PASTOR. Ansí que es PASTOR Cristo por la región donde vive, y también lo es por la manera de vivienda que ama, que es el sosiego de la soledad; como lo demuestra en los suyos, á los cuales llama siempre á la soledad y retiramiento del campo. Dijo á Abrahám (Genes., c. XII, v. 1): *Sal de tu tierra y de tu parentela, y haré de ti grandes gentes.* A Elías, para mostrársele, le hizo penetrar el desierto (III. Reg., c. XIX, v. 4). Los hijos de los Profetas vivían en la soledad del Jordán (IV. Reg. c. VI, v. 2). De su pueblo dice Él mismo por el Profeta, que le sacará al campo, y le retirará á la soledad, y allí le enseñará (Oseæ,

c. II, v. 14). Y en forma de esposo, qué otra cosa pide á su esposa, sino aquesta salida? (Cant., c. II, vv. 10, 13): *Levántate,* dice, *amiga mia, y apresúrate, y ven, que ya se pasó el invierno, pasóse la lluvia, fuese: ya han parecido en nuestra tierra las flores, y el tiempo de podar es venido. La voz de la tortolilla se oye, y brota ya la higuera sus higos, y la uva menuda da olor. Levántate, hermosa mia, y ven.* Que quiere que les sea agradable á los suyos aquello mismo que Él ama: y ansí como Él, por ser PASTOR, ama el campo; ansí los suyos, porque han de ser sus ovejas, han de amar el campo también; que las ovejas tienen su pasto y su sustento en el campo.

Porque á la verdad, Juliano, los que han de ser apacentados por Dios, han de desechar los sustentos del mundo, y salir de sus tinieblas y lazos á la libertad clara de la verdad, y á la soledad poco seguida de la virtud, y al desembarazo de todo lo que pone en alboroto la vida; porque allí nace el pasto que mantiene en felicidad eterna nuestra alma, y que no se agosta jamás. Que adonde vive y se goza el PASTOR, allí han de residir sus ovejas, según que alguna de ellas decía (Ad Philipp., c. III, v. 20): *Nuestra conversación es en los cielos.* Y como dice el mismo PASTOR (Joan., c. X, v. 4): *Las sus ovejas reconocen su voz, y le siguen.* Mas si es PASTOR Cristo por el lugar de su vida, cuánto con más razón lo será por el ingenio de su condición, por las amorosas entrañas que tiene? á cuya grandeza no hay lengua, ni encarecimiento que allegue. Porque demás de que todas sus obras son amor; que en nacer nos amó, y viviendo nos ama, y por nuestro amor padeció muerte; y todo lo que en la vida hizo, y todo lo que en el morir padeció, y cuanto glorioso agora, y asentado á la diestra del Padre negocia y entiende, lo ordena todo con amor para nuestro provecho: ansí que demás de que todo su obrar es amar, la afición y la terneza de entrañas, y la solicitud y cuidado amoroso, y el encendimiento é intensión de voluntad con que siempre hace esas mismas obras de amor que por nosotros obró, excede todo cuanto se puede imaginar y decir. No hay madre ansí solícita, ni esposa ansí blanda, ni corazón de amor ansí tierno y vencido, ni título ninguno de amistad ansí puesto en fineza, que le iguale, ó le llegue. Porque antes que le amemos, nos ama; y ofendiéndole, y desprecián-

dole locamente, nos busca; y no puede tanto la ceguedad de mi vista, ni mi obstinada dureza, que no pueda más la blandura ardiente de su misericordia dulcísima. Madruga durmiendo nosotros, descuidados del peligro que nos amenaza. Madruga, digo, antes que amanezca, se levanta; ó por decir verdad, no duerme, ni reposa, sino asido siempre á la aldaba de nuestro corazón, de continuo y á todas horas le hiere y le dice, como en los Cantares se escribe (Cant., c. v, v. 2): *Abreme, hermana mia, amiga mia, esposa mia, ábreme, que la cabeza traigo llena de rocío, y las guedejas de mis cabellos llenas de gotas de la noche. No duerme*, dice David (Ps. 120, v. 4), *ni se adormece, el que guarda á Israel.*

Que en la verdad, ansí como en la divinidad es amor, conforme á San Juan (I. Joan., c, IV, v. 8), *Dios es caridad;* ansí en la humanidad que de nosotros tomó, es amor y blandura. Y como el sol, que de suyo es fuente de luz, todo cuanto hace perpétuamente es lucir, enviando sin nunca cesar rayos de claridad de sí mismo: ansí Cristo, como fuente viva de amor, que nunca se agota, mana de continuo en amor; y en su rostro, y en su figura siempre está bullendo este fuego; y por todo su traje y persona traspasan, y se nos vienen á los ojos sus llamas; y todo es rayos de amor, cuanto de Él se parece. Que por esta causa, cuando se demostró primero á Moysén, no le demostró sino unas llamas de fuego, que se emprendía en una zarza (Exod., c. III, v. 2). Como haciendo allí figura de nosotros y de sí mismo; de las espinas de la aspereza nuestra, y de los ardores vivos y amorosos de sus entrañas. Y como mostrando en la apariencia visible el fiero encendimiento que le abrasaba lo secreto del pecho con amor de su pueblo. Y lo mismo se ve en la figura de Él, que San Juan en el principio de sus revelaciones nos pone, á do dice (Apocal., c. I, vv. 13 y 16): Que vió una imágen de hombre, cuyo rostro lucía como el sol, y cuyos ojos eran como llamas de fuego, y sus piés como oriámbar encendido en ardiente fornaza, y que le centelleaban siete estrellas en la mano derecha, y que se ceñia por junto á los pechos con cinto de oro, y que le cercaban en derredor siete antorchas encendidas en sus candeleros. Que es decir de Cristo, que espiraba llamas de amor, que se le descubrían por todas partes, y que le encen-

dían la cara, y le salían por los ojos, y le ponían fuego á los piés, y le lucían por las manos, y le rodeaban en torno resplandeciendo. Y que como el oro, que es señal de la caridad en la Sagrada Escritura, le ceñía las vestiduras junto á los pechos; ansí el amor de sus vestiduras, que en las mismas letras significan los fieles que se allegan á Cristo, le rodeaba el corazón.

Mas dejemos esto que es llano, y pasemos al oficio del PASTOR, y á lo propio que le pertenece. Porque si es del oficio del PASTOR gobernar apacentando, como agora decía, solo Cristo es PASTOR verdadero, porque Él solo es entre todos cuantos gobernaron jamás, el que pudo usar, y el que usa de este género de gobierno. Y ansí en el Salmo David, hablando de este PASTOR, juntó como una misma cosa el apacentar y el regir. Porque dice (Ps. XXII, v. 1.) *El Señor me rige, no me faltará nada, en lugar de pastos abundantes me pone.* Porque el propio gobernar de Cristo, como por ventura después diremos, es darnos su gracia, y la fuerza eficaz de su espíritu: la cual ansí nos rige, que nos alimenta; ó por decir la verdad, su regir principal es darnos alimento y sustento. Porque la gracia de Cristo es vida del alma, y salud de la voluntad, y fuerzas de todo lo flaco que hay en nosotros, y reparo de lo que gastan los vicios, y antídoto eficaz contra su veneno y ponzoña, y restaurativo saludable, y finalmente mantenimiento que cria en nosotros inmortalidad resplandeciente y gloriosa. Y ansí todos los dichosos que por este PASTOR se gobiernan, en todo lo que movidos de él ó hacen ó padecen, crecen, y se adelantan, y adquieren vigor nuevo; y todo les es virtuoso y jugoso, y sabrosísimo pasto. Que esto es lo que Él mismo dice en San Juan (Joan. c. x, v. 9.): *El que por Mí entrare, entrará y saldrá, y siempre hallará pastos.* Porque el entrar, y el salir, según la propiedad de la sagrada Escritura, comprende toda la vida, y las diferencias de lo que en ella se obra.

Por donde dice, que en el entrar y en el salir, esto es, en la vida y en la muerte, y en el tiempo próspero y en el turbio y adverso, en la salud y en la flaqueza, en la guerra y en la paz, hallarán sabor los suyos á quien Él guía, y no solamente sabor, sino mantenimiento de vida, y pastos sustanciales y saludables. Conforme á lo cual es también lo que

Isaías profetiza de las ovejas de este PASTOR, cuando dice (Isai. c. XLIX. VI. 9. 10.): *Sobre los caminos serán apacentados, y en todos los llanos pastos para ellos: no tendrán hambre, ni sed; ni fatigará el bochorno, ni el sol. Porque el piadoso de ellos los rige, y los lleva á las fuentes del agua.* Que como veis, en decir que serán apacentados sobre los caminos, dice que les son pasto los pasos que dan, y los caminos que andan. Y que los caminos que en los malos son barrancos, y tropiezos y muerte, como ellos lo dicen (Sap. c. v, v. 7.), que anduvieron caminos dificultosos y ásperos; en las ovejas de este PASTOR, son apastamiento y alivio. Y dice, que ansí en los altos ásperos, como en los lugares llanos y hondos, esto es, como decía, en todo lo que en la vida sucede, tienen sus cebos y pastos seguros de hambre, y defendidos del sol. Y esto por qué? Porque, dice, el que se apiadó de ellos, ese mismo es el que los rige: que es decir, que porque los rige Cristo, que es el que sólo con obra y con verdad se condolió de los hombres. Como señalando lo que decimos, que su regir es dar gobierno y sustento, y guiar siempre á los suyos á las fuentes del agua, que es en la Escritura, á la gracia del espíritu, que refresca, y cria, y engruesa, y sustenta.

Y también el Sabio miró á esto á do dice (Prov. c. XIII, v. 14.), que *la ley de la sabiduría es fuente de vida.* Adonde, como parece, juntó la ley y la fuente: lo uno, porque poner Cristo á sus ovejas ley, es criar en ellas fuerzas y salud para ella por medio de la gracia, ansí como he dicho. Y lo otro, porque eso mismo que nos manda, es aquello de que se ceba nuestro descanso, y nuestra verdadera vida. Porque todo lo que nos manda, es que vivamos en descanso, y que gocemos de paz, y que seamos ricos y alegres, y que consigamos la verdadera nobleza. Porque no plantó Dios sin causa en nosotros los deseos de estos bienes, ni condenó lo que Él mismo plantó. Sino que la ceguedad de nuestra miseria, movida del deseo, y no conociendo el bien á que se endereza el deseo, y engañada de otras cosas, que tienen apariencia de aquello que se desea, por apetecer la vida, sigue la muerte; en lugar de las riquezas y de la honra, va desalentada en pos de la afrenta y de la pobreza. Y ansí Cristo nos pone leyes, que nos guien sin error á aquello verdadero que nuestro deseo apetece.

De manera que sus leyes dan vida, y lo que nos manda es nuestro puro sustento: y apaciéntanos con salud, y con deleite, y con honra, y descanso, con esas mismas reglas que nos pone con que vivamos. Que como dice el Profeta (Ps. xxxv, v. 10.): *Acerca de Ti está la fuente de la vida, y en tu lumbre verémos la lumbre.* Porque la vida y el ver, que es el ser verdadero, y las obras que á tal ser le convienen, nacen y manan, como de fuente, de la lumbre de Cristo, esto es, de las leyes suyas, ansí las de gracia que nos da, como las de mandamientos que nos escribe. Que es también la causa de aquella querella contra nosotros suya tan justa y tan sentida, que pone por Jeremías diciendo (Jerem. c. II, v. 13.): *Dejáronme á mi fuente de agua viva, y caváronse cisternas quebradas, en que el agua no para.* Porque guiándonos Él al verdadero pasto, y al bien, escogemos nosotros por nuestras manos lo que nos lleva á la muerte. Y siendo fuente Él, buscamos nosotros pozos. Y siendo manantial su corriente, escogemos cisternas rotas, adonde el agua no se detiene. Y á la verdad ansí como aquello que Cristo nos manda, es lo mismo que nos sustenta la vida; ansí lo que nosotros por nuestro error escogemos, y los caminos que seguimos, guiados de nuestros antojos, no se pueden nombrar mejor que como el profeta los nombra.

Lo primero, cisternas cavadas en tierra con increible trabajo nuestro: esto es, bienes buscados entre la vileza del polvo con diligencia infinita. Que si consideramos lo que suda el avariento en su pozo, y las ansias con que anhela el ambicioso á su bien, y lo que cuesta de dolor al lascivo el deleite; no hay trabajo ni miseria que con la suya se iguale. Y lo segundo, nómbralas cisternas secas y rotas, grandes en apariencia, y que convidan á sí á los que de lejos las ven, y les prometen agua que satisfaga á su sed; mas en la verdad son hoyos hondos, y oscuros, y yermos de aquel mismo bien que prometen, ó por mejor decir, llenos de lo que le contradice y repugna. Porque en lugar de agua dan cieno. Y la riqueza del avaro le hace pobre. Y al ambicioso su deseo de honra le trae á ser apocado y vil siervo. Y el deleite deshonesto, á quien lo ama, le atormenta y enferma.

Mas si Cristo es PASTOR, porque rige apastando, y porque sus mandamientos son mantenimientos de vida; también lo

será, porque en su regir no mide á sus ganados por un mismo rasero, sino atiende á lo particular de cada uno que rige. Porque rige apacentando, y el pasto se mide según el hambre y necesidad de cada uno que pace. Por donde entre las propiedades del buen PASTOR pone Cristo en el Evangelio (Joan. c. x, v. 3.), que llama por su nombre á cada una de sus ovejas; que es decir, que conoce lo particular de cada una de ellas, y la rige y llama al bien, en la forma particular que más le conviene, no á todas por una forma, sino á cada cual por la suya. Que de una manera pace Cristo á los flacos, y de otra á los crecidos en fuerza; de una á los perfectos, y de otra á los que aprovechan, y tiene con cada uno su estilo; y es negocio maravilloso el secreto trato que tiene con sus ovejas, y sus diferentes y admirables maneras. Que ansí como en el tiempo que vivió con nosotros, en las curas y beneficios que hizo, no guardó con todos una misma forma de hacer, sino á unos curó con su sola palabra, á otros con su palabra y presencia, á otros tocó con la mano, á otros no los sanaba luégo después de tocados, sino cuando iban su camino, y ya de Él apartados, les enviaba salud, á unos que se la pedían, y á otros que le miraban callando: ansí en este trato oculto, y en esta medicina secreta, que en sus ovejas hace, es extraño milagro ver la variedad de que usa, y cómo se hace y se mide á las figuras y condiciones de todos. Por lo cual llama bien San Pedro (I. Pet., c. IV, v. 10.) *multiforme* á su gracia, porque se trasforma con cada uno en diferentes figuras.

Y no es cosa que tiene una figura sola, ó un rostro; ántes como al pan que en el templo antiguo se ponía ante Dios, que fué clara imágen de Cristo, le llama pan de faces la Escritura divina; ansí el gobierno de Cristo, y el sustento que da á los suyos, es de muchas faces, y es pan. Pan, porque sustenta; y de muchas faces, porque se hace con cada uno según su manera. Y como en el maná dice la Sabiduría (Sap. c. XVI, v. 20.), que hallaba cada uno su gusto; ansí diferencia sus pastos Cristo, conformándose con las diferencias de todos. Por lo cual su gobierno es gobierno extremadamente perfecto. Porque dice Platón (1): No es la mejor gobernación la de

(1) *De regno*, hácia el fin.

leyes escritas; porque son unas, y no se mudan, y los casos particulares son muchos, y que se varían, según las circunstancias, por horas. Y ansí acaece no ser justo en este caso lo que en común se estableció con justicia. Y el tratar con sola la ley escrita, es como tratar con un hombré cabezudo por una parte, y que no admite razón, y por otra poderoso para hacer lo que dice, que es trabajoso y fuerte caso. La perfecta gobernación es de ley viva, que entienda siempre lo mejor, y que quiera siempre aquello bueno que entiende. De manera que la ley sea el bueno y sano juicio del que gobierna, que se ajusta siempre con lo particular de aquel á quien rige.

Mas porque este gobierno no se halla en el suelo, porque ninguno de los que hay en él es ni tan sabio, ni tan bueno, que ó no se engañe, ó no quiera hacer lo que ve que no es justo; por eso es imperfecta la gobernación de los hombres, y solamente no lo es la manera con que Cristo nos rige: que como está perfectamente dotado de saber y bondad, ni yerra en lo justo, ni quiere lo que es malo: y ansí siempre ve lo que á cada uno conviene, y á eso mismo le guía, y como S. Pablo de sí dice (I. ad Corinth. c. IX, v. 22.): *A todos se hace todas las cosas, para ganarlos á todos.* Que toca ya en lo tercero y propio de este oficio, según que dijimos, que es, ser un oficio llenos de muchos oficios, y que todos los administra el PASTOR. Porque verdaderamente es ansí, que todas aquellas cosas que hacen para la felicidad de los hombres, que son diferentes y muchas, Cristo principalmente las ejecuta y las hace. Que Él nos llama, y nos corrige, y nos lava, y nos sana, y nos santifica, y nos deleita, y nos viste de gloria. Y de todos los medios, de que Dios usa para guiar bien un alma, Cristo es el merecedor, y el autor.

Mas qué bien y qué copiosamente dice de esto el Profeta? (Ezech. c. XXXIV, vv. 11, 16.) *Porque el Señor Dios dice ansí: Yo mismo buscaré mis ovejas, y las rebuscaré: como revee el pastor su rebaño cuando se pone en medio de sus desparcidas ovejas, ansí yo buscaré mi ganado. Sacaré mis ovejas de todos los lugares á do se esparcieron en el dia de la nube y de la oscuridad, y sacarélas de los pueblos, y recogerlas he de las tierras, y tornarélas á meter en su patria, y las apacentaré en los montes de Israel.*

En los arroyos, y en todas las moradas del suelo las apacentaré con pastos muy buenos, y serán sus pastos en los montes de Israel más erguidos. Allí reposarán en pastos sabrosos, y pacerán en los montes de Israel pastos gruesos. Yo apacentaré á mi rebaño, y yo le haré que repose, dice Dios el Señor. A la oveja perdida buscaré, á la asentada tornaré á su rebaño: ligaré á la quebrada, y daré fuerza á la enferma, y á la gruesa y fuerte castigaré, paceréla en juicio. Porque dice, que Él mismo busca sus ovejas, y que las guía si estaban perdidas; y si cautivas las redime, y si enfermas las sana; y Él mismo las libra del mal, y las mete en el bien, y las sube á los pastos más altos. En todos los arroyos, y en todas las moradas las apacienta. Porque en todo lo que les sucede les halla pastos, y en todo lo que permanece, ó se pasa. Y porque todo es por Cristo, añade luégo el Profeta (Ezech. c. XXXIV, vv. 23, 24.): *Yo levantaré sobre ellas un* PASTOR, *y apacentarálas mi siervo David; él las apacentará, y él será su* PASTOR. *Y Yo el Señor seré su Dios. Y en medio de ellas ensalzado mi siervo David.*

En que se consideran tres cosas. Una, que para poner en ejecución todo esto que promete Dios á los suyos, les dice que les dará á Cristo Pastor, á quien llama siervo suyo, y David, porque es descendiente de David, según la carne, en que es menor, y sujeto á su Padre. La segunda, que para tantas cosas promete un solo Pastor: ansí para mostrar que Cristo puede con todo, como para enseñar, que en Él es siempre uno el que rige. Porque en los hombres, aunque sea uno solo el que gobierna á los otros, nunca acontece que los gobierne uno solo; porque de ordinario viven en uno muchos, sus pasiones, sus afectos, sus intereses, que manda cada uno su parte. Y la tercera es, que este Pastor que Dios promete, y tiene dado á su Iglesia, dice que ha de estar levantado en medio de sus ovejas: que es decir, que ha de residir en lo secreto de sus entrañas, enseñoreándose de ellas, y que las ha de apacentar dentro de sí. Porque cierto es, que el verdadero pasto del hombre está dentro del mismo hombre, y en los bienes de que es señor cada uno. Porque es sin duda el fundamento del bien aquella división de bienes en que Epícteto Filósofo comienza su libro. Porque dice de esta ma-

nera (1): *De las cosas, unas están en nuestra mano, y otras fuera de nuestro poder. En nuestra mano están los juicios, los apetitos, los deseos y los desvíos, y en una palabra, todas las que son nuestras obras. Fuera de nuestro poder están el cuerpo, y la hacienda, y las honras, y los mandos, y en una palabra, todo lo que no es obras nuestras. Las que están en nuestra mano, son libres de suyo, y que no padecen estorbo, ni impedimento: mas las que van fuera de nuestro poder son flacas y siervas. y que nos pueden ser estorbadas, y al fin son ajenas todas. Por lo cual conviene que adviertas, que si lo que de suyo es siervo, lo tuvieres por libre tú. y tuvieres por propio lo que es ajeno; serás embarazado fácilmente, y caerás en tristeza y en turbación, y reprenderás á veces á los hombres y á Dios. Mas si solamente tuvieres por tuyo lo que de veras lo es, y lo ajeno por ajeno, como lo es en verdad: nadie te podrá hacer fuerza jamás, ninguno estorbará tu designio, no reprenderás á ninguno, ni tendrás queja de él, no harás nada forzado, nadie te dañará, ni tendrás enemigo, ni padecerás detrimento.*

Por manera que por cuanto la buena suerte del hombre consiste en el buen uso de aquellas obras y cosas, de que es señor enteramente; todas las cuales obras y cosas tiene el hombre dentro de sí mismo, y debajo de su gobierno, sin respeto á fuerza exterior: por eso el regir, y el apacentar al hombre, es el hacer que use bien de esto que es suyo, y que tiene encerrado en sí mismo. Y ansí Dios con justa causa pone á Cristo, que es su PASTOR, en medio de las entrañas del hombre, para que poderoso sobre ellas guie sus opiniones, sus juicios, sus apetitos y deseos, al bien con que se alimente, y cobre siempre mayores fuerzas el alma, y se cumpla de esta manera lo que el mismo Profeta dice: que serán apacentados en todos los mejores pastos de su tierra propia: esto es, en aquello que es pura y propiamente buena suerte, y buena dicha del hombre. Y no en esto solamente, sino también en los montes altísimos de Israel, que son los bienes soberanos del cielo, que sobran á los naturales bienes sobre toda manera; porque es señor de todos ellos aquese mismo PASTOR que

(1) Epict. Enchir. cap. 1. 3.

los guía, ó por decir la verdad, porque los tiene todos, y amontonados en sí.

Y porque los tiene en sí, por esa misma causa, lanzándose en medio de su ganado, mueve siempre á sí sus ovejas: y no lanzándose solamente, sino levantándose, y encumbrándose en ellas, según lo que el Profeta de él dice. Porque en sí es alto, por el amontonamiento de bienes soberanos que tiene; y en ellas es alto también, porque apacentándolas las levanta del suelo, y las aleja cuanto más va de la tierra, y las tira siempre hácia sí mismo, y las enrisca en su alteza, encumbrándolas siempre más, y entrañándolas en los altísimos bienes suyos. Y porque Él uno mismo está en los pechos de cada una de sus ovejas; y porque su pascerlas es ayuntarlas consigo, y entrañarlas en sí, como agora decía; por eso le conviene también lo postrero, que pertenece al Pastor, que es hacer unidad y rebaño. Lo cual hace Cristo por maravilloso modo, como por ventura dirémos después. Y bástenos decir agora, que no está la vestidura tan allegada al cuerpo del que la viste, ni ciñe tan estrechamente por la cintura la cinta, ni se ayuntan tan conformemente la cabeza y los miembros, ni los padres son tan deudos del hijo, ni el esposo con su esposa tan uno; cuanto Cristo nuestro divino PASTOR consigo, y entre sí hace una su grey.

Ansí lo pide, y ansí lo alcanza, y ansí de hecho lo hace. Que los demás hombres, que antes de Él, y sin Él introdujeron en el mundo leyes y sectas, no sembraron paz, sino división: y no vinieron á reducir á rebaño, sino como Cristo dice en San Juan (Joan. cap. x, vv. 8, 10, 12.), fueron ladrones y mercenarios, que entraron á dividir, y desollar, y dar muerte al rebaño. Que aunque la muchedumbre de los malos haga contra las ovejas de Cristo bando por sí; no por eso los malos son unos, ni hacen un rebaño suyo en que estén adunados; sino cuantos son sus deseos, y sus pasiones, y sus pretendencias, que son diversas y muchas, tanto están diferentes contra sí mismos. Y no es rebaño el suyo de unidad y de paz, sino ayuntamiento de guerra, y gavilla de muchos enemigos que entre sí mismos se aborrecen y dañan, porque cada uno tiene su diferente querer. Mas Cristo nuestro PASTOR, porque es verdaderamente PASTOR, hace paz y rebaño. Y aun

por esto, allende de lo que dicho tenemos, le llama Dios PASTOR uno en el lugar alegado: porque su oficio todo es hacer unidad. Ansí que Cristo es PASTOR por todo lo dicho; y porque si es del pastor el desvelarse para guardar y mejorar su ganado, Cristo vela sobre los suyos siempre, y los rodea solícito. Que como David dice (Ps. XXXIII, v. 16.): *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oidos en sus ruegos.* Y aunque la madre se olvide de su hijo; *Yo*, dice, *no me olvido de tí* (Isai. capit. XLIX. v. 15). Y si es del Pastor trabajar por su ganado al frio y al hielo; quién cual Cristo trabajó por el bien de los suyos? Con verdad Jacob como en su nombre decía (Gen. capit. XXXI. v. 40.): *Gravemente laceré de noche y de dia, unas veces al calor, y otras veces al hielo, y huyó de mis ojos el sueño.* Y si es del Pastor servir abatido, vivir en hábito despreciado, y no ser adorado y servido; Cristo, hecho al traje de sus ovejas, y vestido de su bajeza y su piel, sirvió por ganar su ganado.

Y porque habemos dicho cómo le conviene á Cristo todo lo que es del Pastor, digamos agora las ventajas que en este oficio Cristo hace á todos los otros pastores. Porque no solamente es PASTOR, sino PASTOR como no lo fué otro ninguno: que ansí lo certificó Él cuando dijo (Joan. cap. X, vv. 11, 14.): *Yo soy el buen* PASTOR. Que el bueno allí es señal de excelencia, como si dijese, el PASTOR aventajado entre todos. Pues sea la primera ventaja, que los otros lo son, ó por caso, ó por suerte; mas Cristo nació para ser PASTOR, y escogió antes que naciese, nacer para ello: que como de sí mismo dice (Luc. cap. XV, v. 4. seqq.), bajó del cielo, y se hizo PASTOR hombre, para buscar al hombre oveja perdida. Y ansí como nació para llevar á pacer, dió luégo que nació á los pastores nueva de su venida. Demás de esto, los otros pastores guardan el ganado que hallan, mas nuestro PASTOR Él se hace el ganado que ha de guardar. Que no sólo debemos á Cristo que nos rige, y nos apacienta en la forma ya dicha; sino también y primeramente, que siendo animales fieros, nos da condiciones de ovejas; y que siendo perdidos, nos hace ganados suyos; y que cría en nosotros el espíritu de sencillez, y de mansedumbre, y de santa y fiel humildad, por el cual pertenecemos á su rebaño. Y la tercera ventaja es, que murió

por el bien de su grey, lo que no hizo algún otro pastor: y que por sacarnos de entre los dientes del lobo, consintió que hiciesen en Él presa los lobos.

Y sea lo cuarto, que es ansí PASTOR, que es pasto también: y que su apacentar es darse á sí á sus ovejas. Porque el regir Cristo á los suyos, y el llevarlos al pasto, no es otra cosa sino hacer que se lance en ellos, y que se embeba, y que se incorpore su vida. Y hacer que con encendimientos fieles de caridad les traspasen sus ovejas á sus entrañas, en las cuales traspasado, muda Él sus ovejas en sí. Porque cebándose ellas de Él, se desnudan á sí, de sí mismas y se visten de sus cualidades de Cristo; y creciendo con este dichoso pasto el ganado, viene por sus pasos contados á ser con su PASTOR una cosa. Y finalmente como otros nombres y oficios le convengan á Cristo, ó desde algún principio, ó hasta un cierto fin, ó según algún tiempo; este nombre de PASTOR en Él carece de término. Porque antes que naciese en la carne, apacentó á las criaturas luégo que salieron á luz: porque Él gobierna y sustenta las cosas, y Él mismo da cebo á lós ángeles, y todo espera de Él su mantenimiento á su tiempo, como en el Salmo se dice (Ps. CIII, v. 27). Y ni más ni menos nacido ya hombre, con su espíritu y con su carne apacienta á los hombres; y luégo que subió al cielo, llovió sobre el suelo su cebo; y luégo, y agora, y después, y en todos los tiempos y horas, secreta y maravillosamente, y por mil maneras los ceba: en el suelo los apacienta, y en el cielo será también su PASTOR, cuando alla los llevare, y en cuanto se revolvieren los siglos, y en cuanto vivieren sus ovejas, que vivirán eternamente con Él, Él vivirá en ellas, comunicándoles su misma vida, hecho su PASTOR y su pasto.—Y calló Marcelo aquí, significando á Sabino que pasase adelante, que luégo desplegó el papel, y leyó.

§. VII.

Se le da á Cristo el nombre de MONTE; qué significa este en la Escritura, y por qué se le atribuye á Cristo.

Llámase Cristo MONTE, *como en el capítulo segundo de Daniel, adonde se dice* (Dan. cap. II, vv. 34, 35.): *Que la piedra que hirió en los piés de la estatua, que vió el Rey de Babilonia, y la desmenuzó y deshizo, se convirtió en un monte muy grande que ocupaba toda la tierra. Y en el capítulo segundo de Isaías* (Isai. cap. II, v. 2.): Y en los postreros dias será establecido el MONTE de la casa del Señor sobre la cumbre de de todos los montes. *Y en el Salmo sesenta y siete* (Ps. LXVII, vv. 16, 17). El MONTE de Dios monte enriscado, y lleno de grosura.

Y en leyendo esto cesó.—Y dijo Juliano luégo: Pues que este vuestro papel, Marcelo, tiene la condición de Pitágoras (1), que dice, y no da razón de lo que dice; justo será que nos la deis vos por él. Porque los lugares que agora alega, mayormente los dos postreros, algunos podrían dudar si hablan de Cristo ó no.—Muchos dicen muchas cosas, respondió Marcelo, pero el papel siguió lo más cierto y lo mejor; porque en el lugar de Isaías casi no hay palabra, ansí en él, como en lo que le antecede, ó se le sigue, que no señale á Cristo como con el dedo. Lo primero dice: *En los dias postreros*; y como sabéis lo postrero de los dias, ó los dias postreros en la santa Escritura, es nombre que se da al tiempo en que Cristo vino, como se parece en la profecía de Jacob, en el capítulo último (Gen. c. XLIX, v. 1.) del libro de la creación, y en otros muchos lugares. Porque el tiempo de su venida, en el cual juntamente con Cristo comenzó á nacer la luz del Evangelio, y el espacio que dura el movimiento de esta luz, que es el espacio de su predicación, que va como un sol cercando el mundo, y pasando de unas naciones en otras: ansí que todo el discurso, y suceso, y duración de aqueste alum-

(1) No tanto debe decirse esto de Pitágoras, como de sus discípulos, los cuales veneraban de suerte á su maestro, que preguntados por la razón de alguna proposición, no daban otra sino que Pitagoras lo decía así.

bramiento se llama un dia, porque es como el nacimiento y vuelta que da el sol en un dia; y llámase postrero dia, porque en acabando el sol del Evangelio su curso, que será en habiendo amanecido á todas las tierras, como este sol amanece, no ha de sucederle otro dia. *Y será predicado*, dice Cristo (Matth. cap. XXIV, v. 14.), *aqueste Evangelio por todo el mundo, y luégo vendrá el fin.*

Demás de esto dice: *Será establecido*: y la palabra original significa un establecer y afirmar no mudable, ni como si dijésemos, movedizo ó sujeto á las injurias y vueltas del tiempo. Y ansí en el Salmo con esta misma palabra se dice (Ps. CII, v. 19.): *El Señor afirmó su trono sobre los cielos.* Pues qué monte otro hay, ó qué grandeza no sujeta á mudanza, sino es Cristo solo, cuyo reino no tiene fin, como dijo á la Vírgen (Luc. cap. I, v. 32.) el ángel? Pues qué se sigue tras esto? *El* MONTE, dice, *de la casa del Señor.* Adonde la una palabra es como declaración de la otra: como diciendo, el MONTE, esto es, la casa del Señor. La cual casa entre todas por excelencia es Cristo nuestro Redentor, en quien reposa y mora Dios enteramente, como es escrito (Ad Colos. cap. II, v. 9.): *En el cual reposa todo lo lleno de la divinidad.* Y dice más: *Sobre la cumbre de los montes*; que es cosa que solamente de Cristo se puede con verdad decir. Porque monte en la Escritura, y en la secreta manera de hablar, de que en ella usa el Espíritu santo, significa todo lo eminente, ó en poder temporal, como son los príncipes, ó en virtud y saber espiritual, como son los profetas y los prelados: y decir montes sin limitación, es decir todos los montes, ó (como se entiende de un artículo que está en el primer texto (1) en aqueste lugar) es decir los montes más señalados de todos ansí por alteza de sitio, como por otras cualidades y condiciones suyas. Y decir que será establecido sobre todos los montes, no es decir solamente que este monte es más levantado que los demás, sino que está situado sobre la cabeza de todos ellos; por manera que lo más bajo de él está sobrepuesto, á lo que es en ellos más alto.

---

(1) La palabra hebrea de este lugar de Isaías cap. 2. v. 2. es *Heharim, los montes*, donde como se ve precede el artículo *He*.

Y ansí juntando con palabras descubiertas todo aquesto que he dicho, resultará de todo ello aquesta sentencia: Que la raiz, ó como llamamos, la falda de este monte, que dice Isaías, esto es lo menos y más humilde de él, tiene debajo de sí á todas las altezas más señaladas y altas que hay, ansí temporales, como espirituales. Pues qué alteza ó encumbramiento será aqueste tan grande, si Cristo no es? O á qué otro monte de los que Dios tiene, convendrá una semejante grandeza? Veamos lo que la santa Escritura dice, cuando habla con palabras llanas y sencillas de Cristo, y cotejémoslo con los rodeos de aqueste lugar: y si halláremos que ambas partes dicen lo mismo, no dudemos de que es uno mismo aquel de quien hablan. Qué dice David? (Psalm. CIX, vv. 1. 2.) *Dijo el Señor á mi Señor, asiéntate á mi mano derecha, hasta que ponga por escaño de tus piés á tus enemigos.* Y el Apóstol San Pablo (Ad Philipp. cap. 2. v. 10.) *Para que al nombre de Jesús doblen las rodillas todos, ansí los del cielo, como los de la tierra y los del infierno.* Y el mismo hablando propiamente del misterio de Cristo dice (I. ad Corinth. cap. I, v. 25.) *Lo flaco de Dios que parece, es más valiente que la fortaleza toda. Y lo inconsiderado, más sabio que cuanto los hombres saben.* Pues allí se pone el monte sobre los montes; y aquí la alteza toda del mundo y del infierno por escaño de los piés de Jesucristo. Aquí se le arrodilla lo criado: allí todo lo alto le está sujeto. Aquí su humildad, su desprecio, su cruz se dice ser más sabia y más poderosa que cuanto pueden y saben los hombres: allí la raiz de aquel monte se pone sobre las cumbres de todos los montes.

Ansí que no debemos dudar de que es Cristo aqueste MONTE de que habla Isaías. Ni ménos de que es aquel de quien canta David en las palabras del Salmo alegado. El cual Salmo todo es manifiesta profecía, no de un misterio solo, sino casi de todos aquellos que obró Cristo para nuestra salud. Y es oscuro Salmo al parecer, pero oscuro á los que no dan en la vena del verdadero sentido, y siguen sus imaginaciones propias, con las cuales como no dice el Salmo bien, ni puede decir, para ajustarle con ellas revuelven la letra, y oscurecen y turban la sentencia, y al fin se fatigan en balde: más al revés, si se toma una vez el hilo de él, y su intento, las mis-

mas cosas se van diciendo, y llamándose unas á otras, y trabándose entre sí con maravilloso artificio. Y lo que toca agora á nuestro próposito (porque sería apartarnos mucho de él, declarara todo el Salmo) ansí que lo que toca al verso que de este Salmo alega el papel, para entender que el MONTE, de quien el verso habla, es Jesucristo, basta ver lo que luégo se sigue, que es: *Monte en el cual le aplació á Dios morar en él, y cierto morará en él eternamente.* Lo cual si no es de Jesucristo, de ningún otro modo se puede decir. Y son muy de considerar cada una de las palabras, ansí de este verso, como del verso que le antecede: pero no turbemos ni confundamos el discurso de nuestra razón.

Digamos primero, qué quiere decir que Cristo se llame MONTE: y dicho, y volviendo sobre estos mismos lugares, diremos algo de las cualidades que da en ellos el Espíritu santo á este monte. Pues digo ansí, que demás de la eminencia señalada que tienen los montes sobre lo demás de la tierra, como Cristo la tiene en cuanto hombre sobre todas las criaturas; la más principal razón por que se llama MONTE; es por la abundancia, ó digámoslo ansí, por la preñez riquísima de bienes diferentes que atesora, y comprende en si mismo. Porque, como sabéis, en la lengua hebrea, en que los sagrados libros en su primer origen se escriben (1), la palabra con que el monte se nombra, seguún el sonido de ella, suena en nuestro castellano, *el preñado*: por manera que los que nosotros llamamos montes, llama el hebreo por nombre propio, preñados. Y díceles aqueste nombre muy bien, no sólo por la figura que tienen alta y redonda, y como hinchada sobre la tierra, por lo cual parecen el vientre de ella, y no vacío ni flojo vientre, mas lleno y preñado; sino también porque tienen en sí como concebido, y lo paren, y sacan á luz á sus tiempos, casi todo aquello que en la tierra se estima. Producen árboles de diferentes maneras, unos que sirven de madera

(1) Es así de casi todos los del Testamento viejo. Aunque los libros de Tobías, Judith y Daniel fueron escritos primeramente en Caldeo, y algunos lugares de Esdras y Jeremías. El segundo de los Macabeos se escribió en lengua griega. Del nuevo Testamento sólo el Evangelio de san Mateo se escribió en hebreo: los demás en griego.

para los edificios, y otros que con sus frutas mantienen la vido. Paren yerbas más que ninguna otra parte del suelo, de diversos géneros, y de secretas y eficaces virtudes. En los montes por la mayor parte se conciben las fuentes, y los principios de los rios, que naciendo de allí, y cayendo en los llanos después, y torciendo el paso por ellos, fertilizan y hermosean las tierras. Allí se cria el azogue, y el estaño, y las venas ricas de la plata, y del oro, y de los demás metales todas las minas, las piedras preciosas, y las canteras de las piedras firmes que son más provechosas, con que se fortalecen las ciudades con muros, y se ennoblecen con suntuosos palacios. Y finalmente son como una arca los montes, y como un depósito de todos los mayores tesoros del suelo.

Pues por la misma manera Cristo nuestro Señor, no sólo en cuanto Dios; que según esta razón, por ser el Verbo divino por quien el Padre cria todas las cosas, las tiene todas en sí de mejores quilates y ser que son en sí mismas; mas también según que es hombre, es un MONTE, y un amontonamiento y preñez de todo lo bueno, y provechoso, y deleitoso, y glorioso que en el deseo y en el seno de las criaturas cabe, y de mucho más que no cabe. En Él está el remedio del mundo, y la destrucción del pecado, y la victoria contra el demonio: y las fuentes y mineros de toda la gracia y virtudes, que se derraman por nuestras almas y pechos, y los hacen fértiles, en Él tienen su abundante principio: en Él tienen sus raices, y de Él nacen y crecen con su virtud, y se visten de hermosura y de fruto las hayas altas, y los soberanos cedros, y los árboles de la mirra, como dicen los Cantares (Cantic. cap. IV. v. 14.) y del incienso, los apóstoles, y los mártires, y profetas, y vírgenes. Él mismo es el sacerdote y el sacrificio, el pastor y el pasto, el doctor y la doctrina, el abogado y el juez, el premio y el que da el premio, la guia y el camino, el médico, la medicina, la riqueza, la luz, la defensa, y el consuelo es Él mismo, y solo Él. En Él tenemos la alegría en las tristezas, el consejo en los casos dudosos, y en los peligrosos y desesperados el amparo y la salud.

Y por obligarnos mas á sí, y porque buscando lo que nos es necesario en otras partes, no nos divirtiésemos de El, puso en sí la copia y la abundancia, ó si decimos, la tienda y el

mercado, ó será mejor decir, el tesoro abierto y liberal de todo lo que nos es necesario, útil y dulce, ansí en lo próspero, como en lo adverso, ansí en la vida, como en la muerte también, ansí en los años trabajosos de aqueste destierro, como en la vivienda eterna y feliz á do caminamos. Y como el monte alto en la cumbre se toca de nubes, y las traspasa, y parece que llega hasta el cielo; y en las faldas cria viñas y mieses, y da pastos saludables á los ganados: ansí lo alto y la cabeza de Cristo es Dios, que traspasa los cielos, y es consejos altísimos de sabiduría, adonde no puede arribar ingenio ninguno mortal; mas lo humilde de él, sus palabras llanas, la vida pobre, y sencilla y santísima que morando entre nosotros vivió, las obras que como hombre hizo, y las pasiones y dolores que de los hombres, y por los hombres sufrió, son pastos de vida para sus fieles ovejas. Allí hallamos el trigo que esfuerza el corazón de loshombres; y el vino que les da verdadera alegría; y el ólio hijo de la oliva, y engendrador de la luz, que destierra nuestras tinieblas. *El risco*, dice el Salmo (Psalmo CIII, v. 18.) *es refrigerio de los conejos*. Y en Ti, oh verdadera guarida de los pobrecitos amedrentados, Cristo Jesus! y en Ti, oh amparo dulce y seguro, oh acogida llena de fidelidad! los afligidos y acosados del mundo nos escondemos. Si vertieren agua las nubes, y se abrieren las canales del cielo, y saliendo la mar de madre si anegare las tierras, y sobrepujaren como en el diluvio sobre los montes las aguas; en este MONTE, que se asienta sobre la cumbre de todos los montes, no las tememos. Y si los montes como dice David (Ps. XLV, v. 3.) trastornados de sus lugares cayeren en el corazón de la mar, en este MONTE no mudable enriscados carecemos de miedo.

Mas qué hago yo agora? ó adonde me llevará el ardor? Tornemos á nuestro hilo, y ya que habemos dicho el por qué es MONTE Cristo, digamos, según que es MONTE, las cualidades que le da la Escritura. Decía pues Daniel (Dan. c. II, vv. 34, 35.), que una piedra sacada sin manos hirió en los piés de la estatua, y la piedra creciendo se hizo monte tan grande, que ocupó toda la tierra. En lo cual primeramente entendemos, que este grandísimo monte era primero una pequeña piedra. Y aunque es ansí que Cristo es llamado piedra por diferentes

razones, pero aquí la piedra dice fortaleza y pequeñez. Y ansí es cosa digna de considerar, que no cayó hecha monte grande sobre la estatua, y la deshizo, sino hecha piedra pequeña. Porque no usó Cristo, para destruir la alteza y poder tirano del demonio, y la adoración usurpada, y los ídolos que tenía en el mundo, de la grandeza de sus fuerzas; ni derrocó sobre él el brazo y el peso de su divinidad encubierta; sino lo humilde que había en él, y lo bajo, y lo pequeño, su carne santa, y su sangre vertida, y el ser preso, y condenado, y muerto crudelísimamente. Y esa pequeñez, y flaqueza fué fortaleza dura: y toda la soberbia del infierno, y su monarquía quedó rendida á la muerte de Cristo. Por manera que primero fué piedra, y después de piedra monte. Primero se humilló, y humilde venció: y después vencedor glorioso descubrió su claridad, y ocupó la tierra y el cielo con la virtud de su nombre.

Mas lo que el Profeta significó por rodeos, cuán llanamente lo dijo el Apóstol? *El haber subido*, dice hablando de Cristo (Ad Ephes., c. IV, vv. 9 y 10), *qué es, sino por haber descendido primero, hasta lo bajo de la tierra? El que descendió, ese mismo subió sobre todos los cielos, para henchir todas las cosas.* Y en otra parte (Ad Philipp., c. II, vv. 8 y 9): *Fué hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual ensalzó su nombre Dios sobre todo nombre.* Y como dicen del árbol, que cuanto lanza las raíces más en lo hondo, tanto en lo alto crece, y sube más por el aire; ansí á la humildad y pequeñez de esta piedra correspondió la grandeza sin medida del monte; y cuanto primero se disminuyó, tanto después fué mayor. Pero acontece, que la piedra que se tira, hace gran golpe aunque sea pequeña, si el brazo que la envía es valiente; y pudiérase por ventura pensar, que si esta piedra pequeña hizo pedazos la estatua, fué por la virtud de alguna fuerza extraña y poderosa que la lanzó. Mas no fué ansí, ni quiso que se imaginase ansí el Espíritu santo; y por esta causa añadió, que hirió á la estatua sin manos; conviene á saber, que no la hirió con fuerza mendigada de otro, ni con poder ajeno, sino con el suyo mismo hizo tan señalado golpe.

Porque lo flaco y lo despreciado de Cristo, su pasión y su muerte, aquel humilde escupido y escarnecido fué tan de pie-

dra, quiero decir, tan firme para sufrir, y tan fuerte y duro para herir,, que cuanto en el soberbio mundo es tenido por fuerte, no pudo resistir á su golpe, mas antes cayó todo quebrantado y deshecho, como si fuera vidrio delgado. Y aun lo que es más de maravillar, no hirió aquesta piedra la frente de aquel bulto espantable, sino solamente los piés, adonde nunca la herida es mortal: mas sin embargo de esto, con aquel golpe dado en los piés, vinieron á menos los pechos, y hombrós, y el cuello,. y cabeza de oro. Porque fué ansí, que el principio del Evangelio, y los primeros golpes que Cristo dió para deshacer la pujanza mundana, fueron en los piés de ella, y en lo que andaba como rastreando en el suelo: en las gentes bajas y viles, ansí en oficio como en condición. Y heridos estos con la verdad, y vencidos, y quebrados del mundo, y como muertos á él, y puestos debajo la piedra; las cabezas y los pechos, esto es, los sabios y los altos, cayeron todos, unos para sujetarse á la piedra, y otros para quedar quebrados y desmenuzados de ella: unos para dejar su primero y mal ser, y otros para crecer para siempre en su mal. Y ansi unos destruidos, y otros convertidos, la piedra trasformándose en MONTE, ella sola ocupó todo el mundo.

Es también MONTE hecho, y como nacido de piedra: porque entendamos, que no es terreno ni movedizo este MONTE, ni tal que pueda ser menoscabado ó disminuido en alguna manera. Y con esto pasemos á ver lo demás que decía de él el santo David. *El* MONTE, dice, *del Señor*, MONTE *cuajado*, MONTE *grueso*. Quiere decir, fértil y abundante MONTE, como á la buena tierra solemos llamarla tierra gruesa. Y la condición de la tierra gruesa es ser espesa, y tenaz, y maciza, y no delgada y arenisca; y ser tierra que bebe mucha agua, y que no se anega ó deshace con ella, sino antes la abraza toda en sí, y se engruesa é hinche de jugo: y ansí después son conformes á aquesta grosura las mieses que produce, espesas y altas, y las cañas gruesas, las espigas grandes.

Bien es verdad, que adonde decimos grueso, el primer texto dice *Basan*, que es nombre propio de un monte llamado ansí en la Tierra santa, que está de la otra parte del Jordán, en la suerte que cupo á los de Gad y Ruben, y á la mitad de la tribu de Manasé. Pero era señaladamente abundante este

monte, y ansí nuestro texto, aunque calló el nombre, guardó bien el sentido, y puso la misma sentencia, y en lugar de *Basan* puso *monte grueso*, cual lo es el Basan. Pues es Cristo, ni más ni menos, no como arena flaca y movediza, sino como tierra de cuerpo y de tomo, y que bebe y contiene en sí todos los dones del Espíritu Santo, que la Escritura suele muchas veces nombrar con nombres de aguas: y ansí el fruto que de este monte sale, y las mieses que se crían en él, nos muestran bien á la clara si es grueso y fecundo este monte. De las cuales mieses David, en el Salmo setenta y uno, debajo de la misma figura de trigo, y de mieses, y de frutos del campo, hablando á la letra del reino de Cristo, nos canta diciendo (Ps. 71, v. 16): *Y será de un puñado de trigo echado en la tierra en las cumbres de los montes y el fruto suyo más levantado que el Líbano, y por las villas florecerán, como el heno de la tierra.* O, porque en este punto, y diciendo esto me vino á la memoria, quiérolo decir como nuestro común amigo lo dijo, traduciendo en verso castellano este Salmo:

.....Oh siglos de oro,
Cuando tan sola una
Espiga sobre el cerro tal tesoro
Producirá sembrada
De mieses ondeando, cual la cumbre
Del Líbano ensalzada (1).
Cuando con más largueza y muchedumbre,
Que el heno en las ciudades,
El trigo crecerá!

Y porque se viese claro que este fruto, que se llama trigo, no es trigo, y que aquesta abundancia no es buena disposición de tierra, ni templanza de cielo clemente, sino que es fruto de justicia, y mieses espirituales nunca antes vistas, que nacen por la virtud de este monte, añade luégo:

.....Por do desplega
La fama en mil edades
El nombre de este Rey, y al cielo llega.

(1) Al. *nombrada.*

Mas ¿nació por ventura con este fruto su nombre, ó era ya, y vivía en el seno de su Padre, primero que la rueda de los siglos comenzase á moverse? Dice:

El nombre, que primero
Que el sol manase luz resplandecía:
En quien hasta el postrero
Mortal será bendito: á quien de dia,
De noche celebrando
Las gentes darán loa, y bienandanza;
Y dirán alabando:
Señor Dios de Israel, qué lengua alcanza
A tu debida gloria?

Salido he de mi camino, llevado de la golosina del verso: mas volvamos á él. Y habiendo dicho esto Marcelo, y tomando un poco de aliento, quería pasar adelante; mas Juliano, deteniéndole, dijo:—Antes que digais más, me decid, Marcelo, este común amigo nuestro que nombrastes, cuyos son estos versos, quién es? porque aunque yo no soy muy poeta, hanme parecido muy bien: y debe hacerlo, ser el sujeto cual es, en quien sólo á mi juicio se emplea la poesía como debe.—Gran verdad, Juliano, es, respondió al punto Marcelo, lo que decís. Porque este es solo digno sujeto de la poesía; y los que la sacan de él, y forzándola la emplean, ó por mejor decir, la pierden en argumentos de liviandad, habían de ser castigados, como públicos corrompedores de dos cosas santísimas, de la poesía y de las costumbres. La poesía corrompen, porque sin duda la inspiró Dios en los ánimos de los hombres, para con el movimiento y espíritu de ella levantarlos al cielo, de donde ella procede. Porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino. Y ansí en los Profetas casi todos, ansí los que fueron movidos verdaderamente por Dios, como los que incitados por otras causas sobrehumanas hablaron, el mismo espíritu que los despertaba, y levantaba á ver lo que los otros hombres no veían, les ordenaba, y componía, y como metrificaba en la boca las palabras con número y consonancia debida, para que hablasen por más subida manera que las otras gentes hablaban: y para

que el estilo del decir se asemejase al sentir, y las palabras y las cosas fuesen conformes.

Ansí que corrompen esta santidad, y corrompen también lo que es mayor mal, las santas costumbres. Porque los vicios y las torpezas disimuladas, y enméladas con el sonido dulce y artificioso del verso, recíbense en los oidos con mejor gana, y de ellos pasan al ánimo, que de suyo no es bueno, y lánzanse en él poderosísimamente, y hechas señoras de él, y desterrando de allí todo buen sentido y respeto, corrómpenlo, y muchas veces sin que el mismo que es corrompido lo sienta. Y es, iba á decir donaire, y no es donaire, sino vituperable inconsideración, que las madres celosas del bien de sus hijas, les vedan las pláticas de algunas otras mujeres, y no les vedan los versos y los cantarcillos de argumentos livianos, los cuales hablan con ellas á todas horas: y sin recatarse de ellos, antes aprendiéndolos y cantándolos, las atraen á sí, y las persuaden secretamente, y derramándoles su ponzoña poco á poco por los pechos, las inficionan y pierden. Porque ansí como en la ciudad, perdido el alcázar de ella, y puesto en las manos de los enemigos, toda ella es perdida; ansí ganado una vez, quiero decir, perdido el corazón, y aficionado á los vicios, y embeleñado con ellos, no hay cerradura tan fuerte, ni centinela tan veladora y despierta que baste á la guarda. Pero esto es de otro lugar, aunque la necesidad, ó el estrago, que el uso malo introducido más agora que nunca, hace en las gentes, hace también qúe se pueda tratar de ello á propósito en cualquiera lugar.

Mas dejándolo agora, espántome, Juliano, que me preguntéis quién es el común amigo que dije; pues no podéis olvidaros, que aunque cada uno de nosotros dos tenemos amistad con muchos amigos, uno solo tenemos que la tiene conmigo y con vos casi en igual grado: porque á mí me ama como á sí, y á vos en la misma manera como yo os amo, que es muy poco menos que á mí.—Razón tenéis, respondió Juliano, en condenar mi descuido: y ya entiendo muy bien por quién decís. Y pues tendréis en la memoria algunos otros Salmos de los que ha puesto en verso aqueste amigo nuestro, mucho gustaría yo, y Sabino gustará de ello, si no me engaño, también, que en lus lugares que se os ofrecieren de

aquí adelante uséis de ellos, y nos los digáis.—Sabino, respondió Marcelo, no sé yo si gustará de oir lo que sabe: porque como más mozo, y más aficionado á los versos, tiene aquí casi en la lengua estos Salmos que pedís. Pero haré vuestro gusto, y aun Sabino podrá servir de acordármelos, si yo me olvidare, como será posible olvidarme. Ansí que él me los acordará, ó si más le pluguiere, dirálos él mismo, y aun es justo que le plega, porque lo sabrá decir con mejor gracia. De esto postrero se rieron un poco Juliano y Sabino. Y diciendo Sabino que lo haría ansí, y que gustaría de hacerlo, Marcelo tornó á seguir su razón, y dijo:

Decíamos, pues, que este sagrado monte, conforme á lo del Salmo, era fértil señaladamente. Y probamos su grosura por la muchedumbre, y por la grandeza de las mieses que de él han nacido. Y referimos que David (Ps. LXXI, v. 16), hablando de ellas, decía que de un puño de trigo esparcido sobre la cumbre del monte serían el fruto y cañas que nacerían de él tan altas y gruesas, que igualarían á los cedros altos del Líbano. De manera que cada caña y espiga sería como un cedro, y todas ellas vestirían la cumbre de su monte, y meneadas del aire ondearían sobre él como ondean las copas de los cedros y de los otros árboles soberanos de que el Líbano se corona. En lo cual David dice tres cualidades muy señaladas. Porque lo uno dice, que son mieses de trigo, cosa útil y necesaria para la vida; y no árboles más vistosos en rama y hoja, que provechosos en fruto, como fueron los antiguos filósofos, y los que por su sola industria quisieron alcanzar la virtud. Y lo otro afirma, que estas mieses, no sólo por ser trigo son mejores, sino en alteza también son mayores mucho que la arboleda del Líbano. Que es cosa que se ve por los ojos, si cotejamos la grandeza de nombre que dejaron después de sí los sabios y grandes del mundo, con la honra merecida que se da en la Iglesia á los santos, y se les dará siempre, floreciendo cada dia más, en cuanto el mundo durare. Y lo tercero, dice, que tiene origen aqueste fruto de muy pequeños principios, de un puñado de trigo sembrado sobre la cumbre de un monte, adonde de ordinario crece el trigo mal: porque ó no hay tierra sino peña en la cumbre, ó si la hay, es tierra muy flaca, y el lugar muy frio, por razón de su alte-

za. Pues esta es una de las mayores maravillas que vemos en la virtud que nace, y se aprende en la escuela de Cristo, que de principios al parecer pequeños, y que casi no se echan de ver, no sabréis cómo, ni de qué manera nace y crece, y sube en brevísimo tiempo á incomparable grandeza.

Bien sabemos todos lo mucho que la antigua filosofía trabajó por hacer virtuosos los hombres, sus preceptos, sus disputas, sus revueltas cuestiones; y vemos cada hora en los libros la hermosura y el dulzor de sus escogidas y artificiosas palabras: mas también sabemos, con todo aqueste aparato suyo, el pequeño fruto que hizo, y cuán menos fué lo que dió, de lo que se esperaba de sus largas promesas. Mas en Cristo no pasó ansí. Porque si miramos lo general, del mismo que se llama, no muchos granos, sino un grano de trigo muerto, y de doce hombres bajos y simples, y de su doctrina, en palabras tosca, y en sentencias breve, y al juicio de los hombres amarga, y muy áspera, se hinchió el mundo todo de incomparable virtud: como dirémos después en su propio y más conveniente lugar. Y por semejante manera, si ponemos los ojos en lo particular que cada dia acontece en muchas personas, quién es el que lo considera que no salga de sí? El que ayer vivía como sin ley, siguiendo en pos de sus deseos sin rienda, y que estaba ya como encallado en el mal; el que servía al dinero, y cogía el deleite, soberbio con todos, y con sus menores soberbio y cruel; hoy con una palabra que le tocó en el oido, y pasando de allí al corazón, puso en él su simiente tan delicada y pequeña, que apenas él mismo la entiende, ya comienza á ser otro, y en pocos dias, cundiendo por toda el alma la fuerza secreta del pequeño grano, es otro del todo, y crece ansí en nobleza de virtud y buenas costumbres, que la hojarasca seca que poco antes estaba ordenada al infierno, es ya árbol verde y hermoso lleno de fruto y de flor, y el león es oveja ya, y el que robaba lo ajeno, derrama ya en los ajenos sus bienes; y el que se revolcaba en la hediondez esparce al derredor de sí, y muy lejos de sí, por todas partes la pureza del buen olor.

Y como dije, si tornando al principio, comparamos la grandeza de aquesta planta, y su hermosura, con el pequeño grano de donde nació, y con el breve tiempo que ha venido á ser

tal; verémos en extraña pequeñez, admirable y no pensada virtud. Y ansí Cristo, en unas partes (1) dice, que es como el grano de mostaza, que es pequeño y trasciende: y en otras (Matth. c. XIII, vv. 45, 46.) se asemeja á perla oriental, pequeña en cuerpo, y grande en valor: y parte hay (2) donde dice, que es levadura, la cual en sí es poca, y parece muy vil; y escondida en una gran masa, cuasi súbitamente, cunde por ella toda, y la inficiona. Excusado es ir buscando ejemplos en esto, adonde la muchedumbre nos puede anegar. Mas entre todos es clarísimo el del apóstol San Pablo (Act. Apost. c. VII, y IX.), á quien hacemos hoy fiesta. Quién era, y quién fué? y cuán en breve, y cuán con una palabra se convirtió de tinieblas en luz, y de ponzoña en árbol de vida para la iglesia?

Pero vamos más adelante. Añade David: *Monte cuajado.* La palabra original quiere decir el queso, y quiere también decir lo corcobado, y propiamente y de su origen significa todo lo que tiene en sí algunas partes eminentes é hinchadas sobre las demás que contiene. Y de aquí el queso, y lo corcobado se llama con aquesta palabra. Pues juntando esta palabra con el nombre de monte, como hace David aquí, y poniéndola en el número de muchos, como está en el primero texto, suena, como leyó San Agustin (3), *monte de quesos*; ó como trasladan agora algunos, *monte de corcobas*, y de la una y de la otra manera viene muy bien. Porque en decir lo primero, se declara y especifica más la fertilidad de este monte. El cual no solo es de tierra gruesa y aparejada para producir mieses, sino también es monte de quesos, ó de cuajados, esto es, significando por el efecto la causa, monte de buenos pastos para el ganado, digo monte bueno para pan llevar, y para apacentar ganados no menos bueno. Y como dice bien San Agustin (4), el pan y la grosura del monte que le produce, es el mantenimiento de los perfectos: la leche que se cuaja en el queso, y los pastos que la crian, es el propio manjar de los que comienzan en la virtud, como dice San Pablo (I. ad Cor. c. III. v. 2.):

---

(1) Matth. c. XIII, v. 31; Marc. c. IV, v. 30. 31; Luc. XIII, 18. 19.
(2) Matth. c. XIII, v. 33; Luc. XIII, 21.
(3) In Ps. CXVIII, Serm. XVII, n. 8. et in Ps. LXVII, vv. 22, 23. t. IV.
(4) Enarrat. in Psalm. CXXXI, v. 24. tom. IV.

Como á niños os dí leche, y no manjar macizo. Y ansí conforme á esto se entiende, que este monte es general sustento de todos, ansí de los grandes en la virtud con su grosura, como de los recién nacidos en ella, con sus pastos y leche.

Mas si decimos de la otra manera, *monte de corcobas*, ó de hinchazones, dícese una señalada verdad. Y es, que como hay unos montes que suben seguidos hasta lo alto, y en lo alto hacen una punta sola y redonda; y otros que hacen muchas puntas, y que están como compuestos de muchos cerros: ansí Cristo no es MONTE como los primeros, eminente y excelente en una cosa sola, sino MONTE hecho de MONTES, y una grandeza llena de diversas é incomparables grandezas, y como si dijésemos, MONTE que todo Él es MONTES: *para que*, como escribe divinamente San Pablo (Ad Colos. c. I, v. 18.), *tenga principado y eminencia en todas las cosas.* Dice más: *Qué sospechais*, MONTES *de cerros? este es el* MONTE *que Dios escogió para su morada: y ciertamente el Señor mora en Él para siempre.* Habla con todo lo que se tiene á sí mismo por alto, y que se opone á Cristo, presumiendo de traer competencias con Él, y díceles: *Qué sospecháis?* ó como en otro lugar San Jerónimo (In Ps. LXVIII, *juxta Hebr.*) puso, *qué pleiteáis*, ó *qué peleáis* contra este MONTE? Y es como si más claro dijese: Qué presunción, ó qué pensamiento es el vuestro, oh montes, cuanto quiera que seáis, según vuestra opinión, eminentes, de oponeros con este MONTE, pretendiendo ó vencerle, ó poner en vosotros lo que Dios tiene ordenado de poner en él, que es su morada perpétua? Como si dijese, muy en balde, y muy sin fruto os fatigáis. De lo cual entendemos dos cosas. La una, que este MONTE es envidiado y contradecido de muchos montes; y la otra, que es escogido de Dios entre todos.

Y de lo primero que toca á la envidia y contradicción, es, como si dijésemos, hado de Cristo, el ser siempre envidiado: que no es pequeño consuelo para los que le siguen, como se lo pronosticó el viejo Simeón, luego que lo vió niño en el templo, y hablando con su madre lo dijo (Luc. c. II, v. 34.): *Ves este niño, será caida y levantamiento para muchos en Israel, y como blanco á quien contradirán muchos.* Y el Salmo segundo en este mismo propósito (Ps. II, vv. 1, 2.): *Por qué*, dice, *bramaron las gentes, y los pueblos trataron consejos vanos? Pusié-*

ronse los reyes de la tierra, y los príncipes se hicieron á una contra el Señor, y contra su Cristo. Y fué el suceso bien conforme al pronóstico, como se pareció en la contradicción que hicieron á Cristo las cabezas del pueblo hebreo por todo el discurso de su vida, y en la conjuración que hicieron entre sí para traerle á la muerte. Lo cual si se considera bien, admira mucho sin duda. Porque si Cristo se tratara como pudo tratarse, y conforme á lo que se debía á la alteza de su persona; si apeteciera el mando temporal sobre todos, ó si en palabras, ó si en hechos fuera altivo y deseoso de enseñorearse; si pretendiera no hacer bienes, sino enriquecerse de bienes, y sujetando á las gentes, vivir con su sudor y trabajo de ellas, en vida de descanso abundante; si le envidiaran, y si se le opusieran muchos, movidos por sus intereses: ninguna maravilla fuera, antes fuera lo que cada día acontece. Mas siendo la misma llaneza, y no anteponiéndose á nadie, ni queriendo derrocar á ninguno de su preminencia y oficio, viviendo sin fausto, y humilde, y haciendo bienes jamás vistos generalmente á todos los hombres, sin buscar, ni pedir, ni aun querer recibir por ello, ni honra, ni intereses; que le aborreciesen las gentes, y que los grandes desamasen á un pobre, y los potentados y pontificados á un humilde bienhechor, es cosa que espanta.

Pues acabose esta envidiosa oposición con su muerte, y á sus discípulos de Él, y á su doctrina no contradijeron después; ni se opusieron con ellos los hombres? Lo que fué en la cabeza, eso mismo aconteció por los miembros. Y como Él mismo lo dijo (Joan, xv, v. 20.): *No es el discípulo sobre el maestro: si me persiguieron á Mí, también os perseguirán á vosotros.* Ansí puntualmentente les aconteció con los emperadores, y con los reyes, y con los príncipes de la sabiduría del mundo. Y por la manera que nuestra bienaventurada luz, debiendo según toda buena razón ser amado, fué perseguido, ansí á los suyos, y á su doctrina, con quitar todas las causas y ocasiones de envidia y de enemistad, les hizo toda la grandeza del mundo enemiga cruel. Porque los que enseñaban, no á engrandecer las haciendas, ni á caminar á la honra y á las dignidades, sino á seguir el estado humilde, y ajeno de envidia, y á ceder de su propio derecho con todos, y á empobre-

cerse á sí para el remedio de la ajena pobreza, y á pagar el mal con el bien, y los que vivían ansí, como lo enseñaban, hechos unos públicos bienhechores; quién pensara jamás que pudieran ser aborrecidos y perseguidos de nadie? ó cuando lo fueran de alguno, quién creyera que lo habían de ser de los reyes, y que el poderío y grandeza había de tomar armas, y mover guerra contra una tan humilde bondad? Pero era aquesta la suerte que dió á este MONTE Dios para mayor grandeza suya.

Y aun si queremos volver los ojos al principio, y á la primera orígen de aqueste aborrecimiento y envidia; hallarémos, que mucho antes que comenzase á ser Cristo en la carne, comenzó aqueste su odio: y podremos venir en conocimiento de su causa de él en esta manera. Porque el primero que le envidió y aborreció fué Lucifer, como lo afirma, y muy conforme á la doctrina verdadera, el glorioso Bernardo (1): y comenzóle á aborrecer luégo que habiéndoles á él y á algunos otros ángeles revelado Dios alguna parte de este su consejo y misterio, conoció que disponía Dios de hacer príncipe universal de todas las cosas á un hombre. Lo cual conoció luégo al principio del siglo, y antes que cayese, y cayó por aventura por aquesta ocasión. Porque volviendo los ojos á sí, y considerando soberbiamente la perfección altísima de sus naturales, y mirando juntamente con esto el singular grado de gracias y dones, de que le había dotado Dios, más que á otro ángel alguno; contento de sí, y miserablemente desvanecido, apeteció para sí aquella excelencia, y de apetecerla vino á no sujetarse á la orden y decreto de Dios, y á salir de su santa obediencia, y á trocar la gracia en soberbia; por donde fué hecho cabeza de todo lo arrogante y soberbio, ansí como lo es Cristo de todo lo llano y humilde. Y como del que en la escalera bajando pierde algún paso, no pára su caida en un escalón, sino de uno en otro llega hasta el postrero cayendo; ansí Lucifer de la desobediencia para con Dios cayó en el aborrecimiento de Cristo, concibiendo contra Él, primero envidia, y después sangrienta enemistad: y de la enemistad nació en él

(1) In Cantica, Serm. XVII, núm. 5.

absoluta determinación de hacerle guerra siempre con todas sus fuerzas.

Y ansí lo intentó primero en sus padres, matando y condenando en ellos cuanto fué en sí, toda la sucesión de los hombres, y después en su persona misma de Cristo, persiguiéndole por sus ministros, y trayéndole á muerte: y de allí en los discípulos y seguidores de Él, de unos en otros, hasta que se cierren los siglos, encendiendo contra ellos á sus principales ministros, que es á todo aquello que se tiene por sabio y por alto en el mundo. En la cual guerra y contienda, peleando siempre contra la flaqueza el poder, y contra la humildad la soberbia, y la maña, y la astucia contra la sencillez y bondad; al fin quedan aquellos vencidos, pareciendo que vencen. Y contra este enemigo propiamente endereza David las palabras de que vamos hablando. Porque á este ángel, y á los demás ángeles que le siguieron, en tantas maneras de naturales y graciosos bienes enriscados é hinchados, llama aquí, *corcobados*, y *enriscados montes*, ó por decirlo mejor, *montes montuosos*, y á estos les dice ansí: Por qué, oh montes soberbios, ó envidiáis la grandeza del hombre en Cristo, que os es revelada; ó sospecháis que se debía esta gloria á vosotros; ó que será parte vuestra condición para quitársela? que yo os hago seguros, que será vano este trabajo vuestro, y que redundará toda aquesta pelea en mayor acrecentamiento suyo; y que por mucho que os empinéis, Él pisará sobre vosotros, y la divinidad reposará en Él dulce y agradablemente por todos los siglos sin fin.—

Y habiendo dicho Marcelo aquesto, callóse: y luégo Sabino, entendiendo que había acabado, y desplegando de nuevo el papel, y mirando en él, dijo: Lo que se sigue agora es asaz breve en palabras; mas sospecho que en cosas ha de dar bien que decir, y dice ansí:

§. VIII.

Llámase Cristo PADRE DEL SIGLO FUTURO, y explícase el modo con que nos engendra en hijos suyos.

El sexto nombre es PADRE DEL SIGLO FUTURO. *Ansí le llama Isaías en el capítulo nueve, diciendo* (Isai. c. IX. v. 6.): Y será llamado PADRE DE SIGLO FUTURO.

Aún no me había despedido del monte, respondió Marcelo entónces; mas pues Sabino ha pasado adelante, y para lo que me quedaba por decir habrá por ventura después otro mejor lugar, sigamos lo que Sabino quiere. Y dice bien, que lo que agora ha propuesto es breve en palabras, y largo en razón: á lo ménos, si no es largo, es hondo y profundo, porque se encierra en ello una gran parte del misterio de nuestra redención. Lo cual, si como ello es, pudiese caber en mi entendimiento, y salir por mi lengua vestido con las palabras y sentencias que se le deben; ello solo hinchiría de luz y de amor celestial nuestras almas. Pero confiados del favor de Jesucristo, y ayudándome en ello vuestros santos deseos, comencemos á decir lo que Él nos diere, y comencemos de esta manera.

Cierta cosa es, y averiguada en la santa Escritura, que los hombres, para vivir á Dios, tenemos necesidad de nacer segunda vez, demás de aquella que nacemos cuando salimos del vientre de nuestras madres. Y cierto es que todos los fieles nacen este segundo nacimiento, en el cual está el principio y origen de la vida santa y fiel. Ansí lo afirmó Cristo á Nicodemus, que siendo maestro en la ley, vino una noche á ser su discípulo. Adonde como por fundamento de la doctrina que le había de dar, presupuso esto diciendo (Joan. cap. III, v. 3.) *Ciertamente te digo, que ningún hombre, si no torna á nacer segunda vez, no podrá ver el reino de Dios.* Pues por la fuerza de los términos correlativos, que entre sí se responden, se sigue muy bien, que donde hay nacimiento, hay hijo; y donde hijo, hay también padre. De manera que si los fieles, naciendo de nuevo, comenzamos á ser nuevos hijos; tenemos

forzosamente algún nuevo padre, cuya virtud nos engendra: el cual PADRE es Cristo. Y por esta causa es llamado PADRE DEL SIGLO FUTURO: porque es el principio original de esta generación bienaventurada y segunda; y de la multitud innumerable de descendientes que nacen por ella.

Mas porque esto se entienda mejor, en cuanto puede ser de nuestra flaqueza entendido, tomemos de su principio toda esta razón, y digamos lo primero, de dónde vino á ser necesario, que el hombre naciese segunda vez: y dicho esto, y procediendo de grado en gado ordenadamente, dirémos todo lo demás que á la claridad de todo este argumento, y á su entendimiento conviene, llevando siempre, como en estrella de guía, puestos los ojos en la luz de la Escritura sagrada, y siguiendo las pisadas de los doctores y santos antiguos. Pues conforme á lo que yo agora decía, como la infinita bondad de Dios, movida de su sola virtud, ante todos los siglos se determinase de levantar á sí la naturaleza del hombre, y de hacerla particionera de sus mayores bienes, y señora de todas sus criaturas; Lucifer luégo que lo conoció, encendido de envidia se dispuso á dañar é infamar el género humano en cuanto pudiese, y á estragarle en el alma y en el cuerpo, por tal manera que hecho inhábil para los bienes del cielo, no viniese á efecto, lo que en su favor había ordenado Dios. *Por envidia del demonio*, dice el Espíritu santo en la Sabiduría, (Sapient. cap. II. v. 24.) *entró la muerte en el mundo.* Y fué ansí, que luégo que vió criado al primer hombre, y cercado de la gracia de Dios, y puesto en lugar deleitoso, y en estado bienaventurado, y como en un vecino y cercano escalón para subir al eterno y verdadero bien; echó también juntamente de ver, que le había Dios vedado la fruta del árbol, y puéstole, si la comiese, pena de muerte, en la cual incurriese cuanto á la vida del alma, luégo, y cuanto á la del cuerpo, después: y sabía por otra parte el demonio, que Dios no podía por alguna manera volverse de lo que una vez pone. Y ansí luégo se imaginó, que si él podia engañar al hombre, y acabar con él, que traspasase aquel mandamiento; lo dejaba necesariamente perdido y condenado á la muerte, ansi del alma, como del cuerpo, y por la misma razón lo hacía incapaz del bien para que Dios le ordenaba.

Mas porque se le ofreció, que aunque pecase aquel hombre primero, en los que después de él naciesen, podría Dios traer á efecto lo que tenía ordenado en favor de los hombres; determinóse de poner en aquel primero, como en la fuente primera, su ponzoña, y las semillas de su soberbia y profanidad y ambición, y las raices y principios de todos los vicios: y poner un atizador continuo de ellos, para que juntamente con la naturaleza, en los que naciesen de aquel primer hombre, se derramase y extendiese este mal; y ansí naciesen todos culpados, y aborrecibles á Dios, é inclinados á continuas y nuevas culpas, é inútiles todos para ser lo que Dios había ordenado que fuesen. Ansí lo pensó, y como lo pensó, lo puso por obra; y sucedióle su pretensión. Porque inducido y persuadido del demonio el hombre pecó: y con esto tuvo por acabado su hecho, esto es, tuvo al hombre por perdido á remate, y tuvo por desbaratado y deshecho el consejo de Dios.

Y á la verdad quedó extrañamente dificultoso y revuelto todo este negocio del hombre. Porque se contradecían, y como hacian guerra entre sí dos decretos y sentencias divinas, y no parecía que se podía dar corte, ni tomar medio alguno que bueno fuese. Porque por una parte había decretado Dios de ensalzar el hombre sobre todas las cosas. Y por otra parte había firmado, que si pecase, le quitaría la vida del alma y del cuerpo: y había pecado. Y ansí, si cumplía Dios el decreto primero, no cumplía con el segundo; y al revés cumpliendo el segundo dicho, el primero, se deshacía y borraba: y juntamente con esto no podía Dios, ansí en lo uno como en lo otro, no cumplir su palabra. Porque no es mudable Dios en lo que una vez dice, ni puede nadie poner estorbo á lo que Él ordena que sea. Y cumplirlo en ambas cosas, parecía imposible. Porque si á alguno se ofrece, que fuera bueno criar Dios otros hombres no descendientes de aquel primero, y cumplir con estos la ordenación de su gracia, y la sentencia de su justicia ejecutarla en los otros; Dios lo pudiera hacer muy bien, sin ninguna duda: pero todavía quedaba falta, y como menor la verdad de la promesa primera. Porque la gracia de ella no se prometía á cualesquiera, sino á aquellos hombres que criaba Dios en Adán, esto es, á los que de él descendiesen. Por lo cual en esto, que no parecía haber medio, el saber no comprensible de Dios lo

halló: y dió salida á lo que por todas partes estaba con dificultades cerrado. Y el medio y la salida fué, no criar otro nuevo linaje de hombres, sino dar orden como aquellos mismos ya criados, y por órden de descendencia nacidos, naciesen de nuevo otra vez: para que ellos mismos, y unos mismos, según el primer nacimiento muriesen, y viviesen según el segundo: y en lo uno ejecutase Dios la pena ordenada, y la gracia y grandeza prometida cumpliese Dios en lo otro: y ansí quedase en todo verdadero y glorioso.

Mas qué bien, aunque brevemente, San León Papa dice aquesto que he dicho. *Porque se alababa*, dice, *el demonio, que el hombre por su engaño inducido al pecado había ya de carecer de los dones del cielo, y que desnudado del don de la inmortalidad quedaba sujeto á dura sentencia de muerte; y porque decía, que había hallado consuelo de sus caidas y males con la compañía del nuevo pecador; y que Dios también, pidiéndolo ansí la razón de su severidad y justicia para con el hombre, al cual crió para honra tan grande, había mudado su antiguo y primer parecer: pues por esto fué necesario que usase Dios de nueva y secreta forma de consejo; para que Dios, que es inmutable, y cuya voluntad no puede ser impedida en los largos bienes que hacer determina, cumpliese con misterio más secreto el primer decreto y ordenación de su clemencia; y para que el hombre, por haber sido inducido á culpa por el engaño y astucia de la maldad infernal, no pereciese contra lo que Dios tenía ordenado.*

Esta pues es la necesidad que tiene el hombre de nacer segunda vez. A lo cual se sigue saber, qué es, ó qué fuerza tiene, y en qué consiste este nuevo y segundo nacimiento. Para lo cual presupongo, que cuando nacemos, juntamente con la sustancia de nuestra alma y cuerpo con que nacemos, nace también en nosotros un espíritu, y una infección infernal, que se extiende y derrama por todas las partes del hombre, y se enseñorea de todas, y las daña y destruye. Porque en el entendimiento es tinieblas, y en la memoria olvido, y en la voluntad culpa y desorden de las leyes de Dios, y en los apetitos fuego y desenfrenamiento, y en los sentidos engaño, y en las obras pecado y maldad, y en todo el cuerpo

(1) *In nativit. Domini*, serm. II, cap. I.

desatamiento y flaqueza y penalidad, y finalmente muerte y corrupción. Todo lo cual San Pablo suele comprehender con un solo nombre, y lo llama (Ad Rom. cap. VI, v. 6.) *pecado y cuerpo de pecado*: y Santiago dice (Jacob. cap. III, v. 6.) que *la rueda de nuestro nacimiento* (esto es, el principio de él, ó la sustancia con que nacemos) *está encendida con fuego del infierno*. De manera que en la sustancia de nuestra alma y cuerpo nace, cuando ella nace, impresa y apegada esta mala fuerza, que con muchos nombres apenas puede ser bien declarada; la cual se apodera de ella ansí, que no solamente la inficiona y contamina y hace casi otra, sino también la mueve y enciende, y lleva por donde quiere, como si fuese alguna otra sustancia ó espíritu asentado y engerido en el nuestro, y poderoso sobre él.

Y si quiere saber alguno la causa por qué nacemos ansí, para entenderlo, hase de advertir lo primero, que la sustancia de la naturaleza del hombre, ella de sí, y de su primer nacimiento, es sustancia imperfecta, y como si dijésemos, comenzada á hacer; pero tal, que tiene libertad y voluntad para poder acabarse y figurarse del todo, en la forma, ó mala ó buena, que más le pluguiere, porque de suyo no tiene ninguna, y es capaz para todas, y maravillosamente fácil, y como de cera para cada una de ellas. Lo segundo, hase también de advertir que esto que le falta y puede adquirir el hombre, que es como cumplimiento y fin de la obra, aunque no le da cuando lo tiene el ser, y el vivir, y el moverse; pero dale el ser bueno ó ser malo, y dale determinadamente su bien y figura propia, y es como el espíritu y la forma de la misma ánima, y la que la lleva y determina á la cualidad de sus obras, y lo que se extiende y trasluce por todas ellas, para que obre como vive, y para que sea lo que hace conforme al espíritu que la cualifica, y la mueve á hacer.

Pues aconteciónos ansí, que Dios cuando formó al primer hombre, y formó en él á todos los que nacemos de él, como en su simiente primera; porque le formó con sus manos solas, y de las manos de Dios nunca sale cosa menos acabada ó perfecta; sobrepuso luégo á la sustancia natural del hombre los dones de su gracia, y figurólo particularmente con su sobrenatural imagen y espíritu, y sacólo como si dijésemos de un

golpe, y de una vez acabado del todo, y divinamente acabado. Porque al que según su facilidad natural se podía figurar en condiciones y mañas, ó como bruto, ó como demonio, ó como ángel, figuróle El como Dios, y puso en él una imagen suya sobrenatural, y muy cercana á su semejanza: para que ansí él, como los que estábamos en él, naciendo después, la tuviésemos siempre por nuestra, si el primero padre no la perdiese. Mas perdióla presto, porque traspasó la ley de Dios, y ansí fué despojado luégo de aquesta perfección de Dios que tenía: y despojado de ella, no fué su suerte tal, que quedase desnudo, sino, como dicen (1) del trueco de Glauco y Diomedes, trocando desigualmente las armas, juntamente fué desnudado y vestido. Desnudado del espíritu y figura sobrenatural de Dios, y vestido de la culpa y de su miseria, y del traje y figura y espíritu del demonio, cuyo inducimiento siguió. Porque ansí como perdió lo que tenía de Dios, porque se apartó de Él; ansí porque siguió y obedeció á la voz del demonio, concibió luégo en sí su espíritu y sus mañas: permitiendo por esta razón Dios justísimamente, que debajo de aquel manjar visible, por via y fuerza secreta pusiese en él el demonio una imagen suya, esto es, una fuerza malvada muy semejante á él.

La cual fuerza, unas veces llamamos *ponzoña*, porque se presentó el demonio en figura de sierpe; otras *ardor* y *fuego*, porque nos enciende y abrasa con no creibles ardores; y otras *pecado*, porque consiste toda ella en desorden y desconcierto, y siempre inclina á desorden. Y tiene otros mil nombres, y son pocos todos para decir lo malo que ella es: y el mejor es llamarla un otro demonio, porque tiene y encierra en sí las condiciones todas del demonio, soberbia, arrogancia, envidia, desacato de Dios, afición á bienes sensibles, amor de deleites, y de mentira, y de enojo y de engaño, y de todo lo que es vanidad. El cual mal espíritu ansí como sucedió al bueno, que el hombre tenía ántes; ansí en la forma del daño que hizo, imitó al bien y al provecho que hacía el primero. Y como aquel perfeccionaba al hombre no sólo en la persona de Adám, sino también en la de todos los que estábamos en él; y ansí como era bien general, que ya en virtud y en de-

(1) Hom. *Iliad.* lib. 6.

recho lo teníamos todos, y lo tuviéramos cada uno en real posesión en naciendo: ansí aquesta ponzoña emponzoña no á Adám solamente, sino á todos nosotros sus sucesores, primero á todos en la raíz y semilla de nuestra orígen, y después en particular á cada uno cuando nacemos, naciendo juntamente con nosotros, y apegada á nosotros.

Y esta es la causa por qué nacemos, como dije al principio, inficionados y pecadores. Porque ansí como aquel espíritu bueno, siendo hombres, nos hacía semejantes á Dios; ansí àqueste mal y pecado, añadido á nuestra sustancia, y naciendo con ella, la figura, y hace que nazca, aunque en la forma de hombre, pero acondicionada como demonio, y serpentina verdaderamente, y por el mismo caso culpada, y enemiga de Dios, é hija de ira y del demonio, y obligada al infierno. Y tiene aún además de estas propiedades esta ponzoña y maldad, las cuales iré refiriendo agora, porque nos servirán mucho para después.

Y lo primero, tiene que entre estas dos cosas, que digo, de las cuales la una es la sustancia del cuerpo y del alma, y la otra esta ponzoña y espíritu malo, hay esta diferencia, cuanto á lo que toca á nuestro propósito, que la sustancia del cuerpo y del alma ella de sí es buena, y obra de Dios; y si llegamos la cosa á su principio, la tenemos de solo Dios. Porque el alma Él solo la cría; y del cuerpo, cuando al principio lo hizo de un poco de barro, Él solo fué el hacedor: y ni más ni menos, cuando después lo produce de aquel cuerpo primero, y como van los tiempos, lo saca á luz en cada uno que nace, Él también es el principal de la obra. Mas el otro espíritu ponzoñoso y soberbio en ninguna manera es obra de Dios, ni se engendra en nosotros con su querer y voluntad, sino es obra toda del demonio y del primer hombre: del demonio, inspirando y persuadiendo; del hombre, voluntaria y culpablemente recibiéndolo en sí. Y ansí esto solo es lo que la santa Escritura llama en nosotros, *viejo hombre*, y *viejo Adám*; porque es propia hechura de Adám, esto es, porque es, no lo que tuvo Adám de Dios, sino lo que él hizo en sí por su culpa, y por virtud del demonio. Y llámase, *vestidura vieja*, porque sobre la naturaleza que Dios puso en Adám, él se revistió después con esta figura, é hizo que naciésemos

revestidos de ella nosotros. Y llámase, *imagen del hombre terreno*, porque aquel hombre que Dios formó de la tierra, se transformó en ella por su voluntad, y cual él se hizo entónces, tales nos engendra después, y le parecemos en ella, ó por decir verdad, en ella somos del todo sus hijos, porque en ella somos hijos solamente de Adám. Que en la naturaleza, y en los demás bienes naturales con que nacemos, somos hijos de Dios, ó sola ó principalmente, como arriba está dicho; y sea aquesto lo primero.

Lo segundo, tiene otra propiedad aqueste mal espíritu, que su ponzoña y daño de él nos toca de dos maneras; una en virtud, otra formal y declaradamente. Y porque nos toca virtualmente de la primera manera, por eso nos toca formalmente después. En virtud nos tocó, cuando nosotros aún no teníamos ser en nosotros, sino en el ser y en la virtud de aquel, que fué padre de todos. En efecto y realidad, cuando de aquella preñez venimos á esta luz. En el primer tiempo este mal no se parecía claro, sino en Adám solamente; pero entendíase, que lanzaba su ponzoña con disimulación en todos los que estábamos en él también como disimulados: más en el segundo tiempo, descubierta y expresamente nace con cada uno. Porque si tomásemos agora la pepita de un melocotón, ó de otro árbol cualquiera, en la cual están originalmente encerrados la raíz del árbol, y el tronco, y las hojas, y flores, y frutos de él; y si imprimiésemos en la dicha pepita, por virtud de alguna infusión, algún color y sabor extraño, en la pepita misma luégo se ve y siente aqueste color y sabor; pero en lo que está encerrado en su virtud de ella, aún no se ve, ansí como ni ello mismo aún no es visto; pero entiéndese que está ya lanzado en ello aquel color y sabor, y que le está impreso en la misma manera que aquello todo está en la pepita encerrado; y verse ha abiertamente después en las hojas y flores y frutos que digo, cuando del seno de la pepita ó grano, donde estaban cubiertos, se descubrieren y salieren á luz: pues ansí y por la misma manera pasa en aquesto, de que vamos hablando.

La tercera propiedad, y que se consigue á lo que agora decíamos, es, que esta fuerza ó espíritu, que decimos, nace al principio en nosotros, no porque nosotros por nuestra pro-

pia voluntad y persona la hicimos ó merecimos, sino por lo que hizo y mereció otro, que nos tenía dentro de sí, como el grano tiene la espiga; y ansí su voluntad fué habida por nuestra voluntad, y queriendo él, como quiso inficionarse en la forma que habemos dicho, fuimos vistos nosotros querer para nosotros lo mismo. Pero dado que al principio esta maldad, ó espíritu de maldad, nace en nosotros sin merecimiento nuestro propio; más después, queriendo nosotros seguir sus ardores, y dejándonos llevar de su fuerza, crece, y se establece, y confirma más en nosotros por nuestros desmerecimientos. Y ansí naciendo malos, y siguiendo el espíritu malo con que nacemos, merecemos ser peores, y de hecho lo somos.

Pues sea lo cuarto y postrero, que esta mala ponzoña y simiente, que tantas veces ya digo, que nace con la sustancia de nuestra naturaleza, y se extiende por ella, cuanto es de su parte, la destruye y trae á perdición, y la lleva por sus pasos contados á la suma miseria; y cuanto crece y se fortifica en ella, tanto más la enflaquece y desmaya, y si debemos usar de esta palabra aquí, la annihila. Porque aunque es verdad, como habemos ya dicho, que la naturaleza nuestra es de cera, para hacer en ella lo que quisiéremos; pero como es hechura de Dios, y por el mismo caso buena hechura, la mala condición, y mal ingenio, y mal espíritu que le ponemos, aunque le recibe por su facilidad y capacidad, pero recibe daño con él, por ser, como obra de buen maestro, buena ella de suyo, é inclinada á lo que es mejor. Y como la carcoma hace en el madero, que naciendo en él, lo consume; ansí esta maldad, ó mal espíritu, aunque se haga á él, y se envista de él nuestra naturaleza, la consume casi del todo. Porque asentado en ella, y como royendo en ella continuamente, pone desórden y desconcierto en todas las partes del hombre. Porque pone en alboroto todo nuestro reino, y lo divide entre sí, y desata las ligaduras con que esta compostura nuestra de cuerpo y de alma se ata y se traba; y ansí hace que ni el cuerpo esté sujeto al alma, ni el alma á Dios, que es camino cierto y breve para traer, ansí el cuerpo, como el alma á la muerte. Porque como el cuerpo tiene del alma su vida toda, vive más, cuanto le está más sujeto; y por el contrario se va apartando de la vida, como

va saliéndose de su sujeción y obediencia: y ansí aqueste dañado furor, que tiene por oficio sacarle de ella, en sacándole, que es desde el primer punto que se junta á él, y que nace con él, le hace posible y sujeto á enfermedades y males: y ansí como va creciendo en él, le enflaquece más y debilita, hasta que al fin le desata y aparta del todo del alma, y le torna en polvo, para que quede para siempre hecho polvo, cuanto es de su parte.

Y lo que hace en el cuerpo, eso mismo hace en el alma; que como el cuerpo vive de ella, ansí ella vive de Dios, del cual este espíritu malo la aparta, y va cada dia apartándola más, cuanto más va creciendo: y ya que no puede gastarla toda, ni volverla en nada, porque es de metal que no se corrompe, gástala hasta no dejarle más vida de la que es menester para que se conozca por muerta, que es la muerte que la Escritura santa llama segunda muerte, y la muerte mayor, ó la que es sola verdadera muerte; como se pudiera mostrar agora aquí con razones, que lo ponen delante los ojos: pero no se ha de decir todo en cada lugar. Mas lo propio de este tratamos agora, y lo que decir nos conviene, es lo que dice Santiago, el cual como en una palabra esto todo que he dicho lo comprende diciendo (Jacob. cap. I, v. 15.): *El pecado, cuando llega á su colmo, engendra muerte.* Y es digno de considerar, que cuando amenazó Dios al hombre con miedos, para que no diese entrada en su corazón á aqueste pecado, la pena que le denunció, fué eso mismo que él hace, y el fruto que nace de él, según la fuerza y la eficacia de su cualidad, que es una perfecta y acabada muerte: como no queriendo Él por sí poner en el hombre las manos, ni ordenar contra él extraordinarios castigos, sino dejarle al azote de su propio querer, para que fuese verdugo suyo eso mismo que había escogido.

Mas dejando esto aquí, y tornando á lo que al principio propuse, que es, decir aquello en que consiste aqueste postrer nacimiento, digo, que consiste, no en que nazca en nosotros otra sustancia de cuerpo y de alma; porque eso no fuera nacer otra vez, sino nacer otros, con lo cual, como está dicho, no se conseguía el fin pretendido: sino consiste en que esta nuestra sustancia nazca sin aquel mal espíritu y

fuerza primera, y nazca con otro espíritu y fuerza contraria y diferente de ella. La cual fuerza y espíritu, en que, según decimos, consiste el segundo nacer, es llamado *hombre nuevo*, y *Adám nuevo* en la santa Escritura; ansí como el otro su contrario y primero se llama, *hombre viejo*, como habemos ya dicho. Y ansí como aquel se extendía por todo el cuerpo, y por toda el alma del hombre; ansí el bueno también se extiende por todo: y como lo desordenaba aquel, lo ordena este, y lo santifica y trae últimamente á vida gloriosa y sin fin; ansí como aquel lo condenaba á muerte miserable y eterna. Y es por contraria manera del otro, luz en el ánimo, y acuerdo de Dios en la memoria, y justicia en la voluntad, y templanza en los deseos, y en los sentidos guia, y en las manos y en las obras provechoso mérito y fruto, y finalmente vida, y paz general de todo el hombre é imagen verdadera de Dios y que hace á los hombres sus hijos. Del cual espíritu, y de los buenos efectos que hace, y de toda su eficacia y virtud, los sagrados escritores, tratando de Él debajo de diversos nombres, dicen mucho en muchos lugares. Pero baste por todos San Pablo en lo que escribiendo á los Gálatas dice de esta manera (Ad Galat. cap. v, vv. 21, 22.): *El fruto del Espíritu santo son caridad, gozo, paz, largueza de ánimo, bondad, fe, mansedumbre, y templanza.* Y el mismo en el capítulo tercero á los Colosenses (Ad Colos. cap. III, vv. 9, 10.): *Despojándoos del hombre viejo, vestíos el nuevo, el renovado para conocimiento, según la imagen del que le crió.* Aquesto pues es nacer los hombres segunda vez, conviene á saber, vestirse de aqueste espíritu; y nacer, no con otro ser y sustancia, sino cualificarse y acondicionarse de otra manera, y nacer con otro aliento diferente. Y aunque prometí solamente decir qué nacimiento era este, en lo que he dicho he declarado, no sólo lo que es el nacer, sino también cuál es lo que nace, y las condiciones del espíritu que en nosotros nace, ansí la primera vez como la segunda.

Resta agora que pasando adelante digamos, qué hizo Dios, y la forma que tuvo para que naciésemos de aquesta segunda manera; con lo cual, si lo llegamos al cabo, quedará casi acabado todo lo que á esta declaración pertenece.— Callóse Marcelo luégo que dijo esto, y comenzábase á apercibir

para tornar á decir. Mas Juliano, que desde el principio le habia oido atentísimo, y por algunas veces con significaciones y meneos había dado muestras de maravillarse, tomando la mano dijo: Estas cosas, Marcelo, que agora decis, no las sacáis de vos, ni menos sois el primero que las traéis á luz; porque todas ellas están como sembradas y esparcidas, ansí en los libros divinos, como en los doctores sagrados, unas en unos lugares, y otras en otros; pero sois el primero de los que he visto y oido yo, que juntando cada una cosa con su igual cuya es, y como pareándolas entre sí, y poniéndolas en sus lugares, y trabándolas todas, y dándoles órden, habéis hecho como un cuerpo, y como un tejido de todas ellas. Y aunque es verdad que cada una de estas cosas por sí, cuando en los libros donde están las leemos, nos alumbran y enseñan; pero no sé en qué manera juntas y ordenadas, como vos agora las habéis ordenado, hinchen el alma juntamente de luz y de admiración, y parece que le abren como una nueva puerta de conocimiento. No sé lo que sentirán los demás: de mí os afirmo, que mirando aqueste bulto de cosas, y este concierto tan trabado del consejo divino, que vais agora diciendo, y aún no habéis dicho del todo, pero aquesto sólo, que hasta aquí habéis platicado, mirándolo, me hace ya ver, á lo que me parece, en las letras sagradas muchas cosas, no digo que no las sabía, sino que no las advertía antes de agora, y que pasaba fácilmente por ellas. Y aun se me figura también, no sé si me engaño, que este solo misterio, ansí todo junto bien entendido, él por sí solo basta á dar luz en mucho de los errores que hacen en este miserable tiempo guerra á la Iglesia, y basta á desterrar sus tinieblas de ellos. Porque en esto solo que habéis dicho, y sin ahondar más en ello, ya se me ofrece á mí, y como se me viene á los ojos, ver cómo este nuevo espíritu, en que el segundo y nuevo nacimiento nuestro consiste, es cosa metida en nuestra alma, que la transforma y renueva; ansí como su contrario de aqueste, que hace el nacimiento primero, vivía también en ella, y la inficionaba; y que no es cosa de imaginación, ni de respeto exterior, como dicen los que desatinan agora: porque si fuera ansí, no hiciera nacimiento nuevo, pues en realidad de verdad no ponía cosa alguna nueva en nuestra sustancia, antes la dejaba en su

primera vejez. Y veo también, que este espíritu y criatura nueva, es cosa que recibe crecimiento como todo lo demás que nace; y veo que crece por la gracia de Dios, y por la industria y buenos méritos de nuestras obras, que nacen de ella: como al revés su contrario, viviendo nosotros en él, y conforme á él, se hace cada dia mayor, y cobra mayores fuerzas, cuantos son nuestros desmerecimientos mayores. Y veo también, que obrando crece este espíritu, quiero decir, que las obras que hacemos movidos de él, merecen su crecimiento de él, y son como su cebo y propio alimento; ansí como nuestros nuevos pecados ceban y acrecientan á ese mismo espíritu malo y dañado que á ellos nos mueve.

—Sin duda es ansí, respondió entonces Marcelo, que aquesta nueva generación, y el consejo de Dios acerca de ella, si se ordena todo junto y se declara y entiende bien, destruye las principales fuentes del error luterano, y hace su falsedad manifiesta. Y entendido bien esto de una vez, quedan claras y entendidas muchas escrituras, que parecen revueltas y oscuras. Y si tuviese yo lo que para esto es necesario de ingenio y de letras, y si me concediese el Señor el ocio y el favor que yo le suplico, por ventura emprendería servir en este argumento á la Iglesia, declarando este misterio, y aplicándole á lo que agora entre nosotros y los herejes se alterca, y con el rayo de aquesta luz sacando de cuestión la verdad, que á mi juicio sería obra muy provechosa: y ansí como puedo, no me despido de poner en ella mi estudio á su tiempo.—Cuándo no es tiempo para un negocio semejante? respondió Juliano.—Todo es buen tiempo, replicó Marcelo, mas no está todo en mi poder, ni soy mio en todos los tiempos. Porque ya veis cuántas son mis ocupaciones, y la flaqueza grande de mi salud. —Como si en medio de aquesas ocupaciones y poca salud, dijo ayudando á Juliano Sabino, no supiésemos que tenéis tiempo para otras escrituras, que no son menos trabajosas que esa, y son de mucho menos utilidad.—Esas son cosas, respondió Marcelo, que dado que son muchas en número, pero son breves cada una por sí: mas esta es larga escritura, y muy trabada, y de grandísima gravedad, y que comenzada una vez, no se podía hasta llegarla al fin, dejar de la mano. Lo que yo deseaba era el fin de estos pleitos y pretendencias

de escuelas, con algún mediano y reposado asiento. Y si al Señor le agradare servirse en esto de mí, su piedad lo dará.—Él lo dará, respondieron como á una Juliano y Sabino; pero esto se debe anteponer á todo lo demás.—Que se anteponga, dijo Marcelo, en buen hora, mas eso será después; agora tornemos á proseguir lo que está comenzado.—Y callando con esto los dos, y mostrándose atentos, Marcelo tornó á comenzar ansí:

Habemos dicho cómo los hombres nacemos segunda vez, y la razón y necesidad por qué nacemos ansí, y aquello en que este nacimiento consiste. Quédanos por decir la forma que tuvo y tiene Dios para hacerle, que es decir, lo que ha hecho para que seamos los hombres engendrados segunda vez. Lo cual es breve y largo juntamente. Breve, porque con decir solamente que hizo un otro hombre, que es Cristo hombre, para que nos engendrase segunda vez, ansí como el primero hombre nos engendró la primera; queda dicho todo lo que es ello en sí; mas es largo, porque para que esto mismo se entienda bien y se conozca, es menester declarar lo que puso Dios en Cristo, para que con verdad se diga ser nuestro PADRE, y la forma cómo Él nos engendra. Y ansí lo uno como lo otro no se puede declarar brevemente.

Mas viniendo á ello, y comenzando de lo primero, digo que queriendo Dios, y placiéndole por su bondad infinita dar nuevo nacimiento á los hombres, ya que el primero por culpa de ellos era nacimiento perdido; porque de su ingenio es traer á su fin todas las cosas con suavidad y dulzura, y por los medios que su razón de ellas pide y demanda: queriendo hacer nuevos hijos, hizo convenientemente un nuevo PADRE, de quien ellos naciesen; y hacerle fué poner en él todo aquello que para ser PADRE universal es necesario y conviene. Porque lo primero, porque había de ser PADRE de hombres, ordenó que fuese hombre; y porque había de ser PADRE de hombres ya nacidos, para que tornasen á renacer, ordenó que fuese del mismo linaje y metal de ellos. Pero porque en esto se ofrecía una grande dificultad, que por una parte, para que renaciese de este nuevo PADRE nuestra sustancia mejorada, convenía que fuese él del mismo linaje y sustancia, y por otra parte estaba dañada é inficionada toda nuestra sustancia en el primero padre, y por la misma causa, tomándola de él

el segundo PADRE, parecía que la había de tomar ansí mismo dañada; y si la tomaba ansí, no pudiéramos nacer de él segunda vez, puros y limpios, y en la manera que Dios pretendía que naciésemos: ansí que ofreciéndose aquesta dificultad, el sumo saber de Dios, que en las mayores dificultades resplandece más, halló forma cómo este segundo PADRE, y fuese hombre del linaje de Adám, y no naciese con el mal y con el daño con que nacen los que nacemos de Adám. Y ansí le formó de la misma masa y descendencia de Adám; pero no como se forman los demás hombres, con las manos y obra de Adám, que es todo lo que daña y estraga la obra; sino formóle con las suyas mismas, y por sí solo, y por la virtud de su Espíritu, en las entrañas purísimas de la soberana Virgen descendiente de Adám. Y de su sangre y sustancia santísima, dándola ella sin ardor vicioso, y con amor de caridad encendido, hizo el segundo Adám, y PADRE nuestro universal, de nuestra sustancia, y ajeno del todo de nuestra culpa, y como panal virgen, hecho con las manos del cielo de materia pura, ó por mejor decir, de la flor de la pureza misma y de la virginidad. Y esto fué lo primero.

Y demás de esto, procediendo Dios en su obra, porque todas las cualidades que se descubren en la flor y en el fruto, conviene que estén primero en la semilla, de donde la flor nace y el fruto; por eso en este, que había de ser la orígen de esta nueva y sobrenatural descendencia, asentó y colocó abundantísima, ó infinitamente, por hablar más verdad, todo aquello bueno en que habíamos de renacer todos los que naciésemos de Él, la gracia, la justicia, el espíritu celestial, la caridad, el saber, con todos los demás dones del Espíritu Santo: y asentólos como en principio con virtud y eficacia, para que naciesen de Él en otros, y se derivasen en sus descendientes, y fuesen bienes que pudiesen producir de sí otros bienes. Y porque en el principio no solamente están las cualidades de los que nacen de Él, sino también esos mismos que nacen, antes que nazcan en sí, están en su principio como en virtud; por tanto convino también, que los que nacemos de este divino PADRE, estuviésemos primero puestos en Él como en nuestro principio, y como en simiente, por secreta y divina virtud, y Dios lo hizo ansí.

Porque se ha de entender, que Dios por una manera de unión espiritual é inefable juntó con Cristo en cuanto hombre, y como encerró en Él á todos sus miembros; y los mismos que cada uno en su tiempo vienen á ser en sí mismos, y á renacer y vivir en justicia, y los mismos que después de la resurrección de la carne justos y gloriosos, y por todas partes deificados, diferentes en personas, serémos unos en espíritu, ansí entre nosotros, como con Jesucristo, ó por hablar con más propiedad, serémos todos un Cristo; esos mismos, no en forma real, sino en virtud original, estuvimos en Él antes que renaciésemos, por obra y por artificio de Dios, que le plugo ayuntarnos á sí secreta y espiritualmente con quien había de ser nuestro principio, para que con verdad lo fuese, y para que procediésemos de Él, no naciendo según la sustancia de nuestra humana naturaleza, sino renaciendo según la buena vida de ella, con el espíritu de justicia y de gracia. Lo cual demás de que lo pide la razón de ser PADRE, consíguese necesariamente á lo que antes de esto dijimos. Porque si puso Dios en Cristo espíritu y gracia principal, esto es, en sumo y eminente grado, para que de allí se engendrase el nuevo espíritu y la nueva vida de todos; por el mismo caso nos puso á todos en Él, según aquesta razón. Como en el fuego que tiene en sumo grado el calor, y es por eso la fuente de todo lo que es en alguna manera caliente, está todo lo que lo puede ser, aun antes que lo sea, como en su fuente y principio.

Mas por sacarlo de toda duda, será bien que lo probemos con el dicho y testimonio del Espíritu santo. San Pablo, movido por Él, en la carta que escribe á los Efesios dice lo que ya he alegado antes de agora (Ad Ephes., c. I, v. 10): Que Dios en Cristo recapituló todas las cosas. Adonde la palabra del texto griego es palabra propia de los contadores, y significa lo que hacen cuando muchas y diferentes partidas las reducen á una, lo cual llamamos en castellano *sumar*. Adonde en la suma están las partidas todas, no como antes estaban ellas en sí divididas, sino como en suma y virtud. Pues de la misma manera dice San Pablo, que Dios sumó todas las cosas en Cristo, ó que Cristo es como una suma de todo, y por consiguiente está en Él puesto todo y ayuntado por Dios espiritual y secretamente, según aquella manera, y según

aquel ser en que todo puede ser por Él reformado, y como si dijésemos, reengendrado otra vez; como el efecto está unido á su causa antes que salga de ella, y como el ramo en su raiz y principio. Pues aquella consecuencia que hace el mismo San Pablo diciendo (II. ad Corinth., c. V, v. 14): *Si Cristo murió por todos, luego todos morimos;* notoria cosa es que estriba, y que tiene fuerza en aquesta unión que decimos. Porque muriendo Él, por eso morimos, porque estábamos en Él todos en la forma que he dicho. Y aun esto mismo se colige más claro de lo que á los Romanos escribe (Ad Rom., c. VI, v. 6). *Sabemos*, dice, *que nuestro viejo hombre fué crucificado juntamente con El.* Si fué crucificado con Él, estaba sin duda en Él, no por lo que tocaba á su persona de Cristo, la cual fué siempre libre de todo pecado y vejez, sino porque tenía unidas y juntas consigo mismo nuestras personas por secreta virtud.

Y por razón de esta misma unión y ayuntamiento se escribe en otro lugar (I. Petr., c. II, v. 24) de Cristo, que nuestros pecados todos los subió en sí, y los enclavó en el madero. Y lo que á los Efesios escribe San Pablo (Ad Ephes., c. II, vv. 5 y 6), que *Dios nos vivificó en Cristo y nos resucitó con El juntamente, y nos hizo sentar juntamente con El en los cielos:* aun antes de la resurrección y glorificación general, se dice y escribe con grande verdad, por razón de aquesta unidad. Dice Isaías (Isai., c. LXXIII, v. 5), que *puso Dios en Cristo las maldades de todos nosotros*, y que su *cardenal nos dió salud.* Y el mismo Cristo, estando padeciendo en la cruz, con alta y lastimera voz dice (Matth., c. XXVII, v. 46. Marc., c. XXV, v. 34): *Dios mio, Dios mio, por qué me desamparaste? lejos de mi salud las voces de mis pecados;* ansí como tanto antes de su pasión lo había profetizado y cantado David (Ps. 21, v. 2). Pues cómo será aquesto verdad, si no es verdad que Cristo padecía en persona de todos, y por consiguiente que estábamos en Él ayuntados todos por secreta fuerza, como están en el PADRE los hijos y los miembros en la cabeza? No dice el Profeta (Isai., cap. IX, v. IV), que trae este rey *sobre sus hombros su imperio?* Mas qué imperio? pregunto. El mismo rey lo declara, cuando en la parábola de la oveja perdida (Matth., XVIII, 12; Luc. XV, v. 4) dice, que para reducirla la puso sobre sus hombros. De

manera que su imperio son los suyos, sobre quien él tiene mando, los cuales trae sobre sí, porque para reengendrarlos y salvarlos los ayuntó primero consigo mismo. San Agustín sin duda dícelo ansí escribiendo sobre el Salmo veinte y uno alegado, y dice de esta manera: (1) *Y por qué dice eso, sino porque nosotros estábamos allí también en El?*

Mas excusados son los argumentos, adonde la verdad ella misma se declara á sí misma. Oigamos lo que Cristo dice en el sermón de la cena (Joan., c. XIV, v. 20): *En aquel dia conocereis* (y hablaba del dia en que descendió sobre ellos el Espíritu santo) ansí que *en aquel dia conoceréis que Yo estoy en mi* PADRE *y vosotros en mí.* De manera que hizo Dios á Cristo PADRE de este nuevo linaje de hombres, y para hacerle PADRE, puso en Él todo lo que al ser padre se debe; la naturaleza, conforme á los que de él han de nacer; y los bienes todos que han de tener los que en esta manera nacieren; y sobre todo á ellos mismos, los que ansí nacerán, encerrados en Él y unidos con Él como en virtud y en orígen.

Mas ya que habemos dicho cómo puso Dios en Cristo todas las partes y virtudes de padre, pasemos á lo que nos queda por decir, y habemos prometido decirlo, que es la manera como aqueste PADRE nos engendró. Y declarando la forma de esta generación, quedará más averiguado y sabido el misterio secreto de la unión sobredicha: y declarando cómo nacemos de Cristo, quedará claro, cómo es verdad que estábamos en Él primero. Pero convendrá para dar principio á aquesta declaración, que volvamos un poco atrás con la memoria, y que pongamos en ella, y delante de los ojos del entendimiento, lo que arriba dijimos del espíritu malo con que nacemos la primera vez, y de cómo se nos comunicaba primero en virtud, cuando nosotros también teníamos el ser en virtud, y estábamos como encerrados en nuestro principio, y después en expresa realidad, cuando saliendo de él, y viniendo á esta luz, comenzamos á ser en nosotros mismos. Porque se ha de entender, que este segundo PADRE, como vino á deshacer los males que hizo el primero, por las pisadas que fué dañando el otro, por esas mismas procede Él haciéndonos bien. Pues

(1) Epist. CXL, n. 18.

digo ansí, que Cristo nos reengendró y cualificó primero en sí mismo como en virtud, y según la manera como en Él estábamos juntos, y después nos engendra y renueva á cada uno por sí, y según el efecto real.

Y digamos de lo primero. Adám puso en nuestra naturaleza y en nosotros, según que en él estábamos, el espíritu del pecado y la desorden, desordenándose él á sí mismo, y abriendo la puerta del corazón á la ponzoña de la serpiente, y aposentándola en sí y en nosotros. Y ya desde aquel tiempo, cuanto fué de su parte de él, comenzamos á ser, en la forma que entónces éramos, inficionados y malos. Cristo nuestro bienaventurado PADRE dió principio á nuestra vida y justicia, haciendo en sí primero lo que en nosotros había de nacer y parecer después. Y como quien pone en el grano la calidad con que desea que la espiga nazca; ansí teniéndonos á todos juntos en sí, en la forma que habemos ya dicho, con lo que hizo en sí, cuanto fué de su parte, nos comenzó á hacer, y á calificar en orígen tales, cuales nos había de engendrar después en realidad y en efecto.

Y porque este nacimiento y origen nuestro, no era primer origen, sino nacimiento después de otro nacimiento, y de nacimiento perdido y dañado; fué necesario hacer, no sólo lo que convenía para darnos buen espíritu y buena vida, sino padecer también lo que era menester para quitarnos el mal espíritu con que habiamos venido á la vida primera. Y como dicen del maestro que toma para discípulo al que está ya mal enseñado, que tiene dos trabajos; uno en desarraigar lo malo, y otro en plantar lo bueno: ansí Cristo nuestro bien y Señor hizo dos cosas en sí, para que hechas en sí, se hiciesen en nosotros los que estamos en Él; una para destruir nuestro espíritu malo, y otra para criar nuestro espíritu bueno. Para matar el pecado, y para destruir el mal y la desorden de nuestro origen primero, murió Él en persona de todos nosotros, y cuanto es de su parte, en Él recibimos todos muerte, ansí como estábamos todos en Él, y quedamos muertos en nuestro PADRE y cabeza, y muertos para nunca vivir más en aquella manera de ser y de vida. Porque según aquella manera de vida pasible, y que tenía imagen y representación de pecado, nunca tornó Cristo nuestro PADRE y ca-

beza á vivir, como el Apóstol lo dice (Ad Rom. cap. VI, v. 10.): *Si murió por el pecado, ya murió de una vez; si vive, vive ya á Dios.* Y de aquesta primera muerte del pecado, y del viejo hombre, que se celebró en la muerte de Cristo, como general y como original para los demás, nace la fuerza de aquello que dice y arguye San Pablo, cuando escribiendo á los Romanos, les amonesta que no pequen, y les extraña mucho el pecar; porque dice (Ad Rom. cap. VI, vv. 1, 2, 6.): *Pues qué dirémos? convendrá perseverar en el pecar, para que se acreciente la gracia? En ninguna manera. Porque los que morimos al pecado, cómo se compadece que vivamos en él todavía?* Y después de algunas palabras declarándose más :*Porque habéis de saber esto, que nuestro hombre viejo fué juntamente crucificado, para que sea destruido el cuerpo del pecado, y para que no sirvamos más al pecado.* Que es como decirles, que cuando Cristo murió á la vida pasible, y que tiene figura de pecadora, murieron ellos en Él para todo lo que es esa manera de vida. Por lo cual, que pues murieron allí á ella por haber muerto Cristo, y Cristo no tornó después á semejante vivir; si ellos están en Él, y si lo que pasó en Él, eso mismo se hizo en ellos, no se compadece en ninguna manera, que ellos quieran tornar á ser lo que, según que estuvieron en Cristo, dejaron de ser para siempre.

Y á esto mismo pertenece y mira lo que dice en otro lugar (Ad Rom. cap. VII, v. 4.); *Ansí que, hermanos, vosotros ya estáis muertos á la ley por medio del cuerpo de Cristo.* Y poco después (Ad Rom. cap. VIII, v. 3.): *Lo que la ley no podía hacer, y en lo que se mostraba flaca por razón de la carne; Dios enviando á su Hijo en semejanza de carne de pecado, del pecado condenó el pecado en la carne.* Porque como habemos ya dicho, y conviene que muchas veces se diga, para que repitiéndose se entienda mejor, procedió Cristo á esta muerte y sacrificio aceptísimo que hizo de sí, no como una persona particular, sino como en persona de todo el linaje humano, y de toda la vejez de él, y señaladamente de todos aquellos á quien de hecho había de tocar el nacimiento segundo, los cuales por secreta unión del espíritu había puesto en sí, y como sobre sus hombros, y ansí lo que hizo entonces en sí cuanto es de su parte, quedó hecho en todos nosotros.

Y que Cristo haya subido á la cruz como persona pública, y en la manera que digo, aunque está ya probado, pruébase más con lo que Cristo hizo, y nos quiso dar á entender en el sacramento de su cuerpo, que debajo de las especies de pan y vino consagró ya vecino á la muerte. Porque tomando el pan, y dándolo á sus discípulos, les dijo de esta manera (Matth. cap. XXVI, v. 26.): *Este es mi cuerpo, el que será entregado por vosotros.* Dando claramente á entender, que su cuerpo verdadero estaba debajo de aquellas especies, y que estaba en la forma que se había de ofrecer en la cruz, y que las mismas especies de pan y vino declaraban y eran como imagen de la forma en que se había de ofrecer. Y que ansí como el pan es un cuerpo compuesto de muchos cuerpos, esto es, de muchos granos, que perdiendo su primera forma, por la virtud del agua y del fuego hacen un pan: ansí nuestro pan de vida, habiendo ayuntado á sí por secreta fuerza de amor y de espíritu la naturaleza nuestra, y habiendo hecho como un cuerpo de sí y de todos nosotros, de sí en realidad de verdad, y de los demás en virtud; no como una persona sola, sino como un principio que las contenía todas, se ponía en la cruz. Y que como iba á la cruz abrazado con todos, ansí se encerraba en aquellas especies, para que ellas con su razón, aunque ponían velo á los ojos, alumbrasen nuestro corazón de continuo, y nos dijesen que contenían á Cristo debajo de sí, y que lo contenían, no de cualquier manera, sino de aquella como se puso en la cruz, llevándonos á nosotros en sí, y hecho con nosotros por espiritual unión uno mismo; ansí como el pan, cuyas ellas fueron, era un compuesto hecho de muchos granos.

Ansí que aquellas unas y mismas palabras dicen juntamente dos cosas: una, este que parece pan es mi cuerpo, el que será entregado por vosotros: otra, como el pan que al parecer está aquí, ansí es mi cuerpo que está aquí, y que por vosotros será á la muerte entregado. Y esto mismo como en figura declaró el santo mozo Isaac (Gen. c. XXII, v. 6.), que caminaba al sacrificio, no vacío, sino puesta sobre sus hombros la leña que había de arder en él. Porque cosa sabida es, que en el lenguaje secreto de la Escritura, el leño seco es imagen del pecador. Y ni más ni menos en los cabrones que

el Levítico (Levit. cap. VIII, v. 14.) sacrifica por el pecado, que fueron figura clara del sacrificio de Cristo, todo el pueblo pone primero sobre las cabezas de ellos las manos; porque se entienda, que en este otro sacrificio nos llevaba á todos en sí nuestro PADRE y cabeza. Mas qué digo de los cabrones? porque si buscamos imágenes de aquesta verdad, ninguna es más viva ni más cabal, que el sumo pontífice de la ley vieja, vestido de pontifical para hacer sacrificio. Porque como San Jerónimo dice (1), ó por decir verdad, como el Espíritu santo lo declara en el libro de la Sabiduría (Sapient. cap. XVIII, v. 24.), aquel pontifical ansí en la forma de él, como en las partes de que se componía, y en todas sus colores y cualidades era como una representación de la universidad de las cosas: y el sumo sacerdote vestido de él, era un mundo universo: y como iba á tratar con Dios por todos, ansí los llevaba todos sobre sus hombros. Pues de la misma manera Cristo, sumo y verdadero sacerdote, para cuya imagen servía todo el sumo sacerdocio pasado, cuando subió al altar de la cruz á sacrificar por nosotros, fué vestido de nosotros mismos en la forma que dicho es; y sacrificándose á sí, y á nosotros en sí, dió fin de esta manera á nuestra vieja maldad.

Habemos dicho lo que hizo Cristo para desarraigar de nosotros nuestro primero espíritu malo; digamos agora lo que hizo en sí, para criar en nosotros el hombre nuevo, y el espíritu bueno, esto es, para después de muertos á la vida mala, tornarnos á vida buena, y para dar principio á nuestra segunda generación. Por virtud de su divinidad, y porque según ley de justicia no tenía obligación á la muerte, por ser su naturaleza humana de su nacimiento inocente, no pudo Cristo quedar muerto muriendo: y como dice San Pedro (Actor. cap. II, v. 24.), no fué posible ser detenido de los dolores de la sepultura, y ansí resucitó vivo el dia tercero: y resucitó no en carne pasible, y que tuviese representación de pecado, y que estuviese sujeta á trabajos, como si tuviera pecado, que aquello murió en Cristo para jamás no vivir; sino en cuerpo incorruptible y glorioso, y como engendrado

(1) Ep. ad Fabiol. de vest. sacerd. Oper. ed. Maur. Paris. 1699. t. II. col. 583.

por solas las manos de Dios. Porque ansí como en el primer nacimiento suyo en la carne cuando nació de la Virgen, por ser su PADRE Dios sin obra de hombre, nació sin pecado; mas por nacer de madre pasible y mortal, nació Él semejantemente hábil á padecer y morir, asemejándose á las fuentes de su nacimiento, á cada una en su cosa: ansí en la resurrección suya que decimos agora, la cual la sagrada Escritura también llama nacimiento ó generación, como en ella no hubo hombre que fuese padre ni madre, sino Dios solo, que la hizo por sí, y sin ministerio de alguna otra causa segunda, salió todo como de mano de Dios, no sólo puro de todo pecado, sino también de la imagen de él, esto es, libre de pasibilidad y de la muerte, y juntamente dotado de claridad y de gloria. Y como aquel cuerpo fué reengendrado solamente por Dios, salió con las calidades y con los semblantes de Dios, cuanto le son á un cuerpo posibles. Y ansí se precia Dios de este hecho, como de hecho solamente suyo. Y ansí dice en el Salmo (Ps. II, v. 5.): *Yo soy el que hoy te engendré.*

Pues decimos agora, que de la manera que dió fin á nuestro viejo hombre muriendo; porque murió Él por nosotros, y en persona de nosotros, que por secreto misterio nos contenía en sí mismo, como nuestro PADRE y cabeza: por la misma razón, tornando Él á vivir, renació con Él nuestra vida. Vida llamo aquí la de justicia y de espíritu, la cual comprende no solamente el principio de la justicia, cuando el pecador que era, comienza á ser justo, sino el crecimiento de ella también, con todo su proceso y perfección, hasta llegar el hombre á la inmortalidad del cuerpo, y á la entera libertad del pecado. Porque cuando Cristo resucitó, por el mismo caso que Él resucitó, se principió todo esto en los que estábamos en Él como en nuestro principio. Y ansí lo uno como lo otro lo dice breve y significantemente San Pablo diciendo (Ad Rom. c. IV, v. 25.): *Murió por nuestros delitos, y resucitó por nuestra justificación.* Como si más extendidamente dijera, tomónos en sí, y murió como pecador, para que muriésemos en Él los pecadores; y resucitó á vida eternamente justa é inmortal y gloriosa, para que resucitásemos nosotros en Él á justicia, y á gloria, y á inmortalidad. Mas por ventura no resucitamos nosotros con Cristo? El mismo Apóstol lo diga

(Ad Ephes. cap. II, vv. 5, 6.): *Y nos dió vida*, dice hablando de Dios, *juntamente con Cristo: y nos resucitó con Él, y nos asentó sobre las cumbres del cielo.* De manera que lo que hizo Cristo en sí, y en nosotros, según que estábamos entonces en Él, fué aquesto que he dicho.

Pero no por eso se ha de entender, que por esto sólo quedamos de hecho, y en nosotros mismos ya nuevamente nacidos y otra vez engendrados, muertos al viejo pecado, y vivos al espíritu del cielo y de la justicia: sino allí cómenzamos á nacer, para nacer de hecho después. Y fué aquello como el fundamento de aqueste otro edificio. Y para hablar con más propiedad, del fruto noble de justicia y de inmortalidad que se descubre en nosotros, y se levanta y crece, y traspasa los cielos, aquellas fueron las simientes y las raíces primeras. Porque ansí como no embargante que cuando pecó Adám todos pecamos en él, y concebimos espíritu de ponzoña y de muerte, para que de hecho nos inficione el pecado, y para que este mal espíritu se nos infunda, es menester que también nosotros nazcamos de Adám por órden natural de generación: ansí por la misma manera, para que de hecho en nosotros muera el espíritu de la culpa, y viva el de la gracia y el de la justicia, no basta aquel fundamento, y aquella semilla y orígen; ni con lo que fué hecho en nosotros en la persona de Cristo, con eso, sin más hacer ni entender en las nuestras, somos ya en ellas justos y salvos, como dicen los que desatinan agora; sino es menester que de hecho nazcamos de Cristo, para que por este nacimiento actual se derive á nuestras personas, y se asiente en ellas aquello mismo que ya se principió en nuestro orígen. Y aunque usemos de una misma semejanza más veces, como á la espiga, aunque está cual ha de ser en el grano, para que tenga en sí aquello que es, y sus cualidades todas, y sus figuras, le conviene que con la virtud del agua y del sol salga del grano naciendo: ansí mismo también no comenzarémos á ser en nosotros, cuales en Cristo somos, hasta que de hecho nazcamos de Cristo.

Mas preguntará por caso alguno, en qué manera nacerémos? ó cuál será la forma de aquesta generación? Habemos de tornar al vientre de nuestras madres de nuevo, como ma-

ravillado de aquesta nueva doctrina preguntó Nicodemus? (Joan. cap. III. v. 5.) O vueltos en tierra, ó consumidos en fuego renacerémos como el ave Fénix (1) de nuestras cenizas? Si este nacimiento nuevo fuera nacer en carne y en sangre, bien fuera necesaria alguna de estas maneras: mas como es nacer en espíritu, hácese con espíritu, y con secreta virtud. *Lo que nace de la carne,* dice Cristo en este mismo propósito (Joan. cap. III. v. 6.) *carne es; y lo qué nace del espíritu, espíritu es.* Y ansí lo que es espíritu, ha de nacer por orden y fuerza de espíritu. El cual celebra esta generación en esta manera.

Cristo por la virtud de su espíritu pone en efecto actual en nosotros aquello mismo que comenzamos á ser en Él, y que Él hizo en sí para nosotros, esto es, pone muerte á nnestra culpa quitándola del alma; y aquel fuego ponzoñoso que la sierpe inspiró en nuestra carne, y que nos solicita á la culpa, amortíguale, y pónele freno agora, para después en el último tiempo matarle del todo: y pone también simiente de vida, y como si dijésemos, un grano de su espíritu y gracia, que encerrado en nuestra alma, y siendo cultivado como es razón, vaya después creciendo por sus términos, y tomando fuerzas, y levantándose hasta llegar á la medida, como dice San Pablo (Ad Ephes. cap. IV, v. 13.) de varón perfecto. Y poner Cristo en nosotros esto, es nosotros nacer de Cristo en realidad y verdad. Mas está en la mano la pregunta y la duda. Pone por aventura Cristo en todos los hombres aquesto? ó pónelo en todas las sazones y tiempos? ó en quién y cuándo lo pone? Sin duda no lo pone en todos, ni en cualquiera forma y manera, sino sólo en los que nacen de Él, y nacen de él los que se bautizan: y en aquel sacramento se celebra y pone en obra aquesta generación. Por manera que tocando al cuerpo el agua visible, y obrando en lo secreto la virtud de Cristo invisible, nace el nuevo Adám, quedando muerto y sepultado el anti-

---

(1) Acomódase al común sentir de las gentes. Pero en realidad no hay ni hubo jamás tal ave Fénix. El que quiera ver rechazada esta fábula, su origen y progresos, lea la *Historia crítica de las prácticas supersticiosas* del P. Pedro Le Brun, tom. 1, cap. 5. y el *Ensayo sobre los errores supersticiosos* de Tomás Brown, tom. 1, lib. 3, cap. 12.

guo. En lo cual, como en todas las cosas, guardó Dios el camino seguido y llano de su providencia.

Porque ansí como para que el fuego ponga en un madero su fuego, esto es, para que el madero nazca fuego encendido, se avecina primero al fuego el madero, y con la vecindad se le hace semejante en las cualidades que recibe en sí de sequedad y calor, y crece en esta semejanza hasta llegarla a su punto, y luégo el fuego se lanza en él, y le da su forma; ansí para que Cristo ponga é infunda en nosotros de los tesoros de bienes y vida, que atesoró muriendo y resucitando, la parte que nos conviene, y para que nazcamos cristos, esto es, como sus hijos, ordenó que se hiciese en nosotros nna representación de su muerte y de su nueva vida, y que de esta manera hechos semejantes á Él, Él como en sus semejantes influyese de sí lo que responde á su muerte, y lo que responde á su vida. A su muerte responde el borrar y el morir de la culpa, y á su resurrección la vida de gracia. Porque el entrar en el agua, y el sumirnos en ella, es como ahogándonos allí, quedar sepultados, como murió Cristo, y fué en la sepultura puesto como lo dice San Pablo (Ad Rom. cap. VI, v. 4.) *En el bautismo sois muertos y sepultados juntamente con Él.* Y por consiguiente, y por la misma manera, el salir después del agua, es como salir del sepulcro viviendo. Pues á esta representacion responde la verdad juntamente, y asemejándonos á Cristo en esta manera, como en materia y sujeto dispuesto, se nos infunde luégo el buen espíritu, y nace Cristo en nosotros; y la culpa, que como en origen y en general destruyó con su muerte, destrúyela entónces en particular en cada uno de los que mueren en aquella agua sagrada. Y la vida de todos, que resucitó en general con su vida, pónela también en cada uno y en particular, cuando saliendo del agua, parece que resucitan. Y ansí en aquel hecho juntamente hay representación y verdad. Lo que parece por defuera, es representación de muerte y de vida: mas lo que pasa en secreto, es verdadera vida de gracia, y verdadera muerte de culpa.

Y si os place saber, pudiendo esta representación de muerte ser hecha por otras muchas maneras, por qué entre todas escogió Dios esta del agua; conténtame mucho lo que dice el glorioso mártir Cipriano, y es, que la culpa que muere en

esta imagen de muerte, es culpa que tiene ingenio y condición de ponzoña, como la que nació de mordedura y de aliento de sierpe, y cosa sabida es, que la ponzoña de las sierpes se pierde en el agua, y que las culebras, si entran en ella, dejan su ponzoña primero (1). Ansí que morimos en agua, para para que muera en ella la ponzoña de nuestra culpa, porque en el agua muere la ponzoña naturalmente. Y esto es cuanto á la muerte que allí se celebra. Pero cuanto á la vida es de advertir, que aunque la culpa muere del todo, pero la vida que se nos da allí no es del todo perfecta. Quiero decir, que no vive luégo en nosotros el hombre nuevo cabal y perfecto, sino vive como la razón del segundo nacimiento lo pide, como niño flaco y tierno. Porque no pone luégo Cristo en nosotros todo el ser de la nueva vida que resucitó con Él, sino pone, como dijimos, un grano de ella, y una pequeña semilla de su espíritu y de su gracia, pequeña pero eficacísima, para que viva, y se adelante y lance del alma las reliquias del viejo hombre contrario suyo, y vaya pujando y extendiéndose hasta apoderarse de nosotros del todo, haciéndonos perfectamente dichosos y buenos.

Mas cómo es maravillosa la sabiduría de Dios! y cómo es grande la orden que pone en las cosas que hace, trabándolas todas entre sí, y templándolas por extraña manera! En la filosofía se suele decir, que como nace una cosa, por la misma manera crece y se adelanta. Pues lo mismo guarda Dios en este nuevo hombre, y en este grano de espíritu y de gracia, que es semilla de nuestra segunda y nueva vida. Porque ansí como tuvo principio en nuestra alma, cuando por la representación del bautismo nos hicimos semejantes á Cristo; ansí crece siempre, y se adelanta cuando nos asemejamos más á él, aunque en diferente manera. Porque para recibir el principio de esta vida de gracia, le fuimos semejantes por representación; porque por verdad no podíamos ser sus semejantes antes de recibir esta vida: mas para el acrecentamiento de ella conviene que le remedemos con verdad en las obras y hechos.

Y va ansí en esto, como en todo lo demás que arriba diji-

(1) Lo mismo es esto, que lo del ave Fenix: véase la nota, pag. 119.

mos, este nuevo hombre y espíritu respondidamente contraponiéndose á aquel espíritu viejo y perverso. Porque ansí como aquel se diferenciaba de la naturaleza de nuestra sustancia, en que siendo ella hechura de Dios, el no tenía nada de Dios, sino era todo hechura del demonio, y del hombre; ansí este buen espíritu todo es de Dios y de Cristo. Y ansí como allí hizo el primer padre, obedeciendo al demonio, aquello con lo que él, y los que estábamos en él quedamos perdidos; de la misma manera aquí padeció Cristo nuestro PADRE segundo, obedeciendo á Dios, con lo que en Él, y por Él, los que estamos en Él, nos habemos cobrado. Y ansí como aquel dió fin al vivir que tenía, y principio al morir que mereció por su mala obra; ansí este por su divina paciencia dió muerte á la muerte, y tornó á la vida la vida. Y ansí como lo que aquel traspasó, no lo quisimos de hecho nosotros; pero por estar en él como en PADRE fuimos visto quererlo: ansí lo que padeció é hizo Cristo para bien de nosotros, si se hizo y padeció sin nuestro querer; pero no sin lo que en virtud era nuestro querer por razón de la unión y virtud que está dicha. Y como aquella ponzoña, como arriba dijimos, nos tocó é inficionó por dos diferentes maneras, una en general y en virtud, cuando estábamos en Adám todos generalmente encerrados, y otra en particular y en expresa verdad, cuando comenzamos á vivir en nosotros mismos siendo engendrados: ansí esta virtud y gracia de Cristo, como habemos declarado arriba también, nos cualificó primero en general y en común, según fuimos vistos estar en Él, por ser nuestro PADRE; y después de hecho, y en cada uno por sí, cuando comienza cada uno á vivir en Cristo, naciendo por el bautismo.

Y por la misma manera ansí como al principio cuando nacemos, incurrimos en aquel daño y gran mal, no por nuestro merecimiento propio, sino por lo que la cabeza que nos contenía hizo en si mismo; y si salimos del vientre de nuestras madres culpados, no nos forjamos la culpa nosotros ántes que saliésemos de él: ansí cuando primeramente nacemos en Cristo, aquel espíritu suyo, que en nosotros comienza á vivir, no es obra ni premio de nuestros merecimientos. Y conforme á esto, y por la misma forma y manera, como aquella ponzoña, aunque nace al principio en nosotros sin nuestro propio

querer, pero después queriendo nosotros usar de ella, y obrar conforme á ella. y seguir sus malos siniestros é inclinaciones, la acrecentamos y hacemos peor por nuestras mismas malas mañas y obras; y aunque entró en la casa de nuestra alma, sin que por su propia voluntad ninguno de nosotros le abriese la puerta, después de entrada por nuestra mano, y guiándola nosotros mismos, se lanza por toda ella, y la tiraniza y la convierte en sí misma en una cierta manera: ansí esta vida nuestra, y aqueste espíritu que tenemos de Cristo, que se nos da al principio sin nuestro merecimiento, si después de recibido, oyendo su inspiración, y no resistiendo á su movimiento, seguimos su fuerza; con eso mismo que obramos siguiéndole, lo acrecentamos y hacemos mayor, y con lo que nace de nosotros y de Él, merecemos que crezca Él en nosotros. Y como las obras que nacian del espíritu malo, eran malas ellas en sí, y acrecentaban, y engrosaban y fortalecían ese mismo espíritu de donde nacían: ansí lo que hacemos guiados y alentados con esta vida que tenemos de Cristo, ello en sí es bueno y delante de los ojos de Dios agradable y hermoso, y merecedor de que por ello suba á mayor grado de bien y de pujanza el espíritu de do tuvo origen.

Aquel veneno asentado en el hombre, y perseverando y cundiendo por él poco á poco, ansí le contamina y le corrompe, que le trae á muerte perpétua. Esta salud si dura en nosotros haciéndose de cada día más poderosa y mayor, nos hace sanos del todo. De arte que siguiendo nosotros el movimiento del espíritu con que nacemos, el cual lanzado en nuestras almas las despierta é incita á obrar conforme á quien él es, y al orígen de donde nace, que es Cristo; ansí que obrando aquello á que este espíritu y gracia nos mueve, somos en realidad de verdad semejantes á Cristo, y cuanto más ansí obráremos, más semejantes. Y ansí haciéndonos nosotros vecinos á Él, Él se avecina á nosotros, y merecemos que se infunda más en nosotros, y viva más, añadiendo al primer espíritu más espíritu, y á un grado otro mayor, acrecentando siemen nuestras almas la semilla de vida que sembró, y haciéndola mayor y más esforzada, y descubriendo su virtud más en nosotros: que obrando conforme al movimiento de Dios, y caminando con largos y bien guiados pasos por este camino,

merecemos ser más hijos de Dios, y de hecho lo somos. Y los que cuando nacimos en el bautismo, fuimos hechos semejantes á Cristo en el ser de gracia, antes que en el obrar; esos, que por ser ya justos obramos como justos, esos mismos, haciéndonos semejantes á Él en lo que toca al obrar, crecemos merecidamente en la semejanza del ser. Y el mismo espíritu, que despierta y atiza á las obras, con el mérito de ellas crece y se esfuerza, y va subiendo y haciéndose señor de nosotros, y dándonos más salud y más vida, y no pára hasta que en el tiempo último nos la dé perfecta y gloriosa, habiendonos levantado del polvo.—Y como hubo dicho esto Marcelo, callóse un poco, y luego tornó á decir.

Dicho he cómo nacemos de Cristo, y la necesidad que tenemos de nacer de Él, y el provecho y misterio de este nacimiento; y de un abismo de secretos, que acerca de esta generación y parentesco divino en las sagradas letras se encierra, he dicho lo poco que alcanza mi pequeñez, habiendo tenido tenido respeto al tiempo, y á la ocasión, y á la cualidad de las cosas delicadas y oscuras. Agora como saliendo de entre estas zarzas y espinas á campo más libre, digo, que ya se conoce bien cuán justamente Isaías da nombre de PADRE á Cristo, y le dice, que es PADRE del siglo futuro: entendiendo por este siglo la generación nueva del hombre, y los hombres engendrados ansí, y los largos y no finibles tiempos, en que ha de perseverar aquesta generación. Porque el siglo presente, el cual en comparación del que llama Isaías venidero, se llama primero siglo, que es el vivir de los que nacemos de Adám, comenzó con Adám, y se ha de rematar y cerrar con la vida de sus descendientes postreros, y en particular no durará en ninguno más de lo que El durare en esta vida presente. Mas el siglo según desde Abel, en quien comenzó, extendiéndose con el tiempo, y cuando el tiempo tuviere su fin reforzándose él mas, perseverará para siempre.

Y llámase *siglo futuro,* dado que ya es en muchos presente, y cuando le nombró el Profeta lo era también, porque comenzó primero el otro siglo mortal. Y llámase *siglo* también, porque es otro mundo por sí, semejante y diferente de este otro mundo viejo y visible. Porque de la manera que cuando produjo Dios al hombre, primero hizo cielos y tierra, y los

demás elementos; ansí en la creación del hombre segundo y nuevo, para que todo fuese nuevo como El, hizo en la Iglesia sus cielos y su tierra, y vistió á la tierra con frutos, y á los cielos con estrellas y luz. Y lo que hizo en aquesto visible, eso mismo ha obrado en lo nuevo invisible, procediendo en ámbos por unas mismas pisadas, como lo dibujó cantando divinamente David en un Salmo, y es dulcísimo y elegantísimo Salmo (1). Adonde por unas mismas palabras, y como con una voz, cuenta alabando á Dios la creación y gobernación de aquestos dos mundos, y diciendo lo que se ve, significa lo que se esconde, como San Agustín (2) lo descubre lleno de ingenio y de espíritu. Dice (Ps. CIII, v. 3, y sig.) que extendió los cielos Dios, como quien desplega tienda de campo, y que cubrió los sobrados de ellos con aguas, y que ordenó las nubes, y que en ellas como en caballos discurre volando sobre las alas del aire, y que le acompañan los truenos, y los relámpagos y el torbellino.

Aquí ya vemos cielos, y vemos nubes, que son aguas espesadas y asentadas sobre el aire tendido, que tiene nombre de cielo: oimos también el trueno á su tiempo, y sentimos el viento que vuela y que brama, y el resplandor del relámpago nos hiere los ojos. Allí, esto es, en el nuevo mundo é Iglesia por la misma manera, los cielos son los apóstoles, y los sagrados doctores, y los demás santos altos en virtud, y que influyen virtud; y su doctrina en ellos son las nubes, que derivada en nosotros, se torna en lluvia. En ella anda Dios, y discurre volando, y con ella viene el soplo de su espíritu, y el relámpago de su luz, y el tronido y el estampido con que el sentido de la carne se aturde. Aquí, como dice prosiguiendo el Salmista, fundó Dios la tierra sobre cimientos firmes, adonde permanece, y nunca se mueve: y como primero estuviese anegada en la mar, mandó Dios que se apartasen las aguas, las cuales obedeciendo á esta voz, se apartaron á su lugar, adonde guardan continuamente su puesto; y luégo que ellas

(1) Habla del Salmo CIII, el cual explica luégo con no ménos espíritu que belleza; y después lo traduce en verso haciendo una elegante paráfrasi.

(2) Enarrat. in Psalm. CIII, prol. Serm. I, n. 1. Oper. tomo IV, col. 847.

huyeron, la tierra descubrió su figura, humilde en los valles, y soberana en los montes. Allí el cuerpo firme y macizo de la Iglesia, que ocupó la redondez de la tierra, recibió asiento por mano de Dios en el fundamento no mudable, que es Cristo, en quien permanecerá con eterna firmeza. En su principio la cubría y como anegaba la gentilidad, y aquel mar grande y tempestuoso de tiranos y de ídolos la tenían cuasi sumida: mas sacóla Dios á luz con la palabra de su virtud, y arredró de ella la amargura y violencia de aquellas olas, y quebrólas todas en la flaqueza de una arena menuda; con lo cual descubrió su forma y su concierto la Iglesia, alta en los obispos y ministros espirituales, y en los fieles legos humildes humilde. Y como dice David, subieron sus montes, y parecieron en lo hondo sus valles.

Allí como aquí, conforme á lo que el mismo Salmo prosigue, sacó Dios venas de agua de los cerros de los altos ingenios, que entre dos sierras, sin declinar al extremo, siguen lo igual de la verdad, y lo medio derechamente: en ellas se bañan las aves espirituales, y en los frutales de virtud que florecen de ellas, y junto á ellas, cantan dulcemente asentadas. Y no sólo las aves se bañan aquí, mas también los otros fieles, que tienen más de tierra, y ménos de espíritu, si no se bañan en ellas, á lo menos beben de ellas, y quebrantan su sed. Él mismo, como en el mundo ansí en la Iglesia, envía lluvias de espirituales bienes del cielo, y caen primero en los montes, y de allí juntas en arroyos, y descendiendo bañan los campos. Con ellas crece para los más rudos, ansí como para las bestias su heno, y á los que viven con más razón, de allí les nace su mantenimiento. El trigo que fortifica, y el olio que alumbra, y el vino que alegra, y todos los dones del ánimo con esta lluvia florecen. Por ella los yermos desiertos se vistieron de religiosas hayas y cedros; y esos mismos cedros con ella se vistieron de verdor y de fruto, y dieron en sí reposo, y dulce y saludable nido á los que volaron á ellos huyendo del mundo. Y no sólo proveyó Dios de nido á aquestos huidos, más para cada un estado de los demás fieles hizo sus propias guaridas. Y como en la tierra los riscos son para las cabras monteses, y los conejos tienen sus viveras entre las peñas; ansí acontece en la Iglesia.

En ella luce la luna, y luce el sol de justicia, y nace y se pone á veces, agora en los unos, y agora en los otros, y tiene también sus noches de tiempos duros y ásperos, en que la violencia sangrienta de los enemigos fieros halla su sazón para salir y bramar, y para ejecutar su fiereza; mas también á las noches sucede en ella después el aurora, y amanece después, y encuévase con la luz la malicia, y la razón y la virtud resplandece. Cuán grandes son tus grandezas, Señor! y como nos admiras con esta órden corporal y visible, mucho más nos pones en admiración con la espiritual é invisible. No falta allí también otro océano, ni es de más cortos brazos, ni de más angostos senos que es este, que ciñe por todas partes la tierra: cuyas aguas, aunque son fieles, son no obstante eso aguas amargas, y carnales, y movidas tempestuosamente de sus violentos deseos: cria peces sin número, y la ballena infernal se espacia por él. En él y por él van mil navíos, mil gentes aliviadas del mundo, y como cerradas en la nave de su secreto y santo propósito; mas dichosos aquellos que llegan salvos al puerto.

Todos, Señor, viven por tu liberalidad y largueza: mas como en el mundo, ansí en la Iglesia, escondes, y como encoges cuando te parece la mano, y el alma en faltándole tu amor y tu espíritu, vuélvese en tierra. Mas si nos dejas caer para que nos conozcamos; para que te alabemos y celebremos, después nos renuevas. Ansí vas criando, y gobernando, y perfeccionando tu Iglesia hasta llegarla á lo último, cuando consumida toda la liga del viejo metal, la saques toda junta pura y luciente, y verdaderamente nueva del todo. Cuando viniere este tiempo (ah amable y bienaventurado tiempo, y no tiempo ya sino eternidad sin mudanza!) ansí que cuando viniere, la arrogante soberbia de los montes extremeciéndose vendrá por el suelo, y desaparecerá hecha humo, y obrándolo tu majestad, toda la pujanza, y deleite y sabiduría mortal: y sepultarás en los abismos juntamente con esto á la tiranía, y el reino de la tierra nueva será de los tuyos. Ellos cantarán entonces de continuo tus alabanzas, y á Ti el ser alabado por esta manera te será cosa agradable. Ellos vivirán en Ti, y Tú vivirás en ellos, dándoles riquísima y dulcísima vida. Ellos serán reyes, y Tú rey de reyes. Serás

Tú en ellos todas las cosas, y reinarás para siempre. Y dicho esto, Marcelo calló, y Sabino dijo luégo: Este Salmo en que, Marcelo, habeis acabado, vuestro amigo le puso también en verso, y por no romperos el hilo, no os lo quise acordar. Mas pues me distes este oficio, y vos le olvidastes, decirle he yo, si os parece.—Entonces Marcelo y Juliano juntos respondieron, que les parecía muy bien, y que luégo le dijese.—Y Sabino, que era mancebo ansí en el alma como en el cuerpo muy compuesto, y de pronunciación agradable, alzando un poco los ojos al cielo, y lleno el rostro de espíritu, con templada voz, dijo de esta manera:

Alaba, oh alma, á Dios: Señor, tu alteza,
qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza
y luz resplandeciente.
Encima de los cielos desplegados
al agua diste asiento.
Las nubes son tu carro, tus alados
caballos son el viento.
Son fuego abrasador tus mensajeros,
y trueno y torbellino.
Las tierras sobre asientos duraderos
mantienes de contino.
Los mares las cubrían de primero
por cima los collados:
Mas visto de tu voz el trueno fiero,
huyeron espantados:
Y luégo los subidos montes crecen,
humíllanse los valles;
Si ya hinchados entre sí se embravecen,
no pasarán las calles,
Las calles que les diste, y los linderos,
ni anegarán las tierras.
Descubres minas de agua en los oteros,
y corre entre las sierras.
El gamo, y las salvajes alimañas
allí la sed quebrantan.
Las aves nadadoras allí bañas,
y por las ramas cantan.
Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
y das altura al llano.
Ansí das heno al buey, y mil legumbres
para el servicio humano.

Ansí se espiga el trigo, y la vid crece
para nuestra alegría.
La verde oliva ansí nos resplandece,
y el pan da valentía.
De allí se viste el bosque, y la arboleda,
y el cedro soberano:
Adonde anida la ave, adonde enreda
su cámara el milano.
Los riscos á los corzos dan guarida,
al conejo la peña.
Por Ti nos mira el sol, y su lucida
hermana nos enseña
Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,
en que salen las fieras:
El tigre, que ración con hambre dura
te pide, y voces fieras.
Despiertas el aurora, y de consuno
se van á sus moradas.
Da el hombre á su labor sin miedo alguno
las horas situadas.
Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos
de tu sabiduría!
Pues quién dirá el gran mar, sus anchos senos,
y cuántos peces cria?
Las naves que en él corren, la espantable
ballena que le azota?
Sustento esperan todos saludable
de Tí, que el bien no agota.
Tomamos si Tú das, tu larga mano
nos deja satisfechos.
Si huyes, desfallece el ser liviano,
quedamos polvo hechos.
Mas tornará tu soplo, y renovado
repararás el mundo.
Será sin fin tu gloria, y Tú alabado
de todos sin segundo.
Tú que los montes ardes, si los tocas,
y al suelo das temblores,
Cien vidas que tuviera, y cien mil bocas
dedico á tus loores.
Mi voz te agradará, y á mí este oficio
será mi gran contento.
No se verá en la tierra maleficio,
ni tirano sangriento.
Sepultará el olvido su memoria:
tú, alma, á Dios da gloria.

Como acabó Sabino aquí, dijo Marcelo luégo: No parece justo, después de un semejante fin, añadir más. Y pues Sabino ha rematado tan bién nuestra plática, y habemos ya platicado luengamente, y el sol parece que por oirnos levantado sobre nuestras cabezas nos ofende ya; sirvamos á nuestra necesidad agora reposando un poco, y á la tarde, caida la siesta, de nuestro espacio, sin que la noche aunque sobrevenga lo estorbe, dirémos lo que nos resta.—Sea ansí dijo Juliano. Y Sabino añadió: Y yo sería de parecer que se acabase aqueste sermón en aquel soto é isleta pequeña que el rio hace en medio de sí, y que de aquí se parece. Porque yo miro hoy al sol con ojos, que si no es aquel, no nos dejará lugar que de provecho sea.—Bien habéis dicho, respondieron Marcelo y Juliano, y hágase como decís. Y con esto, puesto en pié Marcelo, y con él los demás, cesó la plática por entonces.

DEL MAESTRO
FR. LUIS DE LEON,
EL LIBRO SEGUNDO
DE LOS NOMBRES DE CRISTO.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO DEL CONSEJO DE S. M. Y DEL DE LA SANTA Y GENERAL INQUISICION.

INTRODUCCIÓN.

Descripción de la miseria humana y orígen de su fragilidad.

En ninguna cosa se conoce más claramente la miseria humana, MUY ILUSTRE SEÑOR, que en la facilidad con que pecan los hombres, y en la muchedumbre de los que pecan, apeteciendo todos el bien naturalmente, y siendo los males del pecado tantos y tan manifiestos. Y si los que antiguamente filosofaron, argumentando por los efectos descubiertos las causas ocultas de ellos, hincaran los ojos en esta consideración; ella misma les descubriera, que en nuestra naturaleza había alguna enfermedad y daño encubierto: y entendieran por ella que no estaba pura, y como salió de las manos del que la hizo, sino dañada y corrompida, ó por desastre, ó por voluntad. Porque si miraran en ello, cómo pudieran creer que la naturaleza, madre, y diligente proveedora de todo lo que toca al bien de lo que produce, había de formar al hombre por una parte tan mal inclinado, y por otra tan flaco y desarmado para resistir y vencer á su perversa inclinación? O cómo les pareciera que se compadecía, ó que era posible que la naturaleza, que guia como vemos los animales brutos, y las plantas, y hasta las cosas más viles, tan derecha y efi-

cazmente á sus fines, que los alcanzan todas ó casi todas, criase á la más principal de sus obras tan inclinada al pecado, que por la mayor parte, no alcanzando su fin, viniese á extrema miseria?

Y si sería notorio desatino entregar las riendas de dos caballos desbocados y furiosos á un niño flaco y sin arte, para que los gobernase por lugares pedregosos y ásperos; y si cometerle á éste mismo en tempestad una nave para que contrastase los vientos, sería error conocido; por el mismo caso pudieran ver, no caber en razón, que la providencia sumamente sabia de Dios, en un cuerpo tan indomable y de tan malos siniestros, y en tanta tempestad de olas de viciosos deseos como en nosotros sentimos, pusiese para su gobierno una razón tan flaca y tan desnuda de toda buena doctrina, como es la nuestra cuando nacemos. Ni pudieran decir, que en esperanza de la doctrina venidera, y de las fuerzas que con los años podía cobrar la razón, le encomendó Dios aqueste gobierno, y la colocó en medio de sus enemigos, sola contra tantos, y desarmada contra tan poderosos y fieros. Porqne sabida cosa es, que primero que despierte la razón en nosotros, viven en nosotros, y se encienden los deseos bestiales de la vida sensible, que se apoderan del ánima, y haciéndola á sus mañas, la inclinan mal, antes que comience á conocerse. Y cierto es, que en abriendo la razón los ojos, están como á la puerta, y como aguardando para engañarla, el vulgo ciego, y las compañías malas, y el estilo de la vida llena de errores perversos, y el deleite, y la ambición, y el oro, y las riquezas que resplandecen. Lo cual cada uno por sí es poderoso á oscurecer y á vestir de tinieblas á su centella recién nacida; cuanto más todo junto, y como conjurado y hecho á una para hacer mal. Y ansí de hecho la engañan: y quitándole las riendas de las manos, la sujetan á los deseos del cuerpo, y la inducen á que ame y procure lo mismo que la destruye.

Ansí que este desconcierto é inclinación para el mal, que los hombres generalmente tenemos, él solo por sí bien considerado nos puede traer en conocimiento de la corrupción antigua de nuestra naturaleza. En la cual naturaleza, como en el libro pasado se dijo, habiendo sido hecho el hombre por

Dios enteramente señor de sí mismo, y del todo cabal y perfecto; en pena de que él por su grado sacó su ánima de la obediencia de Dios, los apetitos del cuerpo y sus sentidos se salieron del servicio de la razón; y rebelando contra ella, la sujetaron, oscureciendo su luz, y enflaqueciendo su libertad, y encendiéndola en el deseo de sus bienes de ellos, y engendrando en ella apetito de lo que le es ajeno y la daña, esto es, del desconcierto y pecado.

En lo cual es extrañamente maravilloso, que como en las otras cosas que son tenidas por malas, la experiencia de ellas haga escarmiento para huir de ellas después; y el que cayó en un mal paso, rodea otra vez el camino, por no tornar á caer en él: en esta desventura, que llamamos pecado, el probarla es abrir la puerta para meterse en ella más; y con el pecado primero se hace escalón para venir al segundo; y cuando el alma en este género de mal se destruye más, tanto parece que gusta más de destruirse. Que es de los daños que en ella el pecado hace, si no el mayor, sin duda uno de los mayores y más lamentables. Porque por esta causa (como por los ojos se ve) de pecados pequeños nacen, eslabonándose unos con otros, pecados gravísimos, y se endurecen, y crian callos, y hacen como incurables los corazones humanos en este mal del pecar; añadiendo siempre á un pecado otro pecado, y á un pecado menor sucediéndole otro mayor de continuo, por haber empezado á pecar. Y vienen ansí continuamente pecando á tener por hacedero, y dulce, y gentil, lo que no solo en sí, y en los ojos de los que bien juzgan, es aborrecible y feísimo, sino lo que esos mismos que lo hacen, cuando de principio entraron en el mal obrar, huyeran el pensamiento de ello, no solo el hecho, más que la muerte. Como se ve por infinitos ejemplos, de que ansí la vida común, como la historia, está llena.

Mas entre todos es claro y muy señalado ejemplo el del pueblo hebreo antiguo y presente. El cual por haber desde su primero principio comenzado á apartarse de Dios, prosiguiendo después en esta su primera dureza, y casi por años volviéndose á Él, y tornándole luégo á ofender, y amontonando á pecados pecados, mereció ser autor de la mayor ofensa que se hizo jamás, que fué la muerte de Jesucristo. Y porque la

culpa siempre ella misma se es pena; por haber llegado á esta ofensa, fué causa en sí mismo de un extremo de calamidad. Porque dejando aparte el perdimiento del reino, y la ruina del templo, y el asolamiento de su ciudad, y la gloria de la religión y verdadero culto de Dios traspasada á las gentes; y dejados aparte los robos, y males y muertes innumerables que padecieron los judíos entonces, y el eterno cautiverio en que viven agora en estado vilísimo entre sus enemigos, hechos como un ejemplo común de la ira de Dios: ansí que dejando esto aparte, puédese imaginar más desventurado suceso, que habiéndoles prometido Dios que nacería el Mesías de su sangre y linaje; y habiéndole ellos tan luengamente esperado, y esperando en Él y por Él la suma riqueza; y endurísimos males y trabajos que padecieron, habiéndose sustentado siempre con esta esperanza; cuando le tuvieron entre sí, no le querer conocer, y cegándose hacerse homicidas y destruidores de su gloria y de su esperanza, y de su sumo bien ellos mismos? A mí verdaderamente cuando lo pienso, el corazón se me enternece en dolor. Y si contamos bien toda la suma de este exceso tan grave, hallarémos que se vino á hacer de otros excesos, y que del abrir la puerta al pecar, y del entrarse continuamente más adelante por ella, alejándose siempre de Dios, vinieron á quedar ciegos en mitad de la luz. Porque tal se puede llamar la claridad que hizo Cristo de sí, ansí por la grandeza de sus obras maravillosas, como por el testimonio de las letras sagradas que le demuestran. Las cuales le demuestran ansí claramente, que no pudiéramos creer, que ningunos hombres eran tan ciegos, si no supiéramos haber sido tan grandes pecadores primero. Y ciertamente lo uno y lo otro, esto es, la ceguedad y maldad de ellos, y la severidad y rigor de la justicia de Dios contra ellos, son cosas maravillosamente espantables. Yo siempre que las pienso me admiro, y trújomelas á la memoria agora lo restante de la plática de Marcelo que me queda por referir, y es ya tiempo que lo refiera. Porque fué ansí que los tres, después de haber comido, y habiendo tomado algún pequeño reposo, ya que la fuerza del calor comenzaba á caer, saliendo de la granja, y llegados al rio que cerca de ella corría, en un barco, conformándose con el parecer de Sabino, se pasaron al soto, que se

hacía en medio de él, en una como isleta pequeña, que apegada á la presa de unas aceñas (1) se descubría. Era el soto, aunque pequeño, espeso y muy apacible, y en aquella sazón estaba muy lleno de hoja, y entre las ramas que la tierra de suyo criaba, tenía también algunos árboles puestos por industria, y dividíale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacía el agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del rio, y corría casi toda junta.

Pues entrados en él Marcelo y sus compañeros, y metidos en lo más espeso de él, y más guardado de los rayos del sol, junto á un álamo alto, que estaba casi en el medio, teniéndole á las espaldas, y delante los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde, y casi juntando al agua los piés, se sentaron. Adonde diciendo entre sí del sol de aquel dia, que aún se hacía sentir, y de la frescura de aquel lugar que era mucha, y alabando á Sabino su buen consejo, Sabino dijo ansí: Mucho me huelgo de haber acertado tan bién, y principalmente por vuestra causa, Marcelo, que por satisfacer á mi deseo tomáis hoy tan grande trabajo, que según lo mucho que esta mañana dijisteis, temiendo vuestra salud, no quisiera que agora dijérades más, si no me asegurara en parte la cualidad y frescura de aqueste lugar. Aunque quien suele leer en medio de los caniculares tres lecciones en las escuelas muchos dias arreo, bien podrá platicar entre estas ramas la mañana y la tarde de un dia, ó por mejor decir, no habrá maldad que no haga.—Razón tiene Sabino, respondió Marcelo, mirando hácia Juliano, que es género de maldad ocuparse uno tanto y en tal tiempo en la escuela. Y de aquí veréis, cuán malvada es la vida que ansí nos obliga. Ansí que bien podéis proseguir, Sabino, sin miedo, que demás de que este lugar es mejor que la cátedra, lo que aqui tratamos agora, es sin comparación muy más dulce que lo que leemos allí; y ansí con ello mismo se alivia el trabajo. Entonces Sabino, desplegando el papel y prosiguiendo su lectura, dijo de esta manera:

---

(1) *Aceñas* son molinos de agua. Véase Covarrubias en las palabras *Aceña* y *Azeña*.

§. I.

De cómo se llama Cristo BRAZO DE DIOS, y á cuánto se extiende su fuerza.

Otro nombre de Cristo es BRAZO DE DIOS. *Isaías en el capítulo cincuenta y tres* (Isai. cap. LIII, v. I.): Quién dará crédito á lo que habemos oido, y su BRAZO Dios á quién lo descubrirá? *Y en el capítulo cincuenta y dos* (Isai. cap. LII, v. 10.): Aparejó el Señor su BRAZO santo ante los ojos de todas las gentes, y verán la salud de nuestro Dios todos los términos de la tierra. *Y en el cántico de la Vírgen* (Luc. cap. I, v. 51.): Hizo poderío en su BRAZO, y derramó los soberbios. *Y abiertamente en el Salmo setenta, adonde en persona de la Iglesia dice David* (Ps. LXX, v. 18.): En la vejez mia, ni menos en mi senectud, no me desampares, Señor, hasta que publique tu BRAZO á toda la generación que vendrá. *Y en otros muchos lugares.*

Cesó aquí Sabino, y disponíase ya Marcelo para comenzar á decir. Mas Juliano, tomando la mano, dijo:—No sé yo, Marcelo, si los Hebreos nos darán que Isaías en el lugar que el papel dice, hable de Cristo.—No lo darán ellos, respondió Marcelo, porque están ciegos; pero dánoslo la misma verdad. Y como hacen los malos enfermos, que huyen más de lo que les da más salud, ansí estos perdidos en este lugar, el cual solo bastaba para traerlos á luz, derraman con más estudio las tinieblas de su error para oscurecerle; pero primero perderá su claridad este sol. Porque si no habla de Cristo Isaías allí, pregunto, de quién habla?—Ya sabéis lo que dicen, respondió Juliano.—Ya sé, dijo Marcelo, que lo declaran de sí mismos, y de su pueblo en el estado de agora. Pero paréceos á vos, que hay necesidad de razones para convencer un desatino tan claro?—Sin duda clarísimo, respondió Juliano, y cuando no hubiera otra cosa, hace evidencia de que no es ansí lo que dicen, ver que la persona de quien Isaías habla allí, el mismo Isaías dice que es inocentísima y ajena de todo pecado, y limpieza y satisfacción de los pecados de todos: y el pueblo hebreo que agora vive, por ciego y arrogante que sea, no se osará atribuir á sí aquesta inocencia y limpieza.

Y cuando osase él, la palabra de Dios le condena en Oseas (Oseæ, cap. III, v. 5.), cuando dice, que en el fin y después de este largo cautiverio, en que agora están los judíos, se convertirán al Señor. Porque si se convertirán á Dios entónces, manifiesto es que agora están apartados de Él, y fuera de su servicio. Mas aunque este pleito esté fuera de duda, todavía si no me engaño, os queda pleito con ellos en la declaración de este nombre. El cual ellos también confiesan que es nombre de Cristo, y confiesan, como es verdad, que ser BRAZO es ser fortaleza de Dios y victoria de sus enemigos: mas dicen, que los enemigos que por el Mesías como por su BRAZO y fortaleza vence y vencerá Dios, son los enemigos de su pueblo, esto es, los enemigos visibles de los hebreos, y los que los han destruido y puesto en cautividad; como fueron los caldeos, y los griegos, y los romanos y las demás gentes sus enemigos, de las cuales esperan verse vengados por mano del Mesías, que engañados aguardan; y le llaman BRAZO DE DIOS por razón de aquesta victoria y venganza.—Ansí lo sueñan, respondió Marcelo, y pues habéis movido el pleito, comencemos por él. Y como en la cultura del campo primero arranca el labrador las yerbas dañosas, y después planta las buenas, ansí nosotros agora desarraiguemos primero ese error, para dejar después su campo libre y desembarazado á la verdad.

Mas decidme, Juliano, prometió Dios alguna vez á su pueblo, que les enviaría su BRAZO y fortaleza para darles victoria de algún enemigo suyo; y para ponerlos, no sólo en libertad, sino también en mando y señorío glorioso? y díjoles en alguna parte, que había de ser su Mesías un fortísimo y belicosísimo capitán, que vencería por fuerza de armas sus enemigos, y extendería por todas las tierras sus esclarecidas victorias, y que sujetaría á su imperio las gentes?—Sin duda ansí se lo dijo y prometió, respondió Juliano.—Y prometióselo por ventura, siguió luego Marcelo, en un solo lugar, ó una vez sola, y esa acaso, y hablando de otro propósito?—No sino en muchos lugares, respondió Juliano, y de principal intento, y con palabras muy encarecidas y hermosas.—Qué palabras, añadió Marcelo, ó qué lugares son esos? referid algunos, si los tenéis en la memoria.—Largos son de contar, dijo Ju-

liano, y aunque preguntáis lo que sabéis, y no sé para qué fin, diré los que se me ofrecen.

David en el Salmo, hablando propiamente con Cristo, le dice (Ps. XLIV, vv. 4, 6.): *Ciñe tu espada sobre tu muslo, poderosísimo, tu hermosura y tu gentileza. Sube en el caballo, y reina prósperamente, por tu verdad y mansedumbre, y por tu justicia: tu derecha te mostrará maravillas. Tus saetas agudas (los pueblos caerán á tus piés) en los corazones de los enemigos del Rey.* Y en otro Salmo dice el mismo (Ps. XCVI, vv. 1, 3.): *El Señor reina, haga fiesta la tierra, alégrense las islas todas: nube y tiniebla en su derredor, justicia y juicio en el trono de su asiento. Fuego va delante de Él, que abrasará á todos sus enemigos.* E Isaías en el capítulo once (Isai. cap. XI, vv. 11, 14.): *Y en aquel dia extenderá el Señor segunda vez su mano, para poseer lo que de su pueblo ha escapado de los asirios, y de los egipcios, y de las demás gentes. Y levantará su bandera entre las naciones, y allegará los fugitivos de Israel, y los esparcidos de Judá de las cuatro partes del mundo. Y los enemigos de Judá perecerán, y volará contra los filisteos por la mar: cautivará á los hijos de oriente, Edón le servirá, y Moab le será sujeto, y los hijos de Amón sus obedientes.* Y en el capítulo cuarenta y uno por otra manera (Isai. cap. XLI, vv. 2, 3.): *Pondrá ante sí en huida las gentes, perseguirá los reyes. Como polvo los hará su cuchillo, como astilla arrojada su arco. Perseguirlos ha, y pasará en paz; no entrará ni polvo en sus piés.* Y poco después el mismo (Ibid. vv. 15, 16.): *Yo,* dice, *te pondré como carro, y como nueva trilladera con dentales de hierro, trillarás los montes, y desmenuzarlos has, y á los collados dejarás hechos polvo: aventaráslos, y llevarlos ha el viento, y el torbellino los esparcirá.* Y cuando el mismo Profeta introduce al Mesías teñida la vestidura con sangre, y á otros que se maravillan de ello, y le preguntan la causa, dice que Él les responde (Isai. capit. LXIII, v. 3.): *Yo solo he pisado un lagar, en mi ayuda no se halló gente, pisélos en mi ira, y pateélos en mi indignación, y su sangre salpicó mis vestidos, y he ensuciado mis vestiduras todas.* Y en el capítulo cuarenta y dos (Isai. cap. XLII, v. 13.): *El Señor como valiente saldrá, y como hombre de guerra despertará su coraje, guerreará, y levantará alarido, y esforzarse ha sobre sus enemigos.* Mas es nunca acabar.

Lo mismo aunque por diferentes maneras, dice en el capítulo sesenta y tres, y sesenta y seis: y Joel dice lo mismo en el capítulo último: y Amós profeta también en el mismo capítulo: y en los capítulos cuarto, y quinto, y último lo repite Micheas. Y qué profeta hay que no celebre cantando en diversos lugares este capitán, y aquesta victoria?—Ansí es verdad, dijo Marcelo: mas también me decid, los asirios, y los babilonios fueron hombres señalados en armas, y hubo reyes belicosos y victoriosos entre ellos, y sujetaron á su imperio á todo, ó á la mayor parte del mundo?—Ansí fué, respondió Juliano.—Y los medos y los persas, que vinieron después, añadió Marcelo, no menearon también las armas asaz valerosamente, y enseñorearon la tierra, y floreció entre ellos el esclarecido Ciro, y el poderosísimo Jerjes? Concedió Juliano que era verdad.

Pues no menos verdad es, dijo prosiguiendo Marcelo, que las victorias de los griegos sobraron á estos, y que el no vencido Alejandro con la espada en la mano, y como un rayo, en brevísimo espacio corrió todo el mundo, dejándole no menos espantado de sí, que vencido: y muerto él, sabemos que el trono de sus sucesores tuvo el cetro por largos años de toda Asia, y de mucha parte de Africa y de Europa. Y por la misma manera los romanos que le sucedieron en el imperio y en la gloria de las armas, también vemos que venciéndolo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorío tuviesen un mismo término. El cual señorío aunque disminuido y compuesto de partes, unas flacas y otras muy fuertes, como lo vió Daniel (Daniel. cap. II, v. 34.) en los piés de la estátua, hasta hoy dia persevera por tantas vueltas de siglos. Y ya que callemos los príncipes guerreadores y victoriosos, que florecieron en él en los tiempos más vecinos al nuestro, notorios son los Scipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos, los Césares de los siglos antepasados, á cuyo valor y esfuerzo y felicidad fué muy pequeña la redondez de la tierra.

—Espero, dijo Juliano, dónde vais á parar.—Presto lo veréis, dijo Marcelo, pero decidme: Esta grandeza de victorias é imperio que he dicho, diósela Dios á los que he dicho, ó ellos por sí y por sus fuerzas puras, sin orden ni ayuda de Él la alcanzaron?—Fuera está eso de toda duda, respondió

Juliano, acerca de los que conocen y confiesan la providencia de Dios. Y en la Sabiduría dice Él mismo de sí mismo (Prov. cap. VIII, v. 15): *Por mí reinan los príncipes.*—Decis la verdad, dijo Marcelo: mas todavía os pregunto, si conocían y adoraban á Dios aquellas gentes?—No le conocían, dijo Juliano, ni le adoraban.—Decidme más, prosiguió diciendo Marcelo, antes que Dios les hiciese aquesa merced, prometió de hacérsela? ó vendióles muchas palabras acerca de ellos? ó envióles muchos mensajeros, encareciéndoles la promesa, por largos dias, y por diversas maneras?—Ninguna de esas cosa hizo Dios con ellos, respondió Juliano: y si de algunas de estas cosas, antes que fuesen, se hace mención en las letras sagradas, como á la verdad se hace de algunas, hácese de paso, y como de camino, y á fin de otro propósito.

—Pues en qué juicio de hombres cabe, ó pudo caber, añadió Marcelo encontinente, pensar que lo que daba Dios, y cada dia lo da á gentes ajenas de sí, y que viven sin ley, bárbaras y fieras, y llenas de infidelidad y de vicios feísimos, digo, el mando terreno, y la victoria en la guerra, y la gloria, y la nobleza del triunfo sobre todos, ó cuasi todos los hombres: pues quién pudo persuadirse que lo que da Dios á estos, que son como sus esclavos, y que se lo da sin prometérselo, y sin vendérselo con encarecimientos, y como si no les diese nada, ó les diese cosas de breve y de poco momento, como á la verdad lo son todas ellas en sí; eso mismo, ó su semejante, á su pueblo escogido, y al que sólo, adorando ídolos todas las otras gentes, le conocía y servía, para dárselo, si se lo quería dar como los ciegos pensaron, se lo prometía tan encarecidamente, y tan de atrás, enviándoles cuasi cada siglo nueva promesa de ellos por sus profetas, y se lo vendía tan caro, y hacía tanto esperar, que el dia de hoy, que es más de tres mil años después de la primera promesa, aún no está cumplido, ni vendrá á cumplimiento jamás, porque no es eso lo que Dios prometía?

Gran donaire, ó por mejor decir, ceguedad lastimera es, creer que los encarecimientos y amores de Dios habían de parar en armas y en banderas, y en el estruendo de los atambores, y en castillos cercados, y en muros batidos por tierra, y en el cuchillo y en la sangre, y en el asalto y cautiverio de

mil inocentes. Y creer, que el BRAZO DE DIOS extendido y cercado de fortaleza invencible que Dios promete en sus letras, y de quien Él tanto en ellas se precia, era un descendiente de David, capitán esforzado, que rodeado de hierro, y esgrimiendo la espada, y llevando consigo innumerables soldados, había de meter á cuchillo las gentes, y desplegar por todas las tierras sus victoriosas banderas. Mesías fué de esa manera Ciro, y Nabucodonosor, y Artajerjes: ó qué le faltó para serlo? Mesías fué, si ser Mesías es eso, César el dictador, y el grande Pompeyo; y Alejandro en esa manera fué más que todos Mesías. Tan grande valentía es dar muerte á los mortales, y derrocar los alcázares, que ellos de suyo se caen, que le sea á Dios ó conveniente ó glorioso, hacer para ello BRAZO tan fuerte, que por este hecho le llame su fortaleza? Oh! cómo es verdad aquello que en presencia de Dios les dijo Isaías (Isai. cap. LV, v. 9.): *Cuanto se encumbra el cielo sobre la tierra, tanto mis pensamientos se diferencian y levantan sobre los vuestros!* Que son palabras que se me vienen luégo á los ojos todas las veces que en este desatino pongo atención.

Otros vencimientos, gente ciega y miserable, y otros triunfos y libertad, y otros señoríos mayores y mejores son los que Dios os promete. Otro es su BRAZO, y otra su fortaleza, muy diferente, y muy más aventajada de lo que pensáis. Vosotros esperáis tierra, que se consume y perece: y la Escritura de Dios es promesa del cielo. Vosotros amáis y pedís libertad del cuerpo, y en vida abundante y pacífica, con la cual libertad se compadece servir el ánima al pecado y al vicio: y de estos males, que son mortales, os prometía Dios libertad. Vosotros esperábades ser señores de otros: Dios no prometía sino haceros señores de vosotros mismos. Vosotros os tenéis por satisfechos con un sucesor de David, que os reduzca á vuestra primera tierra, y os mantenga en justicia, y defienda y ampare de vuestros contrarios: mas Dios, que es sin comparación muy más liberal y más largo, os prometía, no hijo de David solo, sino hijo suyo, y de David hijo también, que enriquecido de todo el bien que Dios tiene, os sacase del poder del demonio, y de las manos de la muerte sin fin; y que os sujetase debajo de vuestros piés todo lo que de veras os daña; y os llevase santos, inmortales, glo-

riosos á la tierra de vida y de paz que nunca fallece. Estos son bienes dignos de Dios: y semejantes dádivas, y no otras, hinchen el encarecimiento y muchedumbre de aquellas promesas.

Y á la verdad, Juliano, entre los demás inconvenientes que tiene este error, es uno grandísimo, que los que se persuaden de él, forzosamente juzgan de Dios muy baja y vilmente. No tiene Dios tan angosto corazón como los hombres tenemos: y estos bienes y gloria terrena, que nosotros estimamos en tanto, aunque es Él solo el que los distribuye y reparte, pero conoce que son bienes caducos, y que están fuera del hombre, y que no solamente no le hacen bueno, mas muchas veces le empeoran y dañan. Y ansí ni hace alarde de estos bienes Dios, ni se precia del repartimiento de ellos, y las más veces los envía á quien no los merece, por los fines que Él se sabe: y á los que tiene por dechados de sí, y que son delante de sus ojos como viles cautivos y esclavos, á esos les da aqueste breve consuelo. Y al revés con sus escogidos y con los que como á hijos ama, en esto comunmente es escaso; porque nuestra flaqueza, y la facilidad con que nuestro corazón se derrama en el amor de estas prendas exteriores, teniéndolas; y sabe que cuasi siempre ó cortan ó enflaquecen los nervios de la virtud verdadera.

Mas dirán, esperamos lo que las sagradas letras nos dicen, y con lo que Dios nos promete nos contentamos, y eso tenemos por mucho. Leemos capitán, oimos guerras, y caballos, y saetas, y espadas, vemos victorias y triunfos: prométennos libertad y venganza: dícennos que nuestra ciudad y nuestro templo será reparado, que las gentes nos servirán, y que serémos señores de todos. Lo que oimos, eso esperamos, y con la esperanza de ello vivimos contentos. Siempre fué flaca defensa asirse á la letra, cuando la razón evidente descubre el verdadero sentido: mas aunque flaca, tuviera aquí y en este propósito algún color, si las mismas divinas letras no descubrieran en otros lugares su verdadera intención. Porque, pues Isaías cuando habla sin rodeo y sin figuras de Cristo, le pinta en persona de Dios de aquesta manera (Isai. c. XLII, vv. 1, 3.): *Veis*, dice, *á mi siervo, en quien descanso, aquel en quien se contenta y satisface mi ánima: puse sobre El mi espíritu:*

Él hará justicia á las gentes: no voceará, ni será aceptador de personas, ni será oida en las plazas su voz: la caña quebrantada no quebrará; y la estopa que humea, no la apagará; no será áspero, ni bullicioso; manifiestamente se muestra, que este BRAZO y fortaleza de Dios, que es Jesucristo, no es fortaleza militar, ni coraje de soldado; y que los hechos hazañosos de un cordero tan humilde y tan manso, como es el que en este lugar Isaías pinta, no son hechos de esta guerra que vemos, adonde la soberbia se enseñorea, y la crueldad se despierta, y el bullicio, y la cólera, y la rabia y el furor menean las manos. No tendrá, dice, cólera para hacer mal ni á una caña quebrada: y antójasele al error vano de aquestos mezquinos, que tiene de trastornar el mundo con guerras.

Y no es menos claro lo que el mismo Profeta dice en otro capítulo (Isai. c. XI, v. 4.): *Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios quitará la vida al malvado.* Porque si las armas con que hiere la tierra, y con que quita la vida al malo, son vivas y ardientes palabras; claro es que su obra de aqueste BRAZO no es pelear con armas carnales contra los cuerpos, sino contra los vicios con armas de espíritu. Y ansí conforme á esto le arma de punta en blanco con todas sus piezas en otro lugar diciendo (Isai. c. LIX, v. 17.): *Vistióse por loriga justicia, y salud por yelmo de su cabeza: vistióse por vestiduras venganza, y el celo le cobijó como capa.* Por manera que las saetas, que antes decía, que enviadas con el vigor del BRAZO traspasan los cuerpos, son palabras agudas y enarboladas con gracia, que pasan el corazón de claro en claro: y su espada famosa no se destempló con acero en las fraguas de Vulcano para derramar la sangre cortando; ni es hierro visible, sino rayo de virtud invisible, que pone á cuchillo todo lo que en nuestras almas es enemigo de Dios: y sus lorigas, y sus petos, y sus arneses por el consiguiente son virtudes heróicas del cielo, en quien todos los golpes enemigos se embotan. Piden á Dios la palabra, y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió.

Cómo piden cosas de esta vida mortal, y que cada día las vemos en otros, y que comprendemos lo que valen y son; pues dice Dios por su Profeta (Isai. c. LXIV, v. 4.), que el bien de su promesa, y la cualidad y grandeza de ella, ni el ojo la

vió, ni llegó jamás á los oidos, ni cayó nunca en el pensamiento del hombre? Vencer unas gentes á otras, bien sabemos qué es: el valor de las armas cada día lo vemos: no hay cosa que más entienda, ni más desee la carne que las riquezas y que el señorío: no promete Dios esto; pues lo que promete excede á todo nuestro deseo y sentido. Hacerse Dios hombre, eso no lo alcanza la carne: morir Dios en la humanidad que tomó, para dar vida á los suyos, eso vence el sentido: muriendo un hombre, al demonio que tiranizaba los hombres, hacerle sujeto y esclavos de ellos, quién nunca lo oyó? Los que servían al infierno, convertirlos en ciudadanos del cielo, y en hijos de Dios; y finalmente hermosear con justicia las almas, desarraigando de ellas mil malos siniestros, y hechas todas luz y justicia, á ellas y á los cuerpos vestirlos de gloria y de inmortalidad; en qué deseo cupo jamás, por más que alargase la rienda al deseo?

Mas en qué me detengo? El mismo profeta no pone abiertamente, y sin ningún rodeo ni velo, el oficio de Cristo y su valentía, y la cualidad de sus guerras, en el capítulo sesenta y uno de su profecía, adonde introduce á Cristo, que dice (Isai. c. LXI, v. 1, 3.): *El espíritu del Señor está sobre mí, á dar buena nueva á los mansos me envió?* No veis lo que dice? Qué? Buena nueva á los mansos, no asalto á los muros. Más: *A curar los de corazón quebrantado.* Y dice el error, que á pasar por los filos de su espada á las gentes. *A predicar á los cautivos perdón.* A predicar, que no á guerrear. No á dar rienda á la saña, sino á publicar su indulgencia, y *predicar el año en que se aplaca el Señor; y el día en que*, como si se viese *vengado*, queda mansa su ira. *A consolar á los que lloran, y á dar fortaleza á los que se lamentan. A darles guirnaldas en lugar de la ceniza, y unción de gozo en lugar del duelo, y manto de loor en vez de la tristeza de espíritu.* Y para que no quedase duda ninguna, concluye: *Y serán llamados fuertes en justicia.* Dónde están agora los que engañándose á sí mismos, se prometen fortaleza de armas, prometiendo declaradamente Dios fortaleza de virtud y de justicia?

Aquí Juliano, mirando alegremente á Marcelo, paréceme, dijo, Marcelo, que os he metido en calor, y bastaba el del día. Mas no me pesa de la ocasión que os he dado, porque me

satisface mucho lo que habéis dicho; y porque no quede nada por decir, quiéroos también preguntar: qué es la causa por donde Dios, ya que hacía promesa de este tan grande bien á su pueblo, se la encubrió debajo de palabras y bienes carnales y visibles, sabiendo que para ojos tan flacos, como los de aquel pueblo, era velo que los podía cegar? y sabiendo que para corazones tan aficionados al bien de la carne, como son los de aquellos, era cebo que los había de engañar y enredar?—No era cebo ni velo, respondió al punto Marcelo, pues juntamente con ello estaba luégo la voz y la mano de Dios, que alzaba el velo, y avisaba del cebo, descubriendo por mil maneras lo cierto de su promesa. Ellos mismos se cegaron, y se enredaron de su voluntad.—Por ventura yo no me he declarado, dijo entonces Juliano, porque eso mismo es lo que pregunto. Que pues Dios sabía que se habían de cegar, tomando de aquel lenguaje ocasión; por qué no cortó la ocasión del todo? Y pues les descubría su voluntad y determinación, y se la descubría para que la entendiesen; por qué no se la descubrió, sin dejar escondrijo donde se pudiese encubrir el error? Porque no diréis que no quiso ser entendido; porque si eso quisiera, callara: ni ménos que no pudo darse á entender.—

Los secretos de Dios, respondió Marcelo, encogiéndose en sí, son abismos profundos. Por donde es ligero el dificultar, y penetrar muy dificultoso. Y el ánimo fiel y cristiano se ha de mostrar sabio en conocer que sería poco el saber de Dios, si lo comprendiese nuestro saber, que ingenioso en remontar dificultades sobre lo que Dios hace y ordena. Y como sea esto ansí en todos los hechos de Dios, en este particular que toca á la ceguedad de aquel pueblo, el mismo San Pablo se encoge, y parece que se retira: y aunque caminaba con el soplo del Espíritu santo, coge las velas del entendimiento, y las inclina diciendo (Ad Rom. c. XI, v. 3.): *Oh honduras de las riquezas y sabiduría y conocimiento de Dios! cuán no penetrables son tus juicios, y cuán dificultosos de rastrear sus caminos!* Mas por mucho que se esconda la verdad, como es luz, siempre echa algunos rayos de sí, que dan bastante lumbre al ánima humilde.

Y ansí digo agora, que no porque algunos toman ocasión de pecar, conviene á la sabiduría de Dios mudar, ó en el len-

guaje con que nos habla, ó en la órden con que nos gobierna, ó en la disposición de las cosas que cria, lo que es en sí conveniente y bueno para la naturaleza en común. Bien sabéis, que unos salen á hacer mal con la luz, y que á otros la noche con sus tinieblas les convida á pecar: porque ni el corsario correría á la presa, si el sol no amaneciese; ni si no se pusiese, el adúltero macularía el lecho de su vecino. El mismo entendimiento y agudeza de ingenio de que Dios nos dotó, si atendemos á los muchos que usan mal de él, no nos le diera, y dejara al hombre no hombre. No dice San Pablo (II. ad Cor., c. II, v. 16.) de la doctrina del Evangelio, que á unos es olor de vida para que vivan, y á otros de muerte para que mueran? Qué fuera del mundo, si porque no se acrecentara la culpa de algunos, quedáramos todos en culpa? Esta manera de hablar, Juliano, adonde con semejanzas y figuras de cosas que conocemos y vemos y amamos, nos da Dios noticia de sus bienes, y nos los promete; para la cualidad y gusto de nuestro ingenio y condición, es muy útil y muy conveniente. Lo uno, porque todo nuestro conocimiento, ansí como comienza de los sentidos, ansí no conoce bien lo espiritual, si no es por semejanza de lo sensible que conoce primero. Lo otro, porque la semejanza que hay de lo uno á lo otro, advertida y conocida, aviva el gusto de nuestro entendimiento naturalmente, que es inclinado á cotejar unas cosas con otras discurriendo por ellas: y ansí cuando descubre alguna gran consonancia de propiedadades entre cosas que son en naturaleza diversas, alégrase mucho, y como saboréase en ello, é imprímelo con más firmeza en las mientes. Y lo tercero, porque de las cosas que sentimos, sabemos por experiencia lo gustoso y lo agradable que tienen; mas de las cosas del cielo no sabemos cuál sea, ni cuánto su sabor y dulzura.

Pues para que cobremos afición y concibamos deseo de lo que nunca habemos gustado, preséntanoslo Dios debajo de lo que gustamos y amamos; para que entendiendo que es aquello más y mejor que lo conocido, amemos en lo no conocido el deleite y contento que ya conocemos. Y como Dios se hizo hombre dulcísimo y amorosísimo, para que lo que no entendíamos de la dulzura y amor de su natural condición, que no

veíamos, lo experimentásemos en el hombre que vemos, y de quién se vistió, para comenzar allí á encender nuestra voluntad en su amor; ansí en el lenguaje de sus escrituras nos habla como hombres á otros hombres, y nos dice sus bienes espirituales y altos con palabras y figuras de cosas corporales, que les son semejantes: y para que los amemos los enmiela con esta miel nuestra, digo, con lo que Él sabe que tenemos por miel.

Y si en todos es esto, en la gente de aquel pueblo de quien hablamos, tiene más fuerza y razón, por su natural y no creible flaqueza, y como divinamente dijo San Pablo, por su infinita niñez. La cual demandaba, que como el ayo al muchacho pequeño le induce con golosinas á que aprenda el saber; ansí Dios á aquellos los levantase á la creencia, y al deseo del cielo, ofreciéndoles y prometiéndoles al parecer bienes de tierra. Porque si en acabando de ver el infinito poder de Dios, y la grandeza de su amor para con ellos en las plagas de Egipto, y en el mar Bermejo dividido por medio; y si teniendo casi presente en los ojos el fuego y la nube del Sina, y la habla misma de Dios que les decía la ley, sonando en sus oidos entonces; y si teniendo en la boca el maná que Dios les llovía; y si mirando ante sí la nube que los guiaba de día, y les lucía de noche, venidos á la entrada de la tierra de Canaán, adonde Dios los llevaba, en oyendo que la moraban hombres valientes, temieron y desconfiaron, y volvieron atrás llorando fea y vilmente, y no creyeron que quien pudo romper el mar en sus ojos, podría derrocar unos muros de tierra; y ni la riqueza y abundancia de la tierra que veían y amaban, ni la experiencia de la fortaleza de Dios, los pudo mover adelante: si luégo y de primera instancia, y por sus palabras sencillas y claras les prometiera Dios la encarnación de su Hijo, y lo espiritual de sus bienes, y lo que ni sentían, ni podían sentir, ni se les podía dar luégo, sino en otra vida, y después de haber dado luengas vueltas los siglos; cuándo, me decid, ó cómo, ó en qué manera aquellos, ó lo creyeran, ó lo estimaran? Sin duda fuera cosa sin fruto.

Y ansí todo lo grande y apartado de nuestra vista que Dios les promete, se lo pone tratable y deseable, saboreándoselo de esta manera que he dicho. Y particularmente en este mis-

terio y promesa de Cristo, para asentársela en la memoria y en la afición, se la ofrece en los libros divinos casi siempre vestida con una de dos figuras. Porque lo que toca á la gracia, que desciende de Cristo en las almas, y á lo que en ellas fructifica esta gracia, díceselo debajo de semejanzas tomadas de la cultura del campo, y de la naturaleza de él. Y como vimos esta mañana, para figurar aqueste negocio, hace sus cielos y su tierra, y sus nubes y lluvia, y sus montes, y valles, y nombra trigo y vides, y olivas, con grande propiedad y hermosura. Mas lo que pertenece á lo que antes de esto hizo Cristo, venciendo al demonio en la cruz, y despojando el infierno, y triunfando de él y de la muerte, y subiéndose al cielo para juntar después á sí mismo todo su cuerpo, represéntaselo con nombres de guerras y victorias visibles: y alza luégo la bandera, y suena la trompa, y relumbra la espada, y píntalo á las veces con tanta demostración, que casi se oye el ruido de las armas, y el alarido de los que huyen, y la victoria alegre de los que vencen casi se ve. Y demás de esto, si va á decir lo que siento, la dureza, Juliano, de aquella gente, y la poca confianza que siempre tuvieron en Dios, y los pecados grandes contra Él, que de ella nacieron en aquel pueblo luégo en su primero principio, y se fueron después siempre con él continuando y creciendo, feos, ingratos, enormes pecados dieron á Dios causa justísima para que tuviese por bueno el hablarles ansí figurada y revueltamente. Porque de la manera que en la luz de la profecía da Dios mayor ó menor luz, según la disposición y capacidad y cualidad del profeta; y una misma verdad á unos se les descubre por sueños, y á otros despiertos, pero por imágenes corporales y oscuras, que se les figuran en la fantasía, y á otros por palabras puras y sencillas; y como un mismo rostro en muchos espejos, más y menos claros y verdaderos, se muestra por diferente manera: ansí Dios esta verdad de su Hijo, y la historia y cualidad de sus hechos, conforme á los pecados y mala disposición de aquella gente, ansí se la dijo algo encubierta y oscura. Y quiso hablarles ansí, porque entendió, que para los que entre ellos eran y habían de ser buenos y fieles, aquello bastaba, y que á los contumaces perdidos no se les debía más luz.

Por manera que vió que á los unos aquella medianamente encubierta verdad les serviría de honesto ejercicio buscándola, y de santo deleite hallándola: y que eso mismo sería estropiezo y lazo para los otros, pero merecido estropiezo por sus muchos y graves pecados. Por los cuales caminando sin rienda, y aventajándose siempre á sí mismos, como por grados que ellos perdidamente se edificaron, llegaron á merecer este mal, que fué el sumo de todos: que teniendo delante de los ojos su vida, abrazasen la muerte, y que aborreciesen á su único suspiro y deseo, cuando le tuvieron presente; ó por mejor decir, que viéndole no le viesen, ni le oyesen oyéndole, y que palpasen en las tinieblas estando rodeados de luz. Y merecieron pecando, pecar más, y llegar á cegarse, hasta poner las manos en Cristo, y darle muerte y negarle, y blasfemar de Él: que fué llegar al fin del pecado. Levántoselo agora yo, ó no se lo dijo por Isaías Dios mucho antes? (Isai. c. VI, v. 10) *Cegaré el corazón de este pueblo, y ensordecerles he los oidos, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan, y no se conviertan á Mí, ni los sane Yo.* Y que sirviese para esta ceguedad y sordez, el hablarles Dios en figuras y en parábolas, manifiéstalo Cristo diciendo (Luc., c. VIII, v. 10): *A vosotros es dado conocer el misterio del reino, pero á los demás en parábolas, para que viéndolo no lo vean, y oyéndolo no lo oigan.*

Mas pues estos son ciegos y sordos, y porfían en serlo, dejémoslos en su ceguedad, y pasemos á declarar la fuerza de este BRAZO invencible. Y diciendo esto Marcelo, y mirando hácia Sabino, añadió: si á Sabino no le parece que queda alguna otra cosa por declarar. Y dijo esto Marcelo, porque Sabino, en cuanto él hablaba, ya por dos veces había hecho significación de quererle preguntar algo, inclinándose á él con el cuerpo, y enderezando el rostro y los ojos en él. Mas Sabino le respondió:—Cosa era lo que se me ofrecía de poca importancia, y ya me parecía dejarla. Mas pues me convidáis á que la diga, decidme, Marcelo, si fué pena de sus pecados en los judíos el hablarles Dios por figuras, y se cegaron en el entendimiento de ellas por ser pecadores, y si por haberse cegado desconocieron y trajeron á Jesucristo á la muerte; podréisme por ventura mostrar en ellos algún pecado primero tan malo y tan grande, que mereciese ser causa de este últi-

mo y gravísimo pecado que hicieron después?—Excusado es buscar uno, respondió Marcelo, adonde hubo tan enormes pecados y tantos. Mas aunque esto es ansí, no carece de razón vuestra pregunta, Sabino. Porque si atendemos bien á lo que por Moysén está escrito, podrémos decir que en el pecado de la adoración del becerro merecieron, como en culpa principal, que permitiéndolo Dios, desconociesen y negasen á Cristo después. Y podrémos decir, que de aquella fuente manó aquesta mala corriente, que creciendo con otras avenidas menores, vino á ser un abismo de mal.

Porque si alguno quisiere pesar con peso justo y fiel todas las cualidades de mal, que en aquel pecado juntas concurren, conocerá luégo, que fué justamente merecedor de un castigo tan señalado, como es la ceguedad en que están, no conociendo á Jesús por Mesías, y como son los males y miserias en que han incurrido por causa de ella. No quiero decir agora que los había Dios sacado de la servidumbre de Egipto, y que les había abierto con nueva maravilla la mar, y que la memoria de estos beneficios la tenían reciente. Lo que digo para verdadero conocimiento de su grave maldad, es aquesto, que en ese tiempo y punto volvieron las espaldas á Dios, cuando le tenían delante de los ojos presente encima de la cumbre del monte; cuando ellos estaban alojados á la falda del Sina; cuando veían la nube y el fuego, testigos manifiestos de su presencia; cuando sabían que Moysén estaba hablando con Él, cuando acababan de recibir la Ley, la cual ellos comenzaron á oir de su misma boca de Dios, y movidos de un terror religioso, no se tuvieron por dignos para oirla del todo, y pidieron que Moysén por todos la oyese. Ansí que viendo á Dios, se olvidaron de Dios; y mirándole le negaron; y teniéndole en los ojos, le borraron de la memoria.

Mas por qué le borraron? No se puede decir más breve, ni más encarecidamente que la Escritura lo dice. Por un becerro que comía heno. Y aun no por becerro vivo que comía, sino por imágen de becerro, que parecía comer, hecha por sus mismas manos en aquel punto. A aquel los desatinados dijeron (Exod., c. XXXII, v. 4): *Este, este es tu Dios, Israel, el que te sacó de la servidumbre de Egipto.* Qué flaqueza, pregunto, ó qué desamor habían hallado en Dios hasta entonces? O

qué mayor fortaleza esperaban de un poco de oro mal figurado? O qué palabras encarecen debidamente tan grande ceguedad y maldad? Pues los que tan de balde, y tan por su sola malicia y liviandad increible se cegaron allí, justísimo fué, y Dios derechamente lo permitió, que se cegasen aquí en el conocimiento de su único bien. Y porque no parezca que lo adivinamos agora nosotros, Moysén en su cántico, y en persona de Dios, y hablando de aqueste mismo becerro, de que hablamos, tan mal adorado, se lo profetiza, y dice de aquesta manera (Deuter., c. XXXII, v. 1): *Estos me provocaron á mí en lo que no era Dios: pues yo los provocaré á ellos* (conviene á saber á envidia y dolor) *llamando á mi gracia, y á la rica posesión de mis bienes, á una gente vil, y que en su estima de ellos no es gente.* Como diciéndoles, que por cuanto ellos le habian dejado por adorar un metal; él los dejaría á ellos, y abrazaria á la gentilidad, gente muy pecadora y muy despreciada. Porque sabida cosa es, ansí como lo enseña San Pablo (Ad Rom., c. IX, v. 32) que el haber desconocido á Cristo aquel pueblo, fué el medio por donde se hizo aqueste trueque y traspaso, en que él quedó desechado y despojado de la religión verdadera; y se pasó la posesión de ella á las gentes.

Mas traigamos á la memoria, y pongamos delante de ella, lo que entonces pasó, y lo que por orden de Dios hizo Moysén, que el mismo hecho será pintura viva y testimonio expreso de aquesto que digo. No dice la Escritura en aquel lugar, que abajando Moysén del monte, habiendo visto y conocido el mal recaudo del pueblo, quebró, dando en el suelo con ellas, las tablas de la Ley, que traía en las manos? Y que el tabernáculo, adonde descendía Dios, y hablaba con Moysén, le sacó Moysén luégo del real, y de entre las tiendas de los hebreos, y lo asentó en otro lugar muy apartado de aquel? Pues qué fué esto, sino decir y profetizar figuradamente lo que en castigo y pena de aquel exceso había de suceder á los judíos después? Que el tabernáculo donde mora perpétuamente Dios, que es la naturaleza humana de Jesucristo, que había nacido de ellos, y estaba residiendo entre ellos, se había de alejar por su desconocimiento de entre los mismos, y que la ley que les había dado, y que ellos con tanto cuidado guardan agora, les había de ser, como es, cosa perdida y sin

fruto, y que habían de mirar, como ven agora, sin menearse de sus lugares y errores, las espaldas de Moysén, esto es, la sombra y la corteza de su Escritura? La cual siendo de ellos, no vive con ellos, antes los deja, y se pasa á otra parte delante de sus ojos, y mirándolo con grave dolor. Ansí que por sus pecados todos, y entre todos por este del becerro, que digo, fueron merecedores de que ni Dios les hablase á la clara, ni ellos tuviesen vista para entender lo que se les hablaba.

Mas pues habemos dicho acerca de esto todo lo que convenía decir; digamos ya la cualidad de este BRAZO, y aquello á que se extiende su fuerza. Y como se callase Marcelo aquí un poco, tornó luégo á decir: De Lactancio Firmiano se escribe, como sabéis, que tuvo más vigor escribiendo contra los errores gentilles, que eficacia confirmando nuestras verdades; y que convenció mejor el error ajeno, que probó su propósito. Mas yo, aunque no le conviene á ninguno prometer nada de sí, confiado de la naturaleza de las mismas cosas, oso esperar, que si acertare á decir con palabras sencillas las hazañas que hizo Dios por medio de Cristo, y las obras de fortaleza, por cuya causa se llama su BRAZO, que por él acabó; ello mismo hará prueba de sí tan eficaz, que sin otro argumento se esforzará á sí mismo, y se demostrará que es verdadero, y convencerá de falso á lo contrario. Y para que yo pueda agora, refiriendo aquestas obras, mostrar la fuerza de ellas mejor; antes que las refiera, me conviene presuponer, que á Dios, que es infinitamente fuerte y poderoso, y que para Él hacer, le basta solo el querer, ninguna cosa que hiciese le sería contada á gran valentía, si la hiciese usando de su poder absoluto, y de la ventaja que hace á todas las demás cosas en fuerzas.

Por donde lo grande, y lo que más espanto nos pone, y lo que más nos demuestra lo inmenso de su no comprensible poder y saber, es, cuando hace sus cosas, sin parecer que las hace; y cuando trae á debido fin lo que ordena, sin romper alguna ley ordenada, y sin hacer violencia; y cuando sin poner Él en ello, á lo que parece, su particular cuidado, ó sus manos, ello de sí mismo se hace: antes con las manos mismas, y con los hechos de los que lo desean impedir, y se tra-

bajan en impedirlo, no sabreis cómo, ni de qué manera viene ello casi de suyo á hacerse. Y es propia manera esta de la fortaleza, á quien la prudencia acompaña. Y en la prudencia lo más fino de ella, y en lo que más se señala, es el dar orden, como se venga á fines extremados y altos y dificultosos, por medios comunes y llanos, sin que en ellos se turbe en los demás el buen orden. Y Dios se precia de hacerlo ansí siempre; porque es en lo que más se descubre y resplandece su mucho saber. Y entre los hombres, los que gobernaron bien, siempre procuraron cuanto pudieron avecinar á esta imagen de gobierno sus ordenanzas. La cual imagen apenas la imitan ni conocen los que el dia de hoy gobiernan. Y con otras muchas cosas divinas, de las cuales agora tenemos solamente la sombra, también se ha perdido la fineza de aquesta virtud én los que nos rigen, que atentos muchas veces á un fin particular que pretenden, usan de medios, y ponen leyes que estorban otros fines mayores, y hacen violencia á la buena gobernación en cien cosas, por salir con una cosa sola que les agrada.

Y aun están algunos tan ciegos en esto, que entonces presumen de sí, cuando con leyes, que cada una de ellas quebranta otras leyes mejores, estrechan el negocio de tal manera, que reducen á lance forzoso lo que pretenden. Y cuando suben, como dicen, el agua por una torre, entonces se tienen por la misma prudencia, y por el dechado de toda la buena gobernación: como (si sirviera para nuestro propósito) lo pudiera yo agora mostrar por muchos ejemplos. Pues quedando esto ansí, para conocer claramente las grandezas que hizo Dios por este BRAZO suyo, convendrá poner delante los ojos la dificultad y la muchedumbre de las cosas que convenía, y era necesario que fuesen hechas por Dios para la salud de los hombres. Porque conocido lo mucho y lo dificultoso que se había de hacer, y la contrariedad que ello entre sí mismo tenía; y conocido cómo las unas partes de ello impedían la ejecución de las otras; y vista la forma y facilidad, y si conviene decirlo ansí, la destreza con que Dios por Cristo proveyó á todo, y lo hizo como de un golpe, quedará manifiesta la grandeza del poder de Dios, y la razón justísima que tiene para llamar á Cristo BRAZO suyo, y valentía suya.

Deciamos pues hoy, que Lucifer enamorado vanamente de

sí, apeteció para sí lo que Dios ordenaba para honra del hombre en Jesucristo. Y decíamos, que saliendo de la obediencia y de la gracia de Dios por esta soberbia, y cayendo de felicidad en miseria, concibió enojo contra Dios, y mortal envidia contra los hombres. Y decíamos, que movido y aguzado de aquestas pasiones, procuró poner todas sus mañas é ingenio en que el hombre, quebrantando la ley de Dios, se apartase de Dios, para que apartado de él, ni el hombre viniese á la felicidad que se le aparejaba, ni Dios trujese á fin próspero su determinación y consejo: y que ansí persuadió al hombre que pasase el mandamiento de Dios, y que el hombre le traspasó; y que hecho esto, el demonio se tuvo por vencedor, porque sabía que Dios no podia no cumplir su palabra, y que su palabra era que muriese el hombre el dia que traspasase su ley. Pues digo agora, añadiendo sobre esto lo que para aquesto de que vamos hablando conviene, que destruido el hombre, y puesto por esta manera en desorden y en confusión el consejo de Dios, y quedando contento de sí y de su buen suceso el demonio; pertenecía al honor y á la grandeza de Dios que volviese por sí, y que pusiese en todo conveniente remedio: y ofrecíanse juntamente grande muchedumbre de cosas diferentes, y casi contrarias entre sí, que pedían remedio.

Porque lo primero, el hombre había de ser castigado, y había de morir; porque de otra manera no cumplía Dios, ni con su palabra, ni con su justicia. Lo segundo, para que no careciese de efecto el consejo primero, había de vivir el hombre, y había de ser remediado. Lo tercero, convenía también que Lucifer fuese tratado conforme á lo que merecía su hecho y osadía, en la cual había mucho que considerar. Porque lo uno fué soberbio contra Dios, lo otro fué envidioso del hombre. Y en lo que con el hombre hizo, no sólo pretendió apartarle de Dios, sino sujetarle á su tiranía, haciéndose él señor y cabeza por razón del pecado. Y demás de esto procedió en ello con maña y engaño, y quiso como en cierta manera competir con Dios en sabiduría y consejo, y procuró como atarle con sus mismas palabras, y con sus mismas armas vencerle. Por lo cual para que fuese conveniente el castigo de estos excesos, y para que se fuesen respondiendo bien la pena y la culpa; la pena justa de la soberbia que Lucifer tuvo, era, que

al que quiso ser uno con Dios, le hiciese Dios siervo y esclavo del hombre. Y ansí mismo porque el dolor de la envidia es la felicidad de aquello que envidia; la pena propia del demonio envidioso del hombre, era hacer al hombre bienaventurado y glorioso. Y la osadía de haber cutido (1) con Dios en el saber y en el aviso, no recibía su debido castigo, sino haciendo Dios que su aviso y su astucia del demonio fuese su mismo lazo, y que perdiese á sí y á su hecho por aquello mismo por donde lo pensaba alcanzar, y que se destruyese pensado valerse.

Y en consecuencia de esto, si se podía hacer, convenía mucho á Dios hacerlo, que el pecado y la muerte, que puso el demonio en el hombre para quitarle su bien, fuesen lo uno ocasión, y lo otro causa de su mayor bienandanza; y que viviese verdaderamente el hombre, por haber habido muerte; y por haber habido miseria, y pena y dolor, viniese á ser verdaderamente dichoso; y que la muerte y la pena, por donde á los hombres les viniese este bien, la ordenase y la trujese á debida ejecución el demonio, poniendo en ella todas sus fuerzas, como en cosa que según su imaginación le importaba. Y sobre todo cumplía, que en la ejecución y obra de todo aquesto que he dicho, no usase Dios de su absoluto poder, ni quebrantase la suave orden y trabazón de sus leyes; sino que yéndose el mundo como se va, y sin sacarle de madre, se viniese haciendo ello mismo. Esto pues había en la maldad del demonio, y en la miseria y caida del hombre, y en el respeto de la honra de Dios; y cada una de estas cosas para ser debidamente ó castigada, ó remediada, pedía la orden que he dicho, y no cumplía consigo misma y con su reputación y honor la potencia divina, si en algo de esto faltaba, ó si usaba en la ejecución de ello de su poder absoluto.

Mas pregunto, que hizo? Enfadóse por aventura de un negocio tan enredado, y apartó su cuidado de él enfadándose? En ninguna manera. Dió por caso salida y remedio á lo uno, y dejó sin medicina á lo otro, impedido de la dificultad de las

(1) *Cutido*, como si dijera, *competido*. En el fol. 154, lín. 31, dijo, *competir con Dios*. *Cutir* es golpear una cosa con otra. Véase Covarrubias.

cosas? Antes puso recaudo en todas. Usó de su absoluto poder? No, sino de suma igualdad y justicia. Fueron por dicha grandes ejércitos de ángeles los que juntó para ello? Movió guerra al demonio á la descubierta, y en batalla campal y partida le venció, y le quitó la presa? Con solo un hombre venció. Qué digo un hombre? con solo permitir que el demonio pusiese á un hombre en la cruz, y le diese allí muerte, trujo á felicísimo efecto todas las cosas que arriba dije, juntas y enteras. Porque verdaderamente fué ansí, que solo el morir Cristo en la cruz, adonde subió por su permisión, y por las manos del demonio y de sus ministros, por ser persona divina la que murió, y por ser la naturaleza humana en que murió inocente, y de todo pecado libre, y santísima y perfectísima naturaleza, y por ser naturaleza de nuestro metal y linaje, y naturaleza dotada de virtud general, y de fecundidad para engendrar nuevo sér y nacimiento en nosotros, y por estar nosotros en ella por esta causa como encerrados: ansi que aquella muerte por todas aquestas razones y títulos, conforme á todo rigor de justicia, bastó por toda la muerte, á que estaba el linaje humano obligado por justa sentencia de Dios; y satisfizo cuanto es de su parte por todo el pecado; y puso al hombre no sólo en libertad del demonio, sino también en la inmortalidad, y gloria, y posesión de los bienes de Dios. Y porque puso el demonio las manos en el innocente, y en aquel que por ninguna razón de pecado le estaba sujeto, y pasó ciego la ley de su orden, perdió justísimamente el vasallaje que sobre los hombres por su culpa de ellos tenía, y le fueron quitados, como de entre las uñas, mil queridos despojos, y él mereció quedar por esclavo sujeto de aquel que mató; y el que murió, por haber nacido sin deber nada á la muerte, no sólo en su persona, sino también en las de sus miembros, acocea como á siervo rebelde y fugitivo al demonio. Y quedó de esta manera por pura ley aquel soberbio, y aquel orgulloso, y aquel enemigo y sangriento tirano abatido y vencido. Y el que mala y engañosamente al sencillo y flaco hombre, prometiéndole bien, había hecho su esclavo, es agora pisado y hollado del hombre, que es ya su señor, por el merecimiento de la muerte de Cristo. Y para que el malo reviente de envidia, aquellos mismos á quien envidió y quitó el

paraiso en la tierra, en Cristo los ve hechos una misma cosa con Dios en el cielo. Y porque presumía mucho de su saber, ordenó Dios que él por sus mismas manos se hiciese á si mismo aqueste gran mal; y con la muerte que él había introducido en el mundo, dándola á Cristo, dió muerte á sí, y dió vida al mundo. Y cuando más el desventurado rabiare, y se despechare, y ansioso se volviere á mil partes, no podrá formar queja sino es de sí solo, que buscando la muerte á Cristo, á sí se derrocó á la miseria extrema; y al hombre que aborrecía, sacándole de esta miseria, le levantó á gloria soberana; y esclareció y engrandeció por extremo el poder y saber de Dios, que es lo que más al enemigo le duele.

Oh grandeza de Dios nunca oida! oh sola verdadera muestra de su fuerza infinita, y de su no medido saber! Qué puede calumniar aquí agora el judío? ó qué armas le quedan con que pueda defender más su error? Puede negar que pecó el primer hombre? No estaban todos los hombres sujetos á muerte y á miseria, y como cautivos de sus pecados? Negará que los demonios tiranizaban el mundo? O dirá por ventura que no le tocaba al honor y bondad de Dios poner remedio en este mal, y volver por su causa, y derrocar al demonio, y redimir al hombre, y sacarle de una cárcel tan fiera? O será menor hazaña y grandeza vencer este león, ó menos digna de Dios, que poner en huida los escuadrones humanos, y vencer los ejércitos de los hombres mortales? O hallará, aunque más se desvele, manera más eficaz, más cabal, más sábia, más honrosa, ó en quien más resplandezca toda la sabiduría de Dios que esta de que, como decimos, usó, y de que usó en realidad de verdad por medio del esfuerzo, y de la sangre, y de la obediencia de Cristo? O si son famosos entre los hombres, y de claro nombre los capitanes que vencen á otros, podrá negar á Cristo, infinito y esclarecidísimo nombre de virtud y valor, que acometió por si solo una tan alta empresa, y al fin le dió cima?

Pues todo aquesto que habemos dicho, obró y mereció Cristo muriendo. Y después de muerto, poniéndolo en ejecución, despojó luégo el infierno bajando á él, y pisó la soberbia de Lucifer, y encadenóle: y volviendo el tercero dia á la vida, para no morir más, rodeado de sus despojos, subió

triunfando al cielo, de donde el soberbio cayera: y colocó nuestra sangre y nuestra carne en el lugar, que el malvado apeteció, á la diestra de Dios. Y hecho señor, en cuanto hombre, de todas las criaturas, y juez y salud de ellas, para poner en efecto en ellas y en nosotros mismos la eficacia de su remedio, y para llevar á sí, y subir á su mismo asiento á sus miembros, y para al fuerte tirano, que encadenó y despojó en el infierno, quitarle la posesión malvada, y de la adoración injusta que se usurpaba en la tierra, envió desde el cielo al suelo su Espíritu sobre sus humildes y pequeños discípulos; y armándolos con él, les mandó mover guerra contra los tiranos y adoradores de ídolos, y contra los sabios vanos y presuntuosos, que tenía por ministros suyos el demonio en el mundo. Y como hacen los grandes maestros, que lo más dificultoso y más principal de las obras lo hacen ellos por sí y dejan á sus obreros lo de ménos trabajo; ansí Cristo, vencido que hubo por sí, y por su persona al espíritu de la maldad, dió á los suyos que moviesen guerra á sus miembros. Los cuales discípulos la movieron osadamente, y la vencieron más esforzadamente, y quitaron la posesión de la tierra al príncipe de las tinieblas, derrocando por el suelo su adoración y su silla.

Mas cuántas proezas comprende en sí aquesta proeza? Y aquesta nueva maravilla cuántas maravillas encierra? Pongamos delante de los ojos del entendimiento, lo que ya vieron los ojos del cuerpo: y lo que pasó en hecho de verdad en el tiempo pasado, figurémoslo agora. Pongamos de una parte doce hombres desnudos de todo lo que el mundo llama valor, bajos de suelo, humildes de condición, simples en las palabras, sin letras, sin amigos, y sin valedores; y luégo de la otra parte pongamos toda la monarquía del mundo, y las religiones, ó persuasiones de religión que en él estaban fundadas por mil siglos pasados, y los sacerdotes de ellas, y los templos, y los demonios que en ellos eran servidos, y las leyes de los príncipes, y las ordenanzas de las repúblicas y comunidades, y los mismos príncipes y repúblicas. Que es poner aquí doce hombres humildes, y allí todo el mundo, y todos los hombres, y todos los demonios, con todo su saber y poder.

Pues una maravilla es, y maravilla que si no se viera por vista de ojos jamás se creyera, que tan pocos ósasen mover contra tantos: y ya que movieron, otra maravilla es, que en viendo el fuego que contra ellos el enemigo encendía en los corazones contrarios, y en viendo el coraje, y fiereza y amenazas de ellos no desistiesen de su pretensión. Y maravilla es, que tuviese ánimo un hombre pobrecillo y extraño de entrar en Roma, digámos agora, que entónces tenía el cetro del mundo, y era la casa y la morada donde se asentaba el imperio; ansí que osase entrar en la majestad de Roma un pobre hombre, y decir á voces en sus plazas de ella, que eran demonios sus ídolos, y que la religión y manera de vida que recibieron de sus antepasados, era vanidad y maldad. Y maravilla es, que una tal osadía tuviese suceso; y que el suceso fuese tan feliz como fué, es maravilla que vence el sentido. Y si estuvieran las gentes obligadas por sus religiones á algunas leyes dificultosas y ásperas, y si los apóstoles los convidaran con deleite y soltura; aunque era dificultoso mudarse todos los hombres de aquello en que habían nacido, y aunque el respeto de los antepasados de quien lo heredaron, y la autoridad y dicho de muchos excelentes en elocuencia y en letras que lo aprobaron, y toda la costumbre antigua inmemorial, y sobre todo el común consentimiento de las naciones todas que convenían en ello, les hacía tenerlo por firme y verdadero: pero aunque romper con tantos respetos y obligaciones era extrañamente dificil, todavía se pudiera creer, que el amor demasiado con que la naturaleza lleva á cada uno á su propia libertad y contento, había sido causa de una semejante mudanza.

Mas fué todo al revés, que ellos vivían en vida y religión libre, y que alargaba la rienda á todo lo que pide el deseo; y los apóstoles, en lo que toca á la vida, los llamaban á una suma aspereza, á la continencia, al ayuno, á la pobreza, al desprecio de todo cuanto se ve; y en lo que toca á la creencia, les anunciaban lo que á la razón humana parece increible, y decíanles, que no tuviesen por dioses á los que les dieron por dioses sus padres, y que tuviesen por Dios, y por Hijo de Dios á un hombre, á quien los judíos dieron muerte de cruz. Y el muerto en la cruz dió vigor no creible á aquesta palabra.

Por manera que aqueste hecho, por donde quiera que le miremos, es hecho maravilloso: maravilloso en el poco aparato con que se principió; maravilloso en la presteza con que vino á crecimiento; y más maravilloso en el grandísimo crecimiento á que vino; y sobre todo maravilloso en la forma y manera como vino. Porque si sucediera ansí, que algunos persuadidos al principio por los apóstoles, y por aquellos persuadiéndose otros, y todos juntos, y hechos un cuerpo, y con las armas en la mano se hicieran señores de una ciudad, y de allí peleando sujetaran á sí la comarca, y poco á poco cobrando más fuerzas ocuparan un reino, y como á Roma le aconteció, que hecha señora de Italia, movió guerra á toda la tierra, ansí ellos hechos poderosos, y guerreando vencieran el mundo, y le mudaran sus leyes; si ansí fuera, menos fuera de maravillar. Ansí subió Roma á su imperio: ansí también la ciudad de Cartago vino á alcanzar grande poder: muchos poderosos reinos crecieron de semejantes principios: la secta de Mahoma falsísima por este camino ha cundido: y la potencia del turco, de quien agora tiembla la tierra, principio tuvo de ocasiones más flacas: y finalmente de esta manera se esfuerzan, y crecen, y sobrepujan los hombres unos á otros.

Mas nuestro hecho, porque era hecho verdaderamente de Dios, fué por muy diferente camino. Nunca se juntaron los apóstoles, y los que creyeron á los apóstoles para acometer, sino para padecer y sufrir. Sus armas no fueron hierro, sino paciencia jamás oida. Morían, y muriendo vencían. Cuando caían en el suelo degollados nuestros maestros, se levantaban nuevos discípulos. Y la tierra, cobrando virtud de su sangre, producía nuevos frutos de fe. Y el temor y la muerte, que espanta naturalmente y aparta, atraía y acodiciaba á las gentes á la fe de la Iglesia. Y como Cristo muriendo venció, ansí para mostrarse BRAZO y valentía verdadera de Dios, ordenó que hiciese alarde el demonio de todos sus miembros, y que los encendiese en crueldad cuanto quisiese, armándolos con hierro y con fuego: y no les embotó las espadas como pudiera, ni se las quitó de las manos, ni hizo á los suyos con cuerpos no penetrables al hierro, como dicen de Aquiles; sino antes se los puso como suelen decir en las uñas, y les permitió que ejecutasen en ellos toda su crueza y fiereza. Y lo que

vence á toda razón, muriendo los fieles, y los infieles dándoles muerte, diciendo los infieles matemos, y los fieles diciendo muramos, pereció totalmente la infidelidad, y creció la fe, y se extendió cuanto es grande la tierra.

Y venciendo siempre, á lo que parecía, nuestros enemigos, quedaron no sólo vencidos, sino consumidos del todo y deshechos, como lo dice por hermosa manera Zacarías profeta (Zachar. cap. XIV, v. 12.): *Y será este el azote con que herirá el Señor á todas las gentes que tomaren armas contra Jerusalém. La carne de cada uno, estando Él levantado y sobre sus piés, deshecha se consumirá, y también sus ojos dentro de sus cuencas sumidos serán hechos marchitos, y secaráseles la lengua dentro de la boca.* Adonde como veis, no se dice que había de poner otro alguno las manos en ellos para darles la muerte, sino que ellos de suyo se habían de consumir, y secar y venir á menos, como acontece á los éticos, y que habían de venir á caerse de suyo, y esto al parecer no derrocados por otros, sino estando levantados y sobre sus piés. Porque siempre los enemigos de la Iglesia ejecutáron su crueldad contra ella, y quitaron á los fieles cuantas veces quisieron las vidas, y pisaron victoriosos sobre la sangre cristiana: mas también aconteció siempre, que cayendo los mártires, venían al suelo los ídolos, y se consumían los martirizadores gentiles, y multiplicándose con la muerte de los unos la fe de los otros, se levantaban y acrecentaban los fieles, hasta que vino á reinar en todos la fe.

Vengan agora pues los que se ceban de solo aquello que el sentido aprehende, y los que esclavos de la letra muerta esperan batallas, y triunfos, y señoríos de tierra, porque algunas palabras lo suenan ansí; y si no quieren creer la victoria secreta y espiritual, y la redención de las ánimas que servían á la maldad y al demonio, que obró Cristo en la cruz, porque no se ve con los ojos, y porque ni ellos para verlo tienen los ojos de fe que son menester; esto á lo ménos que pasó y pasa públicamente, y que lo vió todo el mundo, la caida de los ídolos, y la sujeción de todas las gentes á Cristo, y la manera como las sujetó y las venció: pues vengan y díganos, si les parece aqueste hecho pequeño, ó usado, ó visto otra vez? ó si quiera imaginado como posible el poder de este hecho,

antes que por el hecho se viese? Díganos, si responde mejor con las promesas divinas, y si las hinche más este vencimiento, y si es más digno de Dios, que las armas que fantasea su desatino? Qué victoria, aunque junten en uno todo lo próspero en armas, y lo victorioso y valeroso que ha habido, traida con esta victoria á comparación, tiene ser? Qué triunfo, ó qué carro vió el sol que iguale con este? Qué color les queda ya á los miserables, ó qué apariencia para perseverar en su error?

Yo persuadido estoy para mí, y téngolo por cosa evidente, que sola esta conversión del mundo, considerada como se debe, pone la verdad de nuestra religión fuera de toda duda y cuestión, y hace argumento por ella tan necesario, que no deja respuesta á ninguna infidelidad, por aguda y maliciosa que sea; sino que por más que se aguce y esfuerce, la doma, y la ata, y la convence; y es argumento breve y clarísimo, y que se compone todo él de lo que toca el sentido. Porque ruégoos, Juliano y Sabino, que me digáis (y si mi ingenio por su flaqueza no pasa adelante, tended vosotros la vista aguda de los vuestros, que quizá veréis más) ansí que decidme, hablando agora de Cristo, y de las cosas y obras suyas, que á todas las gentes ansí fieles como infieles fueron notorias, ansí las que hizo Él por sí en su vida, como las que hicieron sus discípulos de Él después de su muerte; decidme, no es evidente á todo entendimiento, por más ciego que sea, que aquello se hizo ó por virtud de Dios, ó por virtud del demonio, y que ninguna fuerza de hombre, no siendo favorecido de alguna otra mayor, no era poderosa para hacer lo que viéndolo todos hicieron Cristo y los suyos? Evidente es esto sin duda. Porque aquellas obras maravillosas que las historias de los mismos infieles publican, y la conversión de toda la gentilidad que es notoria á todos ellos, y fué la más milagrosa obra de todas; ansí que estas maravillas y milagros tan grandes, necesaria cosa es decir, que fueron ó falsos, ó verdaderos milagros: y si falsos, que los hizo el demonio, y si verdaderos, que los obró Dios.

Pues siendo esto ansí como es, si fuere evidente que no los hizo el poder del demonio, quedará convencido que Dios los obró. Y es evidente que no los hizo el demonio porque por

ellos, como todas las gentes lo vieron, fué destruido el demonio y su poder, y el señorío que tenía en el mundo, derrocándole los hombres sus templos, y negándole el culto y servicio que le daban antes, y blasfemando de él. Y lo que pasó entónces en toda la redondez del orbe romano, pasó en la edad de nuestros padres, y pasa agora en la nuestra, y por vista de ojos lo vemos en el mundo nuevamente hallado. En el cual, desplegando por él su victoriosa bandera la palabra del Evangelio, destierra por donde quiera que pasa, la adoración de los ídolos. Por manera que Cristo ó es BRAZO DE DIOS, ó es poder del demonio. Y no es poder del demonio, como es evidente, porque deshace y arruina el poder del demonio. Luego evidentemente es BRAZO DE DIOS. Oh! cómo es luz la verdad, y cómo ella misma se dice, y defiende, y sube en alto, y resplandece, y se pone en lugar seguro y libre de contradicción! No veis con cuán simples y breves palabras la pura verdad se concluye? que torno á decirlo otra y tercera vez. Si Cristo no fué error del demonio, de necesidad se concluye que fué luz y verdad de Dios. Porque entre ello no hay medio. Y si Cristo destruyó el ser, y saber y poder del demonio, como de hecho le destruyó, evidente es que no fué ministro ni fautor del demonio.

Humíllese pues á la verdad la infidelidad, y convencida confiese, que Cristo nuestro bien no es invención del demonio, sino verdad de Dios, y fuerza suya, y su justicia, y su valentía, y su nombrado y poderoso BRAZO. El cual si tan valeroso nos parece en esto que ha hecho, en lo que le resta por hacer, y nos tiene prometido de hacerlo, qué nos parecerá cuando lo hiciere? y cuando, como escribe San Pablo (I. ad Cor. cap. xv, v. 24.), dejare vacías, esto es, depusiere de su ser y valor á todas las potestades y principados, sujetando á sí y á su poder enteramente todas las cosas, para que reine Dios en todas ellas? cuando diere fin al pecado, y acabare la muerte, y sepultare en el infierno para nunca salir de allí la cabeza y el cuerpo del mal? Mucho más es lo que se pudiera decir acerca de este propósito: mas para dar lugar á lo que nos resta, basta lo dicho, y aun sobra, á lo que parece, según es grande la priesa que se da el sol en llevarnos el dia.—Aquí Juliano, levantando los ojos miró hácia el sol

que ya se iba á poner, y dijo: Huyen las horas, y cuasi no las habemos sentido pasar, detenidos, Marcelo, con vuestras razones. Mas para decir lo demás que os placiere, no será menos conveniente la noche templada, que ha sido el dia caluroso.—Y más, dijo encontinente Sabino, que como el sol se fuere á su oficio, vendrá luégo en su lugar la luna, y el coro resplandeciente de las estrellas con ella, que, Marcelo, os harán mayor auditorio, y callando con la noche todo, y hablando solo vos, os escucharán atentísimas. Vos mirad no os halle desapercibido un auditorio tan grande. Y diciendo esto, y desplegando el papel, sin atender más respuesta, leyó.

§. II.

Es Cristo llamado REY, y de las cualidades que Dios puso en Él, para este oficio.

Nómbrase Cristo también REY DE DIOS. *En el Salmo segundo dice Él de sí, según nuestra letra* (Ps. II, v. 6.): Yo soy REY constituido por Él, *esto es, por Dios*, sobre Sión su monte santo. *Y según la letra original dice Dios de Él*: Yo constituí á mi REY sobre el monte de Sión, monte santo mio. *Y según la misma letra en el capítulo catorce de Zacarías* (Zach. c. XIV, v. 16.): Y vendrán todas las gentes, y adorarán al REY del Señor.

—Y leido esto, añadió el mismo Sabino diciendo: Mas es poco todo lo demás que en este papel se contiene; y ansí, por no desplegarle más veces, quiérolo leer de una vez, y dijo:

Nómbrase también PRINCIPE DE PAZ, *y nómbrase* ESPOSO. *Lo primero se ve en el capítulo nueve de Isaías, donde hablando de Él el Profeta dice* (Isai. cap. IX, v. 6.): Y será llamado PRINCIPE DE PAZ. *De lo segundo Él mismo en el evangelio de San Juan en el capítulo tercero dice* (Joan. cap. III, v. 29.): El que tiene esposa, esposo es, y su amigo oye la voz del ESPOSO, y gózase. *Y en otra parte* (Matth. cap. IX, v. 15.): Vendrán dias, cuando les será quitado el ESPOSO, y entonces ayunarán.

Y con esto calló.—Y Marcelo comenzó por esta manera: En confusión me pusiera, Sabino, lo que habéis dicho, si ya

no estuviera usado á hablar en los oidos de las estrellas, con las cuales comunico mis cuidados y mis ansias las más de las noches; y tengo para mí que son sordas, y si no lo son, y me oyen, estas razones de que agora tratamos, no me pesará que las oigan, pues son suyas, y de ellas las aprendimos nosotros, según lo que en el Salmo se dice (Ps. XVIII, v. 2.): *Que el cielo pregona la gloria de Dios, y sus obras las anuncia el cielo estrellado.* Y la gloria de Dios, y las obras, de que Él señaladamente se precia, son los hechos de Cristo, de que platicamos agora. Ansí que oiga en buena hora el cielo lo que nos vino del cielo, y lo que el mismo cielo nos enseñó. Mas sospecho, Sabino, que según es baja mi voz, el ruido que en esta presa hace el agua cayendo, que crecerá con la noche, les hurtará de mis palabras las más. Y como quiera que sea, viniendo á nuestro propósito, pues Dios, en lo que habéis agora leido, llama á Cristo REY suyo, siendo ansí que todos los que reinan son reyes por mano de Dios; claramente nos da á entender y nos dice, que Cristo no es REY como los demás reyes, sino REY por excelente y no usada manera. Y según lo que yo alcanzo, á solas tres cosas se puede reducir todo lo que engrandece las excelencias y alabanzas de un rey. Y la una consiste en las cualidades que en su misma persona tiene convenientes para el fin del reinar. Y la otra está en la cóndición de los súbditos sobre quien reina. Y la manera como los rige, y lo que hace con ellos el rey es la tercera y postrera. Las cuales cosas en Cristo concurren y se hallan como en ninguno otro, y por esta causa es Él solo llamado por excelencia REY hecho por Dios.

Y digamos de cada una de ellas por sí. Y lo primero que toca á las cualidades que puso Dios en la naturaleza humana de Cristo para hacerle REY, comenzándolas á declarar y á contar, una de ellas es humildad y mansedumbre de corazón: como Él mismo de sí lo testifica diciendo (Matth. c. XI. v. 29): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Y como decíamos poco ha, Isaías canta de Él (Isai., c. XLII, vv. 2. 3): *No será bullicioso, ni apagará una estopa que humee, ni una caña quebrantada la quebrará.* Y el Profeta Zacharías también (Zachar., c. IX, v. 9): *No quieras temer*, dice, *hija de Sión, que tu* REY *viene á tí justo, y salvador, y pobre*, ó como dice

otra letra, *manso y asentado sobre un pollino.* Y parecerá al juicio del mundo, que esta condición de ánimo no es nada decente al que ha de reinar: mas Dios, que no sin justísima causa llama entre todos los demás reyes á Cristo su REY, y que quiso hacer en él un REY de su mano que respondiese perfectamente á la idea de su corazón, halló como es verdad, que la primera piedra de esta su obra era un ánimo manso y humilde, y vió que un semejante edificio tan soberano y tan alto no se podía sustentar sino sobre cimientos tan hondos. Y como en la música no suenan todas las voces agudo, ni todas grueso, sino grueso y agudo debidamente; y lo alto se templa y reduce á consonancia en lo bajo: ansí conoció que la humildad y mansedumbre entrañable que tiene Cristo en su alma, convenía mucho para hacer armonía con la alteza y universalidad de saber y poder, con que sobrepuja á todas las cosas criadas. Porque si tan no medida grandeza cayera en un corazón humano, que de suyo fuera airado y altivo, aunque la virtud de la persona divina era poderosa para corregir este mal, pero ello de sí no podia prometer ningún bien.

Demás de qué, cuando de sí no fuera necesario que un tan soberano poder se templara en llaneza, ni á Cristo, por lo que á Él y á su ánima toca, le fuera necesaria ó provechosa esta mezcla; á los súbditos y vasallos suyos nos convenía que este REY nuestro fuese de excelente humildad. Porque toda la eficacia de su gobierno, y toda la muchedumbre de no estimables bienes que de su gobierno nos vienen, se nos comunican á todos por medio de la fe y del amor que tenemos con Él, y nos junta con Él. Y cosa sabida es, que la majestad y grandeza, y toda la excelencia que sale fuera de competencia, en los corazones más bajos no engendra afición, sino admiración y espanto, y más arredra que allega ó atrae. Por lo cual no era posible que un pecho flaco y mortal, que considerase la excelencia sin medida de Cristo, se le aplicase con fiel afición, y con aquel amor familiar y tierno con que quiere ser de nosotros amado, para que se nos comunique su bien, si no le considerara también no menos humilde que grande, y si como su majestad nos encoge, su inestimable llaneza, y la nobleza de su perfecta humildad no despertara osadía y esperanza en nuestra alma.

Y á la verdad, si queremos ser jueces justos y fieles, ningún afecto ni arreo es más digno de los reyes, ni más necesario, que lo manso y lo humilde; sino que con las cosas habemos ya perdido los hombres el juicio de ellas y su verdadero conocimiento: y como siempre vemos altivez, y severidad, y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los pobres. Y no miramos siquiera que la misma naturaleza divina, que es emperatriz sobre todo, y de cuyo ejemplo han de sacar los que reinan la manera como han de reinar, con ser infinitamente alta, es llana infinitamente, y (si este nombre de humilde puede caber en ella, y en la manera que puede caber) humildísima: pues como vemos, desciende á poner su cuidado y sus manos ella por sí misma, no sólo en la obra de un vil gusano, sino también en que se conserve y que viva; y matiza con mil graciosos colores sus plumas al pájaro, y viste de verde hoja los árboles, y eso mismo que nosotros despreciando hollamos, los prados y el campo, aquella majestad no se desdeña de irlo pintando con yerbas y flores. Por donde con voces llenas de alabanza y de admiración le dice David (Ps. CXII, vv. 5, 6): *Quién es como nuestro Dios, que mora en las alturas, y mira con cuidado hasta las más humildes bajezas, y El mismo juntamente está en el cielo y en la tierra?*

Ansí que si no conocemos ya aquesta condición en los príncipes, ni se la pedimos, porque el mal uso recibido y fundado daña las obras, y pone tinieblas en la razón, y porque á la verdad ninguna cosa son menos que los que se nombran señores y príncipes; Dios en su Hijo, á quien hizo príncipe de todos los príncipes, y sólo verdadero REY entre todos, como cualidad necesaria y preciada la puso. Mas en qué manera la puso? ó qué tanta es y fué su dulce humildad? Mas pasemos á otra condición que se sigue, que diciendo de ella, dirémos en mejor lugar la grandeza de aquesta que habemos llamado mansedumbre y llaneza; porque son entre sí muy vecinas, y lo que diré es como fruto de aquesto que he dicho. Pues fué Cristo, demás de ser manso y humilde, más ejercitado que ninguno otro hombre en la experiencia de los trabajos y dolores humanos. A la cual experiencia sujetó el Padre á su Hijo, porque le había de hacer REY verdadero, y para que

en el hecho de la verdad fuese perfectísimo REY, como San Pablo lo escribe (Ad Hebr., c. II, vv. 10, 11): *Fué decente, que Aquel de quien, y por quien, y para quien son todas las cosas, queriendo hacer muchos hijos para los llevar á la gloria, al príncipe de la salud de ellos le perfeccionase con pasión y trabajos; porque el que santifica y los santificados han de ser todos de un mismo metal.* Y entreponiendo ciertas palabras, luégo poco más abajo torna y prosigue (Ibid., vv. 17, 18): *Por donde convino que fuese hecho semejante á sus hermanos en todo, para que fuese cabal, y fiel, y misericordioso pontífice para con Dios, para aplacarle en los pecados del pueblo. Que por cuanto padeció El siendo tentado, es poderoso para favorecer á los que fueron tentados.* En lo cual no sé cuál es más digno de admiración, el amor entrañable con que Dios nos amó, dándonos un REY para siempre, no sólo de nuestro linaje, sino tan hecho á la medida de nuestras necesidades, tan humano, tan llano, tan compasivo, y tan ejercitado en toda pena y dolor; ó la infinita humildad, y obediencia, y paciencia de este nuestro perpetuo REY, que no sólo para animarnos á los trabajos, sino también para saber Él condolerse más de nosotros cuando estamos puestos en ellos, tuvo por bueno hacer prueba Él en sí primero de todos.

Y como unos hombres padezcan en una cosa, y otros en otra; Cristo, porque ansí como su imperio se extendía por todos los siglos, ansí la piedad de su ánimo abrazase á todos los hombres, probó en sí casi todas las miserias de pena. Porque qué dejó de probar? Padecen algunos pobreza: Cristo la padeció más que otro ninguno. Otros nacen de padres bajos y oscuros, por donde son tenidos por menos: el padre de Cristo, á la opinión de los hombres, fué un oficial carpintero. El destierro y el huir á tierra ajena fuera de su natural, es trabajo: y la niñez de aqueste Señor huye su natural, y se esconde en Egipto. Apenas ha nacido la luz, y ya el mal la persigue. Y si es pena el ser ocasión de dolor á los suyos; el infante pobre huyendo, lleva en pos de sí por casas ajenas á la doncella pobre y bellísima, y al ayo santo y pobre también. Y aun por no dejar de padecer la angustia que el sentido de los niños más siente, que es perder á sus padres; Cristo quiso ser y fué niño perdido.

Mas vengamos á la edad de varón. Qué lengua podrá decir los trabajos y dolores que Cristo puso sobre sus hombros? El no oido sufrimiento y fortaleza con que los llevó? Las invenciones y los ingenios de nuevos males, que Él mismo ordenó como saboreándose en ellos? Cuán dulce le fué el padecer? Cuánto se preció de señalarse sobre todos en esto? Cómo quiso que con su grandeza compitiese en Él su humildad y paciencia? Sufrió hambre, padeció frio, vivió en extremada pobreza, cansóse y desvelóse, y anduvo muchos caminos, sólo á fin de hacer bienes de incomparable bien á los hombres. Y para que su trabajo fuese trabajo puro, ó por mejor decir, para que llegase creciendo á su grado mayor; de todo aqueste afán, el fruto fueron muy mayores afanes; y de sus tan grandes sudores, no cogió sino dolores, y persecuciones y afrentas; y sacó del amor, desamor; del bien hacer, mal padecer; del negociarnos la vida, muerte extremadamente afrentosa: que es todo lo amargo y lo duro á que en este género de calamidad se puede subir. Porque si es dolor pasar uno pobreza y desnudez, y mucho desvelamiento y cuidado; que será cuando por quien se pasa no lo agradece? ¿qué cuando no lo conoce? qué cuando lo desconoce, lo desagradece, lo maltrata y persigue? Dice David en el Salmo (Ps. XXXVII, v. 12): *Si quien me debía enemistad me persiguiera, fuera cosa que la pudiera llevar; mas mi amigo, y mi conocido, y el que era un alma conmigo, el que comía á mi mesa, y con quien comunicaba mi corazón.* Como si dijese, que el sentimiento de un semejante caso vencía á cualquiera otro dolor. Y con ser ansí, pasa un grado más adelante el de Cristo. Porque no sólo le persiguieron los suyos, sino los que por infinitos beneficios que recibían de Él, estaban obligados á serlo; y lo que es más, tomando ocasión de enojo y de odio, de aquello mismo que con ningún agradecimiento podían pagar, como se querella en su misma persona de Él el Profeta Isaías diciendo (Isai., c. XLIX, v. 4): *Y dije: trabajado he por demás, consumido he en vano mi fortaleza, por donde mi pleito es con el Señor, y mi obra con el que es Dios mio.* Sería negocio infinito, si quisiésemos por menudo decir en cada una obra de las que hizo Cristo, lo que sufrió y padeció.

Vengamos al remate de todas ellas, que fué su muerte, y

verémos cuánto se preció de beber puro este cáliz, y de señalarse sobre todas las criaturas en gustar el sentido de la miseria por extremada manera, llegando hasta lo último de él. Mas quién podrá decir ni una pequeña parte de aquesto? No es posible decirlo todo, mas diré brevemente lo que basta para que se conozcan los muchos quilates de dolor con que calificó Cristo aqueste dolor de su muerte; y los innumerables males que en un solo mal encerró. Siéntese más la miseria, cuando sucede á la prosperidad; y es género de mayor infelicidad en los trabajos el haber sido en algún tiempo feliz. Poco antes que le prendiesen y pusiesen en cruz, quiso ser recibido, y lo fué de hecho con triunfo glorioso. Y sabiendo cuán mal tratado había de ser dende á poco, para que el sentimiento de aquel tratamiento malo fuese más vivo, ordenó que estuviese reciente y como presente la memoria de aquella divina honra, que aquellos mismos que agora le despreciaban, ocho dias antes le hicieron. Y tuvo por bien que casi se encontrasen en sus oidos las voces de *Hosanna, hijo de David*, y de *Bendito el que viene en el nombre de Dios;* con las de *Crucifícale! crucifícale!* y con las de *Veis el que destruía y reedificaba el templo de Dios en tres dias, no puede salvarse á sí, y pudo salvar á los otros.* Para que lo desigual de ellas, y la contrariedad que entre sí tenían con las unas las otras, causase mayor pena en su corazón.

Suele ser descanso á los que de esta vida se parten, no ver las lágrimas, y los sollozos, y la tristeza afligida de los que bien quieren: Cristo la noche á quien sucedió el dia último de su vida mortal, los juntó á todos, y cenó con ellos juntos, y les manifestó su partida, y vió su congoja, y tuvo por bien verla y sentirla, para que con ella fuese más amarga la suya. Qué palabras les dijo en lo que platicó con ellos aquella noche? Qué enternecimientos de amor? Que si á los que agora los vemos escritos, el oirlos nos enternece, qué sería lo que obraron entonces en quien los decía? Pero vamos adonde ya Él mismo, levantado de la mesa, y caminando para el huerto nos lleva. Qué fué cada uno de los pasos de aquel camino, sino un clavo nuevo que le hería, llevándole al pensamiento y á la imaginación la prisión y la muerte, á que ellos mismos le acercaban buscándola? Mas qué fué lo que hizo en el huerto,

que no fuese acrecentamiento de pena? Escogió tres de sus discípulos para su compañía y conhorte, y consintió que se venciesen del sueño, para que con ver su descuido de ellos, su cuidado y su pena de Él creciese más.

Derrocóse en oraciones del Padre pidiéndole que pasase de El aquel caliz, y no quiso ser oido en aquesta oración. Dejó desear á su sentido lo que no quería que se le concediese, para sentir en sí la pena que nace del desear, y no alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastara el mal y el tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer, como si dijésemos, vigilia de ella, y morir antes que muriese, ó por mejor decir, morir dos veces, la una en el hecho, y la otra en la imaginación de él. Porque desnudó por una parte á su sentido inferior de las consolaciones y esfuerzos del cielo, y por otra parte le puso en los ojos una representación de los males de su muerte, y de las ocasiones de ella, tan viva, tan natural, tan expresa, y tan figurada, y con una fuerza tan eficaz, que lo que la misma muerte en el hecho no pudo hacer sin ayudarse de las espinas y el hierro, en la imaginación y figura por sí misma y sin armas ningunas lo hizo. Que le abrió las venas, y sacándole la sangre de ellas, bañó con ella el sagrado cuerpo y el suelo. Qué tormento tan desigual fué este con que se quiso atormentar de antemano! Qué hambre, ó digamos, qué codicia de padecer! No se contentó con sentir el morir, sino quiso probar también la imaginación y el temor del morir lo que puede doler. Y porque la muerte súbita, y que viene no pensada y cuasi de improviso, con un breve sentido se pasa; quiso entregarse á ella antes que fuese. Y antes que sus enemigos se la acarreasen, quiso traerla Él á su alma, y mirar su figura triste, y tender el cuello á su espada, y sentir por menudo y de espacio sus heridas todas, y avivar más sus sentidos, para sentir más el dolor de sus golpes, y como dije, probar hasta el cabo cuánto duele la muerte, esto es, el morir y el temor del morir.

Y aunque digo el temor del morir, si tengo de decir, Juliano, lo que siempre entendí acerca de esta agonía de Cristo, no entiendo que fué el temor el que le abrió las venas, y le hizo sudar gotas de sangre. Porque aunque de hecho temió, porque Él quiso temer, y temiendo probar los accidentes ás-

peros que trae consigo el temor; pero el temor no abre el cuerpo, ni llama á fuera la sangre, antes la recoge á dentro, y la pone á la redonda del corazón, y deja frio lo exterior de la carne, y por la misma razón aprieta los poros de ella. Y ansí no fué el temor el que sacó á fuera la sangre de Cristo, sino si lo habemos de decir con una palabra, el esfuerzo y el valor de su ánima, con que salió al encuentro, y con que al temor resistió, ese, con el tesón que puso, le abrió todo el cuerpo. Porque se ha de entender que Cristo, como voy diciendo, porque quiso hacer prueba en sí de todos nuestros dolores, y vencerlos en sí, para que después fuesen por nosotros más fácilmente vencidos; armó contra sí en aquella noche, todo lo que vale y puede la congoja y el temor, y consintió que todo ello de tropel, y como en un escuadrón moviese guerra á su alma. Porque figurándolo todo con no creible viveza, puso en ella como vivo y presente, lo que otro día había de padecer, ansi en el cuerpo con dolores, como en esta misma alma con tristeza y congojas. Y juntamente con esto hizo también que considerase su alma las causas, por las cuales se sujetaba á la muerte, que eran las culpas pasadas, y por venir de todos los hombres, con la fealdad y graveza de ellas, y con la indignación grandísima, y la encendida ira que Dios contra ellas concibe: y ni más ni ménos consideró el poco fruto, que tan ricos y tan trabajados trabajos habían de hacer en los más de los hombres.

Y todas estas cosas juntas, y distintas, y vivísimamente consideradas le acometiéron á una, ordenándolo Él, para ahogarle y vencerle. De lo cual Cristo no huyo, ni rindió á estos temores y fatigas apocadamente su alma, ni para vencerla, les embotó, como pudiera, las fuerzas; antes como he dichos cuanto fué posible, se las acrecentó: ni menos armó á sí mismo y á su santa alma, ó con insensibilidad para no sentir, antes despertó en ella más sus sentidos; ó con la defensa de su divinidad, bañándola en gozo, con el cual no tuviera sentido el dolor; ó á lo menos con el pensamiento de la gloria y bienaventuranza divina, á la cual por aquellos males caminaba su cuerpo, apartando su vista de ellos, y volviéndola á aquesta otra consideración; ó templando siquiera la una consideración con la otra: sino desnudo de todo esto, y con solo

el valor de su alma y persona, y con la fuerza que ponía en su razón el respeto de su Padre, y el deseo de obedecerle, les hizo á todos cara, y luchó, como dicen, á brazo partido con todos, y al fin lo rindió todo, y lo sujetó debajo sus piés. Mas la fuerza que puso en ello, y el estribar la razón contra el sentido, y como dije, el tesón generoso con que aspiró á la victoria, llamó á fuera los espíritus y la sangre, y la derramó. Por manera que lo que vamos diciendo, que gustó Cristo de sujetarse á nuestros dolores haciendo en sí pruebas de ellos, según esta manera de decir, aun se cumple mejor. Porque no sólo sintió el mal del temor, y la pena de la congoja, y el trabajo que es sentir uno en sí diversos deseos, y el desear algo que no se cumple; pero la fatiga increible del pelear contra su apetito propio, y contra su misma imaginación, y el resistir á las formas horribles de tormentos y males y afrentas, que se le venían espantosamente á los ojos para ahogarle, y el hacerles cara, y el peleando uno contra tantos valerosamente vencerlos con no oido trabajo y sudor, también lo experimentó.

Mas de qué no hizo experiencia? También sintió la pena que es ser vendido y traido á muerte por sus mismos amigos, como Él lo fué en aquella noche de Judas: el ser desamparado en su trabajo de los que le debían tanto amor y cuidado: el dolor de trocarse los amigos con la fortuna: el verse no solamente negado de quien tanto le amaba, mas entregado del todo en las manos de quien le desamaba tan mortalmente. La calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos, la injusticia misma, y la sed de la sangre inocente asentada en el soberano tribunal por juez: males, que sólo quien los ha probado los siente. La forma de juicio, y el hecho de cruel tiranía, el color de religión, adonde era todo impiedad y blasfemia. El aborrecimiento de Dios, disimulado por defuera con apariencias falsas de su amor y su honra. Con todas estas amarguras templó Cristo su cáliz, y añadió á todas ellas las injurias de las palabras, las afrentas de los golpes, los escarnios, las befas, los rostros y los pechos de sus enemigos bañados en gozo, el ser traido por mil tribunales, el ser estimado por loco, la corona de espinas, los azotes crueles; y lo que entre estas cosas se encubre, y es dolorosísimo para el

sentido, que fué el llegar tantas veces en aquel día de su prisión la causa de Cristo mejorándose á dar buenas esperanzas de sí, y habiendo llegado á este punto, el tornar súbitamente á empeorarse después.

Porque cuando Pilato despreció la calumnia de los fariseos, y se enteró de su envidia, mostró prometer buen suceso el negocio. Cuando temió por haber oido que era Hijo de Dios, y se recogió á tratar de ello con Cristo; resplandeció como una luz y cierta esperanza de libertad y salud. Cuando remitió el conocimiento del pleito Pilato á Herodes, que por oidas juzgaba divinamente de Cristo; quién no esperó breve y feliz conclusión? Cuando la libertad de Cristo la puso Pilato en la elección del pueblo, á quien con tantas buenas obras Cristo tenía obligado: cuando les dió poder que librasen al homicida, ó al que restituía los muertos á vida: cuando avisó su mujer al juez de lo que había visto en visión, y le amonestó que no condenase á aquel justo: qué fué sino un llegar casi á los umbrales el bien? Pues este subir á esperanzas alegres, y caer de ellas al mismo momento; este abrirse el día del bien, y tornar á oscurecerse de súbito; el despintarse improvisamente la salud que ya ya se tocaba: digo pues, que este variar entre esperanza y temor, y esta tempestad de olas diversas, que ya se encumbraban prometiéndole vida, y ya se derrocaban amenazando con muerte; esta desventura y desdicha que es propia de los muy desgraciados, de florecer para secarse luégo, y de revivir para luégo morir, y de venirles el bien, y desaparecerse, deshaciéndoseles entre las manos cuando les llega, probó también en sí mismo el Cordero. Y la buena suerte y la buena dicha única de todas las cosas quiso gustar de lo que es ser uno infeliz.

Infinito es lo que acerca de esto se ofrece: mas cánsase la lengua en decir lo que Cristo no se cansó en padecer. Dejo la sentencia injusta, la voz del pregón, los hombros flacos, la cruz pesada, el verdadero y propio cetro de aqueste nuestro gran REY, los gritos del pueblo, alegres en unos, y en otros llorosos, que todo ello traía consigo su propio y particular sentimiento. Vengó al monte Calvario. Si la pública desnudez en una persona grave es áspera y vergonzosa; Cristo quedó delante de todos desnudo. Si el ser atravesado con hierro

por las partes más sensibles del cuerpo, es tormento grandísimo; con clavos fuéron allí atravesados los piés y las manos de Cristo. Y porque fuese el sentimiento mayor, el que es piadoso aun con las más viles criaturas del mundo, no lo fué consigo mismo; antes en una cierta manera se mostró contra sí mismo cruel. Porque lo que la piedad natural, y el afecto humano y común, que aun en los ejecutores de la justicia se muestra, tenía ordenado para menos tormento de los que morian en cruz; ofreciéndoselo á Cristo, lo desechó. Porque daban á beber á los crucificados en aquel tiempo, antes que los enclavasen, cierto vino confeccionado con mirra é incienso, que tiene virtud de ensordecer el sentido, y como embotarle al dolor, para que no sienta: y Cristo, aunque se lo ofrecieron, con la sed que tenía de padecer, no lo quiso beber.

Ansí que desafiando al dolor, y desechando de sí todo aquello con qué se pudiera defender en aquel desafio, el cuerpo desnudo, y el corazón armado con fortaleza, y con solas las armas de su no vencida paciencia, subió este nuestro REY en la cruz. Y levantada en alto la salud del mundo, y llevando al mundo sobre sus hombros, y padeciendo Él solo la pena que merecía padecer el mundo por sus delitos; padeció lo que decir no se puede. Porque en qué parte de Cristo, ó en qué sentido suyo no llegó el dolor á lo sumo? Los ojos vieron lo que visto traspasó el corazón, la Madre viva y muerta presente. Los oidos estuvieron llenos de voces blasfemas y enemigas. El gusto, cuando tuvo sed, gustó hiel y vinagre. El sentido todo del tacto, rasgado y herido por infinitas partes del cuerpo, no tocó cosa que no le fuese enemiga y amarga. Al fin dió licencia á su sangre, que como deseosa de lavar nuestras culpas salía corriendo abundante y presurosa. Y comenzó á sentir nuestra Vida despojada de su calor, lo que sólo le quedaba ya por sentir, los frios tristísimos de la muerte, y al fin sintió y probó la muerte también.

Pero para qué me detengo yo en esto? Lo que agora Cristo, que reina glorioso y señor de todo en el cielo, nos sufre, muestra bien claramente cuán agradable le fué siempre el sujetarse á trabajos. Cuántos hombres, ó por decir verdad, cuántos pueblos y cuántas naciones enteras, sintiendo mal de la pureza de su doctrina, blasfeman hoy de su nom-

bre? Y con ser ansí que Él en sí está exento de todo mal y miseria, quiere y tiene por bien, de, en la opinión de los hombres, padecer esta afrenta, en cuanto su cuerpo místico, que vive en este destierro, padece, para compadecerse ansí de él, y para conformarse siempre con él.—Nuevo camino para ser uno REY, dijo aquí Sabino vuelto á Juliano, es este que nos ha descubierto Marcelo. Y no sé yo, si acertaron con él algunos de los que antiguamente escribieron acerca de la crianza é institución de los Príncipes; aunque bien sé, que los que agora viven, no le siguen. Porque en el no saber padecer, tienen puesto lo principal del ser REY.—Algunos dijo al punto Juliano, de los antiguos quisieron, que el que se criaba para ser REY, se criase en trabajos, pero en trabajos de cuerpo, con que saliese sano y valiente: mas en trabajos de ánimo, que le enseñasen á ser compasivo, ninguno, que yo sepa, lo escribió ni enseñó. Mas si fuera aquesta enseñanza de hombres, no fuera aqueste Rey de Marcelo, Rey propiamente hecho á la traza y al ingenio de Dios: el cual camina siempre por caminos verdaderos, y por el mismo caso contrarios á los del mundo, que sigue el engaño.

Ansí que no es maravilla, Sabino, que los Reyes de agora no se precien para ser Reyes de lo que se preció Jesucristo, porque no siguen en el ser Reyes un mismo fin. Porque Cristo ordenó su reinado á nuestro provecho, y conforme á esto se cualificó á sí mismo, y se dotó de todo aquello que parecía ser necesario para hacer bien á sus súbditos: mas estos que agora nos mandan, reinan para sí, y por la misma causa no se disponen ellos para nuestro provecho, sino buscan su descanso en nuestro daño. Mas aunque ellos, cuanto á lo que les toca, desechen de sí este amaestramiento de Dios; la experiencia de cada día nos enseña, que no son los que deben, por carecer de él. Porque de dónde pensais que nace, Sabino, el poner sobre sus súbditos tan sin piedad tan pesadísimos yugos, el hacer leyes rigorosas, el ponerlas en ejecución con mayor crueldad y rigor; sino de nunca haber hecho experiencia en sí de lo que duele la aflicción y pobreza?—Ansí es, dijo Sabino: pero qué ayo osaría ejercitar en dolor y necesidad á su Príncipe? ó si osase alguno, cómo sería recibido y

sufrido de los demás?—Esa es, respondió Juliano, nuestra mayor ceguedad, que aprobamos lo que nos daña, y que tendríamos por bajeza, que nuestro Príncipe supiese de todo, siendo para nosotros tan provechoso, como habéis oido, que lo supiese. Mas si no se atreven á esto los ayos, es porque ellos, y los demás que crían á los Príncipes, los quieren imponer en el ánimo, á que no se precien de bajar los ojos de su grandeza con blandura á sus súbditos; y en el cuerpo, á que ensanche el estómago cada día con cuatro comidas, y á que aun la seda les sea áspera, y la luz enojosa.

Pero aquesto, Sabino, es de otro lugar, y quitamos en ello á Marcelo el suyo, ó por mejor decir, á nosotros mismos el de oir enteramente las cualidades de aqueste verdadero REY nuestro.—A mí, dijo Marcelo, no me habéis, Juliano, quitado ningún lugar; sino antes me habéis dado espacio para que con más aliento prosiga mejor mi camino. Y á vos, Sabino, dijo volviéndose á él, no os pase por la imaginación, querer concertar, ó pensar que es posible que se concierten las condiciones que puso Dios en su REY, con las que tienen estos Reyes que vemos. Que si no fueran tan diferentes del todo, no le llamara Dios señaladamente su REY: ni su reino de ellos se acabara con ellos, y el de nuestro REY fuera sempiterno, como es. Ansí que pongan ellos su estado en la altivez, y no se tengan por Reyes, si padecen alguna pena: que Dios procediendo por camino diferente, para hacer en Jesucristo un REY que mereciese ser suyo, le hizo humildísimo, para que no se desvaneciese en soberbia con la honra; y le sujetó á miseria y á dolor, para que se compadeciese con lástima de sus trabajados y doloridos súbditos. Y demás de esto, y para el mismo fin de buen REY, le dió un verdadero y perfecto conocimiento de todas las cosas, y de todas las obras de ellas, ansí las que fueron, como las que son y serán: porque el Rey, cuyo oficio es juzgar, dando á cada uno su merecido, y repartiendo la pena y el premio, si no conoce él por sí la verdad, traspasará la justicia: que el conocimiento que tienen de sus reinos los Príncipes por relaciones y pesquisas ajenas, más los ciega, que los alumbra.

Porque demás de que los hombres, por cuyos ojos y oidos ven y oyen los Reyes, muchas veces se engañan; procuran

ordinariamente engañarlos por sus particulares intereses é intentos. Y ansí por maravilla entra en el secreto real la verdad. Mas nuestro REY, porque su entendimiento como clarísimo espejo le representa siempre cuanto se hace y se piensa, no juzga, como dice Isaías (Isai. cap. XI, v. 3.) ni reprende, ni premia por lo que al oido le dicen, ni según lo que á la vista parece, porque el un sentido y el otro sentido puede ser engañado: ni tiene de sus vasallos la opinión que otros vasallos suyos aficionados ó engañados le ponen, sino la que pide la verdad, que Él claramente conoce. Y como puso Dios en Cristo el verdadero conocer á los suyos, ansí mismo le dió todo el poder para hacerles mercedes. Y no solamente le concedió que pudiese, mas también en Él mismo, como en tesoro, encerró todos los bienes y riquezas que pueden hacer ricos y dichosos á los de su reino: de arte que no trabajaran remitidos de unos á otros ministros con largas. Mas lo que es principal, hizo para perfeccionar este REY, que sus súbditos todos fuesen sus deudos, ó por mejor decir, que naciesen de Él todos, y que fuesen hechura suya, y figurados á su semejanza. Aunque esto sale ya de lo primero que toca á las cualidades del REY, y entra en lo segundo que propusimos, de las condiciones de los que en este reino son súbditos. Y digamos ya de ellas. Y á la verdad casi todas ellas se reducen á esta, que es ser generosos y nobles todos, y de un mismo linaje. Porque aunque el mando de Cristo universalmente comprende á todos los hombres, y á todas las criaturas, ansí las buenas, como las malas, sin que ninguna de ellas pueda eximirse de su sujeción, ó se contente de ello ó le pese: pero el reino suyo, de que agora vamos hablando, y el reino en quien muestra Cristo sus nobles condiciones de REY, y el que ha de durar perpetuamente con Él descubierto y glorioso (porque á los malos tendrálos encerrados y aprisionados y sumidos en eterno olvido y tinieblas) ansí que este reino son los buenos y justos solos, y de estos decimos agora, que son generosos todos, y de linaje alto, y todos de uno mismo. Porque dado que sean diferentes en nacimientos; mas, como esta mañana se dijo, el nacimiento en que se diferencian, fué nacimiento perdido, y de quien caso no se hace para lo que toca á ser vasallos en este reino, el cual se compone todo de lo que San Pablo llama

nueva criatura, cuando á los de Galacia escribe diciendo (Ad Galat. cap. VI, v. 15.) *Acerca de Cristo Jesús, ni es de estima la circuncisión ni el prepucio, sino la criatura nueva.* Y ansí todos son hechura y nacimiento del cielo, y hermanos entre sí, é hijos todos de Cristo en la manera ya dicha.

Vió David esta particular excelencia de este reino de su nieto divino, y dejóla escrita breve y elegantemente en el Salmo ciento y nueve, según una lección que ansí dice (Ps. CIX, v. 3.): *Tu pueblo príncipes, en el dia de tu poderío.* Adonde lo que decimos *príncipes*, la palabra original, que es *Nedaboth*, significa al pié de la letra liberales, dadivosos, ó generosos de corazón. Y ansí dice, que en el dia de su poderío, que llama ansí el reino descubierto de Cristo, cuando vencido todo lo contrario, y como deshecha con los rayos de su luz toda la niebla enemiga, que agora se le opone, viniere en el último tiempo, y en la regeneración de las cosas, como puro sol, á resplandecer solo, claro, y poderoso en el mundo: pues en este su dia, cuando Él, y lo apurado y escogido de sus vasallos resplandecerá solamente, quedando los demás sepultados en oscuridad y tinieblas, en este tiempo, y en este dia su pueblo serán príncipes. Esto es, todos sus vasallos serán Reyes, y Él, como con verdad la Escritura le nombra (Apoc., cap. XIX, v. 16.) REY DE REYES será, y señor de señores.

Aquí Sabino, volviéndose á Juliano: Nobleza es, dijo, grande de reino aquesta, Juliano, que nos va diciendo Marcelo, adonde ningún vasallo es, ni vil en linaje, ni afrentado por condición, ni menos bien nacido el uno que el otro. Y paréceme á mí, que esto es ser REY propia y honradamente, no tener vasallos viles y afrentados.—En esta vida, Sabino, respondió Juliano, los Reyes de ella, para el castigo de la culpa, están como forzados á poner nota y afrenta en aquellos á quien gobiernan. Como en la orden de la salud y en el cuerpo conviene á las veces maltratar una parte, para que las demás no se pierdan. Y ansí cuanto á esto no son dignos de reprensión nuestros Príncipes. — No los reprendo yo agora, dijo Sabino, sino duélome de su condición, que por esa necesidad, que, Juliano, decís, vienen á ser forzosamente señores de vasallos ruines y viles. Y debéseles tanto más lástima, cuanto fuere

mas precisa la necesidad. Pero si hay algunos Príncipes que lo procuran, y que les parece que son señores, cuando hallan mejor orden, no sólo para afrentar á los suyos, sino también para que vaya cundiendo por muchas generaciones su afrenta, y que nunca se acabe; de estos Juliano, qué me diréis?—Qué? respondió Juliano, que ninguna cosa son menos que Reyes. Lo uno, porque el fin adonde se endereza su oficio, es hacer á sus vasallos bienaventurados: con lo cual se encuentra por maravillosa manera el hacerlos apocados y viles. Y lo otro, porque cuando no quieran mirar por ellos, á sí mismos se hacen daño y se apocan.

Porque si son cabezas, qué honra es ser cabeza de un cuerpo disforme y vil? Y si son pastores, qué les vale un ganado roñoso? Bien dijo el poeta trágico (1) *Mandar entre lo ilustre es bella cosa.* Y no sólo dañan á su honra propia, cuando buscan invenciones para mancharla de los que son gobernados por ellos; mas dañan mucho sus intereses, y ponen en manifiesto peligro la paz y la conservación de sus reinos. Porque ansí como dos cosas que son contrarias, aunque se junten, no se pueden mezclar; ansí no es posible que se añude con paz el reino, cuyas partes están tan opuestas entre sí, y tan diferenciadas, unas con mucha honra, y otras con señalada afrenta. Y como el cuerpo que en sus partes está maltratado, y cuyos humores se conciertan mal entre sí, está muy ocasionado, y muy vecino á la enfermedad y á la muerte; ansí por la misma manera el reino, adonde muchas órdenes y suertes de hombres, y muchas casas particulares están como sentidas y heridas, y adonde la diferencia, que por estas causas pone la fortuna y las leyes, no permite que se mezclen y se concierten bien unas con otras, está sujeto á enfermar, y á venir á las armas con cualquiera razón que se ofrece. Que la propia lástima é injuria de cada uno encerrada en su pecho, y que vive en él, los despierta y los hace velar siempre á la ocasión y á la venganza.

Mas dejemos lo que en nuestros Reyes y reinos, ó pone la necesidad, ó hace el mal consejo y error, y acábenos Marcelo de decir, por qué razón estos vasallos todos de nuestro único

(1) Séneca, *In octav.* v. 463.

REY son llamados liberales, y generosos, y príncipes. — Son, dijo Marcelo, respondiendo encontinente, ansí por parte del que los crió, y la forma que tuvo en criarlos, como por parte de las cualidades buenas que puso en ellos, cuando ansí fueron criados. Por parte del que los hizo; porque son efectos y frutos de una suma liberalidad. Porque en solo el ánimo generoso de Dios, y en la largueza de Cristo no medida pudo caber el hacer justos y amigos suyos, y tan privados amigos, á los que de sí no merecían bien, y merecían mal por tantos y tan diferentes títulos. Porque aunque es verdad, que el ya justo puede merecer mucho con Dios; mas esto que es venir á ser justo el que era aborrecido enemigo, solamente nace de las entrañas liberales de Dios: y ansí dice Santiago (Jacob. cap. I, v. 18.) que nos engendró voluntariamente. Adonde lo que dijo en la palabra griega que significa, *de su voluntad*, quiso decir, lo que en su lengua materna, si en ella lo escribiera, se dice, *Nadib*, que es palabra vecina y nacida de la palabra, *Nedaboth*, que como dijimos, significa á estos que llamamos liberales y príncipes. Ansí que dice, que nos engendró liberal y principalmente, esto es, que nos engendró, no sólo porque quiso engendrarnos, y porque le movió á ello su voluntad; sino porque le plugo mostrar en nuestra creación para la gracia y justicia los tesoros de su liberalidad y misericordia.

Porque á la verdad, dado que todo lo que Dios cría nace de Él, porque Él quiere que nazca, y es obra de su libre gusto, á la cual nadie le fuerza, el sacar á luz á las criaturas; pero esto que es hacer justos, y poner su ser divino en los hombres, es no sólo voluntad, sino una extraña liberalidad suya. Porque en ello hace bien, y bien el mayor de los bienes, no solamente á quien no se lo merece, sino señaladamente á quien del todo se lo desmerece. Y por no ir alargándome por cada uno de los particulares, á quien Dios hace estos bienes; miremos lo que pasó en la cabeza de todos, y cómo se hubo con ella Dios, cuando sacándola del pecado, crió en ella aqueste bien de justicia, y en uno como en ejemplo, conoceremos cuán ilustre prueba hace Dios de su liberalidad cuando cría los justos. Peca Adán, y condénase á sí y á todos nosotros; y perdónale después Dios, y hácele justo? Quién podrá decir las riquezas de liberalidad que descubrió Dios, y que derramó en

aqueste perdón? Lo primero, perdona al que por dar fe á la serpiente, de cuya fe y amor para consigo no tenía experiencia, le dejó á Él, criador suyo, cuyo amor y beneficios experimentaba en sí siempre. Lo segundo perdona al que estimó más una promesa vana de un pequeño bién, que una experiencia cierta, y una posesión grande de mil verdaderas riquezas. Lo tercero, perdona al que no pecó, ni apretado de la necesidad, ni ciego de la pasión, sino movido de una liviandad, y desagradecimiento infinito. Lo otro, perdona al que no buscó ser perdonado, sino antes huyó, y se escondió de su perdonador; y perdónale, no mucho después que pecó y laceró miserablemente por su pecado, sino cuasi luégo luégo como hubo pecado.

Y lo que no cabe en sentido, para perdonarle á él, hízose á sí mismo deudor. Y cuando la gravísima maldad del hombre despertaba en el pecho de Dios ira justísima para deshacerle, reinó en Él, y sobrepujó la liberalidad de su misericordia, que por rehacer al perdido, determinó de disminuirse á sí mismo, como San Pablo (Ad Philipp. cap. II, v. 7.) lo dice, y de pagar él lo que el hombre pecaba; y para que el hombre viviese, de morir Él hecho hombre. Liberalidad era grande perdonar al que había pecado tan de balde, y tan sin causa; y mayor liberalidad perdonarle tan luégo después del pecado; y mayor que ámbas á dos, buscarle para darle perdón antes que Él le buscase: pero lo que vence á todo encarecimiento de liberalidad, fué cuando le reprendía la culpa, prometerse á sí mismo y á su vida para su satisfacción y remedio. Y porque el hombre se apartó de Él por seguir al demonio, hacerse hombre Él para sacarle de su poder. Y lo que pasó entonces, digámoslo ansí, generalmente con todos, porque Adám nos encerraba á todos en sí, pasa en particular con cada uno continua y secretamente.

Porque ¿quién podrá decir ni entender, sino es el mismo que en sí lo experimenta y lo siente, las formas piadosas de que Dios usa con uno para que no se pierda, aun cuando él mismo se procura perder? Sus inspiraciones continuas; su nunca cansarse, ni darse por vencido de nuestra ingratitud tan contínua; el rodearnos por todas partes, y como en castillo torreado y cercado el tentar la entrada por diferentes

maneras; el tener siempre la mano en la aldaba de nuestra puerta; el rogarnos blanda y amorosamente que le abramos, como si á Él le importara alguna cosa, y no fuera nuestra salud y bienandanza toda el abrirle; el decirnos por horas y por momentos con el Esposo (Cantic. cap. v, v. 2.): *Abreme, hermana mia, esposa mia, paloma mia, y mi amada y perfecta, que traigo llena de rocío mi cabeza, y con las gotas de las noches las mis guedejas.* Pues sea esto lo primero, que los justos son dichos ser generosos y liberales, porque son demostraciones y pruebas del corazón liberal y generoso de Dios.

Son lo segundo llamados ansí, por las cualidades que pone Dios en ellos haciéndoles justos. Porque á la verdad no hay cosa más alta, ni más generosa, ni más real, que el ánimo perfectamente crístiano. Y la virtud más heroica que la filosofía de los estoicos antiguamente imaginó ó soñó, por hablar con verdad, comparada con la que Cristo asienta con su gracia en el alma, es una poquedad y bajeza. Porque si miramos el linaje de donde desciende el justo y cristiano, es su nacimiento de Dios; y la gracia que le da vida, es una semejanza viva de Cristo. Y si atendemos á su estilo y condición, y al ingenio y disposición de ánimo, y pensamientos y costumbres que de este nacimiento le vienen, todo lo que es menos que Dios, es pequeña cosa para lo que cabe en su ánimo. No estima lo que con amor ciego adora únicamente la tierra, el oro y los deleites: huella sobre la ambición de las honras, hecho verdadero señor y REY de sí mismo: pisa el vano gozo, desprecia el temor, no le mueve el deleite, ni el ardor de la ira le enoja: y riquísimo dentro de sí, todo su cuidado es hacer bien á los otros.

Y no se extiende su ánimo liberal á sus vecinos solos, ni se contenta con ser bueno con los de su pueblo ó de su reino; mas generalmente á todos los que sustenta y comprende la tierra, Él también los comprende y abraza. Aun para con sus enemigos sangrientos, que le buscan la afrenta y la muerte, es Él generoso y amigo: y sabe y puede poner la vida, y de hecho la pone alegremente por esos mismos que aborrecen su vida. Y estimando por vil y por indigno de sí á todo lo que está fuera de Él, y que se viene y se va con el tiempo; no apetece menos que á Dios, ni tiene por dignos de su deseo

menores bienes que el cielo. Lo sempiterno, lo soberano, el trato con Dios familiar y amigable, el enlazarse amando, y el hacerse cuasi uno con Él, es lo que solamente satisface á su pecho: como lo podemos ver á los ojos en uno de estos grandes justos. Y sea aqueste uno San Pablo. Dice en persona suya y de todos los buenos, escribiendo á los Corintios así (II. ad Cor., cap. IV, vv. 7 y 10.): *Tenemos nuestro tesoro en vasos de tierra: porque la grandeza y alteza nazca de Dios, y no de nosotros. En todas las cosas padecemos tribulación, pero en ninguna somos afligidos. Somos metidos en congoja, mas no somos desamparados. Padecemos persecución, mas no nos falta el favor. Humíllannos, pero no nos avergüenzan. Somos derribados, más no perecemos.* Y á los Romanos lleno de ánimo generoso, en el capítulo octavo (Ad Rom. cap. VIII, v. 35.): *Quién*, dice, *nos apartará de la caridad y amor de Dios? La tribulación por ventura? ó la angustia? ó el hambre? ó la desnudez? ó el peligro? ó la persecución? ó el cuchillo?*

Dicho he en parte lo pue puso Dios en Cristo para hacerle REY, y lo que hizo en nosotros para hacernos sus súbditos; que de tres cosas, á las cuales se reducen todas las que pertenecen á un reino, son las primeras dos. Resta agora que digamos algo de la tercera y postrera, que es, de la manera cómo este REY gobierna á los suyos; que no es menos singular manera, ni menos fuera del común uso de los que gobiernan, que el Rey y los súbditos en sus condiciones y cualidades, las que habemos dicho, son singulares. Porque cosa clara es, que el medio con que se gobierna el reino, es la ley, y que por el cumplimiento de ella consigue el Rey, ó hacerse rico á sí mismo, si es tirano, y las leyes son de tirano, ó hacer buenos y prosperados á los suyos, si es Rey verdadero. Pues acontece muchas veces de esta manera, que por razón de la flaqueza del hombre, y de su encendida inclinación á lo malo, las leyes por la mayor parte traen consigo un inconveniente muy grande: que siendo la intención de los que las establecen, enseñando por ellas lo que se debe hacer, y mandando con rigor que se haga, retraer al hombre de lo malo, é inducirle á lo bueno; resulta lo contrario á las veces, y el ser vedada una cosa despierta el apetito de ella.

Y ansí el hacer y dar leyes es muchas veces ocasión de

que se quebranten las leyes, y de que, como dice San Pablo (Ad Rom. cap. v, v. 20.), se peque más gravemente, y de que se empeoren los hombres con la ley que se ordenó é inventó para mejorarlos. Por lo cual Cristo nuestro Redentor y Señor en la gobernación de su reino halló una nueva manera de ley extrañamente libre y ajena de aquestos inconvenientes, de la cual usa con los suyos, no solamente enseñándoles á ser buenos, como lo enseñaron otros legisladores, mas de hecho haciéndolos buenos, lo que ninguno otro Rey ni legislador pudo jamás hacer. Y esto es lo principal de su ley evangélica, y lo propio de ella, digo, aquello en que notablemente se diferencia de las otras sectas y leyes. Para entendimiento de lo cual conviene saber, que por cuanto el oficio y ministerio de la ley es llevar los hombres á lo bueno, y apartarlos de lo que es malo; ansí como esto se puede hacer por dos diferentes maneras, ó enseñando el entendimiento, ó aficionando á la voluntad, ansí hay dos diferencias de leyes. La primera es de aquellas leyes que hablan con el entendimiento, y le dan luz en lo que conforme á razón se debe, ó hacer, ó no hacer; y le enseñan lo que ha de seguir en las obras, y lo que ha de excusar en ellas mismas. La segunda es de la ley, no que alumbra el entendimiento, sino que aficiona la voluntad, imprimiendo en ella inclinación y apetito de aquello que merece ser apetecido por bueno; y por el contrario engendrándole aborrecimiento de las cosas torpes y malas. La primera ley consiste en mandamientos y reglas. La segunda en una salud y cualidad celestial, que sana la voluntad, y repara en ella el gusto bueno perdido, y no sólo la sujeta, sino la amista y reconcilia con la razón; y como dicen de los buenos amigos, que tienen un no querer y querer, ansí hace, que lo que la verdad dice en el entendimiento que es bueno, la voluntad aficionadamente lo ame por tal.

Porque á la verdad en la una y en la otra parte quedamos miserablemente lisiados por el pecado primero; el cual oscureció el entendimiento, para que las menos veces conociese lo que convenía seguir; y estragó perdidamente el gusto y el movimiento de la voluntad, para que casi siempre se aficionase á lo que la daña más. Y ansí para remedio y salud de estas dos partes enfermas, fueron necesarias estas dos leyes,

una de luz y de reglas para el entendimiento ciego, y otra de espíritu y buena inclinación para la voluntad estragada. Mas como arriba decíamos, diferéncianse aquestas dos maneras de leyes en esto, que la ley que se emplea en dar mandamientos y en luz, aunque alumbra el entendimiento, como no corrige el gusto corrupto de la voluntad, en parte le es ocasión de más daño; y vedando y declarando, despierta en ella nueva golosina de lo malo que le es prohibido. Y ansí las más veces son contrarios en esta ley el suceso y el intento. Porque el intento es encaminar el hombre á lo bueno, y el suceso á las veces es dejarle más perdido y estragado. Pretende afear lo que es malo, y sucédele por nuestra mala ocasión hacerlo más deseable y más gustoso. Mas la segunda ley corta la planta del mal de raíz, y arranca, como dicen, de cuajo, lo que más nos puede dañar. Porque inclina é induce, y hace apetitosa y como golosa á nuestra voluntad de todo aquello que es bueno; y junta en uno lo honesto y lo deleitable, y hace que nos sea dulce lo que nos sana; y lo que nos daña, aborrecible y amargo.

La primera se llama ley de mandamientos, porque toda ella es mandar y vedar. La segunda es dicha ley de gracia y de amor, porque no nos dice que hagamos esto ó aquello, sino hácenos que amemos aquello mismo que debemos hacer. Aquella es pesada y áspera, porque condena por malo lo que la voluntad corrompida apetece por bueno: y ansí hace que se encuentren el entendimiento y la voluntad entre sí, de donde se enciende en nosotros mismos una guerra mortal de contradicción. Mas esta es dulcísima por extremo: porque nos hace amar lo que nos manda, ó por mejor decir, porque el plantar y engerir en nosotros el deseo y la afición á lo bueno, es el mismo mandarlo. Y porque aficionándonos, y como si dijésemos, haciéndonos enamorados de lo que manda, por esa manera, y no de otra nos manda. Aquella es imperfecta, porque á causa de la contradicción, que despierta ella por sí, no puede ser perfectamente cumplida: y ansí no hace perfecto á ninguno. Esta es perfectísima, porque trae consigo, y contiene en sí misma la perfección de sí misma. Aquella hace temerosos, aquesta amadores. Por ocasión de aquella, tomándola á solas, se hacen en la verdad secreta del ánimo peores

los hombres; mas por causa de esta son hechos enteramente santos y justos. Y como prosigue San Agustín largamente en los libros *de la Letra y del Espíritu* (1), poniendo siempre sus pisadas en lo que dejó hollado San Pablo, aquella es perecedera, aquesta es eterna: aquella hace esclavos, esta es propia de hijos: aquella es ayo triste y azotador, aquesta es espíritu de regalo y consuelo: aquella pone en servidumbre, aquesta en honra y libertad verdadera.

Pues como sea esto ansí, como de hecho lo es, sin que ninguno en ello pueda dudar, digo, que ansí Moysén como los demás que antes ó después de él dieron leyes, y ordenaron repúblicas, no supieron ni pudieron usar sino de la primera manera de leyes, que consiste más en poner mandamientos, que en inducir buenas inclinaciones en aquellos que son gobernados. Y ansí su obra de todos ellos fué imperfecta, y su trabajo careció de suceso, y lo que pretendían, que era hacer á la virtud á los suyos, no salieron con ello por la razón que está dicha. Mas Cristo nuestro verdadero Redentor y legislador, aunque es verdad que en la doctrina de su Evangelio puso algunos mandatos, y renovó y mejoró otros algunos que el mal uso los tenía mal entendidos; pero lo principal de su ley, y aquello en que se diferenció de todos los que pusieron leyes en los tiempos pasados, fué, que mereciendo por sus obras, y por el sacrificio que hizo de sí el espíritu y la virtud del cielo para los suyos, y criándola Él mismo en ellos, como Dios y Señor poderoso, trató no sólo con nuestro entendimiento, sino también con nuestra voluntad; y derramando en ella este espíritu y virtud divina que digo, y sanándola ansí, esculpió en ella una ley eficaz y poderosa de amor, haciendo que todo lo justo que las leyes mandan, lo apeteciese, y por el contrario aborreciese todo lo que prohiben y vedan.

Y añadiendo contínuamente de este su espíritu, y salud y dulce ley en el alma de los suyos, que procuran siempre ayuntarse con Él, crece en la voluntad mayor amor para el bien, y disminúyese de cada dia más la contradicción que el

(1) Cap. 28. Oper. edit. Maur. tom. x.

sentido le hace; y de lo uno y de lo otro se esfuerza de continuo más aquesta santa y singular ley que decimos, y echa sus raíces en el alma más hondas, y apodérase de ella hasta hacer que le sea cuasi natural lo justo y el bien. Y ansí trae para sí Cristo, y gobierna á los suyos, como decía un Profeta (Hierem. cap. xxx, v. 8.), con cuerdas de amor, y no con temblores de espanto, ni con ruido temeroso, como la ley de Moysén. Por lo cual dijo breve y significantemente San Juan (Joan. cap. I, v. 17.): *La ley fué dada por Moysén, más la gracia por Jesucristo.* Moysén dió solamente ley de preceptos, que no podía dar justicia, porque hablaban con el entendimiento, pero no sanaban el alma: de que es como imagen la zarza del Exodo (Exod. cap. III, v. 2.), que ardía y no quemaba, porque era cualidad de la ley vieja, que alumbraba el entendimiento, mas no ponía calor á la voluntad. Mas Cristo dió ley de gracia, qne lanzada en la voluntad, cura su dañado gusto, y la sana, y la aficiona á lo bueno, como Jeremías lo profetizó divinamente diciendo (Hierem. cap. XXXI, vv. 31 y 34.): *Dias vendrán*, dice el Señor, *y traeré á perfección sobre la casa de Israel, y sobre la casa de Judá un nuevo Testamento, no en la manera del que hice con sus padres en el dia que los así de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, porque ellos no perseveraron en él, y yo los desprecié á ellos, dice el Señor. Este pues es el Testamento que yo asentaré con la casa de Israel después dn aquellos dias, dice el Señor. Asentaré mis leyes en su alma de ellos, y escribirélas en sus corazones. Y yo les seré Dios, y ellos me serán pueblo sujeto: y no enseñará alguno de allí adelante á sn prójimo, ni á su hermano diciéndole, conoce al Señor; porque todos tendrán conocimiento de mí, desde el menor hasta el mayor de ellos, porque tendré piedad de sus pecados, y de sus maldades no tendré más memoria de allí en adelante.*

Pues estas son las nuevas leyes de Cristo, y su manera de gobernación particular y nueva. Y no será menester que loe agora yo lo que ello se loa: ni me será necesario que refiera los bienes y las ventajas grandes de aquesta gobernación, adonde guia el amor, y no fuerza el temor, adonde lo que se manda se ama, y lo que se hace se desea hacer: adonde no se obra sino lo que da gusto, ni se gusta sino de lo que es bueno: adonde el querer el bien, y el entender son conformes: adon-

de para que la voluntad ame lo justo, en cierta manera no tiene necesidad que el entendimiento se lo diga y declare. Y ansí de esto, como de todo lo demás que se ha dicho hasta aquí, se concluye, que este REY es sempiterno, y que la razón porque Dios le llama propiamente REY suyo, es porque los otros Reyes y reinos, como llenos de faltas, al fin han de perecer, y de hecho perecen; mas este, como reino que es libre de todo aquello que trae á perdición á los reinos, es eterno y perpetuo. Porque los reinos se acaban, ó por tiranía de los reyes, porque ninguna cosa violenta es perpetua; ó por la mala cualidad de los súbditos, que no les consiente que entre sí se concierten; ó por la dureza de las leyes y manera áspera de la gobernación; de todo lo cual, como por lo dicho se ve, este Rey y este reino carecen.

Que cómo será tirano el que para ser compasivo de los trabajos y males que pueden suceder á los suyos, hizo primero experiencia en sí de todo lo que es dolor y trabajo? O cómo aspirará á la tiranía, quien tiene en sí todo el bien que puede caber en sus súbditos; y que ansí no es REY para ser rico por por ellos, sino todos son ricos y bienaventurados por Él? Pues los súbditos entre sí, no estarán por aventura añudados con ñudo perpétuo de paz, siendo todos nobles, y nacidos de un padre, y dotados de un mismo espíritu de paz y nobleza? Y la gobernación y las leyes, quién las desechará como duras siendo leyes de amor? quiero decir, tan blandas leyes, que el mandar no es otra cosa sino hacer amar lo que se manda. Con razón, pués, dijo el angel de aqueste REY á la Vírgen (Luc., c. I, vv. 32, 33): *Y reinará en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.* Y David tanto antes de este su glorioso descendiente cantó en el Salmo setenta y dos (1), lo que Sabino, pues ha tomado este oficio, querrá decir en el verso en que lo puso su amigo.—Y Sabino dijo luégo: Debe ser la parte, según sospecho, adonde dice de aquesta manera (Ps. LXXI, v. 5):

Serás temido Tú, mientras luciere
el sol y luna y cuanto
la rueda de los siglos se volviere.

---

(1) Según el hebreo; según nuestra Vulgata, 71.

Y de lo que toca á la blandura de su gobierno, y á la felicidad de los suyos, dice (Ibid., vv. 6 y 7):

Influirá amoroso,
cual la menuda lluvia, y cual rocío
en prado deleitoso.
Florecerá en su tiempo el poderío
del bien y una pujanza
de paz, que durará no un siglo solo.

Y prosiguiendo luégo Marcelo añadió: Pues obra que dura siempre, y que ni el tiempo la gasta, ni la edad la envejece, cosa clara es, que es obra propia y digna de Dios, el cual como es sempiterno, ansí se precia de aquellas cosas que hace, que son de mayor duración. Y pues los demás Reyes y reinos son por sus defectos sujetos á fenecer, y á la fin miserablemente fenecen, y aqueste REY nuestro florece y se aviva más con la edad; sean todos los Reyes de Dios, pero éste sólo sea propiamente su REY, que reina sobre todos los demás, y que pasados todos ellos y consumidos, tiene de permanecer para siempre.—Aquí Juliano, pareciéndole que Marcelo concluía ya su razón, dijo:—Y aún podéis, Marcelo, ayudar esta verdad que decís, confirmándola con la diferencia que la Sagrada Escritura pone cuando significa los reinos de la tierra, ó cuando habla de aqueste reino de Cristo, porque dice con ella muy bien.—Eso mismo quería añadir, dijo entonces Marcelo, para con ello no decir más de este nombre. Y ansí decís muy bien, Juliano, que la manera diferente como la Escritura nombra estos reinos, ella misma nos dice la condición y perpetuidad del uno, y la mudanza y fin de los otros. Porque estos reinos que se levantan en la tierra, y se extienden por ella, y la enseñorean y mandan, los Profetas cuando quieren hablar de ellos, significanlos por nombres de vientos ó de bestias brutas y fieras: mas á Cristo y á su reino llámanle *Monte*.

Daniel, hablando de las cuatro monarquías que ha habido en el mundo, los caldeos, los persas, los romanos, los griegos, dice (Daniel, c. VII, v. 2) que vió los cuatro vientos que peleaban entre sí, y luégo pone por su órden cuatro bestias, unas de otras diferentes, cada una en su significación. Y Za-

carias ni más ni menos en el capítulo seis, después de haber profetizado é introducido para el mismo fin de significación, cuatro cuadregas de caballos diferentes en colores y pelo, dice (Zachar., c. VI, v. 5): *Aquestos son los cuatro vientos*, con lo demás que después de aquesto se sigue. Porque á la verdad todo este poder temporal y terreno que manda en el mundo, tiene más de estruendo que de sustancia: y pásase como el aire volando, y nace de pequeños y ocultos principios. Y como las bestias carecen de razón, y se gobiernan por fiereza y por crueldad, ansí lo que ha levantado y levanta estos imperios de tierra, es lo bestial que hay en los hombres: la ambición fiera, y la codicia desordenada del mando, y la venganza sangrienta, y el coraje, y la braveza, y la cólera, y lo demás que como esto es fiero y bruto en nosotros; y ansí finalmente perecen. Mas á Cristo y á su reino, el mismo Daniel una vez (Dan., c. II, vv. 34, 35, 45) le significa por nombre de *Monte*, como en el capítulo segundo; y otras le llama *Hombre* (Dan., c. VII, v. 4.), como en el capítulo sétimo de que agora decíamos. Donde se escribe, que vino uno como hijo de hombre, y se presentó delante del Anciano de dias, al cual el anciano dió pleno y sempiterno poder sobre las gentes todas. Para en lo primero del *Monte* mostrar la firmeza y no mudable duración de este reino: y en lo segundo del *Hombre* declarar. que esta santa monarquía no nace ni se gobierna, ni por afectos bestiales, ni por inclinaciones del sentido desordenadas, sino que todo ello es obra de juicio y de razón; y para mostrar que es monarquía adonde reina, no la crueldad fiera, sino la clemencia humana en todas las maneras que he dicho.—

Y habiendo dicho esto Marcelo, calló como disponiéndose para comenzar otra plática. Mas Sabino, antes que comenzase, le dijo: Si me dais licencia, Marcelo, y no tenéis más que decir acerca de este nombre, os preguntaré dos cosas que se me ofrecen; y de la una ha gran rato que dudo, y de la otra me puso agora duda aquesto que acabáis de decir.—Vuestra es la licencia, respondió entonces Marcelo, y gustaré mucho de saber qué dudais.—Comenzaré por lo postrero, respondió Sabino, y la duda que se me ofrece es, que Daniel y Zacarías, en los lugares que habéis alegado, ponen solamente cuatro

imperios ó monarquías terrenas, y en el hecho de la verdad parece que hay cinco: porque el imperio de los turcos y de los moros, que agora florece, es diferente, de los cuatro pasados, y no menos poderoso que muchos de ellos. Y si Cristo con su venida, y levantando su reino, había de quitar de la tierra cualquiera otra monarquía, como parece haberlo profetizado Daniel (Dan., c. II., v. 34) en la piedra que hirió en los piés de la estatua; cómo se compadece, que después de venido Cristo, y después de haberse derramado su doctrina y su nombre por la mayor parte del mundo, se levante un imperio ajeno de Cristo en él, y tan grande como es aqueste que digo? Y la segunda duda es acerca de la manera blanda y amorosa con que habéis dicho que gobierna su reino Cristo. Porque en el Salmo segundo (Ps. 2, v. 9), y en otras partes, se dice de él, que regirá con vara de hierro, y que desmenuzará á sus súbditos, como si fuesen vasos de tierra.

—No son pequeñas dificultades, Sabino, las que habéis movido, dijo Marcelo entonces; y señaladamente la primera es cosa revuelta y de duda, y á donde quisiera yo más oir el parecer ajeno que no dar el mio. Y aun es cosa, que para haberse de tratar de raíz, pide mayor espacio del que al presente tenemos. Pero por satisfacer á vuestra voluntad, diré con brevedad lo que al presente se ofrece, y lo que podrá bastar para el negocio presente. Y luégo, volviéndose á Sabino, y mirándole dijo: Algunos, Sabino, que vos bien conocéis, y á quien todos amamos y preciamos mucho por la excelencia de sus virtudes y letras, han querido decir que este imperio de los moros y de los turcos, que agora se esfuerza tanto en el mundo, no es imperio diferente del romano, sino parte que procede de él, y le constituye y compone. Y lo que dice Zacarías de la cuadrega cuarta, cuyos caballos dice que eran manchados y fuertes, lo declaran ansí, que sea aquesta cuadrega este postrero imperio de los romanos, el cual por la parte de él, que son los moros y turcos, se llama fuerte, y por la parte de él occidental, que está en Alemania, adonde los Emperadores no se suceden, sino se eligen de diferentes familias, se nombra vario ó manchado.

Y á lo que yo puedo juzgar, Daniel en dos lugares parece que favorece algo á aquesta sentencia. Porque en el capítulo

segundo, hablando de la estatua, en que se significó el proceso y cualidades de todos los imperios terrenos, dice (Dan., c. II, v. 33), que las canillas de ella eran de hierro, y los piés de hierro y de barro mezclados; y las canillas y los piés, como todos confiesan, no son imágenes de dos diferentes imperios, sino del imperio romano solo, el cual en sus primeros tiempos fué todo de hierro, por razón de la grandeza y fortaleza suya, que puso á toda la redondez debajo de sí; mas agora en lo último lo occidental de él es flaco y como de barro, y lo oriental, que tiene en Constantinopla su silla, es muy fuerte y muy duro. Y que este hierro duro de los piés, que según aqueste parecer representa á los turcos, nazca y proceda del hierro de las canillas, que son los antiguos romanos, y que ansí estos como aquellos pertenezcan á un mismo reino; parece que lo testificó Daniel en el mismo lugar, cuando según el texto latino, dice (Dan. c. II, v. 33) que del tronco, ó como si dijésemos, de la raíz del hierro de las canillas, nacía el hierro que se mezclaba con el barro en los piés. Y ni más ni menos el mismo Profeta en el capítulo siete, en la cuarta bestia terrible, que sin duda son los romanos, parece que afirma lo mismo. Porque dice (Dan., c. VII, v. VII) que tenía diez cuernos, y que después le nació un otro cuerno pequeño, que creció mucho, y quebrantó tres de los otros. El cual cuerno parece que es el reino del turco, que comenzó de pequeños y bajos principios, y con su gran crecimiento tiene ya quebrantadas y sujetadas á sí dos sillas poderosas del imperio romano, la de Constantinopla y la de los Soldanes de Egipto, y anda cerca de hacer lo mismo en alguna de las otras que quedan. Y si este cuerno es el reino del turco, cierto es que este reino es parte del reino de los romanos, y parte que se encierra en él; pues es cuerno, como dice Daniel, que nace en la cuarta bestia, en la cual se representa el imperio romano, como dicho es. Ansí que algunos hay, á quien esto parece, según los cuales se responde fácilmente, Sabino, á vuestra cuestión.

Pero si tengo de decir lo que siento, yo hallé siempre en ello grandísima dificultad. Porque ¿qué hay en los turcos por donde se puedan llamar romanos, ó su imperio pueda ser habido por parte del imperio romano? Linaje? Por la historia

sabemos que no lo hay. Leyes? Son muy diferentes. Forma de gobierno y de república? No hay cosa en que menos convengan. Lengua, hábito, estilo de vivir, ó de religión? No se podrán hallar dos naciones que más se diferencien en esto. Porque decir que pertenece al imperio romano su imperio, porque vencieron á los emperadores romanos, que tenían en Constantinopla su silla, y derrocándolos de ella les sucedieron; si juzgamos bien, es decir, que todos los cuatro imperios no son cuatro diferentes imperios, sino sólo un imperio. Porque á los caldeos vencieron los persas, y les sucedieron en Babilonia, que era su silla: en la cual los persas estuvieron asentados por muchos años, hasta que sucediendo los griegos, y siendo su capitán Alejandro, se la dejaron á su pesar; y á los griegos después los romanos los depusieron. Y ansí si el suceder en el imperio y asiento mismo, hace que sea uno mismo el imperio de los que suceden, y de aquellos á quien se sucede, no ha habido más de un imperio jamás. Lo cual, Sabino, como vos veis, ni se puede entender bien, ni decir. Por donde algunas veces me inclino á pensar, que los profetas del Viejo Testamento hicieron mención de cuatro reinos solos, como, Sabino, decís, y que no encerraron en ellos el mando y poder de los turcos, ni por caso tuvieron luz de él; porque su fin acerca de este artículo era profetizar el orden y sucesión de los reinos que había de haber en la tierra, hasta que comenzase en ella á descubrirse el reino de Cristo, que era el blanco de su profecía, y aquello de cuyo feliz principio y suceso querían dar noticia á las gentes. Mas si después del nacimiento de Cristo y de su venida, y del comienzo de su reinar, y en el mismo tiempo en que va agora reinando con la espada en la mano, y venciendo á sus enemigos, y escogiendo de entre ellos á su Iglesia querida, para reinar Él solo en ella gloriosa y descubiertamente por tiempo perpetuo; ansí que si en este tiempo que digo, desde que Cristo nació hasta que se cierren los siglos, se había de levantar en el mundo algún otro imperio terreno fuerte y poderoso, y no menor que los cuatro pasados, de eso como de cosa que no pertenecía á su intento, no dijeron nada los que profetizaron antes de Cristo, sino díjolo eso la providencia de Dios para descubrirlo á los Profetas del Testamento Nuevo, y para que

ellos lo dejasen escrito en las escrituras que de ellos la Iglesia tiene.

Y ansí San Juan en el Apocalipsi, si yo no me engaño mucho, hace clara mención, clara digo cuanto le es dado al profeta, de este imperio del turco: y no como de imperio que pertenece á ninguno de los cuatro, de quien en el Testamento viejo se dice; sino como imperio diferente de ellos, y quinto imperio. Porque dice en el capítulo trece (Apoc. c. XIII, v. 1.), que vió una bestia que subía de la mar con siete cabezas y diez cuernos, y otras tantas coronas, y que ella era semejante á un pardo en el cuerpo, y que los piés eran como de oso, y la boca semejante á la del león: y no podemos negar sino que esta bestia es imagen de algún grande reino é imperio, ansí por el nombre de bestia, como por las coronas, y cabezas y cuernos que tiene, y señaladamente porque, declarándose el mismo San Juan, dice poco después (Ibid. v. 7.), que le fué concedido á esta bestia que moviese guerra á los santos, y que los venciese, y que le fué dado poderío sobre todos los tribus, y pueblos, y lenguas, y gentes. Y ansí como es averiguado esto, ansí también es cosa evidente y notoria, que esta bestia no es ninguna de las cuatro que vió Daniel, sino muy diferente de todas ellas; ansí como la pintura que de ella hace San Juan, es muy diferente. Luego si esta bestia es imagen de reino, y es bestia desemejante de las cuatro pasadas; bien se concluye que había de haber en la tierra un imperio quinto después del nacimiento de Cristo, demás de los cuatro que vieron Zacarías y Daniel, que es este que vemos.

Y á lo que, Sabino, decís, que si Cristo naciendo y comenzando á reinar por la predicación de su dichoso evangelio, había de reducir á polvo y á nada los reinos y principados del suelo, como lo figuró Daniel en la piedra que hirió y deshizo la estatua; cómo se compadecía, que después de nacido Él, no sólo durase el imperio romano, sino naciese y se levantase otro tan poderoso y tan grande? A esto se ha de decir, y es cosa muy digna de que se advierta y entienda, que este golpe que dió en la estatua la piedra, y este herir Cristo, y desmenuzar los reinos del mundo, no es golpe que se dió en un breve tiempo, y se pasó luégo, ó golpe que hizo todo su efecto junto en un mismo instante; sino golpe que se comenzó á dar

cuando se comenzó á predicar el Evangelio de Cristo, y se dió después en el discurso de su predicación, y se va dando agora, y que durará golpeando siempre, y venciendo, hasta que todo lo que le ha sido adverso, y en lo venidero le fuere, quede deshecho y vencido. De manera que el reino del cielo, comenzando y saliendo á luz, poco á poco va hiriendo la estatua, y persevera hiriéndola por todo el tiempo que tardare Él de llegar á su perfecto crecimiento, y de salir á su luz gloriosa y perfecta. Y todo aquesto es un golpe, con el cual ha ido deshaciendo, y continuamente deshace el poder que Satanás tenía usurpado en el mundo, derrocando agora en una gente, agora en otra sus ídolos, y deshaciendo su adoración. Y como va venciendo aquesta dañada cabeza, va también juntamente venciendo sus miembros: y no tanto deshaciendo el reino terreno que es necesario en el mundo, cuanto derrocando todas las condiciones de reinos y de gentes que le son rebeldes, destruyendo á los contumaces, y ganando para sí, y para mejor y más bienaventurada manera de reino, á los que se le sujetan y rinden. Y de aquesta manera, y de las caidas y ruinas del mundo, saca Él, y allega su Iglesia, para en teniéndola entera, como decíamos, todo lo demás, como á paja inútil, enviarlo al eterno fuego, y Él solo con ella sola, abierta y descubiertamente reinar glorioso y sin fin. Y con aquesto mismo, Sabino, se responde á lo que últimamente preguntastes.

Porque habéis de entender, que este reino de Cristo tiene dos estados, ansí respecto de cada un particular, en quien reina secretamente, como respecto de todos en común, y de lo manifiesto de él, y de lo público. El un estado es de contradicción y de guerra: el otro será de triunfo y de paz. En el uno tiene Cristo vasallos obedientes, y tiene también rebeldes: en el otro todo le obedecerá y servirá con amor. En este quebranta con vara de hierro á lo rebelde, y gobierna con amor á lo súbdito: en aquel todo le será súbdito de voluntad. Y para declarar esto más, y tratando del reino que tiene Cristo en cada un ánima justa, decimos, que de una manera reina Cristo en cada uno de los justos aquí, y de otra manera reinará en él mismo después; no de manera que sean dos reinos, sino un reino, que comenzando aquí, dura siempre, y que

tiene, según la diferencia del tiempo, diversos estados. Porque aquí lo superior del alma está sujeto de voluntad á la gracia, que es como una imagen de Cristo, y lugarteniente suyo hecho por Él, y puesto en ella por Él, para que la presida, y la dé vida, y la rija y gobierne. Mas rebélase contra ella, y pretende hacerle contradicción, siguiendo la vereda de su apetito, la carne y sus malos deseos y afectos. Mas pelea la gracia, ó por mejor decir, Cristo en la gracia contra estos rebeldes: y como el hombre consienta ser ayudado de ella, y no resista á su movimiento, poco á poco los doma y los sujeta, y va extendiendo el vigor de su fuerza insensiblemente por todas las partes y virtudes del alma: y ganando sus fuerzas, derrueca sus malos apetitos de ella, y á sus deseos, que eran como sus ídolos, se los quita y deshace, y finalmente conquista poco á poco todo aqueste reino nuestro interior, y reduce á su sola obediencia todas las partes de él, y queda ella hecha señora única, y reina resplandeciendo en el trono del alma. Y no sólo tiene debajo de sus piés á los que le eran rebeldes, mas desterrándolos del alma, y desarraigándolos de ella, hace que no sean, dándoles perfecta muerte; lo cual se pondrá por obra enteramente en la resurrección postrera, adonde también se acabará el primer estado de aqueste reino, que habemos llamado estado de guerra y de pelea, y comenzará el segundo estado de triunfo y de paz.

Del cual tiempo dice bien San Macario (1): *Porque entonces*, dice, *se descubrirá por defuera en el cuerpo, lo que agora tiene atesorado el alma dentro de sí: ansí como los árboles en pasando el invierno, y habiendo tomado calor la fuerza que en ellos se encierra, con el sol y con la blandura del aire arrojan á fuera hojas, y flores y frutos. Y ni más ni ménos como las yerbas en la misma sazón sacan á fuera sus flores, que tenían encerradas en el seno del suelo, con que la tierra y las yerbas mismas se adornan. Que todas estas cosas son imágenes de lo que será en aquel día en los buenos cristianos. Porque todas las almas amigas de Dios, esto es, todos los cristianos de veras tienen su mes de Abril, que es el día cuando resucitaren á vida. Adonde con la fuerza del sol de jus-*

(1) Macar. senior, Homil. V. in Biblioth. PP. edit. Lugdun. 1677. tomo IV, pag. 110. B. seq.

ticia saldrá á fuera la gloria del Espíritu santo, que cobijará á los justos sus cuerpos, la cual gloria tienen agora encubierta en el alma: que lo que agora tienen, eso sacarán entonces á la clara en el cuerpo. Pues digo, que este es el mes primero del año: este es el mes con que todo se alegra: este viste los desnudos árboles desatando la tierra: este en todos los animales produce deleite: y este es el que regocija todas las cosas: pues este por la misma manera es en la resurrección su verdadero Abril á los buenos, que les vestirá de gloria los cuerpos, de la luz que agora contienen en sí mismas sus almas: esto es, de la fuerza y poder del espíritu, el cual entonces les será vestidura rica, y mantenimiento, y bebida, y regocijo, y alegría, y paz, y vida eterna.

Esto dice Macario. Porque de allí en adelante toda el alma y todo el cuerpo quedarán sujetos perdurablemente á la gracia, la cual ansí como será señora entera del alma, ansí mismo hará que el alma se enseñoree del todo del cuerpo. Y como ella infundida hasta lo más intimo de la voluntad y razón, y embebida por todo su ser y virtud le dará ser de Dios, y la trasformará cuasi en Dios: ansí también hará, que lanzándose el alma por todo el cuerpo, y actuándole perfectísimamente, le dé condiciones de espíritu, y cuasi le transforme en espíritu. Y ansí el alma vestida de Dios verá á Dios, y tratará con Él conforme al estilo del cielo; y el cuerpo cuasi hecho otra alma, quedará dotado de sus cualidades de ella, esto es, de inmortalidad, y de luz, y de ligereza, y de un ser impasible: y ambos juntos el cuerpo y el alma no tendrán ni otro ser, ni otro querer, ni otro movimiento alguno, mas de lo que la gracia de Cristo pusiere en ellos, que ya reinará en ellos para siempre gloriosa y pacífica. Pues lo que toca á lo público y universal de este reino va también por la misma manera. Porque agora, y cuanto durare la sucesión de estos siglos, reina en el mundo Cristo con contradicción, porque unos le obedecen, y otros se le rebelan: y con los sujetos es dulce, y con los rebeldes contradicientes tiene guerra perpétua; por medio de la cual, y según las secretas y no comprensibles formas de su infinita providencia y poder, los ha ido y va deshaciendo.

Primero, como decía, derrocando las cabezas, que son los demonios, que en contradicción de Dios y de Cristo se habían levantado con el señorío de todos los hombres, sujetándolos á

sus vicios é ídolos. Ansí que primero derrueca á estos, que son como los caudillos de toda la infidelidad y maldad, como lo vimos en los siglos pasados, y agora en el nuevo mundo lo vemos. Porque sola la predicación del Evangelio, que es decir, la virtud y la palabra de solo Cristo, es lo que siempre ha deshecho la adoración de los ídolos. Pues derrocados estos, lo segundo, á los hombres que son sus miembros de ellos, digo á los hombres que siguen su voz y opinión, y que son en las costumbres y condiciones como otros demonios, los vence también, ó reduciéndolos á la verdad, ó si perseveran en la mentira duros, quebrándolos, y quitándolos del mundo y de la memoria. Ansí ha ido siempre desde su principio el Evangelio. Y como el sol, que moviéndose siempre, y enviando siempre su luz, cuando amanece á los unos, á los otros se pone: ansí el Evangelio y la predicación de la doctrina de Cristo, andando siempre, y corriendo de unas gentes á otras, y pasando por todas, y amaneciendo á las unas, y dejando á las que alumbraba antes en oscuridad, va levantando fieles, y derrocando imperios, ganando escogidos, y asolando los que no son ya de provecho ni fruto.

Y si permite que algunos reinos infieles crezcan en señorío y poder, hácelo para por su medio de ellos traer á perfección las piedras que edifican su Iglesia. Y ansí aun cuando estos vencen, Él vence, y vencerá siempre, é irá por esta manera de continuo añadiendo nuevas victorias, hasta que cumpliéndose el número determinado de los que tiene señalados para su reino, todo lo demás, como á desaprovechado é inútil, vencido ya, y convencido por sí, lo encadene en el abismo, donde no parezca sin fin. Que será cuando tuviere fin este siglo, y entónces tendrá principio el segundo estado de este gran reino; en el cual desechadas y olvidadas las armas; sólo se tratará de descanso y de triunfo: y los buenos serán puestos en la posesión de la tierra y del cielo, y reinará Dios en ellos solo y sin término: que será estado mucho más feliz y glorioso de lo que ni hablar ni pensar se puede. Y del uno y del otro estado escribió San Pablo maravillosamente, aunque con breves palabras. Dice á los de Corinto (I. ad Cor. c. XV, vv. 25, 28.): *Conviene que reine Él, hasta que ponga á todos sus enemigos debajo de sus piés. Y á la postre de todos será destrui-*

da la muerte enemiga. Porque todo lo sujetó á sus piés. Mas cuando dice que todo le está sujeto, sin duda se entiende todo, excepto aquel que se lo sujetó. Pues cuando todo le estuviere sujeto, entonces el mismo Hijo estará sujeto á aquel que le sujetó á Él todas las cosas, para que Dios sea en todos todas las cosas.

Dice que conviene que reine Cristo hasta que ponga debajo de sus piés á sus enemigos, y hasta que deje en vacío á todos los demás señoríos: y quiere decir, que conviene que el reino de Cristo, en el estado que decimos de guerra y de contradicción, dure hasta que habiéndolo sujetado todo, alcance entera victoria de todo. Y dice, que cuando hubiere vencido á lo demás, lo postrero de todo vencerá á la muerte, último enemigo: porque cerrados los siglos, y deshechos todos los rebeldes, dará fin á la corrupción y á la mudanza, y resucitará á los suyos gloriosos para más no morir. Y con esto se acabará el primer estado de su reino de guerra, y nacerá la vida y la gloria; y lleno de despojos y de vencimientos presentará su Iglesia á su Padre, que reinará en ella juntamente con su Hijo en felicidad sempiterna. Y dice que entónces, esto es, en aquel estado segundo, será Dios en todos todas las cosas por dos razones. Una, porque todos los hombres, y todas las partes y sentidos é inclinaciones que en cada uno de ellos hay, le estarán obedientes y sujetos, y reinará en ellos la ley de Dios sin contienda: que como vemos en la oración que el Señor nos enseña, estas dos cosas andan juntas, ó casi son una misma, el reinar Dios, y el cumplir nosotros su voluntad y su ley enteramente, ansí como se cumple en el cielo. Y la otra razón es, porque será Dios entónces Él solo y por sí para su reino, todo aquello que á su reino fuere necesario y provechoso. Porque Él les será el príncipe, y el corregidor, y el secretario, y el consejero: y todo lo que agora se gobierna por diferentes ministros, Él por sí solo lo administrará con los suyos: y Él mismo les será la riqueza, y el dador de ella, el descanso, el deleite, la vida.

Y como Platón (1) dice del oficio del Rey, que ha de ser de pastor, ansí como llama Homero á los Reyes, porque ha de ser para sus súbditos todo, como el pastor para sus ovejas

1) En el Diálogo intitulado, *Minos, ó de Lege*, hácia el fin.

lo es, porque él las apacienta, y las guía, y las cura, y las lava, y las trasquila, y las recrea: ansí Dios será entónces con su dichoso ganado muy más perfecto pastor, ó será alma en el cuerpo de su Iglesia querida. Porque junto entónces y enlazado con ella, y metido por toda ella por manera maravillosa hasta lo íntimo, ansí como agora por nuestra alma sentimos, ansí en cierta manera entónces verémos, y sentirémos, y entenderémos, y nos moverémos por Dios, y Dios echará rayos de sí por todos nuestros sentidos, y nos resplandecerá por los rostros. Y como en el hierro encendido no se ve sino fuego; ansí lo que es hombre, casi no será sino Dios, que con su Cristo reinará enseñoreado perfectamente de todo. De cuyo reino, ó de la felicidad de este su estado postrero, qué podemos mejor decir que lo que dice el Profeta? (Sophon, capit. III, vv. 14 y 15.) *Di alabanzas, hija de Sión, gózate con júbilo, Israel, alégrate y regocíjate de todo tu corazón, hija de Jerusalém, que el Señor dió fin á tu castigo, apartó de ti su azote, retiró tus enemigos el* REY *de Israel..... El Señor en medio de ti, no temerás mal de aquí adelante.* O como otro profeta lo dijo (Isai. cap. LX, vv. 18 y 22.): *No sonará ya de allí adelante en tu tierra maldad, ni injusticia, ni asolamiento, ni destrucción en tus términos: la salud se enseñoreará por tus muros, y en las puertas tuyas sonará voz de loor. No te servirás de allí adelante del sol, para que te alumbre en el dia, ni el resplandor de la luna será tu lumbrera: mas el Señor mismo te valdrá por sol sempiterno, y será tu gloria y tu hermosura tu Dios. No se pondrá tu sol jamás, ni tu luna se menguará, porque el Señor será tu luz perpétua, que ya se fenecieron de tu lloro los dias. Tu pueblo todo serán justos todos: heredarán la tierra sin fin, que son fruto de mis posturas, obra de mis manos para honra gloriosa. El menor valdrá por mil, y el pequeñito más que una gente fortísima: que Yo soy el Señor, y en su tiempo Yo lo haré en un momento.* Y en otro lugar (Isai. cap. LXV, vv. 16 y 25.): *Serán allí en olvido puestas las congojas primeras, y ellas se les esconderán de los ojos. Porque Yo criaré nuevos cielos y nueva tierra, y los pasados no serán remembrados, ni subirán á las mientes. Porque Yo criaré á Jerusalém regocijo, y alegría su pueblo, y me regocijaré Yo en Jerusalém, y en mi pueblo me gozaré. Voz de lloro, ni voz lamentable de llanto no será ya allí más oida, ni habrá más en ella niño*

en dias, ni anciano que no cumpla sus años, porque el de cien años mozo perecerá, y el que de cien años pecador fuere será maldito. Edificarán, y morarán: plantarán viñas, y comerán de sus frutos. No edificarán, y morarán otros: no plantarán, y será de otro comido. Porque conforme á los dias del árbol de vida, será el tiempo del vivir de mi pueblo. Las obras de sus manos se envejecerán por mil siglos. Mis escogidos no trabajarán en vano, ni engendrarán para turbación y tristeza. Porque ellos son generaciones de los benditos de Dios, y es lo que de ellos nace, cual ellos. Y será que antes que levanten la voz, admitiré su pedido, y en el menear de la lengua yo los oiré. El lobo y el cordero serán apacentados como uno, el león comerá heno ansí como el buey, y polvo será su pan de la sierpe. No maleficiarán, no contaminarán, dice el Señor, en toda la santidad de mi monte.—Calló Marcelo un poco luégo que dijo esto, y luégo tornó á decir: Bastará si os parece, para lo que toca al nombre de REY, lo que habemos agora dicho, dado que mucho más se pudiera decir: mas es bien que repartamos el tiempo con lo que resta. Y tornó luégo á callar. Y descansando, y como recogiéndose todo en sí mismo por un espacio pequeño, alzó después los ojos al cielo, que ya estaba sembrado de estrellas, y teniéndolos en ellas como enclavados, comenzó á decir ansí.

§. III.

Explicase qué cosa es paz, cómo Cristo es su autor, y por tanto llamado PRÍNCIPE DE PAZ.

Cuando la razón no lo demostrara, ni por otro camino se pudiera entender, cuán amable cosa sea la paz; esta vista hermosa del cielo que se nos descubre agora, y el concierto que tienen entre sí aquestos resplandores que lucen en él, nos dan de ello suficiente testimonio. Porque ¿qué otra cosa es sino paz, ó ciertamente una imagen perfecta de paz, esto que agora vemos en el cielo, y que con tanto deleite se nos viene á los ojos? Que si la paz es, como San Agustín (1) bre-

(1) Aug. *de Civ. Dei*, lib. XIX. cap. 13. edit. Ben. An. 1700. tom. VII, col. 421.

ve y verdaderamente concluye, una orden sosegada, ó un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden; eso mismo es lo que nos descubre agora esta imagen. Adonde el ejército de las estrellas puesto como en ordenanza, y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y adonde cada una de ellas inviolablemente guarda su puesto, adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina, ni la turba en su oficio, ni menos olvidada del suyo rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la providencia: antes como hermanadas todas, y como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores con las menores, se hacen muestra de amor, y como en cierta manera se reverencian unas á otras, y todas juntas templan á veces sus rayos y sus virtudes, reduciéndolas á una pacífica unidad de virtud, de partes y aspectos diferentes compuesta, universal y poderosa sobre toda manera.

Y si ansí se puede decir, no sólo son un dechado de paz clarísimo y bello, sino un pregón y un loor que con voces manifiestas y encarecidas nos notifica, cuán excelentes bienes son los que la paz en sí contiene, y los que hace en todas las cosas. La cual voz y pregón sin ruido se lanza en nuestras almas, y de lo que en ellas lanzada hace, se ve y entiende bien la eficacia suya, y lo mucho que las persuade. Porque luégo como convencidas de cuanto les es útil y hermosa la paz, se comienzan ellas á pacificar en sí mismas, y á poner á cada una de sus partes en orden. Porque si estamos atentos á lo secreto que en nosotros pasa, verémos que este concierto y orden de las estrellas, mirándolo, pone en nuestras almas sosiego: y verémos que con sólo tener los ojos enclavados en él con atención, sin sentir en qué manera, los deseos nuestros, y las afecciones turbadas, que confusamente movían ruido en nuestros pechos de dia, se van quietando poco á poco, y como adormeciéndose se reposan, tomando cada una su asiento; y reduciéndose á su lugar propio, se ponen sin sentir en su sujeción y concierto. Y verémos que ansí como ellas se humillan y callan, ansí lo principal y lo que es señor en el alma, que es la razón, se levanta, y recobra su derecho y su fuerza, y como alentada con esta vista celestial y hermosa, concibe pensamientos altos y dignos de sí, y

como en una cierta manera se recuerda de su primer origen, y al fin pone todo lo que es vil y bajo en su parte, y huella sobre ello. Y ansí puesta ella en su trono como emperatriz, y reducidas á sus lugares todas las demás partes del alma, queda todo el hombre ordenado y pacífico.

Mas qué digo de nosotros, que tenemos razón? Esto insensible, y aquesto rudo del mundo, los elementos, y la tierra, y el aire, y los brutos se ponen todos en orden, y se quietan luégo que poniéndose el sol, se les representa aqueste ejército resplandeciente. ¿No veis el silencio que tienen agora todas las cosas, y cómo parece que mirándose en este espejo bellísimo se componen todas ellas, y hacen paz entre sí, vueltas á sus lugares y oficios, y contentas con ellos? Es sin duda el bien de todas las cosas universalmente la paz, y ansí donde quiera que la ven, la aman. Y no sólo ella, mas la vista de su imagen de ella las enamora, y las enciende en codicia de asemejársele, porque todo se inclina fácil y dulcemente á su bien. Y aun si confesamos, como es justo confesar, la verdad, no solamente la paz es amada generalmente de todos, mas sola ella es amada y seguida y procurada por todos. Porque cuanto se obra en esta vida por los que vivimos en ella, y cuanto se desea y afana, es por conseguir este bien de la paz: y este es el blanco adonde enderezan su intento, y el bien á que aspiran todas las cosas. Porque si navega el mercader, y si corre las mares, es por tener paz en su codicia que le solicita y guerrea. Y el labrador en el sudor de su cara, y rompiendo la tierra, busca paz, alejando de sí, cuanto puede, al enemigo duro de la pobreza. Y por la misma manera el que sigue el deleite, y el que anhela á la honra, y el que brama por la venganza, y finalmente todos y todas las cosas buscan la paz en cada una de sus pretensiones. Porque ó siguen algún bien que les falta, ó huyen algún mal que los enoja.

Y porque ansí el bien que se busca, como el mal que se padece ó se teme, el uno con su deseo y el otro con su miedo y dolor, turban el sosiego del alma, y son como enemigos suyos que le hacen guerra; colígese manifiestamente, que es huir la guerra, y buscar la paz, todo cuanto se hace. Y si la paz es tan grande y tan único bien, quién podrá ser Príncipe

de ella, esto es, causador de ella y principal fuente suya, sino ese mismo que nos es el principio y el autor de todos los bienes, Jesucristo Señor y Dios nuestro? Porque si la paz es carecer de mal que aflige, y de deseo que atormenta, y gozar de reposado sosiego; sólo Él hace exentas las almas del temer, y las enriquece de tal manera, que no les queda cosa que poder desear. Mas para que esto se entienda, será bien que digamos por su órden, qué cosa es paz, y las diferentes maneras que de ella hay, y si Cristo es PRINCIPE y autor de ella en nosotros según todas sus partes y maneras, y de la forma en cómo es su autor y su PRINCIPE.

—Lo primero de esto que proponéis, dijo entonces Sabino, paréceme, Marcelo, que está ya declarado por vos en lo que habéis dicho hasta agora, adonde lo probastes con la autoridad y testimonio de San Agustín.—Es verdad que dije, respondió luégo Marcelo, que la paz, según dice San Agustín, es no otra cosa, sino una orden sosegada, ó un sosiego ordenado. Y aunque no pienso agora determinarla por otra manera, porque esta de San Agustín me contenta; todavía quiero insistir algo acerca de esto mismo que San Agustín dice, para dejarlo más enteramente entendido. Porque como veis, Sabino, según esta sentencia, dos cosas diferentes son las de que se hace la paz, conviene á saber, sosiego, y orden. Y hácese de ellas ansí, que no será paz, si alguna de ellas, cualquiera que sea, le faltare. Porque lo primero, la paz pide orden, ó por mejor decir, no es ella otra cosa, sino que cada una cosa guarde y conserve su orden. Que lo alto esté en su lugar, y lo bajo por la misma manera: que obedezca lo que ha de servir, y lo que es de suyo señor, que sea servido y obedecido: que haga cada uno su oficio, y que responda á los otros con el respeto que á cada uno se debe. Pide lo segundo sosiego la paz. Porque aunque muchas personas en la república, ó muchas partes en el alma y en el cuerpo del hombre conserven entre sí su debido orden, y se mantengan cada una en su puesto; pero si las mismas están como bullendo para desconcertarse, y como forcejeando entre sí para salir de su orden; aun antes que consigan su intento, y se desordenen, aquel mismo bullicio suyo, y aquel movimiento destierra la paz de ellas; y el moverse, ó el caminar á la desorden,

ó siquiera el no tener en la orden estable firmeza, es sin duda una especie de guerra.

Por manera que la orden sola, sin el reposo, no hace paz; ni al revés el reposo y sosiego, si le falta la orden. Porque una desorden sosegada, si puede haber sosiego en la desorden; pero si le hay, como de hecho le parece haber en aquellos en quien la grandeza de la maldad, confirmada con la larga costumbre, amortiguando el sentido del bien, hace asiento: ansí que el reposo en la desorden y mal, no es sosiego de paz, sino confirmación de guerra; y es como en las enfermedades confirmadas del cuerpo, pelea, y contienda, y agonía incurable. Es, pues, la paz sosiego y concierto. Y porque ansí el sosiego como el concierto dicen respecto á otro tercero, por eso propiamente la paz tiene por sujeto á la muchedumbre: porque en lo que es uno, y del todo sencillo, si no es refiriéndolo á otro, y por respecto de aquello á quien se refiere, no se asienta propiamente la paz. Pues cuanto á este propósito pertenece, podemos comparar el hombre y referirlo á tres cosas. Lo primero á Dios: lo segundo á ese mismo hombre, considerando las partes diferentes que tiene y comparándolas entre sí: y lo tercero á los demás hombres y gentes con quien vive y conversa. Y según estas tres comparaciones entendemos luégo, que puede haber paz en él por tres diferentes maneras. Una, si estuviere bien concertado con Dios; otra, si él dentro de sí mismo viviere en concierto; y la tercera, si no se atravesare y encontrare con otros.

La primera consiste en que el alma esté sujeta á Dios y rendida á su voluntad, obedeciendo enteramente sus leyes; y en que Dios, como en sujeto dispuesto, mirándola amorosa y dulcemente, influya el favor de sus bienes y dones. La segunda está en que la razón mande, y el sentido y los movimientos de él obedezcan á sus mandamientos: y no sólo en que obedezcan, sino en que obedezcan con presteza y con gusto, de manera que no haya alboroto entre ellos ninguno, ni rebeldía, ni procure ninguno porque la haya; sino que gusten ansí todos del estar á una, y les sea ansí agradable la conformidad, que ni traten de salir de ella, ni por ello forcejeen. La tercera es dar su derecho á todos cada uno, y recibir cada uno de todos aquello que se le debe, sin pleito ni con-

tienda. Cada una de estas paces es para el hombre de grandísima utilidad y provecho, y de todas juntas se compone y fabrica toda su felicidad y bienandanza. La utilidad de la postrera manera de paz, que nos ajunta estrechamente, y nos tiene en sosiego á los hombres unos con otros, cada dia hacemos experiencia de ella; y los llorosos males que nacen de las contiendas, y de las diferencias, y de las guerras, nos la hacen más conocer y sentir.

El bien de la segunda, que es vivir concertada y pacíficamente consigo mismo, sin que el miedo nos estremezca, ni la afición nos inflame, ni nos saque de nuestros quicios la alegría vana, ni la tristeza, ni menos el dolor nos envilezca y encoja, no es bien tan conocido por la experiencia (porque por nuestra miseria grande, son muy raros los que hacen experiencia de él) mas convéncese por razón, y por autoridad claramente. Porque qué vida puede ser la de aquel, en quien sus apetitos y pasiones, no guardando ley ni buena orden alguna, se mueven conforme á su antojo? La de aquel que por momentos se muda con aficiones contrarias? y no sólo se muda, sino muchas veces apetece y desea juntamente, lo que en ninguna manera se compadece estar junto? ya alegre, ya triste, ya confiado, ya temeroso, ya vil, ya soberbio. O qué vida será la de aquel en cuyo ánimo hace presa todo aquello que se le pone delante? del que todo lo que se le ofrece al sentido desea? del que se trabaja por alcanzarlo todo? y del que revienta con rabia y coraje, porque no lo alcanza? del que lo que alcanza hoy, lo aborrece mañana, sin tener perseverancia en ninguna cosa más de en ser inconstante? Qué bien puede ser bien entre tanta desigualdad? O cómo será posible que un gusto tan turbado halle sabor en ninguna prosperidad ni deleite? O por mejor decir, ¿cómo no turbará, y volverá de su cualidad malo y desabrido á todo aquello que en él se infundiere? No dice esto mal, Sabino, vuestro poeta (1):

A quien teme ó sesea sin mesura,
su casa y su riqueza ansí le agrada
como á la vista enferma la pintura:

(1) Horat. Epist. lib. I, epist. II, vv. 51 y 54.

Como á la gota el ser muy fomentada,
ó como la vihuela en el oido,
que la podre atormenta amontonada.
Si el vaso no está limpio, corrompido
aceda todo aquello que infundieres.

Y mejor, mucho y más brevemente el Profeta diciendo (Isai., c. LVII, v. 20): *El malo como mar que hierve, que no tiene sosiego.* Porque no hay mar brava en quien los vientos más furiosamente ejecuten su ira, que iguale á la tempestad y á la tormenta, que yendo unas olas, y viniendo otras, mueven en el corazón desordenado del hombre sus apetitos y sus pasiones. Las cuales á las veces le oscurecen el dia, y le hacen temerosa la noche, y le roban el sueño, y la cama se la vuelve dura, y la mesa se la hacen trabajosa y amarga, y finalmente no le dejan una hora de vida dulce y apacible de veras. Y ansí concluye diciendo (Ibid., v. 21): *Dice el Señor, no cabe en los malos paz.* Y si es tan dañosa aquesta desorden, el carecer de ella, y la paz que la contradice, y que pone orden en todo el hombre, sin duda es gran bien. Y por semejante manera se conoce cuán dulce cosa es, y cuán importante es el andar á buenas con Dios y el conservar su amistad, que es la tercera manera de de paz, que decíamos, y la primera de todas tres. Porque de los efectos que hace su ira en aquellos contra quien mueve guerra, vemos por vista de ojos, cuán provechosa é importante es su paz.

Jeremías en nombre de Jerusalém encarece con lloro el estrago que hizo en ella el enojo de Dios, y las miserias á que vino por haber trabado guerra con Él (Jer. Tren., c. II, vv. 3 y 5). *Quebrantó*, dice, *con ira y braveza toda la fortaleza de Israel, hizo volver atrás su mano derecha delante del enemigo, y encendió en Jacob como una llama de fuego abrasante en derredor. Flechó su arco como contrario, refirmó su derecha como enemigo, y puso á cuchillo todo lo hermoso, y todo lo que era de ver en la morada de la hija de Sión, derramó como fuego su gran coraje. Volvióse Dios enemigo, despeñó á Israel, asoló sus muros, deshizo sns reparos; colmó á la hija de Judá de bajeza y miseria.* Y va por aquesta manera prosiguiendo muy largamente. Mas en el libro de Job se ve como dibujado el miserable mal que pone Dios en el corazón de aquellos contra quien se muestra eno-

jado (Job, c. XV, vv. 21, 22, 24): *Sonido*, dice, *de espanto siempre en sus orejas, y cuando tiene paz, se recela de alguna celada, no cree poder salir de tinieblas y mira en derredor recatándose por todas partes de la espada..... atemorízale la tribulación, y cércale á la redonda la angustia.* Y sobre todos refiriendo Job sus dolores, pinta singularmente en sí mismo el estrago que hace Dios en los que se enoja. Y decirlo he en la manera que nuestro común amigo en verso castellano lo dijo. Dice, pues (Job, c. XIX, vv. 8, 11):

Veo que Dios los pasos me ha tomado,
cortádome la senda, y con oscura
tiniebla mis caminos ha cerrado.
Quitó de mi cabeza la hermosura
del rico resplandor oon que iba al cielo,
desnudo me dejó con mano dura.
Cortóme en derredor, y vine al suelo
cual árbol derrocado: mi esperanza
el viento la llevó con presto vuelo.
Mostró de su furor la gran pujanza
airado, y triste yo, como si fuera
contrario, ansí de sí me aparta y lanza.
Corrió como en tropel su escuadra fiera,
y vino y puso cerco á mi morada,
y abrió por medio de ella gran carrera.

Y si del tener por contrario á Dios, y del andar en bandos con Él nacen estos daños; bien se entiende que carecerá de ellos el que se conservare en su paz y amistad: y no sólo carecerá de estos daños, mas gozará de señalados provechos. Porque como Dios enojado y enemigo es terrible, ansi amigo y pacífico es liberal y dulcísimo. Como se ve en lo que Isaías en su persona de él dice, que hará con la congregación santa de sus amigos y justos (Isai., c. LXVI, vv. 10, 13). *Alegraos con Jerusalém*, dice, *y regocijaos con ella todos los que la queréis bien: gozaos, gozaos mucho con ella todos los que la llorábades, para que á los pechos de su contento puestos los gustéis, y os hartéis, para que los exprimáis, y tengáis sobra de los deleites de su perfecta gloria. Porque el Señor dice ansí: Yo derivaré sobre ella como un rio de paz, y como una avenida creciente la gloria de las gentes de que gozaréis: traeros han á los pechos, y sobre las rodi-*

llas puestos os harán regalos: como si una madre acariciase á su hijo, ansí yo os consolaré á vosotros: con Jerusalém seréis consolados. Ansi que cada una de estas tres paces es de mucha importancia. Las cuales aunque parecen diferentes, tienen entre sí cierta conformidad y orden, y nacen de la una de ellas las otras por aquesta manera. Porque del estar uno concertado y bien compuesto dentro de sí, y del tener paz consigo mismo, no habiendo en él cosa rebelde que á la razón contradiga, nace como de fuente, lo primero el estar en concordia con Dios, y lo segundo el conservarse en amistad con los hombres.

Y digamos de cada una cosa por sí. Porque cuanto á lo primero, cosa manifiesta es, que Dios, cuando se nos pacifica, y de enemigo se amista, y se desenoja y ablanda, no se muda Él, ni tiene otro parecer ó querer de aquel que tuvo desde toda la eternidad sin principio, por el cual perpetuamente aborrece lo malo y ama lo bueno, y se agrada de ello: sino el mudarnos nosotros, usando bien de sus gracias y dones, y el poner en orden á nuestras almas, quitando lo torcido de ellas, y lo contumaz, y rebelde, y pacificando su reino, y ajustándolas con la ley de Dios; y por este camino, el quitarnos del cuento y de la lista de los perdidos y torcidos que Dios aborrece, y traspasarnos al bando de los buenos que Dios ama, y ser del número de ellos; eso quita á Dios de enojo, y nos torna en su buena gracia. No porque se mude ni altere Él, ni porque comience á amar agora otra cosa diferente de lo que amó siempre; sino porque mudándonos nosotros, venimos á figurarnos en aquella manera y forma que á Dios siempre fué agradable y amable. Y ansí Él cuando nos convida á su amistad por el Profeta, no nos dice que se mudará Él, sino pídenos que nos convirtamos á Él nosotros, mudando nuestras costumbres. *Convertíos á mi,* dice (Zachar., c. I, v, 3) *y Yo me convertiré á vosotros.* Como diciendo, volveos vosotros á mí, que haciendo vosotros esto, por el mismo caso Yo estoy vuelto á vosotros, y os miro con los ojos y con las entrañas de amor, con que siempre estoy mirando á los que debidamente me miran. Que como dice David en el Salmo (Ps. XXXIII, v. 16): *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oidos en sus ruegos de ellos.*

Ansí que Él mira siempre á lo bueno con vista de aproba-

ción y de amor. Porque, como sabéis, Dios y lo que es amado de Dios, siempre se están mirando entre sí, y como si dijésemos, Dios es el que ama, y el que ama á Dios en ese mismo Dios tiene siempre enclavados los ojos. Dios mira por él con particular providencia, y él mira á Dios para agradarle con solicitud y cuidado. De lo primero dice David en el Salmo (Ps. XXXIII, v. 16): *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oidos á los ruegos de ellos.* De lo segundo dicen ellos también (Ps. CXXII, v. 2): *Como los ojos de los siervos miran con atención á las manos y á los semblantes de sus señores, ansí nuestros ojos los tenemos fijados en Dios.* Y en los Cantares (Cant. c. II, v. 14) pide el esposo al ánima justa que le muestre la cara, porque ese es el oficio del justo. Y á muchos justos, en las sagradas letras en particular, para decirles Dios que sean justos, y que perseveren y se adelanten en la virtud, les dice ansí, y les pide que no se escondan de Él, sino que anden en su presensencia, y que le traigan siempre delante. Pues cuando dos cosas en esta manera juntamente se miran, si es ansí que la una de ellas es inmudable, y si con esto acontece que se dejen de mirar algún tiempo; eso de necesidad avendrá, porque la otra, que se podía torcer, usando de su poder volvió á otra parte la cara: y si tornaren á mirarse después, será la causa, porque aquella misma que se torció y escondió, volvió otra vez su rostro hácia la primera, mudándose. Y de aquesta misma manera, estándose Dios firme é inmutable en sí mismo, y no habiendo más alteración en su querer y entender, que la hay en su vida y en su ser, porque en Él todo es una misma cosa, el ser y el querer: nuestra mudanza miserable, y las veces de nuestro albedrío, que como vientos diversos juegan con nosotros, y nos vuelven al mal por momentos, nos llevan á la gracia de Dios ayudados de ella, y nos sacan de ella con su propia fuerza mil veces. Y mudándome yo, hago que parezca Dios mudarse conmigo, no mudándose Él nunca. Ansí que por el mismo caso que lo torcido de mi alma se destuerce, y lo alborotado de ella se pone en paz, y se vuelve, vencidas las nieblas y la tempestad del pecado, á la pureza, y á lo sereno de la luz verdadera; Dios luégo se desenoja con ella. Y de la paz de ella consigo misma, criada en ella por Dios, nace la paz segunda, que, como dijimos, consiste en que

Dios y ella, puestos aparte los enojos, se amen y quieran bien. Y de la misma manera el tener uno paz consigo, es principio certísimo para tenerla con todos los otros.

Porque sabida cosa es, que lo que nos diferencia, y lo que nos pone en contienda y en guerra á unos con otros, son nuestros deseos desordenados: y que la fuente de la discordia y rencilla siempre es y fué la mala codicia de nuestro vicioso apetito. Porque todas las diferencias y enojos que los hombres entre si tienen, siempre se fundan sobre la pretensión de algunos de estos bienes, que llaman bienes los hombres, como son, ó el interés, ó la honra, ó el pasatiempo y deleite: que como son bienes limitados, y que tienen su cierta tasa, habiendo muchos que los pretendan sin orden, no bastan á todos, ó vienen á ser para cada uno menores, y ansí se embarazan, y se estorban los unos á los otros, aquellos que sin rienda los aman. Y del estorbo nace el disgusto, y de él el enojo, y al enojo se le siguen los pleitos, y las diferencias, y finalmente las enemistades capitales, y las guerras. Como lo dice Santiago cuasi por estas mismas palabras (Jacob. capit. IV, v. 1.): *De dónde hay en vosotros pleitos y guerras, sino por causa de vuestros deseos malos?* Y al revés el hombre de ánimo bien compuesto, y que conserva paz y buena órden consigo, tiene atajadas y como cortadas cuasi todas las ocasiones, y cuanto es de su parte sin duda todas las que le pueden encontrar con los hombres. Que si los otros se desentrañan por estos bienes, y si á rienda suelta y como desalentados siguen en pos del deleite, y se desuelan por las riquezas, y se trabajan y fatigan por subir á mayor grado y á mayor dignidad adelantándose á todos: este que digo, no se les pone delante para hacerles dificultad, ó para cerrarles el paso: antes haciéndose á su parte, y rico y contento con los bienes que posee en su ánima, les deja á los demás campo ancho, y cuanto es de su parte bien desembarazado, adonde á su contento se espacien. Y nadie aborrece al que en ninguna cosa le daña. Y el que no ama lo que los otros aman, y ni quiere ni pretende quitar de las manos y de las uñas á ninguno su bien, no daña á ninguno.

Ansí que como la piedra que en el edificio está asentada en su debido lugar, ó por decir cosa más propia, como la

cuerda en la música debidamente templada en sí misma, hace música dulce con todas las demás cuerdas sin disonar con ninguna; ansí el ánimo bien concertado dentro de sí, y que vive sin alboroto, y tiene siempre en la mano la rienda de sus pasiones, y de todo lo que en él puede mover inquietud y bullicio, consuena con Dios, y dice bien con los hombres, y teniendo paz consigo mismo, la tiene con los demás. Y como dijimos, aquestas tres paces andan eslabonadas entre sí mismas, y de la una de ellas nacen como de fuentes las otras, y esta de quien nacen las demás, es aquella que tiene su asiento en nosotros. De la cual San Agustín dice bien en esta manera (1): *Vienen á ser pacíficos en sí mismos, los que poniendo primero en concierto todos los movimientos de su ánima, y sujetándolos á la razón, esto es, á lo principal del alma y espíritu, y teniendo bien domados los deseos carnales, son hechos reino de Dios, en el cual todo está ordenado ansí que mande en el hombre, lo que en él es más excelente; y lo demás en que convenimos con los animales brutos, no le contradiga; y eso mismo excelente, que es la razón, esté sujeta á lo que es mayor que ella, esto es, á la verdad misma, y al Hijo unigénito de Dios, que es la misma verdad. Porque no le será posible á la razón tener sujeto lo que es inferior, si ella á lo que superior le es, no sujetare á sí misma. Y esta es la paz que* (Luc. cap. II, v. 14.) *se concede en el suelo á los hombres de buena voluntad, y la en que consiste la vida del sabio perfecto.*

Mas dejando esto aquí, averigüemos agora y veamos, que ya el tiempo lo pide, qué hizo Cristo para poner el reino de nuestras almas en paz, y por dónde es llamado PRINCIPE de ella. Que decir que es PRINCIPE de aquesta obra, es decir, no sólo que Él la hace, más que es sólo Él el que la puede hacer, y que es el que se aventaja entre todos aquellos que han pretendido el hacer este bien: lo cual ciertamente han pretendido muchos, pero no les ha sucedido á ninguno. Y ansí habemos de asentar por muy ciertas dos cosas; una, que la religión, ó la policía, ó la doctrina ó maestría que no engendra en nuestras ánimas paz, y composición de afectos y de cos-

(1) *De Serm. Dom. in monte*, lib. I. cap. 2. edit. Ben. An. 1700. Tom. III. P. II. column. 120. a.

tumbres, no es Cristo, ni religión suya por ninguna manera. Porque como sigue la luz al sol, ansí este beneficio acompaña á Cristo siempre, y es infalible señal de su virtud y eficacia. La otra cosa es, que ninguno jamás, aunque lo pretendieron muchos, pudo dar aqueste bien á los hombres, sino Cristo y su ley. Por manera que no solamente es obra suya esta paz, mas obra que Él solo la supo hacer: que es la causa por donde es llamado su PRINCIPE. Porque unos atendiendo á nuestro poco saber, é imaginando, que el desórden de nuestra vida nacía solamente de la ignorancia; parecióles que el remedio era desterrar de nuestro entendimiento las tinieblas del error, y ansí pusieron su cuidado y diligencia en solamente dar luz al hombre con leyes, y en ponerle penas que le indujesen con su temor á aquello que le mandaban las leyes. De esto, como agora decíamos, trató la ley vieja, y muchos otros hombres que ordenaron leyes, atendieron á esto, y mucha parte de los antiguos filósofos escribieron grandes libros acerca de este propósito.

Otros considerando la fuerza que en nosotros tiene la carne y la sangre, y la violencia grande de sus movimientos; persuadiéronse, que de la compostura y complexión del cuerpo manaban como de fuente la destemplanza y turbaciones del ánima, y que se podría atajar este mal con sólo cortar esta fuente. Y porque el cuerpo se ceba y se sustenta con lo que se come, tuvieron por cierto, que con poner en ello órden y tasa, se reduciría á buena orden el alma, y se conservaría siempre en paz y salud. Y ansí vedaron unos manjares, los que les pareció que comidos, con su vicioso jugo acrecentarían las fuerzas desordenadas y los malos movimientos del cuerpo, y de otros señalaron cuándo y cuánto de ellos se podía comer: y ordenaron ciertos ayunos, y ciertos lavatorios con otros semejantes ejercicios, enderezados todos á adelgazar el cuerpo, criando en él una santa y limpia templanza. Tales fueron los filósofos indios, y muchos sabios de los bárbaros siguieron por este camino, y en las leyes de Moysén algunas de ellas se ordenaron para esto también: más ni los unos ni los otros salieron con su pretensión. Porque puesto caso que estas cosas sobredichas, todas ellas son útiles para conseguir este fin de paz que decimos, y algunas de ellas

muy necesarias; más ninguna de ellas, ni juntas todas no son bastantes ni poderosas para criar en el alma esta paz enteramente, ni para desterrar de ella, ó á lo menos para poner en concierto en ella aquestas olas de pasiones y movimientos furiosos, que la alteran y turban. Porque habéis de entender, que en el hombre en quien hay alma y hay cuerpo, y en cuya alma hay voluntad y razón, por el grande estrago que hizo en él el pecado primero, todas estas tres cosas quedaron miserablemente dañadas. La razón con ignorancias, el cuerpo y la carne con sus malos siniestros dejados sin rienda, y la voluntad, que es la que mueve en el reino del hombre, sin gusto para el bien, y golosa para el mal, y perdidamente inclinada, y como despojada del aliento del cielo, y como revestida de aquel malo y ponzoñoso espíritu de la serpiente, de quien esta mañana tantas veces y tan largamente decíamos.

Y con esto, que es cierto, habeis también de entender, que de estos tres males y daños el de la voluntad es como la raíz y el principio de todos. Porque como en el primer hombre se ve, que fué el autor de de estos males, y el primero en quien ellos hicieron prueba y experiencia de sí mismos, el daño de la voluntad fué el primero, y de allí se extendió cundiendo la pestilencia al entendimiento y al cuerpo. Porque Adám no pecó, porque primero se desordenase el sentido en él, ni porque la carne con su ardor violento llevase en pos de sí la razón; ni pecó por haberse cegado primero su entendimiento con algún grave error (que como dice San Pablo (I. ad Timoth. cap. II, v. 14.), en aquel artículo *no fué engañado* el varón), sino pecó, porque quiso lisamente pecar: esto es, porque abriendo de buena gana las puertas de su voluntad, recibió en ella al espíritu del demonio, y dándole á él asiento, la sacó á ella de la obediencia de Dios, y de su santa órden, y de la luz y favor de su grácia. Y hecho una por una este daño, luégo de él le nació en el cuerpo desorden, y en la razón ceguedad. Ansí que la fuente de la desventura y guerra común es la voluntad dañada, y como emponzoñada con esta maldad primera.

Y porque los que pusieron leyes para alumbrar nuestro error, mejoraban la razón solamente; y los que ordenaron la

dieta corporal, vedando y concediendo manjares, templaban solamente lo dañado del cuerpo; y la fuente del desconcierto del hombre y de aquestas desórdenes todas no tenía asiento, ni en la razón, ni en el cuerpo, sino, como habemos dicho, en la voluntad maltratada: como no atajaban la fuente, ni atinaban, ni podían atinar á poner medicina en aquesta podrida raíz, por eso careció su trabajo del fruto que pretendían. Sólo aquel lo consiguió, que supo conocer esta orígen, y conocida tuvo saber y virtud para poner en ella su medicina propia, que fué Jesucristo nuestra verdadera salud. Porque lo que remedia este mal espíritu, y aqueste perverso brío, con que se corrompió en su primer principio la voluntad, es un otro espíritu santo, y del cielo: y lo que sana esta enfermedad y malatía de ella, es el don de la gracia, que es salud y verdad. Y esta gracia, y aqueste espíritu, sólo Cristo pudo merecerlo, y sólo Cristo lo da. Porque como decíamos acerca del nombre pasado, y es bien que se torne á decir para que se entienda mejor, porque es punto de grande importancia; no se puede falsear, ni contrastar lo que dice San Juan (Joan. cap. I, v. 17.): *Moysén hizo la ley, mas la gracia es obra de Cristo.*

Como si en más palabras dijera: Esto que es hacer leyes, y dar luz con mandamientos al entendimiento del hombre, Moysén lo hizo, y muchos otros legisladores y sabios lo intentaron á hacer, y en parte lo hicieron. Y aunque Cristo también en esta parte sobró á todos ellos con más ciertas y más puras leyes que hizo; pero lo que puede enteramente sanar al hombre, y lo que es sola y propia obra de Cristo, no es eso; que muy bien se compadecen entendimiento claro, y voluntad perversa, razón desengañada, y mal inclinada voluntad; mas es sola la gracia y el espíritu bueno, en el cual ni Moysén ni ningún otro sabio, ni criatura del mundo tuvo poder para darlo, sino es sólo Cristo Jesús. Lo cual es en tanta manera verdad, no sólo que Cristo es el que nos da esta medicina eficaz de la gracia, sino que sola ella es la que nos puede sanar enteramente, y que los demás medios de luz y ejercicios de vida jamás nos sanaron, que muchas veces aconteció, que la luz que alumbraba el entendimiento, y las leyes que le eran como antorcha para descubrirle el camino justo,

no sólo no remediaron el mal de los hombres, mas antes, por la disposición de ellos mala, les acarrearon daño y enfermedad notablemente mayor. Y lo que era bueno en sí, por la cualidad del sujeto enfermo y mal sano, se les convertía en ponzoña que los dañaba más, como lo escribe expresamente San Pablo en una parte (Ad Rom. cap. VII, v. 10. seqq.) diciendo, que la ley le quitó la vida del todo; y en otra (Ad Rom. cap. V, v. 20.), que por ocasión de la ley se acrecentó y salió el pecado como de madre; y en otra (Ad Rom. cap. VII, v. 13.), dando la razón de esto mismo, porque, dice, el pecado que se comete habiendo ley, es pecado en manera superlativa: esto es, porque se peca, cuando ansí se peca, más gravemente, y viene ansí á llegar á sus mayores quilates la malicia del mal.

Porque á la verdad, como muestra bien Platón en el segundo Alcibíades (1), á los que tienen dañada la voluntad, ó no bien aficionada acerca del fin último, y acerca de aquello que es lo mejor, la ignorancia les es útil las más de las veces, y el saber peligroso y dañoso: porque no les sirve de freno para que no se arrojen al mal, porque sobrepuja sobre todo el desenfrenamiento, y como si dijésemos, el desbocamiento de su voluntad estragada; sino antes les es ocasión unas veces para que pequen más sin disculpa, y otras para que de hecho pequen los que sin aquella luz no pecaran. Porque por su grande maldad, que la tienen ya como embebida en las venas, usan de la luz, no para encaminar sus pasos bien, sino para hallar medios é ingenios para traer á ejecución sus perversos deseos más fácilmente: y aprovéchanse de la luz y del ingenio, no para lo que ello es, para guía del bien, sino para adalid, ó para ingeniero del mal: y por ser más agudos y más sabios, vienen á corromperse más, y á hacerse peores. De lo cual todo resulta, que sin la gracia no hay paz ni salud, y que la gracia es obra nacida del merecimiento de Cristo.

Mas porque esto es claro y certísimo, veamos agora, qué cosa es gracia, ó que fuerza es la suya, y en qué manera, sanando la voluntad, cria paz en todo el hombre interior y ex-

(1) O, *De voto* hácia el medio.

terior. Y diciendo esto Marcelo, puso los ojos en el agua, que iba sosegada y pura, y relucían en ella como en espejo todas las estrellas y hermosura del cielo, y parecía como otro cielo sembrado de hermosos luceros: y alargando la mano hacia ella, y como mostrándola, dijo luégo ansí: Aquesto mismo que agora aquí vemos en esta agua, que parece como un otro cielo estrellado, en parte nos sirve de ejemplo para conocer la condición de la gracia. Porque ansí como la imagen del cielo, recibida en el agua, que es cuerpo dispuesto para ser como espejo, al parecer de nuestra vista la hace semejante á sí mismo: ansí, como sabéis, la gracia venida al alma, y asentada en ella, no al parecer de los ojos, sino en el hecho de la verdad, la asemeja á Dios, y la da sus condiciones de Él, y la transforma en el cielo, cuanto le es posible á una criatura, que no pierde su propia sustancia, ser transformada. Porque es una cualidad, aunque criada, no de la cualidad ni del metal de ninguna de las criaturas que vemos, ni tal, cuales son todas las que la fuerza de la naturaleza produce: que ni es aire, ni fuego, ni nacida de ningún elemento, y la materia del cielo y los cielos mismos le reconocen ventaja en órden de nacimiento, y en grado más subido de orígen. Porque todo aquello es natural, y nacido por ley natural: mas esta es sobre todo lo que la naturaleza puede y produce. En aquella manera nacen las cosas con lo que les es natural y propio, y como debido á su estado y á su condición: mas lo que la gracia da, por ninguna manera puede ser natural á ninguna sustancia criada. Porque, como digo, traspasa sobre todas ellas, y es como un retrato de lo más propio de Dios, y cosa que le retrae y remeda mucho: lo cual no puede ser natural sino á Dios.

De arte que la gracia es una como deidad, y una como figura viva del mismo Cristo, que puesta en el alma se lanza en ella y la deifica, y si va á decir verdad, es el alma del alma. Porque ansí como mi alma abrazada á mi cuerpo, y extendiéndose por todo él, siendo caedizo y de tierra, y de suyo cosa pesadísima y torpe, le levanta en pié, y le menea, y le da aliento y espíritu, y ansí le enciende en calor, que le hace como una llama de fuego, y le da las condiciones del fuego, de manera que la tierra anda, y lo pesado discurre ligero, y

lo torpísimo y muerto vive, y siente, y conoce: ansí en el alma, que por ser criatura tiene condiciones viles y bajas, y que por ser el cuerpo adonde vive de linaje dañado, está ella aún más dañada y perdida, entrando la gracia en ella, y ganando la llave de ella, que es la voluntad, y lanzándosele en su seno secreto, y como si dijésemos, penetrándola toda, y de allí extendiendo su vigor y virtud por todas las demás fuerzas del ánimo; la levanta de la afición de la tierra, y convirtiéndola al cielo, y á los espíritus que se gózan en él, le da su estilo y su vivienda, y aquel sentimiento, y valor, y alteza generosa de lo celestial y divino, y en una palabra la asemeja mucho á Dios, en aquellas cosas que le son á Él más propias y más suyas, y de criatura que es suya la hace hija suya muy su semejante, y finalmente la hace un otro Dios ansí adoptado por Dios, que parece nacido y engendrado de Dios.

Y porque, como dijimos, entrando la gracia en el alma, y asentándose en ella, adonde primero prende es la voluntad; y porque en Dios la voluntad es la misma ley de todo lo justo, y eso es bien lo que Dios quiere, y solamente quiere aquello que es bueno: por eso lo primero que en la voluntad la gracia hace, es hacer de ella una ley eficaz para el bien, no diciéndole lo que es bueno, sino inclinándola, y como enamorándola de ello. Porque, como ya habemos dicho, se debe entender, que esto que llamamos ó *ley*, ó *dar ley*, puede acontecer en dos diferentes maneras. Una es la ordinaria y usada que vemos, que consiste en decir y señalar á los hombres, lo que les conviene hacer ó no hacer, escribiendo con pública autoridad mandamientos y ordenaciones de ello, y pregonándolas públicamente. Otra es que consiste, no tanto en aviso, como en inclinación: que se hace, no diciendo, ni mandando lo bueno, sino imprimiendo deseo y gusto de ello. Porque el tener uno inclinación y prontitud para alguna otra cosa que le conviene, es ley suya de aquel que está en aquella manera inclinado, y ansí la llama la filosofía: porque es lo que le gobierna la vida, y lo que le induce á lo que le es conveniente, y lo que le endereza por el camino de su provecho, que todas son obras propias de ley. Ansí es ley de la tierra la inclinación que tiene á hacer asiento en el centro; y del fuego el apete-

cer lo subido y lo alto; y de todas las criaturas sus leyes son aquello mismo á que las lleva su naturaleza propia.

La primera ley aunque es buena, pero como arriba está dicho, es poco eficaz cuando lo que se avisa es ajeno de lo que apetece el que recibe el aviso: como lo es en nosotros por razón de nuestra maldad. Mas la segunda ley es en grande manera eficaz, y esta pone Cristo con la gracia en nuestra alma. Porque por medio de ella escribe en la voluntad de cada uno con amor y afición aquello mismo que las leyes primeras escriben en los papeles con tinta; y de los libros de pergamino, y de las tablas de piedra, ó de bronce, las leyes que estaban esculpidas en ellas con cincel ó buril, las traspasa la gracia, y las esculpe en la voluntad. Y la ley que por defuera sonaba en los oidos del hombre, y le afligía el alma con miedo, la gracia se la encierra dentro del seno, y se la derrama, como si dijésemos, tan dulcemente por las fuerzas y apetitos del alma, que se la convierten en su único deleite y deseo: y finalmente hace que la voluntad del hombre torcida y enemiga de ley, ella misma quede hecha una justísima ley, y como en Dios, ansí en ella su querer sea lo justo, y lo justo sea todo su deseo y querer, cada uno según su manera, como maravillosamente lo profetizó Jeremías en el lugar que está dicho. Queda pues concluido, que la gracia, como es semejanza de Dios, entrando en nuestra alma, y prendiendo luégo su fuerza en la voluntad de ella, la hace por participación, como de suyo es la de Dios, ley é inclinación y deseo de todo aquello que es justo, y que es bueno. Pues hecho esto, luégo por órden secreta y maravillosa se comienza á pacificar el reino del alma, y á concertar lo que en ella estaba encontrado, y á ser desterrado de allí todo lo bullicioso y desasosegado que la turbaba: y descúbrese entonces la paz, y muestra la luz de su rostro, y sube, y crece, y finalmente queda reina y señora.

Porque lo primero, en estando aficionada por virtud de la gracia en la manera que habemos dicho la voluntad, luégo calla, y desaparece el temor horrible de la ira de Dios, que le movía cruda guerra, y que poniéndosele cada momento delante la traía sobresaltada y atónita. Ansí lo dice San Pablo (Ad Rom. c. v, v. 1.): *Justificados con la gracia, luégo tenemos*

paz con Dios. Porque no le miramos ya como á juez airado, sino como á padre amoroso: ni le concebimos ya como á enemigo nuestro poderoso y sangriento, sino como á amigo dulce y blando. Y como por medio de la gracia nuestra voluntad se conforma y se asemeja con Él, amamos á lo que se nos parece, y confiamos por el mismo caso que nos ama Él, como á sus semejante.

Lo segundo, la voluntad y la razón, que estaban hasta aquel punto perdidamente discordes, hacen luégo paz entre sí. Porque de allí adelante lo que juzga la una parte, eso mismo desea la otra: y lo que la voluntad ama, eso mismo es lo que aprueba el entendimiento. Y ansí cesa esta amarga y continua lucha, y aquel alboroto fiero, y aquel continuo reñir, con que se despedazan las entrañas del hombre, que tan vivamente San Pablo con sus divinas palabras pintó cuando dice (Ad Rom. c. VII, vv. 19, 22, 24.): *No hago el bien que juzgo, sino el mal que aborrezco y condeno... Juzgo bien de la ley de Dios, según el hombre interior; pero veo otra ley en mi mismo apetito, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva cautivo en seguimiento de la ley de pecado, que en mis inclinaciones tiene asiento. Desventurado yo! y quién me podrá librar de la maldad mortal de este cuerpo?*

Y no solamente convienen en uno de allí adelante la razón y la voluntad, mas con su bien guiado deseo de ella, y con el fuego ardiente de amor con que apetecé lo bueno, enciende en cierta manera luz con que la razón viene más enteramente en el conocimiento del bien: y de muy conformes, y de muy amistados los dos, vienen á ser entre sí semejantes, y casi á trocar entre sí sus condiciones y oficios: y el entendimiento levanta luz que aficione, y la voluntad enciende amor que guie y alumbre: y casi enseña la voluntad, y el entendimienio apetece.

Lo tercero, el sentido y las fuerzas del alma más viles, que nos mueven con ira y deseos, con los demás apetitos y virtudes del cuerpo, reconocen luégo el nuevo huésped que ha venido á su casa, y la salud y nuevo valor que para contra ellos le ha venido á la voluntad; y reconociendo que hay justicia en su reino, y quien levante vara en él, poderosa para escarmentar con castigo á lo revoltoso y rebelde, recó-

gense poco á poco, y como atemorizados se retiran, y no se atreven ya á poner unas veces fuego, y otras veces hielo, y continuamente alboroto y desorden, bulliciosos y desasosegados como antes solían; y si se atreven, con una sofrenada la voluntad santa los pacifica y sosiega. Y crece ella cada día más en vigor, y creciendo siempre, y entrañándose de continuo en ella más los buenos y justos deseos, y haciéndolos como naturales á sí, pega su afición y talante á las otras fuerzas menores, y apartándolas insensiblemente de sus malos siniestros, y como desnudándolas de ellos, las hace á su condición é inclinación de ella misma: y de la ley santa de amor en que está transformada por gracia, deriva también, y comunica á los sentidos su parte. Y como la gracia apoderánse del alma, hace como un otro Dios á la voluntad; ansí ella deificada, y hecha del sentido como reina y señora, cuasi le convierte de sentido en razón. Y como acontece en la naturaleza, y en las mudanzas de la noche y del día, que como dice David en el Salmo (Ps. CIII, v. 20.), en viniendo la noche salen de sus moradas las fieras, y esforzadas y guiadas por las tinieblas, discurren por los campos, y dan estrago á su voluntad en ellos; mas luégo que amanece el día, y que apunta la luz, esas mismas se recogen y encuevan: ansí el desenfrenamiento fiero del cuerpo, y la rebeldía alborotadora de sus movimientos, que cuando estaba en la noche de su miseria la voluntad nuestra caida, discurrían con libertad, y lo metían todo á sangre y á fuego; en comenzando á lucir el rayo del buen amor, y en mostrándose el día del bien, vuelve luégo el pie atrás, y se esconde en su cueva, y deja que lo que es hombre en nosotros salga á luz, y haga su oficio sosegada y pacíficamente, y de sol á sol.

Porque á la verdad ¿qué es lo que hay en el cuerpo, que sea para desasosegar á quien es regido por una voluntad y razón semejante? Por ventura el deseo de los bienes de esta vida le solicitará, ó el temor de los males de ello le romperá su reposo? Alterarse ha con ambición de honras, ó con amor de riquezas? ó con la afición de los ponzoñosos deleites desalentado saldrá de sí mismo? Cómo le turbará la pobreza al que de esta vida no quiere más que una estrecha pasada? Cómo le inquietará con su hambre el grado alto de dignidades y hon-

ras, al que huella sobre todo lo que se precia en el suelo? Cómo la adversidad, la contradicción, las mudanzas diferentes, y los golpes de la fortuna que le podían hacer mella al que á todos sus bienes los tiene seguros y en sí? Ni el bien le azozobra, ni el mal le amedrenta, ni la alegría lo engríe, ni el temor le encoge, ni las promesas le llevan, ni las amenazas le desquician, ni es tal, que ó lo próspero ó lo adverso le mude. Si se pierde la hacienda, alégrase como libre de una carga pesada. Si le faltan los amigos, tiene á Dios en su alma, con quien de continuo se abraza. Si el ódio ó si la envidia arma los corazones ajenos contra él, como sabe que no le pueden quitar su bien, no los teme. En las mudanzas está quedo, y entre los espantos seguro: y cuando todo á la redonda de él se arruine, él permanece más firme, y como dijo aquel grande elocuente, luce en las tinieblas, y empelido de su lugar no se mueve. Y lo postrero con que aqueste bien se perfecciona últimamente, es otro bien que nace de aquesta paz interior, y naciendo de ella, acrecienta á esa misma paz de donde nace y procede. Y este bien es el favor de Dios que la voluntad ansi concertada tiene, y la confianza que se le despierta en el alma con aqueste favor. Porque ¿quién pondrá alboroto ó espanto en la conciencia que tiene á Dios de su parte? O cómo no tendrá á Dios de su parte el que es una voluntad con Él, y un mismo querer? Bien dijo Sófocles: *Si Dios manda en mí, no estoy sujeto á cosa mortal.* Y cierto es, que no me puede dañar aquello á quien no estoy sujeto.

Ansí que de la paz del alma justa nace la seguridad del amparo de Dios, y de esta seguridad se confirma más, y se fortifica la paz. Y ansí David juntó, á lo que parece, aquestas dos cosas, paz y confianza cuando dijo en el Salmo (Ps. IV, v. 9.) *En paz, y en uno dormiré y reposaré.* Adonde, como veis, con la paz puso el sueño, que es obra, no de ánimo solícito, sino de pecho seguro y confiado. Sobre las cuales palabras, si bien me acuerdo, dice ansí San Crisóstomo (1) *Esta es otra especie de merced que hace Dios á los suyos, que les da paz. De paz* dice, (Psalmo CXVIII, v. 165.) *gozan los que aman tu ley, y ninguna cosa*

(1) Exposit. in Psalm. IV, num. II, seq. Oper. edit Montfauconi, Paris, 1718-1738. tom. v. pag. 25. seq.

les es tropiezo. Porque ninguna cosa hace ansí paz, como es el conocimiento de Dios, y el poseer la virtud, lo cual destierra del ánimo sus perturbaciones, que son su guerra secreta, y no permite que el hombre traiga bandos consigo. Que á la verdad el que de esta paz no gozare, dado que en las cosas de fuera tenga gran paz, y no sea acometido de ningún enemigo, será sin duda miserable y desventurado sobre todos los hombres. Porque ni los scitas bárbaros, ni los de Tracia, ni los Sármatas, ó los indios, ó moros, ni otra gente ó nación alguna, por más fiera que sea, pueden hacer guerra tan cruda, como es la que hace un malvado pensamiento cuando se lanza en lo secreto del animo, ó una desordenada codicia, ó el amor del dinero sediento, ó el deseo entrañable de mayor dignidad, ú otra afición cualquiera acerca de aquellas cosas que tocan á esta vida presente. Y la razón pide que sea ansí, porque aquella guerra es guerra de fuera, mas aquesta es guerra de dentro de casa. Y vemos en todas las cosas, que el mal que nace de dentro, es mucho más grave que no aquello que acomete de fuera. Porque al madero la carcoma que nace de dentro de él lo consume mas; y á la salud y fuerzas del cuerpo las enfermedades que proceden de lo secreto de él, le son más dañosas que no los males que le advienen de fuera. Y á las ciudades y repúblicas no las destruyen tanto los enemigos de fuera, cuanto las asuelan los domésticos, y los que son de una misma comunidad y linaje. Y por la misma manera á nuestra alma lo que la conduce á la muerte, no son tanto los artificios é ingenios con que es acometida de fuera, cuanto las pasiones y enfermedades suyas, y que nacen en ella. Por donde si algún temeroso de Dios compusiere los movimientos turbados del ánimo, y si les quitare á los malvados deseos, que son como fieras, que no vivan y alienten; y si no les permitiendo que hagan cueva en su alma, apaciguare bien esta guerra: ese tal gozará de paz pura y sosegada. Esta paz nos dió Cristo viniendo al mundo. Esta misma desea San Pablo cuando dice en todas sus cartas (Ad Ephes. c. I, v. 2. etc.): *Gracia en vosotros, y paz de Dios Padre nuestro. El que es señor de esta paz, no sólo no teme al enemigo bárbaro, mas ni al mismo demonio; antes hace burla de él, y de todo su ejército: vive sosegado, y seguro, y alentado más que otro hombre ninguno, como aquel á quien ni la pobreza le aprieta, ni la enfermedad le es grave, ni le turba caso ninguno adverso de los que sin pensar acontecen. Porque su alma como sana y valien-*

te se vadea fácil y generosamente por todo. Y para que veáis á los ojos, que es aquesto verdad, pongamos que es uno envidioso, y que en lo demás no tiene enemigo ninguno: qué le aprovechará no tenerle? él mismo se hace guerra á sí mismo, él mismo afila contra sí sus pensamientos más penetrables que espada. Oféndese de cuanto bien ve, y llágase á sí con cuantas buenas dichas suceden á otros: á todos los mira como á enemigos, y para con ninguno tiene su ánimo desenconado y amable. Qué provecho pues le trae al que es como este el tener paz por de fuera; pues la guerra grande que trae dentro de sí le hace andar discurriendo furioso y lleno de rabia, y tan acosado de ella, que apetece ser antes traspasado con mil saetas, ó padecer antes mil muertes, que ver á alguno de sus iguales, ó bien reputado, ó en otra alguna manera próspero? Demos otro que ame el dinero; cierto es que levantará en su corazón por momentos discordias innumerables, y que acosado de su turbada afición, ni aun respirar no podrá. No es ansí, no, el que está libre de semejantes pasiones, antes como quien está en puerto seguro, de espacio y con reposo, hinche su pecho de deleites sabios, ajeno de todas las molestias sobredichas.

Esto dice pues San Crisóstomo. Y en lo postrero que dice, descubre otro bien, y otro fruto que de la paz se recoge, y que en este nuestro discurso será lo postrero, que es el gozo santo que halla en todo el que está pacífico en sí. Porque el que tiene consigo guerra, no es posible que en ninguna cosa halle contento puro y sencillo. Porque ansí como el gusto mal dispuesto por la demasía de algún humor malo que le desordena, en ninguna cosa halla el sabor que ella tiene; ansí el que trae guerra entre sí, no le es posible gozar de lo puro y de la verdad del buen gusto. En el ánimo con paz sosegado, como en agua reposada y pura, cada cosa sin engaño ni confusión se muestra cual es, y ansí de cada uno coge el gozo verdadero que tiene y goza de sí mismo, que es lo mejor. Porque ansí como de la salud y buena afición de la voluntad que Cristo por medio de su gracia pone en el hombre, como decíamos, se pacifica luégo el alma con Dios, y cesa la rencilla que ántes de esto había entre el entender y querer, y también el sentido se rinde, y lo bullicioso de él ó se acaba, ó se esconde, y de toda esta paz nace el andar el hombre libre y bien animado y seguro; ansí de todo aqueste amontonamiento de bien nace

aqueste gran bien, que es gozar el hombre de sí, y poder vivir consigo mismo, y no tener miedo de entrar en su casa, como debajo de hermosas figuras conforme á su costumbre lo profetiza Miqueas, diciendo lo que en la venida de Cristo al mundo, y en la venida del mismo en el alma de cada uno, había de acontecer á los suyos (Mich. c. IV, vv. 3. 4.) *No levantará, dice, espada una nación contra otra, y olvidarán de allí adelante las artes de guerra, y cada uno asentado debajo de su vid, y debajo de su higuera gozará de ella, y no habrá quien de allí con espanto le aparte.* Adonde juntamente con la paz hecha por Cristo, pone el descanso seguro con que gozará de sí y de sus bienes el que en esta manera tuviere paz.

Mas David en el Salmo, vuelto á la Iglesia, y á cada uno de los justos que son parte de ella, con palabras breves, pero llenas de significación y de gozo, comprende todo cuanto habemos dicho muy bien. Dice (Psalm. CXLVII, v. 1.) *Alaba, Jerusalém, al Señor*: esto es, todos los que sois Jerusalém poseedores de paz, alabad al Señor. Y aunque les dice que alaben, y aunque parece que ansí se lo manda; este mandar propiamente es profetizar lo que de esta paz acontece y nace: porque, como dijimos, al punto que toma posesión de la voluntad, luégo el alma hace paces con Dios, de donde se sigue luégo el amor y el loor. Mas añade David. *Porque fortaleció las cerraduras de tus puertas, y bendijo á tus hijos en ti.* Dice la otra paz que se sigue á la primera paz de la voluntad, que es la conformidad y el estar á una entre sí todas las fuerzas y potencias del alma, que son como hijos de ella, y como las puertas por donde le viene ó el mal, ó el bien. Y dice maravillosamente que está fortalecido y cerrado dentro de sus puertas el que tiene esta paz. Porque como tiene rendido el deseo y la razón, y por el mismo caso como no apetece desenfrenadamente ninguno de los bienes de fuera; no puede venirle de fuera, ni entrarle en su casa sin su voluntad cosa ninguna que le dañe ó enoje: sino cerrado dentro de sí, y bastecido y contento con el bien de Dios que tiene en sí mismo, y como dice el poeta (1) del sabio, *liso y redondo*, no halla en él asidero ninguno la fuerza enemiga.

---

(1) Ausonio, Edyll. XVI, 5.

Porque ¿cómo dañará el mundo al que no tiene ningunas prendas en él? Y en lo que luégo David añade se ve más claramente esto mismo. Porque dice ansí (Psalm. CXLVII, v. 3.) *Y puso paz en tus términos.* Porque de tener en paz el alma á todo aquello que vive dentro de sus murallas y de su casa, de necesidad se sigue, que tendrá también pacífica su comarca; que es decir, que no tiene cosa en que los que andan fuera de ella, y al derredor de ella, dañarla puedan. Tiene paz en su comarca, porque en ninguna cosa tiene competencia con su vecino, ni se pone á la parte en las cosas que precia el mundo y desea: y ansí nadie le mueve guerra, ni en caso que se la quisiesen mover, tienen en qué hacerla. Porque su comarca aun por esta razón es pacífica, porque es campiña rasa y estéril, que no hay viñedos en ella, ni sembrados fértiles, ni minas ricas, ni arboledas, ni jardines, ni caserías deleitosas é ilustres: ni tiene el alma justa cosa que precie, que no la tenga encerrada dentro de sí, y por eso goza seguramente de sí: que es el fruto último, como decíamos, y el que significa luego este Salmo en las palabras que añade: *Y te mantiene con hartura con lo apurado del trigo.* Porque á la verdad los que sin esta paz viven, por más bien afortunados que vivan, no comen lo apurado del pan. Salvados son sus manjares, el desecho del bien es aquello por quien andan golosos: su gusto y su mantenimiento es lo grosero, y lo moreno, y lo feo, y sin duda las escorias de lo que es sustancia y verdad. Y aun eso mismo, tal cual es, y en la manera que es, no se les da con hartura. Mi pacífico sólo es el que come con abundancia, y el que come lo apurado del bien. Para él nace el dia bueno, y el sol claro él es el que solamente le ve: en la vida, en la muerte, en lo adverso, en lo próspero, en todo halla su gusto: y el manjar de los ángeles es su perpétuo manjar, y goza de él alegre, y sin miedo que nadie le robe: y sin enemigo que le pueda ser enemigo, vive en dulcísima y abundosísima paz, divino bien, y excelente merced hecha á los hombres solamente por Cristo. Por lo cual tornando á lo primero del Salmo, le debemos celebrar con contínuos y soberanos loores, porque él salió á nuestra causa perdida, y tomó sobre sí nuestra guerra, y puso nuestro desconcierto en su orden, y nos amistó con el cielo, y encarceló á nuestro enemigo el demo-

nio, y nos libertó de la codicia y el miedo, y nos aquietó y pacificó cuanto hay de enemigo y de adverso en la tierra: y el gozo, y el reposo, y el deleite de su divina y riquísima paz Él nos le dió, el cual es la fuente y el manantial de donde nace, y su autor único, por donde con justísima razón es llamado su PRINCIPE. Y habiendo dicho aquesto Marcelo calló.—Y Juliano incontinente viéndole callar dijo:

—Es sin duda, Marcelo, PRINCIPE DE PAZ Jesucristo, por la razón que decís: mas no mudando eso que es firme, sino añadiendo sobre ello, paréceme á mí que le podemos también llamar ansí, porque con solo Él se puede tener aquesto que es paz. —Aquí Sabino, vuelto á Juliano, y como maravillado de lo que decía: No entiendo bien, dice, Juliano, lo que decís, y traslúceseme que decís gran verdad. Y ansí si no recibís pesadumbre, me holgaría que os declarásedes mas.—Ninguna, respondió Juliano. Mas decidme, pues ansí os place, Sabino, entendéis que todos los que nacen y viven en esta vida, son dichosos en ella y de buena suerte, ó que unos lo son y otros no? —Cierto es, dijo Sabino, que no lo son todos. Y sonlo algunos? añadió Juliano. —Respondió Sabino, sí son. —Y luégo Juliano dijo: decidme pues, el serlo ansí, es cosa con que se nace, ó caso de suerte, ó viéneles por su obra é industria? —No es nacimiento ni suerte, dijo Sabino, sino cosa que tiene principio en la voluntad de cada uno, y en su buena elección. —Verdad es, dijo Juliano, y habéis dicho también que hay algunos que no vienen á ser dichosos, ni de buena suerte. —Sí he dicho, respondió. — Pues decidme, dijo Juliano, esos que no lo son, no lo quieren sêr, ó no lo procuran ser? —Antes, dijo Sabino, lo procuran, y lo apetecen con ardor grandísimo. —Pues, replicó Juliano, escóndeseles por ventura la buena dicha, ó no es una misma? —Una misma es, dijo Sabino, y á nadie se esconde; antes, cuanto es de su parte, ella se les ofrece á todos, y se les entra en su casa: mas no la conocen todos, y ansí algunos no la reciben.—Por manera que decís, Sabino, dijo Juliano, que los que no vienen á ser dichosos, no conocen la buena dicha, y por esa causa la desechan de sí? —Ansí es, respondió Sabino.

—Pues decidme, dijo Juliano, puede ser apetecido aquello de quien el que lo ha de amar no tiene noticia? —Cierto es

dijo Sabino, que no puede.—Y decís que los que no alcanzan la buena dicha, no la conocen? dijo Juliano.—Respondió Sabino, que era ansí. —Y también habeis dicho, añadió Juliano, que esos mismos que no lo son, apetecen y aman el ser bienaventurados? Concedió Sabino que lo había dicho. —Luego, dijo Juliano, apetecen lo que no saben ni conocen. Y ansí se concluye una de dos cosas, ó que lo no conocido puede ser amado, ó que los de mala suerte no aman la buena suerte: que cada una de ellas contradice á lo que, Sabino, habéis dicho. Ved agora si queréis mudar alguna de ellas. —Reparó entónces Sabino un poco, y dijo luégo: Parece que de fuerza se habrá de mudar.—Mas Juliano, tornando á tomar la mano, dijo ansí: Id conmigo, Sabino, que podría ser que por esta manera llegásemos á tocar la verdad. Decidme? la buena dicha es ella alguna cosa que vive, ó que tiene ser en sí misma, ó qué manera de cosa es? —No entiendo bien, Juliano, respondió Sabino, lo que me preguntáis. —Agora, dijo Juliano, lo entenderéis. El avariento, decidme, ama algo? —Sí ama, dijo Sabino. —Qué? dijo Juliano. —El oro sin duda, dijo Sabino, y las riquezas. —Y el que las gasta, añadió Juliano, en fiestas y en banquetes, en aquello que hace, busca y apetece algún bien? —No hay duda de eso, dijo Sabino.—Y qué bien apetece? preguntó Juliano. —Apetece, respondió Sabino, á mi parecer, su gusto propio y su contento. —Bien decís, Sabino, dijo Juliano luégo.

Mas decidme, el contento que nace del gastar las riquezas, y esas mismas riquezas ¿tienen una misma manera de ser? No os parece que el oro y plata es una cosa que tiene sustancia y tomo, que la veis con los ojos, y la tocáis con las manos? Mas el contento no es ansí, sino como un accidente que sentís en vos mismo, ó que os imagináis que sentís. Y no es cosa que ó la sacáis de las minas, ó que el campo, ó de suyo, ó con vuestra labor la produce, y producida la cogéis de él, y la encerráis en el arca; sino cosa que resulta en vos de la posesión de alguna de las cosas, que son de tomo, que ó poseéis, ú os imagináis poseer.—Verdad es, dijo Sabino, lo que decís.—Pues agora, dijo Juliano, entenderéis mi pregunta, que es: Si la buena dicha tiene ser como las riquezas y el oro, ó como las cosas que llamamos gusto y contento.—Como

el gusto y el contento, dijo Sabino luégo. Y aun me parece á mí, que la buena dicha no es otra cosa sino un perfecto y entero contento, seguro de lo que se teme, y rico de lo que se ama y apetece.—Bien habéis dicho, dijo Juliano; mas si es como el contento, ó es el contento mismo, y habemos dicho, que el contento es una cosa que resulta en nosotros de algún bien de sustancia, que ó tenemos, ó nos imaginamos tener: necesaria cosa será, que de la buena dicha haya alguna cosa de tomo que sea como su fuente y raíz, de manera que le dé ser dichoso al que la poseyere, cualquiera que él sea.—Eso, dijo Sabino, no se puede negar.—Pues decidme, hay una fuente sola, ó hay muchas fuentes?—Parece, dijo Sabino, que hay una sola.—Con razón os parece ansí, dijo Juliano entonces, porque el entero contento del hombre en una sola manera puede ser: y por la misma razón no tiene sino una sola causa.

Mas esta causa que llamamos fuente, y que como decís es una, ámanla y búscanla todos?—No la aman, dijo Sabino. —¿Por qué? respondió Juliano.—Y Sabino dijo: Porque no la conocen.—Y ninguno, dijo Juliano, deja de amar, como antes decíamos, lo que es buena dicha.—Ansí es, respondió. Y no se ama, replicó, lo que no se conoce.—Luego habéis de decir, Sabino, que los que aman el ser dichosos, y no lo alcanzan, conocen lo general del descanso y del contento, mas no conocen la particular y verdadera fuente de donde nace, ni aquello uno en que consiste, y que lo produce. Y habéis de decir, que llevados por una parte del deseo, y por otra parte no sabiendo el camino, ni pueden parar, ni les es posible atinar, al revés de los que hallan la buena suerte. Mas decidme, Sabino, los que buscan ser dichosos, y nunca vienen á serlo, no aman ellos algo también, y lo procuran haber como á fuente de su buena dicha, la que ellos pretenden?—Aman, dijo Sabino, sin duda.—Y ese su amor, dijo Juliano, hácelos dichosos?—Ya está dicho que no los hace, respondió Sabino, porque la cosa á quien se allegan, y á quien le piden su contento y su bien, no es la fuente de él, ni aquello de donde nace. —Pues si ese amor no les da buena dicha, dijo Juliano, hace en ellos otra cosa alguna, ó no hace nada?—No bastará, dijo Sabino, que no les dé buena dicha?—Por mí, dijo Julia-

no, baste en buen hora, que no deseo su daño; mas no os pido aquello con que yo por ventura quedaría contento, si fuese el repartidor, sino lo que la razón dice, que es juez que no se dobla.—Paréceme, dijo Sabino, que como el hijo de Príamo (1), que puso su amor en Helena, y la robó á su marido (2), persuadiéndose que llevaba con ella todo su descanso y su bien, no sólo no halló allí el descanso que se prometía, mas sacó de ella la ruina de su patria, y la muerte suya, con todo lo demás que Homero canta de calamidad y miseria: ansí por la misma manera los no dichosos por fuerza vienen á ser desdichados y miserables. Porque aman como á fuente de su descanso lo que no lo es; y amándolo ansí, pídenselo, y búscanlo en ello, y trabájanse miserablemente por hallarlo, y al fin no lo hallan. Y ansí los atormenta juntamente, y como en un tiempo el deseo de haberlo, y el trabajo de buscarlo, y la congoja de no poderlo hallar. De donde resulta, que no sólo no consiguen la buena dicha que buscan, mas en vez de ella caen en infelicidad y miseria.—

Recojamos, dijo Juliano entonces, todo lo que habemos dicho hasta agora, y ansí podremos después mejor ir en seguimiento de la verdad. Pues tenemos de todo lo sobredicho: lo uno, que todos aman y pretenden ser dichosos: lo otro, que no lo son todos; lo tercero, que la causa de esta diferencia está en el amor de aquellas cosas que llamamos fuentes ó causas, entre las cuales la verdadera es sola una, y las demás son falsas y engañosas. Y lo último tenemos,, que como el amor de la verdadera hace buena suerte, ansí hace no solo falta de ella, sino miseria extremada el amor de las falsas.—Todo eso está dicho: mas de todo eso, dijo Sabino, qué queréis, Juliano, inferir?—Dos cosas infiero, dijo Juliano luégo: la una, que todos aman, los buenos y los malos, los felices y los infelices, y que no se puede vivir sin amar. La otra, que como el amor en los unos es causa de su buena andanza, ansí en los otros es la fuente de su miseria: y siendo en todos amor, hace en los unos y en los otros efectos muy diferentes,

---

(1) Paris troyano, ó Alejandro, como le nombra Lucrecio, lib. I, v. 475.

(2) Menelao, griego, Rey de Esparta.

ó por decir verdad, claramente contrarios.—Ansí se infiere, dijo Sabino.—Mas decidme, añadió Juliano, atreveros heis, Sabino, á buscar conmigo la causa de aquesta desigualdad y contrariedad, que en sí encierra el amor?—Qué causa decís, Juliano? respondió Sabino.—El por qué, dijo Juliano, el amor que nos es tan necesario y tan natural á todos, es en unos causa de miseria, y en otros de felicidad y buena suerte.—Claro está esto, dijo Sabino luégo; porque aunque en todos se llama amor, no es en todos uno mismo: mas en unos es amor de lo bueno, y ansí les viene el bien de él, y en otros de lo malo, y ansí les fructifica miseria.—

Puede, replicó Juliano, amar nadie lo malo?—No puede, dijo Sabino, como no puede desamar á sí mismo. Mas el amor malo que digo, llámole así, no porque lo que ama es en sí malo, sino porque no es aquel bien, que es la fuente y el minero del sumo bien.—Eso mismo, dijo Juliano, es lo que hace mi duda, y mi pregunta más fuerte.—Más fuerte? respondió Sabino; y en qué manera?—De esta manera, dijo Juliano: porque si los hombres pudieran amar la miseria, claro y descubierto estaba el por qué el amor hacía miserables á los que la amaban; mas amando todos siempre algún bien, aunque no sea aquel bien de donde nace el sumo bien, ya que este su amor no los hace enteramente dichosos, á lo menos, pues es bien lo que aman, justo y razonable sería que el amor de él les hiciese algún bien. Y ansí no parece verdad lo que poco antes asentábamos por muy cierto, que el amor hace también á las veces miseria en los hombres.—Ansí parece, respondió Sabino.—No os rindáis, dijo Juliano, tan presto, sino id conmigo inquiriendo el ingenio y la condición del amor; que si la hallamos, ella nos podrá descubrir la luz que buscamos.—Qué ingénio es ese, respondió Sabino, ó cómo se ha de inquirir?—Muchas veces habréis oido decir, Sabino, respondió Juliano, que el amor consiste en una cierta unidad.—Sí he, dijo Sabino, oido y leido que es unión el amor, y que es unidad, y que es como un lazo estrecho entre los que juntamente se aman, y que por ser ansí, se transforma el que ama en lo que ama, por tal manera, que se hace con él una misma cosa.—

Y paréceos, dijo Juliano, que todo el amor es ansí?—Sí parece, respondió Sabino.—Apolo, dijo Juliano, á vuestro pa-

recer, amaba cuando en la fábula, como canta el poeta (1) sigue á Dafne, que le huye? O el otro de la comedia (2) cuando pregunta, dónde buscará? donde descubrirá? á quién preguntará? cuál camino seguirá para hallar á quien había perdido de vista? pregunto, amaba también?—Ansí, dijo, parece.—Y ambos, replicó Juliano, estaban tan lejos de ser unos con lo que amaban, que el uno era aborrecido de de ello, y el otro no hallaba manera para alcanzarlo.—Verdad es, dijo Sabino, cuanto al hecho; mas cuanto al deseo ya lo eran, porque esa unidad era lo que apetecían, si amaban.—Luego, dijo Juliano, ya el amor no será él la unidad, sino un apetito y deseo de ella.—Ansí, dijo, parece.—Pues decidme, añadió Juliano, aquestos mismos, si consiguieran su intento, ú otros cualesquiera que aman, y que lo que aman, lo consiguen y alcanzan, y vienen á ser uno mismo con ello, dejan de amarlo luego, ó ámanlo todavía también?—Como puede uno no amar á sí mismo, ansí podrán, dijo Sabino, dejar de amar al que ya es una misma cosa con ellos.—Bien decís, dijo Juliano: mas decidme, Sabino, será posible que desee alguno aquello mismo que tiene?—No es posible, dijo Sabino.—Y habéis dicho, añadió Juliano, que ya aquestos tales han venido á tener unidad.—Sí han venido, dijo.—Luego habéis de decir, replicó Juliano, que ya no la desean, ni apetecen.—Ansí es, dijo, verdad. Y es verdad que se aman, añadió: luego no lo es decir que el amar es desear la unidad.—Estuvo entonces sobre sí Sabino un poco, y dijo luégo:

No sé, Juliano, qué fin han de tener hoy estas redes vuestras, ni qué es lo que con ellas deseáis prender. Mas pues ansí me estrecháis, dígoos, que hay dos amores, ó dos maneras de amar: una de deseo, y otra de gozo. Y dígoos, que en el uno y en el otro amor hay su cierta unidad: el uno la desea, y cuanto es de su parte la hace; y el otro la posee, y la abraza, y se deleita y aviva con ella misma: el uno camina á este bien, y el otro descansa y se goza en él: el uno es como el principio, y el otro es como lo sumo y lo perfecto; y ansí el uno como el otro se rodea como sobre quicio, sobre la unidad

(1) Ovidio, Metamorph., lib. I, v. 452. seq.
(2) Terencio, Eunuch. act. II, scen. III, v. 3.

sola, el uno haciéndola, y el otro como gozando de ella.—No han hecho mala presa estas que llamáis mis redes, Sabino, dijo Juliano entonces, pues han cogido de vos esto que decís agora, que está muy bien dicho: y con ello estoy yo más cerca del fin que pretendo, de lo que vos, Sabino, pensáis. Porque pues es ansí que todo amor, cada uno en su manera, ó es unidad, ó camina á ella, y la pretende; y pues es ansí, que es como el blanco y el fin del bien querer, el ser unos los que se quieren: cosa cierta será, que todo aquello que fuere contrario, ó en alguna forma dañoso á aquesta unidad, será desabrido enemigo para el amor; y que el que amare, por el mismo caso que ama, padecerá tormento gravísimo todas las veces que ó le aconteciere algo de lo que divide el amor, ó temiere que le puede acontecer. Porque como en el cuerpo siempre que se corta, ó que se divide lo uno de él, y lo que está ayuntado y continuo, se descubre luégo un dolor agudo; ansí todo lo que en el amor, que es unidad, se esfuerza á poner división, pone por el mismo caso en el alma que ama una miseria y una congoja viva, mayor de lo que declarar se puede. —Esa es verdad en que no hay duda, dijo entonces Sabino.

—Pues si en esto no hay duda, añadió Juliano, podréisme decir, Sabino, cuántas y cuáles sean las cosas que tienen esta fuerza, ó que la pretenden tener, de cortar y dividir aquello, con que el amor se anuda y se hace uno?—Tiene, dijo Sabino, esa fuerza todo aquello, que á cualquiera de los que aman, ó le deshace en el ser, ó le muda y le trueca en la voluntad, ó totalmente, ó en parte: como son, en lo primero, la enfermedad, y la vejez, y la pobreza, y los desastres, y finalmente la muerte; y en lo segundo, la ausencia, el enojo, la diferencia de pareceres, la competencia en unas mismas cosas, el nuevo querer, y la liviandad nuestra natural. Porque en lo primero, la muerte deshace el ser, y ansí apartá aquello que deshace, de aquello que queda con vida; y la enfermedad y vejez, y pobreza y desastres, ansí como disponen para la muerte, ansí también son ministros y como instrumentos con que este apartamiento se obra. Y en lo segundo, cierto es que la ausencia hace olvido, y que el enojo divide, y que la diferencia de pareceres pone estorbo en la conversación; y ansí apartando el trato, enajena poco á poco las voluntades, y las

desata para que cada una se vaya por sí. Pues con el nuevo amor, claro es que se corta el primero, y manifiesto es, que nuestro natural mudable es como una lima secreta que de continuo con deseo de hacer novedad va dividiendo lo que está bien ajuntado.

—No se dará bien conforme á eso, Sabino, dijo Juliano entónces, el amor en cualquier suelo.—Respondió Sabino, ¿cómo no se dará?—Y Juliano dijo, como dicen de algunos frutales, que plantados en Persia, su fruta es ponzoña, y nacidos en estas provincias nuestras, son de manjar sabroso y saludable; ansí digo que se concluye de lo que hasta agora está dicho, que el amor y la amistad todas las veces que se plantare en lo que estuviere sujeto á todos ó á algunos de esos accidentes que habéis contado, Sabino, como planta puesta en lugar, no sólo ajeno de su condición, mas contrario y enemigo de la cualidad de su ingenio, producirá no fruta que recree, sino tóxico que mate. Y si como poco antes decíamos, para venir á ser dichosos y de buena suerte nos conviene que amemos algo que nos sea como fuente de aquesta buena ventura; y si la naturaleza ordenó que fuese el medio y el tercero de toda la buena dicha el amor: bien se conoce ya lo que arriba dudábamos, que el amor que se empleare en aquello que está sujeto á las mudanzas y daños que dicho habéis, no sólo no dará á su dueño ni el sumo bien, ni aquella parte de bien, cualquiera que ella se sea, que posee en sí aquello á quien se endereza, mas le hará triste y miserable del todo. Porque el dolor que le traspasará las entrañas, cuando alguno de los casos y de los accidentes que dijistes, Sabino, pues no se excusan, le aconteciere, y el temor perpetuo de que cada hora le pueden acontecer, le convertirán el bien en continua miseria. Y no le valdrá tanto lo bueno que tiene aquello que ama, para acarrearle algún gusto, cuanto será poderoso lo quebradizo, y lo vil, y lo mudable de su condición, para le afligir con perpetuo é infinito tormento.

Mas si es tan perjudicial el amor cuando se emplea mal, y si se emplea mal en todo lo que está sujeto á mudanza, y si todo lo semejante le es suelo enemigo, adonde si prende, produce frutos de ponzoña y miseria; ya veis, Sabino, la razón por qué dije al principio, que sólo Cristo es aquel con

quien se puede tener paz y amistad: porque Él solo es el no mudable y el bueno, y aquel que cuanto de su parte es, jamás divide la unidad del amor con que Él se pone: y ansí Él es solo el sujeto propio, y la tierra natural y felíz, adonde florece bienaventuradamente, y adonde hace buen fruto esta planta. Porque ni en su condición hay cosa que lo divida, ni se aparta de él por las mudanzas y desastres á que está sujeta la nuestra, como nosotros libremente no lo apartemos dejándole. Que ni llega á Él la vejez, ni la enfermedad le enflaquece, ni la muerte le acaba, ni puede la fortuna con sus desvaríos poner cualidad en Él que le haga menos amable. Que como dice el Salmista (Ps. CI, vv. 26 y 27), *Aunque tú, Señor, mismo desde el principio cimentaste la tierra, y aunque son obra de tus manos los cielos; ellos perecerán, y Tú permanecerás; ellos se envejecerán como se envejece la ropa, y como se pliega la capa los plegarás, y serán plegados: más Tú eres siempre uno mismo, y tus años nunca desmenguan. Y* (Ps. XLIV, v. 7.) *tu trono, Señor, por siglos y siglos, vara de derechezas la vara de tu gobierno.* Esto es, en el ser: que en su voluntad para con nosotros, si nosotros no le huimos primero, no puede caber desamor.

Porque si viniéremos á pobreza, y á menos estado, nos amará: y si el mundo nos aborreciére, Él conservará su amor con nosotros: en las calamidades, en los trabajos, y en las afrentas, en los tiempos temerosos y tristes, cuando todos nos huyan, Él con mayores regalos nos recogerá á sí. No temerémos que podrá venir á menos su amor por ausencia, pues está siempre lanzado en nuestra alma, y presente. Ni cuando, Sabino, se marchitare en vos esa flor de la edad, ni cuando corriendo los años, y haciendo su obra, os desfiguraren la belleza del rostro, ni en las canas, ni en la flaqueza, ni en el temblor de los miembros, ni en el frio de la vejez se resfriará su amor en ninguna cosa para con vos. Antes rico para hacer siempre bien y de riquezas que no se agotan haciéndole, y deseosisimo contínuamente de hacerlo, cuando se os acabare todo, se os dará todo Él, y renovará vuestra edad como el águila, y vistiéndoos de de inmortalidad y de bienes eternos como esposo verdadero vuestro, os ayuntará del todo consigo con lazo, que jamás faltará, estrecho y dulcísimo.

—Mas esto ya os toca á vos, Marcelo (dijo Juliano prosiguiendo, y volviéndose á Él) porque es del nombre de ESPOSO de que últimamente habéis de decir, y de que yo de propósito os he detenido, que no dijésedes, con aquesto que he dicho; no tanto por añadir cosa que importase á vuestras razones, cuanto para que reposásedes entre tanto vos, y ansí entrásedes con nuevo aliento en aquesto que os resta.—Vos, Juliano, dijo Marcelo entónces, siempre que habláredes, será con propósito y provecho mucho: y lo que habéis hablado agora ha sido tal, que hacéis mal en no llevarlo adelante. Y pues ello mismo os había metido en el nombre de ESPOSO, fuera justo que lo prosiguiérades vos, á lo menos siquiera porque entre tanto malo como he dicho yo, tuviera tan buen remate esta plática. Que yo os confieso, que en este nombre no puede decir lo que hay en él, quien no lo ha sabido sentir; y de mí ya conocéis cuán lejos estoy de todo buen sentimiento.—Ya conocemos, dijeron juntos Juliano y Sabino, cuán mal sentís de estas cosas, y por esa causa os queremos oir en ellas: demás de que es justo que sea de un paño todo.—Justo es, dijo Marcelo, que sea todo de sayal, y que á cosa tan grosera no se añada pieza más fina. Mas pues es forzoso, será necesario, que como suelen hacer los poetas en algunas partes de sus poesías, adonde se les ofrece algún sujeto nuevo, ó más dificultoso que lo pasado, ó de mayor cualidad, que tornan á invocar el favor de sus musas; ansí yo agora torne á pedir á Cristo su favor y su gracia, para poder decir algo de lo que en un misterio como aqueste se encierra, porque sin Él no se puede entender ni decir. Y con esto humilló Marcelo templadamente la cabeza hácia el suelo, y como encogiendo los hombros calló por un espacio pequeño; y luégo tornándola á alzar, y tendiendo el brazo derecho, y en la mano de él, que tenía cerrada, abriendo ciertos dedos de ella, y extendiéndolos, dijo:

§. IV.

Llámase Cristo ESPOSO, y explícase cómo lo es de la Iglesia, y las circunstancias de este desposorio.

Tres cosas son, Juliano y Sabino, las que este nombre de ESPOSO nos da á entender, y las de que nos obliga á tratar. El ayuntamiento y la unidad estrecha que hay entre Cristo y la Iglesia: la dulzura y deleite que en ella nace de aquesta unidad: los accidentes, y como si dijésemos, los aparatos y circunstancias del desposorio. Porque si Cristo es ESPOSO de toda la Iglesia y de cada una de las ánimas justas, como de hecho lo es, manifiesto es, que han de concurrir en ello aquestas tres cosas. Porque el desposorio ó es un estrecho nudo, en que dos diferentes se reducen en uno, ó no se entiende sin él: y es nudo por muchas maneras dulce; y nudo que quiere su cierto aparato, y á quien le anteceden siempre, y le siguen algunas cosas dignas de consideración. Y aunque entre los hombres hay otros títulos y otros conciertos, ú ordenados por su voluntad de ellos mismos, ó con que naturalmente nacen ansí, con que se ayuntan en uno unas veces más, y otras menos (porque el título de deudo, ó de padre, es unidad que hace la naturaleza con el parentesco, y los títulos de Rey, y de ciudadano, y de amigo, son respetos de estrechezas, con que por su voluntad los hombres se adunan) mas aunque esto es ansí, el nombre de ESPOSO, y la verdad de este nombre hace ventaja á los demás en dos cosas. La primera, en que es más estrecho y de más unidad que ninguno: la segunda, en que es lazo más dulce, y causador de mayor deleite que todos los otros.

Y en aqueste artículo es muy digna de considerar la maravillosa blandura, con que ha tratado Cristo á los hombres: que con ser nuestro padre, y con hacerse nuestra cabeza, y con regirnos como pastor, y curar nuestra salud como médico, y allegarse á nosotros, y ayuntarnos á sí con otros míl títulos de estrecha amistad; no contento con todos, añadió á todos ellos aqueste nudo y aqueste lazo también, y quiso decirse y ser nuestro ESPOSO. Que para lazo es el más apretado

lazo, y para deleite el más apacible y más dulce, y para unidad de vida el de mayor familiaridad, y para conformidad de voluntades el más uno, y para amor el más ardiente y el más encendido de todos. Y no sólo en las palabras, más en el hecho es ansí nuestro ESPOSO, que toda la estrecheza de amor y de conversación y de unidad de cuerpos, que en el suelo hay entre dos marido y mujer, comparada con aquella con que se enlaza con nuestra alma este ESPOSO, es frialdad y tibieza pura. Porque en el otro ayuntamiento no se comunica el espíritu, mas en este su mismo espíritu de Cristo se da y se traspasa á los justos: como dice San Pablo (I. ad Corinth. cap. VI, v. 17.): *El que se ayunta á Dios, hácese un mismo espíritu con Dios.* En el otro ansí dos cuerpos se hacen uno, que se quedan diferentes en todas sus cualidades: más aquí ansí se ayuntó la persona del Verbo á nuestra carne, que osa decir San Juan (Joan. cap. I, v. 14.), *que se hizo carne.* Allí no recibe vida el un cuerpo del otro: aquí vive y vivirá nuestra carne por medio del ayuntamiento de la carne de Cristo. Allí al fin son dos cuerpos en humores é inclinaciones diversos: aquí ayuntando Cristo su cuerpo á los nuestros, los hace de las condiciones del suyo, hasta venir á ser con Él cuasi un cuerpo mismo, por una tan estrecha y secreta manera, que apenas explicarse puede. Y ansí lo afirma y encarece San Pablo (Ad Ephes. cap. V, vv. 29 y 32). *Ninguno*, dice, *aborreció jamás á su carne, antes la alimenta y la abriga, como Cristo á la Iglesia: porque somos miembros de su cuerpo, de su carne de El, y de sus huesos de Él. Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre, y se ayuntará á su mujer, y serán dos en una carne. Este es un secreto y un sacramento grandísimo, mas entiéndolo yo en la Iglesia con Cristo.*

Pero vamos declarando poco á poco, cuanto nos fuere posible, cada una de las partes de aquesta unidad maravillosa, por la cual todo el hombre se enlaza estrechamente con Cristo, y todo Cristo con él. Porque primeramente el ánima del hombre justo se ayunta y se hace una con la divinidad y con el alma de Cristo, no solamente porque las anuda el amor, esto es, porque el justo ama á Cristo entrañablemente, y es amado de Cristo por no menos cordial y entrañable manera; sino también por otras muchas razones. Lo uno, porque im-

prime Cristo en su alma de Él, y le dibuja una semejanza de sí mismo viva. y un retrato eficaz de aquel grande bien, que en sí mismas contienen sus dos naturalezas humana y divina. Con la cual semejanza figurado nuestro ánimo, y como vestido de Cristo, parece otro Él, como poco há que decíamos hablando de la virtud de la gracia. Lo otro, porque demás de esta imagen de gracia, que pone Cristo como de asiento en nuestra alma, le aplica también su fuerza y su vigor vivo y que obra, y lánzalo por ella toda: y apoderado ansí de ella, dale movimiento, y despiértala, y hácela que no repose, sino que conforme á la santa imagen suya, que impresa en sí tiene, ansí obre, y se menee, y bulla siempre, y como fuego arda y levante llama, y suba hasta el cielo ensalzándose. Y como el artífice, que como alguna vez acontece, primero hace de la materia que le conviene, lo que le ha de ser instrumento en su arte, figurándolo en la manera que debe para el fin que pretende; y después cuando lo toma en la mano, queriendo usar de él, le aplica su fuerza y le menea, y le hace que obre conforme á la forma de instrumento que tiene y conforme á su cualidad y manera; y en cuanto está ansí el instrumento, es como un otro artífice vivo, porque el artífice vive en él, y le comunica, cuanto es posible, la virtud de su arte: ansí Cristo después que con la gracia, semejanza suya, nos figura y concierta en la manera que cumple, aplica su mano á nosotros, y lanza en nosotros su virtud obradora, y dejándonos llevar de ella nosotros sin le hacer resistencia, obra Él y obramos con Él y por Él lo que es debido al ser suyo que en nuestra alma está puesto, y á las condiciones hidalgas y al nacimiento noble que nos ha dado: y hechos ansí otro Él, ó por mejor decir, envestidos en Él, nace de Él y de nosotros una obra misma, y esa cual conviene que sea la que es obra de Cristo.

Mas ¿por ventura parará aquí el lazo con que se anuda Cristo á nuestra alma? Antes pasa adelante. Porque (y sea esto lo tercero, y lo que ha de ser forzosamente lo último) porque no solamente nos comunica su fuerza y el movimiento de su virtud en la forma que he dícho, mas también por una manera que apenas se puede decir, pone presente su mismo Espíritu santo en cada uno de los ánimos justos. Y no sola-

mente se junta con ellos por los buenos efectos de gracia y de virtud y de bien obrar que allí hace, sino porque el mismo Espíritu divino suyo está dentro de ellos presente, abrazado y ayuntado con ellos por dulce y bienaventurada manera. Que ansí como en la divinidad el Espírítu santo, inspirado juntamente de las Personas del Padre y del Hijo, es el amor, y como si dijésemos, el nudo dulce y estrecho de ambas, ansí Él mismo inspirado á la Iglesia, y con todas las partes justas de ella enlazado, y en ellas morando, las vivifica, y las enciende, y las enamora, y las deleita, y las hace entre sí y con Él una cosa misma. *Quien me amare*, dice Cristo (Joan. cap. XIV, v. 23.), *será amado de mi Padre, y vendrémos á El, y harémos morada en El.* Y San Pablo (Ad. Rom. c. V, v. 5.): *La caridad de Dios nos es infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado.* Y en otra parte dice (I. ad Cor., c. III, v. 16. et c. VI, v. 19.), que nuestros cuerpos son templo suyo, y que vive en ellos y en nuestros espíritus. Y en otra (Ad Rom., c. VIII, v. 15.), que nos dió el Espíritu de su Hijo, que en nuestras almas y corazones á boca llena le llama Padre y más Padre. Y como aconteció á Eliseo (IV. Reg. cap. IV, v. 31.) con el hijo de la huéspeda muerto, que le aplicó primero su báculo, y se ajustó con él después, y lo último de todo le comunicó su aliento y espíritu; ansí en su manera es lo que pasa en este ayuntamiento y en este abrazo de Dios. Que primero pone Dios en el alma sus dones, y después aplica á ella sus manos y rostro, y últimamente le infunde su aliento y espíritu, con el cual la vuelve á la vida del todo, y viviendo á la manera que Dios vive en el cielo, y viviendo por Él, dice con San Pablo (Ad Galat. cap. II, v. 20): *Vivo yo, mas no yo, sino vive en mí Jesucristo.*

Esto pues es lo que hace en el alma, y no es menos maravilloso que esto lo que hace con el cuerpo, con el cual ayunta el suyo estrechísimamente. Porque demás de que tomó nuestra carne en la naturaleza de su humanidad, y la ayuntó con su persona divina con ayuntamiento tan firme que no será suelto jamás, el cual ayuntamiento es un verdadero desposorio, ó por mejor decir un matrimonio indisoluble celebrado entre nuestra carne y el Verbo, y el tálamo donde se celebró

fué, como dice San Agustín (1), el vientre purísimo: ansí que dejando esta unión aparte que hizo con nuestra carne, haciéndola carne suya, y vistiéndose de ella, y saliendo en pública plaza en los ojos de todos los hombres abrazado con ella; también esta misma carne y cuerpo suyo, que tomó de nosotros, lo ayunta con el cuerpo de su Iglesia, y con todos los miembros de ella, que debidamente le reciben en el sacramento del altar, allegando su carne á la carne de ellos, y haciéndola, cuanto es posible, con la suya una misma (Ad Eph. c. v, vv. 31, 32.): *Y serán*, dice, *dos en una carne. Gran sacramento es este, pero entiéndolo yo de Cristo y de la Iglesia.* No niega San Pablo, decirse con verdad de Eva y de Adám aquello, *y serán una carne los dos*, de los cuales al principio se dijo; pero dice, que aquella verdad fué semejanza de aqueste otro hecho secreto. Y dice, que en aquello la razón de ello era manifiesta y descubierta razón; mas aquí dice que es oculto misterio.

Y á este ayuntamiento real y verdadero de su cuerpo y el nuestro miran también claramente aquellas palabras de Cristo (Joan. c. vi, vv. 54, 55.): *Si no comiéredes mi carne, y bebiéredes mi sangre, no tendréis vida en vosotros.* Y luégo, ó en el mismo lugar: *El que come mi carne, y bebe mi sangre, queda en Mí, y Yo en él.* Y ni más ni ménos lo que dice San Pablo (i. ad Cor. c. x, v. 17.): *Todos somos un cuerpo, los que participamos de un mismo mantenimiento.* De lo cual se concluye, que ansí como por razón de aquel tocamiento son dichos ser una carne Eva y Adám, ansí y con mayor razón de verdad, Cristo esposo fiel de su Iglesia, y ella esposa querida y amada suya, por razón de este ayuntamiento que entre ellos se celebra, cuando reciben los fieles dignamente en la hostia su carne, son una carne y un cuerpo entre sí. Bien y brevemente Teodoreto sobre el principio de los Cantares (Luégo al principio del lib. i.), y sobre aquellas palabras de ellos (Cant. c. i, v. 1.): *Béseme de besos de su boca*, en este propósito dice de esta manera. *No es razón que ninguno se ofenda de aquesta palabra de beso, pues es verdad que al tiempo que se dice la misa,*

(1) *In Joan. Evang.* Tract. VIII. núm. 4. edit. Bened. An. 1700. tomo III, part. 2.ª col. 258.

y al tiempo que se comulga en ella, tocamos al cuerpo de nuestro ESPOSO, *y le besamos, y le abrazamos, y como con* ESPOSO *ansí nos ayuntamos con Él.* Y San Crisóstomo dice más larga y más claramente lo mismo (1) *Somos*, dice (S. Pablo, ad Ephesios, c. v, v. 30.), *un cuerpo, y somos miembros suyos hechos de su carne, y hechos de sus huesos. Y no sólo por medio del amor somos uno con Él, mas realmente nos ayunta, y convierte en su carne por medio del manjar de que nos ha hecho merced. Porque como quisiese declararnos su amor, enlazó y como mezcló con su cuerpo el nuestro, é hizo que todo fuese uno; para que ansí quedase el cuerpo unido con su cabeza, lo cual es muy propio de los que mucho se aman. Y ansí Cristo para obligarnos con mayor amor, y para mostrar más para con nosotros su buen deseo, no solamente se deja ver de los que le aman, sino quiere ser también tocado de ellos, y ser comido, y que con su carne se engiera la de ellos: como diciéndoles: Yo deseé y procuré ser vuestro hermano, y ansí por este fin me vestí como vosotros de carne y de sangre; y eso mismo con que me hice vuestro deudo y pariente, eso mismo yo agora os lo doy y comunico.* —

Aquí Juliano, asiendo de la mano de Marcelo, le dijo: No os canséis en eso, Marcelo, que lo mismo que dicen Teodoreto y Crisóstomo, cuyas palabras nos habéis referido, lo dicen por la misma manera cuasi toda la antigüedad de los Santos, San Ireneo, San Hilario, San Cipriano, San Agustín, Tertuliano, Ignacio, Gregorio Niseno, Cirilo, León, Phocio, y Teofilacto. Porque ansí como es cosa notoria á los fieles, que la carne de Cristo debajo de los accidentes de la hostia, recibida por los cristianos, y pasada al estómago, por medio de aquellas especies toca á nuestra carne, y es nuestra carne tocada de ella: ansí también es cosa en que ninguno que lo hubiere leido puede dudar, que ansí las sagradas letras como los santos doctores usan por esta causa de aquesta forma de hablar, que es decir, que somos un cuerpo con Cristo, y que nuestra carne es de su carne, y de sus huesos los nuestros; y que no solamente en los espíritus, mas también en los cuerpos estamos todos ayuntados y unidos. Ansí que estas dos cosas ciertas son, y fuera de toda duda están puestas. Lo que agora,

(1) Ad Pop. Antioch. Hom. LXI.

Marcelo, os conviene decir, si nos queréis satisfacer, ó por mejor decir, si deseáis satisfacer al sujeto que habéis tomado, y á la verdad de las cosas, es declarar, cómo por sólo que se toque una carne con otra, y sólo porque el un cuerpo con el otro cuerpo se toquen, se puede decir con verdad, que son ambos cuerpos un cuerpo, y ambas carnes una misma carne, como las sagradas letras y los santos doctores, que ansí las entienden, lo dicen. Por ventura no toco yo agora con mi mano á la vuestra; mas no por eso son luégo un mismo cuerpo, y una.misma carne, vuestra mano y mi mano?

No lo son sin duda, dijo Marcelo entonces, ni menos es un cuerpo y una carne la de Cristo y la nuestra, solamente porque se tocan, cuando recibimos su cuerpo. Ni los santos por solo este tocamiento ponen esta unidad de cuerpo entre Él y nosotros (que los pecadores, que indignamente le reciben, también se tocan con Él) sino porque tocándose ambos, por razón de haber recibido dignamente la carne de Cristo, y por medio de la gracia que se da por ella, viene nuestra carne á remedar en algo á la de Cristo, haciéndosele semejante.—Eso, dijo Juliano entónces, dejando á Marcelo, nos dad más á entender.—Y Marcelo callando un poco, respondió luégo de esta manera: Quedará muy entendido, si yo, Juliano, hiciere agora clara la verdad de dos cosas. La primera, que para que se diga con verdad que dos cosas son una misma, basta que sean muy semejantes entre sí. La segunda, que la carne de Cristo, tocando á la carne del que le recibe dignamente en el sacramento, por medio de la gracia que produce en el alma, hace en cierta manera semejante nuestra carne á la suya.—Si vos probáis eso, Marcelo, respondió Juliano, no quedará lugar de dudar. Porque si una grande semejanza es bastante para que se digan ser unos los que son dos; y si la carne de Cristo, tocando á la nuestra, la asemeja mucho á sí misma: clara cosa es, que se puede decir con verdad, que por medio de este tocamiento venimos á ser con Él un cuerpo y una carne. Y á lo que á mí me parece, Marcelo, en la primera de esas dos cosas propuestas no tenéis mucho que trabajar ni probar. Porque cosa razonable y conveniente parece, que lo muy semejante se llame uno mismo, y ansí lo solemos decir.—

Es conveniente, respondió Marcelo, y conforme á razón,

y recibido en el uso común de los que bien sienten y hablan. De dos cuando mucho se aman, por ventura no decimos, que son uno mismo, y no por más de porque se conforman en la voluntad y querer? Luego si nuestra carne se despojare de sus cualidades, y se vistiere de las condiciones de la carne de Cristo, serán como una ella y la carne de Cristo: y demás de muchas otras razones, será también por esta razón carne de Cristo la nuestra, y como parte de su cuerpo, y parte muy ayuntada con Él. De un hierro muy encendido decimos que es fuego, no porque en sustancia lo sea, sino porque en las cualidades, en el ardor, en el encendimiento, en la color, y en los efectos lo es: pues así para que nuestro cuerpo se diga cuerpo de Cristo, aunque no sea una sustancia misma con Él, bien le debe bastar el estar acondicionado como Él. Y para traer á comparación lo que más vecino es y más semejante, ¿no dice á boca llena San Pablo (I. ad Cor. c. VI, v. 17.), que *el que se ayunta con Dios, se hace un espíritu con Él?* Y no es cosa cierta, que el ayuntarse con Dios el hombre no es otra cosa sino recibir en su alma la virtud de la gracia, que como ya tenemos dicho otras veces, es una cualidad celestial, que puesta en el alma, pone en ella mucho de las condiciones de Dios, y la figura muy á su semejanza? Pues si al espíritu de Dios y al nuestro espíritu los dice ser uno el predicador de las gentes por la semejanza suya que hace en el nuestro el de Dios; bien bastará para que se digan nuestra carne y la carne de Cristo ser una carne, el tener la nuestra (si lo tuviere) algo de lo que es propio y natural á la carne de Cristo.

Son un cuerpo de república y de pueblo mil hombres en linaje extraños, en condiciones diversos, en oficios diferentes, y en voluntades é intentos contrarios entre sí mismos, porque los ciñe un muro, y porque los gobierna una ley: y dos carnes tan juntas, que traspasa por medio de la gracia mucho de su virtud y de su propiedad la una en la otra, y cuasi la embebe en sí misma, no serán dichas ser una? Y si en esto no hay que probar por ser manifiesto, como, Juliano, decis; cómo puede ser oscuro ó dudoso lo segundo que propuse, y que después de aquesto se sigue? Un guante oloroso raido por un breve tiempo en la mano, pone su buen olor en

ella, y apartado de ella lo deja allí puesto: y la carne de Cristo virtuosísima y eficacísima estando ayuntada con nuestro cuerpo, é hinchiendo de gracia nuestra alma, ¿no comunicará su virtud á nuestra carne? Qué cuerpo estando junto á otro cuerpo, no le comunica sus condiciones? Este aire fresco que agora nos toca, nos refresca; y poco antes de agora, cuando estaba encendido, nos comunicaba su calor, y encendía. Y no quiero decir que esta es obra de naturaleza, ni digo que es virtud que naturalmente obra, la que acondiciona nuestro cuerpo y le asemeja al cuerpo de Cristo; porque si fuese ansí, siempre y con todos aquéllos á quien tocase, sucedería lo mismo; mas no es con todos ansí, como parece en aquellos que le reciben indignos. En los cuales el pasar atrevidamente á sus pechos sucios el cuerpo santísimo de Jesucristo, demás de los daños del alma, les es causa en el cuerpo de malos accidentes y de enfermedades, y á las veces de muerte, como claramente nos lo enseña San Pablo.

Ansí que no es obra de naturaleza aquesta, mas es muy conforme á ella, y á lo que naturalmente acontece á los cuerpos, cuando entre sí mismos se ayuntan. Y si por entrar la carne de Cristo en el pecho no limpio, ni convenientemente dispuesto, como agora decía, justamente se le destempla la salud corporal á quien ansí le recibe; cuando por el contrario estuviere bien dispuesto el que la recibiere, ¿cómo no será justo que con maravillosa virtud, no sólo le santifique el alma, mas también con la abundancia de la gracia que en ella pone, le apure el cuerpo, y le avecine á sí mismo todo cuanto pudiere? Que no es más inclinado al daño que al bien, el que es la misma bondad; ni el bien hacer le es dificultoso, al que con el querer solo lo hace. Y no solamente es conforme á lo que la naturaleza acostumbra, mas es muy conveniente y muy debido á lo que piden nuestras necesidades. ¿No deciamos esta mañana, que el soplo de la serpiente, y aquel manjar vedado y comido nos desconcertó el alma, y nos emponzoñó el cuerpo? Luego convino que este manjar, que se ordenó contra aquel, pusiese no solamente justicia en el alma, sino también por medio de ella santidad y pureza celestial en la carne: pureza digo que resistiese á la ponzoña primera, y la desarraigase poco á poco del cuerpo. Como dice San Pablo (I. ad Cor.,

c. xv, v. 22.): *Ansí como en Adám murieron todos, ansí cobraron vida en Jesucristo.* En Adám hubo daño de carne y de espíritu, y hubo inspiración del demonio espiritual para el alma, y manjar corporal para el cuerpo. Pues si la vida se contrapone á la muerte, y el remedio ha de ir por las pisadas del daño; necesario es, que Cristo en ambas á dos cosas produzca salud y vida, en el alma con su espíritu, y en la carne ayuntando á ella su cuerpo. Aquella manzana pasada al estómago ansí destempló el cuerpo, que luégo se descubrieron en él mil malas cualidades más ardientes que el fuego: esta carne santa allegada debidamente á la nuestra por virtud de su gracia, produzca en ella frescor y templanza. Aquel fruto atoxicó nuestro cuerpo con que viene á la muerte: esta carne comida enriquézcanos ansí con su gracia, que aún descienda su tesoro á la carne, que la apure, y le dé vida, y la resucite.

Bien dice acerca de esto San Gregorio Niseno (1): *Ansí como en aquellos que han bebido ponzoña, y que matan su fuerza mortífera con algún remedio contrario, conviene que conforme á como hizo el veneno, ansí mismo la medicina penetre por las entrañas, para que se derrame por todo el cuerpo el remedio: ansí nos conviene hacer á nosotros: que pues comimos la ponzoña que nos desata, recibamos la medicina que nos repara, para que con la virtud de esta desechemos el veneno de aquella. Mas esta medicina cuál es? Ninguna otra sino aquel santo cuerpo que sobrepujó á la muerte, y nos fué causa de vida. Porque ansí como un poco de levadura, como dice el Apóstol* (I. Ad Cor. c. v, v. 8), *asemeja á sí á toda la masa; ansí aquel cuerpo á quien Dios dotó de inmortalidad; entrando en el nuestro, le traspasa en sí todo, y le muda. Y ansí como lo ponzoñoso con lo saludable mezclado, hace á lo saludable dañoso, ansí al contrario, este cuerpo inmortal á aquel de quien es recibido, le vuelve semejantemente inmortal.* Esto dice Niseno. Mas entre todos San Cirilo lo dice muy bien (2): *No podía*, dice, *este cuerpo corruptible traspasarse por otra manera á la inmortalidad y á la vida, sino siendo ayuntado á aquel cuerpo, á quien es como suyo el vivir. Y si á mí no me crees, da fe á Cristo, que dice* (Joan., c. vi, vv. 54 y 55):

---

(1) *Orat. Catech. quæ dicitur* magna, cap. 37.
(2) Cyril. Alex. in Joan., Evang., lib. iv., cap. 14. et 15.

Sin duda os digo, que si no comiéredes la carne del Hijo del hombre, y si no bebiéredes su sangre, no tendréis vida en vosotros. Que el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el postrero dia. *Bien oyes cuán abiertamente te dice, que no tendrás vida si no comes su carne, y si no bebes su sangre.* No la tendréis, *dice*, en vosotros, *esto es, dentro de vuestro cuerpo no la tendréis. Mas á quién no tendréis? á la vida. Vida llama convenientemente á su carne de vida, porque ella es la que en el dia último nos ha de resucitar. Y deciros he cómo. Esta carne viva, por ser carne del Verbo unigénito, posee la vida, y ansí no la puede vencer el morir: por donde si se junta á la nuestra, alanza de nosotros la muerte; porque nunca se aparta de su carne el Hijo de Dios. Y porque está junto, y es como uno con ella; por eso dice*, y yo le resucitaré en el dia postrero. Y en otro lugar, el mismo Doctor dice ansí (1): *Es de advertir que el agua, aunque es de naturaleza muy fria, sobreviniéndole el fuego, olvidada de su frialdad natural, no cabe en sí de calor. Pues nosotros por la misma manera, dado que por la naturaleza de nuestra carne somos mortales: participando de aquella vida, que nos retira de nuestra natural flaqueza, tornamos á vivir por su virtud propia de ella. Porque convino, que no solamente el alma alcanzase la vida por comunicársele el Espíritu Santo, mas que también este cuerpo tosco y terreno fuese hecho inmortal, con el gusto de su metal, y con el tacto de ello, y con el mantenimiento. Pues como la carne del Salvador es carne vivífica, por razón de estar ayuntada al Verbo, que es vida por naturaleza; por eso cuando la comemos, tenemos vida en nosotros, porque estamos unidos con aquello que está hecho vida. Y por esta causa Cristo, cuando resucitaba á los muertos, no solamente usaba de palabra y de mando como Dios, mas algunas veces les aplicaba su carne como juntamente obradora, para mostrar con el hecho, que también su carne, por ser suya y por estar ayuntada con él, tenia virtud de dar vida.* Esto es de Cirilo.

Ansi que la mala disposición que puso en nosotros el primer manjar, nos obliga á decir, que el cuerpo de Cristo, que es su contrario, es causa que haya en el nuestro, por secreta

(1) In Joan. Ev., lib. IV, cap. 14.

y maravillosa virtud, nueva pureza y nueva vida. Y lo mismo podemos ver si ponemos los ojos en lo que se puso por blanco Cristo en cuanto hizo, que es declararnos su amor por todas las maneras posibles. Porque el amor, como platicábades agora, Juliano y Sabino, es unidad, ó todo su oficio es hacer unidad: y cuanto es mayor y mejor la unidad, tanto es mayor y más excelente el amor. Por donde cuanto por más particulares maneras fueren uno mismo dos entre sí, tanto sin duda ninguna se tendrán más amor. Pues si en nosotros hay carne y espíritu, y si con el espíritu ayunta el suyo Cristo por tantas maneras, poniendo en él su semejanza, y comunicándole su vigor, y derramando por él su espíritu mismo; no os parecerá, Juliano, forzoso el decir, ó que hay falta en su amor para con nosotros, ó que ayunta también su cuerpo con el nuestro, cuanto es posible ayuntarse dos cuerpos? Mas quién se atreverá á poner mengua en su amor en esta parte, el cual por todas las demás partes es sobre todo encarecimiento extremado? Porque pregunto, ó no le es posible á Dios hacer esta unión, ó hecha, no declara ni engrandece su amor, ó no se precia Dios de engrandecerle? Claro es, que es posible; y manifiesto, que añade quilates; y notorio y sin duda, que se precia Dios de ser en todo lo que hace perfecto. Pues si esto es cierto, cómo puede ser dudoso, si hace Dios lo que puede ser hecho, y lo que importa que se haga para el fin que pretende? El mismo Cristo dice rogando á su Padre (Joan., c. XVII, vv. 21, 22): *Señor, quiero que Yo y los mios seamos una misma cosa, ansí como Yo soy una misma cosa contigo.* No son una misma cosa el Padre y el Hijo solamente porque se quieren bien entre sí, ni sólo porque son ansí en voluntades como en juicios conformes; sino también porque son una misma sustancia, de manera que el Padre vive en el Hijo, y es un mismo ser y vivir el de entrambos.

Pues ansi, para que la semejanza sea perfecta cuanto ser puede, conviene sin duda que á nosotros los fieles entre nosotros, y á cada uno de nosotros con Cristo, no solamente nos anude y haga uno la caridad, que el espíritu en nuestros corazones derrama; sino que también en la manera del ser, ansí en la del cuerpo, como en la manera del alma, seamos todos uno cuanto es hacedero y posible. Y conviene que siendo mu-

chos en personas, como de hecho lo somos, empero por razón de que mora en nuestras almas un espíritu mismo, y por razón que nos mantiene un individuo y solo manjar, seamos todos uno en un espíritu y en un cuerpo divino: los cuales espíritu y cuerpo divino, ayuntándose estrechamente con nuestros propios cuerpos y espíritus, los cualifiquen y los acondicionen á todos de una misma manera; y á todos de aquella condición y manera, que le es propia á aquel divino cuerpo y espíritu; que es la mayor unidad que se puede hacer ó pensar en cosas tan apartadas de suyo. De manera que como una nube, en quien ha lanzado la fuerza de su claridad y de sus rayos el sol, llena de luz, y (si aquesta palabra aquí se permite) en luz empapada, por donde quiera que se mire es un sol; ansí ayuntando Cristo, no solamente su virtud y su luz, sino su mismo espíritu y su mismo cuerpo con los fieles y justos, y como mezclando en cierta manera su alma con la suya de ellos, y con el cuerpo de ellos su cuerpo, en la forma que he dicho, les brota Cristo, y les sale afuera por los ojos y por la boca, y por los sentidos: y sus figuras todas, y sus semblantes, y sus movimientos, son Cristo, que los ocupa ansí á todos, y se enseñorea de ellos tan íntimamente, que sin destruirles ó corromperles su ser, no se verá en ellos en el último dia, ni se descubrirá otro ser más del suyo, y un mismo ser en todos. Por lo cual ansí Él como ellos, sin dejar de ser Él y ellos, serán un Él, y uno mismo.

Grande nudo es aqueste, Sabino, y lazo de unidad tan estrecho, que en ninguna cosa de las que ó la naturaleza ha compuesto, ó el arte inventado, las partes diversas que tiene se juntaron jamás con juntura tan delicada, ó que ansí huyese la vista, como es esta juntura. Y cierto es ayuntamiento de matrimonio tanto mayor y mejor, cuanto se celebra por modo más uno y más limpio. Y la ventaja que hace al matrimonio ó desposorio de la carne en limpieza, esa ó mucho mayor ventaja le hace en unidad y estrecheza. Que allí se inficionan los cuerpos; y aquí se deifica el alma y la carne. Allí se aficionan las voluntades; aquí todo es una voluntad y un querer. Allí adquieren derecho el uno sobre el cuerpo del otro; aquí, sin destruir su sustancia, convierte en su cuerpo, en la manera que he dicho, el esposo Cristo á su Esposa. Allí se yerra

de ordinario; aquí se acierta siempre. Allí de contínuo hay solicitud y cuidado enemigo de la conformidad y unidad; aquí seguridad y reposo ayudador y favorecedor de aquello que es uno. Allí se ayuntan para sacar á luz á otro tercero; aquí por un ayuntamiento se camina á otro, y el fruto de aquesta unidad es afinarse en ser uno, y el abrazarse es para más abrazarse. Allí el contento es aguado, y el deleite breve y de bajo metal; aquí lo uno y lo otro tan grande, que baña el cuerpo y el alma, tan noble, que es gloria, tan puro, que ni antes le precede, ni después se le sigue, ni con él jamás se mezcla ó se ayunta el dolor. Del cual deleite, pues habemos dicho ya del ayuntamiento, que es lo que propusimos primero, lo que el Señor nos ha comunicado, será bien que digamos agora lo que se pudiere decir, aunque no sé si es de las cosas que no se han de decir: á lo menos cierto es, que como ello es, y como pasa, ninguno jamás lo supo ni pudo decir.

Y ansí sea esta la primera prueba, y el argumento primero de su no medida grandeza, que nunca cupo en lengua humana, y que el que más lo prueba lo calla más, y que su experiencia enmudece la habla, y que tiene tanto de bien que sentir, que ocupa el alma toda su fuerza en sentirlo, sin dejar ninguna parte de ella libre para hacer otra cosa. De donde la Sagrada Escritura, en una parte adonde trata de aqueste gozo y deleite, le llama (Apoc., c. II, v. 17) *maná escondido*, y en otra (Ibid.) *nombre nuevo*, que no lo sabe leer sino aquel sólo que lo recibe: y en otra (Cant., c. II, vv. 4, 6), introduciendo como en imagen una figura de aquestos abrazos, venido á este punto de declarar sus deleites de ellos, hace que se desmaye, y que quede muda y sin sentido la esposa que lo representa. Porque ansí como en el desmayo se recoje el vigor del alma á lo secreto del cuerpo, y ni la lengua, ni los ojos, ni los piés, ni las manos hacen su oficio; ansí este gozo al punto que se derrama en el alma, con su grandeza increible la lleva toda á sí, por manera que no le deja comunicar lo que siente á la lengua.

Mas qué necesidad hay de rastrear por indicios lo que abiertamente testifican las sagradas letras, y lo que por clara y llana razón se convence? David dice en su divina Escritura (Ps. XXX, v. 9): *Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de*

tu dulzura, la que escondiste para los que te temen? Y en otra parte (Ps. XXXV, v. 9): *Serán, Señor, vuestros siervos embriagados con el abundancia de los bienes de vuestra casa, y daréisles á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleites.* Y en otra parte (Ps. XXXIII, v. 9): *Gustad y ved cuán dulce es el Señor.* Y en otra (Ps. XLV, v. 5): *Un rio de avenida baña con deleite la ciudad de Dios.* Y (Ps. CXVII, v. 15), *Voz de salud y alegría suena en las moradas de los justos.* Y (Ps. LXXXVIII, v. 16), *Bienaventurado es el pueblo que sabe qué es jubilación.* Y finalmente Isaías (Isai., c. LXIV, v. 4): *Ni los ojos lo vieron, ni lo oyeron los oidos, ni pudo caber en humano corazón lo que Dios tiene aparejado para los que esperan en Él.* Y conviene que como aquí se dice, ansí sea por necesaria razón, y tan clara que se tocará con las manos si primero entendiéremos, qué es, y cómo se hace aquesto que llamamos deleite. Porque deleite es un sentimiento y movimiento dulce que acompaña y como remata todas aquellas obras en que nuestras potencias y fuerzas conforme á sus naturalezas ó á sus deseos sin impedimento ni estorbo se emplean. Porque todas las veces que obramos ansí, por el medio de aquestas obras alcanzamos alguna cosa, que ó por naturaleza, ó por disposición y costumbre, ó por elección y juicio nuestro, nos es conveniente y amable. Y como cuando no se posee, y se conoce algún bien, la ausencia de él causa en el corazón una agonía y deseo; ansí es necesario decir, que por el contrario, cuando se posee y se tiene, la presencia de él en nosotros, y el estar ayuntado y como abrazado con nuestro apetito y sentidos, conociéndolo nosotros ansí, los halaga y regala. Por manera que el deleite es un movimiento dulce del apetito.

Y la causa del deleite son, lo primero, la presencia, y como si dijésemos, el abrazo del bien deseado: al cual abrazo se viene por medio de alguna obra conveniente que hacemos: y es como si dijésemos el tercero de esta concordia, ó por mejor decir, el que la saborea y sazona, el conocimiento y el sentido de ella. Porque á quien no siente ni conoce el bien que posee, ni si lo posee, no le puede ser el bien ni deleitoso ni apacible. Pues esto presupuesto de aquesta manera, vamos agora mirando estas fuentes de donde mana el deleite, y examinando á cada una de ellas por sí, que adonde quiera que las descubriéremos más, y en todas aquellas cosas adonde

halláremos mayores y más abundantes mineros de él, en aquellas cosas sin duda el deleite de ellas será de mayores quilates.

Es pues necesario para el deleite, y como fuente suya de donde nace, lo primero, el conocimiento y sentido; lo segundo, la obra, por medio de la cual se alcanza el bien deseado; lo tercero, ese mismo bien; lo cuarto y lo último, su presencia y ayuntamiento de él con el alma. Y digamos del conocimiento primero, y después diremos de lo demás por su orden.

El conocimiento cuanto fuere más vivo, tanto, cuanto es de su parte, será causa de más vivo y más acendrado deleite, Porque por la razón que no pueden gozar de él todas aquellas cosas, que no tienen sentido, por esa misma se convence, que las que le tienen, cuanto más de él tuvieren, tanto sentirán la dulzura más, conforme á como la experiencia lo demuestra en los animales. Que en la manera que á cada uno de ellos conforme á su naturaleza y especie, ó más ó menos se les comunica el sentido; ansí más ó menos les es deleitable y gustoso el bien que poseen. Y cuanto en cada una orden de ellos está la fuerza del sentido más bota, tanto cuando se deleitan, es menor su deleite. Y no solamente se ve esto entre las cosas que son diferentes, comparándolas entre sí mismas, mas en un linaje mismo de cosas, y en los particulares que en sí contiene, se ve. Porque los hombres, los que son de más buen sentido, gustan más del deleite: y en un hombre solo, si ó por acaso ó por enfermedad tiene amortecido el sentido del tacto en la mano, aunque la tenga fria, y la allegue á la lumbre, no le hará gusto el calor. Y como se fuere en ella por medio de la medicina, ó por otra alguna manera despertando el sentir, ansí por los mismos pasos, y por la medida misma, crecerá en ella el poder gozar del deleite. Por donde si esto es ansí, ¿quién no sabe ya cuán más subido y agudo sentido es aquel con que se comprenden y sienten los gozos de la virtud, que no aquel de quien nacen los deleites del cuerpo? Porque el uno es conocimiento de razón, y el otro es sentido de carne. El uno penetra hasta lo último de las cosas que conoce, el otro para en la sobrehaz de lo que siente. El uno es sentir bruto y de aldea, el otro es entender espiritual y de alma. Y conforme á

esta diferencia y ventaja, ansí son diferentes, y se aventajan entre sí los deleites que hacen.

Porque el deleite que nace del conocer del sentido, es deleite ligero, ó como sombra de deleite, y que tiene de él como una vislumbre ó sobrehaz solamente, y es tosco y aldeano deleite: mas el que nos viene del entendimiento y razón, es vivo gozo, y macizo gozo, y gozo de sustancia y verdad. Y ansí como se prueba la grande sustancia de aquestos deleites del alma por la viveza del entendimiento que los siente y conoce; ansí también se ve su nobleza, por el metal de la obra que nos ayunta al bien de do nacen. Porque las obras, por cuya mano metemos á Dios en nuestra casa, que puesto en ella la hinche de gozo, son el contemplarle, y el amarle, y el ocupar en él nuestro pensamiento y deseo, con todo lo demás que es santidad y virtud. Las cuales obras ellas en sí mismas son por una parte tan propias de aquello que en nosotros verdaderamente es ser hombre, y por otra tan nobles en sí, que ellas mismas por sí, dejado aparte el bien que nos traen, que es Dios, deleitan el alma, que con sola su posesión de ellas, se perfecciona y se goza. Como al revés todas las obras que el cuerpo hace, por donde consigue aquello con que se deleita el sentido, sean obras, ó no propias del hombre, ó ansí toscas y viles, que nadie las estimaría, ni se alegraría con ellas por sí solas, si ó la necesidad pura, ó la costumbre dañada no le forzase. Ansí que en lo bueno, antes que ello deleite, hay deleite; y eso mismo que va en busca del bien, y que lo halla, y le echa las manos, es ello en sí bien que deleita, y por un gozo se camina á otro gozo: por el contrario de lo que acontece en el deleite del cuerpo, adonde los principios son intolerable trabajo, los fines enfado y hastío, los frutos dolor y arrepentimiento.

Mas cuando acerca de esto faltase todo lo que hasta agora se ha dicho, para conocer que es verdad, basta la ventaja sola que hace el bien de donde nacen estos espirituales deleites, á los demás bienes que son cebo de los sentidos. Porque si la pintura hermosa presente á la vista deleita los ojos, y si los oidos se alegran con la suave armonía, y si el bien que hay en lo dulce, ó en lo sabroso, ó en lo blando, causa contentamiento en el tacto, y si otras cosas menores, y menos

dignas de ser nombradas, pueden dar gusto al sentido; injuria será que se hace á Dios, poner en cuestión, si deleita, ó que tanto deleita al alma que se abraza con Él. Bien lo sentía esto aquel que decía (Ps. LXXII, v. 25.): *Qué hay para mí en el cielo, y fuera de vos, Señor, qué puedo desear en la tierra?* Porque si miramos lo que, Señor, sois en Vos, sois un océano infinito de bien: y el mayor de los que por acá se conocen y entienden, es una pequeña gota comparado con Vos, y es como una sombra vuestra oscura y ligera. Y si miramos lo que para nosotros sois, y en nuestro respeto, sois el deseo del alma, el único paradero de nuestra vida, el propio y solo bien nuestro, para cuya posesión somos criados, y en quien sólo hallamos descanso, y á quien aún sin conoceros, buscamos en todo cuanto hacemos. Que á los bienes del cuerpo, y cuasi á todos los demás bienes que el hombre apetece, apetécelos como á medios para conseguir algún fin, y como á remedios y medicinas de alguna falta ó enfermedad que padece: busca el manjar, porque le atormenta la hambre; allega riquezas, por salir de pobreza; sigue el son dulce, y vase en pos de lo proporcionado y hermoso, porque sin esto padecen mengua el oido y la vista.

Y por esta razón los deleites que nos dan estos bienes, son deleites menguados y no puros: lo uno, porque se fundan en mengua, y en necesidad, y tristeza; y lo otro, porque no duran más de lo que ella dura, por donde siempre la traen junto á sí, y como mezclada consigo. Porque si no hubiese hambre, no sería deleite el comer; y en faltando ella, falta él juntamente. Y ansí no tienen más bien, de cuanto dura el mal para cuyo remedio se ordenan. Y por la misma razón no puede entregarse ninguno á ellos sin rienda, antes es necesario que los use, el que de ellos usar quisiere, con tasa, si le han de ser, conforme á como se nombran, deleites: porque lo son hasta llegar á un punto cierto, y en pasando de él no lo son. Mas vos, Señor, sois todo el bien nuestro, y nuestro soberano fin verdadero: y aunque sois el remedio de nuestras necesidades, y aunque hacéis llenos todos nuestros vacíos; para que os ame el alma mucho más que á sí misma, no le es necesario que padezca mengua: que vos por vos merecéis, todo lo que es el querer y el amor. Y cuanto el que os amare,

Señor, estuviere más rico y más abastado de vos, tanto os amará con más veras. Y ansí como Vos en Vos no tenéis fin ni medida, ansí el deleite que nace de Vos en el alma, que consigo os abraza dichosa, es deleite que no tiene fin, y que cuanto más crece, es más dulce; y deleite en quien el deseo, sin recelo de caer en hartura, puede alargar la rienda cuanto quisiere: porque como testificáis de Vos mismo (Eccli. c. XXIV, v. 29; Ps. XLV, v. 4.): *Quien bebiere de vuestra dulzura, cuanto más bebiere, tendrá de ella más sed.*

—Y por esta misma razon (si, Juliano, no os desagrada, y según que agora á la imaginación se me ofrece) en la sagrada Escritura aqueste deleite que Dios en los suyos produce, es llamado con nombres de avenida y de rio: como cuando el Salmista decía, que da de beber Dios á los suyos un rio de deleite grandísimo. Porque en decirlo ansí, no solamente quiere decir que les dará Dios á los suyos grande abundancia de gozo; sino también nos dice y declara, que ni tiene límite aqueste gozo, ni menos es gozo, que hasta un cierto punto es sabroso, y pasado de él, no lo es; ni es como lo son los deleites que vemos, agua encerrada en vaso que tiene su hondo, y que fuera de aquellos términos, con que se cerca, no hay agua, y que se agota y se acaba bebiéndola; sino que es agua en rio que corre siempre, y que no se agota bebida, y que por más que se beba, siempre viene fresca á la boca, sin poder jamás llegar á algún paso, adonde no haya agua, esto es, adonde aquel dulzor no lo sea. De manera que por razón de ser Dios bien infinito, y bien que sobrepuja sin ninguna comparación á todos los bienes, se entiende que en el alma que le posee, el deleite que hace es entre todos los deleites el mayor deleite: y por razón de ser nuestro último fin, se convence, que jamás aqueste deleite da en cara. Y si esto es por ser Dios el que es, qué será por razón del querer que nos tiene, y por el estrecho nudo de amor con que con los suyos se enlaza? Que si el bien presente y poseido deleita, cuanto más presente y más ayuntado estuviere, sin ninguna duda deleitará más.

Pues ¿quién podrá decir la estrecheza no comparable de aqueste ayuntamiento de Dios? No quiero decir lo que agora he ya dicho, repitiendo las muchas y diversas maneras como

se ayunta Dios con nuestros cuerpos y almas: mas digo, que cuando estamos más metidos en la posesión de los bienes del cuerpo, y somos hechos más de ellos señores, toda aquella unión y estrechez es una cosa floja y como desatada en comparación de este lazo. Porque el sentido y lo que se junta con el sentido solamente se tocan en los accidentes de fuera (que ni veo sino lo colorado, ni oigo sino el retintín del sonido, ni gusto sino lo dulce ó amargo, ni percibo tocando sino es la aspereza ó blandura) mas Dios abrazado con nuestra alma, penetra por ella toda, y se lanza á sí mismo por todos sus apartados secretos hasta ayuntarse con su más íntimo ser: adonde hecho como alma de ella, y enlazado con ella, la abraza estrechísimamente. Por cuya causa en muchos lugares la Escritura dice, que mora Dios en el medio del corazón. Y David en el Salmo (Ps. CXXXII, v. 2.) le compara al aceite, que puesto en la cabeza del sacerdote viene al cuello, y se extiende á la barba, y desciende corriendo por las vestiduras todas hasta los piés. Y en el libro de la Sabiduría (Eccli. cap. XXIV, v. 6.) por aquesta misma razón es comparado Dios á la niebla que por todo penetra. Y no solamente se ayunta mucho Dios con el alma, sino ayúntase todo; y no todo, sucediéndose unas partes á otras, sino todo junto, y como de un golpe, y sin esperarse lo uno á lo otro: lo que es al revés en el cuerpo, á quien sus bienes, los que él llama bienes, se le allegan de espacio y repartidamente, y sucediéndose unas partes á otras, agora una, y después de esta otra, y cuando goza de la segunda, ha perdido ya la primera. Y como se reparten y se dividen aquellos, ni más ni menos se corrompen y acaban; y cuales ellos son, tal es el deleite que hacen: deleite como exprimido por fuerza, y como regateado, y como dado blanca á blanca con escasez; y deleite al fin que vuela ligerísimo, y que se desvanece como humo, y se acaba. Mas el deleite que hace Dios, viene junto, y persevera junto y estable, y es como un todo no divisible, presente siempre todo á sí mismo: y por eso dice la Escritura en el Salmo, que deleita Dios con rio y con ímpetu á los vecinos de su ciudad, no gota á gota, sino con todo el ímpetu del rio ansí junto.

De todo lo cual se concluye, no solamente que hay deleite en este desposorio y ayuntamiento del alma y de Dios, sino

que es un deleite, que por donde quiera que se mire, vence á cualquier otro deleite. Porque ni se mezcla con necesidad, ni se agua con tristeza, ni se da por partes, ni se corrompe en un punto, ni nace de bienes pequeños, ni de abrazos tibios ó flojos, ni es deleite tosco, ó que se siente á la ligera, como es tosco y superficial el sentido; sino divino bien, y gozo íntimo, y deleite abundante, y alegría no contaminada, que baña el alma toda, y la embriaga y anega por tal manera, que cómo ello es, no se puede declarar por ninguna. Y ansí la Escritura divina cuando nos quiere ofrecer alguna como imagen de aqueste deleite, porque no hay una que se le asemeje del todo, usa de muchas semejanzas é imágenes. Que unas veces, como antes de gora decíamos, le llama *maná escondido*. Maná, porque es deleite dulcísimo, y dulcísimo no de una sola manera, ni sabroso con un solo sabor, sino como del maná se escribe en la Sabiduría (Sap. cap. XVI, v. 20.), hecho al gusto del deseo, y lleno de innumerables sabores. Maná escondido, porque está secreto en el alma, y porque si no es quien lo gusta ninguno otro entiende bien lo que es. Otras veces le llama *aposento de vino*, como en el libro de los Cantares (Cant. cap. II, v. 4.): y otras (Cant. V, v. 1.) el vino mismo; y otras (Cant. I, vv. 2 y 3, et IV, v. 10.) licor mejor mucho que el vino. Aposento de vino, como quien dice amontonamiento y tesoro de todo lo que es alegría. Más que el vino, porque ninguna alegría, ni todas juntas se igualan con esta.

Otras veces nos le figura, como en el mismo libro, por nombre de *pechos*. Porque no son los pechos tan dulces ni tan sabrosos al niño, como los deites de Dios son deleitables á aquel que los gusta. Y porque no son deleites que dañan la vida, ó que debilitan las fuerzas del cuerpo: sino deleites que alimentan el espíritu, y le hacen que crezca, y deleites, por cuyo medio comunica Dios al alma la virtud de su sangre hecha leche, esto es, por manera sabrosa y dulce. Otras veces son dichos *mesa y banquete*, como por Salomón y David: para significar su abastanza, y la grandeza y variedad de sus gustos, y la confianza, y el descanso, y el regocijo, y la seguridad, y esperanzas ricas que ponen en el alma del hombre. Otras los nombra *sueño*, porque se repara en ellos el espíritu

de cuanto padece y lacera en la continua contradición que la carne y el demonio le hace. Otras (Apocal. c. II, v. 17.) los compara á *guija*, ó á *piedrecilla* pequeña y blanca, y escrita de un nombre que sólo el que lo tiene le lee. Porque ansí como según la costumbre antigua, en las causas criminales, cuuando echaba el juez una piedra blanca en el cántaro, era dar vida; y como los dias buenos y de sucesos alegres los antiguos los contaban con pedrezuelas de aquesta manera: ansí mismo el deleite que da Dios á los suyos, es como una prenda sensible de su amistad, y como una sentencia que nos absuelve de su ira, que por nuestra culpa nos condenaba al dolor y á la muerte: y es voz de vida en nuestra alma, y dia de regocijo para nuestro espíritu, y de suceso bienaventurado y feliz.

Y finalmente otras veces significa aquestos deleites con nombre de *embriaguez*, y de *desmayo*, y de enajenamiento de sí, porque ocupan toda el alma, que con el gusto de ellos se mete tan adelante en los abrazos y sentimientos de Dios, que desfallece al cuerpo, y cuasi no comunica con él su sentido, y dice y hace cosas el hombre, que parecen fuera de toda naturaleza y razón. Y á la verdad, Juliano, de las señales que podemos tener de la grandeza de estos deleites, los que deseamos conocerlos, y no merecemos tener su experiencia, una de las más señaladas y ciertas es, el ver los efectos, y las obras maravillosas, y fuera de toda órden común, que hacen en aquellos que experimentan su gusto. Porque si no fuera dulcísimo incomparablemente el deleite que halla el bueno con Dios, cómo hubiera sido posible, ó á los mártires padecer los tormentos que padecieron, ó á los ermitaños durar en los yermos por tan luengos años en la vida que todos sabemos? Por manera que la grandeza no medida de este dulzor, y la violencia dulce con que enajena y roba para sí toda el alma, fué quien sacó á la soledad á los hombres, y los apartó de cuasi todo aquello que es necesario al vivir. Y fué quien los mantuvo con yerbas y sin comer muchos dias, desnudos al frio, y descubiertos al calor, y sujetos á todas las injurias del cielo. Y fué quien hizo fácil, y hacedero y usado, lo que parecía en ninguna manera posible. Y no pudo tanto, ni la naturaleza con sus necesidades, ni la tiranía y crueldad con sus

no oidas cruezas para retraerlos del bien, que no pudiese mucho más para detenerlos en él aqueste deleite; y todo aquel dolor que pudo hacer el artificio y el cielo, la naturaleza y el arte, el ánimo encrudelecido, y la ley natural poderosa, fué mucho menor que este gozo. Con el cual esforzada el alma, y cebada y levantada sobre sí misma, y hecha superior sobre todas las cosas, llevando su cuerpo tras sí, le dió que no pareciese ser cuerpo.

Y si quisiésemos agora contar por menudo los ejemplos particulares y extraños que de esto tenemos, primero que la historia, se acabaría la vida: y ansí baste por todos uno, y este sea el que es la imágen común de todos, que el Espíritu Santo nos dibujó en el libro de los Cantares, para que por las palabras y acontecimientos que conocemos, veamos como en idea todo lo que hace Dios con sus escogidos. Porque qué es lo que no hace la ESPOSA allí para encarecer aqueste su deleite que siente, ó lo que el ESPOSO no dice para este mismo propósito? No hay palabra blanda, ni dulzura regalada, ni requiebro amoroso, ni encarecimiento dulce, de cuantos en el amor jamás se dijeron ó se pueden decir, que ó no lo diga allí, ó no lo oiga la ESPOSA. Y si por palabras, ó por demostraciones exteriores se puede declarar el deleite del alma, todas las que significan un deleite grandísimo, todas ellas se dicen y hacen allí: y comenzando de menores principios, van siempre subiendo; y esforzándose siempre más el soplo del gozo, al fin las velas llenas navega el alma justa por un mar de dulzor, y viene á la fin á abrasarse en llamas de dulcísimo fuego, por parte de las secretas centellas que recibió al principio en sí misma. Y acontécele cuanto á este propósito al alma con Dios, como al madero no bien seco, cuando se le avecina el fuego le aviene. El cual ansí como se va calentando del fuego, y recibiendo en sí su calor; ansí se va haciendo sujeto apto y dispuesto para recibir más calor, y lo recibe de hecho. Con el cual calentado, comienza primero á despedir humo de sí, y á dar de cuando en cuando algún estallido; y corren algunas veces gotas de agua por él; y procediendo en esta contienda, y tomando por momentos el fuego en él mayor fuerza, el humo que salía, se enciende de improviso en llama que luégo se acaba, y dende á poco se torna á encender otra vez, y á

apagarse también: y ansí hace la tercera y la cuarta, hasta que al fin el fuego ya lanzado en lo íntimo del madero, y hecho señor de todo él, sale todo junto, y por todas partes afuera levantando sus llamas: las cuales prestas y poderosas, y á la redonda bullendo, hacen parecer un fuego el madero.

Y por la misma manera cuando Dios se avecina al alma, y se junta con ella, y le comienza á comunicar su dulzura; ella ansí como la va gustando, ansí la va deseando más, y con el deseo se hace á sí misma más hábil para gustarla; y luégo la gusta más, y ansí creciendo en ella aqueste deleite por puntos, al principio la estremece toda, y luégo la comienza á ablandar; y suenan de rato en rato unos tiernos suspiros; y corren por las mejillas á veces y sin sentir algunas dulcísimas lágrimas: y procediendo adelante enciéndese de improviso como una llama compuesta de luz y de amor, y luégo desaparece volando; y torna á repetirse el suspiro, y torna á lucir y cesar otro no se qué resplandor; y acreciéntase el lloro dulce, y anda ansí por un espacio haciendo mudanzas el alma traspasándose unas veces, y otras veces tornándose á sí; hasta que sujeta ya del todo al dulzor, se traspasa del todo, y levantada enteramente sobre sí misma, y no cabiendo en sí misma, espira amor, y terneza, y derretimiento por todas sus partes, y no entiende ni dice otra cosa, sino es luz, amor, vida, descanso sumo, belleza infinita, bien inmenso y dulcísimo, dame que me deshaga yo, y que me convierta en Tí toda, Señor.

—Mas callemos, Juliano, lo que por mucho que hablemos no se puede hablar. —Y calló diciendo esto Marcelo un poco; y tornó luégo á decir: Dicho he del nudo y del deleite de este desposorio lo que he podido: quédame por decir lo que supiere de las demás circunstancias y requisitos suyos. Y no quiero referir yo agora las causas que movieron á Cristo, ni los accidentes de donde tomó ocasión para ser nuestro ESPOSO, porque ya en otros lugares habemos dicho hoy acerca de esto lo que conviene: ni diré de los terceros que entrevinieron en estos conciertos, porque el mayor, y el que á todos nos es manifiesto, fué la grandeza de su piedad y bondad: mas diré de la manera cómo se ha habido con esta su ESPOSA por todo el espacio que desde que se prometieron corre, hasta el dia del

matrimonio legítimo; y diré de los regalos y dulces tratamientos que por este tiempo le hace, y de las prendas y joyas ricas, y por ventura de las leyes de amor, y del tálamo, y de las fiestas y cantares ordenados para aquel dia. Porque ansí como acontece á algunos hombres que se desposan con mujeres muy niñas, y que para casarse con ellas aguardan á que lleguen á legítima edad; ansí nos conviene entender que Cristo se desposó con la Iglesia luégo en naciendo ella, ó por mejor decir, que la crió é hizo nacer para Esposa suya, y que se ha de casar con ella á su tiempo.

Y habemos de entender, que como aquellos cuyas esposas son niñas, las regalan, y les hacen caricias primero como á niñas, y ansí por consiguiente como va creciendo la edad, van ellos también creciendo en la manera de amor que les tienen, y en las demostraciones de él que les hacen: ansí Cristo á su ESPOSA la Iglesia le ha ido criando y acariciando conforme á sus edades, y diferentemente según sus diferencias de tiempos; primero como á niña, y después como á algo mayor, y agora la trata como á doncelleja ya bien entendida, y crecida y cuasi ya casadera. Porque toda la edad de la Iglesia, desde su primer nacimiento, hasta el dia de la celebridad de sus bodas, que es todo el tiempo que hay desde el principio del mundo hasta su fin, se divide en tres estados de la Iglesia, y tres tiempos. El primero que llamamos de naturaleza, y el segundo de ley, y el tercero y postrero de gracia. El primero fué como la niñez de esta ESPOSA: en el segundo vino á algún mayor ser: en este tercero que agora corre, se va acercando mucho á la edad de casar. Pues como ha ido creciendo la edad y el saber, ansí se ha habido con ella diferentemente su ESPOSO, midiendo con la edad los favores, y ajustándolos siempre con ella por maravillosa manera, aunque siempre por manera llena de amor y de regalo, como se ve claramente en el libro, de quien poco ántes decía de los Cantares: el cual no es sino un dibujo vivo de todo aqueste trato amoroso y dulce que ha habido hasta agora, y de aquí adelante ha de haber entre estos dos ESPOSO y ESPOSA, hasta que llegue el dichoso dia del matrimonio, que será el dia cuando se cerraren los siglos.

Digo, que es una imagen compuesta por la mano de Dios, en que se nos muestran por señales y semejanzas visibles, y

muy familiares al hombre, las dulzuras que entre estos dos esposos pasan, y las diferencias de ellas conforme á los tres estados y edades diferentes que he dicho. Porque en la primera parte del libro, que es hasta cuasi la mitad del segundo capítulo, dice Dios lo que hace significación de las condiciones de esta su ESPOSA en aquel su estado primero de naturaleza, y la manera de los amores que le hizo entonces su ESPOSO. Y desde aquel lugar, que es donde se dice en el segundo capítulo: *Veis mi amado me habla y dice: Levántate, y apresúrate y ven*, hasta el capítulo quinto adonde torna á decir: *Yo duermo y mi corazón vela*, se pone lo que pertenece á la edad de la ley. Mas desde allí hasta el fin, todo cuanto entre aquestos dos se platica, es imagen de las dulzuras de amor que hace Cristo á su ESPOSA en aqueste postrero estado de gracia.

Porque comenzando por lo primero, y tocando tan solamente las cosas, y como señalándolas desde lejos (porque decirlas enteramente sería negocio muy largo, y no de aqueste breve tiempo que resta) ansí que diciendo de lo que pertenece á aquel estado primero; como era entónces niña la ESPOSA, y le era nueva y reciente la promesa de Dios de hacerse carne como ella, y de casarse con ella, como tierna, y como deseosa de un bien tan nunca esperado, del cual entónces comenzaba á gustar, entra con la licencia que le da su niñez, y con la impaciencia que en aquella edad suele causar el deseo, pidiendo apresuradamente sus besos. *Béseme*, dice, *de besos de su boca, que mejores son los tus pechos que el vino.* En que debajo de este nombre de *besos* le pide ya su palabra, y el aceleramiento de la promesa de desposarla en su carne, que apenas le acaba de hacer. Porque desde el tiempo que puso Dios con el hombre, de vestirse de su carne de él, y de ansí vestido ser nuestro ESPOSO; desde ese punto el corazón del hombre comenzó á haberse regalada y familiarmente con Dios; y comenzaron desde entonces á bullir en él unos sentimientos de Dios nuevos y blandos, y por manera nunca antes vista dulcísimos. Y hace significación de aquesta misma niñez lo que luégo dice y prosigue: *Las niñas doncellicas te aman*: porque la doncellicas y la Esposa son una misma. Y el aficionarse al olor, y el comparar, y amar al ESPOSO como á un ramillete florido, y el no poderse aún tener bien en los piés, y el pedir

al ESPOSO que le dé la mano diciendo: *Llévame en pos de ti, correreremos*, y el prometerle el ESPOSO tortolicas y sartalejos; todo ello demuestra lo niño y lo imperfecto de aquel amor y conocimiento primero.

Y porque tenía entónces la Iglesia presente y como delante de los ojos dos cosas, la una su culpa y pérdida, y la otra la promesa dichosa de su remedio, como mirándose á sí, por eso dice allí ansí: *Negra soy, mas hermosa, hijas de Jerusalém, como los tabernáculos de Cedar, y como las tiendas de Salomón.* Negra por el desastre de mi culpa primera, por quien he quedado sujeta á las injurias de mis penalidades; mas hermosa por la grandeza de dignidad y de rica esperanza, á que por ocasión de este mal he subido. Y si el aire y el agua me maltratan de fuera, la palabra que me es dada, y la prenda que de ella en el alma tengo, me enriquece y alegra. Y si *los hijos de mi madre se encendieron contra mí,* porque viniendo de un mismo Padre el ángel y yo, el ángel malo encendido de envidia, convirtió su ingenio en mi daño; y si *me pusieron por guarda de viñas*, sacándome de mi felicidad al polvo, y al sudor, y al desastre continuo de esta larga miseria; y si *la mi viña*, esto es, la mi buena dicha primera no la supe guardar: como sepa yo agora adónde, oh ESPOSO, sesteas, y como tenga noticia y favor para ir á los lugares bienaventurados adonde está de tu rebaño su pasto, yo quedaré mejorada. Y ansí por esta causa misma el ESPOSO entonces no se le descubre del todo, ni le ofrece luégo su presencia y su guia, sino dícele, que si le ama como dice, y si le quiere hallar, que siga la huella de sus cabritos. Porque la luz y el conocimiento que en aquella edad dió guía á la Iglesia, fué muy pequeño y muy flaco conocimiento en comparación del de agora. Y porque ella era pequeña entonces, esto es, de pocas personas en número, y esas esparcidas por muchos lugares, y rodeadas por todas partes de infidelidad; por eso la llama allí, y por regalo la compara á la rosa que las espinas la cercan. Y también es rosa entre espinas, porque cuasi ya al fin de aquesta niñez suya, y cuando comenzaba á florecer, y brotaba ya á fuera su hermosa figura, haciendo ya cuerpo de república y de pueblo fiel con muchedumbre grandísima, que fué estando en Egipto, y poco antes que saliese de allí, fué rosa entre espi-

nas; ansí por razón de los egipcios infieles que la cercaban, como por causa de los errores y daños que se le pegaban de su trato y conversación; como también por respeto de la servidumbre con que la oprimían.

Y no es léjos de aquesto, que en sola aquella parte del libro la compara el ESPOSO á cosas de las que en Egipto nacían, como cuando le dice: *A la mi yegua en los carros de Faraón te asemejé, amiga mia.* Porque estaba sujeta ella á Faraón entonces, y como uncida al carro trabajoso de su servidumbre. Mas llegando á este punto, que es el fin de su edad la primera, y el principio de la segunda; la manera como Dios la trató, es lo que luégo, y en el principio de la segunda parte del libro se dice: *Levántate, y apresúrate, amiga mia, y ven, que ya se pasó el invierno, y la lluvia ya se fué*, con lo que después de esto se sigue. Lo cual todo por hermosas figuras declara la salida de esta santa Esposa de Egipto. Porque llamándola el ESPOSO á que salga, significa el Espíritu santo no sólo que el ESPOSO la saca de allí, mas también la manera como la hace salir. *Levántate*, dice, porque con la carga del duro tratamiento estaba abatida y caida. *Y apresúrate*, porque salió con grandísima priesa de Egipto, como se cuenta en el Exodo. *Y ven*, porque salió siguiendo á su ESPOSO. Y dice luégo todo aquello que la convida á salir. Porque ya, dice, el invierno y los tiempos ásperos de su servidumbre han pasado; y ya comienza á aparecer la primavera de su mejor suerte. Y ya, dice, no quiero que te me demuestres como rosa entre espinas, sino como *paloma en los agujeros de la barranca*; para significar el lugar desierto, y libre de compañías malas á dó la sacó.

Y ansí ella como ya más crecida y osada responde alegremente á este llamamiento divino, y deja su casa, y sale en busca de aquel á quien ama. Y para declarárnoslo, dice: *En mi lecho, y en la noche*, de mi servidumbre y trabajo, *busqué*, y levanté el corazón á mi ESPOSO; *busquéle, mas no le hallé. Levanteme, y rodeé la ciudad, y pregunté á las guardas de ella* por él. Y dice esto ansí para declarar todas las dificultades y trabajos nuevos que se le recrecieron con los de Egipto, y con sus príncipes de ellos, desde que comenzó á tratar de salir de su tierra, hasta que de hecho salió. Mas luégo en saliendo ha-

lló como presente en figura de nube, y en figura de fuego á su ESPOSO; y ansí añade, y le dice: *En pasando las guardas, hallé al que ama mi alma, asíle, y no le dejaré hasta que le encierre en la casa de mi madre, y en la recámara de la que me engendró.* Porque hasta que entró con él en la tierra prometida, adonde caminaba por el desierto, siempre le llevó como delante de sí. Y porque se entienda que se habla aquí de aquel tiempo y camino, poco más abajo le dicen: *Quién es esta que sube por el desierto como varilla de humo de mirra, y de incienso, y de todos los buenos olores?* Y lo que después se dice del lecho de Salomón, y de las guardas de él: con quien es comparada la Esposa, es la guarda grande, y las velas que puso el ESPOSO para la salud y defensa suya por todo aquel camino y desierto. Y lo de la litera que Salomón hizo, y la pintura de sus riquezas y obra, es imagen de la obra del arca y del santuario, que en aquel mismo lugar y camino ordenó para regalo de aquesta su Esposa.

Y cuando luégo por todo el capítulo cuarto dice de ella su ESPOSO encarecidos loores, cantando una por una todas sus figuras y partes; en la manera del loor, y en la cualidad de las comparaciones que usa, bien se deja entender, que el que allí habla, aquello de que habla, lo concebía como una grande muchedumbre de ejército asentado en su real, y levantadas sus tiendas, y divididas en sus estanzas por órden, en la manera como seguía su viaje entonces el pueblo desposado con Dios. Porque como en el libro de los Números vemos, el asiento del real de aquel pueblo, cuando peregrinó en el desierto, estaba repartido en cuatro cuarteles de aquesta manera. En la delantera tenían sus tiendas y asientos los de la tribu de Judá, con los de Isacar, y Zabulón á sus lados. A la mano derecha tenían su cuartel los de Ruben, con los de Simeón, y de Gad juntamente. A la izquierda moraban con los de Dan, los de Aser, y Neftalim. Lo postrero ocupaban Efraim con las tribus de Benjamin, y de Manasés. Y en medio de este cuadrado estaba fijado el tabernáculo del testimonio, y al derredor de él por todas sus partes tenían sus tiendas los Levitas y Sacerdotes, y conforme á esta orden de asiento seguían su camino cuando levantaban real. Porque lo primero de todo iba la columna que les era su guía. En pos de ella seguían sus bande-

ras tendidas Judá con sus compañeros. A estos sucedían luégo los que pertenecían el cuartel de Ruben. Luégo iba el tabernáculo con todas sus partes, las cuales llevaban repartidas entre sí los Levitas. Efraim y los suyos iban después. Y los de Dan iban en la retaguarda de todos.

Pues teniendo como delante los ojos el ESPOSO esta orden, y como deleitándose en contemplar esta imágen, en el lugar que digo la va loando, como si loara en una persona sola y hermosa sus miembros. Porque dice, que *sus ojos*, que eran la nube y el fuego que les servían de guía, *eran como de paloma*. Y *sus cabellos*, que es lo que se descubre primero, y el cuartel de los que iban delante, *como hatos de cabras*. Y *sus dientes*, que son Gad y Ruben, *como manadas de ovejas*. Y *sus labios y habla*, que eran los Levitas y Sacerdotes, por quien Dios les hablaba, *como hilo de carmesí*. Y por la misma manera llama *mejillas* á los de Efrain, y á los de Dan *cuello*. Y á los unos y á los otros los alaba con hermosos apodos. Y á la postre dice maravillas de sus dos pechos, esto es, de Moisén y Aarón, que eran como el sustento de ellos, y como los caminos por donde venía á aquel pueblo, lo que los mantenía en vida y en bien. Y porque el paradero de este viaje era, el llegar á la tierra que les estaba guardada, y el alcanzar la posesión pacífica de ella; por eso en habiendo alabado la órden hermosa que guardaban en su real y camino, llégalos á la fin del camino, y mételos como de la mano en sus casas y tierras. Y por esto le dice: *Ven del Líbano*, amiga mia, *Esposa mia*, *ven del Líbano*, *ven*, *y serás coronada de la cumbre de Amana*, *y de la altura de Sanir*, *y de Hermón*, *de las cuevas de los leones*, *de los montes de las onzas*, que es como una descripción de la región de Judea. En la cual región, después que de ella se apoderó Dios y su pueblo, creció y fructificó por muchos siglos con grandes acrecentamientos de santidad y virtudes la Iglesia. Por donde el ESPOSO luégo que puso á la Esposa en la posesión de esta tierra, contemplando los muchos frutos de religión que en ella produjo, para darlo á entender, le dice que es huerto, y le dice que es fuente, y de lo uno y de lo otro dice en esta manera: *Huerto cercado*, *hermana mia Esposa*, *huerto cercado*, *fuente sellada*. *Tus plantas vergeles son de granados*, *y de lindos frutales*; *el cipro*, *y el nardo*, *y la canela*, *y el cinamomo con to-*

dos los árboles del Líbano, la mirra, y el sándalo, con los demás árboles del incienso.

Y finalmente diciendo y respondiéndose á veces, concluyen todo lo que á la segunda edad pertenece. Y concluido, luégo se comienza el cuento de lo que en esta tercera de gracia pasa entre Cristo y su Esposa. Y comienza diciendo: *Voz de mi amado que llama: Abreme, hermana mia, amiga mia, paloma mia, que mi cabeza llena está de rocío, y las mis guedejas con las gotas de la noche.* Que por cuanto Cristo en el principio de esta edad que decimos, nació cubierto de nuestra carne, y vino ansí á descubrirse visiblemente á su Esposa, vestido de su librea de ella, y sujeto, como ella lo es, á los trabajos y á las malas noches que en la oscuridad de esta vida se pasan, por eso dice que viene maltratado de la noche, y calado del agua y del rocío. Lo cual hasta aquel punto nunca de sí dijo el ESPOSO, ni menos dijo otra cosa que se pareciese á ello, ó que tuviese significación de lo mismo. Pues ruégale que le abra la puerta, porque sabía la dificultad con que aquel pueblo donde nació, y donde en aquel tiempo se sustentaba aqueste nombre de Esposa, le había de recibir en su casa. Y esta dificultad y mal acogimiento es lo que luégo incontinente se sigue: *Desnudéme la mi camisa, cómo tornaré á vestírmela? lavé los mis piés, cómo los ensuciaré?* Y ansi mal recibido se pasa adelante á buscar otra gente.

Y porque algunos de los de aquel pueblo, aunque los ménos de ellos, le recibieron, por eso dice, que al fin salió la Esposa en su busca. Y porque los que le recibieron, padecieron por la confesión y predicación de su fe muchos y muy luengos trabajos, por eso dice, que lo rodeó todo buscándole, y que no le halló, y que la hallaron á ella las guardas que hacían la ronda, y que la despojaron, y que la hirieron con golpes. Y las voces que da llamando á su ESPOSO escondido, y las gentes que movidas de sus voces acuden á ella, y le preguntan qué busca, y por quién vocea con ansia tan grande, no es otra cosa sino la predicación de Cristo, que ardiendo en su amor, hicieron por toda la gentilidad los apóstoles: y los que se allegan á la Esposa, y los que le ofrecen su ayuda y compañía para buscar al que ama, son los mismos gentiles, todos aquellos que abriendo los oidos del alma á la voz del santo

Evangelio, y dando asiento á las palabras de salud en su corazón, se juntaron con fe viva á la Esposa, y se encendieron con ella en un mismo amor y deseo de ir en seguimiento de Cristo. Y como llegaba ya la Iglesia á su debido vigor, y estaba, como si dijésemos, en la flor de su edad, y había conforme á la edad crecido en conocimiento, y el ESPOSO mismo se le había manifestado hecho hombre; da señas de él allí la Esposa, y hace pintura de sus facciones todas, lo que nunca antes hizo en ninguna parte del libro. Porque el conocimiento pasado, en comparación de la luz presente, y lo que supo de su ESPOSO la Iglesia en la naturaleza y la ley, puesto con lo que agora sabe y conoce, fué como una niebla cerrada, y como una sombra oscurísima.

Pues como es agora su amor de la Esposa y su conocimiento mayor que antes, ansí ella en esta tercera parte está más aventajada que nunca en todo género de espiritual hermosura; y no está como estaba antes encogida en un pueblo solo, sino extendida por todas las naciones del mundo. En significación de lo cual el ESPOSO en esta parte, lo que no había hecho en las partes primeras, la compara á ciudades, y dice, que es semejante á un grande y bien ordenado escuadrón, y repite todo lo que había dicho antes loándola, y añade sobre lo dicho otros nuevos y más soberanos loores. Y no solamente Él la alaba, sino también como á cosa ya hecha pública por todas las gentes, y puesta en los ojos de todas ellas, alábanla con el ESPOSO otros muchos. Y la que antes de agora no era alabada, sino desde la cabeza hasta el cuello, es loada agora de la cabeza á los piés, y aun de los piés es loada primero, porque lo humilde es lo más alto en la Iglesia. Y la que antes de agora no tenía hermana, porque estaba, como he dicho, sola en un pueblo; agora ya tiene hermana, y casa, y solicitud y cuidado de ella, extendiéndose por innumerables naciones. Y ama ya á su bien, y es amada de Él por diferente y más subida manera: que no se contenta con verle y abrazarle á sus solas, como antes hacía, sino en público y en los ojos de todos, y sin mirar en respetos y en puntos, como trae una mozuela á su niño y hermano en los brazos, y como se abalanza á él, á do quier que le ve, desea traerle ella ansí siempre, y públicamente anudado con su corazón, como de

hecho le trae en la Iglesia todo lo que merece perfectamente aqueste nombre de Esposa. Que es lo que da á entender cuando dice: *Quién te me diese como hermano, mamante pechos de mi madre? Hallaríate fuera, y besaríate, y cierto no me desprecia-rían á mí. Asiré de ti, y te llevaré á casa de la mi madre, y tú me avezarás, y yo te regalaré.*

Y porque llegando aquí ha venido á todo lo que en razón de Esposa puede llegar, no le queda sino que desee y que pida la venida de su Esposo á las bodas, y el día feliz en que se celebrará aqueste matrimonio dichoso. Y ansí lo pide finalmente diciendo: *Huye, amado mio, y aseméjate á la cabra, y al cervatico sobre los montes.* Porque el huir, es venir apriesa y volando; y el venir sobre los montes, es hacer que el sol, que sobre ellos amanece, nos descubra aquel dia. Del cual día, y de su luz, á quien nunca sucede noche, y de sus fiestas que no tendrán fin, y del aparato soberano del tálamo, y de los ricos arreos con que saldrán en público el novio y novia, dice San Juan en el Apocalipsi cosas maravillosas, que no quiero yo agora decir, ni si va á decir verdad, puedo decirlas, porque las fuerzas me faltan. Y valga por todo lo que David acerca de esto dice en el Salmo cuarenta y cuatro, que es propio y verdadero cantar de estas bodas, y cantar adonde el Espíritu santo habla con los dos novios por divina y elegante manera. Y dígalo Sabino por mí, pues yo no puedo ya, y el decirlo le toca á él. Y con esto Marcelo acabó, y Sabino dijo luégo:

Un rico y soberano pensamiento
me bulle dentro el pecho.
A Ti, divino Rey, mi entendimiento
dedico, y cuanto he hecho
á Ti yo lo enderezo: y celebrando
mi lengua tu grandeza,
irá como escribano volteando
la pluma con presteza.
Traspasas en beldad á los nacidos,
en gracia estás bañado:
que Dios en Ti á sus bienes escogidos
eterno asiento ha dado.
Sus ciñe ya tu espada, poderoso,
tu prez y hermosura,

tu prez, y sobre carro glorioso
con próspera ventura.
Ceñido de verdad y de clemencia
y de bien soberano,
con hechos hazañosos su potencia
dirá tu diestra mano.
Los pechos enemigos tus saetas
traspasen herboladas:
y besen tus pisadas las sujetas
naciones derrocadas.
Y durará, Señor, tu trono erguido
por más de mil edades,
y de tu reino el cetro esclarecido
cercado de igualdades.
Prosigues con amor lo justo y bueno:
lo malo es tu enemigo.
Y ansí te colmó, oh Dios, tu Dios el seno
más que á ningún tu amigo.
Las ropas de tu fiesta producidas
de los ricos marfiles,
despiden en Ti puestas descogidas
olores mil gentiles.
Son ámbar, y son mirra, y son preciosa
algalia sus olores.
Rodéate de infantas copia hermosa
ardiendo en tus amores.
Y la querida Reina está á tu lado
vestida de oro fino.
Pues, oh tú, ilustre hija, pon cuidado,
atiende de contino,
atiende y mira, y oye lo que digo:
si amas tu grandeza,
olvidarás de hoy más tu pueblo amigo,
y tu naturaleza.
Que el Rey por Ti se abrasa, y Tu le adora,
que Él sólo es señor tuyo,
y tú también por Él serás señora
de todo el gran bien suyo.
El Tiro, y los más ricos mercaderes
delante ti humillados
te ofrecen, desplegando sus haberes,
los dones más preciados.
Y anidará en ti toda la hermosura,
y vestirás tesoro:
y al Rey serás llevada en vestidura
y en recamados de oro.

Y juntamente al Rey serán llevadas
contigo otras doncellas:
irán siguiendo todas tus pisadas.
y tú delante de ellas.
Y con divina fiesta y regocijos
te llevarán al lecho,
Do en vez de tus abuelo tendrás hijos
de claro y alto hecho:
A quien del mundo todo repartido
darás el cetro y mando.
Mi canto por los siglos extendido
tu nombre irá ensalzando:
celebrarán tu gloria eternamente
toda nación y gente.

Y dicho esto, y ya muy noche, los tres se volvieron á su lugar.

DEL MAESTRO
FR. LUIS DE LEON,
EL LIBRO TERCERO
DE LOS NOMBRES DE CRISTO.

Á DON PEDRO PORTOCARRERO DEL CONSEJO DE S. M. Y DEL DE LA SANTA Y GENERAL INQUISICION.

INTRODUCCIÓN.

Se da solución á algunos reparos que se hicieron sobre esta obra, y vuelve á introducir el diálogo para proseguirla.

De los dos Libros pasados que publiqué para probar en ellos lo que se juzgaba de aqueste escribir, he entendido, MUY ILUSTRE SEÑOR, que algunos han hablado mucho, y por diferente manera. Porque unos se maravillan, que un teólogo, de quien, como ellos dicen, esperaban algunos grandes tratados llenos de profundas cuestiones, haya salido á la fin con un libro en romance. Otros dicen, que no eran para romance las cosas que se tratan en estos libros, porque no son capaces de ellas todos los que entienden romance. Y otros hay que no los han querido leer, porque están en su lengua: y dicen, que si estuvieran en latín los leyeran. Y de aquellos que los leen hay algunos que hallan novedad en mi estilo; y otros que no quisieran diálogos; y otros que quisieran capítulos, y que finalmente se llegaran más á la manera de hablar vulgar y ordinaria de todos, porque fueran para todas más tratables y más comunes. Y porque juntamente con estos libros publiqué una declaración del capítulo último de los Proverbios, que intitulé: *La Perfecta Casada*, no ha faltado quien diga, que

no era de mi persona ni de mi profesión decirles á las mujeres casadas lo que deben hacer. A los cuales todos responderé, si son amigos, para que se desengañen, y si no lo son, para que no se contenten; á los unos porque es justo satisfacerlos, y á los otros porque gusten menos de no estar satisfechos; á aquellos para que sepan lo que han de decir, á estos, para que conozcan lo poco que nos dañan sus dichos. Porque los que esperaban mayores cosas de mí, si las esperaban porque me estiman en algo, yo les soy muy deudor; mas si porque tienen en poco aquestas que he escrito, no crean ni piensen, que en la teología que llaman, se tratan ningunas, ni mayores que las que tratamos aquí, ni más dificultosas, ni menos sabidas, ni más dignas de serlo. Y es engaño común tener por fácil y de poca estima todo lo que se escribe en romance, que ha nacido, ó de lo mal que usamos de nuestra lengua, no la empleando sino en cosas sin ser, ó de lo poco que entendemos de ella, creyendo que no es capaz de lo que es de importancia: que lo uno es vicio, y lo otro engaño, y todo ello falta nuestra, y no de la lengua, ni de los que se esfuerzan á poner en ella todo lo grave y precioso que en alguna de las otras se halla.

Ansí que no piensen, porque ven romance, que es de poca estima lo que se dice; mas al revès, viendo lo que se dice, juzguen que puede ser de mucha estima lo que se escribe en romance, y no desprecien por la lengua las cosas, sino por ellas estimen la lengua; si acaso las vieron, porque es muy de creer, que los que esto dicen, no las han visto ni leido. Más noticias tienen de ellas, y mejor juicio hacen los segundos, que las quisieran ver en latín: aunque no tienen más razón que los primeros, en lo que piden y quieren. Porque pregunto, porque las quieren más en latin? No dirán que por entenderlas mejor, ni hará tan del latino ninguno, que profese entenderlo más que á su lengua: ni es justo decir, que porque fueran entendidas de menos, por eso no las quisieran ver en romance: porque es envidia no querer que el bien sea común á todos, y tanto más fea, cuanto el bien es mejor.

Mas dirán, que no lo dicen sino por las cosas mismas, que siendo tan graves, piden lengua que no sea vulgar, para que la gravedad del decir se conforme con la gravedad de las co-

sas. A lo cual se responde, que una cosa es la forma del decir, y otra la lengua en que lo que se escribe se dice. En la forma del decir, la razón pide, que las palabras y las cosas que se dicen por ellas, sean conformes, y que lo humilde se diga con llaneza, y lo grande con estilo más levantado, y lo grave con palabras y con figuras cuales convienen: mas en lo que toca á la lengua, no hay diferencia, ni son unas lenguas para decir unas cosas, sino en todas hay lugar para todas. Y esto mismo de que tratamos, no se escribiera como debía, por solo escribirse en latín, si se escribiera vilmente: que las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como á la gravedad le conviene, ó sean españolas ó sean francesas. Que si porque á nuestra lengua la llamamos vulgar, se imaginan que no podemos escribir en ella sino vulgar y bajamente, es grandísimo error: que Platón escribió no vulgarmente, ni cosas vulgares en su lengua vulgar. Y no menores, ni ménos levantadamente las escribió Cicerón en la lengua que era vulgar en su tiempo. Y por decir lo que es más vecino á mi hecho, los santos Basilio, y Crisóstomo, y Gregorio Nacianceno, y Cirilo, con toda la antigüedad de los griegos, en su lengua materna griega, que cuando ellos vivían la mamaban con la leche los niños, y la hablaban en la plaza las vendedoras, escribieron los misterios mas divinos de nuestra fe, y no dudaron de poner en su lengua lo que sabían que no había de ser entendido por muchos de los que entendían la lengua. Que es otra razón en que estriban los que nos contradicen, diciendo, que no son para todos los que saben romance estas cosas que yo escribo en romance. Como si todos los que saben latín, cuando yo las escribiera en latín, se pudieran hacer capaces de ellas; ó como si todo lo que se escribe en castellano, fuese entendido de todos los que saben castellano, y lo leen. Porque cierto es que en nuestra lengua, aunque poco cultivada por nuestra culpa, hay todavía cosas bien ó mal escritas, que pertenecen al conocimiento de diversas artes, que los que no tienen noticia de ellas, aunque las lean en romance no las entienden.

Mas á los que dicen, que no leen aquestos mis libros por estar en romance, y que en latín los leyeran, se les responde, que les debe poco su lengua, pues por ella aborrecen, lo

que si estuviera en otra tuvieran por bueno. Y no sé yo de dónde les nace el estar con ella tan mal, que ni ella lo merece, ni ellos saben tanto de la latina, que no sepan más de la suya, por poco que de ella sepan, como de hecho saben de ella poquísimo muchos. Y de estos son los que dicen, que no hablo en romance, porque no hablo desatadamente y sin orden, y porque pongo en las palabras concierto, y las escojo, y les doy su lugar. Porque piensan que hablar romance, es hablar como se habla en el vulgo: y no conocen que el bien hablar no es común, sino negocio de párticular juicio, ansí en lo que se dice, como en la manera como se dice. Y negocio, que de las palabras que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y aun cuenta á veces las letras, y las pesa, y las mide, y las compone para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura. Y si dicen, que no es estilo para los humildes y simples, entiendan que ansí como los simples tienen su gusto, ansí los sabios, y los graves, y los naturalmente compuestos no se aplican bien á lo que se escribe mal y sin orden: y confiesen, que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesta lo es.

Y si acaso dijeren, que es novedad; yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas; sino para que los que las tienen, se animen á tratar de aquí adelante su lengua, como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas: y para que la igualen en esta parte que le falta, con las lenguas mejores, á las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes. Y por el mismo fin quise escribir en diálogo, siguiendo en ello el ejemplo de los escritores antiguos, ansí sagrados como profanos, que mas grave y elocuentemente escribieron. Resta decir algo á los que dicen, que no fué de mi cualidad, ni de mi hábito el escribir del oficio de la Casada; que no lo dijeran si consideraran primero, que es oficio del sabio, ántes que hable mirar bien lo que dice. Porque pudieran fácilmente

advertir, que el Espíritu Santo no tiene por ajeno de su autoridad escribirles á los casados su oficio, y que yo en aquel libro lo que hago solamente es, poner las mismas palabras que Dios escribe, y declarar lo que por ellas les dice: que es propio oficio mio, á quien por título particular incumbe el declarar la Escritura. Demás de que del teólogo y del filosófo es decir á cada estado de personas las obligaciones que tienen. Y si no es del fraile encargarse del gobierno de las casas ajenas, poniendo en ello sus manos, como no lo es sin duda ninguna; es propio del fraile sabio, y del que enseña las leyes de Dios, con la especulación traer á luz lo que debe cada uno hacer, y decírselo; que es lo que yo allí hago, y lo que hicieron muchos sabios y santos. Cuyo ejemplo, que he tenido por blanco, ansí en esto como en lo demás que me oponen, puede conmigo más para seguir le comenzado, que para retraerme de ello aquestas imaginaciones y dichos: que demás de ser vanos, son de pocos, y cuando fueran de muchos, el juicio solo de V. Merced y su aprobación, es de muy mayor peso que todos. Con el cual alentado, con buen ánimo proseguiré lo que resta, que es lo que los de Marcelo hicieron y platicaron después, que fué lo que agora se sigue.

El dia que sucedió, en que la Iglesia hace fiesta particular al apóstol San Pablo, levantándose Sabino más temprano de lo acostumbrado, al romper del alba salió á la huerta, y de allí al campo, que está á la mano derecha de ella, hácia el camino que va á la ciudad. Por donde habiendo andado un poco rezando, vió á Juliano que descendía para él de la cumbre de la cuesta, que, como dicho he, sube junto á la casa. Y maravillándose de ello, y saliéndole al encuentro le dijo: —No he sido yo el que hoy ha madrugado, que, según me parece, vos, Juliano, os habéis adelantado mucho más, y no sé por qué causa.—Como el exceso en las cenas suele quitar el sueño, respondió Juliano, ansí, Sabino, no he podido reposar esta noche, lleno de las cosas que oimos ayer á Marcelo, que demás de haber sido muchas, fueron tan altas, que mi entendimiento, por apoderarse de ellas, apenas ha cerrado los ojos. Ansí que verdad es, que os he ganado por la mano hoy, porque mucho antes que amaneciese ando por estas cuestas. —Pues por qué por las cuestas? replicó Sabino: no fuera

mejor por la ribera del rio en tan calurosa noche? — Parece, respondió Juliano, que nuestro cuerpo naturalmente sigue el movimiento del sol, que á esta hora se encumbra, y á la tarde se derrueca en la mar. Y ansí es más natural el subir á los altos por las mañanas, que el descender á los rios, á que la tarde es mejor.

—Según eso, respondió Sabino, yo no tengo que ver con el sol, que derecho me iba al rio, si no os viera.—Debeis, dijo Juliano, de tener que ver con los peces.—Ayer, dice Sabino, decía yo que era pájaro. —Los pájaros y los peces, respondió Juliano, son de un mismo linaje, y ansi viene bien. — Cómo de un linaje mismo? dijo Sabino. — Porque Moysén (Genes. cap. 1, v. 22.) dice, respondió Juliano, que crió Dios en el quinto dia del agua las aves y los peces. — Verdad es que lo dice, dijo Sabino; mas bien disimulan el parentesco, según se parecen poco. — Antes se parecen mucho, respondió Juliano entonces, porque el nadar es como el volar, y como el vuelo corta el aire, ansí el que nada hiende por el agua; y las aves y los peces por la mayor parte nacen de huevos. Y si miráis bien, las escamas en los peces son como las plumas en las aves, y los peces tienen también sus alas, y con ellas y con la cola se gobiernan cuando nadan, como las aves cuando vuelan lo hacen. — Mas las aves, dijo riendo Sabino, son por la mayor parte cantoras y parleras, y los peces todos son mudos. — Ordenó Dios esa diferencia, respondió Juliano, en cosas de un mismo linaje, para que entendamos los hombres, que si podemos hablar, debemos también poder y saber callar. Y que conviene, que unos mismos seamos aves y peces, mudos y elocuentes, conforme á lo que el tiempo pidiere.—El de ayer á lo menos, dijo Sabino, no sé si pedía, siendo tan caluroso, que se hablase tanto, mas yo que lo pedí, sé que deseo algo más. — Más? dice, y qué hubo en aquel argumento que Marcelo no lo dijese? — En lo que se propuso, dijo Sabino, á mi parecer habló Marcelo, como ninguno de los que yo he visto hablar: y aunque le conozco, como sabéis, y sé cuánto se adelanta en ingenio, cuando le pedí que hablase, nunca esperé que hablara en la forma, y con la grandeza que habló: mas lo más que digo es, no en los Nombres de que trató, sino en uno que dejó de tratar. Porque hablando de los

Nombres de Cristo, no sé como no apuntó en su papel el nombre propio de Cristo, qne es JESUS, que de razón habíade ser, ó el principal, ó el primero. —Razón tenéis, respondió Juliano, y será justo que se cumpla esa falta, que de tal nombre aun el sonido solo deleita; y no es posible, sino que Marcelo, que en los demás anduvo tan grande, tiene acerca de este nombre recogidas y advertidas muchas grandezas.

Mas qué medio tendrémos? que parece no buen comedimiento pedírselo, que estará muy cansado, y con razón. —El medio está en vuestra mano, Juliano, dijo Sabino luégo.—Cómo en mi mano? respondió.—Con hacer vos, dijo Sabino, lo que no os parece justo que se pida á Marcelo: que estas cuestas, y esta vuestra madrugada tan grande no son en balde sin duda.—La causa fué, respondió Juliano, la que dije; y el fruto, el asentar en el entendimiento y en la memoria lo que oí con vos juntamente: y si fuera de ello he pensado en otra cosa, no toca á ese nombre, que nunca advertí hasta agora en el olvido que de él se tuvo ayer. Mas atrevámonos, Sabino, á Marcelo, que, como dicen, á los osados la fortuna.—En buen hora, dijo Sabino. Y con esta determinación ambos se volviéron á la huerta, y en la casa supieron que no se había levantado Marcelo, y entendiendo que reposaba, y no le queriendo desasosegar, se tornaron á la huerta, paseándose por ella un buen espacio de tiempo, hasta que viendo que Marcelo no salía, y que el sol iba bien alto, Sabino con algún recelo de la salud de Marcelo, fué á su aposento, y Juliano con él. Adonde entrados le hallaron que estaba en la cama, y preguntándole, si se detenía en ella por alguna mala disposición que sintiese, y respondiéndoles él, que solamente se sentia un poco cansado, y que en lo demás estaba bueno, Sabino añadió: Mucho me pesara, Marcelo, que no fuera ansí por tres cosas: por vos principalmente, y después por mí que os había dado ocasión, y la postrera, porque se nos desbarataba un concierto.—Aquí Marcelo sonriéndose un poco dijo: Qué concierto, Sabino? habéis por caso hallado hoy otro papel?—No otro, dijo Sabino, mas en el de ayer he hallado que culparle, que entre los nombres que puso, olvidó el de JESUS, que es el propio de Cristo, y ansí es vuestro el suplir por él. Y habemos concertado Juliano y yo, que sea hoy, por hacer con ello, en este

día suyo, fiesta á San Pablo: que sabéis cuán devoto fué de este nombre, y las veces que en sus escritos le puso, hermoseándolos con él, como se hermosea el oro con los esmaltes y con las perlas.—Bueno es, respondió Marcelo, hacer concierto sin la parte. Ese santo nombre dejóle el papel, no por olvido, sino por lo mucho que han escrito de él algunas personas. Mas si os agrada que se diga, á mi no me desagradará oir lo que Juliano acerca de él nos dijere, ni me parece mal el respeto de San Pablo, y de su día, que, Sabino, decís.—Ya eso está andado, respondió al punto Sabino, y Juliano se excusa. —Bien es que se excuse hoy, dijo Marcelo, quien puso ayer su palabra y no la cumplió.

Aquí como Juliano dijese, que no la había cumplido por no hacer agravio á las cosas; y como pasasen acerca de esto algunas demandas y respuestas entre los dos, excusándose cada uno lo más que podía, dijo Sabino: Yo quiero ser juez en este pleito, si me lo consentís, y si os ofrecéis á pasar por lo que juzgare.—Yo consiento, dijo Juliano, y Marcelo dijo, que también consentía, aunque le tenía por algo sospechoso juez. Y Sabino respondió luégo: Pues porque veais, Marcelo, cuán igual soy, yo os condeno á los dos, á vos que digáis del nombre de JESUS, y á Juliano que diga de otro, ó de otros nombres de Cristo que yo le señalare, ó que él se escogiere. Riéronse mucho de esto Juliano y Marcelo, y diciendo que era fuerza obedecer al juez, asentaron, que caida la siesta, en el soto, como el dia pasado, primero Juliano, y después Marcelo dijesen. Y en lo que tocaba á Juliano, que dijese del nombre que le agradase más. Y con esto se salieron fuera del aposento Juliano y Sabino, y Marcelo se levantó. Y después de haber dado á Dios lo que el día pedía, pasaron hasta que fué hora de comer en diversas razones, las más de las cuales fueron sobre lo que había juzgado Sabino, de que se reía Marcelo mucho. Y ansí llegada la hora, y habiendo dado su refección al cuerpo con templanza, y al ánimo con alegría moderada, poco después Marcelo se recogió á su aposento á pasar la siesta, y Juliano se fué á tenerla entre los álamos que en la huerta había, estanza fresca y apacible: y Sabino, que no quiso escoger, ni lugar ni reposo, como más mozo, decía, que advirtió de Juliano, que todo el tiempo que estuvo en la

alameda, que fué más de dos horas, la pasó sin dormir, unas veces arrimado y otras paseándose, y siempre metidos los ojos en el suelo, y pensando profundísimamente. Hasta que él, pareciéndole hora, despertó al uno de su pensamiento, y al otro de su reposo; y diciéndoles que su oficio era, no solo repartirles la obra sino apresurarlos á ella, y avisarlos del tiempo; ellos con él y en el barco se pasaron al soto, y al mismo lugar del día de antes. Adonde asentados, Juliano comenzó ansí:

§. I.

Cuán propiamente se llama Cristo HIJO DE DIOS, por hallarse en Él todas las condiciones que se requieren para serlo.

Pues me toca el hablar primero, y está en mi elección lo de que tengo de hablar, paréceme tratar de un nombre que Cristo tiene, demás de los que ayer se dijeron de él, y de otros muchos que no se han dicho, y este es el nombre de HIJO, que ansí se llama Cristo por particular propiedad. Y si hablara de mi voluntad, ó no hablara delante de quien tan bien me conoce, buscara alguna manera, con que deshaciendo mi ingenio, y excusando mis faltas, y haciéndome opinión de modestia ganara vuestro favor. Mas pues esto no sirve, y vuestra atención es cual las cosas lo piden, digamos en buen punto, y con el favor que el Señor nos diere, eso mismo que Él nos ha dado á entender. Pues digo, que este nombre de HIJO se le dan á Cristo las divinas letras en muchos lugares. Y es tan común nombre suyo en ellas, que por esta causa cuasi no lo echamos de ver cuando las leemos, con ser cosa de misterio, y digna de ser advertida.

Mas entre otros en el Salmo setenta y uno, adonde debajo de nombre de Salomón refiere David, y celebra muchas de las condiciones y accidentes de Cristo, le es dado este nombre por manera encubierta y elegante. Porque donde leemos (Ps. LXXI, v. 5. 17.): *Y su nombre será eternamente bendito, y delante del sol durará siempre su nombre;* por lo que decimos *durar*, ó *perseverar*, la palabra original á quien estas responden, dice propiamente lo que en castellano no se dice con una

voz. Porque significa, el adquirir uno naciendo el ser y el nombre de hijo, ó el ser hecho y producido, y no en otra manera que hijo, por manera que dirá ansí: *Y antes que el sol, le vendrá por nacimiento el tener nombre de* HIJO. En que David no solamente declara que es HIJO Cristo, sino dice que su nombre es ser HIJO. Y no solamente dice que se llama ansí por haberle sido puesto este nombre, sino que es nombre que le viene de nacimiento, y de linaje, y de origen, ó por mejor decir, que nace en Él y con Él este nombre; y no sólo qué nace en Él agora, ó que nació con Él al tiempo que Él nació de la Virgen, sino que nació con Él, aun cuando no nacia el sol, que es decir, antes que fuese el sol, ó que fuesen los siglos. Y ciertamente San Pablo, en la epístola que escribe á los hebreos, comparando á Cristo con los ángeles, y con las demás criaturas, y diferenciándole de ellas, y aventajándole á todas, usa de este nombre de HIJO, y toma argumento de él, para mostrar, no solamente que Cristo es HIJO de Dios, sino que entre todos le es propio á Él este nombre. Porque dice de esta manera (Ad Hebr. c. I, vv. 4, 5.): *E hízole Dios tanto mayor que los ángeles, cuanto por herencia alcanzó sobre ellos nombre diferente. Porque a cuál de los ángeles dijo* (Ps. II, v. 7.): *Tú eres mi* HIJO, *Yo te engendré hoy?* En que se debe advertir, que según lo que San Pablo dice, Cristo no solamente se llama HIJO, sino, como decíamos, se llama ansí por herencia: y que es heredad suya, y como su legítima, el ser llamado HIJO entre todos. Y que con ser ansí que en la divina Escritura llama Dios á algunos hombres sus hijos, como á los judíos en Isaías cuando les dice (Isai. c. I, v. 2.): *Engendré hijos, y ensalzélos, que me despreciaron después;* y en el otro profeta que dice (Ose. c. XI, v. 1.): *Llamé á mi* HIJO *de Egipto;* y con ser también los ángeles nombrados hijos, como en el libro de Job (Job c. I, v. 6.), y en el libro de la creación (Gen. c. IV, v. 2.), y en otros muchos lugares: dice osadamente y á boca llena San Pablo, y como cosa averiguada, y en que no puede haber duda, que Dios á ninguno sino á solo Cristo le llamó HIJO suyo.

Mas veamos este secreto, y procuremos, si posible fuere, entender, por qué razón ó razones, entre tantas cosas á quien les conviene este nombre, le es propio á Cristo el ser y lla-

marse HIJO: y veamos también, qué será aquello, que dándole á Cristo este nombre, nos enseña Dios á nosotros.—Aquí Sabino, cuanto á la naturaleza divina de Cristo, dice, no parece, Juliano, gran secreto el por qué Cristo, y solo Cristo, se llama HIJO. Porque en la divinidad no hay más que uno á quien le pueda convenir este nombre.—Antes, respondió Juliano, lo oscuro, y lo hondo, y lo que no se puede alcanzar de aqueste secreto, es eso mismo, que, Sabino, decís. Conviene á saber, cómo ó por qué manera y razón la persona divina de Cristo sola ella en la divinidad es HIJO, y se llama ansí, habiendo en la divinidad la persona del Espíritu santo, que procede del Padre tambiéa, y le es semejante, no menos que el HIJO lo es. Y aunque muchos, como sabéis, se trabajan por dar de esto razón; no sé yo agora si es razón de las que los hombres no pueden alcanzar, porque á la verdad es de las cosas que la fe reserva para sí sola. Mas no turbemos la orden, sino veamos primero, qué es ser Hijo, y sus condiciones cuáles son, y qué cosas se le consiguen como anejas y propias; y veremos luégo, cómo se halla esto en Cristo, y las razones que hay en Él, para que sea llamado HIJO á boca llena entre todos.

Y cuanto á lo primero, hijo, como sabéis, llamamos, no lo que es hecho de otro como quiera, sino lo que nace de la sustancia de otro, semejante en la naturaleza al mismo de quien nace; y semejante ansí, que el mismo nacer le hace semejante, y le pinta, como si dijésemos, de los colores y figuras del padre, y pasa en él sus condiciones naturales. Por manera que el mismo ser engendrado, sea recibir un ser, no como quiera, sino un ser retratado, y hecho á la imagen de otro. Y como en el arte el pintor que retrata, en el hacer del retrato mira al original, y por la obra del arte pasa sus figuras en la imagen que hace; y no es otra cosa el hacer la imagen, sino el pasar en ella las figuras originales, que se pasan á ella por esa misma obra con que se forma y se pinta: ansí en lo natural el engendrar de los hijos, es hacer unos retratos vivos, que en la sustancia de quien los engendra, su virtud secreta, como en materia, ó como en tabla dispuesta, los va figurando semejantes á su principio. Y eso es el hacerlos, el figurarlos, y el asemejarlos á sí. Mas como entre las cosas que

son, haya unas de vida limitada, y otras que permanecen sin fin; en las primeras ordenó la naturaleza que engendrasen y tuviesen hijos, para que en ellos, como en retratos suyos, y del todo semejantes á ellos, lo corto de su vida se extendiese, y lo limitado pasase adelante, y se perpetuasen en ellos, los que son perecederos en sí: mas en las segundas, cuando los tienen, ó las que de ellas los tienen, el tenerlos, y el engendrarlos, no se encamina á que viva el que es padre en el hijo, sino á que se demuestre en él, y parezca, y salga á luz, y se vea. Como en el sol lo podemos ver, cuyo fruto, ó si lo habemos de decir ansí, cuyo hijo es el rayo que de él sale, que es de su misma cualidad y sustancia, y tan lucido y tan eficaz como él. En el cual rayo no vive el sol, después de haber muerto, ni se le dió, ni le produce él, para fin de que quedase otro sol en él, cuando el sol pereciese, porque el sol no perece: mas si no se perpetúa en él, luce en él, y resplandece, y se nos viene á los ojos. Y ansí le produce, no para vivir en él, sino para mostrarse en él, y para que comunicándole toda su luz, veamos en el rayo, quién es el sol. Y no solamente le veamos en el rayo, mas también le gocemos, y seamos partícioneros de todas sus virtudes y bienes. Por manera que el HIJO es como un retrato vivo del Padre, retratado por él en su misma sustancia, hecho en las cosas que son eternas y perpetuas, para fin de que el Padre salga á fuera en el HIJO, y aparezca, y se comunique.

Y ansí para que uno se diga y sea hijo de otro, conviene lo primero, que sea de su misma sustancia; lo segundo, que le sea en ella igual y semejante del todo; lo tercero, que el mismo nacer le haya hecho ansí semejante; lo cuarto, que ó sustituya por su padre cuando faltare él, ó si durare siempre, le represente siempre en sí, y le haga manifiesto, y le comunique con todos. A lo cual se consigue, que ha de ser una voluntad, y un mismo querer el del Padre y del HIJO: que su estudio de él, y todo su oficio ha de ser emplearse en lo que es agradable á su Padre; que no ha de hacer sino lo que su Padre hace (porque si es diferente, ya no le es semejante, y por el mismo caso en aquello no es HIJO); que siempre mire á Él, como á su dechado, no solo para figurarse de El, sino para volverle con amor, lo que recibió con deleite, y para en-

lazarse en un querer puro, y ardiente, y recíproco el HIJO y el Padre. Pues siendo esto ansí, y en la forma que dicho habemos, como de hecho lo es, claramente se ve la razón por qué Cristo entre todas las cosas es llamado HIJO de Dios á boca llena. Pues es manifiesto que concurren en Él todas las propiedades de HIJO que he dicho, y que en ninguno otro concurren. Porque lo primero, Él solo según la parte divina que en sí contiene, nace de la sustancia de Dios, semejante por igualdad á aquel de quien nace, y semejante, porque el mismo nacer y la misma forma y manera como nace de Dios, le asemeja á Dios, y le figura como Él tan perfecta y acabadamente, que le hace una misma cosa con Él. Como Él mismo lo dice (Joan. c. x, v. 30.): *Yo y el Padre somos una cosa:* de que dirémos después más copiosamente.

Pues según la otra parte nuestra que en sí tiene, ya que no es de la sustancia de Dios, mas como Marcelo ayer decía, parécese mucho á Dios, y es cuasi otro él por razón de los infinitos tesoros de celestiales y divinísimos bienes que Dios en ella puso. Por donde El mismo decía (Joan. c. XIV, v. 9.): *Philipe, quien á mí me ve, á mi Padre ve.* Demás de esto, el fin para que las cosas eternas, si tienen HIJO, le tienen, que es, para hacerse manifiestas en él, y como si dijésemos, para resplandecer por él en la vista de todos; Cristo solo es el que lo puede poner por obra, y el que de hecho lo pone. Porque El solo nos ha dado á conocer á su Padre, no solamente poniendo su noticia verdadera en nuestros entendimientos, sino también metiendo y asentando en nuestras almas con suma eficacia sus condiciones de Dios, y sus mañas, y su estilo, y virtudes. Según la naturaleza divina hace este oficio, y según que es hombre, sirvió y sirve en este ministerio á su Padre: que en ambas naturalezas es voz que le manifiesta, y rayo de luz que le descubre, y testimonio que le saca á luz, é imagen y retrato, que nos le pone en los ojos.

En cuanto Dios, escribe San Pablo (Ad Hebr. c. I, v. 3.) de Él, que *es resplandor de gloria, y figura de su Padre, y de su sustancia.* En cuanto hombre, dice Él mismo de sí (Joan. c. XVIII, v. 37.): *Yo para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad.* Y en otra parte también (Joan. c. XVII. v. 6.): *Padre, manifesté á los hombres tu nombre.* Y conforme á esto

es lo que San Juan escribe de Él (Joan. c. I, v. 18.): *Al Padre nadie le vió jamás, el Unigénito, que está en su seno, ese es el que nos dió nuevas de Él.* Y como Cristo es HIJO de Dios solo, y singular en lo que habemos dicho hasta agora; ansí mismo lo es en lo que se resta y se sigue. Porque Él solo, según ambas naturalezas, es de una voluntad y querer con El mismo. ¿No dice Él de sí (Joan. c. IV, v. 34.): *Mi mantenimiento es el hacer la voluntad de mi Padre?* Y David de Él en el Salmo (Ps. XXXIX, v. 9.): *En la cabeza del libro está escrito de mí, que hago tu voluntad, y que tu ley reside en medio de mis entrañas.* Y en el huerto, combatido de todas partes, qué dice? (Matth. c. XXVI, v. 42.) *No lo que me pide el deseo, sino lo que Tú quieres, eso, Señor, se haga.* Y por la misma manera siempre hace, y siempre hizo solamente aquello que vió hacer á su Padre. *No puede el* HIJO, dice (Joan. c. V, v. 19.), *hacer de sí mismo ninguna cosa más de lo que ve que su Padre hace.* Y en otra parte (Joan. c. VII, v. 16.): *Mi doctrina no es mi doctrina, sino de aquel que me envía.* Su Padre reposa en Él con un agradable descanso, y Él se retorna todo á su Padre con una increible dulzura, y van y vienen del uno al otro llamas de amor ardientes y deleitosas. Dice el Padre (Matth. c. III, v. 17.): *Este es mi querido* HIJO, *en quien me satisfago y descanso.* Dice el HIJO (Joan. c. XVII, v. 4.): *Padre, yo te he manifestado sobre la tierra, ca perfeccionado he la obra que me encomendaste que hiciese.*

Y si el amor es obrar, y si en la obediencia del que ama á quien ama, se hace cierta prueba de la verdad del amor; cuánto amó á su Padre, quien ansí le obedeció como Cristo? *Obedecióle*, dice, (Ad Philip. c. II, v. 8.) *hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz:* que es decir, no solamente que murió por obedecer, sino que por servir á la obediencia, el que es fuente de vida, dió en sí entrada á la muerte; y halló manera para morir, el que morir no podía; y que se hizo hombre mortal, siendo Dios, y que siendo hombre libre de toda culpa, y por la misma razón ajeno de la pena de la muerte, se vistió de todos nuestros pecados, para padecer muerte por ellos; que puso en cárcel su valor y poder, para que le pudiesen prender sus contrarios; que se desamparó, si se puede decir, á sí mismo, para que la muerte cortase el lazo que anudaba su

vida. Y porque ni podía morir Dios, ni al hombre se le debía muerte sino en pena de culpa, ni el alma que vivía de la vista de Dios, según consecuencia natural, podía no dar vida á su cuerpo; se hizo hombre, se cargó de las culpas del hombre, puso estanco á su gloria para que no pasase los límites de su alma, ni se derramase á su cuerpo exentándole de la muerte, hizo maravillosos ingenios, solo para sujetarse al morir, y todo por obedecer á su Padre. Del cual Él solo con justísima razón es llamado HIJO entre todas las cosas, porque Él solo le iguala, y le demuestra, y le hace conocido é ilustre, y le ama, y le remeda, y le sigue, y le respeta, y le complace, y obedece tan enteramente, cuanto es justo que el Padre sea obedecido y amado. Aquesto queda dicho en común, mas descendamos agora á otras más particulares razones.

Tiene nombre de HIJO Cristo, porque el hijo nace, y porque le es á Cristo tan propio, y como si dijésemos, tan de su gusto el nacer, que solo Él nace por cinco diferentes maneras, todas maravillosas y singulares. Nace según la divinidad eternamente del Padre. Nació de la Madre virgen según la naturaleza humana temporalmente. El resucitar después de muerto á nueva y gloriosa vida para más no morir, fué otro nacer. Nace en cierta manera en la hostia, cuantas veces en el altar los sacerdotes consagran aquel pan en su cuerpo. Y últimamente nace y crece en nosotros mismos, siempre que nos santifica y renueva. Y digamos por su órden de cada uno de estos nacimientos por sí.—Gran tela, dijo al punto Sabino, me parece, Juliano, que urdis, y si no me engaño, maravillosas cosas se nos aparejan.—Maravillosas son sin duda las que se encierran en lo que agora propuse, respondió Juliano, mas quién las podrá sacar todas á luz? Y en caso que alguno pueda, conocido tenéis, Sabino, que yo no seré. De la grandeza de Marcelo, si fuérales buen juez, era propiamente aqueste argumento.—Dejad, dijo Sabino, á Marcelo agora, que ayer le cansamos, y hoy se cansará. Y vos no sois tan pobre de lo que Marcelo con tanta ventaja tiene, que os sea necesaria su ayuda.—Marcelo entonces dijo sonriéndose: Hoy el mandar es de Sabino, y nuestro el obedecer: seguid, Juliano, su voluntad, que el descanso que me ordena á mí, le recibo, no tanto en callar yo, como en oiros á vos.—Yo la seguiré, dijo; y

tornó luégo á callar, y deteniéndose un poco, comenzó á decir ansí:

Cristo Dios nace de Dios, y es verdadera y propiamente HIJO suyo. Y ansí en la manera del nacer, como en lo que recibe naciendo, como en todas las circunstancias del nacimiento, hay infinitas cosas de consideración admirable. Porque aunque parecerá á alguno, como á los infieles parece, que á Dios, siendo como es, en el vivir eterno, y en la perfección infinito, y cabal en sí mismo, ni le era necesario el tener HIJO, ni menos le convenía engendrarlo: pero considerando por otra parte, como es la verdad, que la esterilidad es un género de flaqueza y pobreza, y que por la misma causa, lo rico, y lo perfecto, y lo abundante, y lo poderoso, y lo bueno, conforme á derecha razón, anda siempre junto con lo fecundo; se ve luégo, que Dios es fecundísimo, pues no es solamente rico y poderoso, sino tesoro infinito de toda la riqueza y poder, ó por mejor decir, la misma bondad, y poderío, y riqueza infinita. De manera que por ser Dios tan cabal y tan grande, es necesario que sea fecundo, y que engendre, porque la soledad es cosa tristísima. Y porque Dios es sumamente perfecto en todo cuanto es, fué menester, que la manera como engendra y pone en ejecución la infinita fecundidad que en sí tiene, fuese sumamente perfecta: de arte que no solo careciese de faltas, sino también se aventajase á todas las otras cosas que engendran, con ventajas que no se pudiesen tasar.

Porque lo primero es ansí, que Dios para engendrar á su HIJO, no usa de tercero de quien lo engendre con su virtud, como acontece en los hombres, mas engéndralo de sí mismo, y prodúcelo de su misma sustancia, con la fuerza de su fecundidad eficaz. Y porque es infinitamente fecundo, Él mismo, como si dijésemos, se es el padre y la madre. Y ansí para que lo entendiésemos en la manera que los hombres podemos, que entendemos solamente lo que el cuerpo nos pinta, la sagrada Escritura le atribuye vientre á Dios, y dice en ella El á su HIJO en el Salmo, según la letra latina (Ps. CIX, v. 3.): *Del vientre antes que naciese el lucero yo te engendré.* Para que ansí como en llamarle Padre la divina Escritura nos dice, que es su virtud la que engendra; ansí ni más ni ménos en decir que le engendra en su vientre, nos enseña que lo engendra de

su sustancia misma, y que él basta solo para producir este bien. Lo otro, no aparta de sí lo que engendra, que eso es imperfección de los que engendran ansí, porque no pueden poner toda su semejanza en lo que de sí producen, y ansí es otro lo que engendran; y el hombre aunque engendra hombre, engendra otro hombre apartado de sí: que dado que se le parece y allega en algunas cosas, en otras se le diferencia y desvía, y al fin se aparta, y divide y desemeja, porque la división es ramo de desemejanza, y principio de disensión y desconformidad. Por donde ansí como fué necesario que Dios tuviese HIJO, porque la soledad no es buena; ansí convino también, que el HIJO no estuviese fuera del Padre, porque la división y apartamiento es negocio peligroso y ocasionado. Y porque en la verdad el HIJO, que es Dios, no podía quedar sino en el seno, y como si dijésemos en las entrañas de Dios. Porque la divinidad forzosamente es una, y no se aparta, ni divide. Y ansí dice Cristo de sí (Joan. c. x, v. 38.), *que El está en su Padre, y su Padre en El.* Y San Juan dice del mismo (Joan. c. I, v. 18.), *que está* siempre *en el seno del Padre.* Por manera que es HIJO engendrado, y está en el seno del que lo engendra. En que por ser HIJO engendrado se concluye, que no es la misma persona del Padre que le engendró, sino otra y distinta persona; y por estar en el seno de él, se convence, que no tiene diferente naturaleza de él, ni distinta. Y ansí el Padre y el HIJO son distintos en personas para compañía, y uno en esencia de divinidad, para descanso y concordia.

Lo tercero, aquesta generación y nacimiento no se hace partidamente, ni poco á poco; ni es cosa que se hizo una vez, y quedó hecha, y no se hace después; sino por cuanto es en sí limitado todo lo que comienza y acaba, y lo que es Dios no tiene límite; desde toda la eternidad el HIJO ha nacido del Padre, y eternamente está naciendo, y siempre nace todo, y perfecto, y tan grande como es grande su Padre. Por donde á este nacimiento, que es uno, la sagrada Escritura le da nombre de muchos. Como es lo que escribe Michéas, y dice (Mich. c. v, v. 2.): *De ti, Beíhleém, me saldrá capitán para ser Rey en Israel, y sus manantiales desde ya antes, desde los días de la eternidad.* Sus manantiales, dice, porque manó, y mana, y manará, ó por mejor decir, porque es un manantial que siem-

pre manó, y que mana siempre. Y ansí parecen muchos, siendo uno y sencillo, que siempre es todo, que nunca se comienza, ni nunca se acaba. Lo otro, en esta generación no se mezcla pasión alguna, ni cosa que perturbe la serenidad del juicio; antes se celebra toda con pureza, y luz, y sencillez. Y es como un manar de una fuente, y como una luz que sale con suavidad del cuerpo que luce. Y como un olor, que sin alterarse espiran de sí las rosas. Por lo cual la Escritura dice de este divino HIJO, en una parte (Sap. c. VII, v. 25.): *Es un vapor de la virtud de Dios, y una emanación de la claridad del Todopoderoso limpia y sincera.* Y en otra (Eccli. c. XXIV, v. 41.): *Yo soy como canal de agua perpétua, como regadera que salió del rio, como arroyo que sale del paraiso.* De arte que aquí no se turba el ánimo, ni el entendimiento se anubla: antes (y sea lo quinto) el entendimiento de Dios espejado y clarísimo es el que la celebra, como los santos antiguos lo dicen expresamente, y como las sagradas letras lo dan bien á entender. Porque Dios entiende, por cuanto todo Él es mente y entendimiento: y se entiende á sí mismo, porque en Él solo se emplea su entendimiento como debe. Y entendiéndose á sí, y siéndole natural, por ser suma bondad, el apetecer la comunicación de sus bienes; ve todos sus bienes, que son infinitos, y ve y comprende, según que formas los puede comunicar, que son también infinitas: y de sí, y de todo esto que ve en sí, dice una palabra, que lo declara, esto es, forma y dibuja en sí mismo una imagen viva, en la cual pone á sí, y á todo lo que ve en sí, ansí como lo ve menuda y distintamente: y pasa en ella su misma naturaleza entendida y cotejada entre sí misma, y considerada en todas aquellas maneras, que comunicarse puede, y como si dijésemos, conferida y comparada con todo lo que de ella puede salir. Y esta imagen producida en esta forma es su HIJO. Porque como un grande pintor, si quisiese hacer una imagen suya que lo retratase, volvería los ojos á sí mismo primero, y pondría en su entendimiento á sí mismo, y entendiéndose menudamente, se dibujaría allí primero que en la tabla, y más vivamente que en ella, y este dibujo suyo, hecho, como decimos, en el entendimiento, y por él, sería como un otro pintor, y si le pudiese dar vida, sería un otro pintor de hecho, producido del pri-

mero, que tendría en sí todo lo que el primero tiene, y lo mismo que el primero tiene, pero allegado y hecho vecino al arte, y á la imagen de fuera: ansí Dios, que necesariamente se entiende, y que apetece el pintarse, desde que se entiende, que es desde toda su eternidad, se pinta y se dibuja en sí mismo, y después, cuando le place, se retrata de fuera. Aquella imágen es el HIJO: el retrato que después hace fuera de sí, son las criaturas, ansí cada una de ellas, como todas allegadas y juntas. Las cuales comparadas con la figura que produjo Dios en sí, y con la imagen del arte, son como sombras oscuras, y como partes por extremo pequeñas, y como cosas muertas en comparación de la vida.

Y como (insistiendo todavía en el ejemplo, que he dicho) si comparamos el retrato que de sí pinta en la tabla el pintor, con el que dibujó primero en sí mismo, aquel es una tabla tosca, y unos colores de tierra, y unas rayas y apariencias vanas, que carecen de ser en lo secreto, y este, si es vivo, como dijimos, es un otro pintor: ansí toda esta criatura es una ligera vislumbre, y una cosa vana, y más de apariencia que de sustancia, en comparación de aquella viva, y expresa, y perfecta imagen de Dios. Y por esta razón todo lo que en este mundo inferior nace y se muere, y todo lo que en cielo se muda, y corriendo siempre en torno, nunca permanece en un ser; en esta imagen de Dios tiene su ser sin mudanza, y su vida sin muerte, y es en ella de veras, lo que en sí mismo es cuasi de burlas. Porque el ser que allí las cosas tienen, es ser verdadero y macizo, porque es el mismo de Dios: mas el que tienen en sí es trefe y baladí, y como decimos, en comparación de aquel es sombra de ser. Por donde ella misma dice de sí (Eccli. cap. XXIV, v. 25.): *En mí está la manida de la vida y de la verdad: en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud.* En que diciendo, que está toda la vida en ella, manifiesta que tiene ella en sí el ser de las cosas; y diciendo que está la verdad, dice la ventaja que el ser de las cosas que tiene, hace al que ellas mismas tienen en sí mismas: que aquel es verdad, y este en su comparación es engaño. Y para la misma ventaja dice también (Eccli. c. XXI, v. 6. 17.): *Yo moro en las alturas, y me asiento sobre la coluna de nube..... Como cedro del Líbano me empiné, y como en el monte Sión el ciprés: ensalcéme como la*

palma de Gades, y como los rosales de Jericó: como la oliva vistosa en los campos, y como el plátano á las corrientes del agua. Y San Juan dice de ella en el capítulo primero de su Evangelio (Joan. c. I, v. 4.) que *todo lo hecho, era vida en el Verbo*: en que dice dos cosas, que estaba en esta imagen lo criado todo, y que como en ella estaba, no solamente vivía como en sí vive, sino que era la vida misma.

Y por la misma razón aquesta viva imagen es sabiduría puramente, porque es todo lo que sabe de sí Dios, que es perfecto saber, y porque es el dechado, y como si dijésemos, el modelo de cuanto Dios hacer sabe, y porque es la orden, y la proporción, y la medida, y la decencia, y la compostura, y la armonía, y el límite, y el propio ser y razón de todo lo que Dios hace y puede. Por lo cual San Juan, en el principio de su Evangelio (Joan. c. I, v. 1.) le llama *Logos* por nombre, que como sabéis es palabra griega, que significa todo aquesto que he dicho. Y por consiguiente aquesta imagen puso las manos en todo cuando Dios lo crió, no solamente porque era ella el dechado á quien miraba el Padre cuando hizo las criaturas, sino porque era dechado vivo y obrador, y que ponía en ejecución el oficio mismo que tiene. Que aunque tornemos al ejemplo que he puesto otra y tercera vez, si la imagen que el pintor dibujó en sí de sí mismo, tuviese ser que viviese, y si fuese sustancia capaz de razón; cuando el pintor se quisiese retratar en la tabla, claro es que no solamente menearía el pintor la mano mirando á su imagen, mas ella misma por sí misma le regiría el pincel, y se pasaría ella á sí misma en la tabla: pues ansí San Pablo (Ad Hebr. c. I, v. 2.) dice de aquesta imagen divina, que hizo el Padre por ella los siglos. Y ella qué dice? (Eccli. c. XXIV, v. 5. 6.) *Yo salí de la boca del alto, engendrada primero que criatura ninguna: yo hice que naciese en el cielo la luz, que nunca se apaga: y como niebla me extendí por toda la tierra.*

Y ni más ni ménos de aquesto se ve con cuánta razón esta imagen es llamada HIJO, y HIJO por excelencia, y solo HIJO entre todas las cosas. HIJO porque procede, como dicho es, del entendimiento del Padre, y es la misma naturaleza y sustancia del Padre expresada, y viva con la misma vida de Dios. HIJO por excelencia, no solamente porque es el primero y el

mejor de los hijos de Dios, sino porque es el que más iguala á su Padre entre todos. HIJO solo, porque él solo representa enteramente á su Padre, y porque todas las criaturas que hace Dios, cada una por sí, en este HIJO las parió, como si digamos, primero todas mejoradas y juntas, Y ansí él solo es el parto de Dios cabal y perfecto, y todo lo demás que Dios hace, nació primero en este su HIJO. Y de la manera que lo que en las criaturas tiene nombre de padre, y de primera orígen, y de primero principio, lo tiene según que el Padre del cielo se comunica con él, y la paternidad criada es una comunicación de la paternidad eternal, como el Apóstol lo significa do dice (Ad Ephes. c. III, v. 15.) *De quien se deriva toda la paternidad de la tierra y del cielo*: por la misma manera cuando en lo criado es y se llama HIJO de Dios, de aqueste HIJO le viene que lo sea; porque en él nació todo primero, y por eso nace en sí mismo después, porqué nació eternamente primero en él.

¿Que dice acerca de esto San Pablo? (Ad Colos, c. I, v. 15) *Es imagen de Dios invisible, primogénito de todas las criaturas, porque todas se produjeron por él, ansí las de los cielos, como las de la tierra, las visibles y las invisibles.* Dice que es imagen de Dios, para que se entienda que es igual á Él, y Dios como Él, Y porque considéreis el ingenio del apóstol San Pablo, y el acuerdo con que pone las palabras que pone, y cómo las ordena y las traba entre sí; dice, que esta imagen *es imagen de Dios invisible*, para dar á entender, que Dios que no se ve, por esta imagen se muestra, y que su oficio de ella es, según que decíamos, sacar á luz, y poner en los ojos públicos lo que se encubre sin ella. Y porque dice que era imágen añade, que es *engendrado*, porque como está dicho, siempre lo engendrado es muy semejante. Y dice, que es engendrado primero, ó que es *primogénito*, no sólo para decir, que antecede en tiempo el que es eterno en nacer, sino para decir, que es el original universal engendrado, y como la idea eternamente nacida, de todo lo que puede por el discurso de los tiempos nacer, y el padrón vivo de todo, y el que tiene en sí, y el que deriva de sí á todas las cosas su nacimiento y origen. Y ansí porque dice esto, añade luégo á propósito de ello y para declararlo mejor: *Porque en él se produjeron todas las cosas, ansí las de los cielos, como las de la tierra, las visibles, y las invisibles. En él,*

dice, que quiere decir; en Él y por Él; en Él primero y originalmente, y por Él después como por maestro y artífice. Ansí que comparándolo con todas las criaturas, Él solo sobre todas es HIJO, y comparándolo con la tercera persona de la Trinidad, el Espiritu Santo, sola esta imagen es la que se llama HIJO con propiedad y verdad. Porque aunque el Espíritu Santo sea Dios como el Padre, y tenga en sí la misma divinidad y esencia que Él tiene, sin que en ninguna cosa de ella se diferencie ni desemeje de Él; pero no la tiene como imágen y retrato del Padre, sino como inclinación á Él, y como abrazo suyo: y ansí aunque sea semejante, no es semejanza, según su relación particular y propia, ni su manera de proceder tiene por blanco el hacer semejante, y por la misma razón no es engendrado, ni es HIJO. Quiero decir, que como yo me puedo entender á mí mismo, y me puedo amar después de entendido; y como del entenderme á mí, nace en mí una imagen de mi, y del amarme se hace también en mí un peso que me lleva á mí mismo, y una inclinación á mí que se abraza conmigo: ansí Dios desde su eternidad se entiende y se ama, y entendiéndose, como dijimos, y comprendiendo todo lo que su infinita fecundidad comprende, engendra en sí una imagen viva de todo aquello que entiende; y de la misma manera amándose á sí mismo, y abrazando en sí á todo cuanto en sí entiende, produce en sí una inclinación á todo lo que ama ansí, y produce, como dicho habemos, un abrazo de todo ello.

Mas diferimos en esto, que en mí esta imagen, y esta inclinación, son unos accidentes sin vida y sin sustancia; mas en Dios, á quien no puede advenir por accidente ninguna cosa, y en quien todo lo que es, es divinidad y sustancia, esta imagen es viva y es Dios, y esta inclinación ó abrazo que decimos, es abrazo vivo, y que está sobre sí. Aquella imagen es HIJO, porque es imagen; y esta inclinación no es HIJO, porque no es imagen, sino Espíritu, porque es inclinación puramente: y estas tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, son Dios y un mismo Dios; porque hay en todos tres una naturaleza divina sola, en el Padre de suyo, en el HIJO recibida del Padre, en el Espíritu recibida del Padre y del HIJO. Por manera que esta única naturaleza divina en el Padre está como fuente y original, y en el HIJO como en retrato de sí misma,

y en el Espíritu como en inclinación hácia sí. Y en un cuerpo, como si dijésemos, y en un bulto de luz, reverberando ella en sí misma por inefable y diferente manera, resplandecen tres cercos. Oh sol inmenso, y clarísimo! Y porque dije, Sabino, sol, ninguna de las cosas visibles nos representa más claramente que el sol, las condiciones de la naturaleza de Dios, y de esta su generación que decimos. Porque ansí como el sol es un cuerpo de luz, que se derrama por todo; ansí la naturaleza de Dios inmensa, se extiende por todas las cosas. Y ansí como el sol alumbrando hace que se vean las cosas que las tinieblas encubren, y que puestas en oscuridad parecen no ser: ansí la virtud de Dios aplicándose, trae del no ser á la luz del ser á las cosas. Y ansí como el sol de suyo se nos viene á los ojos, y cuanto de su parte es nunca se esconde, porque es él la luz y la manifestación de todo lo que se manifiesta y se ve: ansí Dios siempre se nos pone delante, y se nos entra por nuestras puertes, si nosotros no le cerramos la puerta, y lanza rayos de claridad por cualquiera resquicio que halle. Y como al sol juntamente le vemos, y no le podemos mirar (vémosle, porque en todas las cosas que vemos, miramos su luz; no le podemos mirar, porque si ponemos en él los ojos, los encandila) ansí de Dios podemos decir, que es claro y oscuro, oculto y manifiesto. Porque á Él en sí no le vemos, y si alzamos el entendimiento á mirarle, nos ciega: y vémosle en todas las cosas que hace, porque en todas ella resplandece su luz.

Y porque quiero llegar esta comparación á su fin, ansí como el sol parece una fuente que mana, y que lanza claridad de continuo, con tanta priesa y agonía que parece que no se da á manos: ansí Dios, infinita bondad, está siempre como bulliendo por hacernos bien, y enviando como á borbollones bienes de sí, sin parar ni cesar. Y para venir á lo que es propio de agora, ansí como el sol engendra su rayo (que todo este bulto de resplandor de luz que baña el cielo y la tierra, un rayo solo es, que envia de sí todo el sol) ansí Dios engendra un solo HIJO de sí, que reina y se extiende por todo. Y como este rayo del sol, que digo, tiene en sí toda la luz que el sol tiene, y esa misma luz que tiene el sol, y ansí su imagen del sol es su rayo: ansí el HIJO que nace de Dios, tiene toda

la sustancia de Dios, y esa misma sustancia que Él tiene; y es, como decíamos, la sola y perfecta imagen del Padre. Y ansí como en el sol, que es puramente luz, el producir de su rayo, es un enviar luz de sí, de manera que la luz, dando luz, le produce, esto es, que le produce la luz figurándose, y pintándose, y retratándose: ansí el Padre eterno, figurando su ser en sí mismo engendra á su HIJO. Y como el sol produce siempre su rayo, que no lo produjo ayer, y cesó hoy de producirlo, sino siempre le produce; y con producirle siempre, no le produce por partes, sino siempre y continuamente sale de Él entero y perfecto: ansí Dios siempre desde toda su eternidad engendró, y engendra, y engendrará á su HIJO, y siempre enteramente. Y como estándose en su lugar, su rayo nos le hace presente, y en Él y por Él se extiende por todas las cosas el sol, y es visto y conocido por él: ansí Dios, de quien San Juan dice (Joan. c. I, v. 18.) que *no es visto de nadie*, en el HIJO suyo que engendra, nos resplandece, y nos luce, y como Él lo dice de sí, Él es el que nos manifiesta á su Padre. Y finalmente ansí como el sol por la virtud de su rayo obra adonde quiera que obra: ansí Dios lo crió todo, y lo gobierna todo en su HIJO, en quien, si lo podemos decir, están como las simientes de todas las cosas.

Mas oigamos en qué manera en el libro de los Proverbios Él mismo dice aquesto mismo de sí (Prov., c. VIII, v. 22, 31): *El Señor me adquirió en principio de sus caminos. Ante de sus obras desde entónces. Desde siempre fuí ordenada, desde el comienzo, de en antes de los comienzos de la tierra. Cuando no abismos, concebida yo: cuando no fuentes, golpes grandes de aguas. En antes que se aplomasen los montes, primero yo que los collados formada. Aún no había hecho la tierra, los tendidos, las cabezas de los polos del mundo. Cuando aparejaba los cielos, allí estaba yo, cuando señalaba círculo en redondo sobre la haz del abismo. Cuando fortificaba el cielo estrellado en lo alto, y ponía en peso las fuentes del agua. Cuando él ponía su ley a los mares, y á las aguas, que no traspasasen su orilla. Cuando establecía el cimiento á la tierra, y junto con él estaba yo componiéndolo, y un dia, y cada dia era dulces regalos. Jugando delante de él de contino, jugando en la redondez de su tierra, y deleites mios con hijos de hombres.* En las cuales palabras, en lo primero que dice,

que la adquirió Dios en la cabeza de sus caminos, lo uno entiende, que no caminara Dios fuera de sí, quiero decir, que no hiciera fuera de sí las criaturas que hizo, á quien comunicó su bondad, si ántes y desde toda la eternidad no engendrara á su HIJO, que como dicho tenemos, es la razón, y la traza, y el artificio, y el artifice de todo cuanto se hace. Y lo otro, decir que la adquirió, es decir que usó de ella Dios cuando produjo las cosas, y que no las produjo acaso, ó sin mirar lo que hacía, sino con saber y con arte. Y lo tercero, pues dice que Dios la adquirió, da bien á entender, que ni la engendró apartada de sí, ni engendrándola en sí, le dió casa aparte después, sino que la adquirió, esto es, que nascida de él, queda dentro de él mismo.

Y dice con propiedad *adquirir*, que es allegar y ayuntar por menudo. Porque, como dijimos, no engendra á su HIJO el Padre entendiendo á bulto y confusamente su esencia, sino entendiéndola apuradamente, y con cabal distinción, y con particularidad de todo aquello á que se extiende su fuerza. Y porque lo que digo *adquirir*, en el original es una palabra que hace significación de riquezas, y de tesoro que se posee, podríamos decir de esta forma, que Dios en el principio la atesoró, para que se entendiese, que hizo tesoro de sí el Padre engendrando su HIJO. De sí, digo, y de todo lo que de Él puede salir, por cualquiera manera que sea, que es el sumo tesoro. Y como decimos que Dios la adquirió en el principio de su camino, el original da licencia que digamos también, como dijeron los que lo trasladaron en griego, que Dios la formó principio y cabeza de su camino: que es decir, que el HIJO divino es el príncipe de todo lo que Dios cria después, porque están en él las razones de ello, y su vida. Y ni más ni menos en lo que se sigue, *antes de sus obras desde entonces;* se puede decir también *soy la antigüedad de sus obras.* Porque en lo que de Dios procede, lo que va con el tiempo es moderno, la antigüedad es lo que eternamente procede de él: y porque estas mismas obras presentes, y que saca á luz á sus tiempos, que en sí son modernas, son en el HIJO muy ancianas y antiguas. Pues en lo que añade, *desde siempre fuí ordenada*, lo que dice nuestro texto *ordenada*, se debe entender que es palabra de guerra, conforme á lo que se hace en ella

cuando se ponen los escuadrones en órden, en que tiene sobre todos su lugar el capitán. Y ansí *ordenada* es aquí lo mismo que puesta en el grado más alto, y como en el tribunal y en el principado de todo. Porque la palabra original quiere decir, *hacer príncipe*. Y porque significa también lo que los plateros llaman *vaciar*, que es infundir en el molde el oro, ó la plata derretida, para hacer la pieza principal que pretenden, entrando el metal en el molde, y ajustándose á él; podremos decir aquí, que la sabiduría divina dice de sí, que fué vaciada por el Padre desde la eternidad, porque es imágen suya, que la pintó, no apartándola de sí, sino amoldándola en sí, y ajustándose del todo con ella.

Y en lo que dice después, acrecienta lo general que había dicho, especificándolo por sus partes en particular, y diciendo que la engendró, cuando no había comienzos de tierra, ni abismos, ni fuentes; antes que los montes se afirmasen con su peso natural, y que los collados subiesen, y que se extendiesen los campos, y que los quicios del mundo tuviesen ser. Y dice, no solamente que había nacido de Dios antes que Dios hiciese estas cosas, sino que cuando las hizo, cuando obró los cielos, y fijó las estrellas, y dió su lugar á las nubes, y enfrenó el mar, y fundó la tierra, estaba en el seno del Padre, y junto con él componiéndolas. Y como decimos, componiéndolas, da licencia el original que digamos, alentándolas, y abrigándolas, y regalándolas, y trayéndolas en los brazos, como el que llamamos ayo, ó ama que cria, suele traer á su niño. Que como nacían en su principio tiernas y como niñas las criaturas entónces, respondiendo á esta semejanza, dice la divina Sabiduría de sí, que no sólo las crió con el Padre, sino que se apropió á sí el oficio de ser como su aya de ellas, ó como su ama. Y llevando la semejanza adelante, dice, que era ella dulzuras y regocijos todos los dias: esto es, que como las amas dicen á sus niños dulzuras, y se estudian y esmeran en hacerles regalos, y los muestran, y á los que los muestran les dicen que miren cuán lindos, ansí se esmeraba ella al criar de las cosas, en regalar las criadas, y en hacer como regocijos con ellas, y en decir, como quien las toma en la mano, y las muestra y enseña, que eran buenas, muy buenas. *Y vió*, dice (Gen., cap. I, v. 31), *Dios todo lo que he-*

cho había, y era muy bueno. Que á este regalo, que al mundo reciente se debía, miró, Sabino, también vuestro poeta do dice (1):

Verano era aquel, verano hacía
el mundo en general, porque templaron
los vientos en rigor, y fuerza fria:
Cuando primero de la luz gozaron
las fieras, y los hombres gente dura
del duro suelo el cuello levantaron:
Y cuando de las selvas la espesura
poblada de alimañas, cuando el cielo
de estrellas fué sembrado y hermosura.
Que no pudiera el flaco y tierno suelo,
ni las cosas recientes producidas,
durar á tanto ardor, á tanto hielo;
Si no fueran las tierras y las vidas,
templando entre lo frio y caluroso,
con regalo tan blando recibidas.

Y dice, según la misma forma é imagen, que hacía juegos de continuo delante del Padre, como delante de los padres hacen las amas que crian. Y concluye con esta razón, porque dice, *y mis deleites hijos de hombres;* como diciendo, que entendía en su regalo, porque se deleitaba de su trato, y deleitábase de tratarlos, porque tenía determinado consigo de, venido su tiempo, nacer uno de ellos. Del cual nacimiento segundo que nació este divino HIJO en la carne, es bien que ya digamos, pues habemos dicho del primero, que aunque es también segundo en quilates, no por eso no es extraño y maravilloso, por donde quiera que le miremos, ó miremos el qué, ó el cómo, ó el por qué. Y diciendo de lo primero, el *qué* de este nacimiento, ó lo que en este nacimiento se hizo, todo ello es nuevo, no visto ántes, ni imaginado que podía ser visto: porque en él nace Dios hecho hombre. Y con tener las Personas divinas una sola divinidad, y con ser tan uno todas tres, no nacieron hechas hombre todas tres, sino la persona del HIJO solamente. La cual ansí se hizo hombre, que no dejó de ser Dios, ni mezcló con la naturaleza del hombre la natu-

(1) Virgil. Georg., lib. II, a v. 338.

raleza divina suya; sino quedó una persona sola en dos distintas naturalezas, una que tenía de Dios, y otra que recibió de los hombres de nuevo. La cual no la crió de nuevo, ni la hizo de barro, como formó la primera, sino hízola de la sangre virgen de una Virgen purísima, en su vientre de ella misma, sin amancillar su pureza: y hizo que fuese naturaleza del linaje de Adám, y sin la culpa de Adám: y formó de la sangre, que digo, carne, y de la carne hizo cuerpo humano con todos sus miembros y órganos: y en el cuerpo puso alma de hombre dotada de entendimiento y razón, y con el entendimiento, y con el alma, y con el cuerpo ayuntó su persona, y derramó sobre el alma mil tesoros de gracia, y dióle juicio y discurso libre, y hízola que viese, y que gozase de Dios: y ordenó que la misma que gozaba de Dios con el entendimiento, sintiese disgusto en los sentidos, y que fuese juntamente bienaventurada y pasible.

Y toda esta compostura de cuerpo, y infusión de alma, y ayuntamiento de su persona divina, y la santificación, y el uso de la razón, y la vista de Dios, y la habilidad para sentir dolor y pesares que dió á lo que á su persona ayuntaba, lo hizo todo en un momento, y en el primero en que se concibió aquella carne: y de un golpe, y en un instante solo salió en el tálamo de la Virgen á la luz de esta vida un Hombre Dios, un niño ancianísimo, una suma santidad en miembros tiernos de infante, un saber perfecto en un cuerpo que aún hablar no sabía: y resultó en un punto, con milagro nunca visto, un niño y gigante, un flaco muy fuerte, un saber, un poder, un valor no vencible, cercado de desnudez y de lágrimas. Y lo que en el vientre santo se concibió, corriendo los meses, salió de él, sin poner dolor en él, y dejándole santo y entero. Y como el que nacía era, según su divinidad, rayo, como agora decíamos, y era resplandor que manaba con pureza y sencillez de la luz de su Padre; dió también á su humanidad condiciones de luz, y salió de la Madre, como el rayo del sol pasa por la vidriera sin daño, y vimos una mezcla admirable, carne con condiciones de Dios, y Dios con condiciones de carne, y divinidad y humanidad juntas, y hombre y Dios nacido de padre y de madre, y sin padre y sin madre, sin madre en el cielo, y sin padre en la tierra, y finalmente vimos junta en uno la universalidad de lo no criado

y criado. ¿Qué dice San Juan (Joan., cap. I, v. 14)? *El Verbo se hizo carne, y mora en nosotros lleno de gracia y de verdad, y vimos su gloria, gloria cual convenía á quien es Unigénito del Padre eterno.* Y Isaías, ¿qué dice (Isai., cap. IX, v. 6)? *El nacido nos ha nacido á nosotros, y el* HIJO *á nosotros es dado, y sobre su hombro su mando, y su nombre será llamado admirable, consejero, Dios, valiente, padre de la eternidad, príncipe de paz. El nacido*, dice, *nos es nacido*, esto es, el engendrado eternalnalmente de Dios, ha nacido por otra manera diferente para nosotros; y el que es HIJO, en quien nació todo el edificio del mundo, se nos da nacido entre los del mundo como HIJO. Y aunque niño, es Rey: y aunque es recien nacido, tiene hombros para el gobierno: que se llama *admirable* por nombre, porque es una maravilla todo él, compuesto de maravillas grandísimas. Y llámase también *consejero*, porque es el ministro y la ejecución del consejo divino, ordenado para la salud de los hombres. Y es Dios, y es valiente, y Padre del nuevo siglo, y único autor de reposo y de paz.

Y lo que dijimos que no tuvo padre humano en este segundo nacer, ayer lo probó bastantemente Marcelo: y que naciendo no puso daño en su Madre, ¿por ventura no lo vió Salomón cuando dijo (Prov., cap. XXX, vv. 18, 19): *Tres cosas se me asconden, y cuatro de que nada no sé: el camino del águila por el aire, el camino de la culebra en la peña, el camino de la nave en la mar, y el camino del varón en la virgen?* En que por comparación de tres cosas, en que pasando nadie puede saber por dónde pasaron, porque no dejan rastro de sí, significa, que cuando salió este niño varón que decimos, del sagrario virginal de su Madre, salió sin quebrar el sagrario, y sin hacer daño en él, ni dejar de su salida señal; como ni la deja de su vuelo el ave en el aire, ni la serpiente de su camino en la peña, ni en las mares la nave. Esto, pues, es el *qué* de este nacimiento santísimo.

El *cómo* se hizo esto, es de las cosas que no se pueden decir. Porque las maneras ocultas, por dónde sabe Dios aplicar su virtud para los efectos que quiere, ¿quién las sabe entender? Bien dice San Agustín (1) que en estas

(1) Aug., Epist. CXXXVII, n. 8.

cosas, y en las que son como estas, la manera y la razón del hecho es el infinito poder del que lo hace. ¿En qué manera se hizo Dios hombre? Porque es de poder infinito. ¿Cómo una misma persona tiene naturaleza de hombre y naturaleza de Dios? Porque es de poder infinito. ¿Cómo crece en el cuerpo, y es perfecto varón en el alma? tiene los sentidos de niño, y ve á Dios con el entendimiento? se concibe en mujer, y sin hombre? sale naciendo de ella, y la deja vírgen? Porque es de poder infinito. No hiciera Dios por nosotros mucho, si no hiciera más de lo que nuestro sentido traza y alcanza. Qué cosa es hacer mercedes á gentes de poco saber y de pecho angosto, que porque exceden á lo que ellos hicieran, ponen en duda si se las hacen. ¿Cómo se hizo Dios hombre? Digo, que amando al hombre. Por ventura ¿es cosa nueva, que el amor vista del amado al que ama? que le ayunte con él, que le transforme? Quien se inclina mucho á una cosa, quien piensa en ella de contínuo, quien conversa siempre con ella, quien la remeda, fácilmente queda hecho ella misma. ¿Qué decía poco há el Verbo de sí? ¿No decía que era su deleite el tratar con los hombres? Y no solamente tratar con ellos, mas vestirse de su figura, aun ántes que tomase su carne. Que con Adám habló en el Paraíso en figura de hombre (como San León, Papa (1), y otros muchos doctores santos lo dicen), y con Abrahám cuando descendió á destruir á Sodoma, y con Jacob en la lucha, y con Moysén en la zarza, y con Josué el capitán de Israel. Pues salióle el trato á la cara, y haciendo del hombre, salió hecho hombre: y gustando de disfrazarse con nuestra máscara, quedó con la figura verdadera á la fin: y pasaron los ensayos en hechos.

¿Cómo está la deidad en la carne? Responde el divino Basilio (2): *Como el fuego en el hierro, no mudando lugares, sino derramando sus bienes: que el fuego no camina hácia el hierro; sino estando en él, pone en él su cualidad; y sin disminuirse en sí, le*

---

(1) Epist. XXXVI. *ad Pulcher. Aug.*, cap. 2, Oper. edit. Venet., 1748; tomo I, pág. 143.

(2) *Homil. in S. Christi generat.* (quæ Basilii nomine circumferebatur) núm. 2. Oper. edit. Bened. Paris, 1721, etc.; tomo II, in Append. pág. 596.

hinche todo de sí, y le hace partícipe. Y el Verbo de Dios de la misma manera hizo morada en nosotros, sin mudar la suya y sin apartarse de sí. No te imagines algún descendimiento de Dios, que no se pasa de un lugar á otro, como se pasan los cuerpos: ni pienses que la deidad, admitiendo en sí alguna mudanza, se convirtió en carne, que lo inmortal no es mudable. Pues ¿cómo nuestra carne no le pegó su infección? Como ni el fuego recibe las propiedades del hierro. El hierro es frio, y es negro; mas después de encendido, se viste de la figura del fuego; y toma luz de él, y no le ennegrece; y arde con su calor, y no le comunica su frialdad. Y ni más ni menos la carne del hombre, ella recibió cualidades divinas, mas no apegó á la divinidad sus flaquezas. Qué? ¿no concederemos á Dios, que obre lo que obra este fuego que muere? Esto dice Basilio. Y porque los ejemplos dan luz, como el arca del testamento era de madera, y de oro, de madera que no se corrompía, y de oro finísimo; ella hecha de madera, y vestida de oro por todas partes, de arte que era arca de madera, y arca de oro, y era una arca sola, y no dos: ansí en este nacimiento segundo el arca de la humanidad inocente salió ayuntada á la riqueza de Dios. La riqueza la cubría toda, mas no le quitaba el sér, ni ella lo perdía; y siendo dos naturalezas, no eran dos personas, sino una persona.

Y como el monte de Sina, cuando daba Dios la ley á Moysén, en lo alto estaba rodeado de llamas del cielo, y se vestía de la gloria de Dios, que allí reposaba y hablaba, y en las raíces padecía temblores y humo: ansí Cristo naciendo hombre, que es Monte, en lo alto de su alma ardía todo en llamas de amor, y gozaba de la gloria de Dios alegre y descansadamente; mas en la parte suya más baja temblaba y humeaba, dando lugar en sí á las penalidades del hombre. Y como el Patriarca Jacob (Genes., cap. XXVIII, v. 12), cuando en el camino de Mesopotamia ocupado de la noche se puso á dormir en el campo, en el parecer de fuera era un mozo pobre, que tendido en la tierra dura y tomando reposo, parecía estar sin sentido; mas en lo secreto del alma contemplaba en aquella misma sazón el camino abierto desde la tierra hasta el cielo, y á Dios en él, y á los ángeles que andaban por él: ansí en aqueste nacimiento apareció por de fuera un niño flaco, puesto en un pesebre, que no hablaba, y lloraba; y en lo

secreto vivía en él la contemplación de todas las grandezas de Dios. Y como en el rio Jordán (Josué, cap. III, v. 13, seqq.), cuando se puso en medio de él el arca de la ley vieja, para hacer paso al pueblo que caminaba al descanso, en la parte de arriba de él las aguas que venían se amontonaron creciendo, y en la parte de abajo siguieron su curso natural, y corrieron: ansí naciendo en la naturaleza humana de Cristo Dios, y entrándose en ella, lo alto de ella siempre miró para el cielo, mas en lo inferior corrió como corremos todos, cuanto á lo que es padecer dolores y males.

Por donde debidamente en el Apocalipsi, San Juan (Apocalipsi, cap. V, v. 6, et cap. VI, VII, VIII) al Verbo nacido hombre, le ve como cordero, y como degollado cordero, que es lo sencillo, y lo simple, y lo manso de él, y lo muy sufrido que en él se descubría á la vista; y juntamente le vió que tenía siete ojos, y siete cuernos, y que él sólo llegaba á Dios, tomaba de sus manos el libro sellado, y le abría; que es lo grande, lo fuerte, lo sabio, lo poderoso que encubría en sí mismo; y que se ordenaba para abrir los siete sellos del libro: que es el *por qué* se hizo este nacimiento, y la tercera y última maravilla suya. Porque fué para poner en ejecución, y para hacer con la eficacia de su virtud claro y visible el consejo de Dios oculto antes, y escondido, y como sellado con siete sellos. En el cual, siendo abierto, lo primero que se descubre, es un caballo y caballero blancos con letra de victoria: y luego otro bermejo, que deshacía la paz del suelo, y lo ponía en discordia: y otro en pos de este negro, que pone peso y tasa en lo que fructifica la tierra: y después otro después otro descolorido y ceniciento, á quien acompañaban el infierno y la muerte: y en el quinto lugar se descubrieron los afligidos por Dios, que le piden venganza, y se les daba un entretenimiento y consuelo: y en el sexto se estremece todo, y se hunde la tierra: y en el séptimo queda sereno el cielo, y se hace silencio. Porque el secreto sellado de Dios, es el artificio que ordenó para nuestra santificación y salud. En la cual lo primero sale y viene á nuestra alma la pureza blanca de la gracia del cielo, con fuerza para vencer siempre. Sucédele lo segundo el celo de fuego, que rompe la mala paz del sentido, y mete guerra entre la razón y la carne, á quien ya no obe-

dece la razón, antes le va á la mano, y se opone á sus desordenados deseos. A este celo se sigue el estudio de la mortificación triste y denegrido, y que pone en todo estrecha tasa y medida. Levantase aquí luégo el infierno, y hace alarde de sus valedores, que armados de sus ingenios y fuerzas acometen á la virtud, y la maltratan y turban, afligiendo muchas veces, y derrocando por el suelo á los que la poseen, y haciendo de su sangre de ellos y de su vida su cebo.

Mas esconde Dios después de esto debajo de su altar á los suyos, y defendiéndoles el alma debajo de la paciencia de su virtud, adonde le sacrifican la vida, consuélalos, y entretiénelos, y con particulares gozos los rodea y los viste, en cuanto se llega el tiempo de su buena y perfecta ventura. Y probados y aprobados ansí, alarga á su misericordia la rienda, y estremece todo lo que contra ellos se empinaba en el suelo, y va al hondo la tierra maldita condenada á dar fruto de espinas. Después de lo cual pára todo en sosiego, y en un silencio del cielo. Mas porque ninguna criatura, como San Juan dice, no podía abrir estos sellos, ni poner en luz y en efecto esta obra; convino que el que los hubiese de abrir y de poner en ejecución su virtud, fuese cordero, que es flaco y sencillo por una parte, y por otra tuviese siete ojos y siete cuernos; que son todo el saber y poder: y que se juntasen én uno la fortaleza de Dios con la flaqueza del hombre, para que por ser hombre flaco pudiese morir, y por ser masa santa, fuese su morir aceptable, y por ser Dios, fuese para nosotros su muerte vida y rescate. De manera que nació Dios hecho carne, como Basilio dice (1): *Para que diese muerte á la muerte, que en ella se escondía: que como las medicinas, que son contra el veneno, ayuntadas al cuerpo, vencen lo venenoso y mortal; y como las tinieblas que ocupan la casa, metiendo en ella la luz, desparecen: ansí la muerte, que se apoderaba del hombre, juntándose Dios con él, se deshizo. Y como el hielo se enseñorea en el agua, en cuanto dura la oscuridad de la noche; mas luégo que el sol sale y calienta, le deshace su rayo: ansí la muerte reinó hasta que Cristo vino; mas después que apareció la gloria saludable de Dios, y después*

(1) En el sermón del nacimiento, poco ha citado, pág. 303 en el mismo lugar.

que amaneció el sol de justicia, quedó sumida en su victoria la muerte, porque no pudo hacer presa en la vida. Oh grandeza de la bondad, y del amor de Dios con los hombres! Somos libertados, y preguntamos cómo, y para qué, debiendo gracias por beneficio tan grande? Qué te habemos, hombre, de hacer? No buscabas á Dios, cuando se escondía en el cielo, no le recibes, cuando desciende y te conversa en la tierra; sino preguntas en qué manera, ó para qué fin se quiso hacer como tú? Conoce y aprende: por eso es Dios carne, porque era necesario que esta carne tuya, que era maldita carne, se santificase, esta flaca se hiciese valiente, esta enajenada de Dios se hiciese semejante con él, esta á quien echaron del Paraíso, fuese puesta en el cielo. Hasta aquí ha dicho Basilio.

Y á la verdad es ansí, que porque Dios quería hacer un reparo general de lo que estaba perdido, se metió Él en el reparo, para que tuviese virtud. Y porque el Verbo era artífice, por quien el Padre crió todas las cosas, fué el Verbo el que se ayuntó con lo que se hacía para el reparo de ellas. Y porque de lo que era capaz de remedio el más dañado era el hombre, por eso lo que se ordenó para medicina de lo perdido fué una naturaleza de hombre. Y porque lo que se hacía para dar á lo enfermo salud, había de ser en sí sano; la naturaleza que se escogió fué inocente y pura de toda culpa. Y porque el que era una persona con Dios, convenía que gozase de Dios: por eso desde que comenzó á tener sér aquella dichosa ánima, comenzó también á ver la divinidad que tenía. Y porque para remediar nuestros males, le convenía que los sintiese; ansí gozaba de Dios en lo secreto de su seno, que no cerraba por eso la puerta á los sentimientos amargos y tristes. Y porque venía á reparar lo quebrado, no quiso hacer ninguna quiebra en su Madre. Y porque venía á ser limpieza general, no fué justo que mancillase su tálamo en alguna manera. Y porque era Verbo que nació con sencillez de su Padre, y sin poner en él ninguna pasión; nació también de su Madre hecho carne, con pureza, y sin dolor de ella. Y finalmente porque en la divinidad es uno en naturaleza con el Padre y con el Espíritu santo, y diferente en persona; cuando nació hecho hombre, en una persona juntó á la naturaleza de su divinidad la naturaleza diferente de su alma y su cuerpo. Al cual cuerpo, y á la

cual alma, cuando la muerte las apartó, consintiéndolo Él, Él mismo las tornó á juntar con nuevo milagro, después de tres dias, y hizo que naciese á luz otra vez lo que ya había desatado la muerte.

Del cual nacimiento suyo, que es el tercero de los cinco que puse al principio, lo primero que agora decir debemos es, que fué nacimiento de veras: quiero decir, nacimiento que se llama ansí en la sagrada Escritura. Porque como ayer se decía, el Padre en el Salmo segundo, hablando de esta resurrección de su HIJO, como San Pablo lo declara, le dice (Ps. II, v. 7; Act. XIII, v. 33.) *Tú eres mi* HIJO, *que en este día te engendré.* Porque ansí como formó la virtud de Dios en el vientre de la Virgen, y de su sangre sin mancilla, el cuerpo de Jesucristo con disposición conveniente, para que fuese aposento del alma: ni más ni ménos en el sepulcro, cuando se llegó la sazón, al cuerpo, á quien las causas de la muerte habían agujereado y herido, y quitado la sangre, sin la cual no se vive, y la muerte misma lo había enfriado y hecho morada inútil del alma; el mismo poder de Dios, abrazándolo y fomentándolo en sí, lo tornó á calentar, y le regó con sangre las venas, y le encendió la fornaza del corazón nuevamente, en que se tornaron luégo á forjar espíritus, que se derramaron por las arterias palpitando y bulliendo, y luégo el calor de la fragua alzó las costillas del pecho, que dieron lugar al pulmón, y el alma se lanzó luégo en él, como en conveniente morada, más poderosa y más eficaz que primero. Porque dió licencia á su gloria que descendiese por toda ella, y que se comunicase á su cuerpo, y que le bañase del todo, con que se apoderó de la carne perfectamente, y redujo á su voluntad todas sus obras, y le dió condiciones y cualidades de espíritu: y dejándole perfecto el sentir, la libró del mal padecer: y á cada una de las partes del cuerpo les conservó ella por sí, con perpetuidad no mudable, el ser en que las halló, que es el propio de cada una.

De manera que sin mantenimiento da sustancia á la carne, y tiene vivo el calor del corazón sin ceballe, y sustenta los espíritus, sin que se evaporen, ó se consuman del uso. Y ansí desarraigó de allí todas las raices de muerte, y desterróla del todo, y destruyóla en su reino, y cuando se tenía por

fuerte. Y traspasó su gloria por la carne, que como dicho he, la tenía apurada y sujeta á su fuerza, y resplandecióle el rostro y el cuerpo, y descargóla de su peso natural, y dióla alas y vuelo. Y renació el muerto más vivo que nunca, hecho vida, hecho luz, hecho gloria, y salió del sepulcro, como quien sale del vientre, vivo y para vivir para siempre, poniendo espanto á la naturaleza con ejemplo no visto .Porque en el nacimiento segundo, que hizo en la carne, cuando nació de la Vírgen, aunque muchas cosas de Él fueron extraordinarias y nuevas, en otras se guardó en Él la orden común: que la materia de que se formó el cuerpo de Cristo, fué sangre, que es la natural de que se forman los otros; y después de formado, la Vírgen con la sangre suya y con sus espíritus hinchió de sangre las venas del cuerpo del HIJO, y las arterias de espíritu, como hacen las otras madres, y su calor de ella, conforme á lo natural, abrigó á aquel cuerpo tiernísimo, y se lanzó todo por Él, y le encendió fuego de vida en el corazón, con que comenzó á arder en su obra, como hace siempre la madre. Ella de su sustancia le alimentó, según lo que se usa, en cuanto le tuvo en su vientre, y Él creció en el cuerpo por todo aquel tiempo por la misma forma que crecen los niños. Y ansí como hubo en esta generación mucho de lo natural, y de lo que se suele hacer; ansí lo que fué engendrado por ella, salió con muchas condiciones de las que tienen los que por vía ordinaria se engendran: que tuvo necesidad de comer para reparo de lo que en Él gastaba el calor, y obraba en el mantenimiento su cuerpo, y le cocía, y le coloraba, y le apuraba hasta mudarle en sí mismo; y sentía el trabajo, y conocía el hambre, y le cansaba el movimiento excesivo, y podía ser herido, y lastimado, y llagado; y como los nudos con que se ataba aquel cuerpo, los había anudado la fuerza natural de su Madre, podían ser desatados con la muerte, como de hecho lo fueron.

Mas en este nacimiento tercero todo fué extraordinario y divino: que ninguna fuerza natural pudo dar calor al cuerpo helado en la huesa, ni fué natural el tornar á Él la sangre vertida, ni los espíritus, que discurren por el cuerpo y le avivan, se los pudo prestar ningún otro tercero. El poder solo de Dios, y la fuerza eficaz de aquella dichosa alma dotada de

gloriosísima vida, encendió maravillosamente lo frio, é hinchió lo vacío, y compuso lo maltratado, y levantó lo caido, y ató lo desatado con nudo inmortal, y dió abastanza en un ser á lo mendigo y mudable. Y como ella estaba llena de la vida de Dios, y sujeta á Él, y vestida de Él, y arraigada en Él con firmeza que mudar no se puede: ansí hizo lleno de vida á su cuerpo, y le bañó todo de alma, y le penetró enteramente, y le puso debajo de su mano, de tal manera que nadie se le puede sacar, y le vistió finalmente de sí, de su gloria, de su resplandor, desde la cabeza á los piés, lo secreto y lo público, el pecho y la cara, que de sí lanzaba más claros resplandores que el sol. Por donde mucho antes David hablando de aqueste hecho decía (Ps. cix, v. 3.) *En resplandores de santidad, del vientre, y del aurora, el rocío de tu nacimiento contigo.* Que aunque ayer por la mañana lo declarastes, Marcelo, y con mucha verdad, del nacimiento de Cristo en la carne; bien entendéis, que con la misma verdad se puede entender de aqueste nacimiento también. Porque el Espíritu santo, que lo ve todo junto, junta muchas veces en unas palabras muchas y diferentes verdades. Pues dice, que nació Cristo, cuando resucitó del vientre de la tierra, en el amanecer del aurora, por su propia virtud, porque tenía consigo el rocío de su nacimiento, con que reverdecieron y florecieron sus huesos. Y esto en resplandores de santidad, ó como podemos también decir, en hermosuras santísimas, porque se juntaron en Él entónces, y enviaron sus rayos, é hicieron públicas sus hermosuras tres resplandores bellísimos: la divinidad que es la lumbre, el ánima de Cristo santa y rodeada de luz, el cuerpo también hermoso y como hecho de nuevo, que echaba rayos de sí. Porque el resplandor infinito de Dios reverberaba su hermosura en el alma, y el alma con este resplandor hecha una luz, resplandecía en el cuerpo, que vestido de lumbre, era como una imagen resplandeciente de los resplandores divinos.

Y aun dice, que entonces nació Cristo con resplandores de santidad, ó con bellezas santas: porque cuando ansí nació del sepulcro, no nació solo Él, como cuando nació de la Vírgen en carne; sino nacieron juntamente con Él, y en Él las vidas, y las santidades, y las glorias resplandecientes de mu-

chos. Lo uno, porque trujo consigo á vida de luz, y á libertad de alegría las almas santas que sacó de las cárceles: lo otro y más principal, porque como ayer de vos, Marcelo, aprendí, en el misterio de la última cena, y cuando caminaba á la cruz, ayuntó consigo por espiritual y estrecha manera á todos los suyos, y como si dijésemos, fecundóse de todos, y cerrólos á todos en sí, para que en la muerte que padecía en su carne pasible, muriese la carne de ellos mala y pecadora, y por eso condenada á la muerte: y para que renaciéndo Él glorioso después, renaciesen también ellos en Él á vida de justicia y de gloria. Por donde por hermosa semejanza, á propósito de este nacimiento, dice Él de sí mismo (Joan. c. XII, vv. 24, 25.): *Si el grano de trigo puesto en la tierra no muere, quédase él; más si muere, produce gran fruto.* Porque ansi como el grano sembrado, si atrae para sí el humor de la tierra, y se empreña de su jugo, y se pudre, saca en sí á luz, cuando nace, mil granos, y sale ya no un grano solo, sino una espiga de granos: ansí y por la misma manera Cristo metido muerto en la tierra, por virtud de la muerte allegó la tierra de los hombres á sí, y apurándola en sí, y vistiéndola de sus cualidades, salió resucitando á la luz hecho espiga, y no grano.

Ansí que no nació un rayo solo la mañana que amaneció del sepulcro este sol, mas nacieron en él una muchedumbre de rayos, y un amontonamiento de resplandores santisimos, y la vida, y la luz, y la reparación de todas las cosas, á las cuales todas abrazó consigo muriendo, para sácarlas resucitando todas vivas en sí. Por donde aquel día fué de común alegría, porque fué día de nacimiento común. El cual nacimiento hace ventaja al primero que Cristo hizo en la carne, no solamente en que, como decimos, en aquel nació pasible, y en este para más no morir; y no solamente en que lo que se hizo en este fué todo extraordinario y maravilloso, y hecho por solas las manos de Dios, y en aquel tuvo la naturaleza su parte; y no solamente en que fué nacimiento, no de uno solo como el primero, sino de muchos en uno; mas también le hace ventaja, en que fué nacimiento después de muerte, y gloria después de trabajos, y bonanza después de tormenta gravísima. Que á todas las cosas la vecindad y el cotejo de su contrario las descubre más, y las hace salir: y la buena suer-

te es mayor, cuando viene después de alguna desventura muy grande. Y no solamente es más agradable este nacimiento, porque sucede á la muerte, sino en realidad de verdad la muerte que le precede, le hace subir en quilates: porque en ella se plantaron las raices de esta dichosa gloria, que fueron el padecer y el morir. Que porque cayó, se levantó; y porque descendió, tornó á subir en alto; y porque (Ps. CIX, v. 7.) bebió del arroyo, alzó la cabeza; y porque obedeció hasta la muerte, vivió para enseñorearse del cielo. Y ansí cuanto fueron mayores los fundamentos, y más firmes las raíces, tanto habemos de entender que es mayor lo que de estas raices nace. Y á la medida de aquellos tantos dolores, de aquel desprecio no visto, de aquellas invenciones de penas, de aquel desamparo, de aquel escarnio, de aquella fiera agonía; entendamos que la vida á que Cristo nació por ello, es por extremo altísima y felicísima vida.

Mas ¡cuán no comprensibles son las maravillas de Dios! El que nació resucitando tan claro, tan glorioso, tan grande, y el que vive para siempre dichoso en resplandores y en luz, halló manera para tornar á nacer cada día encubierto y disimulado en las manos del sacerdote en la Hostia, como saboreándose en nacer este solo HIJO, este propiamente HIJO, este HIJO que tantas veces, y por tantas maneras es HIJO. Porque el estar Cristo en su sacramento, y el comenzar á ser cuerpo suyo lo que antes era pan; y sin dejar el cielo, y sin mudar su lugar, comenzar de nuevo á ser allí adonde ántes no era, convirtiendo toda la sustancia del pan en su santísima carne, mostrándose la carne como si fuese pan, vestida de sus accidentes, es como un nacer allí en cierta manera. Ansí que parece que Cristo nace allí, porque comienza á ser de nuevo allí, cuando el sacerdote consagra. Y parece que la Hostia es como el vientre adonde se celebra aqueste nacimiento, y que las palabras son como la virtud que allí le pone, y que es como la sustancia toda la materia y toda la forma del pan que en Él se convierte. Y es señal y prueba de que este nacimiento lo es en la forma que digo, el llamar á Cristo HIJO la sagrada Escritura en este mismo caso y artículo. Porque bien sabéis, que en el Salmo setenta y dos leemos ansí (Psalmo LXXI, v. 16. según el hebreo LXXI.): *Y habrá firmeza en la*

tierra, en la cumbre de los collados. Adonde la *firmeza*, según la verdad, significa el trigo, que la Escritura lo suele llamar *firmeza*, porque da firmeza al corazón, como David en otro Salmo (Ps. CIII, v. 15.) lo dice: y bien sabéis que muchos de los nuestros, y aun algunos de los que nacieron antes que viniese Cristo, entienden este paso de este sagrado pan del altar. Y bién sabéis que las palabras originales, por quien nosotros leemos *firmeza*, son estas *Pisath-Bar*, que quieren puntualmente decir, partecilla ó puñado de trigo escogido; y que *Bar*, como significa trigo escogido y mondado, también significa HIJO. Y ansí dice el profeta que en el reino del Mesías, y cuando floreciere su ley, entre muchas cosas singulares y excelentes habrá también un puñado, ó una partecilla de trigo, y de hijo: esto es, que será, el HIJO, lo que parecerá un limpio y pequeño trigo, porque saldrá á luz en figura de él, y le verémos ansi hecho y amoldado, como si fuese un panecito pequeño.

Y no solamente aqueste consagrarse Cristo en el pan es un cierto nacer, mas es como una suma de sus nacimientos los otros, en que hace retrato de ellos, y los dibuja, y los pinta. Porque ansí como en la divinidad nace como palabra, que la dice el entendimiento divino: ansí que se consagra, y comienza á ser de nuevo en la Hostia, por virtud de la palabra que el sacerdote pronuncia. Y como en la resurrección nació del sepulcro con su carne verdadera, pero hecha á las condiciones del alma, y vestida de sus maneras y gloria: ansí consagrado en la Hostia está la verdad de su cuerpo en realidad de verdad, mas está como si fuera espíritu, todo en la Hostia toda, y en cada parte de ella todo también. Y como cuando nació de la Virgen, salió bienaventurado en la más alta parte del alma, y pasible con el cuerpo, y sujeto á dolores y muerte; y en lo secreto era la verdadera riqueza, y en la apariencia, y en lo que de fuera se veía, era un pobre y humilde: ansí aquí por de fuera parece un pequeño pan despreciado, y en lo escondido es todos los tesoros del cielo; según lo que parece, puede ser partido, y quebrado, y comido, mas según lo que encubre no puede ni el mal ni el dolor llegar á Él. Y como cuando nació de Dios, se forjaron en Él, como en sus ideas, las criaturas, en la manera que he dicho; y cuando nació en

la carne la recibió para limpiar y librar la del hombre; y cuando nació del sepulcro, nos sacó á la vida á todos juntamente consigo, y en todos sus nacimientos siempre hubo algún respeto á nuestro bien y provecho: ansí en este de la consagración de su cuerpo tuvo respeto al mismo bien. Porque puso en él, no solamente su cuerpo verdadero, sino también el místico de sus miembros; y como en los demás nacimientos suyos nos ayuntó siempre á sí mismo, también en este quiso contenernos en sí: y quiso que encerrados en él, y pasando á nuestras entrañas su carne, nos comunicásemos unos con otros, para que por Él viniésemos todos á ser por unión de espíritu un cuerpo y un alma.

Por lo cual el pan caliente, que estaba de continuo en el templo, y delante de la arca de Dios, que tuvo figura de aqueste pan divinísimo, le llama *pan de faces* la sagrada Escritura. Para enseñar que este pan verdadero, a quien aquella imagen miraba, tiene faces innumerables: quiero decir, que contiene en sí á sus miembros, y que como en la divinidad abraza en sí por eminente manera todas las criaturas, ansí en la humanidad, y en este sacramento santísimo, donde se encierra, encierra consigo á los suyos. Y ansí hizo en este, lo que en los demás nacimientos hizo, que fué nuestro bien, que consiste en andar siempre juntos con él: ó por decir lo que parece más propio, trujo á efecto, y puso como en ejecución lo que se pretendia en los otros. Porque aquí hecho mantenimiento nuestro, y pasándose en realidad de verdad dentro de nuestras entrañas, y juntando con nuestra carne la suya, si la halla dispuesta, mantiene al alma, y purifica la carne, y apaga el fuego vicioso, y pone á cuchillo á nuestra vejez, y arranca de raíces el mal, y nos comunica su ser y su vida, y comiéndole nosotros, nos come Él á nosotros, y nos viste de sus cualidades, y finalmente cuasi nos convierte en sí mismo. Y trae aquí á fruto y á espiga, lo que sembró en los demás nacimientos primeros. Y como dice en el Salmo David (Ps. cx, vs. 4. 5.) *Hizo memorial de sus maravillas el Señor misericordioso y piadoso: dió á los que le temen manjar.* Porque en este manjar, que lo es propiamente para los que le temen, recapituló todas sus grandezas pasadas: que en Él hizo ejemplo clarísimo de su infinito poder, ejemplo de su saber infinito, y de

su misericordia, y de su amor con los hombres, ejemplo jamás oido ni visto. Que no contento, ni de haber nacido hombre por ellos, ni de haber muerto por ponerlos en vida, ni de haber renacido para subirlos á gloria, ni de estar junto siempre, y á la diestra del Padre, para su defensa y amparo: para su regalo y consuelo, y para que le tengan siempre no solamente presente, sino le pueden abrazar consigo mismos, y ponerlo en su pecho, y encerrarlo dentro de su corazón, y como chuparle sus bienes, y atraerlos á sí, se les presenta en manjar, y como si dijésemos, les nace en figura de trigo, para que ansí le coman y traguen, y traspasen á sus entrañas; adonde encerrado y ceñido con el calor del espíritu, fructifique y nazca en ellos en otra manera: que será ya la quinta, y la última de las que prometimos decir, y de que será justo que ya digamos, si, Sabino, os parece. Y calló.

—Y Sabino dijo sonriéndose: Huelgo: Juliano, que me conozcáis por mayor, y bien decía yo, que urdiades grande tela, porque sin duda habéis dicho grandes cosas hasta agora, sin lo que os resta, que no debe ser menos, aunque en ello tengo una duda aun ántes que lo digáis. —Qué? respondió Juliano: no entendéis que nace en nosotros Cristo, cuando Dios santifica nuestra alma? —Bien entiendo, dijo Sabino, que San Pablo dice á los Gálatas: (Ad Galat. cap. IV, v. 19.) *Hijuelos mios, que os torno á parir, hasta que se forme Cristo en vosotros*: que es decir, que ansí como el ánima, que era ántes pecadora, se convierte al bien, y se va desnudando de su malicia; ansí Cristo se va formando en ella, y naciendo. Y de los que le aman, y cumplen su voluntad; dice Cristo (Matth. c. XII, vs. 45, 50.) que *son su padre, y su madre*. Pero como cuando el ánima que era mala se santifica, se dice que nace en ella Jesucristo; ansí también se dice, que ella nace en Él: por manera que es lo mismo, á lo que parece, nacer nosotros en Cristo, y nacer Cristo en nosotros, pues la razón porque se dice es la misma: y de nuestro nacimiento en Jesucristo ayer dijo Marcelo lo que se puede decir. Y ansí no parece, Juliano que teneis más que decir en ello. Y esta es mi duda. —Juliano entonces dijo: En eso que dudais, Sabino, habéis dado principio á mi razón. Porque es verdad que esos nacimientos andan juntos, y que siempre que nacemos nosotros en Dios, nace

Cristo en nosotros, y que la santidad, y la justicia, y la renovación de nuestra alma, es el medio de ambos nacimientos. Mas aunque por andar juntos parecen uno, todavía el entendimiento atento y agudo los divide, y conoce que tienen diferentes razones. Porque el nacer nosotros en Cristo es propiamente, quitada la mancha de culpa con que nuestra alma se figuraba como demonio, recibir la gracia y la justicia que cría Dios en nosotros, que es como una imagen de Cristo, y con que nos figuramos de su manera. Mas nacer Cristo en nosotros es, no solamente venir el don de la gracia á nuestra alma, sino el mismo Espíritu de Cristo venir á ella, y juntarse con ella, y como si fuese alma del alma, derramarse por ella, y derramado, y como embebido en ella, apoderarse de sus potencias y fuerzas, no de paso, ni de corrida, ni por un tiempo breve, como acontece en los resplandores de la contemplación, y en los arrobamientos del espíritu, sino de asiento, y con sosiego estable, y como se reposa el alma en el cuerpo: que Él mismo lo dice ansí (Joan. c. XIV, v. 23.): *El que me amare, será amado de mi Padre, y vendremos á Él, y haremos asiento en Él.*

Ansí que nacer nosotros en Cristo, es recibir su gracia, y figurarnos de ella; mas nacer en nosotros Él, es venir Él por su Espíritu á vivir en nuestras almas y cuerpos. Venir digo á vivir, y no sólo á hacer deleite y regalo, Por lo cual aunque ayer Marcelo dijo de cómo nacerémos nosotros en Dios, queda lugar para decir hoy del nacimiento de Cristo en nosotros. Del cual, pues habemos ya dicho que se diferencia, y cómo se diferencia del nuestro, y que propiamente consiste en que comience á vivir el Espíritu de Cristo en el alma; para que se entienda esto mismo mejor, digamos lo primero, cuán diferentemente vive en ella, cuando se le muestra en la oración, y después diremos, cuándo y cómo comienza Cristo á nacer en nosotros, y la fuerza de este su nacer y vivir en nosotros, y los grados y crecimiento que tiene. Porque cuanto á lo primero, entre esta venida y ayuntamiento del Espíritu de Cristo á nosotros, que llamamos nacimiento suyo, y entre las venidas que hace al alma del justo, y las demostraciones que en el negocio de la oración le hace de sí, de las diferencias que hay, la principal es, que en esto que llamamos nacer, el Es-

píritu de Cristo se ayunta con la esencia del alma, y comienza á ejecutar su virtud en ella, abrazándose con ella, sin que ella lo sienta ni entienda. Y reposa allí como metido en el centro de ella, como dice Isaías: (Isaías cap. XII, v. 6.) *Regocíjate, y alaba, hija de Sión, porque el Señor de Israel está en medio de ti*: y reposando allí, como desde el medio derrama los rayos de su virtud por toda ella, y la mueve secretamente, y con su movimiento de Él, y con la obediencia del alma á lo que es de Él movida, se hace por momentos mayor lugar en ella, y más ancho y más dispuesto aposento.

Más en las luces de la oración, y en sus gustos, todo su trato de Cristo es con las potencias del alma, y con el entendimiento, con la voluntad y memoria, de las cuales á las veces pasa á los sentidos del cuerpo, y se les comunica por diversas y admirables maneras, en la forma que les son posibles aquestos sentimientos á un cuerpo. Y de la copia de dulzores que el alma siente, y de que está colmada, pasan al compañero las sobras. Por donde estas luces ó gustos, ó este ayuntamiento gustoso del alma con Cristo en la oración, tiene condición de relámpago: digo, que luce, y se pasa en breve. Porque nuestras potencias y sentidos, en cuanto esta vida mortal dura, tienen precisa necesidad de divertirse á otras contemplaciones y cuidados, sin los cuales ni se vive, ni se puede, ni debe vivir. Y júntase también con esta diferencia otra diferencia, que en el ayuntamiento del Espíritu de Cristo con el nuestro, que llamamos nacimiento de Cristo, el Espíritu de Cristo tiene vez de alma respecto de la nuestra, y hace en ella obra de alma moviéndola á obrar como debe en todo lo que se ofrece, y pone en ella ímpetu para que se mence, y ansí obra Él en ella, y la mueve, que ella ayudada de Él obra con Él juntamente: mas en la presencia que de sí hace en la oración á los buenos por medio de deleite y de luz, por la mayor parte el alma y sus potencias reposan, y él solo obra en ellas por secreta manera un reposo, y un bien que decir no se puede. Y ansí aquel primer ayuntamiento es de vida, mas este segundo es de deleite y regalo: aquel es el ser y el vivir, aqueste es lo que hace dulce el vivir; allí recibe vivienda y estilo de Dios el alma, aquí gusta algo de su bienandanza: y ansí aquello se da con asiento, y para que dure, porque si fal-

ta no se vive; mas esto se da de paso, y á la ligera, porque es más gustoso que necesario, y porque en esta vida, que se nos da para obrar, este deleite, en cuanto dura, quita el obrar, y le muda en gozar. Y sea esto lo uno. Y cuanto á lo segundo que decía, digo de esta manera:

Cristo nace en nosotros, cuando quiera que nuestra alma, volviendo los ojos á la consideración de su vida, y viendo las fealdades de sus desconciertos, y aborreciéndolos, y considerando el enojo merecido de Dios, y doliéndose de Él, ansiosa por aplacarle, se convierte con fe, con amor, con dolor á la misericordia de Dios, y al rescate de Cristo. Ansí que Cristo nace en nosotros entonces. Y dícese que nace en nosotros, porque entonces entra en nuestra alma su mismo Espíritu, que en entrando se entraña en ella, y produce luégo en ella su gracia, que es como un resplandor, y como un rayo que resulta de su presencia, y que se asienta en el alma, y la hace hermosa. Y ansí comienza á tener vida allí Cristo, esto es, comienza á obrar en el alma y por el alma, lo que es justo que obre Cristo. Porque lo más cierto, y lo más propio de la vida es la obra. Y de esta manera el que es en sí siempre, y el que vive en el seno del Padre antes de todos los siglos, comienza como digo, y cuando digo, á vivir en nosotros: y el que nació de Dios perfecto y cabal, comienza á ser en nosotros como niño. No porque en sí lo sea, ó porque en su Espíritu, que está hecho alma del nuestro, haya en realidad de verdad alguna disminución, ó menoscabo (porque el mismo que es en sí, ese mismo es el que en nosotros nace tal y tan grande) sino porque en lo que hace en nosotros se mide con nuestro sujeto. Y aunque está en el alma todo Él, no obra en ella luégo que entra en ella, todo lo que vale y puede, sino obra conforme á como se le rinde, y se desnuda de su propiedad: para el cual rendimiento y desnudez Él mismo la ayuda, y ansí decimos, que nace entónces como niño. Mas cuanto el alma movida y guiada de Él, se le rinde más, y se desnuda más de lo que tiene por suyo; tanto crece en ella más cada dia, esto es, tanto va ejecutando más en ella su eficacia, y descubriéndose más, y haciéndose más robusto, hasta que llega en nosotros, como dice San Pablo (Ad Ephes. cap. IV, v. 13.) á *edad de perfecto varón, á la medida de la grandeza de Cristo*: esto es,

hasta que llega Cristo á ser, en lo que es y hace en nosotros y con nosotros, perfecto cual lo es en sí mismo.

Perfecto, digo, cual es en sí, no es igualdad precisa, sino en manera semejante. Quiero decir, que el vivir y el obrar que tiene en nuestra alma Cristo, cuando llega á ser en ella varón perfecto, no es igual en grandeza al vivir y al obrar que tiene en sí, pero es del mismo metal y linaje. Y ansí aunque reposa en nuestra alma todo el Espíritu de Cristo desde el primer punto que nace en ella, no por eso obra luégo en ella todo lo que es y lo que puede, sino primero como niño, y luégo como más crecido, y después como valiente y perfecto. Y de la manera que nuestra alma en el cuerpo, desde luégo que nace en él, nace toda, mas no hace luégo que en él nace, prueba de sí totalmente, ni ejercita luégo toda su eficacia y su vida; sino después y sucesivamente, ansí como se van enjugando con el calor los órganos con que obra, y tomando firmeza hábil para servir al obrar: ansí es lo que decimos de Cristo, que aunque pone en nosotros todo su espíritu cuando nace, no ejercita luégo en nosotros toda su vida; sino conforme á movidos de Él le seguimos, y nos apuramos de nosotros mismos, ansí Él va en su vivir contínuamente subiendo. Y como cuando comienza á vivir en nuestra alma, se dice que nace en ella, ansí se dice que crece cuando vive más: y cuando llega á vivir allí, al estilo que vive en sí, entonces es lo perfecto. De arte que según aquesto tiene tres grados este nacimiento y crecimiento de Cristo en nosotros. El primero de niño, en que comprendemos la niñez y la mocedad, lo principiante y lo aprovechante que decir solemos. El segundo de más perfecto. El último de perfecto del todo. En el primero nace y vive en la más alta parte del alma. En el segundo en aquella, y en la que llamamos parte inferior. En el tercero en esto, y en todo el cuerpo del todo. Al primero podemos llamar estado de ley, por las razones que diremos luégo. El segundo es estado de gracia. Y el tercero y último estado de gloria.

Y digamos de cada uno por sí, presuponiendo primero que en nuestra alma, como sabéis, hay dos partes. Una divina, que de su hechura y metal mira al cielo, y apetece cuanto de suyo es (si no la estorban, ó escurecen, ó llevan), lo que es razón y justicia: inmortal de su naturaleza, y muy hábil para

estar sin mudarse en la contemplación y en el amor de las cosas eternas. Otra de menos quilates, que mira á la tierra y que se comunica con el cuerpo, con quien tiene deudo y amistad: sujeta á las pasiones y mudanzas de él, que la turban y alteran con diversas olas de afectos: que teme, que se acongoja, que codicia, que llora, que se engrie y ufana, y que finalmente por el parentesco que con la carne tiene, no puede hacer sin su compañía estas obras. Estas dos partes son como hermanas nacidas de un vientre en una naturaleza misma, y son de ordinario entre sí contrarias, y riñen, y se hacen guerra. Y siendo la ley, que esta segunda se gobierne siempre por la primera; á las veces, como rebelde y furiosa, toma las riendas ella del gobierno y hace fuerza á la mejor; lo cual le es vicioso, ansí como le es natural el deleite, y el alegrarse, y el sentir en sí los demás afectos que la parte mayor le ordenare. Y son propiamente la una como el cielo, y la otra como la tierra, y como un Jacob, y un Esaú concebidos juntos en un vientre, que entre sí pelean, como dirémos más largamente. Pues ansí dicho, decimos agora que cuando el alma aborrece su maldad y Cristo comienza á nacer en ella, pone su espíritu, como decíamos, en el medio y en el centro, que es en la sustancia del alma, y prende luégo su virtud en la primera parte de ella; la parte que de estas dos que decíamos, es la más alta y la mejor. Y vive Cristo allí en el primer estado de este nacimiento, ejercitando en aquella parte su vida, esto es, alumbrándola, y enderezándola, y renovándola, y componiéndola, y dándole salud y fuerzas para que con valor ejercite su oficio. Mas á la otra parte menor, en este primer estado, el espíritu de Cristo que en lo alto del alma vive, no le desarraiga sus brios, porque aún no vive en aquesta parte baja: mas aunque no viva en ella como señor pacífico, dale ayo y maestro que gobierne aquella niñez, y el ayo es la parte mayor, en que él ya vive; ó él mismo, según que vive en ella, es el ayo de esta parte menor, que desde su lugar alto le da leyes por donde viva, y le hace que se conozca, y le va á la mano si se mueve contra lo que se le manda, y la riñe, y la aflige con amenazas y miedos, de donde resulta contradicción, y agonía, y servidumbre, y trabajo. Y Cristo que vive en nosotros, y desde el lugar donde vive, en este artículo se

há con esta menor parte como Moysén, que le da ley, y la amonesta, y la riñe, y la amenaza, y la enfrena: mas aún no la libra de su flaqueza, ni la sana de sus malos movimientos, por donde á este grado ó estado le llamamos de ley. En que como Moysén en el tiempo pasado gozaba de la habla de Dios, y en la cumbre del monte conversaba con él, y recibía su gracia, y era alumbrado de su lumbre, y descendía después al pueblo carnal é inquieto, y sujeto á diferentes deseos, y que estaba á la falda de la sierra, adonde no veía sino el temblor y las nubes, y descendiendo á él, le ponía leyes de parte de Dios, y le avisaba que pusiese á sus deseos freno, y él se los enfrenaba cuanto podía con temores y penas: ansí la parte más alta nuestra, luégo al principio que Cristo en ella nace, santificada por Él, y viviendo por su espíritu, como subida en el monte con Dios, al pueblo que está en la falda; esto es, á la parte interior, que por los muchos movimientos de apetitos y pasiones diferentes que bullen en ella, es una muchedumbre de pueblo bullicioso y carnal é inclinado á hacer lo peor, lo escribe leyes y le enseña lo que le conviene hacer ó huir, y le gobierna las riendas, á veces alargándolas, y á veces recogiéndolas hácia sí, y finalmente la hinche de temor y de amenazas.

Y como contra Moysén se rebeló por diferentes veces el pueblo, y como siempre con dificultad puso al yugo su mal domada cerviz, de donde nacieron contradicciones en ellos, y alborotos, y ejemplos de señalados castigos: ansí esta parte baja, en el estado que digo, oye mal muchas veces las amonestaciones de su hermana mayor, en que ya Cristo vive, y luchan las dos á veces, y despiertan entre sí crueles peleas. Mas como Moysén para llevar aquella gente al asiento de su descanso, les persuadió primero que saliesen de Egipto, y los metió en la soledad del desierto, y los guió haciendo vueltas por él por largo espacio de tiempo; y con quitarles el regalo y el amparo de los hombres, y darles el amparo de Dios en la nube, en la columna de fuego, en el maná que les llovían los cielos, y en el agua que les manaba la piedra, los iba levantando hácia Dios, hasta que al fin pasaron con Josué, su capitán, el Jordán, y limpiaron de enemigos la tierra y reposaron en ella, hasta que vino últimamente Cristo á nacer en su carne: ansí su Espíri-

tu, que ha nacido ya en lo que es principal en el alma, para reducir á su obediencia la parte que resta, que tiene las condiciones, y flaquezas, y carnalidades que he dicho, desde la razón donde vive, como otro Moysén, induciéndola á que se despida de los regalos de Egipto, y lavándola con las tribulaciones, y destetándola poco á poco de sus toscos consuelos, y quitándole de los ojos cada dia más las cosas que ama, y haciéndola á que ame la pobreza y la desnudez del desierto, y dándole allí su maná, y pasando á cuchillo á muchas de sus enemigas pasiones, y acostumbrándola al descanso y reposo santo, va creciendo en ella, y aprovechando, y mitigando sus brios, y haciéndola cada dia más hábil para poner su vida en su carne, y al fin la pone, y como si dijésemos, se encarna en ella, y la hinche de sí, como hizo á la mayor y primera. Y no le quita lo que le es natural, como son los sentimientos medidos, y el poder padecer y morir; sino desarráigale lo vicioso, si no del todo, á lo menos cási del todo.

Y este es el grado segundo que dijimos, en el cual el Espíritu de Cristo vive en las dos partes del alma: en la primera, que es la celestial, santificándola, ó si lo habemos de decir ansí, haciéndola como Dios; y en la segunda, que mira á la carne, apurándola, y mortificándola de lo carnal y vicioso. Y en vez de la muerte que ella solía dar con su vicio al espíritu, Cristo agora pone en ella á cuchillo cási todo lo que es contumaz y rebelde. Y como se hubo con sus discípulos cuando anduvo con ellos, que los conversó primero, y dado que los conversaba, duraban en ellos los afectos de carne, de que los corregía poco á poco por diferentes maneras, con palabras, con ejemplos, con dolores y penas; y finalmente después de su resurrección, teniéndolos ya conformes, y humildes, y juntos en Jerusalém, envió sobre ellos en abundancia su Espíritu, con que los hizo perfectos y santos: ansí cuando en nosotros nace, trata primero con la razón y fortifícala para que no la venza el sentido; y procediendo después por sus pasos contados, *derrama su espíritu*, como dice Joel (Joel, cap. II, v. 28), *sobre toda la carne*, con que se rinde y se sujeta al espíritu. Y cúmplese entonces lo que en la oración (Matth. cap. VI, v. 9) le pedimos, que se haga su voluntad, así como en el cielo, en la tierra: porque manda entonces Dios en el cielo del alma, y

en lo terreno de ella es obedecido casi ni más ni ménos. Y baña el corazón de sí mismo, y hace ya Cristo en toda el alma oficio enteramente de Cristo, que es oficio de ungir; porque la unge desde la cabeza á los piés, y la beatifica en cierta manera. Porque aunque no le comunica su vista, comunícale mucho de la vida que le ha de durar para siempre, y sostiénela ya con el vivir de su espíritu, con que ha de ser después sostenida sin fin. Y este es el mantenimiento, y el pan que por consejo suyo pedimos á Dios cada dia, cuando decimos (Lucæ, cap. XI, v. 3) *y nuestro pan*, como si dijésemos, él de después, que eso quiere decir la palabra del original griego *eniozion*, *dánoslo hoy:* esto es, aquel pan nuestro, nuestro porque nos lo promete; nuestro, porque sin él no se vive; nuestro, porque sólo él hinche nuestro deseo: ansí que este pan y esta vida que prometida nos tienes, acorta los plazos, Señor, y dánosla ya, y viva ya tu HIJO en nosotros del todo, dándonos entera vida, porque él es el pan de la vida.

De manera que cuando viene á este estado el nacimiento de Cristo en nosotros, y cuando su vida en mí ha subido á este punto, entonces Cristo es lisamente en nosotros el Mesías prometido de Dios por la razón sobredicha. Y el estado es de gracia, porque la gracia baña á casi toda el alma; y no es estado de ley, ni de servidumbre, ni de temor, porque todo lo que se manda se hace con gusto. Porque en la parte que solía ser rebelde y que tenía necesidad de miedo y de freno, vive ya Cristo, que la tiene cuasi pura de su rebeldía. Y es estado de Evangelio, porque el nacer y vivir Cristo en ambas las partes del alma, y la santificación de toda ella con muerte de lo que era en ella vejez, es el efecto de la buena nueva del Evangelio, y el reino de los cielos que en él se predica, y la obra propia y señalada, y que reservó para sí solo el HIJO de Dios, y el Mesías que la ley prometía. Como Zacarías en su cántico dice (Luc., cap. I, vv. 73, 75): *Juramento que juró á Abrahám nuestro padre, de darse á nosotros. Para que librándonos de nuestros enemigos, le sirvamos sin miedo, le sirvamos en santidad y justicia, y en su presencia la vida toda.* Y es estado de gozo, por cuanto reina en toda el alma el espíritu, y ansí hace en ella sin impedimento sus frutos, que son, como San Pablo dice (Ad Galat., cap. V, v. 22), *caridad, y gozo, y paz, y pa-*

ciencia, y larga espera en los males. Por donde en persona de los de este grado, dice el profeta Isaías (Isai., cap. LXI, v. 10): *Gozando me gozaré en el Señor, y regocijaráse mi alma en el Dios mio, porque me vistió vestiduras de salud, y me cercó con vestidura de justicia. Como á esposo me hermoseó con corona, y como á esposa adornada con sus joyeles.*

Y también en cierta manera es estado de libertad y de reino, porque es el que deseaba San Pablo á los Colosenses en el lugar donde escribe (Ad Colos., cap. III, v. 15): *Y la paz de Dios alce bandera, y lleve la corona en vuestros corazones.* Porque en el primer grado estaba la gracia y paz de Dios, como quien residía en frontera, y vecina á los enemigos encerrada, y recatada, y solícita: mas agora ya se espacia, y se alegra, y se extiende como señora ya del campo. Y ni más ni menos es estado de muerte y de vida, porque la vida que Cristo vive en los que llegan aquí, da vida á lo alto del alma, y da muerte y degüella á cási todos los afectos y pasiones malas del cuerpo. De que dice el Apóstol (Ad Rom., cap. VIII, v. 10): *Si Cristo está en vosotros, vuestro cuerpo sin duda ha muerto, cuanto al pecado: mas el espíritu vive por virtud de la justicia.* Y finalmente es estado de amor y de paz, porque se hermanan en él las dos partes del alma que decimos, y el sentido ama servir á la razón, y Jacob y Esaú se hacen amigos, que fueron imágen de esto, como ántes decía. Porque Sabino, como sabéis, Rebeca, mujer de Isaac (Genes., cap. XXV, v. 22), concibió de un vientre aquestos dos hijos, que ántes que naciesen, peleaban entre sí mismos: por donde ella afligida consultó el caso con Dios, que le respondió que tenía en su vientre dos linajes de gentes contrarias, que pelearían siempre entre sí, y que el menor en salir á luz vencería al que primero naciese. Llegado el tiempo, nació primero un niño bermejo y velloso, y después de él, y asido de su pié de él, nació luégo otro de diferente cualidad del primero. Este postrero fué llamado Jacob, y el primero Esaú. Su inclinación fué diferente, ansí como su figura lo era. Esaú aficionado á la caza y al campo, Jacob á vivir en su casa. En ella compró un dia por cierto caso á su hermano el derecho del mayorazgo, que se le vendió por comer. Poco después con artificio le ganó la bendición de su padre, que creyó que bendecía al mayor. Que-

daron por esta causa enemigos, aborrecía de muerte Esaú á Jacob, amenazábale siempre. El mozo santo, aconsejado de la madre, huyó la ocasión, desamparó la casa del padre, caminó para Oriente, vió en el camino el cielo sobre sí abierto, sirvió en casa de su suegro por Lia y por Raquel, y casado tuvo abundancia de hijos y de hacienda; y volviendo con ella á su tierra, luchó con el ángel, fué bendecido de él, y enflaquecido en el muslo, mudó el andar con el nombre, y luégo le vino al encuentro Esaú su hermano ya amigo y pacífico.

Pues conforme á esta imágen, son de un parto las dos partes del alma, y riñen en el vientre, porque de su naturaleza tienen apetitos contrarios, y porque sin duda después nacen de ella dos linajes de gentes enemigas entre sí, las que siguen en el vivir el querer del sentido, y las que miden lo que hacen por razón y justicia. Nace el sentido primero, porque se ve su obra primero: tras él viene luégo el uso de la razón. El sentido es teñido de sangre, y vestido de los frutos de ella, y ama el robo, y sigue siempre sus pasiones fieras por alcanzarlas; mas la razón es amiga de su morada, adonde reposa contemplando la verdad con descanso. Aquí le vienen á las manos la bendición y el mayorazgo. Mas enójanse los sentidos, y descubren sus deseos sangrientos contra el hermano, que guiado de la sabiduría, para vencerlos, los huye y corta las ocasiones del mal. Y enajénase el hombre de los padres y de la casa, y puestos los ojos en el oriente, camina á él la razón, á la cual en este camino se le aparece Dios y le asegura su amparo, y con esto le mueve y guia á servir muchos años y con mucho fruto por Raquel y por Lia; hasta que finalmente, acercándose ya á su verdadera tierra, viene á abrazarse con Dios, y como á luchar con el ángel, pidiéndole que le santifique y bendiga, y ponga en paz sus sentidos, y sale con su porfía á la fin. Y con la bendición muere el muslo (porque en el morir del sentido vicioso consiste el quedar enteramente bendito) y cojea luégo el hombre, y es Israel. Israel, porque se ve en él y se descubre la eficacia de la vida divina, que ya posee: cojo, porque anda en las cosas del mundo con solo el pié de la necesidad, sin que le lleve el deleite. Y ansí en llegando á este punto el sentido sirve á la razón, y se pacifica con ella, y la ama, y gozan ambas, cada una según su

manera, de riquezas y bienes: y son buenos hermanos Esaú y Jacob, y vive, como en hermanos conformes, el Espíritu de Cristo, que se derrama por ellos. Que es lo que se dice en el Salmo (Ps. CXXXII entero): *Cuán bueno es, y cuán lleno de alegría el morar en uno de los hermanos? Como el ungüento bueno sobre la cabeza, que desciende á la barba, á la barba del sacerdote, y desciende al gorjal de su vestidura. Como rocío en Hermón, que desciende sobre los montes de Sión. Porque allí estatuyó el Señor la bendición, las vidas por los siglos.* Porque todo el descanso, y toda la dulzura, y toda la utilidad de esta vida entonces es, cuando aquestas dos partes nuestras, que decimos hermanas, viven también como hermanas en paz y concordia.

Y dice que es suave y provechosa esta paz, como lo es el ungüento oloroso derramado, y el rocío que desciende sobre los montes de Hermón y de Sión. Porque en el hecho de verdad el HIJO de Dios, que nace y que vive en estas dos partes, y que es unción y rocío, como ya muchas veces decimos, derramándose en la primera de ellas, y de allí descendiendo á la otra, y bañándola, hace en ellas esta paz provechosa y gustosa. De las cuales partes la una es bien como la cabeza, y la otra como la barba áspera, y como la boca, ó la márgen de la vestidura: y la una es verdaderamente Sión, adonde Dios se contempla, y la otra Hermón, que es asolamiento, porque consiste su salud en que se asuele en ella cuanto levanta el demasiado y vicioso deseo. Y cierto cuando Cristo llega á nacer y vivir en alguno de esta manera, aquel en quien ansí vive, dice bien con San Pablo (Ad Galat., c. IV, v. 20): *Vivo yo, ya no yo, pero vive en mí Jesucristo.* Porque vive y no vive. No vive por sí, pero vive, porque en él vive Cristo, esto es, porque Cristo, abrazado con él, y como infundido por él, le alienta, y le mueve, y le deleita, y le halaga, y le gobierna las obras, y es la vida de su feliz vida. Y de los que aquí llegaron, dice propiamente Isaías (Isai,, c. IX, v. 3): *Alegráronse con tu presencia, como la alegría en la siega: como se regocijaron al dividir del despojo.* De la siega dice, que es señalada alegría, porque se coge en ella el fruto de lo trabajado, y se conoce que la confianza que se hizo del suelo, no salió vacía, y se halla como por la largueza de Dios, mejorado y acrecentado lo que parecía perdido. Y ansí es alegría gran-

dísima la de los que llegan aquí. Porque comienzan á coger el fruto de su fe y penitencia, y ven que no les burló su esperanza, y sienten la largueza de Dios en sí mismos, y un amontonamiento de no pensados bienes.

Y dice del dividir los despojos, porque entonces alegran á los vencedores tres cosas: el salir del peligro, el quedar con honra, el verse con tanta riqueza. Y las mismas alegran á los que agora decimos. Porque vencido, y casi muerto del todo lo que en el sentido hace guerra, y esto porque el Espíritu de Cristo nace y se derrama por él; no solamente salen de peligro, sino se hallan improvisamente dichosos y ricos. Y por eso dice que se alegran en su presencia: porque la presencia suya en ellos, que es el nacer y vivir de Cristo en toda su alma, les acarrea este bien, que es el que añade luégo diciendo: *Porque el yugo de pesadumbre, y la vara de su hombro, y el cetro del ejecutor en él, lo quebrantaste como en el dia de Madián.* Que á la ley dura que puso el pecado en nuestra carne, y á lo que heredamos del primer hombre, y que es hombre viejo en nosotros, lo llama bien, *yugo de pesadumbre*, porque es carga muy enlazada á nosotros, y que mucho nos enlaza: y *vara de su hombro*, porque con ella, como con vara de castigo, nos azota el demonio. Y dice *de su hombro,* por semejanza de los verdugos y ministros antiguos de justicia, que traían al hombro el manojo de varas con que herían á los condenados. Y es *cetro de ejecutor*, y en nosotros: porque por medio de la mala inclinación del viejo hombre, que reside en nuestra carne, ejecuta el enemigo su voluntad en nosotros. Lo cual todo quebranta Cristo, cuando de lo alto del alma extiende su vida á la parte baja de ella, y viene como á nacer en la carne.

Y quebrántalo, *como en el dia de Madián.* Qué ya sabéis en qué forma alcanzó victoria Gedeón (Judic., c. VII, v. 9) de los madianitas, sin sus armas, y con sólo quebrar los cántaros y resplandecer la luz que encerraban, y con tocar las trompetas. Porque comenzar Cristo á nacer en nosotros, no es cosa de nuestro mérito, sino obra de su misma virtud: que primero como luz metida en el medio del alma, se encierra allí, y después se descubre y resplandece, quebrantado lo terreno y carnal del sentido. A cuyo resplandor, y al sonido que hace

la voz de Cristo en el alma, huyen los enemigos y mueren. Y como en el sueño, que entonces vió uno de los del pueblo contrario, un pan de cebada, y cocido entre la ceniza, que se revolvía por el real de los enemigos, tocando las tiendas las derrocaba: ansí aquí Cristo, que es pan despreciado al parecer, y cocido en trabajos, revolviéndose por los sentidos del alma, pone por el suelo los asientos de la maldad, que nos hacen guerra, y finalmente los abrasa y consume, como dice luégo el profeta: *Que toda la presa, ó pelea peleada con alboroto, y la vestidura revuelta en las sangres, será para ser quemada, será mantenimiento de fuego.* Y dice bien, *la pelea peleada con alboroto*, cuales son las contradicciones que los deseos malos, cuando se encienden, hacen á la razón, y las polvaredas que levantan, y su alboroto, y su ruido. Y dice bien, *el vestido revuelto en la sangre*, que es el cuerpo y la carne, que nos vestimos, manchada con la sangre de sus viciosas pasiones. Porque todo ello en este caso lo apura el santo fuego, que Cristo en el Evangelio (Luc., c. XII, v. 49) dice, que vino á poner en la tierra. Y lo que el mismo Profeta en otro capítulo escribe, también pertenece á este negocio, porque dice de esta manera (Isai., c. XXX, vv. 19 y 21): *Porque el pueblo en Sión habitará en Jerusalém. No llorará llorando: apiadando se apiadará de ti. A la voz de tu grito, en oyéndola, te responderá. Y daros ha el Señor pan estrecho, y agua apretada: y no volará más tu maestro: y á tu maestro tus ojos le contemplarán. Y tus orejas oirán á las espaldas tuyas palabra que te dirá: Este es el camino, andad en él, no inclinéis á la derecha, ó á la izquierda.* Que es imagen de esto mismo que digo, adonde el pueblo, que estaba en Sión, hace ya morada en Jerusalém; y la vida de Cristo que vivia en el alcázar del alma, se extiende por toda la cerca de ella y la pacifica; y el que residía en Sión, hace ya su morada en la paz; y cesa el lloro, que es lloro, porque se usa ya con ellos de la piedad, que es perfecta. Y como vive ya Cristo en ellos, óyelos en llamando, ó por mejor decir, lo que Él pide en ellos, eso es lo que piden: porque está en ellos su maestro metido, que no se les aparta ni ausenta, y que en hablando ellos los oye. Y dales entonces Dios pan estrecho y agua apretada, porque verdaderamente les da el pan y el agua que dan vida verdadera, su cuerpo y su espíritu, que se

derrama por ellos y los sustenta. Mas dáselo con brevedad y estrechez: lo uno, porque de ordinario mezcla Dios con este pan que les da, adversidad y trabajos; lo otro, porque es pan que sustenta en medio de los trabajos y de las apreturas el alma; y lo último, porque en esta vida este pan vive como escondido, y como encogido en los justos. Que como dice de ellos San Pablo (Ad Colos., c. III, v. 4, 5): *Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, mas cuando El apareciere, que es vuestra vida, entonces le pareceréis á El en la gloria.* Porque entonces acabará de crecer en los suyos Cristo perfectamente y del todo, cuando los resucitare del polvo inmortales y gloriosos, que será el grado tercero, y el último de los que arriba dijimos. Adonde su Espíritu y vida de Él se comunicará de lo alto del alma á la parte más baja de ella, y de ella se extenderá por el cuerpo, no solamente quitando de él lo vicioso, sino también desterrando de él lo quebradizo y lo flaco, y vistiéndolo enteramente de sí.

De manera que todo su vivir, su querer, su entender, su parecer y resplandecer será Cristo, que será entonces varón perfecto enteramente en todos los suyos, y será uno en todos, y todos serán hijos cabales de Dios, por tener en sí el ser y el vivir de este HIJO, que es único y solo HIJO de Dios, y lo que es HIJO de Dios en todos los que se llaman sus hijos. Y ansí como Cristo nace en todas estas maneras, ansí también en las Escrituras sagradas hebreas es llamado HIJO con cinco nombres diversos. Porque como sabéis, Isaías le llama IELED. Y David en el Salmo segundo (Ps. II, v. 12) le llama BAR. Y en el Salmo setenta y uno (Ps. LXXI, v. 20) le llama NIN. Y de David y de Isaías es llamado BEN. Y llámale SIL Jacob en la bendición de su hijo Judas (Gén., c. XLIX, v. 21) en el libro de la creación de las cosas. De manera que como Cristo nace cinco veces, ansí también tiene cinco nombres de HIJO, que todos significan lo mismo que HIJO, aunque con sonidos diferentes y con orígen diverso. Porque IELED es, como si dijésemos, el engendrado. BAR el criado, apurado, escogido. NIN el que se va levantando. BEN el edificio. Y SIL el pacífico ó el enviado. Que todas son cualidades que generalmente se dicen bien de los hijos, por donde los hebreos tomaron nombres de ellas para significar lo que es HIJO. Porque el hijo es engendrado,

y criado, y sacado á luz, y es como lo apurado, y lo ahechado que sale del mezclarse los padres, y el que se levanta en su lugar cuando ellos fallecen, sustentando su nombre, y es como un edificio (por donde aun en español á los hijos y descendientes les damos nombre de casa) y es la paz el hijo, y como el nudo de concordia entre el padre y la madre.

Mas dejando lo general, con señalada propiedad son estos nombres de solo aqueste HIJO que digo. Porque Él es el engendrado según el nacimiento eterno, y el sacado á luz según el nacimiento de la carne, y lo apurado y lo ahechado de toda culpa según ella misma, y el que se levantó de los muertos, y el edificio que encierra en la Hostia donde se pone á todos sus miembros, y el que nace en el centro de sus almas, de donde envía poco á poco por todas sus partes de ellas la virtud de su Espíritu, que las apura, y aviva, y pacifica, y bastece de todos sus bienes. Y finalmente, Él es el HIJO de Dios, que sólo es HIJO de Dios en sí, y en todos los demás que lo son. Porque en Él se criaron, y por él se reformaron, y por razón de lo que de Él contienen en sí, son dichos sus hijos. Y eso es ser nosotros hijos de Dios, tener á este su divino HIJO en nosotros. Porque el Padre no tiene sino á Él solo por HIJO, ni ama como á hijos sino á los que en sí le contienen, y son una misma cosa con Él, un cuerpo, un alma, un espíritu. Y ansí siempre ama á sólo Él en todas las cosas que ama. Y acabo Juliano aquí, y dijo luégo: Hecho he, Sabino, lo que me pedistes, y dicho lo que es sabido decir: mas si os tengo cansado, por eso proveisteis bien que Marcelo sucediese luégo, que con lo que dijere nos descansará á todos.—A Sabino, dijo entonces Marcelo, yo fio que no le habéis cansado; mas habéisme puesto en trabajo á mí, que después de vos no sé qué podre decir que contente. Sólo hay este bien, que me vengaré agora, Sabino, de vos en quitaros el buen gusto que os queda. Dijo Marcelo esto, y quería Sabino responderle; mas estorbóselo un caso que sucedió, como agora diré.

En la orilla contraria de donde Marcelo y sus compañeros estaban, en un árbol, que en ella había, estuvo asentada una avecilla de plumas y de figura particular, cuasi todo el tiempo que Juliano decía, como oyéndole, y á veces como respondiéndole con su canto, y esto con tanta suavidad y armonía,

que Marcelo y los demás habían puesto en ella los ojos y los oidos. Pues al punto que Juliano acabó, y Marcelo respondió lo que he referido, y Sabino le quería replicar, sintieron ruido hácia aquella parte, y volviéndose, vieron que lo hacían dos grandes cuervos, que revolando sobre el ave que he dicho, y cercándola al derredor, procuraban hacerle daño con las uñas y con los picos. Ella al principio se defendía con las ramas del árbol, encubriéndose entre las más espesas. Mas creciendo la porfía, y apretándola siempre más á doquiera que iba, forzada se dejó caer en el agua, gritando, y como pidiendo favor. Los cuervos acudieron también al agua, y volando sobre la haz del rio le perseguían malamente, hasta que á la fin el ave se sumió toda en el agua, sin dejar rastro de sí. Aquí Sabino alzó la voz, y con un grito dijo: ¡Oh la pobre, y cómo se nos ahogó! Y ansí lo creyeron sus compañeros, de que mucho se lastimaron. Los enemigos como victoriosos se fueron alegres luégo. Mas como hubiese pasado un espacio de tiempo, y Juliano con alguna risa consolase á Sabino, que maldecía los cuervos, y no podía perder la lástima de su pájara, que ansí la llamaba; de improviso á la parte adonde Marcelo estaba, y cuasi junto á sus piés la vieron sacar del agua la cabeza, y luégo salir del arroyo á la orilla toda fatigada y mojada. Como salió, se puso sobre una rama baja que estaba allí junto, adonde extendió sus alas, y las sacudió del agua: y después batiéndolas con presteza, comenzó á levantarse por el aire cantando con una dulzura nueva. Al canto como llamadas otras muchas aves de su linaje acudieron á ella de diferentes partes del soto. Cercábanla, y como dándole el parabién, le volaban al derredor. Y luégo juntas todas, y como en señal de triunfo, rodearon tres ó cuatro veces el aire con vueltas alegres, después se levantaron en alto poco á poco, hasta que se perdieron de vista.

Fué grandísimo el regocijo y alegría que de este suceso recibió Sabino. Mas decíame, que mirando en este punto á Marcelo, le vió demudado en el rostro, y turbado algo, y metido en gran pensamiento, de que mucho se maravilló: y queriéndole preguntar qué sentía, vióle que levantaba al cielo los ojos como entre los dientes, y con un suspiro disimulado dijo: Al fin Jesús es Jesús. Y que luégo sin dar lugar á que

ninguno le preguntase más, se volvió á él, y le dijo: Atended pues, Sabino, á lo que pedistes.

§. II.

Trátase del nombre EL AMADO, que se le da á Cristo en la Sagrada Escritura, y explícanse las finezas de amor con que los suyos le aman.

Y porque, Sabino, veáis, que no me pesa de obedeceros, y porque no digáis, como soléis, que siempre os cuesta lo que me oís, muchos ruegos; primero que diga del nombre que señalastes, quiero decir de un otro nombre de Cristo, que las últimas palabras de Juliano, en que dijo ser Él lo que Dios en todas las cosas ama, me le trajeron á la memoria: y es EL AMADO, que ansí le llama la sagrada Escritura en diferentes lugares.—Maravilla es veros tan liberal, Marcelo, dijo Sabino entónces: mas proseguid en todo caso, que no es de perder una añadidura tan buena.—Digo pués, prosiguió luégo Marcelo, que es llamado Cristo EL AMADO en la santa Escritura, como parece por lo que diré. En el libro de los Cantares la aficionada Esposa le llama con este nombre casi todas las veces. Isaías en el capítulo quinto hablando del mismo y con el mismo, le dice (Isai. cap. v, v. 1.): *Cantaré* AL AMADO *el cantar de mi tio á su viña.* Y acerca del mismo Profeta en el capítulo veintiseis adonde leemos (Isai. cap. xxvi, v. 17.): *Como la que concibió, al tiempo del parto vocea herida de sus dolores, ansí nos acaece delante tu cara*; la antigua traslación de los griegos lee de esta manera: *Ansí nos aconteció con* EL AMADO. Que como Orígenes declara, es decir que EL AMADO, que es Cristo, concebido en el alma, la hace sacar á luz y parir lo que causa grave dolor en la carne, y lo que cuesta, cuando se pone por obra, agonía y gemidos, como es la negación de sí mismo. Y David al Salmo cuarenta y cuatro, en que celebra los loores y los desposorios de Cristo, le intitula, *Cantar del* AMADO. Y San Pablo le llama el hijo del amor, por aquesta misma razón. Y el mismo Padre celestial acerca de San Mateo le nombra su AMADO, y su hijo. De manera que es

nombre de Cristo este, y nombre muy digno de Él, y que descubre una su propiedad muy rara, y muy poco advertida.

Porque no queremos decir agora, que Cristo es amable, ó que es merecedor del amor, ni queremos engrandecer su muchedumbre de bienes con que puede aficionar á las almas: que eso es un abismo sin suelo, y no es lo propio que en este nombre se dice. Ansí que no queremos decir, que se le debe á Cristo amor infinito, sino decir que es Cristo EL AMADO, esto es, el que antes ha sido, y agora es, y será para siempre la cosa más amada de todas. Y dejando aparte el derecho, queremos decir del hecho, y de lo que pasa en realidad de verdad, que es lo que propiamente importa este nombre, no menos digno de consideración, que los demás nombres de Cristo. Porque ansí como es sobre todo lo que comprende el juicio, la grandeza de razones, por las cuales Cristo es amable; ansí es cosa que admira la muchedumbre de los que siempre le amaron, y las veras y las finezas nunca oidas de amor, con que los suyos le aman. Muchos merecen ser amados, y no lo son, ó lo son mucho menos de lo que merecen: mas á Cristo aunque no se le puede dar el amor que se debe, diósele siempre el que es posible á los hombres. Y si de ellos levantamos los ojos, y ponemos en el cielo la vista, es AMADO de Dios todo cuanto merece. Y ansí es llamado debidamente EL AMADO. Porque ni una criatura sola, ni todas juntas las criaturas son de Dios tan amadas. Y porque Él solo es el que tiene verdaderos amadores de sí. Y aunque la prueba de este negocio es el hecho, digamos primero del dicho, y antes que vengamos á los ejemplos, descubramos las palabras, que nos hacen ciertos de esta verdad, y las profecías que de ella hay en los libros divinos.

Porque lo primero, David en el Salmo en que trata del reino de aqueste su Hijo y Señor, profetíza, como en tres partes, esta singularidad de afición con que Cristo había de ser de los suyos querido. Que primero dice (Ps. LXXI, vv. 11, 15 y 19.): *Adorarle han los reyes todos, todas las gentes le servirán.* Y después añade: *Y vivirá, y daránle del oro de Sabá, y rogarán siempre por Él, bendecirle han todas las gentes.* Y á la postre concluye: *Y será su nombre eterno, perseverará allende del sol su nombre, bendecirse han todos en El, y daránle bienan-*

danzas. Que como aquesta afición que tienen á Cristo los suyos es rarísima por extremo, y David la contemplaba alumbrado con la luz de profeta, admirándose de su grandeza, y queriendo decirla, usó de muchas palabras, porque no se decía con una. Que dice, que la fuerza del amor para con Cristo, que reinaría en los ánimos fieles, les derrocaría por el suelo el corazon adorándole, y los encendería con cuidado vivo para servirle, y les haría que le diesen todo su corazón hecho oro, que es decir, hecho amor, y que fuese su deseo continuo, rogar que su reino creciese, y que se extendiese más y allende su gloria, y que les daría un corazón tan ayuntado, y tan hecho uno con Él, que no rogarían al Padre ninguna cosa que no fuese por medio de Él, y que del hervor del ánimo les saldría el ardor á la boca, que les bulliría siempre en loores, á quien ni el tiempo pondría silencio, ni fin el acabarse los siglos, ni pausa el sol cuando él se parare, sino que durarían cuanto el amor que los hace, que sería perpetuamente, y sin fin. El cual mismo amor les sería causa á los mismos, para que ni tuviesen por bendito lo que Cristo no fuese, ni deseasen bien, ni á otros, ni á sí, que no naciese de Cristo, ni pensasen haber alguno que no estuviese en Él, y ansí juzgasen y confesasen ser suyas todas las buenas suertes, y las felices venturas.

También vió aquestos extremos de amor, con que amarían á Cristo los suyos, el patriarca Jacob estando vecino á la muerte, cuando, profetizando á Joseph su hijo sus buenos sucesos entre otras cosas le dice (Gen. cap. XLIX, v. 26.): *Hasta el Deseo de los collados eternos*. Que por cuanto le habia bendecido, y juntamente profetizado, que en él y en su descendencia florecerían sus bendiciones con grandísimo efecto; y por cuanto conocia que al fin había de perecer toda aquella felicidad en sus hijos por la infidelidad de ellos, al tiempo que naciese Cristo en el mundo; añadió, y no sin lástima, y dijo: *Hasta el Deseo de los eternos collados*. Como diciendo, que su bendición en ellos tendría suceso, hasta que Cristo naciese. Que ansí como cuando bendijo á su hijo Judas le dijo, que mandaría entre su gente, y tendría el cetro del reino, hasta que viniese el *Silo*: ansí agora pone límite y término á la prosperidad de Joseph en la venida del que llama, Deseo. Y

como allí llama á Cristo *Silo* por encubierta y rodeo, que es decir el Enviado, ó el hijo de ella, ó el dador de la abundancia, y de la paz, que todas son propiedades de Cristo: ansí aquí le nombra el Deseo de los collados eternos. Porque los collados eternos aquí son todos aquellos, á quien la virtud ensalzó, cuyo único deseo fué Cristo. Y es lástima, como decía, que hirió en este punto el corazón de Jacob con sentimiento grandísimo, que viniese á tener fin la prosperidad de sus hijos, cuando salía á luz la felicidad deseada y amada de todos, y que aborreciesen ellos para su daño lo que fué el suspiro y el deseo de sus mayores y padres, y que se forjasen ellos por sus manos su mal, en el bien que robaba para sí todos los corazones y amores.

Y lo que decimos *Deseo* aquí, en el original es una palabra que dice una afición que no reposa, y que abre de continuo el pecho con ardor y deseo. Por manera que es cosa propia de Cristo, y ordenada por solo Él, y profetizada de Él antes que naciese en la carne, el ser querido y AMADO, y deseado con excelencia, como ninguno jamás ha sido ni querido, ni deseado, ni amado. Conforme á lo cual fué también lo de Ageo, que hablando de aqueste general objeto de amor, y de este señaladamente querido, y diciendo de las ventajas que había de hacer el templo segundo, que se edificaba cuando él escribía, al primer templo, que edificó Salomón, y fué quemado por los caldeos; dice por la más señalada de todas, que *vendría á él el Deseado de todas las gentes, y que le hinchiría de gloria.* Porque ansí como el bien de todos colgaba de su venida, ansí le dió por suerte Dios, que los deseos é inclinaciones y aficiones de todos se inclinasen á Él. Y esta suerte y condición suya, que el profeta miraba, la declaró llamándole el Deseado de todos. Mas ¿por ventura no llegó el hecho á lo que la profecía decía, y el de quien se dice, que sería el Deseado y AMADO, cuando salió á luz, no lo fué? Es cosa que admira lo que acerca de esto acontece, si se considera en la manera que es. Porque lo primero, puédese considerar la grandeza de una afición en el espacio que dura, que esa es mayor la que comienza primero, y siempre persevera continua, y se acaba, ó nunca, ó muy tarde. Pues si queremos confesar la verdad, primero que naciese en la carne Cristo, y luégo que los hom-

bres, ó luégo que los ángeles comenzaron á ser, comenzó á prender en sus corazones de ellos su deseo y su amor. Porque, como altísimamente escribe San Pablo, cuando Dios primeramente introdujo á su Hijo en el mundo, se dijo (Ad Hebr. capit. I, v. 6.): *Y adórenle todos sus ángeles*. En que quiere significar y decir, que luégo y en el principio que el Padre sacó las cosas á luz, y dió ser y vida á los ángeles, metió en la posesión de ello á Cristo su Hijo como á heredero suyo, y para quien se crió, notificándoles algo de lo que tenia en su ánimo acerca de la humanidad de Jesús, señora que habia de ser de todo, y reparadora de todo, á la cual se la propuso como delante los ojos, para que fuese su esperanza, y su deseo, y su amor.

Ansí que cuanto son antiguas las cosas, tan antiguo es ser Jesucristo AMADO de ellas: y como si dijésemos, en sus amores de Él se comenzaron los amores primeros, y en la afición de su vista se dió principio al deseo, y su caridad se entró en los pechos angélicos, abriendo la puerta ella ántes que ninguno otro que de fuera viniese. Y en la manera que San Juan (Apoc. c. XIII, v. 8.) le nombra, *Cordero sacrificado desde la orígen del mundo*, ansí también le debemos llamar, bien AMADO, y deseado, desde luégo que nacieron las cosas. Porque ansí como fué desde el principio del mundo sacrificado en todos los sacrificios, que los hombres á Dios ofrecieron desde que comenzaron á ser, porque todos ellos eran imagen del único y grande sacrificio de este nuestro Cordero: ansí en todos ellos fué aqueste mismo Señor deseado, y AMADO. Porque todas aquellas imágenes, y no solamente aquellas de los sacrificios, sino otras innumerables que se compusieron de las obras, y de los sucesos, y de las personas de los padres pasados, voces eran que testificaban este nuestro general deseo de Cristo. Y eran como un pedírsele á Dios, poniéndole devota y aficionadamente tantas veces su imagen delante. Y como los que aman una cosa mucho, en testimonio de cuanto la aman, gastan de hacer su retrato, y de traerlo siempre en las manos: ansí el hacer los hombres tantas veces, y tan desde el principio imágenes y retratos de Cristo, ciertas señales eran del amor y deseo de Él, que les ardía en el pecho. Y ansí las presentaba á Dios para aplacarle con ellas, que las hacian

también para manifestar en ellas su fe para con Cristo, y su deseo secreto.

Y este deseo y amor de Cristo, que digo, que comenzó tan temprano en hombres y en ángeles, no feneció brevemente, antes se continuó con el tiempo, y persevera hasta agora, y llegará hasta el fin, y durará cuando la edad se acabare, y florecerá fenecidos los siglos tan grande y tan extendido, cuanto la eternidad es grande y se extiende. Porque siempre hubo, y siempre hay, y siempre ha de haber almas enamoradas de Cristo. Jamás faltarán vivas demostraciones de este bienaventurado deseo. Siempre sed de El: siempre vivo el deseo de verle: siempre suspiros dulces, testigos fieles del abrasamiento del alma. Y como las demás cosas para ser amadas, quieran primero ser vistas y conocidas, á Cristo le comenzaron á amar los ángeles y los hombres sin verle, y con solas sus nuevas. Las imágenes y las figuras suyas, ó dirémos mejor, aun las sombras oscuras que Dios les puso delante, y el rumor solo suyo, y su fama les encendió los espíritus con increibles ardores. Y por eso dice divinamente la Esposa (Cant. c. I, v. 2.): *En el olor de tus olores corremos, las doncellicas te aman.* Porque solo el olor de aqueste gran bien, que tocó en los sentidos recién nacidos, y como donceles del mundo, les robó de tal manera las almas, que las llevó en su seguimiento encendidas. Y conforme á esto es también lo que dice el Profeta (Isai. c. XXVI, v. 9.): *Esperamos en ti, tu nombre, y tu recuerdo, deseo del alma, mi alma te deseó en la noche.* Porque en la noche, que es, según Teodoreto (1) declara, todo el tiempo desde el principio del mundo, hasta que amaneció Cristo en él como luz, cuando á malas penas se divisaba, llevaba á sí los deseos: y su nombre apénas oido, y unos como rastros suyos impresos en la memoria, encendían las almas.

Mas ¿cuántas almas, pregunto, una, ó dos, ó á lo menos no muchas? Admirable cosa es los ejércitos sin número de los verdaderos amadores que Cristo tiene, y terná para siempre, Un amigo fiel es negocio raro, y muy dificultoso de hallar. Que como el Sabio dice (Eccli. c. VI, v. 14.): *El amigo fiel es*

(1) Comm. in Daniel. Orat. VIII.

fuerte defensa: el que le hallare, habrá hallado un tesoro. Mas Cristo halló y halla infinitos amigos, que le aman con tanta fe, que son llamados los fieles entre todas las gentes como con nombre propio, y que á ellos solos conviene. Porque en todas las edades del siglo, y en todos los años de él, y podemos decir, que en todas sus horas, han nacido y vivido almas que entrañablemente le amen. Y es más hacedero y posible que le falte la luz al sol, que faltar en el mundo hombres que le amen y adoren. Porque este amor es el sustento del mundo, y el que le tiene como de la mano, para que no desfallezca. Porque no es el mundo más, de cuanto se hallare en él, quien por Cristo se abrase. Que en la manera como todo lo que vemos se hizo para fin y servicio y gloria de Cristo, según que dijimos ayer; ansí en el punto que faltase en el suelo quien le reconociese, y amase, y sirviese, se acabarían los siglos, como ya inútiles para aquello á que son. Pues si el sol, después que comenzó su carrera, en cada una vuelta suya produce en la tierra amadores de Cristo; quién podrá contar la muchedumbre de los que amaron y aman á Cristo? Y aunque Aristóteles (1) pregunta, si conviene tener uno muchos amigos, y concluye que no conviene; pero sus razones tienen fuerza en la amistad de la tierra, adonde, como en sujeto no propio, prende siempre y fructifica con imperfección el amor. Mas esa es la excelencia de Cristo, y una de las razones por donde le conviene ser EL AMADO con propiedad, que da lugar á que le amen muchos, como si le amara uno solo, sin que los muchos se estorben, y sin que El se embarace en responderse con tantos. Porque si los amigos, como dice Aristóteles, no han de ser muchos, porque para el deleite bastan pocos, porque el deleite no es el mantenimiento de la vida, sino como la salsa de ella, que tiene su límite; en Cristo aquesta razón no vale, porque sus deleites, por grandes que sean, no se pueden condenar por exceso.

Y si teniendo respecto al interés, que es otra razón, no nos convienen, porque habemos de acudir á sus necesidades, á que no puede bastar la vida, ni la hacienda de uno, si los amigos son muchos; tampoco tiene aquesto lugar. Porque su

(1) Ethic. lib. IX, c. 10. Magnor. Mor. lib. II, c. 16.

poder de Cristo, haciendo bien, no se cansa, ni su riqueza repartida se disminuye, ni su alma se ocupa, aunque acuda á todos y á todas sus cosas. Ni menos impide aquí lo que entre los hombres estorba, que (y es la tercera razón) no se puede tener amistad con muchos, si ellos también entre sí no son amigos. Y es dificultoso negocio, que muchos entre sí mismos, y con un otro tercero, guarden verdadera amistad. Porque Cristo en los que le aman, Él mismo hace el amor, y se pasa á sus pechos de ellos, y vive en sus almas, y por la misma razón hace que tengan todos una misma alma y espíritu. Y es fácil y natural que los semejantes y los unos se amen. Y si nosotros no podemos cumplir con muchos amigos, porque acontecería en un mismo tiempo, como el filósofo dice, ser necesario sentir dolor con los unos, y placer con los otros; Cristo que tiene en su mano nuestro dolor y placer, y que nos le reparte cuando y como conviene, cumple á un mismo tiempo dulcísimamente con todos. Y puede El, porque nació para ser por excelencia EL AMADO, lo que no podemos los hombres, que es amar á muchos con estrecheza y extremo. Que el amor no lo es, si es tibio, ó mediano. Porque la amistad verdadera es muy estrecha. Y ansí nosotros no valemos sino para con pocos. Mas Él puede con muchos, porque tiene fuerza para lanzarse en el alma de cada uno de los que le aman, y para vivir en ella, y abrazarse con ella, cuan estrechamente quisiere.

De todo lo cual se concluye, que Cristo, como á quien conviene el ser AMADO entre todos, y como aquel que es el sujeto propio del amor verdadero, no solamente puede tener muchos que le amen con estrecha amistad, mas debe tenerlos, y ansí de hecho los tiene. Porque son sus amadores sin cuento. No dice en los Cantares la Esposa (1): *Sesenta son sus reinas, y ochenta sus aficionadas, y de las doncellicas que le aman no hay cuento?* Pues la Iglesia ¿qué le dice cuando le canta, que se recrea entre las azucenas, rodeado de danzas, y de coros de vírgenes? Mas San Juan en su revelación (Apoc. c. VII, v. 9.), como testigo de vista lo pone fuera de toda du-

(1) Cantic. cap. VI, v. 7. En todas las ediciones dice *Setenta*; pero es yerro.

da, diciendo, que *vió una muchedumbre de gente, que no podía ser contada, que delante del trono de Dios asistían ante la faz del cordero vestidos de vestiduras blancas, y con ramos de palma en las manos.* Y si los aficionados que tiene entre los hombres son tantos; qué será si ayuntamos con ellos á todos los santos ángeles, que son también suyos en amor, y en fidelidad y en servicio? Los cuales sin ninguna comparación exceden en muchedumbre á las cosas visibles, conforme a lo que Daniel escribía (Daniel, c. VII, v. 10.), que asisten á Dios, y le sirven millares de millares, y de cuentos, y de millares. Cosa sin duda no solamente rara y no vista, sino ni pensada, ni imaginada jamás, que sea uno AMADO de tantos, y que una naturaleza humana de Cristo abrase en amor á todos los ángeles, y que se extienda tanto la virtud de este bien, que encienda afición de sí cuasi en todas las cosas.

Y porque dije, cuasi en todas, podemos, Juliano, decir, que las que ni juzgan, ni sienten, las que carecen de razón, y las que no tienen ni razón, ni sentido, apetecen también á Cristo, y se le inclinan amorosamente, tocadas de este su fuego, en la manera que su natural lo consiente. Porque lo que la naturaleza hace, que inclina á cada cosa al amor de su propio provecho, sin que ella misma lo sienta; eso obró Dios, que es por quien la naturaleza se guía, inclinando al deseo de Cristo aun á lo que no siente ni entiende. Porque todas las cosas guiadas de un movimiento secreto amando su mismo bien, le aman también á Él, y suspiran con su deseo, y gimen por su venida en la manera que el Apóstol escribe (Ad Rom. c. VIII, vv. 19, 22.): *La esperanza de toda la criatura se endereza, á cuando se descubrirán los hijos de Dios: que agora está sujeta á corrupción fuera de lo que apetece, por quien á ello le obliga, y la mantiene con esta esperanza. Porque cuando los hijos de Dios vinieren á la libertad de su gloria, también esta criatura será libertada de su servidumbre y corrupción. Que cosa sabida es, que todas las criaturas gimen y están como de parto hasta aquel día.* Lo cual no es otra cosa sino un apetito, y un deseo de Jesucristo, que es el autor de esta libertad, que San Pablo dice, y por quien todo vocca. Por manera que se inclinan á Él, los deseos generales de todo, y el mundo con todas sus partes le mira y abraza.

Conforme á lo cual, y para significación de ello, decía en los Cantares la Esposa (Cant. c. III, v. 9.): que *Salomón hizo para sí una litera de cedro, cuyas columnas eran de plata, y los lados de la silla de oro, y el asiento de púrpura, y en medio el amor de las hijas de Jerusalém.* Porque esta litera en cuyo medio Cristo reside y se asienta, es lo mismo que este templo del universo, que como digo, El mismo hizo para sí en la manera como para tal Rey convenía, rico, y hermoso, y lleno de variedad admirable, y compuesto, y como si dijésemos, artizado con artificio grandísimo. En el cual se dice anda El como en litera, porque todo lo que hay en él, le trae consigo, y le demuestra, y le sirve de asiento. En todo está, en todo vive, en todo gobierna, en todo resplandece y reluce. Y dice que está en medio, y llámale por nombre, *El amor encendido de las hijas de Jerusalém*, para decir que es el amor de todas las cosas, ansí las que usan de entendimiento y razón, como las que carecen de ella, y las que no tienen sentido. Que á las primeras llama *hijas de Jerusalém*, y en orden de ellas le nombra amor encendido, para decir que se abrasan amándole todos los hijos de paz, ó sean hombres, ó ángeles. Y las segundas demuestra por la *litera*, y por las partes ricas que la componen, la caja, las columnas, el recodadero, y el respaldar, y la peana y asiento: respecto de todo lo cual, dice, que este amor está en medio, para mostrar que todo ello le mira, y como al centro de todo, su peso de cada uno le lleva á El los deseos de todas las partes derecha y fielmente, como van al punto las rayas desde la vuelta del círculo.

Y no se contentó con decir que Cristo tiene el medio y el corazón de esta universidad de las cosas, para decir que le encierran todas en sí; ni se contentó con llamarle *amor* de ellas, para demostrar, que todas le aman; sino añadió más y llamóle *amor encendido*, con una palabra de tanta significación, como es la original que allí pone: que significa no encendimiento como quiera, sino un encendimiento grande, é intenso, y como lanzado en los huesos; y encendimiento cual es el de la brasa en que no se ve sino fuego. Y ansí dirémos bien aquí, *el amor abrasado*, ó *el amor que convierte en brasa los corazones de sus amigos*, para encarecer ansí mejor la fineza de los que le aman. Porque no es tan grande el número de los

amadores, que tiene este AMADO, con ser tan fuera de todo número como dicho tenemos, cuanto es ardiente, y firme, y vivo, y por maravilloso modo entrañable el amor que le tienen. Porque á la verdad, lo que más aquí admira, es la viveza, y firmeza, y blandura, y fortaleza, y grandeza de amor con que es AMADO Cristo de sus amigos. Que personas ha habido, unas de ellas naturalmente bien quistas, otras que, ó por su industria, ó por sus méritos han allegado á sí las aficiones de muchos, otras que enseñando sectas, y alcanzando grandes imperios, han ganado acerca de las naciones y pueblos reputación, y adoración, y servicio.

Mas no digo uno de muchos, pero ni uno de otro particular íntimo amigo suyo, fué jamás AMADO con tanto encendimiento, y firmeza, y verdad, como Cristo lo es de todos sus verdaderos amigos, que son, como dicho habemos sin número. Que si, como escribe el Sabio (Eccli. cap. VI, v. 16, 17.), *El amigo leal es medicina de vida, y hállanle los que temen á Dios*: que *el que teme á Dios, hallará amistad verdadera, porque su amigo será otro como él*: qué podremos decir de la leal y verdadera amistad que Cristo tiene, y de quien es AMADO, si han de responder á lo que él ama á Dios, y si le han de ser semejantes, y otros tales como él? Claro es, que conforme á esta regla del Sabio, quien es tan verdadero y tan bueno, ha de tener muy buenos y muy verdaderos amigos: y que quien ama á Dios, y le sirve, según que es hombre con mayor intensión y fineza que todas las criaturas juntas, es AMADO de sus amigos más firme y verdaderamente, que lo fué jamás criatura ninguna. Y claro es, que el que nos ama, y nos recuesta, y nos solicita, y nos busca, y nos beneficia, y nos allega á sí, y nos abraza con tan increible y no oida afición, al fin no se engaña en lo que hace, ni es respondido de sus amigos con amor ordinario. Y conócese aquesto aún por otra razón. Porque Él mismo se forja los amigos, y les pone en el corazón el amor en la manera que Él quiere. Y cuanto de hecho quiere ser AMADO de los suyos, tanto los suyos le aman. Pues cierto es, que quien ama tanto como Cristo nos ama, quiere y apetece ser AMADO de nosotros por extremada manera. Porque el amor solamente busca, y solamente desea al amor. Y cierto es, que pues nos hace que le seamos amigos, nos hace tales

amigos cuales nos quiere y nos desea: y que pues enciende este fuego, le enciende conforme á su voluntad, vivo y grandísimo.

Que si los hombres y los ángeles amaran á Cristo de su cosecha, y á la manera de su poder natural, y según su sola condición y sus fuerzas, que es decir, al estilo tosco suyo, y conforme á su aldea; bien se pudiera tener su amor para con Él por tibio y por flaco. Mas si miramos quién los atiza de dentro, y quién los despierta y favorece, para que le puedan amar, y quién principalmente cria el amor en sus almas; luégo vemos, no solamente que es amor de extraordinario metal, sino también que es incomparablemente ardentísimo. Porque el Espíritu Santo mismo, que es de su propiedad el amor, nos enciende de sí para con Cristo, lanzándose por nuestras entrañas, según lo que dice San Pablo (Ad Rom. cap. v, v. 5.) *La caridad de Dios nos ha sido derramada por los corazones, por el Espíritu Santo, que nos han dado.* Pues qué no será, ó cuáles quilates le faltarán, ó á qué fineza no allegará el amor que Dios en el hombre hace, y que enciende con el soplo de su Espíritu propio? Podrá ser ménos que amor nacido de Dios, y por la misma razón digno de Él, y hecho á la manera del cielo, adonde los serafines se abrasan? O será posible, que la idea, como si dijésemos, del amor, y el amor con que Dios mismo se ama, crie amor en mí, que no sea en firmeza fortísimo, y en blandura dulcísimo, y en propósito determinado para todo y osado, y en ardor, fuego, y en perseverancia, perpetuo, y en unidad estrechísimo? Sombra son sin duda, Sabino, y ensayos muy imperfectos de amor los amores todos, con que los hombres se aman, comparados con el fuego que arde en los amadores de Cristo: que por eso se llama por excelencia EL AMADO, porque hace Dios en nosotros, para que le amemos, un amor diferenciado de los otros amores, y muy aventajado entre todos.

Mas ¿qué no hará por afinar el amor de Cristo en nosotros, quien es Padre de Cristo? quien le ama como á único hijo? quien tiene puesta en solo Él toda su satisfacción y su amor? Que ansí dice San Pablo de Dios (Ad Colos. cap. I, v. 13.), Que Jesucristo es su hijo de amor, que es decir según la propiedad de su lengua, que es el hijo á quien ama Dios con ex-

tremo. Pues si nace de este divino Padre, que amemos nosotros á Cristo su hijo; cierto es. que nos encenderá á que le amemos, si no en el grado que Él le ama, á lo menos en la manera que le ama Él. Y cierto es, qué hará que el amor de los amadores de Cristo sea como el suyo, y de aquel linaje y metal, único, verdadero, dulce, cual nunca en la tierra se conoce ni ve. Porque siempre mide Dios los medios con el fin que pretende. Y en que los hombres amen á Cristo su hijo, que les hizo hombre, no solo para que les fuese señor, sino para que tuviesen en Él la fuente de todo su bien y tesoro; ansí que en que los hombres le amen, no solamente pretende que se le dé su debido, sino pretende también, que por medio del amor se hagan unos con Él y participen sus naturalezas humana y divina, para que de esta manera se les comuniquen sus bienes. Como Orígenes dice (1): «Derrámase la abundancia de la caridad en los corazones de los santos (2), para que por ella participen de la naturaleza de Dios, y para que por medio de este don del Espíritu Santo, se cumpla en ellos aquella palabra del Señor (Joann. cap. XVII, v. 21): *Como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Tí, sean estos ansí unos en nosotros.* Conviene á saber, comunicándoles nuestra naturaleza por medio del amor abundantísimo que les comunica el Espíritu.»

Pregunto pues, qué amor convendrá que sea el que hace una obra tan grande? Qué amistad, la que llega á tanta unidad? Qué fuego, el que nos apura de nuestra tanta vileza, y nos acendra, y nos sube de quilates hasta allegarnos á Dios? Es sin duda finísimo, y como Orígenes dice, abundantísimo el amor, que en los pechos enamorados de Cristo cria el Espíritu santo. Porque lo cria para hacer en ellos la mayor y más milagrosa obra de todas, que es hacer dioses á los hombres, y transformar en oro fino nuestro lodo vil y bajísimo. Y como si en el arte de la alquimia por solo el medio del fuego convirtiese uno en oro verdadero un pedazo de tierra, diríamos ser aquel fuego extremadamente vivo, y penetrable y eficaz, y de incomparable virtud: ansi el amor con de los pechos santos es

(1) In Cantic. lib. I. Oper. edit. Venet. 1743. tom. III, pag. 31.
(2) Ad Rom., c. v, v. 3.

amado este AMADO, y que en Él los transforma, es sobre todo amor entrañable y vivísimo: y es no ya amor, sino como una sed, y una hambre insaciable, con que el corazón que á Cristo ama, se abraza con Él, y se entraña, y como Él mismo lo dice (Joan. c. VI.), le come, y le traspasa á las venas. Que para declarar la grandeza de Él y su ardor, el amar los santos á Cristo, llama la Escritura comer á Cristo (Ecli. cap. XXIV, v. 29.) *Los que me comieren*, dice, *aún tendrán hambre de mí.* Y (Joan. cap. VI, v. 54.), *si no comiéredes mi carne, y bebiéredes mi sangre, no tendréis vida en vosotros.* Que es también una de las causas porqué dejó en el sacramento de la Hostia su cuerpo; para que en la manera que con la boca y con los dientes en aquellas especies y figuras de pan comen los fieles su carne, y la pasan al estómago, y se mudan en ella ellos, como ayer se decia: ansí en la misma manera en sus corazones con el fuego del amor le coman y le penetren en sí, como de hecho lo hacen los que son sus verdaderos amigos: los cuales, como decíamos, abrasándose en Él, andan, si lo debemos decir ansí, desalentados y hambrientos por Él. Porque como dice el Macario (1): «Si el amor que nace de la comunicación de la carne, divide del padre y de la madre, y de los hermanos, y toda su afición pone en el consorte, como es escrito (Genes. c. II, v. 24.): *Por tanto dejará el hombre al padre y á la madre, y se juntará con su mujer, y serán un cuerpo los dos*: pues si el amor de la carne ansí desata al hombre de todos los otros amores; cuanto más todos los que fuesen dignos de participar con verdad aquel don amable y celestial del espíritu, quedarán libres y desatados de todo amor de la tierra? Y les parecerán todas las cosas de ella superfluas é inútiles, por causa de vencer en ellos, y ser rey en sus almas el deseo del cielo. Aquello apetecen, en aquello piensan de contínuo: allí viven, allí andan con sus discursos, allí su alma tiene todo su trato, venciéndolo todo, y levantando bandera en ellos el amor celestial y divino, y la afición del espíritu.»

Más verémos evidentemente la grandeza no medida de este amor que decimos, si miráremos la muchedumbre, y la dificultad de las cosas que son necesarias para conservarle y te-

(1) Homil. IV, Bibl. PP. edit. Lugd. 1687, tom IV. pag. 105.

nerle. Porque no es mucho amar á uno, si para alcanzar y conservar su amistad, es poco lo que basta. Aquel amor es verdaderamente grande, y de subidos quilates, que vence grandes dificultades. Aquel ama de veras, que rompe por todo; que ningún estorbo le puede hacer que no ame: que no tiene otro bien sino al que ama; que con tenerle á Él, perder todo lo demás no lo estima; que niega todos sus propios gustos, por gustar del amor solamente; que se desnuda todo de sí, para no ser más de amor, cuales son los verdaderos amadores de Cristo.

Porque para mantener su amistad, es necesario lo primero, que se cumplan sus mandamientos (Joan., cap. XIV, v. 23) *Quien me ama á mí*, dice, *guardará lo que Yo le mando*, que es no una cosa sola, ó pocas cosas en número, ó fáciles para ser hechas, sino una muchedumbre de dificultades sin cuento. Porque es hacer lo que la razón dice, y lo que la justicia manda, y la fortaleza pide, y la templanza, y la prudencia, y todas las demás virtudes estatuyen y ordenan. Y es seguir en todas las cosas el camino fiel y derecho, sin torcerse por el interés, ni condescender por el miedo, ni vencerse por el deleite, ni dejarse llevar de la honra. Y es ir siempre contra nuestro mismo gusto, haciendo guerra al sentido. Y es cumplir su ley en todas las ocasiones, aunque sea posponiendo la vida. Y es negarse á si mismo, y tomar sobre sus hombros su cruz, y seguir á Cristo, esto es, caminar por donde Él caminó, y poner en sus pisadas las nuestras. Y finalmente es despreciar lo que se ve, desechar los bienes que con el sentido se tocan, y aborrecer lo que la experiencia demuestra ser apacible y ser dulce, y aspirar á sólo lo que no se ve ni se siente, y desear sólo aquello que se promete y se cree, fiándolo todo de su sola palabra. Pues el amor que con tanto puede, sin duda tiene gran fuerza. Y sin duda es grandísimo el fuego, á quien no amata tanta muchedumbre de agua. Y sin duda lo puede todo, y sale valerosamente con ello este amor, que tienen con Jesucristo los suyos. Qué dice el Esposo á su Esposa? (Cantic. cap. VIII, v. 5.) *La muchedumbre del agua no puede apagar la caridad, ni anegarla los rios.* Y San Pablo qué dice? (I. ad Cor. cap. XIII, vs. 4. 7.) *La caridad es sufrida, bienhechora: la caridad carece de envidia, no lisonjea, ni taca-*

ñea, no se envanece, ni hace de ninguna cosa caso de afrenta, no busca su interés, no se encoleriza, no imagina hacer mal, ni se alegra del agravio, antes se alegra con la verdad: todo lo lleva todo lo cree, todo lo sufre. Que es decir, que el amor que tienen todos sus amadores con Cristo, no es un simple querer, ni una sola y ordinaria afición; sino un querer, que abraza en sí todo lo que es bien querer, y una virtud, que atesora en sí juntas las riquezas de las virtudes, y un encendimiento, que se extiende por todo el hombre, y le enciende en sus llamas.

Porque decir que es *sufrida*, es decir que hace un ánimo ancho en el hombre, con que lleva con igualdad todo lo áspero que sucede en la vida, y con que vive entre los trabajos con descanso, y en las turbaciones quieto, y en los casos tristes alegre, y en las contradicciones en paz, y en medio de los temores sin miedo. Y que como una centella, si cayese en la mar, ella luégo se apagaría y no haría daño en el agua: ansí cualquier acontecimiento duro en el alma, á quien ensancha este amor, se deshace y no empece. Que el daño si viniere, no conmueve esta roca: y la afrenta, si sucediere, no desquicia esta torre: y las heridas, si golpearen, no doblan aqueste diamante. Y añadir que es *liberal y bienhechora*, es afirmar que no es sufrida para ser vengativa, ni calla para guardarse á su tiempo, ni ensancha el corazón con deseo de mejor sazón de venganza; sino que por imitar á quien ama, se engolosina en el hacer bien á los otros. Y que vuelve buenas obras á aquellos de quien las recibe muy malas. Y porque este su bien hacer es virtud y no miedo, por eso dice luégo el Apóstol que *no lisonjea ni es tacaña:* esto es, que sirve á la necesidad del prójimo por más enemigo que le sea, pero que no consiente en su vicio, ni le halaga por de fuera, y le aborrece en el alma, ni le es tacaña é infiel. Y dice que *no se envanece*, que es decir que no hace estima de sí, ni se hincha vanamente, para descubrir en ello la raíz del sufrimiento y del ánimo largo que tiene este amor. Que los soberbios y pundonorosos son siempre mal sufridos, porque todo les hiere. Mas es propiedad de todo lo que es de veras amor, ser humildísimo con aquello á quien ama: y porque la caridad que se tiene con Cristo por razón de su incomparable grandeza, ama por él á todos los hombres; por el mismo caso desnuda de toda altivez al cora-

zón que posee, y le hace humilde con todos. Y con esto dice lo que luégo se sigue, que *no hace de ninguna cosa caso de afrenta*. En que no solamente se dice que el amor de Jesucristo en el alma, las afrentas y las injurias que otros nos hacen, por la humildad que nos cria y por la poca estima nuestra que nos enseña, no las tiene por tales; sino dice también, que no se desdeña, ni tiene por afrentoso ó indigno de sí ningún ministerio, por vil y bajo que sea, como sirva en él á su AMADO en sus miembros.

Y la razón de todo es lo que añade tras esto: *que no busca su interés ni se enoja* de nada. Toda su inclinación es al bien, y por eso *el dañar* á los otros *aún no lo imagina:* los agravios ajenos, y que otros padecen, son los que solamente le duelen: y la alegría y felicidad ajena es la suya. Todo lo que su querido Señor le manda, hace: todo lo que le dice, lo cree: todo lo que se detuviere, le espera: todo lo que le envía, lo lleva con regocijo, y no halla ninguno, sino es en sólo Él á quien ama. Que como un grande enamorado, bien dice (1): «Ansí como en las fiebres el que está inflamado con calentura aborrece y abomina cualquier mantenimiento que le ofrecen, por más gustoso que sea, por razón del fuego del mal que le abrasa, y se apodera de él, y le mueve: por la misma manera aquellos á quien enciende el deseo sagrado del Espíritu celestial, y á quien llaga en el alma el amor de la caridad de Dios, y en quien se enviste, y de quien se apodera el fuego divino que Cristo (Luc., cap. XII, v. 49) vino á poner en la tierra, y quiso que con presteza prendiese; y lo que se abrasa, como dicho es, en deseos de Jesucristo, todo lo que se precia en este siglo, él lo tiene por desechado y aborrecible por razón del fuego de amor que le ocupa y enciende. Del cual amor no los puede desquiciar ninguna cosa, ni del suelo, ni del cielo, ni del infierno. Como dice el Apóstol (Ad Rom., cap. VIII, v. 35): *¿Quién será poderoso para apartarnos del amor de Jesucristo?* con lo que se sigue. Pero no se permite que ninguno halle el amor celestial del Espíritu si no se enajena de todo lo que este siglo contiene, y se da á sí mismo á sola la inquisición del

(1) San Macario, Homil. IX, Bibl. PP. edit. Lugd., 1687, tom. IV, pag. 31.

amor de Jesús, libertando su alma de toda solicitud terrenal, para que pueda ocuparse solamente en un fin por medio del cumplimiento de todo cuanto Dios manda.»

Por manera que es tan grande este amor, que desarraiga de nosotros cualquiera otra afición y queda él señor universal de nuestra alma. Y como es fuego ardentísimo, consume todo lo que se opone: y ansí destierra del corazón los otros amores de las criaturas, y hace él su oficio por ellos, y las ama á todas mucho más y mejor que las amaban sus propios amores. Que es otra particularidad y grandeza de este amor con que es AMADO Jesús, que no se encierra en solo él, sino en él y por él abraza á todos los hombres, y los mete dentro de sus entrañas con una afición tan pura, que en ninguna cosa mira á sí mismo; tan tierna, que siente sus males más que los propios; tan solicita, que se desvela de su bien; tan firme, que no se mudará de ellos si no se muda de Cristo. Y como sea cosa rarísima que un amigo, según la amistad de la tierra, quiera por su amigo padecer muerte, es tan grande el amor de los buenos con Cristo, que porque así le place á él, padecerán ellos daños y muerte, no sólo por los que conocen, sino por los que nunca vieron; y no sólo por los que los aman, sino también por quien los aborrece y persigue. Y llega este AMADO á ser tan AMADO, que por Él lo son todos. Y en la manera como en las demás gracias y bienes es Él la fuente del bien que se derrama en nosotros, ansí en esto lo es. Porque su amor, digo, el que los suyos le tienen, nos provee á todos y nos rodea de amigos que, olvidados por nosotros, nos buscan; y no conocidos, nos conocen; y ofendidos, nos desean y nos procuran el bien: porque su deseo es satisfacer en todo á su AMADO, que es el padre de todos. Al cual aman con tan subido querer, cual es justo que lo sea el que hace Dios con sus manos, y por cuyo medio nos pretende hacer dioses, y en quien consiste el cumplimiento de todas sus leyes, y la victoria de todas las dificultades, y la fuerza contra todo lo adverso, y la dulzura en lo amargo, y la paz, y la concordia, y el ayuntamiento, y abrazo general y verdadero con que el mundo se enlaza.

Mas ¿para qué son razones en lo que se ve por ejemplos? Oigamos lo que algunos de estos enamorados de Cristo dicen,

que en sus palabras verémos su amor; y por las llamas que despiden sus lenguas, conocerémos el infinito fuego que les ardía los pechos. San Pablo, ¿qué dice (Ad Rom., cap. VIII, v. 35)? *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, por ventura? ó la angustia? ó la hambre? ó la desnudez? ó el peligro? ó la persecución? ó la espada?* Y luégo: *Cierto soy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni los poderíos, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni finalmente, criatura ninguna nos podrá apartar del amor de Dios en nuestro Señor Jesucristo.* ¿Qué ardor? ¿Qué llama? ¿Qué fuego? Pues el del glorioso Ignacio ¿cuál era? (1). «Yo escribo, dice, á todos los fieles, y les certifico que muero por Dios con voluntad y alegría. Por lo cual os ruego que no me seáis estorbo vosotros. Ruégoos mucho que no me seáis malos amigos. Dejadme que sea manjar de las fieras, por cuyo medio conseguiré á Jesucristo. Trigo suyo soy, y tengo de ser molido con los dientes de los leones para quedar hecho pan limpio de Dios. No pongáis estorbo á las fieras, antes las convidad con regalo para que sean mi sepultura y no dejen fuera de sí parte de mi cuerpo ninguna. Entonces seré discípulo verdadero de Cristo, cuando ni mi cuerpo fuere visto en el mundo. Rogad por mí al Señor, que por medio de estos instrumentos me haga su sacrificio. No os pongo yo leyes como San Pedro ó San Pablo: que aquellos eran apóstoles de Cristo, y yo soy una cosa pequeña: aquellos eran libres como siervos de Cristo, yo hasta agora solamente soy siervo. Mas si como deseo, padezco, seré siervo libertado de Jesucristo, y resucitaré en él del todo libre. Agora, aprisionado por él, aprendo á no desear cosa alguna vana y mundana. Desde Siria hasta Roma voy echado á las bestias. Por mar y por tierra, de noche y de dia, voy atado á diez leopardos, que bien tratados se hacen peores. Mas sus excesos son mi doctrina, y no por eso soy justo. Deseo las fieras que me están aguardando, y ruego verme presto con ellas: á las cuales regalaré y convidaré que me traguen de presto, y que no hagan conmigo lo que con otros, que no osaron tocarlos. Y si ellas no

(1) En la Epístola á los Romanos: Collect. Cotellerii tom. II, pág. 25, seqq.

quisieren de su voluntad, yo las forzaré que me coman. Perdonadme, hijos, que yo sé bien lo que me conviene. Agora comienzo á aprender, á no apetecer nada de lo que se ve ó no se ve, á fin de alcanzar al Señor. Fuego, y cruz, y bestias fieras, heridas, divisiones, quebrantamientos de huesos, cortamientos de miembros, desatamiento de todo el cuerpo y cuanto puede herir el demonio, venga sobre mí, como solamente gane yo á Cristo. Nada me servirá toda la tierra, nada los reinos de este siglo. Muy mejor me es á mí morir por Cristo que ser rey de todo el mundo. Al Señor deseo, al Hijo verdadero de Dios, á Cristo Jesús, al que murió y resucitó por nosotros. Perdonadme, hermanos mios, no me impidáis el caminar á la vida. Que Jesús es la vida de los fieles. No queráis que muera yo, que muerte es la vida sin Cristo.»

Mas veamos agora cómo arde San Gregorio el teólogo (1): «¡Oh luz del Padre! dice. ¡Oh palabra de aquel entendimiento grandísimo, aventajado sobre toda palabra! ¡Oh luz infinita de luz infinita! Unigénito: Figura del Padre: Sello del que no tiene principio: Resplandor que juntamente resplandece con él: Fin de los siglos: Clarísimo, resplandeciente: Dador de riquezas inmensas: Asentado en trono alto: Celestial, poderoso, de infinito valor: ¡Gobernador del mundo, y que das á todas las cosas fuerza que vivan! Todo lo que es, y lo que será, tú lo haces. Sumo artífice, á cuyo cargo está todo. Porque á ti, ¡oh Cristo! se debe que el sol en el cielo con sus resplandores quite á las estrellas su luz, ansí como en comparación de tu luz son tinieblas los más claros espíritus. Obra tuya es que la luna, luz de la noche, vive á veces y muere, y torna llena después, y concluye su vuelta. Por ti el círculo que llamamos zodíaco, y aquella danza, como si dijésemos, tan ordenada del cielo, pone sazón y debidas leyes al año, mezclando sus partes entre sí y templándolas como sin sentir con dulzura. Las estrellas, ansí las fijas como las que andan y tornan, son pregoneros de tu saber admirable. Luz tuya son todos aquellos entendimientos del cielo, que celebran la Trinidad con sus cantos. También el hombre es tu gloria, que colocaste en la tierra como ángel tuyo pregonero y cantor.

---

(1) En un himno de Cristo.

¡Oh lumbre clarísima, que por mí disimulas tu gran resplandor! ¡Oh inmortal, y mortal por mi causa! Engendrado dos veces. Alteza libre de carne, y á la postre para mi remedio de carne vestida. A ti vivo: á ti hablo: soy víctima tuya. Por ti la lengua encadeno: y agora por ti la desato: y pídote, Señor, que me des callar y hablar como debo.»— Mas oigamos algo de los regalos de nuestro enamorado Augustino (1). «¿Quién me dará, dice, Señor, que repose yo en ti? ¿Quién me dará que vengas tú, Señor, á mi pecho, y que le embriagues, y que olvide mis males, y que abrace á ti solo mi bien? ¿Quién eres, Señor, para mí (dame licencia que hable)? ó ¿Quién soy yo para ti? ¿Que mandas que te ame, y si no lo hago te enojas conmigo y me amenazas con grandes miserias? Como si fuese pequeña, el mismo no amarte. ¡Ay triste de mí! Dime por tus piedades, Señor y Dios mio, ¿quién eres para mí? Dí á mi alma, Yo soy tu salud. Dilo, como lo oya. Ves delante de ti mis oidos del alma: tú los abre, Señor, y dile á mi espíritu: Yo soy tu salud, correré en pos de esta voz y asiréte. No quieras, Señor, esconderme tu cara. Moriré para no morir si la viere. Estrecha casa es mi alma para que á ella vengas, mas ensánchala tú. Caediza es, mas tú la repara. Cosas tiene que ofenderán á tus ojos; sélo, y confiésolo. Mas ¿quién la hará limpia? ó ¿á quién vocearé sino á ti? Límpiame, Señor, de mis encubiertas, y perdona á tu siervo sus demasías.»—

No tiene este cuento fin, porque se acabará primero la vida que el referir todo lo que los amadores de Cristo le dicen para demostración de lo que le aman y quieren. Baste por todos lo que la Esposa dice, que sustenta la persona de todos. Porque si el amor se manifiesta con palabras, ó las suyas lo manifiestan, ó no lo manifiestan ningunas. Comienza de esta manera (Cantic., cap. I, v. 1): *Béseme de besos de su boca, que mejores son tus amores que el vino.* Y prosigue diciendo: *Llévame en pos de ti, y correrémos.* Y añade: *Dime, oh* AMADO *del alma, ¿adónde sesteas, y adónde apacientas al medio dia?* Y repite después: *Ramillete de flores de mirra el mi* AMADO *para mí, pondréle entre mis pechos.* Y después siendo alabada de Él, le res-

(1) En las Confesiones, lib. I, cap. 5.

ponde (Cant., cap. III, v. 1, seqq.): *O cómo eres hermoso*, AMADO *mio, y gentil, y florida nuestra cama, y de cedro los techos de nuestros retretes.* Y compáralo al manzano, y dice cuánto deseó estar asentada á su sombra y comer de su fruta. Y desmáyase luégo de amor: y desmayándose, dice que la socorran con flores, porque desfallece: y pide que el AMADO la abrace, y dice en la manera cómo quiere ser abrazada. Dice (Cantic., cap. III, v. 1, seqq.) que le buscó en su lecho de noche, y que no le hallando levantada, salió de su casa en su busca, y que rodeó la ciudad acuitada y ansiosa, y que le halló, y que no le dejó hasta tornarle á su casa. Dice (Cant., cap. V, v. 5, seqq.) que en otra noche salió también á buscarle, que le llamó por las calles á voces, que no oyó su respuesta, que la maltrataron las rondas, que les dijo á todos los que oyeron sus voces: *Conjúroos, oh hijas de Jerusalém, si sabréis de mi* AMADO, *que le digáis que desfallezco de amor.* Y después de otras muchas cosas, le dice: *Ven,* AMADO *mio, salgamos al campo, hagamos vida en la aldea, madrugarémos por la mañana á las viñas, verémos si da fruto la viña, si está en cierne la uva, si florecen los granados, si las mandrágoras esparcen olor. Allí te daré mis amores. Que todos los frutos, ansí los de guarda, como los de no guarda, los guardo yo para ti.* Y finalmente abrasándose en vivo amor toda, concluye y le dice (Cant., cap. VIII, vv. 1, 3): *¿Quién te me dará á ti como hermano mio mamante los pechos de mi madre? Hallaríate fuera, besaríate, y no me despreciaría ninguno; no haría befa de mí: asiría de ti: meteríate en casa de mi madre, avezaríasme, y daríate yo del adobado vino, y del arrope de las granadas: tu izquierda debajo de mi cabeza, y tu derecha me ceñiría en derredor.*

Pero excusadas son las palabras adonde vocean las obras, que siempre fueron los testigos del amor verdadero. Porque qué hombre jamás, no digo muchos hombres, sino un hombre solo, por más amigo suyo que fuese, hizo las pruebas de amor que hacen y harán innumerables gentes por Cristo, en cuanto los siglos duraren? Por amor de este AMADO, y por agradarle, qué prueba no han hecho de sí infinitas personas? Han dejado sus naturales, hanse despojado de sus haciendas, hanse desterrado de todos los hombres, hanse desencarnado de todo lo que se parece y se ve: de sí mismos, de todo su

querer y entender hacen cada dia renunciación perfectísima. Y si es posible enajenarse un hombre de sí, y dividirse de sí misma nuestra alma, y en la manera que el Espíritu de Dios lo puede hacer, y nuestro saber no lo entiende; se enajenan y se dividen amándole. Por Él les ha sido la pobreza riqueza, y paraiso el desierto, y los tormentos deleite, y las persecuciones descanso: y para que viva en ellos su amor, escogen el morir ellos á todas las cosas, y llegan á desfigurarse de sí, hechos como un sujeto puro sin figura ni forma, para que el amor de Cristo sea en ellos la forma, la vida, el ser, el parecer, el obrar, y finalmente para que no se parezca en ellos más de su AMADO. Que es sin duda el que sólo es AMADO por excelencia entre todo.

Oh grandeza de amor! Oh el deseo único de todos los buenos! Oh el fuego dulce por quien se abrasan las almas! Por Ti, Señor, las tiernas niñas abrazaron la muerte. Por Ti la flaqueza femenil holló sobre el fuego. Tus dulcísimos amores fueron los que poblaron los yermos. Amándote á Ti, oh dulcísimo bien, se enciende, se apura, se esclarece, se levanta, se arroba, se anega el alma, el sentido, la carne. Y paró Marcelo aquí, quedando como suspenso, y poco después, bajando la vista al suelo, y encogiéndose todo: Gran osadía, dice, mia es querer alcanzar con palabras, lo que Dios hace en el ánima que ama á su Hijo, y la manera cómo es AMADO, y cuánto es AMADO. Basta para que se entienda este amor, saber que es don suyo el amarle. Y basta conocer, que en el amarle consiste nuestro bien todo, para conocer que el amor suyo que vive en nosotros no es una grandeza sola, sino un amontonamiento de bienes, y de dulzuras, y de grandezas innumerables; y que es un sol vestido de resplandores, que por mil maneras hermosean el alma. Y para ver que se nombra debidamente Cristo EL AMADO, basta saber que le ama Dios únicamente. Quiero decir, que no solamente le ama mucho más que á otra cosa ninguna, sino que á ninguna ama, sino por su respeto, ó para decirlo como es, porque no ama sino á Cristo en las cosas que ama. Porque su semejanza de Cristo, en la cual por medio de la gracia, que es imagen de Cristo, se trasforma nuestra alma, y el mismo Espíritu de Cristo, que en ella vive, y ansí la hace una cosa con Cristo, es lo que sa-

tisface á Dios en nosotros. Por donde solo Cristo es el AMADO, por cuanto todos los amados de Dios son Jesucristo, por la imagen suya que tienen impresa en el alma; y porque Jesucristo es la hermosura con que hermosea, conforme á su gusto, á todas las cosas, y la salud con que les da vida, y por eso se llama JESÚS, que es el nombre de que dirémos agora. Y calló Marcelo, y habiendo tomado algún reposo, tornó á hablar de esta manera, puestos en Sabino los ojos.

§. III.

Qué significa, y cómo le conviene sólo á Cristo el nombre de JESÚS, y de cómo es su nombre propio en cuanto hombre.

El nombre de JESÚS, Sabino, es el propio nombre de Cristo; porque los demás que se han dicho hasta agora, y otros muchos que se pueden decir, son nombres comunes suyos, que se dicen de Él por alguna semejanza que tiene con otras cosas, de las cuales también se dicen los mismos nombres. Los cuales y los propios difieren: lo uno en que los propios, como la palabra lo dice, son particulares de uno, y los comunes competen á muchos: y lo otro, que los propios, si están puestos con arte y con saber, hacen significación de todo lo que hay en su dueño, y son como imagen suya, como al principio dijimos; mas los comunes dicen algo de lo que hay, pero no todo. Ansí que pues JESÚS es nombre propio de Cristo, y nombre que se le puso Dios por la boca del ángel, por la misma razón no es como los demás nombres, que le significan por partes, sino como ninguno de los demás, que dice todo lo de Él, y que es como una figura suya, que nos pone en los ojos su naturaleza y sus obras, que es todo lo que hay, y se puede considerar en las cosas. Mas conviene advertir, que Cristo, ansí como tiene dos naturalezas, ansí también tiene dos nombres propios. Uno, según la naturaleza divina, en que nace del Padre eternamente, que solemos en nuestra lengua llamar *Verbo* ó *Palabra*; otro, según la humana naturaleza, que es el que pronunciamos JESÚS. Los cuales ambos

son, cada uno conforme á su cualidad, retratos de Cristo perfectos y enteros. Retratos digo enteros, que cada uno en su parte dice todo lo que hay en ella cuanto á un nombre es posible. Y digamos de ambos y de cada uno por sí.

Y presupongamos primero, que en estos dos nombres, unos son los originales y otros son los traslados. Los originales son aquellos mismos que reveló Dios á los Profetas, que los escribieron en la lengua que ellos sabían, que era sira ó hebrea. Y ansí en el primer nombre que decimos *Palabra*, el original es DABAR, y en el segundo nombre JESÚS, el original es IEHOSUAH; pero los traslados son estos mismos nombres, en la manera como en otras lenguas se pronuncian y escriben. Y porque sea más cierta la doctrina, dirémos de los originales nombres. De los cuales en el primero, DABAR, digo, que es nombre de Cristo, según la naturaleza divina, no solamente porque es ansí de Cristo que no conviene, ni al Padre, ni al Espíritu Santo, sino también porque todo lo que por otros nombres se dice de él, lo significa solo éste. Porque DABAR no dice una cosa sola, sino una muchedumbre de cosas: y dícelas, como quiera y por doquiera que le miremos, ó junto á todo él, ó á sus partes cada una por sí, á sus sílabas y á sus letras. Que lo primero, la primera letra, que es D, tiene fuerza de artículo, como *El* en nuestro español; y el oficio del artículo es reducir á ser lo común, y como demostrar y señalar lo confuso, y ser guia del nombre, y darle su cualidad, y su linaje, y levantarle de quilates, y añadirle excelencia: que todas ellas son obras de Cristo, según que es la palabra de Dios. Porque Él puso ser á las cosas todas, y nos las sacó á luz, y á los ojos, y les dió su razón, y su linaje: porque Él en sí es la razón, y la proporción, y la compostura, y la consonancia de todas; y las guia Él mismo, y las repara, si se empeoran, y las levanta, y las sube siempre y por sus pasos á grandísimos bienes.

Y la segunda letra, que es B, como San Jerónimo (1) enseña, tiene significación de edificio, que es también propiedad de Cristo, ansí por ser el edificio original y como la traza

(1) In Epist. Crit. ad Paulam, de Alph. Hebr. Oper. edit. Bened. 1699; tomo II, col. 707.

de todas las cosas, las que Dios tiene edificadas, y las que puede edificar, que son infinitas, como porque fué el obrero de ellas. Por donde también es llamado Tabernáculo en la Sagrada Escritura, como Gregorio Niceno dice (1): *Tabernáculo es el Hijo de Dios unigénito, porque contiene en sí todas las cosas, el cual también fabricó tabernáculo de nosotros.* Porque como deciamos, todas las cosas moraron en Él eternamente antes que fuesen, y cuando fueron Él las sacó á luz, y las compuso para morar Él en ellas. Por manera que ansí como Él es casa, ansí ordenó que también fuese casa lo que nacía de Él. Y que de un tabernáculo naciese otro tabernáculo, y de un edificio otro: y que lo fuese el uno para el otro, y á veces. Él es tabernáculo, porque nosotros vivimos en él: nosotros lo somos, porque Él mora en nosotros. *Y la rueda está en medio la rueda, y los animales en las ruedas, y las ruedas en los animales*, como Ezequiel escribía (Ezech., c. I, v. 16). Y están en Cristo ambas las ruedas: porque en Él está la divinidad del Verbo, y la humanidad de su carne, que contiene en sí la universidad de todas las criaturas ayuntadas y hechas una en la forma que otras veces he dicho.

La tercera letra de DABAR es la R, que conforme al mismo Doctor San Jerónimo (Ibid.), tiene significación de cabeza, ó principio, y Cristo es principio por propiedad. Y Él mismo se llama *Principio* en el Evangelio, porque en Él se dió principio á todas las cosas. Porque como muchas veces decimos, es el original de ellas, que no solamente demuestra su razón, y figura su ser, sino que les da el ser y la sustancia haciéndolas. Y es principio también, porque en todos los linajes de preeminencias y de bienes tiene Él la preeminencia y el lugar más aventajado; ó por decir la verdad, en todos los bienes es Él la cabeza de aquel bien, y como la fuente de donde mana y se deriva, y se comunica á los demás que lo tienen. Como escribe San Pablo (Ad Colos., c. I, v. 18), que es el Principio, y que en todo tiene las primerías. Porque en la orden del ser, Él es el principio, de quien les viene el ser á los otros. Y en la orden del buen ser, Él mismo es la cabeza que todo lo gobierna y reforma. Pues en el vivir, Él es

(1) Lib. de *Vita Mosis*, paullò post med. Edit. París, 1605, col. 243.

el manantial de la vida; en el resucitar, el primero que resucita su carne, y el que es virtud, para que los demás resuciten. En la gloria, el Padre, y el océano de ella. En los reyes el Rey de todos, y en los sacerdotes el Sacerdote supremo, que jamás desfallece; entre los fieles su Pastor; en los ángeles su Príncipe; en los rebeldes, ángeles, ú hombres, su Señor poderoso. Y finalmente, Él es el Principio, por donde quiera que le miremos. Y aun también la R significa, según el mismo Doctor, el espíritu, que aunque es nombre que conviene á todas las tres Personas, y que se apropia al Espíritu Santo, por señalar la manera como se espira y procede; pero díceso Cristo espíritu, demás de lo común, por cierta particularidad y razón. Lo uno, porque el ser Esposo del alma, es cosa que se atribuye al Verbo. Y el alma es espíritu, y ansí conviene que Él lo sea, y se lo llame, para que sea alma del alma, y espíritu del espíritu. Lo otro, porque en el ayuntamiento que con ella tiene, guarda bien las leyes y la condición del espíritu, que se va y se viene, y se entra y se sale, sin que sepáis cómo, ni por dónde. Como San Bernardo, hablando de sí mismo lo dice (1) con maravilloso regalo. Y quiero referir sus palabras, para que gustéis su dulzura:

«Confieso, dice, que el Verbo ha venido á mí muchas veces, aunque no es cordura el decirlo. Mas con haber entrado veces en mí, nunca sentí cuándo entraba. Sentíle estar en mi alma, acuérdome que le tuve conmigo, y alguna vez pude sospechar que entraría: mas nunca le sentí, ni entrar, ni salir. Porque ni aun agora puedo alcanzar de dónde vino, cuándo me vino, ni adónde se fué, cuándo me dejó, ni por dónde entró ó salió de mi alma. Conforme á aquello que dice (Joan., c. III, v. 7): *No sabréis de dónde viene, ni adónde se va.* Y no es cosa nueva, porque Él es á quien dicen (Ps. LXXVI, v. 19): *Y la huella de tus pisadas no será conocida.* Verdaderamente Él no entró por los ojos, porque no es sujeto á color; ni tampoco por los oidos, porque no hizo sonido; ni menos por las narices, porque no se mezcló con el aire; ni por la boca, porque

(1) Homil. LXXIV. in Cantic. a num. 5. edit. Bened. Venet. 1730, tom. II, col. 808.

ni se bebe ni se come; ni con el tacto le sentí, porque no es tal que se toca. Por dónde, pues, entró? O por ventura no entró, porque no vino de fuera, que no es cosa alguna de las que están por de fuera. Mas ni tampoco vino de dentro de mí, porque es bueno, y yo sé que en mí no hay cosa que buena sea. Subí, pues, sobre mí, y hallé que este Verbo aún estaba más alto. Descendí debajo de mi inquisidor curioso, y también hallé que aún estaba más abajo. Si miré á lo de fuera, vile aún más fuera que todo ello. Si me volví para adentro, halléle dentro también. Y conocí ser verdad lo que había leido, que (Act., c. XVII, v. 28) *vivimos en Él, y nos movemos en Él, y somos en Él.* Y dichoso aquel que á Él vive y se mueve. Mas preguntara alguno: Si es tan imposible alcanzarle y entenderle sus pasos, de dónde sé yo que estuvo presente en mi alma? Porque es eficaz y vivo este Verbo, y ansí luégo que entró, despertó mi alma que se adormía. Movió, y ablandó, y llagó mi corazón, que estaba duro, y de piedra, y mal sano. Comenzó luégo á arrancar, y á deshacer, y á edificar, y á plantar, á regar lo seco, y á resplandecer en lo oscuro, á traer lo torcido á derechez, y á convertir (Isaí., c. XL, v. 4; Luc., II, 5) las asperezas en caminos muy llanos de arte que bendicen al Señor mi alma, y todas mis entrañas á su santísimo nombre. Ansi que entrando el Verbo esposo algunas veces á mí, nunca me dió á conocer que entraba con ningunas señas, no con voz, no con figura, no con sus pasos. Finalmente no me fué notorio por ningunos movimientos suyos, ni por ningunos sentidos mios, el habérseme lanzado en lo secreto del pecho. Solamente, como he dicho, de lo que el corazón me bullía, entendí su presencia. De que huían los vicios y los afectos carnáles se detenían, conocí la fuerza de su poder. De que traía á luz mis secretos, y los discutía y redargüía, me admiré de la alteza de su sabiduría. De la enmienda de mis costumbres, cualquiera que ella se sea, experimenté la bondad de su mansedumbre. De la renovación y reformación del espíritu de mi alma, esto es, del hombre interior, percibí como pude la hermosura de su belleza. Y de la vista de todo esto juntamente quedé asombrado de la muchedumbre de sus grandezas sin cuento. Mas porque todas estas cosas, luégo que el Verbo se aparta, como cuando quitan el fuego á la olla que hierve,

comienzan con una cierta flaqueza á caerse torpes y frias, y por aqui, como por señal, conocía yo su partida; fuerza es que mi alma quede triste, y lo esté hasta que otra vez vuelva, y torne, como solía, á calentarse mi corazón en mí mismo, y conozca yo ansí su tornada.»—Esto es de Bernardo.

Por manera que el nombre DABAR, en cada una de sus letras significa alguna propiedad de las que Cristo tiene. Y si juntamos las letras en sílabas, con las sílabas lo significa mejor: porque las que tiene son dos, DA, y BAR, que juntamente quieren decir, *el Hijo*, ó *este es el Hijo*, que como Juliano agora decía, es lo propio de Cristo, y á lo que el Padre aludió, cuando desde la nube, y en el monte de la gloria de Cristo, dijo á los tres escogidos discípulos (Matth. cap. XVII, v. 5.): *Este es mi Hijo:* que fué como decir, es DABAR, es el que nació eterna é invisiblemente de mí, nacido agora rodeado de carne, y visible. Y como haya muchos nombres, que significan el Hijo en la lengua de esta palabra, á ella con misterio le cupo este solo, que es BAR, que tiene origen de otra palabra que significa el sacar á luz, y el criar: porque se entienda, que el hijo que dice, y que significa este nombre, es hijo que saca á luz, y que cría, ó si lo podemos decir ansí, es hijo que ahija á los hijos, y que tiene la filiación en sí de todos. Y aún si leemos al revés este nombre, nos dirá también alguna maravilla de Cristo. Porque BAR vuelto, y leido al contrario es RAB, y RAB es muchedumbre, y ayuntamiento, ó amontonamiento de muchas cosas excelentes en una, que es puntualmente lo que vemos en Cristo, según que es Dios, y según que es hombre. Porque en su divinidad están las ideas y las razones de todo, y en su humanidad las de todos los hombres, como ayer en sus lugares se dijo. Mas vengamos á todo el nombre junto por sí, y veamos lo que significa, ya que habemos dicho lo que nos dicen sus partes: que no son ménos maravillosas las significaciones de todo él, que las de sus letras y sílabas. Porque DABAR en la sagrada Escritura dice muchas, y diferentes grandezas. Que lo primero DABAR significa el Verbo, que concibe el entendimiento en sí mismo, que es una como imágen entera é igual de la cosa que entiende. Y Cristo en esta manera es DABAR, porque es la imagen que de sí concibe y produce,

cuando se entiende, su Padre. Y DABAR significa también la palabra que se forma en la boca, que es imagen de lo que el ánimo esconde. Y Cristo también es DABAR ansí, porque no solamente es imagen del Padre escondida en el Padre, y para solos sus ojos, sino es imagen suya para todos, é imagen que nos le representa á nosotros, é imagen que le saca á luz, y que le imprime en todas las cosas que cria. Por donde San Pablo (Ad Hebr. cap. I, v. 3.) convenientemente le llama *sello del Padre*, ansí porque el Padre se sella en Él, y se dibuja del todo, como porque imprime Él, como sello, en todo lo que cria y repara, la imagen de Él, que en sí tiene. Y DABAR también significa la ley, y la razón, y lo que pide la costumbre y estilo, y finalmente el deber en lo que se hace, que son todas cualidades de Cristo: que es según la divinidad la razón de las criaturas, y la orden de su compostura y su fábrica, y la ley por quien deben ser medidas, ansí en las cosas naturales, como en las que exceden lo natural; y es el estilo de la vida, y de las obras de Dios; y el deber, á que tienen de mirar todas las cosas que no quieren perderse. Porque lo que todas hacer deben, es el allegarse á Cristo, y el figurarse de Él, y el ajustarse siempre con Él. Y DABAR también significa el hecho señalado, que de otro procede; y Cristo es la más alta cosa que procede de Dios, y en lo que el Padre enteramente puso sus fuerzas, y en quien se traspasó, y comunicó cabalmente. Y si lo debemos decir ansí, es la grandísima hazaña, y la única hazaña del Padre, preñada de todas las demás grandezas que el Padre hace, porque todas las hace por Él. Y ansí es luz nacida de luz, y fuente de todas las luces, y sabiduría de sabiduría nacida, y manantial de todo el saber, y poderío, y grandeza, y excelencia, y vida, é inmortalidad, y bienes sin medida ni cuenta, y abismo de noblezas inmensas, nacidas de iguales noblezas, y engendradoras de todo lo poderoso, y grande, y noble que hay. Y DABAR dice todo aquesto, que he dicho, porque significa todo lo grande, y excelente, y digno de maravilla que de otro procede.

Y significa también, y con esto concluyo, cualquiera cosa de ser, y por la misma razón el ser mismo, y la realidad de las cosas: y ansí Cristo debidamente es llamado por nombre propio DABAR. Porque es la cosa que más es de todas las cosas

y el ser primero y original, de donde les mana á las criaturas su ser, su sustancia, su vida, su obra. Y esto cuanto á DABAR. Que justo es que digamos ya de JESÚS, que como decimos, también es nombre de Cristo propio, y que le conviene según la parte que es hombre. Porque ansí como DABAR es nombre propio suyo, según que nace de Dios, por razón de que este nombre solo con sus muchas significaciones dice de Cristo, lo que otros muchos nombres juntos no dicen: ansí JESÚS es su propio nombre, según la naturaleza humana que tiene, porque con una significación y figura que tiene sola, dice la manera del ser de Cristo hombre, y toda su obra y oficio, y le representa y significa más que otro ninguno. A lo cual mirará todo lo que desde agora dijere. Y no diré del número de las letras que tiene este nombre, ni de la propiedad de cada una de ellas por sí, ni de la significación singular de cada una, ni de lo que vale en razón de aritmética, ni del número que resulta de todas, ni del poder, ni de la fuerza que tiene este número: que son cosas que las consideran algunos y sacan misterios de ellas, que yo no condeno; mas déjolas, porque muchos las dicen, y porque son cosas menudas, y que se pintan mejor que se dicen. Sola una cosa de estas diré y es, que el original de este nombre JESÚS, que es IEHOSUAH, como arriba dijimos, tiene todas las letras de que se compone el nombre de Dios, que llaman de cuatro letras, y demás de ellas tiene otras dos. Pues, como sabéis, el nombre de Dios de cuatro letras, que se encierra en este nombre, es nombre que no se pronuncia, ó porque son vocales todas, ó porque no se sabe la manera de su sonido, ó por la religión y respeto que debemos á Dios, ó porque, como yo algunas veces sospecho, aquel nombre, y aquellas letras hacen la señal, con que el mudo, que hablar no puede, ó cualquiera que no osa hablar, significa su afecto y mudez con un sonido rudo y desatado, y que no hace figura, que llamamos interjeción en latín, que es una voz tosca, y como si dijésemos, sin rostro, y sin facciones ni miembros. Que quiso Dios dar por su nombre á los hombres la señal, y el sonido de nuestra mudez, para que entendiésemos que no cabe Dios, ni en el entendimiento, ni en la lengua: y que el verdadero nombrarle, es confesarse la criatura por muda, todas las veces que le quisiese nombrar:

y que el embarazo de nuestra lengua, y el silencio nuestro, cuando nos levantamos á Él, es su nombre y loor, como David lo decia (Ps. LXIV, v. 1, según el hebreo). Ansí que es el nombre inefable, y que no se pronuncia este nombre.

Mas aunque no se pronuncia en sí, ya véis, que en el nombre de JESÚS, por razón de dos letras que se le añaden, tiene pronunciación clara, y sonido formado, y significación entendida. Para que acontezca en el nombre, lo mismo que pasó en Cristo, y para que sea, como dicho tengo, retrato el nombre del ser. Porque por la misma manera en la persona de Cristo se junta la divinidad con el alma, y con la carne del hombre, y la palabra divina, que no se leía, junta con estas dos letras se lee, y sale á luz lo escondido hecho conversable y visible: y es Cristo un JESÚS, esto es, un ayuntamiento de lo divino y humano, de lo que no se pronuncia, y de lo que pronunciarse puede, y es causa que se pronuncie, lo que se junta con ello. Mas en esto no pasemos de aquí, sino digamos ya de la significación del nombre de JESÚS, cómo le conviene á Cristo, y cómo es sola de Cristo, y cómo abraza todo lo que de Él se dice, y las muchas maneras como aquesta significación le conviene. JESÚS pues significa salvación, ó salud, que el ángel (Lucæ cap. I, v. 31.) ansí lo dijo. Pues si se llama salud Cristo, cierto será que lo es, y si lo es, que lo es para nosotros. Porque para sí no tiene necesidad de salud, el que en sí no padece falta, ni tiene miedo de padecerla. Y si para nosotros Cristo es JESÚS, y salud, bien se entiende que tenemos enfermedad nosotros, para cuyo remedio se ordena la salud de JESÚS. Veamos pues la cualidad de nuestro estado miserable, y el número de nuestras flaquezas, y los daños y males nuestros: que de ellos conoceremos la grandeza de esta salud, y su condición, y la razón que tiene Cristo para que el nombre JESÚS, entre tantos nombres suyos, sea su propio nombre.

El hombre de su natural es movedizo y liviano, y sin constancia en un ser, y por lo que heredó de sus padres, es enfermo en todas las partes de que se compone su alma, y su cuerpo. Porque en el entendimiento tiene oscuridad, y en la voluntad flaqueza, y en el apetito perversa inclinación, y en la memoria olvido, y en los sentidos en unos engaño, y en

otros fuego, y en el cuerpo muerte, y desorden entre todas estas cosas que he dicho, y disensiones, y guerra, que le hacen ocasionado á cualquier género de enfermedad y de mal. Y lo que peor es, heredó la culpa de sus padres, que es enfermedad en muchas maneras, por la fealdad suya que pone, y por la luz y la fuerza de la gracia que quita, y porque nos enemista con Dios, que es fiero enemigo, y porque nos sujeta al demonio, y nos obliga á penas sin fin. A esta culpa común añade cada unò las suyas, y para ser del todo miserables, como malos enfermos ayudamos el mal, y nos llamamos la muerte con los excesos que hacemos. Por manera que nuestro estado de nuestro nacimiento, y por la mala elección de nuestro albedrío, y por las leyes que Dios contra el pecado puso, y por las muchas cosas que nos convidan siempre á pecar, y por la tiranía cruel, y el cetro durísimo que el demonio sobre los pecadores tiene, es infelicísimo, y miserable estado sobre toda manera, por donde quiera que le miremos. Y nuestra enfermedad no es una enfermedad, sino una suma sin número de todo lo que es doloroso y enfermo.

El remedio de todos estos males es Cristo, que nos libra de ellos en las formas que ayer y hoy se ha dicho en diferentes lugares: y porque es el remedio de todo ello, por eso es, y se llama JESÚS, esto es, salvación y salud. Y es grandísima salud, porque la enfermedad es grandísima; y nómbrase propiamente de ella, porque como la enfermedad es de tantos senos, y enramada con tantos ramos, todos los demás oficios de Cristo, y los nombres que por ello tiene, son como partes que se ordenan á esta salud, y el nombre de JESÚS es el todo, según que todo lo que significan los otros nombres, ó es parte de esta salud que es Cristo, y que Cristo hace en nosotros, ó se ordena á ella, ó se sigue de ella por razón necesaria. Que si es llamado *Pimpollo* Cristo, y si es, como decíamos, el parto común de las cosas, ellas sin duda le parieron, para que fuese su JESÚS, y salud. Y ansí Isaías cuando les pide que lo paran, y que lo saquen á luz, y les dice (Isai. c. XLV, v. 8.): *Rociad, cielos, dende lo alto, y vos, nubes, lloved al justo*, luégo dice el fin para que le han de parir. Porque añade: *Y tú, tierra, fructificarás la salud.* Y si es *Faces de Dios*, esto, porque es nuestra salud, la cual consiste en que nos

asemejemos á Dios, y le veamos, como Cristo lo dice (Joan. c. XVII, v. 3.): *Esta es la vida eterna, conocerte á ti, y á tu hijo.* Y también si le llamamos *Camino*, y si le nombramos *Monte*, es camino porque es guía, y es monte porque es defensa, y cierto es que no nos fuera JESÚS, si no nos fuera guía y defensa: porque la salud, ni se viene á ella sin guía, ni se conserva sin defensa.

Y de la misma manera es llamado *Padre del siglo futuro*, porque la salud que el hombre pretende, no se puede alcanzar, sino es engendrado otra vez: y ansí Cristo no fuera nuestro JESÚS, si primero no fuera nuestro engendrador, y nuestro padre. También es *Brazo*, y *Rey de Dios*, y *Príncipe de paz: Brazo*, para nuestra libertad, *Rey*, y *Príncipe*, para nuestro gobierno; y lo uno y lo otro, como se ve, tienen orden á la salud; lo uno que se le presupone, y lo otro que la sustenta. Y ansí porque Cristo es JESÚS, por el mismo caso es *Brazo*, y es *Rey*. Y lo mismo podemos decir del nombre de *Esposo:* porque no es perfecta la salud sola y desnuda, si no la acompaña el gusto y deleite. Y esta es la causa por que Cristo, que es perfecto JESÚS nuestro, es también nuestro Esposo, conviene á saber, es el deleite del alma, y su compañía dulce, y será también su marido, que engendrará de ella, y en ella generación casta, y noble y eterna: que es cosa que nace de la salud entera, y que de ella se sigue. De arte que diciendo, que se llama Cristo JESÚS, decimos que es Esposo, y Rey, y Príncipe de paz, y Brazo, y Monte, y Padre, y Camino, y Pimpollo: y es llamarle, como también la Escritura le llama, Pastor y Oveja, Hostia y Sacerdote, León y Cordero, Vid, Puerta, Médico, Luz, Verdad, y Sol de justicia, y otros nombres ansí.

Porque si es verdaderamente JESÚS nuestro, como lo es, tiene todos estos oficios y títulos, y si le faltaran, no fuera JESÚS entero, ni salud cabal, ansí como nos es necesaria. Porque nuestra salud, presupuesta la condición de nuestro ingenio, y la cualidad y muchedumbre de nuestras enfermedades y daños, y la corrupción que había en nuestro cuerpo, y el poder que por ella tenía en nuestra alma el demonio, y las penas á que la condenaban sus culpas, y el enojo y la enemistad contra nosotros de Dios, no podía hacerse, ni venir á

colmo, si Cristo no fuera Pastor, que nos apacentara y guiara, y Oveja, que nos alimentara y vistiera, y Hostia, que se ofreciera por nuestras culpas, y Sacerdote, que interviniera por nosotros, y nos desenojara á su Padre, y León, que despedazara al León enemigo, y Cordero, que llevara sobre sí los pecados del mundo, y Vid, que nos comunicara su jugo, y Puerta, que nos metiera en el cielo, y Médico, que curara mil llagas, y Verdad, que nos sacara de error, y Luz, que nos alumbrara los piés en la noche de esta vida oscurísima; y finalmente Sol de justicia, que en nuestras almas, ya libres por Él, naciendo en el centro de ellas, derramara por todas las partes de ellas sus lucidos rayos, para hacerlas claras y hermosas. Y ansí el nombre de JESÚS está en todos los nombres que Cristo tiene, porque todo lo que en ellos hay, se endereza y encamina, á que Cristo sea perfectamente JESÚS. Como escribe bien San Bernardo diciendo (1):

«Dice Isaías (Isai. c. IX, v. 6.): *Será llamado admirable, consejero, Dios, fuerte, padre del siglo futuro, príncipe de paz.* Ciertamente grandes nombres son estos, más que se ha hecho del nombre que es sobre todo nombre, el nombre de JESÚS, á quien se doblan todas las rodillas? Sin duda hallarás este nombre en todos estos nombres, que he dicho, pero derramado por cierta manera, porque de él es lo que la Esposa amorosa dice (Cant. c. I, v. 2.): *Ungüento derramado tu nombre.* Porque de todos aquestos nombres resulta un nombre JESUS, de manera que no lo fuera, ni se lo llamara, si alguno de ellos le faltara por caso. Por ventura cada uno de nosotros no ve en sí, y en la mudanza de sus voluntades, que se llama Cristo *admirable?* Pues eso es ser JESÚS. Porque el principio de nuestra salud es, cuando comenzamos á aborrecer lo que antes amábamos, dolernos de lo que nos daba alegría, abrazarnos con lo que nos ponía temor, seguir lo que huíamos, y desear con ansia lo que desechábamos con enfado. Sin duda admirable es, quien hace tan grandes maravillas. Mas conviene que se muestre también consejero en el escoger de la penitencia, y en el ordenar de la vida, porque acaso no nos lleve el

(1) In Circumcis. Dom., Serm. II, nn. 4. 5. edit. Bened. Venet. 1750. tom. II, colum. 76.

celo demasiado, ni le falte prudencia al buen deseo. Pues también es menester que experimentemos que es Dios, conviene á saber, en el perdonar lo pasado, porque no hay sin este perdón salud, ni puede nadie perdonar pecados, sino es solo Dios. Mas ni aun esto basta para salvarnos, si no se nos mostrare ser fuerte, defendiéndonos de quien nos guerrea, para que no venzan los antiguos deseos, y sea peor que lo primero lo postrero. Paréceos que falta algo, para quien es por nombre y por oficio JESÚS? Sin duda faltara una cosa muy grande, si no se llamara, y si no fuera *padre del siglo futuro*, para que engendre, y resucite á la vida sin fin, á los que somos engendrados para la muerte por los padres de este presente siglo. Ni aun esto bastara, si como *príncipe de paz* no nos pacificara á su Padre, á quien hará entrega de su reino.»

De lo cual todo San Bernardo concluye, que los nombres que Cristo tiene, son todos necesarios para que se llame enteramente JESÚS. Porque para ser lo que este nombre dice, es menester que tenga Cristo, y que haga lo que significan, todos los otros nombres. Y ansí el nombre de JESÚS es propio nombre suyo entre todos. Y es suyo propio también, porque como el mismo San Bernardo dice, no le es nombre postizo, sino nacido nombre, y nombre que le trae embebido en el ser: porque, como dirémos en su lugar, su ser de Cristo es JESÚS, porque todo cuanto en Cristo hay, es salvación y salud. La cual demás de lo dicho, quiso Cristo que fuese su nombre propio, para declararnos su amor. Porque no escogió para nombrarse ninguno otro título suyo de los que no miran á nosotros, teniendo tantas grandezas en sí, cuanto es justo que tenga, en quien, como San Pablo dice, reside de asiento, y como corporalmente, toda la riqueza divina: sino escogió para su nombre propio, lo que dice los bienes que en nosotros hace, y la salud que nos da, mostrando clarísimamente lo mucho que nos ama y estima, pues de ninguna de sus grandezas se precia, ni hace nombre, sino de nuestra salud. Que es lo mismo que á Moisén dijo en el Exodo, cuando le preguntaba su nombre, para poder decir á los hijos de Israel, que Dios le enviaba, porque dice ansí (Exod. c. III, vv. 14, 15.): *De esta manera dirás á los hijos de Israel: El Señor Dios de vuestros Padres, Dios de Abrahám, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob, me*

envía á vosotros: que este es mi nombre para siempre, y mi apellido en la generación de las generaciones. Dice que es su nombre, *Dios de Abrahám*, por razón de lo que hasta agora ha hecho, y hará siempre por sus hijos de Abraham, que son todos los que tienen su fe. Dios que nace de Abrahám, que gobierna á Abrahám, que lo defiende, que lo multiplica, que lo repara, y redime, y bendice, esto es, Dios, que es JESÚS de Abrahám.

Y dice que este nombre es el nombre propio suyo, y el apellido que Él más ama, y el título por donde quiere ser conocido, y de que usa y usará siempre, y señaladamente *en la generación de las generaciones*: esto es, en el renacer de los hombres nacidos, y en el salir á la luz de la justicia, los que habían ya salido á esta visible luz llenos de miseria y de culpa, porque en ellos propiamente, y en aquel nacimiento, y en lo que le pertenece, y se le sigue, se muestra Cristo á la clara JESÚS. Y como en el monte, cuando Moysén subió á ver la gloria de Dios, porque Dios le había prometido mostrársela, cuando le puso en el hueco de la peña, y le cubrió con la mano, y le pasó por delante, cuando mostró á Moisén de sí, lo encerró en estas palabras que le dijo (Exod. XXXIV, v. 6. 7.): *Yo soy amoroso entrañablemente, compasivo, ancho de narices, sufrido, y de mucha espera, grande en perdón, fiel y leal en la palabra, y que extiendo mis bienes por mil generaciones de hombres*: como diciendo, que su ser es misericordia, y de lo que se precia es piedad, y que sus grandezas y perfecciones se resumen en hacer bien, y que todo cuanto es, y cuanto quiere ser, es blandura y amor. Ansí cuando se nos mostró visible á los ojos, no subiendo nosotros al monte, sino descendiendo Él á nuestra bajeza, todo lo que de sí nos descubre es JESÚS. JESÚS es su ser, JESÚS son sus obras, y JESÚS es su nombre, esto es, piedad y salud.

Más. Quiso Cristo tomar por nombre propio á la salud, que es JESÚS: porque salud no es un solo bien, sino una universalidad de bienes innumerables. Porque en la salud están las fuerzas, y la ligereza del movimiento, y el buen parecer, y la habla agradable, y el discurso entero de la razón, y el buen ejercicio de todas las partes, y de todas las obras del hombre. El bien oir, el buen ver, y la buena dicha, y la in-

dustria, la salud la contiene en sí misma. Por manera que salud, es una preñez de todos los bienes, y ansí porque Cristo es esta preñez verdaderamente, por eso este nombre es el que más le conviene. Porque Cristo, ansí como en la divinidad es la idea, y el tesoro, y la fuente de todos los bienes, conforme á lo que poco há se decía: ansí según la humanidad tiene todos los reparos, y todas las medicinas, y todas las saludes que son menester para todos. Y ansí es bien y salud universal, no sólo porque á todos hace bien, ni solamente porque tiene en sí la salud que es menester para todos los males; sino también porque en cada uno de los suyos hace todas las saludes y bienes, y para cada uno le es JESÚS de inumerables maneras. Porque aunque entre los justos hay grados, ansí en la gracia que Dios les da, como en el premio que les dará de la gloria; pero ninguno de ellos hay, que no tenga por Cristo, no sólo todos los reparos que son necesarios para librarse del mal, sino también todos los bienes que son menester para ser ricos perfectamente. Esto es, que no hay de ellos ninguno, á quien á la fin JESÚS no les dé salud perfecta en todas sus potencias y partes, ansí en el alma y sus fuerzas, coma en el cuerpo y sus sentidos.

Por manera que en cada uno hace todas las saludes que en todos, limpiando la culpa, dando libertad del tirano, rescatando del infierno, vistiendo con la gracia, comunicando su mismo Espíritu, enviando sobre ellos su amparo, y últimamente resucitando, y glorificando los sentidos y el cuerpo. Y lo uno y lo otro, las muchas saludes que Cristo hace en cada uno de los suyos, y la copia universal que en sí tiene de salud, y de JESÚS, dice David maravillosamente en el verso cuarto del Salmo ciento y nueve, que yo declaré ayer por una manera, y vos, Juliano, poco há lo declaraste en otra, y consintiéndolas las letras todas, admite también la tercera: porque le podemos muy bien leer ansí (Ps. CIX, v. 4.): *Tu pueblo noblezas en aquel dia: tu ejército* (noblezas) *en los resplandores santos, que más que en el vientre, y más que la mañana hay en ti rocío de tu nacimiento:* Porque dice, que en el día que amanecerá, cuando se acabare la noche de este siglo oscurísimo, que es verdaderamente día, porque no camina á la noche, y día, porque resplandecerá en él la verdad, y ansí será dia de

resplandores santísimos, porque el resplandor de los justos, que agora se esconde en su pecho de ellos, saldrá á luz entonces, y se descubrirá en público, y les resplandecerá por los ojos, y por la cara, y por todos los sentidos del cuerpo: pues en aquel dia, que es dia, todo el pueblo de Cristo será noblezas. Que llama pueblo de Cristo á los justos solos, porque en la Escritura ellos son los que se llaman pueblo de Dios, dado que Cristo es universal señor de todas las cosas. Y á los mismos que llama pueblo, llama después ejército, ó escuadrón, ó puntualmente, como suena la letra original, poderío de Cristo, según que en el español antiguo llamaban *poderes*, al ayuntamiento de gentes de guerra. Y llama á los justos ansí, no porque ellos hacen á Cristo poderoso, como en la tierra los muchos soldados hacen poderosos los reyes; sino porque son prueba del grandísimo poder de Cristo, todos juntos, y cada uno por sí: del poder, digo, de su virtud, y de la eficacia de su Espíritu, y de la fuerza de sus manos no vencidas, con que los sacó de la postrera miseria á la felicidad de la vida.

Pues este pueblo y escuadrón de Cristo lucido, dice, que todo es noblezas. Porque cada uno de ellos es no una nobleza, sino muchas noblezas, no una salud, sino muchas saludes, por razón de las no numerables saludes que Cristo en ellos pone por su nobleza infinita, cercándolos de salud, y levantando por todas sus almenas de ellos señal de victoria: lo cual puede bien hacer Jesucristo, por lo que se sigue. Y es, que tiene en sí rocío de su nacimiento, más que vientre, y más que aurora. Porque rocío llama la eficacia de Cristo, y la fuerza del espíritu que da, que en las divinas letras suele tener nombre de agua: y llámale rocío de nacimiento, porque hace con él que nazcan los suyos á la buena vida, y á la dichosa vida: y nómbrale su nacimiento, porque lo hace Él, y porque naciendo ellos en Él, Él también nace en ellos. Y dice, *más que vientre*, *y más que aurora*, para significar la eficacia, y la copia de aqueste rocío. La eficacia, como diciendo, que con el rocío de JESÚS, que en sí tiene, saca los suyos á luz de vida bienaventurada muy más presto, y muy más cierto que sale el sol al aurora, ó que nace el parto maduro del vientre lleno. Y la copia, de esta manera, que tiene Cristo en sí más

rocío de JESÚS, para serlo, que cuanto llueve por las mañanas el cielo, y cuanto envían las fuentes y sus manantiales, que son como el vientre donde se concíben, y de donde salen las aguas: y ansí son, como suena la palabra original, la madre de ellas; y en castellano, la canal, por donde el rio corre, decimos que es la madre del rio.

Pero vamos más adelante. La salud es un bien, que consiste en proporción y en armonía de cosas diferentes, y es una como música concertada que hacen entre sí los humores del cuerpo: y lo mismo es el oficio que Cristo hace, que es otra causa porque se llama JESÚS. Porque no solamente según la divinidad es la armonía, y la proporción de todas las cosas, mas también según la humanidad es la música y la buena correspondencia de todas las partes del mundo. Que ansí dice el Apostol (Ad Coloss. cap. I, v. 2.): *Que pacifica con su sangre, ansí lo que está en el cielo, como lo que reside en la tierra.* Y en otra parte dice también (Ad Ephes., cap. II.), que quitó de por medio la división que había entre los hombres y Dios, y en los hombres entre sí mismos, unos con otros, los gentiles con los judíos, y que hizo de ambos uno. Y por lo mismo es llamado *piedra* en el Salmo (Ps. CXVII, v. 22.), *puesta en la cabeza del ángulo.* Porque es la paz de todo lo diferente, y el nudo que ata en sí lo visible con lo que no se ve, y lo que concierta en nosotros la razón y el sentido: y es la melodía acordada y dulce sobre toda manera, á cuyo santo sonido todo lo turbado se aquieta y compone. y ansí es JESÚS con verdad.

Demás de esto llámase Cristo JESÚS, y salud, para que por este su nombre entendamos, cuál es su obra propia, y lo que hace señaladamente en nosotros: esto es, para que entendamos, en qué consiste nuestro bien, y nuestra santidad y justicia, y lo que habemos de pedirle que nos dé, y esperar de Él que nos lo dará. Porque ansí como la salud en el enfermo no está en los refrigerantes que le aplican por defuera, ni en las epítimas que en el corazón le ponen, ni en los regalos que para su salud le ordenan, los que le aman y curan; sino consiste, en que dentro de él sus cualidades y humores, que excedían el orden, se compongan, y se reduzcan á templanza debida; y hecho esto en lo secreto del cuerpo, luégo lo que parece de fuera, sin que se le aplique cosa alguna, se templa

y cobra su buen parecer, y su color conveniente: ansí es salud Cristo, porque el bien que en nosotros hace, es como aquesta salud; bien propiamente no de sola apariencia, ni que toca solamente en la sobrehaz y en el cuero, sino bien secreto, y lanzado en las venas, y metido y embebido en el alma; y bien, no que solamente pinta las hojas, sino que propia y principalmente mundifica la raiz, y la fortifica. Por donde decía bien el Profeta (Isai. cap. XII, v. 6.): *Regocíjate, hija de Sión, y derrama loores, porque el santo de Israel está en medio de ti.* Esto es, no al derredor de ti, sino dentro de tus entrañas, en tus tuétanos mismos, en el meollo de tu corazón, y verdaderamente de tu alma en el centro. Porque su obra propia de Cristo es ser salud y JESÚS, conviene á saber, componer entre sí y con Dios las partes secretas del alma, concertar sus humores é inclinaciones, apagar en ella el secreto y arraigado fuego de sus pasiones y malos deseos. Que el componer por de fuera el cuerpo y la cara, y el ejercicio exterior de las ceremonias, el ayunar, el disciplinar, el velar, con todo lo demás que á esto pertenece, aunque son cosas santas, si se ordenan á Dios, ansí por el buen ejemplo que reciben de ellas los que las miran, como porque disponen y encaminan el alma, para que Cristo ponga mejor en ella aquesta secreta salud y justicia que digo: mas la santidad formal y pura, y la que propiamente Cristo hace en nosotros, no consiste en aquello. Porque su obra es salud, que consiste en el concierto de los humores de dentro, y esas cosas son posturas, y refrigerantes, ó fomentaciones de fuera, que tienen apariencia de aquella salud, y se enderezan á ella, mas no son ella misma, como parece. Y como ayer largamente decíamos, todas esas son cosas que otros muchos, antes de Cristo y sin Él, las supieron enseñar á los hombres, y los inducieron á ellas, y les tasaron lo que habían de comer, y les ordenaron la dieta, y les mandaron que se lavasen y ungiesen, y les compusieron los ojos, los semblantes, los pasos, los movimientos: mas ninguno de ellos puso en nosotros salud pura y verdadera, que sanase lo secreto del hombre, y lo compusiese y templase, sino solo Cristo, que por esta causa es JESUS.

¡Qué bien dice acerca de esto el glorioso Macario! — «Lo propio, dice, de los cristianos no consiste en la apariencia, y

en el traje, y en las figuras de fuera, ansí como piensan muchos, imaginándose, que para diferenciarse de los demás les bastan estas demostraciones, y señales que digo; y cuanto á lo secreto del alma, y á sus juicios pasa en ellos, lo que en los del mundo acontece, que padecen todo lo que los demás hombres padecen, las mismas turbaciones de pensamientos, la misma inconstancia, las desconfianzas, las angustias, los alborotos. Y diferéncianse del mundo en el parecer, y en la figura del hábito, y en unas obras exteriores bien hechas: mas en el corazón y en el alma están presos con las cadenas del suelo, y no gozan en lo secreto, ni de la quietud que da Dios, ni de la paz celestial del espíritu. Porque ni ponen cuidado en pedírsela, ni confian que le aplacerá dársela. Y ciertamente la nueva criatura, que es el cristiano perfecto y verdadero, en lo que se diferencia de los hombres del siglo, es en la renovación del espíritu, y en la paz de los pensamientos y afectos, en el amar á Dios, y en el deseo encendido de los bienes del cielo. Que esto fué lo que Cristo pidió para los que en Él creyesen, que recibiesen estos bienes espirituales. Porque la gloria del cristiano, y su hermosura, y su riqueza la del cielo es, que vence lo que se puede decir, y que no se alcanza sino con trabajo, y con sudor, y con muchos trances y pruebas, y principalmente con la gracia divina.» Esto es de San Macario.—

Que es también aviso nuestro, que por una parte nos enseña á conocer en las doctrinas y caminos de vivir, que se ofrecen, si son caminos y enseñanzas de Cristo: y por otra nos dice, y como pone delante de los ojos el blanco del ejercicio santo, y aquello á que habemos de aspirar en Él sin reposar, hasta que lo consigamos. Que cuanto á lo primero de las enseñanzas y caminos de vida, habemos de tener por cosa certísima, que la que no mirare á este fin de salud, la que no tratare de desarraigar del alma las pasiones malas que tiene, la que no procurare criar en el secreto de ella, orden, templanza, justicia; por más que de fuera parezca santa, no es santa; y por más que se pregone de Cristo, no es Cristo. Porque el nombre de Cristo es JESUS, y salud: y el oficio de esta es sobresanar por defuera. La obra de Cristo propia es renovación del alma, y justicia secreta: la de esta son apariencias

de salud y justicia. La definición de Cristo es ungir, quiero decir, que Cristo es lo mismo que unción, y de la unción es ungir, y la unción y el ungir, es cosa que penetra á los huesos: y este otro negocio que digo, es embarnizar, y no ungir. De solo Cristo es el deshacer las pasiones: esto no las deshace, antes las sobrédora con colores y demostraciones de bien. ¿Qué digo no deshace? antes vela con atención sobre ellas, para, en conociendo á do tiran, seguirlas, y cebarlas, y encaminarlas á su provecho. Ansí que la doctrina, ó enseñamiento, que no hiciere, cuanto en sí es, esta salud en los hómbres, si es cierto que Cristo se llama JESÚS, porque la hace siempre, cierto será que no es enseñamiento de Cristo.

—Dijo Sabino aquí: También será cierto, Marcelo, que no hay en esta edad en la Iglesia enseñamientos de la cualidad que decís.—Por cierto lo tengo, Sabino, respondió Marcelo, más halos habido, y puédelos haber cada día, y por esta causa es el aviso conveniente.—Sin duda conveniente, dijo Juliano, y necesario, porque si no lo fuera, no nos apercibiera Cristo en el Evangelio (Matth. cap. VII, v. 15.), como nos apercibe, acerca de los falsos profetas. Porque falsos profetas son los maestros de estos caminos, ó por decir lo que es, esos mismos enseñamientos vacíos de verdad, son los profetas falsos, por defuera como ovejas en las apariencias buenas que tienen, y dentro robadores lobos, por las pasiones fieras que dejan en el alma como en su cueva.—Y ya que no haya agora, tornó Marcelo á decir, mal tan desvergonzado como ese; pero sin duda hay algunas cosas, que tiran á él, y le parecen. Porque decidme, Sabino, no habéis visto alguna vez, ú oido decir, que para inducir al pueblo á limosna, algunos les han ordenado que hagan alarde, y se vistan de fiesta, y con pífano, y con atambor, y disparando los arcabuces en competencia los unos de los otros vayan á hacerla? Pues esto ¿qué es, sino seguir el humor vicioso del hombre, y no desarraigarle la mala pasión de vanidad, sino aprovecharse de ella, y dejársela más asentada, dorándosela con el bien de la limosna de fuera? ¿Qué es sino atender agudamente á que los hombres son vanos, y amigos de presunción, é inclinados á ser loados, y aparecer más que los otros; y porque son ansí, no irles á la mano en estos sus malos siniestros, ni procurar

librarlos de ellos, ni apurarles las almas reduciéndolas á la salud de JESUS, sino sacar provecho de ellos para interés nuestro, ó ajeno, y dejárselos más fijos y firmes? Que no porque mira á la limosna que es buena, es justo y bueno poner en obra, y traer á ejecución, y arraigar más con el hecho la pasión y vanidad de la estima misma, que vivía en el hombre. Ni es tanto el bien de la limosna que se hace, como es el daño que se recibe en la vanidad de nuestro pecho, y en el fruto que se pierde, y en la pasión que se pone por obra; y por el mismo caso se afirma más, y queda no solamente más arraigada, sino, lo que es mucho peor, aprobada, y como santificada con el nombre de piedad, y con la autoridad de los que inducen á ello: que á trueco de hacer por de fuera limosneros los hombres, los hacen más enfermos en el alma de dentro, y más ajenos de la verdadera salud de Cristo, que es contrario derechamente de lo que pretende JESÚS, que es salud.

Y aunque pudiéramos señalar otros ejemplos, bástenos por todos los semejantes el dicho y vengamos á lo segundo que dije, que Cristo llamándose JESUS, y salud, nos demuestra á nosotros el único y verdadero blanco de nuestra vida y deseo. Que es más claramente decir, que pues el fin del cristiano es hacerse uno con Cristo, esto es, tener á Cristo en sí, trasformándose en él; y pues Cristo es JESUS, que es salud, y pues la salud no es el estar vendado y fomentado, ó refrescado por de fuera el enfermo, sino el estar reducidos á templada armonía los humores secretos; entienda el que camina á su bien, que no ha de parar ántes que alcance aquesta santa concordia del alma. Porque hasta tenerla, no conviene que él se tenga por sano, esto es, por JESÚS. Que no ha de parar, aunque haya aprovechado en el ayuno, y sepa bien guardar el silencio, y nunca falte á los cantos del coro, y aunque ciña el cilicio, y pise sobre el hielo desnudos los piés, y mendigue lo que come, y lo que viste paupérrimo; si entre esto bullen las pasiones en él, si vive el viejo hombre y enciende sus fuegos; si se atufa en el alma la ira, si se hincha la vanagloria, si se ufana el propio contento de sí, si arde la mala codicia, finalmen si hay respetos de ódios, de envidias, de pundonores, de emulación y ambición. Que si esto hay en él, por mucho que le parezca que ha hecho y que ha aprovechado en los ejerci-

cios que referí, téngase por dicho que aún no ha llegado á la salud, que es JESUS. Y sepa y entienda que ninguno mientras que no sanó de esta salud, entra en el cielo ni ve la clara vista de Dios. Como dice San Pablo (Ad Hebr., cap. XII, v. 14), *Amad la paz y la santidad, sin la cual no puede ninguno ver á Dios.* Por tanto, despierte el que ansí es, y conciba ánimo fuerte, y puestos los ojos en este blanco que digo, y esperando en JESÚS, alargue el paso á JESUS. Y pídale á la salud que le sea salud, y en cuanto no lo alcanzare, no cese ni pare, sino como dice de sí San Pablo (Ad Philip., c. III, vv. 13, 14): *Olvidando lo pasado y extendiendo con el deseo las manos á lo por venir, corra y vuele á la corona que le está puesta delante.*

Pues qué, ¿es malo el ayuno, el cilicio, la mortificación exterior? No es sino bueno; mas es bueno como medicinas que ayudan, pero no como la misma salud; bueno como emplastos, pero como emplastos que ellos mismos son testigos que estamos enfermos; bueno como medio y camino para alcanzar la justicia, pero no como la misma justicia. Bueno, unas veces como causas, y otras como señales de ánimo concertado ó que ama el concierto, pero no como la misma santidad y concierto del ánimo. Y como no es ella misma, acontece algunas veces que se halla sin ella, y es entónces hipocresía y embuste, á lo menos es inútil y sin fruto sin ella. Y como debemos condenar á los herejes que condenan contra toda razón aquesta muestra de santidad exterior, la cual ella en sí es hermosa, y dispone el alma para su verdadera hermosura, y es agradable á Dios, y merecedora del cielo cuando nace de la hermosura de dentro, ansí ni más ni ménos debemos avisar á los fieles que no está en ella el paradero de su camino, ni ménos es su verdadero caudal, ni su justicia, ni su salud, la que de veras sana y ajusta su alma, y la que es necesaria para la vida que siempre dura, y la que finalmente es propia obra de Cristo JESÚS. Que sería negocio de lástima que caminando á Dios, por haber parado ántes de tiempo ó por haber hecho hincapié en lo que sólo era paso, se hallasen sin Dios á la postre; y proponiéndose llegar á JESUS, por no entender qué es JESUS, se hallasen miserablemente abrazados con Solón, ó con Pitágoras, ó cuando más con Moysén. Porque JESUS es salud, y la salud es la justicia secreta y la com-

postura del alma, que luégo que reina en ella, echa de sí rayos que resplandecen de fuera, y serenan, y componen, y hermosean todos los movimientos y ejercicios del cuerpo.

Y como es mentira y error tener por malas ó por no dignas de premio aquestas observancias de fuera, ansí también es perjuicio y engaño pensar que son ellas mismas la pura salud de nuestra alma y la justicia que formalmente nos hace amables en los ojos de Dios: que esa propiamente es JESÚS, esto es, la salud que derechamente hace dentro de nosotros, y no sin nosotros JESÚS. Que es lo que habemos dicho, y por quien San Pablo, hablando de Cristo, dice (Ad Rom., cap. I, v. 4) *que fué determinado ser hijo de Dios en fortaleza, según el espíritu de la santificación, en la resurrección de los muertos de Jesucristo.* Que es como si más extendidamente dijera que el argumento cierto, y la razón y señal propia por donde se conoce que JESÚS es el verdadero Mesías hijo de Dios prometido en la ley, como se conoce por su propia definición una cosa, es porque es JESÚS; esto es, por la obra de JESÚS que hizo, que era obra reservada por Dios y por su ley y profetas para solo el Mesías. Y esta ¿qué fué? Su *poderío*, dice, y *fortaleza* grande. Mas ¿en qué la ejercitó y declaró? *En el espíritu*, dice, *de la santificación:* conviene á saber, en que santifica á los suyos, no en la sobrehaz y corteza de fuera, sino con vida y espíritu. Lo cual se celebra *en la resurrección de los muertos de Jesucristo;* esto es, se celebra resucitando Cristo sus muertos. Que es decir, los que murieron en Él cuando Él murió en la cruz, á los cuales Él después resucitado comunica su vida. Que como la muerte que en él padecimos es causa que muera nuestra culpa cuando según Dios nacemos, ansí su resurrección, que también fué nuestra, es causa de que cuando muere en nosotros la culpa, nazca la vida de la justicia, como ayer mañana dijimos.

Ansí que, según que decía, el condenar la ceremonia es error; y el poner en ella la proa y la popa de la justicia es engaño. El medio de estos extremos es lo derecho. Que la ceremonia es buena, cuando sirve y ayuda á la verdadera santificación del alma, porque es provechosa; y cuando nace de ella es mejor, porque es merecedora del cielo: mas qué no es la pura y la viva salud que Cristo en nosotros hace,

y por qué se llama JESÚS. Digo más. No se llama JESÚS ansí porque solamente hace la salud que decimos, sino porque es él mismo esa salud. Porque aunque sea verdad, como de hecho lo es, que Cristo en los que santifica hace salud y justicia por medio de la gracia que en ellos pone asentada y como apegada en su alma; mas sin eso, como decíamos ayer, Él mismo por medio de su espíritu se junta con ella, y juntándose, la sana y agracia; y esa misma gracia que digo que hace en el alma, no es otra cosa sino como un resplandor que resulta en ella de su amable presencia. Ansí que él mismo por sí, y no solamente por su obra y efecto, es la salud. Dice bien San Macario, y dice de esta manera:—«Como Cristo ve que tú le buscas, y que tienes en él toda tu esperanza siempre puesta, acude luégo Él y te da caridad verdadera, esto es, dásete á sí, que puesto en ti, se te hace todas las cosas paraíso, árbol de vida, preciosa perla, corona, edificador, agricultor, compasivo, libre de toda pasión, hombre, Dios, vino, agua vital, oveja, esposo, guerrero y armas de guerra, finalmente Cristo, que es todas las cosas en todos.»—Ansí que el mismo Cristo abraza con nuestro espíritu el suyo, y abrazándose le viste de sí, según San Pablo dice (Ad Rom., cap. XIII, v. 14): *Vestíos de nuestro Señor Jesucristo.* Y vistiéndole, le reduce y sujeta á sí mismo, y se cala por él totalmente. Porque se debe advertir que ansí como toda la masa es desalada y desazonada de suyo, por donde se ordenó la levadura que le diese sabor, á la cual con verdad podrémos llamar no solo la sazonadura, sino la misma sazón de la masa, por razón de que la sazona no apartada de ella, sino junto con ella, adonde ella por sí cunde por la masa y la transforma y sazona: ansí porque la masa de los hombres estaba toda dañada y enferma, hizo Dios un JESÚS, digo, una humana salud, que no solamente estando apartada, sino juntándose, fuese salud de todo aquello con quien se juntase y mezclase; y ansí él se compara á levadura (Matth., c. XIII, v. 33) á sí mismo. De arte que como el hierro que se enciende del fuego, aunque en el sér es hierro y es fuego, en el parecer es fuego y no hierro: ansí Cristo, ayuntado conmigo y hecho totalmente señor de mí, me apura de tal manera de mis daños y males, y me incorpora de tal manera en sus saludes y bienes, que yo ya no parezco yo el

enfermo que era, ni de hecho soy ya el enfermo; sino tan sano, que parezco la misma salud que es JESÚS. ¡Oh bienaventurada salud! ¡Oh JESUS, dulce y dignísimo de todo deseo, si ya me viese yo, Señor, vencido enteramente de ti! ¡Si ya cundieses, oh salud, por mi alma y mi cuerpo! ¡Si me apurases ya de mi escoria, de toda aquesta vejez! ¡Si no viviese, ni pareciese, ni luciese en mí, sino tú! ¡Oh si ya no fuese quien soy! Que, Señor, no veo cosa en mí que no sea digna de aborrecimiento y desprecio. Casi todo cuanto nace de mí son increibles miserias, casi todo es dolor, imperfección, malatía y poca salud. Y como en el libro de Job se escribe (Job., c. VII, v. 3 y sig.): Cada dia siento en mí nuevas lástimas, y esperando ver el fin de ellas, he contado muchos meses vacíos, y muchas noches dolorosas han pasado por mí. Cuando viene el sueño me digo ¿si amanecerá mi mañana? Y cuando me levanto y veo que no me amanece, alargo á la tarde el deseo. Y vienen las tinieblas, y vienen también mis ayes, y mis flaquezas, y mis dolores más acrecentados con ellas. Vestida está, y cubierta mi carne de mi corrupción miserable; y de las torpezas del polvo que me compone, están ya secos y arrugados mis cueros. Veo, Señor, que se pasan mis dias, y que me han volado muy más que vuela la lanzadera en la tela: acabados casi los veo, y aún no veo, Señor, mi salud. Y si se acaban, acábase mi esperanza con ellos. Miémbrate, Señor, que es ligero viento mi vida, y que si paso sin alcanzar este bien, no volverán jamás mis ojos á verle. Si muero sin Ti, no me verán para siempre en descanso los buenos. Y tus mismos ojos, si los enderezares á mí, no verán cosa que merezca ser vista. Yo, Señor, me desecho, me despojo de mí, me huyo y desamo, para que no habiendo en mí cosa mia, seas Tú solo en mí todas las cosas: mi sér, mi vivir, mi salud, mi JESÚS. Y dicho esto, calló Marcelo, todo encendido en el rostro; y suspirando muy sentidamente, torno luégo á decir:

No es posible que hable el enfermo de la salud, y que no haga significación de lo mucho que le duele el verse sin ella. Ansí que me perdonaréis, Juliano y Sabino, si el dolor que vive de contínuo en mí, de conocer mi miseria, me salió á la boca agora, y se derramó por la lengua. Y tornó á callar, y dijo luégo: Cristo, pues, se llama JESUS, porque Él mismo es

salud. Y no por esto solamente, sino también porque toda la salud es sólo Él. Porque siempre que el nombre, que parece común, se da á uno por su nombre propio natural, se ha de entender que aquel á quien se da tiene en sí toda la fuerza del nombre; como si llamásemos á uno por su nombre virtud, no queremos decir que tiene virtud como quiera, sino que se resume en él la virtud. Y por la misma manera ser salud, el propio nombre de Cristo, es decir que es por excelencia salud, ó que todo lo que es salud y vale para salud, está en él. Y como haya en la salud, según los sujetos, diferentes saludes, que una es salud del ánima y otra es la del cuerpo; y en el cuerpo tiene por sí salud la cabeza, y el estómago, y el corazón, y las demás partes del hombre; ser Cristo por excelencia salud, y nuestra salud, es decir, que es toda la salud, y que Él todo es salud, y salud para todas enfermedades y tiempos. Es toda la salud. Porque como la razón de la salud, según dicen los médicos, tiene dos partes, una que la conserva, y otra que la restituye, una que provee lo que la puede tener en pié, otra que receta lo que la levanta si cae; y como ansí la una como la otra tienen dos intenciones solas á que enderezan, como á blanco, sus leyes, aplicar lo bueno y apartar lo dañoso; y como en las cosas que se comen para salud, unas son para que crien sustancia en el cuerpo, y otras para que le purguen de sus malos humores, unas que son mantenimiento, otras que son medicina; ansí esta soledad, que llamamos JESUS, porque es cabal y perfecta salud, puso en sí aquestas dos partes juntas, lo que conserva la salud y lo que la restituye cuando se pierde; lo que la tiene en pié y lo que la levanta caida; lo que cria buena sustancia y lo que purga nuestra ponzoña.

Y como es pan de vida, como Él mismo se llama, se quiso amasar con todo lo que conviene para estos dos fines: con lo santo que hace vida, y con lo trabajoso y amargo, que purga lo vicioso. Y templóse, y mezclóse, como si dijésemos, por una parte de la pobreza, de la humildad, del trabajarse, del ser trabajado, de las afrentas, de los azotes, de las espinas, de la cruz, de la muerte, que cada cosa para el suyo, y todas son tóxico para todos los vicios; y por otra parte de la gracia de Dios, y de la sabiduría del cielo, y de la justicia santa, y

de la rectitud, y de todos los demás dones del Espíritu Santo, y de su unción abundante sobre toda manera; para que amasado y mezclado ansí, y compuesto de todos aquestos simples resultase de todos un JESÚS de veras, y una salud perfectísima, que allegase lo bueno, y apartase lo malo, que alimentase, y purgase. Un pan verdaderamente de vida, que comido por nosotros con obediencia, y con viva fe, y pasado á las venas, con lo amargo desarraigase los vicios, y con lo santo arraigase la vida. De arte que comidas en él sus espinas, purgasen nuestra altivez: y sus azotes tragados en Él por nosotros, nos limpiasen de lo que es muelle y regalo: y su cruz en Él comida de mí, me apurase del amor de mí mismo: y su muerte por la misma manera diese fin á mis vicios. Y al revés comiendo en Él su justicia, se criase justicia en mi alma: y traspasando á mi estómago su santidad y su gracia, se hiciese en mí gracia y santidad verdadera: y naciese en mí sustancia del cielo, que me hiciese hijo de Dios, comiendo en Él á Dios hecho hombre, que, estando en nosotros, nos hiciese á la manera que es Él, muertos al pecado y vivos á la justicia, y nos fuese verdadero JESÚS.

Ansí que es JESÚS, porque es toda la salud. Es también JESÚS porque es salud todo Él. Son salud sus palabras, digo, son JESÚS sus palabras, son JESÚS sus obras, su vida es JESÚS, y su muerte es JESÚS. Lo que hizo, lo que pensó, lo que padeció, lo que anduvo, vivo, muerto, resucitado, subido, y asentado en el cielo, siempre y en todo es JESÚS. Que con la vida nos sana, y con la muerte nos da salud: con sus dolores quita los nuestros, y como Isaías dice (Isai. cap. LIII, v. 5.) *somos hechos sanos con sus cardenales*: sus llagas son medicina del alma: con su sangre vertida, se repara la flaqueza de nuestra virtud. Y no sólo es JESÚS y salud con su doctrina, enseñándonos el camino sano, y declarándonos el malo y peligroso; sino también con el ejemplo de su vida, y de sus obras hace lo mismo: y no sólo con el ejemplo de ellas nos mueve al bien, y nos incita, y nos guia; sino con la virtud saludable que sale de ellas, que la comunica á nosotros, nos aviva y nos despierta, y nos purga y nos sana. Llámese pues JESÚS, quien todo Él, por donde quiera que se mire, es JESÚS. Que como del arbol, de quien San Juan en el Apocalipsis escribe (Apoc. c. últ. v. 2.), se dice,

que estaba plantado por ambas partes de la ribera del rio de agua viva, que salía de la silla de Dios, y de su Cordero, y que sus hojas eran para salud de las gentes: ansí esta santa humanidad, arraigada á la corriente del rio de las aguas vivas, que son toda la gracia del Espíritu Santo, y regada y cultivada con ellas, y que rodea sus riberas por ambas partes, porque las abraza y contiene en sí todas, no tiene hoja que no sea JESUS, que no sea vida, que no sea remedio de males, que no sea medicina y salud.

Y llevaba también este arbol, como San Juan allí dice, doce frutas, en cada mes del año la suya; porque como decíamos, es JESUS y salud, no para una enfermedad sola, ó para una parte de nosotras enferma, ó para una sazón ó tiempo tan solamente; sino para todo accidente malo, para toda llaga mortal, para toda apostema dolorosa, para todo vicio, y para todo sujeto vicioso, agora y en todo tiempo es JESÚS. Que no solamente nos sana el alma perdida, mas también da salud al cuerpo enfermo y dañado. Y no los sana solamente de un vicio, sino de cualquiera vício, que haya habido en ellos, ó que haya, los sana. Que á nuestra soberbia es JESÚS, con su caña por cetro; y con su púrpura por escarnio vestida para nuestra ambición es JESÚS. Su cabeza coronada con fiera y desapiadada corona es JESÚS, en nuestra mala inclinación al deleite: y sus azotes, y todo su cuerpo adolorido, en lo que nosotros es carnal y torpe, es JESÚS. Eslo para nuestra codicia su desnudez, para nuestro coraje su sufrimiento admirable, para nuestro amor propio el desprecio que siempre hizo de sí. Y ansí la Iglesia enseñada del Espíritu Santo, y movida por Él, en el dia en que cada año representa la hora, cuando aquesta salud se sazonó para nosotros en el lugar de la cruz, como presentándola delante de Dios, y mostrándosela enclavada en el leño, y conociendo lo mucho que esta ofrenda vale, y lo mucho que puede delante de Él; qué bien, ó qué merced no le pide? Pídele, como por derecho, salud para el alma y para el cuerpo. Pídele los bienes temporales, y los bienes eternos. Pídele para los papas, los obispos, los sacerdotes, los clérigos, para los reyes y príncipes, para cada uno de los fieles, según sus estados. Para los pecadores penitencia, para los justos perseverancia, para los pobres amparo, para los presos libertad,

para los enfermos salud, para los peregrinos viaje feliz, y vuelta con prosperidad á sus casas.

Y porque todo es ménos de lo que puede y merece aquesta salud, aun para los herejes, aun para los paganos, aun para los judíos ciegos que la desecharon, pone la Iglesia delante de los ojos de Dios á JESÚS muerto y hecho vida en la cruz, para que les sea JESUS. Por lo cual la Esposa en los Cantares le llama *racimo de Copher*, diciendo de esta manera (Cantic. cap. I, v. 13.): *Racimo de Copher mi amado á mí en las viñas de Engadi*. Y ordenó, á lo que sospecho, la providencia de Dios, que no supiésemos de Copher qué arbol era, ó qué planta, para que dejándonos de la cosa, acudiésemos al orígen de la palabra; y ansí conociésemos, que Copher, según aquello de donde nace, significa aplacamiento, y perdón, y satisfacción de pecados. Y por consiguiente entendiésemos con cuánta razón le llama *racimo de Copher* á Cristo la Esposa, diciéndonos en ello por encubierta manera, que no es una salud Cristo sola, ni un remedio de males particular, ni una limpieza, ó un perdón de pecados de un solo linaje; sino que es un racimo, que se compone como de granos, de innumerables perdones, de innumerables remedios de males, de saludes sin número, y que es un JESUS, en quien cada una cosa de las que tiene es JESÚS. Oh salud! oh JESUS! oh medicina infinita! Pues es JESÚS el nombre propio de Cristo, porque sana Cristo, y porque sana consigo mismo, y porque es toda la salud, y porque sana todas las enfermedades del hombre, y en todos los tiempos, y con todo lo que en sí tiene; porque todo es medicinal y saludable, y porque todo cuanto hace, es salud.

Y por llegar á su punto toda aquesta razón, decidme, Sabino, vos no entendéis, que todas las criaturas tienen su principio de nada? —Entiendo, dijo Sabino, que las crió Dios con la fuerza de su infinito poder, sin tener sujeto, ni materia de que hacerlas. —Luego, dice Marcelo, ninguna de ellas tiene de su cosecha y en sí alguna cosa que sea firme y maciza, quiero decir, que tenga de sí, y no recibido de otro, el ser que tiene. —Ninguna, respondió Sabino, sin duda. —Pues decidme, replicó luégo Marcelo, ¿puede durar en un ser el edificio, que ó no tiene cimientos, ó tiene flacos cimientos?—No es posible, dijo Sabino, que dure.—Y no tiene cimiento de ser ma-

cizo y suyo ninguna de las cosas criadas, añadió luego Marcelo: luégo todas ellas, cuanto de sí es, amenazan caida; y por decir lo que es, caminan cuanto es de suyo al menoscabo y al empeoramiento; y como tuvieron principio de nada, vuélvense, cuanto es de su parte, á su principio, y descubren la mala lista de su linaje, unas deshaciéndose del todo, y otras empeorándose siempre. Qué se dice en el libro de Job? De los ángeles dice (Job cap. IV, v. 18.) *Los que le sirven, no tuvieron firmeza, y en sus ángeles halló torcimiento.* De los hombres añade (Ibid. v. 19.) *Los que moran en casas de lodo, y cuyo apoyo es de tierra, se consumirán de polilla.* Pues de los elementos y cielos David (Psalm. CI, v. 26, 27.); *Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y son obra de tus manos los cielos: ellos perecerán, y Tú permanecerás, y se envejecerán todos, como se envejece una capa.* En que, como vemos, el Espíritu Santo condena á caida, y á menoscabo de su ser á todas las criaturas. Y no solamente da la sentencia, sino también demuestra, que la causa de ello es, como decimos, el mal cimiento que todas tienen. Porque si dice de los ángeles, que se torcieron, y que caminaron al mal; también dice que les vino de que su ser no era del todo firme. Y si dice de los hombres, que se consumen; primero dijo, que eran sus cimientos de tierra. Y los cielos y tierra si dice que se envejecen; dice también como se envejecen, que es como el paño, de la polilla que en ellos vive, esto es, de la flaqueza de su nacimiento, y de la mala raza que tienen.

—Todo es como decís, Marcelo, dijo Sabino: mas decidnos lo que queréis decir por todo ello. —Dirélo respondió, si primero os preguntare. ¿No asentamos ayer, que Dios crió todas las criaturas, á fin de que viviese en ellas, y de que luciese algo de su bondad?—Ansí se asentó, dijo Sabino.—Pues añadió Marcelo, si las criaturas por la enfermedad de su origen forcejan siempre por volverse á su nada, y cuanto es de suyo, se van empeorando y cayendo; para que dure en ellas la bondad de Dios, para cuya demostración las crió, necesario fué que ordenase Dios alguna cosa, que fuese como el reparo de todas, y su salud general, en cuya virtud durase todo en el bien, y lo que enfermase sanase. Y ansí lo ordenó, que como engendró desde la eternidad al Verbo su Hijo, que, como agora se decía, es la traza viva, y la razón, y el artificio de to-

das las criaturas, ansí de cada una de por sí, como de todas juntas; y como por Él las trajo á luz, y las hizo: ansí cuando le pareció, y en el tiempo que Él consigo ordenado tenía, le engendró otra vez hecho hombre JESÚS, ó hizo hombre JESÚS, en el tiempo, aquel, á quien por toda la eternidad comunica el ser Dios. Para que el mismo que era la traza y el artífice de todo, según que es Verbo de Dios, fuese según que es hombre hecho una persona con Dios, el reparo y la medicina, y la restitución, y la salud de todas las cosas: y para que el mismo que por ser, según su naturaleza divina, el artificio general de las criaturas, se llama según aquella parte en hebreo DABAR, y en griego LOTOS, y en castellano Verbo y palabra; ese mismo, por ser según la naturaleza humana que tiene, la medicina, y el restaurativo universalmente de todo, sea llamado JESÚS en hebreo, y en romance salud.

De manera que en Jesucristo como en fuente, ó como en océano inmenso, está átesorado todo el ser, y todo el buen ser; toda la sustancia del mundo; y porque se daña de suyo, y para cuando se daña, todo el remedio, y todo el JESÚS de esa misma sustancia; toda la vida, y todo lo que puede conservar eternamente la vida sana, y en pié. Para que, como decía San Pablo (Ad Coloss. cap. I, v. 18.) *en todo tenga las primerías*, y sea Él (Apocal. cap. XXI, v. 6.) *el alpha, y el omega, el principio, y el fin*: el que las hizo primero, y el que, deshaciéndose ellas, y corriendo á la muerte, las sana, y repara: y finalmente está encerrado en Él el Verbo, y JESÚS, esto es, la vida general de todos, y la salud de la vida. Porqué de hecho es ansí, que no solamente los hombres, mas también los ángeles que en el cielo moran, reconocen que su salud es JESUS: á los unos sanó que eran muertos, y á los otros dió vigor para que no muriesen. Esto hace con las criaturas que tienen razón, y á las demás que no la tienen, les da los bienes que pueden tener: porque su cruz lo abraza todo, y su sangre limpia lo clarifica, y su humanidad santa lo apura, y por Él tendrán nuevo estado, y nuevas cualidades mejores que las que agora tienen, los elementos y cielos, y es en todos, y para todos JESÚS. Y de la manera que ayer al principio de estas razones dijimos, que todas las cosas las sensibles, y las que no tienen sentido, se criaron para sacar á luz este parto, que di-

jimos ser parto de todo el mudo común, y que se nombra por esta causa *fruto*, ó *pimpollo*: ansí decimos agora, que el mismo para cuyo parto se hicieron todas, fué hecho como en retorno, para reparo y remedio de todas ellas, y que por esto le llamamos la salud, y el JESÚS.

Y para que, Sabino, admiréis la sabiduría de Dios, para hacer Dios á las criaturas, no hizo hombre á su Hijo: mas hízole hombre para sanarlas y rehacerlas. Para que el Verbo fuese el artífice, bastó solo ser Dios; mas para que fuese el JESÚS, y la salud, convino que tambien fuese hombre. Porque para hacerlas, como no las hacía de alguna materia, ó de algún sujeto que se le diese, como el escultor hace la estatua del mármol que le dan, y que él no lo hace, sino que, como decíades, la fuerza sola de su no medido poder las sacaba todas al ser; no se requería que el artífice se midiese, y se proporcionase al sujeto, pues no le había: y como toda la obra salía solamente de Dios, no hubo para qué el Verbo fuese más que solo Dios para hacerla. Mas para reparar lo ya criado, y que se desataba de suyo, porque el reparo y la medicina se hacía en sujeto que era, fué muy conveniente, y conforme á la suave orden de Dios necesario, que el reparador se avecinase á lo que reparaba, y que se proporcionase con ello; y que la medicina que se ordenaba fuese tal, que la pudiese actuar el enfermo, y que la salud y el JESÚS, para que lo fuese á las cosas criadas, se pusiese en una naturaleza criada, que con la persona del Verbo junta hiciese un JESÚS. De arte que una misma persona en dos naturalezas distintas, humana y divina, fuese criador en la una, y médico, y redentor, y salud en la otra: y el mundo todo, como tiene un Hacedor general, tuviese también una salud general de sus daños, y concurriesen en una misma persona este formador y reformador, esta vida y esta salud de vida JESÚS.

Y como en el estado del paraiso, en que puso Dios (Genes., c. II, v. 7, seqq.) á nuestros primeros padres, tuvo señalados dos árboles, uno que llamó del saber, y otro que servía al vivir, de los cuales en el primero habia virtud de conocimiento y de ciencia, y en el segundo fruta, que comida reparaba todo lo que el calor natural gasta continuamente la vida; y como quiso que comiesen los hombres de este, y del otro del saber

no comiesen: ansí en este segundo estado, en un supuesto mismo tiene puestas Dios aquestas dos maravillosísimas plantas. Una del saber, que es el Verbo, cuyas profundidades nos es vedado entenderlas, según que se escribe (Prov., c. XXV, v. 27): *Al que escudriñare la majestad, hundirálo la gloria;* y otra del reparar, y del sanar, que es JESÚS, de la cual comerémos, porque la comida de su fruta, y el incorporar en nosotros su santísima carne, se nos manda, no sólo no se nos veda. Que Él mismo lo dice (Joan., c. VI, v. 24): *Si no comiéredes la carne del Hijo del hombre, y no bebiéredes su sangre, no tendréis vida.* Que como sin la luz del sol no se ve, porque es fuente general de la luz; ansí sin la comunicación de este grande JESÚS, de éste que es salud general, ninguno tiene salud. Él es JESÚS nuestro en el alma, Él lo es en el cuerpo, en los ojos, en las palabras, en los sentidos todos, y sin este JESÚS no puede haber en ninguna cosa nuestra JESÚS, digo, no puede haber salud, que sea verdadera salud en nosotros. En los casos prósperos tenemos JESÚS en JESÚS: en lo miserable y adverso tenemos JESÚS en JESÚS: en el vivir, en el morir tenemos JESÚS en JESÚS. Que como diversas veces se ha dicho, cuando nacemos en Dios por JESÚS, nacemos sanos de culpas: cuando después de nacidos andamos y vivimos en Él, Él mismo nos es JESÚS para los rastros que el pecado deja en el alma: cuando perseveramos viviendo, Él también extiende su mano saludable y la pone en nuestro cuerpo mal sano, y templa sus infernales ardores, y lo mitiga y desencarna de sí, y casi lo transforma en espíritn: y finalmente, cuando nos deshace la muerte, Él no desampara nuestras cenizas, sino junto y apegado con ellas al fin les es tan JESÚS, que las levanta, y resucita, y las viste de vida que ya no muere, y de gloria que no fallece jamás.

Y tengo por cierto que el profeta David, cuando compuso el Salmo ciento dos, tenía presente á esta salud universal en su alma. Porque lleno de la grandeza de esta imagen de bien, y no le cabiendo en el pecho el gozo que de contemplarla sentía, y considerando las innumerables saludes que esta salud encerraba, y mirando en una tan sobrada y no merecida merced, la piedad infinita de Dios con nosotros; reventándole el alma en loores, habla con ella misma, y convídala, á lo que

es su deseo, á que alabe al Señor y le engrandezca, y le dice (Ps. CII, v. 1): *Bendice, oh alma mia, al Señor.* Dí bienes de Él, pues Él es tan bueno. Dale palabras buenas siquiera, en retorno de tantas obras suyas tan buenas. Y no te contentes con mover en mi boca la lengua, y con enviarle palabras que diga; sino tórnate en lenguas tú y haz que tus entrañas sean lenguas y no quede en ti parte que no derrame loor. Lo público, lo secreto, lo que se descubre y lo íntimo: que por muchos que hablen, hablarán mucho menos de lo que se debe hablar. Salga de lo hondo de tus entrañas la voz, para que quede asentada allí, y como esculpida perpétuamente su causa: hablen los secretos de tu corazón loores de Dios, para que quede en él la memoria de las mercedes que debe á Dios, á quien loa: para que jamás se olvide de los retornos de Dios, de las formas diferentes con que responde á tus hechos. Tú te convertías en nada, y El hizo nueva orden para darte su ser. Tú eras pestilencia de ti, y ponzoña para tu misma salud; y El ordenó una salud, un JESÚS general contra toda tu pestilencia y ponzoña. JESÚS, que dió á todos tus pecados perdón. JESÚS, que medicinó todos los ayes y dolencias que en ti de ellos quedaron. JESÚS, que hecho deudo tuyo, por el tanto de su vida sacó la tuya de la sepultura. JESÚS, que tomando en sí carne de su linaje, en ella libra á la tuya de lo que corrompe la vida. JESÚS, que te rodea toda apiadándose de ti toda. JESÚS, que en cada parte tuya halla mucho que sanar, y que todo lo sana. JESÚS y salud, que no solamente da la salud, sino salud blanda, salud que de tu mal se enternece, salud compasiva, salud que te colma de bien tus deseos, salud que te saca de la corrupción de la huesa, salud que de lo que es su grande piedad y misericordia, te compone premio y corona. Salud, finalmente, que hinche de sus bienes tu arreo, que enjoya con ricos dones de gloria tu vestidura, que glorifica vuelto á vida tu cuerpo, que le remoza, y le renueva, y le resplandece, y le despoja de toda su flaqueza y miseria vieja, como el águila se despoja y remoza.

Porque dice: Dios á la fin es deshacedor de agravios, y gran hacedor de justicias. Siempre se compadece de los que son saqueados, y les da su derecho: que si tú no merecías merced, el engaño con que tu ponzoñoso enemigo te robó tus

riquezas, voceaba delante de él por remedio. Desde que lo vió se determinó remediarlo, y les manifestó á Moysén y á los hijos de su amado Israel su consejo, el ingenio de su condición, su voluntad y su pecho, y les dijo: Soy compasivo y clemente, de entrañas amorosas y pias, largo en sufrir, copioso en perdonar, no me acelera el enojo, antes el hacer bienes y misericordias me acucia: paso con ancho corazón mis ofensas, no me doy á manos en el derramar mis perdones: que no es de mí el enojarme continuo, ni el barajar siempre con vosotros no me puede aplacer. Ansí lo dijistes, Señor, y ansí se ve por el hecho, que no has usado con nosotros conforme á nuestros pecados, ni nos pagas conforme á nuestras maldades. Cuán lejos de la tierra está el cielo, tan alto se encumbra la piedad de que usas, con los que por suyo te tienen. Ellos son tierra baja, mas tu misericordia es el cielo. Ellos esperan como tierra seca su bien, y ella llueve sobre ellos sus bienes. Ellos como tierra son viles; ella como cosa del cielo es divina. Ellos perecen como hechos de polvo; ella como el cielo es eterna. A ellos que están en la tierra los cubren, y los oscurecen las nieblas; ella que es rayo celestial luce y resplandece por todo. En nosotros se inclina lo pesado como en el centro, mas su virtud celestial nos libra de mil pesadumbres. Cuanto se extiende la tierra, y se aparta el nacimiento del sol de su poniente, tanto alejaste de los hombres sus culpas. Habíamos nacido en el poniente de Adám; traspusístenos, Señor, en tu oriente sol de justicia. Como padre que há piedad de sus hijos, ansí Tú, deseoso de darnos largo perdón, en tu Hijo te vestiste para con nosotros de entrañas de padre. Porque, Señor, como quien nos forjaste, sabeis muy bien nuestra hechura cuál sea. Sabes, y no lo puedes olvidar, muy acordado estás que soy polvo. Como yerba de heno son los dias del hombre: nace, y sube, y florece, y se marchita corriendo. Como las flores ligeras parece algo, y es nada, promete de sí mucho, y pára en un flueco que vuela: tócale á malas penas el aire, y perece sin dejar rastro de sí.

Mas cuanto son más deleznables los hombres, tanto tu misericordia, Señor, persevera más firme. Ellos se pasan, mas tu misericordia sobre ellos dura desde un siglo hasta otro siglo, y por siempre. De los padres pasa á los hijos, y de los

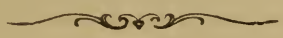
hijos á los hijos de ellos, y de ellos por continua sucesión en sus descendientes, los que te temen, los que guardan el concierto que hiciste, los que tienen en sus mientes tus fueros: porque tienes tu silla en el cielo, de donde lo miras: porque la tienes afirmada en él, para que nunca te mudes: porque tu reino gobierna todos los reinos, para que todo lo puedas. Bendígante, pues, Señor, todas las criaturas, pues eres de todas ellas JESÚS. Tus ángeles te bendigan, tus valerosos, tus valientes ejecutores de tus mandamientos, tus alertos á oir lo que mandas: tus ejércitos te bendigan, tus ministros que están prestos y aprestados para tu gusto. Todas las obras tuyas te alaben, todas cuantas hay por cuanto se extiende tu imperio, y con todas ellas, Señor, alábete mi alma también. Y como dice en otro lugar (Ps. XCVII): Busqué para alabarte nuevas maneras de cantos: no es cosa usada, ni siquiera hecha otra vez, la grandeza tuya que canta, no la cante por la forma que suele. Hiciste salud de tu brazo, hiciste de tu Verbo JESÚS: lo que es tu poder, lo que es tu mano derecha y tu fortaleza, hiciste que nos fuese medicina blanca y suave. Sacaste hecho JESÚS á tu Hijo en los ojos de todos; pusístelo en público, justificaste para con todo el mundo tu causa. Nadie te argüirá de que nos permitiste caer, pues nos reparaste también. Nadie se te querellará de la culpa, para quien supiste ordenar tan gran medicina. Dichoso, si se puede decir, el pecar, que nos mereció tal JESÚS. Y esto llegue hasta aquí. Vos, Sabino, justo es que rematéis esta plática como soléis. Y calló. —Y Sabino dijo: El remate que conviene, vos le habéis puesto, Marcelo, con el Salmo que habéis referido: lo que suelo haré yo, que es deciros los versos. Y dijo luégo:

Alaba, oh alma, á Dios, y todo cuanto
encierra en sí tu seno
celebre con loor su nombre santo
de mil grandezas lleno.
Alaba, oh alma á Dios, y nunca olvide,
ni borre tu memoria
sus dones en retorno á lo que pide
tu torpe y fea historia.
Que Él solo por sí solo te perdona
tus culpas y maldades,

y cura lo herido, y desencona
de tus enfermedades.
Él mismo de la huesa, á la luz bella
restituyó tu vida:
cercóla con su amor, y puso en ella
riqueza no creida.
Y en eso que te viste, y te rodea,
también pone riqueza.
Ansí renovarás lo que te afea,
cual aguila en belleza.
Que al fin hizo justicia, y dió derecho
al pobre saqueado.
Tal es su condición, su estilo y hecho,
según lo ha revelado.
Manifestó á Moysén sus condiciones
en el monte subido,
lo blando de su amor, y sus perdones
á su pueblo escogido.
Y dijo: Soy amigo, y amoroso,
soportador de males,
muy ancho de narices, muy piadoso
con todos los mortales.
No riñe, y no se amansa, no se aíra
y dura siempre airado.
No hace con nosotros, ni nos mira
conforme á lo pecado.
Mas cuanto al cielo vence, y cuanto excede
el cielo reluciente,
su amor tanto se encubra, y tanto puede
sobre la humilde gente.
Cuan lejos de do nace el sol fenece
el soberano vuelo,
tan lejos de nosotros desparece
por tu perdón el duelo.
Y con aquel amor que el padre cura
sus hijos regalados,
la vida tu piedad y el bien procura
de tus amedrentados.
Conoces á la fin que es polvo y tierra
el hombre, y torpe lodo:
contemplas la miseria que en sí encierra,
y le compone todo.
Es heno su vivir; es flor temprana,
que sale y se marchita:
un flaco soplo, una ocasión liviana
la vida y ser le quita.

La gracia del Señor es la que dura,
y firme persevera,
y va de siglo en siglo su blandura
en quien en Él espera.
En los que su ley guardan, y sus fueros
con viva diligencia,
en ellos, en los nietos, y herederos
por larga descendencia.
Que ansí do se rodea el sol lucido
estableció su asiento,
Que ni lo que será, ni lo que ha sido,
es de su imperio exento.
Pues lóente, Señor, los moradores
de su rica morada,
Que emplean valerosos sus ardores
en lo que más te agrada.
Y alábete el ejército de estrellas,
que en alto resplandecen,
que siempre en sus caminos claras bellas
tus leyes obedecen.
Alábente tus obras, todas cuantas
la redondez contiene,
los hombres, y los brutos, y las plantas,
y lo que las sostiene.
Y alábete con ellos noche y dia
también el alma mia.

Y calló. Y con este fin le tuvieron las pláticas de los Nombres de Cristo, cuya es toda la gloria por los siglos de los siglos. Amen.



NOMBRE

DE CORDERO,

POR EL M. FR. LUIS DE LEON,

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTIN.

APROBACIÓN.

Por mandado del Consejo Real vi un cuaderno de diez y siete hojas, compuesto por el Padre Maestro Fray Luis de León, de la Orden de San Agustin, Catedrático de Escritura en la Universidad de Salamanca, añadido agora de nuevo al libro de los Nombres de Cristo, que hasta aquí andaba impreso, hecho por el sobredicho autor, en que se trata del nombre que Cristo tiene de *Cordero,* y no hallé en el dicho cuaderno cosa que sea contra nuestra santa fe, ni contra la doctrina de los santos; antes toda la doctrina es muy sana y muy buena, sacada de la Sagrada Escritura, y de los principios de buena Teología, digna de la gran erudición del autor y de su singular ingenio, y ansí conviene que salga á luz para cumplimiento y perfección del libro, y provecho de los que le leyeren. Firmélo de mi nombre á 15 de Diciembre de este año 1594.

Fray Jerónimo de Almonacis.

NOMBRE
DE CORDERO,

AÑADIDO

EN LA CUARTA EDICION Y EN TODAS LAS SIGUIENTES.

El nombre de CORDERO, de que tengo de decir, es nombre tan notorio de Cristo, que es excusado probarlo. Que ¿quién no oye cada día en la misa, lo que refiere el Evangelio haberle dicho el Bautista (Joann. cap. I, v. 29.): *Este es el* CORDERO *de Dios, que lleva sobre sí los pecados del mundo?* Mas si esto es fácil y claro, no lo es lo que encierra en sí toda la razón de este nombre, sino escondido y misterioso, mas muy digno de luz. Porque CORDERO pasándolo á Cristo dice tres cosas, mansedumbre de condición, y pureza é inocencia de vida, y satisfacción de sacrificio y ofrenda, como San Pedro juntó casi en este propósito hablando de Cristo. *El que*, dice (I. Petr. cap. I, vv. 22 y 24.), *no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca, que siendo maldecido no maldecía, y padeciendo no amenazaba, ántes se entregaba al que le juzgaba injustamente; el que llevó á la cruz sobre sí nuestros pecados.* Cosas que encierran otras muchas en sí, y en que Cristo se señaló y aventajó por maravillosa manera. Y digamos por sí de todas tres. Pues cuanto á lo primero, CORDERO dice mansedumbre, y esto se nos viene á los ojos, luégo que oimos CORDERO, y con ello la mucha razón con que de Cristo se dice, por el extremo de mansedumbre que tiene, ansí en el trato, como en el sufrimiento; ansí en lo que por nosotros sufrió, como en lo que cada día nos sufre.

Del trato Isaías decía (Isai. cap. XLII, v. 4.): *No será bullicioso, ni inquieto, ni causador de alboroto.* Y Él de sí mismo

(Matth. cap. XI, v. 29.): *Aprended de mí, que soy manso, y de corazón humilde.* Y respondió bien con las palabras la blandura de su acogimiento con todos los que se llegaron á Él por gozarle, cuando vivió nuestra vida, con los humildes humilde, con los más despreciados y más bajos más amoroso, y con los pecadores, que se conocían, dulcísimo. La mansedumbre de este CORDERO salvó á la mujer adúltera, que la ley condenaba (Joann. cap. VIII, v. 11.): y cuando se la puso en su presencia la malicia de los Fariseos, y le consultó de la pena, no parece que le cupo en la boca palabra de muerte, y tomó ocasión para absolverla del faltarle acusador, pudiendo sólo Él ser acusador, y juez, y testigo. La misma mansedumbre admitió á la mujer pecadora (Luc. cap. VII, v. 38.), é hizo que se dejase tocar de una infame, y consintió que le lavasen sus lágrimas, y dió limpieza á loss cabellos que le limpiaban sus piés. Esa misma puso en su presencia los niños que sus discípulos apartaban de ella (Matth. cap. XVIII, v. 2.); y siendo quien era, dió oidos á las largas razones de la Samaritana (Joan. cap. IV, v. 7. y sig.); y fué causa que no desechase de sí á ninguno, ni se cansase de tratar con los hombres, siendo Él quien era, y siendo su trato de ellos tan pesado, y tan impertinente como sabemos.

Mas qué maravilla que no se enfadase entónces, cuando vivía en el suelo, el que agora en el cielo, donde vive tan exento de nuestras miserias, y declarado por Rey universal de todas las cosas, tiene por bueno de venirse en el sacramento á vivir con nosotros? y lleva con mansedumbre verse rodeado de mil impertinencias, y vilezas de hombres, y no hay aldea de tan pocos vecinos, adonde no sea casi como uno de ellos en su Iglesia, nuestro CORDERO, blando, manso, sufrido á todos los estados? Y aunque leemos en el Evangelio que castigó Cristo á algunas personas con palabras, como á San Pedro una vez (Marc. cap. VIII, v. 33.), y muchas á los Fariseos (Matth. cap. XXIII, et alibi.), y con las manos también, como cuando hirió con el azote á los que hacían mercado en su templo (Joan. cap. II, v. 15.): mas en ninguna encendió su corazón en fiereza, ni mostró semblante bravo; sino en todas con serenidad de rostro conservó el sosiego de mansedumbre, desechando la culpa, y no desdiciendo de su grave-

dad afable y dulce. Que como en la divinidad sin moverse lo mueve todo, y sin recibir alteración, riñe y corrige, y durando en quietud y sosiego, lo castiga y altera: ansí en la humanidad, que como más se le allega, ansí es la criatura que más se le parece, nunca turbó la dulzura de su ánimo manso, el hacer en los otros lo que el desconcierto de sus razones, ó de sus obras pedía; y reprendió sin pasión, y castigó sin enojo, y fué aún en el reñir un ejemplo de amor. Qué dice la Esposa (Cantic. cap. v, v. 16.)? *Su garganta suavísima, y amable todo El, y todas sus cosas.*

—Y aquella voz, dijo Sabino aquí, paréceos, Marcelo, que será muy amable (Matth. cap. xxv, v. 41.): *Id, malditos de mi Padre, al fuego eterno aparejado para el demonio?* ó será voz que se podrá decir sin braveza, ú oir sin espanto? Y si tan manso es el trato todo de Cristo, qué le queda para ser león, como en la Escritura se dice (Apoc., cap. v, v. 5.)?—Bien decís, respondió Marcelo. Mas en lo primero creo yo muy bien, que les será muy espantable á los malos aquella tan horrible sentencia, y que el parecer ante el juez, y el rostro, y el mirar del juez les será de increible tormento. Mas también habéis de entender, que será sin alteración del alma de Cristo, sino que manso en sí, bramará en los oidos de aquellos, y dulce en sí mismo y en su rostro, les encandilará con terriblez y fiereza los ojos. Y á la verdad lo que más me declara el infinito mal de la obstinación del pecado, es ver que trae á la mansedumbre, y al amor, y á la dulzura de Cristo á términos de decir tal sentencia, y que pone en aquella boca palabras de tanto amargor; y que quien se hizo hombre por los hombres, y padeció lo que padeció por salvarlos, y el que dice que su deleite es su trato, y el que vivo y muerto, mortal y glorioso, ni piensa, ni trata sino de su reposo y salud, y el que todo cuanto es, ordena á su bien; los pueda apartar de sí con voz tan horrible, y que la pura fuerza de aquella no curable maldad mudará la voz al CORDERO. Y siendo lo ordinario de Dios con los malos esconderles su cara, que es alzar la vista de su favor, y dejarlos para que sus designios con sus manos los labren, conforme á lo que decía el Profeta (Isai. cap. LXIV, v. 7.): *Escondiste de nosotros tu cara, y con la mano de nuestra maldad nos quebrantaste;* aquí el celo del castigo

merecido le hace que la descubra, y que tome la espada en la mano, y en la boca tan amarga y espantable sentencia.

Y á lo segundo del león, que, Sabino, dijistes, habéis de entender, que como Cristo lo es, no contradice, ántes se compadece bien con el ser para con nosotros CORDERO. Porque llámase Cristo, y es león por lo que á nuestro bien y defensa toca, por lo que hace con los demonios enemigos nuestros, y por la manera como defiende á los suyos. Que en lo primero, para librarnos de sus manos les quitó el mando, y derrocóles de su tiranía usurpada; y asolóles los templos, é hizo que los blasfemasen los que poco ántes los adoraban y servían, y bajó á sus reinos oscuros, y quebrantóles las cárceles, y sacóles mil prisioneros; y entonces, y agora, y siempre se les muestra fiero, y los vence, y les quita de las uñas la presa. A que mira San Juan para llamarle león, cuando dice (Apocalip. cap. v, v. 5.): *Venció el león de Judá.* Y en lo segundo, ansí como nadie se atreve á sacar de las uñas del león lo que prende, ansí no es poderoso ninguno á quitarle á Cristo de su mano los suyos. Tanta es la fuerza de su firme querer. *Mis ovejas*, dice Él (Joan. cap. x, v. 28.) *ninguno me las sacará de las manos.* E Isaías en el mismo propósito (Isai. cap. XXXI, v. 4.): *Porque dice el Señor: Ansí como cuando brama el león, y el cachorro del leon sobre su presa, no teme para dejarla, si le sobreviene multitud de pastores, á sus voces no teme, ni á su muchedumbre se espanta: ansí el Señor descenderá, y peleará sobre el monte de Sión, sobre el collado suyo.* Ansí que ser Cristo león le viene de ser para nosotros amoroso, y manso CORDERO; y porque nos ama y nos sufre con amor y mansedumbre infinita, por eso se muestra fiero con los que nos dañan, y los desama, y maltrata. Y ansí cuando á aquellos no sufre, nos sufre; y cuando es con ellos fiero, con nosotros es manso. Y hay algunos, que son mansos para llevar las importunidades ajenas, pero no para sufrir sus descomedimientos; y otros, que si sufren malas palabras, no sufren que les pongan las manos: mas Cristo como en todo, ansí en esto perfecto CORDERO, no solamente llevó con mansedumbre nuestro trato importuno, mas también sufrió con igualdad nuestro atrevimiento injurioso. *Como* CORDERO, dice Isaías (Isai. cap. LIII, v. 7.), *delante del que le trasquila.*

¿Qué no sufrió de los hombres por amor de los hombres? de qué injuria no hicieron experiencia en Él los que vivían por Él? Con palabras le trataron descomedidas, con testimonios falsísimos, pusieron sus manos sacrílegas en su divina persona, añadieron á las bofetadas azotes, y á los azotes espinas, y á las espinas clavos y cruz dolorosa, y como á porfía probaron en hacerle mal sus descomulgados ingenios y fuerzas. Mas ni la injuria mudó la voluntad, ni en la paciencia y mansedumbre hizo mella el dolor. Y si como dice San Agustín (1) mi Padre, es manso el que da vado á los hechos malvados, y que no resiste al mal que le hacen, antes le vence con el bien; Cristo sin duda es el extremo de mansedumbre. Porque ¿contra quién se hicieron tantos hechos malvados, ó en cuyo daño se esforzó más la maldad? ó quién le hizo menos resistencia que Cristo? ó la venció con retorno de beneficios mayores? Pues á los que le huyen busca, y á los que le aborrecen abraza, y á los que le afrentan, y dan dolorosa muerte, con esa misma muerte los santifica, y los lava con esa misma sangre, que enemigamente le sacan. Y es puntualmente en este nuestro CORDERO, lo que en el CORDERO antiguo, que de él tuvo figura (Exod. cap. XII, v. 9.), que todo le comían y despedazaban, y con todo él se mantenían, la carne, y las entrañas, y la cabeza, y los piés. Porque no hubo cosa en nuestro bien, adonde no llegase el cuchillo y el diente; al costado, á los piés, á las manos, á la sagrada cabeza, á los oidos, y á los ojos, y á la boca con gusto amarguísimo. Y pasó á las entrañas el mal, y afligió por mil maneras su ánima santa, y le tragó con la honra la vida.

Mas con cuanto hizo, nunca pudo hacer que no fuese CORDERO, y no CORDERO solamente, sino provechoso CORDERO, no solamente sufrido y manso, sino en eso mismo, que tan mansa é igualmente sufría, bienhechor utilísimo. Siempre le espinamos nosotros, y siempre Él trabaja por traernos á fruto. Y como Dios en el Profeta de sí mismo dice (Zachar. cap. XIII, v. 5.): *Adám es mi ejemplo desde mi mocedad.* Porque como en la manera que fué por Dios sentenciado y mandado, que Adám trabajase y labrase la tierra, y la tierra labrada y trabajada

(1) *De Serm. Dom. in monte.* lib. I, cap. 11, n. 4.

le fructificase abrojos y espinas: ansí con su mansedumbre nos sufre, y nos torna á labrar, aunque le fructifiquemos ingratitud. Y no sólo en cuanto anduvo en el suelo, más agora en el cielo glorioso, y emperador sobre todo, y señor universal declarado, nos ve que despreciamos su sangre, y que, cuanto es por nosotros, hacemos sus trabajos inútiles, y pisamos, como el Apóstol dice (Ad Rom. cap. II, v. 4.), su riquísima satisfacción y pasión: y nos sufre con paciencia, y nos aguarda con sufrimiento, y nos llama, y despierta, y solicita con mansedumbre y amor entrañable.

Y á la verdad, porque es tan amoroso, por eso es tan manso, y porque es excesivo el amor, por eso es la mansedumbre en exceso. Porque la caridad, como el Apóstol dice (I. ad Cor. c. XIII, v. 4.), de su natural es sufrida, y ansí conservan una regla, y guardan una medida misma el querer y el sufrir. De manera que cuando no hubiera otro camino, por este solo del amor entendiéramos la grandeza de la mansedumbre de Cristo: porque cuanto nos quiere bien, tanto se há con nosotros mansa y sufridamente, y quiérenos, cuanto ve que su Padre nos quiere; el cual nos ama por tan rara y tan maravillosa manera, que dió por nuestra salud la vida de su unigénito Hijo. Que como el mismo dice (Joan. cap. III, v. 16.): *Ansí amó al mundo Dios, que dió su Hijo unigénito, para que no perezca quien creyere en El.* Porque *dar* aquí es entregar á la muerte. Y el Apóstol (Ad Rom. cap. VIII, v. 32.): *Quien no perdonó á su Hijo propio, antes le entregó por nosotros, qué cosa de cuantas hay dejó de darnos con El?* Ansí que es sin medida el amor que Cristo nos tiene, y por el mismo caso la mansedumbre es sin medida, porque corren á las parejas lo amoroso y lo manso. Aunque si no lo fuera ansí, cómo pudiera ser tan universal señor, y tan grande? Porque un señorío, y una alteza de gobierno semejante á la suya, si cayera ó en un ánimo bravo, ó mal sufrido y colérico, intolerable fuera, porque todo lo asolara en un punto. Y ansí la misma naturaleza de las cosas pide, y la razón del gobierno y mando, que cuanto uno es mayor señor, y gobierna á más gentes, y se encarga de más negocios y oficios, tanto sea más sufrido y más manso. Por donde la divinidad, universal emperatriz de las cosas, sufre, y espera, y es mansa, lo pue no se puede

encarecer con palabras. Y ansí ella usó de muchas, cuando quiso declarar esta su condición á Moysén, que le dijo (Exod. cap. XXXIV, v. 6.): *Soy piadoso, misericordioso, sufrido, de larguísima espera, muy ancho de narices, y que extiendo por mil generaciones mi bien.* Y del mismo Moysén, que fué su lugarteniente, y cabeza puesta por Él sobre todo su pueblo, se escribe, que fué mansísimo sobre todos los de su tiempo. Por manera que la razón convence, que Cristo tiene mansedumbre de CORDERO infinita, lo uno, porque es su poderío infinito, y lo otro, porque se parece á Dios más que otra criatura ninguna, y ansí le imita y retrata en esta virtud, como en las demás sobre todos.

Y si es CORDERO por la mansedumbre, cuán justamente lo será por la inocencia y pureza? que es lo segundo de las tres cosas, que decir propuse. ¿Qué dice San Pedro (I. Petr. cap. I, vv. 18 y 19.)? *Redimidos no con oro y plata que se corrompe, sino con la sangre sin mancilla del* CORDERO *inocente.* Que en el fin porque lo dice, declara y engrandece la suma inocencia de aqueste CORDERO nuestro. Porque lo que pretende es persuadirnos, que estimemos nuestra redención, y que cuando ninguna otra cosa nos mueva, á lo menos por haber sido comprados con una vida tan justa, y lavados del pecado con una sangre tan pura, porque tal vida no haya padecido sin fruto, y tal sangre no se derrame de balde, y tal inocencia y pureza, ofrecida por nosotros á Dios, no carezca de efecto; nos aprovechemos de Él, y nos conservemos en Él, y después de redimidos, no queramos ser siervos. Dice Santiago (Jacob. cap. III, v. 2.), que *es perfecto, el que no tropieza en las palabras y lengua.* Pues de nuestro CORDERO dirá, *que ni hizo pecado, ni en su boca fué hallado engaño*, como dice San Pedro (I. Petr. cap. XI, v. 22). Cierta cosa es, que lo que Dios en sus criaturas ama y precia más, es santidad y pureza. Porque el ser puro uno, es andar ajustado con la ley que le pone Dios, y con aquello que su naturaleza le pide, y eso mismo es la verdad de las cosas, decir cada uno con lo que es, y responder el ser con las obras. Y lo que Dios manda, eso ama, y porque de ello se contenta lo manda; y al que es el ser mismo, ninguna cosa le es más agradable, ó conforme á lo que con su ser responde, que es lo verdadero y lo cierto, porque lo falso

y engañoso no es. Por manera que la pureza es verdad de ser y de ley, y la verdad es lo que más agrada al que es puro ser.

Pues si Dios se agrada más de la humanidad santa de Cristo, concluido queda, que es más santa y pura que todas las criaturas, y que se aventaja en esto á todas tanto, cuantas son y cuan grandes son las ventajas, con que de Dios es amada. Qué? No es ella el Hijo de su amor que Dios llama, y el de quien únicamente se complace, como certificó á los discípulos en el monte, y el Amádo por cuyo amor, y para cuyo servicio hizo lo visible y lo invisible que crió? Luego si va fuera de toda comparación el amor, no la puede haber en la santidad y pureza, ni hay lengua que la declare, ni entendimiento que comprenda lo que es. Bien se ve, que no tiene su grandeza medida, en la vecindad que con Dios tiene, ó por decir verdad, en la unidad, ó en el lazo estrecho de unión, con que Dios consigo mismo le enlaza. Que si es más claro lo que al sol se avecina más, ¿qué resplandores no tendrá de santidad y virtud el que está, y estuvo desde su principio, y estará para siempre lanzado, y como sumido en el abismo de esa misma luz y pureza? En las otras cosas resplandece Dios, mas con la humanidad, que decimos, está unido personalmente: las otras lléganse á Él, mas ésta tiene la lanzada en el seno: en las otras reverbera este sol, mas en ésta hace un sol de su luz. *En el sol*, dice (Ps. XVIII, v. 6.), *puso su morada:* porque la luz de Dios puso en la humanidad de Cristo su asiento, con que quedó en puro sol transformada. Las otras centellean hermosas, ésta es de resplandor un tesoro; á las otras les adviene la pureza y la inocencia de fuera, ésta tiene la fuente y el abismo de ella en sí misma; finalmente las otras reciben y mendigan virtud, ésta riquisima de santidad en sí, la derrama en las otras. Y pues todo lo santo, y lo inocente, y lo puro nace de la santidad y pureza de Cristo, y cuanto de este bien las criaturas poseen, es partecilla que Cristo les comunica; claro es, no solamente ser más santo, más inocente, más puro que todas juntas, sino también ser la santidad, y la pureza, y la inocencia de todas, y por la misma razón la fuente y el abismo de toda la pureza é inocencia.

Pero apuremos más aquesta razón, para mayor claridad

y evidencia. Cristo es universal principio de santidad y virtud, de donde nace toda la que hay en las criaturas santas, y bastante para santificar todas las criadas, y otras infinitas que fuese Dios continuamente criando. Y ni más ni ménos es la víctima y sacrificio aceptable, y suficiente á satisfacer por todos los pecados del mundo, y de otros mundos sin número. Luego fuerza es decir, que ni hay grado de santidad, ni manera de ella, que no le haya en el alma de Cristo; ni menos pecado, ni forma, ni rastro, de que del todo Cristo no carezca. Y fuerza es también decir, que todas las bondades, todas las perfecciones, todas las buenas maneras y gracias, que se esparcen, y podrían esparcir en infinitas criaturas que hubiesen, están ayuntadas, y amontonadas, y unidas sin medida ni cuenta en el manantial de ellas, que es Cristo; y que no se aparta tanto el ser del no ser, ni se aleja tanto de las tinieblas la luz, cuanto de Él mismo toda especie, todo género, todo principio, toda imaginación de pecado, hecho, ó por hacer, ó en alguna manera posible, está apartado y lejísimo. Porque necesario es, y la ley no mudable de la naturaleza lo pide, que quien cria santidades, las tenga, y quien quita los pecados, ni los tenga, ni pueda tenerlos. Que como la naturaleza á los ojos, para que pudiese recibir los colores, cria limpios de todos ellos; y el gusto, si de suyo tuviese algún sabor infundido, no percibiria todas las diferencias del gusto: ansí no pudiera ser Cristo universal principio de limpieza y justicia, si no se alejara de Él todo asomo de culpa, y si no atesorara en sí toda la razón de justicia y limpieza.

Que porque había de quitar en nosotros los hechos malos que oscurecen el alma, no puede haber en Él ningún hecho desconcertado y oscuro. Y porque había de borrar en nuestras almas los malos deseos, no pudo haber en la suya deseo que no fuese del cielo. Y porque reducía á orden y á buen concierto nuestra imaginación varia, y nuestro entendimiento turbado, el suyo fué un cielo sereno, lleno de concierto y de luz. Y porque había de corregir nuestra voluntad mal sana y enferma, era necesario que la suya fuese una ley de justicia y salud. Y porque reducía á templanza nuestros encendidos y furiosos sentidos, fueron necesariamente los suyos la misma moderación y templanza. Y porque había de

poner freno, y desarraigar finalmente del todo nuestras malas inclinaciones, no pudo haber en Él ni movimiento ni inclinación, que no fuese justicia. Y porque era limpieza y perdón general del pecado primero, no hubo ni pudo haber, ni en su principio, ni en su nacimiento, ni en el discurso de sus obras y vida, ni en su alma, ni en sus sentidos y cuerpo, alguna culpa, ni su culpa de Él, ni sus reliquias y rastros. Y porque á la postre, y en la nueva resurrección de la carne, la virtud eficaz de su gracia había de hacer no pecables los hombres, forzoso fué que Cristo no sólo careciese de toda culpa, mas que fuese desde su principio impecable. Y porque tenía en sí bien y remedio para todos los pecados, y para en todos los tiempos, y para en todos los hombres, no sólo en todos los que son justos, mas en todos los demás que no lo son, y lo podrían ser si quisiesen, no sólo en los que nacerán en el mundo, mas en todos los que podrían nacer en otros mundos sin cuento; convino y fué menester, que todos los géneros y especies del mal actual, lo de original, lo de imaginación, lo del hecho, lo que es, y lo que camina á que sea, lo que será, y lo que pudiera ser por el tiempo, lo que pecan los que son, y lo que los pasados pecaron, los pecados venideros, y los que, si infinitos hombres nacieran, pudieran suceder y venir, finalmente todo ser, todo asomo, toda sombra de maldad ó malicia estuviese tan lejos de Él, cuanto las tinieblas de la luz, la verdad de la mentira, de la enfermedad la medicina, están lejos.

Y convino que fuese un tesoro de inocencia y limpieza, porque era, y había de ser el único manantial de ella riquísimo. Y como en el sol, por más que penetréis por su cuerpo, no veréis sino una apurada pureza de resplandor y de lumbre, porque es de las luces y resplandores la fuente: ansí en este sol de justicia, de donde manó todo lo que es rectitud y verdad, no hallaréis por más que lo divida y penetre el ingenio, por más que desmenuce sus partes, por más agudamente que las examine y las mire, sino una sencillez pura, y una rectitud sencilla, una pureza limpia, que siempre está bullendo en pureza, una bondad perfecta entrañada en cuerpo y en alma, y en todas las potencias de ambos, en los tuétanos de ellos, que por todos ellos lanza rayos de sí. Porque veamos

cada parte de Cristo, y verémos cómo cada una de ellas no sólo está bañada en la limpieza que digo, mas sirve para ella y la ayuda.

En Cristo consideramos cuerpo, y consideramos alma, y en su alma podemos considerar lo que es en sí para el cuerpo, y los dones que tiene en sí por gracia de Dios, y el estar unida con la propia persona del Verbo. Y cuanto á lo primero del cuerpo, como unos cuerpos sean de su mismo natural más bien inclinados que otros, según sus composturas y formas diferentes, y según la templanza diferente de sus humores; que unos son de suyo coléricos, otros mansos, otros alegres, y otros tristes, unos honestos y vergonzosos, otros poco honestos y mal inclinados, modestos unos y humildes, otros soberbios y altivos: cosa fuera de toda duda es, que el cuerpo de Cristo de su misma cosecha era de inclinaciones excelentes, y en todas ellas fué loable, honesto, hermoso, y excelente. Que se convence, ansí de la materia de que se compuso, como del artífice que le fabricó. Porque la materia fué la misma pureza de la sangre santísima de la Vírgen, criada y encerrada en sus limpias entrañas. De la cual habemos de entender, que aún en ley de sangre fué la más apurada, y la más delgada, y más limpia, y más apta para criarla, y más ajena de todo afecto bruto, y de más buenas cualidades de todas. Porque allende de lo que el alma puede obrar, y obra en los humores del cuerpo, que sin duda los altera y califica según sus afectos, y que por esta parte el alma santísima de la Vírgen hacia santidad en su sangre, y sus inclinaciones celestiales de ella, y los bienes del cielo sin cuento que en sí tenía, la espiritualizaban y santificaban en una cierta manera: ansí que allende de esto, de suyo era la flor de la sangre, quiero decir, la sangre más ajena de las condiciones groseras del cuerpo, y más adelgazada en pureza, que en género de sangre después de la de su Hijo jamás hubo en la tierra. Porque se ha de entender, que todas las santificaciones, y purificaciones, y limpiezas de la ley de Moysén, el comer estos manjares, y no aquellos, los lavatorios, los ayunos, el tener cuenta en los días, todo se ordenó para que adelgazando, y desnudando de sus afectos brutos la sangre, y los cuerpos, y de unos en otros apurándose siem-

pre más, como en el arte del destilar acontece, viniese últimamente una doncella á hacer una sangre virginal por todo extremo limpísima, que fuese materia del cuerpo purísimo sobre todo extremo de Cristo. Y todo aquel artificio viejo, y antiguo fué como un destilatorio, que de un licor puro sacando otro más puro, por medio de fuego y vasos diferentes, llegue á la sutileza, y pureza postrera.

Ansí que la sangre de la Vírgen fué la flor de la sangre, de que se compuso todo el cuerpo de Cristo. Por donde aún en ley de cuerpo, y por parte de su misma materia fué inclinado al bien perfectamente, y del todo. Y no sólo aquesta sangre virginal le compuso mientras estuvo en el vientre sagrado, mas después que salió de él, le mantuvo vuelta en leche en los pechos santísimos. De donde la divina Vírgen aplicando á ellos á su Hijo de nuevo, y enclavando en Él los ojos, y mirándole, y siendo mirada de Él dulcemente, encendida, ó á la verdad abrasada en nuevo y castísimo amor, se la daba, si decir se puede, más santa y más pura. Y como se encontraban por los ojos las dos almas bellísimas, y se trocaban los espíritus, que hacen paso por ellos, con los del Hijo deificada la madre más, daba al Hijo más deificada su leche. Y como en la divinidad nace luz del Padre, que es luz, ansí también cuanto á lo que toca á su cuerpo, nace de pureza, pureza.

Y si esto es cuanto á la materia de que se compone, ¿qué podremos decir por parte del artífice, que le compuso? Porque como los otros cuerpos humanos los componga la virtud del varón, que la madre con su calor contiene en su vientre, en este edificio del santísimo cuerpo de Cristo el Espíritu santo hizo las veces de aquesta virtud, y formó por su mano Él, y sin que interviniese otro ninguno, este cuerpo. Y si son perfectas todas las obras, que Dios hace por sí, ésta que hizo para sí, qué será? Y si el vino que hizo en las bodas fué vino bonísimo, porque sin medio de otra causa le hizo del agua Dios por su poder, á quien toda la materia por indispuesta que sea, obedece enteramente sin resistencia; ¿qué pureza, qué limpieza, qué santidad tendrá el cuerpo, que fabricó el infinitamente santo de materia tan santa? Cierto es que le amasó con todo el extremo de limpieza posible: quiero decir,

que le compuso por una parte tan ajeno de toda inclinación, ó principio, ó estreno de vicio, cuanto es ajena de las tinieblas la luz; y por otra tan hábil, tan dispuesto, tan hecho, tan de sí inclinado á todo lo bueno, lo honesto, lo decente, lo virtuoso, lo heróico y divino, cuanto sin dejar de ser cuerpo, en todo género de posibilidad se sufría. Y de esto mismo se ve, cuánto era de su cosecha pura su alma, y de su natural inclinada á toda excelencia de bien, que es la otra fuente de esta inocencia y limpieza, de que platicamos agora. Porque, como sabéis, Juliano, en la filosofía cierta, las almas de los hombre, aunque sean de una especie todas, pero son más perfectas en sí, y en su sustancia unas que otras, por ser de su natural hechas para ser formas de cuerpos, y para vivir en ellos, y obrar por ellos, y darles á ellos el obrar y el vivir. Que como no son todos los cuerpos hábiles en una misma manera, para recibir este influjo y acto del alma; ansí las almas no son todas de igual virtud y fuerza para ejecutar esta obra, sino medida cada una para el cuerpo que la naturaleza le da.

De manera que cual es la hechura, y compostura y habilidad de los cuerpos, tal es la fuerza y poderío natural para ellos del alma; y según lo que en cada cuerpo, y por el cuerpo puede ser hecho, ansí cria Dios hecha, y trazada, y ajustada cada alma, que estaría como violentada, si fuese al revés. Y si tuviese más virtud de informar, y dar ser de lo que el cuerpo según su disposición sufre ser informado, no sería nudo natural y suave el del alma y del cuerpo, ni sería su casa del alma la carne fabricada por Dios para su perfección y descanso, sino cárcel para tormento y mazmorra. Y como el artífice que encierra en oro alguna piedra preciosa, la conforma á su engaste; ansí Dios labra las ánimas y los cuerpos de manera que sean conformes, y no encierra, ni engasta, ni enlaza en un cuerpo duro, y que no puede ser reducido á alguna obra, una ánima muy virtuosa, y muy eficaz para ella: sino pues los casa, aparéalos, y pues quiere que vivan juntos, ordena cómo vivan en paz. Y como vemos en la lista de todo lo que tiene sentido, y en todos sus grados, que según la dureza mayor ó menor de la materia que los compone, y según que está organizada, y como amasada mejor, ansí tienen unos

animales naturalmente ánima de más alto y perfecto sentido. Que de suyo y en sí misma la ánima de la concha es más torpe que la del pez, y el ánima de las aves, es de más sentido que las de los que viven en el agua; y en la tierra la de las culebras es superior al gusano, y la del perro á los topos, y la de los caballos al buey, y la de los jimios á todos. Y pues vemos en una especie de cuerpos humanos tantas y tan notables diferencias de humores, de complexiones, de hechuras, que con ser de una especie todos, no parecen ser de una masa; justamente dirémos, y será muy conforme á razón, que sus almas por aquella parte que mira á los cuerpos, están hechas en diferencias diversas, y que son de un grado en espíritu, y más y menos perfectas en razón de ser formas.

Pues si hay este respecto y condición en las almas, la de Cristo, fabricada de Dios para ser la del más perfecto cuerpo, y más dispuesto, y más hábil para toda manera de bien, que jamás se compuso, forzosamente dirémos, que de suyo y de su naturaleza misma está dotada sobre todas las otras de maravillosa virtud y fuerza para toda santidad y grandeza; y que no hubo género, ni especie de obras, ó morales ó naturales, perfectas y hermosas, á que ansí como su cuerpo de Cristo era hábil, ansí no fuese de suyo valerosa su alma. Y como su cuerpo estaba dispuesto, y fué sujeto naturalmente apto para todo valor; ansí su alma por la natural perfección y vigor que tenía, aspiró siempre á todo lo excelente y perfecto. Y como aquel cuerpo era de suyo honestísimo y templado de pureza y limpieza; ansí el alma, que se crió para él era de su cosecha esforzada á lo honesto. Y como la compostura del cuerpo era para mansedumbre dispuesta, ansí el alma de su misma hechura era mansa y humilde. Y como el cuerpo por el concierto de sus humores era hecha para gravedad y mesura, ansí el alma de suyo era alta y gravísima. Y como de sus calidades era hábil el cuerpo para lo fuerte y constante, ansí el alma de su vigor natural era hábil para lo generoso y valiente. Y finalmente, como el cuerpo era hecho para instrumento de todo bien, ansí el alma tuvo natural habilidad para ser ejecutora de toda grandeza, esto es, tuvo lo sumo en la perfección de toda la latitud de su especie.

Y si por su natural hechura era aquesta sacratísima alma

tan alta y tan hermosa, tan vigorosa y tan buena; qué podremos decir de ella, con lo que en ella la gracia sobrepone y añade? Que si es condición de los bienes del cielo, cualesquiera que ellos sean, mejorar aún en lo natural su sujeto, y la semilla de la gracia en la bnena tierra puesta da ciento por uno; en naturales, no sólo tan corregidos, sino tan perfectos de suyo, y tan santos, qué hará tanta gracia? Porque ni hay virtud heróica, ni excelencia divina, ni belleza del cielo, ni dones y grandezas de espíritu, ni ornamento admirable y nunca visto, que no resida en su alma, y no viva en ella sin medida ni tasa. Que, como San Juan dice (Joan., c. III, v. 34), *no le dió Dios con mano limitada su espíritu.* Y como el Apóstol dice (Ad Coloss., c. II, v. 9): *Mora en El la plenitud de la divinidad toda.* Y Isaías (Isai., c. XI, v. 2): *Y reposará sobre él el espíritu del Señor.* Y en el Salmo (Ps. XLIV, v. 9): *Tu Dios te ungió, oh Dios, con unción de alegría sobre todos tus particioneros.* Y con grande razón puso más en él que juntos en todos, pues eran particioneros suyos, esto es, pues había de venir por él á ellos, y habían de ser ricos de sus migajas y sobras. Porque la gracia y la virtud divina que el alma de Cristo atesora, no sólo era mayor en grandeza que las virtudes y gracias fundidas, y hechas una, de todos los que han sido justos, y son agora, y serán adelante; mas es fuente de donde manaron ellas, que no se disminuye enviándolas, y que tiene manantiales tan no agotables y ricos, que en infinitos hombres más, y en infinitos mundos que hubiese, podría derramar en todas excelencia de virtud y justicia, como un abismo verdadero de bien.

Y como aqueste mundo criado, ansí en lo que se nos viene á los ojos, como en lo que nos encubre su vista, está variado y lleno de todo género, y de toda especie, y diferencias de bienes, ansí esta divina alma, para quien, y para cuyo servicio esta máquina universal fué criada, y que es sin ninguna duda mejor que ella, y más perfecta, en sí abraza y contiene lo bueno todo, lo perfecto, lo hermoso, lo excelente y lo heróico, lo admirable y divino. Y como el divino Verbo es una imágen del Padre, viva y expresa, que contiene en sí cuantas perfecciones Dios tiene; ansí esta alma soberana (que como á Él más cercana, y enlazada con Él, y que no sólo de continuo,

mas tan de cerca le mira y se remira en Él, y se espeja, y recibiendo en sí sus resplandores divinos se fecunda, y figura, y viste, y engrandece, y embellece con ellos, y traspasa á sí sus rayos, cuanto es á la criatura posible) le remeda, y se asemeja, y le retrae tan al vivo, que después de Él, que es la imagen cabal, no hay imagen de Dios como el alma de Cristo: y los querubines más altos, y todos juntos y hechos uno los ángeles, son rascuños imperfectos, y sombras oscurísimas y verdaderamente tinieblas en su comparación.

¿Qué diré, pues, de lo que se añade y sigue á esto, que es el lazo que con el Verbo divino tiene, y la personal unión, que ella sola, cuando todo lo demás faltara, es justicia y riqueza inmensa? Porque ayuntándose el Verbo con aquella dichosa ánima, y por ella también con el cuerpo, ansí la penetra toda, y embebe en sí mismo, que con suma verdad no sólo mora Dios en Él, mas es Dios aquel hombre, y tiene aquella alma en sí todo cuanto Dios es, su ser, su saber, su bondad, su poder; y no solamente en sí lo tiene, mas tan enlazado y tan estrechamente unido consigo misma, que ni puede desprenderse de él ó desenlazarse, ni es posible que mientras de él presa estuviere, ó con él unida en la manera que digo, no viva y se conserve en suma perfección de justicia. Que como el hierro que la fragua enciende, penetrado y poseido del fuego, y que parece otro fuego, siempre que está en la hornaza es y parece ansí; y si de ella no pudiese salir, no tendría, ni tener podría ni otro parecer, ni otro ser: ansí lanzada toda aquella feliz humanidad, y sumida en el abismo de Dios, y poseida enteramente, y penetrada por todos sus poros de aquel fuego divino, y firmado con no mudable ley que ha de ser ansí siempre, es un hombre que es Dios, y un hombre que será Dios, cuanto Dios fuere, y cuanto está lejos de no lo ser, tanto está apartado de no tener en su alma toda inocencia, y rectitud, y justicia.

Que como ella es medianera entre Dios y su cuerpo, porque con él se ayunta Dios por medio del alma; y como los medios comunican siempre con los extremos y tienen algo de la naturaleza de ambos: por eso el alma de Cristo, que como forma de la carne dice con ella, y se le avecina y allega; como mente criada para unirse y enlazarse con Dios, y para

recibir en sí y derivar de sí en su cuerpo, ansí natural como místico, los influjos de la divinidad, fué necesario se asemejase á Dios, y se levantase en bondad y justicia, más ella sola, que juntas las criaturas; y convino que fuese un espejo de bien, y un dechado de aquella suma bondad, y un sol encendido y lleno de aquel sol de justicia, y una luz de luz, y un resplandor de resplandor, y un piélago de bellezas cebado de un abismo bellísimo. Y rodeado y enriquecido con toda aquesta hermosura, y justicia, é inocencia, y mansedumbre nuestro santo CORDERO, como tal, y para serlo cabalmente y del todo, se hizo nuestro único y perfecto sacrifi cio, aceptando y padeciendo, por darnos justicia y vida, muerte afrentosa en la cruz. En que se ofrece á la lengua infinito, mas digamos sólo el cómo fué sacrificio y la forma de aquesta expiación. Que cuando San Juan de este CORDERO dice (Joan., c. I, v. 29), *que quita los pecados del mundo*, no solamente dice que los quita, sino que según la fuerza de la propia palabra, ansí los quita de nosotros, que los carga sobre sí mismo, y los hace como suyos, para ser Él castigado por ellos, y que quedásemos libres. De manera, que cuanto al cómo fué sacrificio, decimos, que lo fué no solamente padeciendo por nuestros pecados, sino tomando primero á nosotros y á nuestros pecados en sí, y juntándolos consigo, y cargándose de ellos, para que padeciendo Él padeciesen los que con él estaban juntos y fuesen allí castigados. En que es gran maravilla, que si padeciéramos en nosotros mismos, doliéranos mucho, y valiéranos poco. Y más, como acaece á los árboles que son sin fruto en el suelo do nacen, y transplantados de él fructifican; ansí nosotros traspasados en Cristo morimos sin pena y fuénos fructuosa la muerte. Que la maldad de nuestra culpa había pasado tan adelante en nosotros, y extendídose, y cundido tanto en el alma, que lo tenía estéril todo é inútil, y no se quitaba la culpa sino pagando la pena, y la pena era muerte.

De manera que por una parte nos convenía morir, y por otra, siendo nuestra, era inútil la muerte, y ansí fue necesario, no sólo que otro muriese, sino también que muriésemos nosotros en otro que fuese tal y tan justo, que por ser en Él tuviese tanto valor nuestra muerte, que nos acarrease la vida.

Y como esto era necesario, ansí fué lo primero que hizo el CORDERO en sí, para ser propiamente nuestro sacrificio. Que como en la ley vieja (Levit., c. XVI, v. 21), sobre la cabeza de aquel animal, con que limpiaba sus pecados el pueblo, en nombre de él ponía las manos el sacerdote, y decía que cargaba en ella todo lo que su gente pecaba: ansí Él, porque era también sacerdote, puso sobre sí mismo las culpas y las personas culpadas, y las ayuntó con su alma, como en lo pasado se dijo (1), por una manera de unión espiritual é inefable con que suele Dios juntar muchos en uno, de que los hombres espirituales tienen mucha noticia. Con la cual unión encerró Dios en la humanidad de su Hijo á los que según su ser natural estaban de ella muy fuera, y los hizo tan unos con Él, que se comunicaron entre sí, y á veces sus males, y sus bienes, y sus condiciones, y muriendo Él, morimos de fuerza nosotros, y padeciendo el CORDERO, padecimos en Él, y pagamos la pena que debíamos por nuestros pecados: los cuales pecados, juntándonos Cristo consigo por la manera que he dicho, los hizo como suyos propios, según que en el Salmo dice (Ps. XXI, v. 1.) *Cuan lejos de mi salud las voces de mis delitos*. Que llama delitos suyos los nuestros, porque de hecho ansí á ellos, como á los autores de ellos tenía sobre los hombros puestos, y tan allegados á sí mismo, y tan juntos, que se le pegaron las culpas de ellos, y le sujetaron al azote, y al castigo, y á la sentencia contra ellos dada por la justicia divina. Y pudo tener en Él asiento, lo que no podía ser hecho, ni obrado por Él. En que se consideran con nueva maravilla dos cosas, la fuerza del amor, y la grandeza de la pena y dolor. El amor, que pudo en un sujeto juntar los extremos de justicia y de culpa: la pena, que nacería en un alma tan limpia, cuando vió no solamente vecina, sino tan por suya tanta culpa y torpeza. Que sin duda, si bien se considera, verémos ser ésta una de las mayores penas de Cristo: y si no me engaño, de dos causas que le pusieron en agonía, y en sudor de sangre en el huerto, fué ésta la una.

Porque dejando aparte el ejército de dolores que se le puso delante, y la fuerza que en vencerlos puso, de que dijimos

(1) Véase el Nombre de *Padre*.

arriba (1), qué sentimiento sería, ¿qué digo sentimiento? qué congoja, qué ansia, qué vasca, cuando el que es en sí la misma santidad y limpieza, y el que conoce la fealdad del pecado, cuanto conocida ser puede, y el que la aborrece, y desama cuanto ama su justicia, y cuanto, á Dios mismo, á quien ama con amor infinito vió que tanta muchedumbre de culpas, cuantas son todas las que desde el principio hasta la fin cometen los hombres, tan graves, tan enormes, tan feas, y con tantos modos, y figuras torpes y horribles, se le entraban por su casa, y se le avecinaban al alma, y la cercaban y rodeaban, y cargaban sobre ella, y verdaderamente se le apegaban, y hacían como suyas sin serlo, ni haberlo podido ser? ¿Qué agonía, y que tormento tan grande, quien aborreció tanto este mal, y quien veia á los ojos, cuanto de Dios aborrecido era y huido, verse de él tan cargado; y verse leproso, el que en ese mismo tiempo era la salud de la lepra; y como vestido de injusticia y maldad, el que en ese mismo tiempo es justicia; y herido y azotado, y como desechado de Dios, el que en esa misma hora sanaba las heridas nuestras, y era el descanso del Padre? Ansí que fué caso de terrible congoja el unir consigo Cristo purísimo, inocentísimo, y justísimo tantos pecadores y culpas, y el vestirse tal Rey, de tanta dignidad, de nuestra vejez y vileza.

Y eso mismo que fué hacerse CORDERO de sacrificio, y poner en sí las condiciones y cualidades debidas al CORDERO, que sacrificado limpiaba, fué en cierta manera un gran sacrificio: y disponiéndose para ser sacrificado, se sacrificaba de hecho con el fuego de la congoja que de tan contrarios extremos en su alma nacía: y ántes de subir á la cruz, le era cruz esa misma carga, que para subir á ella sobre sus hombros ponía. Y subido y enclavado en ella, no le rasgaban tanto, ni lastimaban sus tiernas carnes los clavos, cuanto le traspasaban con pena el corazón la muchedumbre de malvados y de maldades, que ayuntados consigo, y sobre sus hombros tenía: y le era menos tormento el desatarse su cuerpo, que el ayuntarse en el mismo templo de la santidad tanta y tan grande torpeza. A la cual por una parte su santa ánima la abrazaba y recogía

(1) Nombre de *Rey*.

en sí, para deshacerla por el infinito amor que nos tiene; y por otra esquivaba, y rehuía su vecindad, y su vista movido de su infinita limpieza: y ansí peleaba, y agonizaba, y ardía como sacrificio aceptísimo, y en el fuego de su pena consumía eso mismo que con su vecindad le penaba, ansí como lavaba con la sangre, que por tantos vertía, esas mismas mancillas que la vertían, á que, como si fueran propias, dió entrada y asiento en su casa. De suerte que ardiendo Él, ardieron en Él nuestras culpas. y bañándose su cuerpo de sangre, se bañaron en sangre los pecadores, y muriendo el CORDERO, todos los que estaban en Él por la misma razón pagaron lo que el rigor de la ley requería. Que como fué justo que la comida de Adám, porque en sí nos tenía, fuese comida nuestra, y que su pecado fuese nuestro pecado, y que emponzoñándose él, nos emponzoñásemos todos: ansí fué justísimo que ardiendo en la ara de la cruz, y sacrificándose este dulce CORDERO, en quien estaban encerrados, y como hechos uno todos los suyos, cuanto es de su parte, quedasen abrasados todos y limpios. De lo cual, Juliano, veréis con cuánta razón se llama Cristo CORDERO, que fué lo que al principio declarar propuse, y según lo mucho que hay que decir, he declarado algún tanto. Pasemos si os parece, al nombre de AMADO, que pues tan agradable le fué á Dios el sacrificio de nuestro santo CORDERO, sin duda fué AMADO, y lo es por extraordinaria manera.—Viendo Marcelo, que daban muestras los dos de gustar, que pasase adelante, cobrando un poco de aliento prosiguió diciendo. Digo pues que es llamado Cristo el AMADO, etc.

LA PERFECTA CASADA,

POR EL M. FR. LUIS DE LEON,

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTIN.

Ví por órden de los Señores del Consejo de su Majestad el libro de la Perfecta Casada, que compuso el muy reverendo y doctísimo Padre Maestro Fray Luis de León, de la Orden de San Agustín, y me parece que no tiene cosa contra la fe, ni contra las buenas costumbres, sino mucha y muy buena doctrina para los casados: y así es digno que se imprima, para que todos gocen de él. Fecha en nuestro colegio de la Compañía de Jesús, en Madrid á veinte de Abril 1583.

Francisco Portocarrero.

ADVERTENCIA.

Ninguna de las obras del Maestro Fray Luis de León se ha reimpreso tantas veces como la *Perfecta Casada:* prueba de la estimación que siempre ha merecido del público. Salió al principio unida á los *Nombres de Cristo*, y así continuó en las cinco primeras ediciones que se hicieron desde el año de 1583, hasta el de 1603. Mas adelante en el de 1632 se publicó separadamente en Madrid por el impresor Juan Gonzalez en un tomo en 4.º ilustrada con algunas notas de Fray Juan de Jesús María, quien la dedicó á la muy ilustre señora Doña Lucrecia de Palafox, Marquesa de Guadaleste. Esta se dice *tercera edición*, debiendo llamarse *sexta*; á no ser que haga relación á otras de la misma obra separada, de que no tenemos noticia.

Posteriormente el año 1765 se hizo otra impresión, que se llama *sexta*, en Valencia por Salvador Faulí, *nuevamente ilustrada y corregida por Fray Luis Galiana, de la Orden de Santo Domingo.* Según nuestra cuenta fué esta la *séptima edición*, la que se repitió en la misma forma en la Imprenta Real año de 1786, y últimamente en la de Don Antonio Espinosa el año de 1799.

Como el fin que nos hemos propuesto en esta Colección, es dar las obras del Maestro León puras y correctas, según salieron de sus manos; y la mejor edición de la *Perfecta Casada* es la tercera hecha en Salamanca con los *Nombres de Cristo* el año de 1587 por Guillermo Foquel en vida del Autor y á su presencia, según se puede creer; con esta nos habemos conformado en todo. La ponemos también á continuación de los Nombres de Cristo, porque en el Prólogo al libro tercero se satisface á los reparos que algunos con poca reflexión pusieron á esta obra, como puede verse en este tomo III, págs. 273 y 276.

DEL MAESTRO
FR. LUIS DE LEON,
LA PERFECTA CASADA.

Á DOÑA MARÍA VARELA OSORIO.

INTRODUCCIÓN.

En que se habla de las leyes y condiciones del estado del matrimonio, y de la estrecha obligación que corre á la casada de emplearse en el cumplimiento de ellas.

Este nuevo estado en que Dios ha puesto á Vmd. sujetándola á las leyes del santo matrimonio, aunque es como camino real, más abierto y menos trabajoso que otros, pero no carece de sus dificultades y malos pasos: y es camino adonde se tropieza también, y se peligra, y yerra, y que tiene necesidad de guia como los demás. Porque el servir al marido, y el gobernar la familia, y la crianza de los hijos, y la cuenta que juntamente con esto se debe al temor de Dios, y á la guarda y limpieza de la conciencia, todo lo cual pertenece al estado y oficio de la mujer que se casa, obras son que cada una por sí pide mucho cuidado; y que todas juntas sin particular favor del cielo, no se pueden cumplir. En lo cual se engañan muchas mujeres, que piensan que el casarse no es más que dejar la casa del padre y pasarse á la del marido, y salir de servidumbre y venir á libertad y regalo. Y piensan, que con parir un hijo de cuando en cuando, y con arrojarle luégo lejos de sí en brazos de un ama, son cabales y perfectas mujeres. Y dado que el buen juicio de Vmd., y la inclinación á toda virtud, de que Dios la dotó, me aseguran para no temer que será como alguna de estas que digo, todavía el entrañable amor que le tengo, y el deseo de su bien, que arde en mí,

me despiertan para que la provea de algún aviso, y para que le busque, y encienda alguna luz, que sin engaño ni error, alumbre y enderece sus pasos por todos los malos pasos de este camino, y por todas las vueltas y rodeos de él. Y como suelen los que han hecho alguna larga navegación, ó los que han peregrinado por lugares extraños, que á sus amigos, los que quieren emprender la misma navegación y camino, antes que lo comiencen, y antes que partan de sus casas, con diligencia y cuidado les dicen menudamente los lugares por donde han de pasar, y las cosas de que se han de guardar, y los aperciben de todo aquello que entienden les será necesario: ansí yo en esta jornada que tiene Vmd. comenzada le enseñaré, no lo que me enseñó á mí la experiencia pasada, porque es ajena de mi profesión, sino lo que he aprendido en las sagradas letras, que es enseñanza del Espíritu santo. En las cuales, como en una tienda común, y como en un mercado público y general, para el uso y provecho general de todos los hombres, pone la piedad y sabiduría divina copiosamente todo aquello que es necesario, y conviene á cada un estado: y señaladamente en este de las casadas se revee, y desciende tanto á lo particular de él, que llega hasta, entrándose por sus casas, ponerles la agùja en la mano, y ceñirles la rueca, y menearles el huso entre los dedos. Porque á la verdad, aunque el estado del matrimonio, en grado y perfección, es menor que el de los continentes ó vírgenes, pero por la necesidad que hay de él en el mundo, para que se conserven los hombres, y para que salgan de ellos los que nacen para ser hijos de Dios y para honrar la tierra, y alegrar el cielo con gloria, fué siempre muy honrado y privilegiado por el Espíritu santo en las letras sagradas. Porque de ellas sabemos, que este estado es el primero y más antiguo de todos los estados: y sabemos, que es vivienda no inventada después que nuestra naturaleza se corrompió por el pecado, y fué condenada á la muerte, sino ordenada luégo en el principio cuando estaban los hombres enteros, y bienaventuradamente perfectos en el paraiso. Ellas mismas nos enseñan, que Dios por su persona concertó el primer casamiento que hubo, y que les juntó las manos á los dos primeros casados, y los bendijo, y fué juntamente, como si dijésemos, el casamentero, y el sacerdote. Allí vemos que

la primera verdad, que en ellas se escribe haber dicho Dios para nuestro enseñamiento, y la doctrina primera que salió de su boca, fué la aprobación de este ayuntamiento, diciendo (Genes., c. II, v. 18): *No es bueno que el hombre esté solo.* Y no sólo en los libros del Viejo Testamento, adonde el ser estéril era maldición, sino también en los del Nuevo, en los cuales se aconseja y como pregona generalmente, y como á son de trompeta la continencia y virginidad, al matrimonio le son hechos nuevos favores. Cristo nuestro bien, con ser la flor de la virginidad, y sumo amador de la virginidad y limpieza, es convidado a unas bodas, y se halla presente á ellas, y come en ellas, y las santifica no solamente con la majestad de su presencia, sino con uno de sus primeros y señalados milagros (Joan., c. II). El mismo habiéndose enflaquecido la ley conyugal, y aflojádose en cierta manera el estrecho nudo del matrimonio, y habiendo dado entrada los hombres á muchas cosas ajenas de la limpieza, y firmeza, y unidad que se le debe; ansí que habiéndose hecho el tomar un hombre mujer, poco más que recibir una moza de servicio á soldada por el tiempo que bien le estuviese; el mismo Cristo entre las principales partes de su doctrina, y entre las cosas para cuyo remedio había sido enviado de su Padre, puso también el reparo de este vínculo santo; y ansí le restituyó en el antiguo y primero grado (Matth., c. XIX). Y lo que sobre todo es, hizo del casamiento que tratan los hombres entre sí, significación y sacramento santísimo del lazo de amor con que Él se ayunta á las almas: y quiso que la ley matrimonial del hombre con la mujer fuese como retrato é imagen viva de la unidad dulcísima y estrechísima que hay entre Él y su Iglesia (Ad Eph., c. V, v. 32): y ansí ennobleció el matrimonio con riquísimos dones de su gracia, y de otros bienes del cielo. De arte que el estado de los casados es estado noble, y santo, y muy preciado de Dios: y ellos son avisados muy en particular, y muy por menudo de lo que les conviene en las sagradas letras por el Espíritu santo, el cual por su infinita bondad no se desdeña de poner los ojos en nuestras bajezas, ni tiene por vil ó menuda ninguna cosa de las que á nuestro provecho hacen. Pues entre otros muchos lugares de los divinos libros, que tratan de esta razón, el lugar más propio, y adonde está

como recapitulado, ó todo, ó lo más que á este negocio en particular pertenece, es el último capítulo de los Proverbios, adonde Dios por boca de Salomón, rey y profeta suyo, y como debajo de la persona de una mujer, madre del mismo Salomón, cuyas palabras él pone y refiere con hermosas razones, pinta acabadamente una virtuosa casada, con todos sus colores y partes. Para que las que lo pretenden ser (y débenlo pretender todas las que se casan) se miren en ella como en un espejo clarísimo, y se avisen, mirándose allí, de aquello que les conviene, para hacer lo que deben. Y ansí conforme á lo que suelen hacer los que saben de pintura, y muestran algunas imágenes de excelente labor á los que no entienden tanto del arte, que les señalan los lejos, y lo que está pintado como cercano, y les declaran las luces, y las sombras, y la fuerza del escorzado, y con la destreza de las palabras hacen, que lo que en la tabla parecía estar muerto viva ya, y casi bulla, y se menee en los ojos de los que lo miran: ni más ni menos mi oficio en esto que escribo, será presentar á Vmd. esta imagen que he dicho, labrada por Dios, y ponérsela delante la vista, y señalarle con las palabras como con el dedo, cuanto en mí fuere, sus hermosas figuras con todas sus perfecciones, y hacerle que vea claro lo que con grandísimo artificio el saber y mano de Dios puso en ella encubierto.

Pero antes que venga á esto, que es declarar las leyes y condiciones que tiene sobre sí la casada, será bien que entienda Vmd. la estrecha obligación que tiene á emplearse en el cumplimiento de ellas, aplicándose toda á ellas con ardiente deseo. Porque como en cualquier otro negocio y oficio que se pretende, para salir bien con él son necesarias dos cosas, la una, el saber lo que es, y las condiciones que tiene, y aquello en que principalmente consiste; y la otra, el tenerle verdadera afición: ansí en esto que vamos tratando, primero que hablemos con el entendimiento, y le descubramos lo que este oficio es, con todas sus cualidades y partes, convendrá que inclinemos la voluntad á que ame el saberlas, y á que sabidas se quiera aplicar á ellas. En lo cual no pienso gastar muchas palabras, ni para con Vmd., que es de su natural inclinada á lo bueno, serán menester; porque al que teme á Dios, para que desee y procure satisfacer á su estado, bástale saber

que Dios se lo manda, y que lo propio y particular que pide á cada uno es, que responda á las obligaciones de su oficio, cumpliendo con la suerte que le ha cabido; y que si en esto falta, aunque en otras cosas se adelante y señale, le ofende. Porque como en la guerra el soldado que desampara su puesto no cumple con su capitán, aunque en otras cosas le sirva; y como en la comedia silban los miradores al que es malo en la persona que representa, aunque en la suya sea muy bueno: ansí los hombres que se descuidan de sus oficios, aunque en otras virtudes sean cuidadosos, no contentan á Dios. ¿Tendría Vmd. por su cocinero, y daríale su salario, al que no supiese salar una olla, y tocase bien un discante? Pues ansí no quiers Dios en su casa al que no hace el oficio en que le pone. Dice Cristo en el Evangelio (Matth., c. XVI, v. 24) que cada uno tome su cruz: no dice que tome la ajena, sino manda que cada uno se cargue de la suya propia. No quiere que la religiosa se olvide de lo que debe al ser religiosa, y se cargue de los cuidados de la casada: ni le place que la casada se olvide del oficio de su casa y se torne monja. El casado agrada á Dios en ser buen casado, y en ser buen religioso el fraile, y el mercader en hacer debidamente su oficio; y aun el soldado sirve á Dios en mostrar en los tiempos debidos su esfuerzo, y en contentarse con su sueldo, como lo dice San Juan (Luc., c. III, v. 14). Y la cruz que cada uno ha de llevar, y por donde ha de llegar á juntarse con Cristo, propiamente es la obligación y la carga que cada uno tiene, por razón del estado en que vive. Y quien cumple con ella, cumple con Dios, y sale con su intento, y queda honrado, é ilustre, y como por el trabajo de la cruz, alcanza el descanso que merece. Mas al revés, quien no cumple con esto, aunque trabaje mucho en cumplir con los oficios que él se toma por su voluntad, pierde el trabajo, y las gracias. Mas es la ceguedad de los hombres tan miserable, y tan grande, que con no haber duda en esta verdad, como si fuera al revés, y como si nos fuera vedado el satisfacer á nuestros oficios, y el ser aquellos mismos que profesamos ser, ansí tenemos enemistad con ellos, y huimos de ellos, y metemos todas las velas de nuestra industria y cuidado en hacer los ajenos. Porque verá Vmd. algunas personas de profesión religiosas, que como si fuesen casadas,

todo su cuidado es gobernar las casas de sus deudos, ó de otras personas que ellas por su voluntad han tomado á su cargo: y que si se recibe ó se despide el criado, ha de ser por su mano de ellas; y si se cuelga la casa en invierno, lo mandan ellas primero. Y por el contrario, en las casadas hay otras, que como si sus casas fuesen de sus vecinas, ansí se descuidan de ellas, y toda su vida es el oratorio y el devocionario, y el calentar el suelo de la iglesia tarde y mañana; y piérdese entre tanto la moza, y cobra malos siniestros la hija, y la hacienda se hunde, y vuélvese demonio el marido. Y si el seguir lo que no son les costase menos trabajo que el cumplir con aquello que deben ser, tendrían estas algún color de disculpa: ó si habiéndose desvelado mucho en aquesto, que escogen por su querer, saliesen perfectamente con ello, era consuelo en alguna manera; pero es al revés, que ni el religioso, aunque aunque más se trabaje, gobernará como se debe la vida del hombre casado, ni jamás el casado llegará á aquello que es ser religioso. Porque ansí como la vida del monasterio, y las leyes, y observancias, y todo el trato y asiento de la vida monástica favorece y ayuda al vivir religioso, para cuyo fin todo ello se ordena; ansí al que siendo fraile, se olvida del fraile, y se ocupa en lo que es el casado, todo ello le es estorbo y embarazo muy grave. Y como sus intentos, y pensamientos, y el blanco adonde se enderezan, no es monasterio; ansí tropieza y ofende en todo lo que es monasterio, en la portería, en el claustro, en el coro, y silencio, en la aspereza y humildad de la vida. Por lo cual le conviene, ó desistir de su porfía loca, ó romper por medio de un escuadrón de duras dificultades, y subir, como dicen, el agua por una torre. Por la misma manera el estilo de vivir de la mujer casada, como la convida y la alienta á que se ocupe en su casa, ansí por mil partes la retrae de lo que es ser monja ó religiosa. Y ansí los unos y los otros, por no querer hacer lo que propiamente les toca, y por quererse señalar en lo que no les atañe, faltan á lo que deben, y no alcanzan lo que pretenden, y trabájanse incomparablemente más de lo que fuera, si trabajaran en hacerse perfectos cada uno en su oficio, y queda su trabajo sin fruto y sin luz. Y como en la naturaleza los monstruos que nacen con partes y miembros de animales dife-

rentes, no se conservan ni viven; ansí esta monstruosidad de diferentes estados en un compuesto, el uno en la profesión, y el otro en las obras, los que la siguen, no se logran en sus intentos. Y como la naturaleza aborrece los monstruos, ansí Dios huye de estos y los abomina. Y por esto decía en la ley vieja (Levit., cap. XIX, v. 19), que ni en el campo se pusiesen semillas diferentes, ni en la tela fuese la trama de uno y la estambre de otro, ni menos se le ofreciese en sacrificio el animal que hiciese vivienda en agua y en tierra. Pues asiente Vmd. en su corazón con entera firmeza, que el ser amigo de Dios es ser buena casada, y que el bien de su alma está en ser perfecta en su estado, y que el trabajar en ello, y el desvelarse, es ofrecer á Dios un sacrificio aceptísimo de sí misma. Y no digo yo, ni me pasa por pensamiento, que el casado ó alguno han de carecer de oración; sino digo la diferencia que ha de haber entre las buenas, religiosa, y casada. Porque en aquella el orar es todo su oficio: en ésta ha de ser medio el orar para que mejor cumpla su oficio. Aquella no quiso el marido, y negó el mundo, y despidióse de todos, para conversar siempre y desembarazadamente con Cristo; ésta ha de tratar con Cristo para alcanzar de Él gracia y favor con que acierte á criar el hijo, y á gobernar bien la casa, y á servir como es razón al marido. Aquella ha de vivir para orar continuamente; esta ha de orar para vivir como debe. Aquella aplace á Dios regalándose con Él, ésta le ha de servir trabajando en el gobierno de su casa por Él. Mas considere Vmd. cómo reluce aquí la grandeza de la divina bondad, que se tiene por servido de nosotros, con aquello mismo que es provecho nuestro. Porque á la verdad, cuando no hubiera otra cosa que inclinara á la casada á hacer el deber, sino es la paz y sosiego, y gran bien que en esta vida sacan, é interesan las buenas de serlo, esto solo bastaba. Porque sabida cosa es, que cuando la mujer asiste á su oficio, el marido la ama, y la familia anda en concierto, y aprenden virtud los hijos, y la paz reina, y la hacienda crece. Y como la luna llena en las noches serenas se goza, rodeada, y como acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella, y que la remiran, y reverencian: ansí la buena en su casa reina, y resplandece, y convierte á sí, juntamente

los ojos, y los corazones de todos. El descanso, y la seguridad la acompaña, adonde quiera que endereza sus pasos, y á cualquiera parte que mira, encuentra con el alegría y con el gozo. Porque si pone en el marido los ojos, descansa en su amor; si los vuelve á sus hijos, alégrase con su virtud; halla en los criados bueno y fiel servicio, y en la hacienda provecho y acrecentamiento, y todo le es gustoso y alegre: como al contrario á la que es mala casera, todo se le convierte en amargura, como se puede ver por infinitos ejemplos.

Pero no quiero detenerme en cosa por nuestros pecados tan clara, ni quiero sacar á Vmd. de su mismo lugar. Vuelva los ojos por sus vecinos, y naturales, y revuelva en su memoria lo que de otras cosas ha oido. De cuántas mujeres sabe, que por no tener cuenta con su estado, y tenerla con sus antojos, están con sus maridos en perpétua lid, y desgracia? Cuántas ha visto lastimadas, y afeadas con los desconciertos de sus hijos é hijas, con quien no quisieron tener cuenta? Cuántas laceran en extrema pobreza, porque no atendieron á la guarda de sus haciendas, ó por mejor decir, porque fueron la perdición, y la polilla de ellas? Ello es ansí, que no hay cosa más rica, ni más feliz que la buena mujer; ni peor, ni más desastrada que la casada que no lo es: y lo uno y lo otro nos enseña la Sagrada Escritura. De la buena dice ansí (Eccli. cap. XXVI, v. 1 y sig.) «El marido de la mujer buena es dichoso, y vivirá doblados dias; y la mujer de valor pone en su marido descanso, y cerrará los años de su vida con paz. La mujer buena es suerte buena, y como premio de los que temen á Dios, la dará Dios al hombre por sus buenas obras. El bien de la mujer diligente deleitará á su marido, y henchirá de grosura sus huesos. Don grande de Dios es el trato bueno suyo: bien sobre bien, y hermosura sobre hermosura es una mujer, que es santa y honesta. Como el sol que nace, parece en las alturas del cielo, ansí el rostro de la buena, adorna y hermosea su casa.» —Y de la mala dice por contraria manera (Eccli. cap. XXVI, v. 8. y sig.): »La celosa es dolor de corazón, y llanto continuo, y el tratar con la mala es tratar con los escorpiones. Casa que se llueve es la mujer rencillosa, y lo que turba la vida es casarse con una aborrecible. La tristeza del corazón es la mayor herida, y la maldad de la mujer es todas las maldades.

Toda llaga, y no llaga de corazón: todo mal, y no mal de mujer. No hay cabeza peor que la cabeza de la culebra, ni ira que iguale á la de la mujer enojosa. Vivir con leones y con dragones es más pasadero, que hacer vida con la mujer que es malvada. Todo mal es pequeño en comparación de la mala: á los pecadores les caiga tal suerte. Cual es la subida arenosa para los piés ancianos, tal es para el modesto la mujer deslenguada. Quebranto de corazón, y llaga mortal es la mala mujer. Cortamiento de piernas, y decaimiento de manos es la mujer que no da placer á su marido. La mujer dió principio al pecado, y por su causa morimos todos»: — y por esta forma otras muchas razones. Y acontece en esto una cosa maravillosa, que siendo las mujeres de su cosecha gente de gran pundonor, y apetitosas de ser preciadas y honradas, como lo son todos los de ánimo flaco, y gustando de vencerse entre sí unas á otras, aun en cosas menudas y de niñería; no se precian, antes se descuidan y olvidan de lo que es su propia virtud y loa. Gusta una mujer de parecer más hermosa que otra, y aun si su vecina tiene mejor basquiña, ó si por ventura saca mejor invención de tocado, no lo pone á paciencia; y si en el ser mujer de su casa le hace ventaja, no se acuita, ni se duele; antes hace caso de honra sobre cualquier menudencia, y sólo aquesto no estima. Como sea ansí que el ser vencida en aquello no le daña, y el no vencer en esto la destruye: con ser ansí que aquello no es su culpa, y aquesto destruye todo el bien suyo, y de su casa: y con ser ansí que el loor que por aquello se alcanza es ligero, y vano loor, y loor que ántes que nazca perece, y tal, que si hablamos con verdad, no merece ser llamado loor; y por el contrario la alabanza que por esto se consigue, es alabanza maciza, y que tiene verdaderas raíces, y que florece por las bocas de los buenos juicios, y que no se acaba con la edad, ni con el tiempo se gasta; antes con los años crece, y la vejez la renueva, y el tiempo la esfuerza, y la eternidad se espeja en ella, y la envía más viva siempre, y más fresca por mil vueltas de siglos. Porque á la buena mujer su familia la reverencia, y sus hijos la aman, y su marido la adora, y los vecinos la bendicen, y los presentes, y los venideros la alaban y ensalzan. Y á la verdad si hay debajo de la luna cosa que merezca ser estimada y preciada,

es la mujer buena: y en comparación de ella el sol mismo no luce, y son oscuras las estrellas. Y no sé yo joya de valor, ni de loor, que ansí levante y hermosee con claridad y resplandor á los hombres, como es aquel tesoro de inmortales bienes, de honestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor, de piedad, y regalo, de gozo, y de paz que encierra y contiene en sí una buena mujer, cuando se la da por compañera su buena dicha. Que si Eurípides (1), escritor sabio, parece que á bulto dice de todas mal, y dice, que si alguno de los pasados dijo mal de ellas, y de los presentes lo dice, ó si lo dijeren los que vinieren después. todo lo que dijeron, y dicen, y dirán, él solo lo quiere decir y dice; ansí que sí esto dice, no lo dice en su persona, y la que lo dice tiene justa disculpa, en haber sido Medea la ocasión de que lo dijese. Mas ya que habemos llegado aquí, razón es que callen mis palabras, y que comiencen á sonar las del Espíritu santo: el cual en la doctrina de las buenas mujeres, que pone en los Proverbios, y yo ofrezco agora aquí á Vmd. comienza de estos mismos loores, en que yo agora acabo, y dice en pocas razones, lo que ninguna lengua pudiera decir en muchas: y dice de esta manera:

§. I.

Algunas advertencias del autor para entrar á tratar de la materia.

¿Quién hallará mujer de valor? raro y extremado es su precio.

Pero antes que comencemos, nos conviene presuponer, que en este capítulo el Espíritu santo, ansí es verdad que pinta una buena casada, declarando las obligaciones que tiene, que también dice, y significa, y como encubre debajo de esta pintura cosas mayores, y de más alto sentido, que pertenecen á toda la Iglesia. Porque se ha de entender, que la sagrada Escritura, que es habla de Dios, es como una imagen de la condición y naturaleza de Dios. Y ansí como la divinidad es juntamente una perfección sola, y muchas perfeccio-

(1) *In Hecuba.*

nes diversas, una en sencillez, y muchas en valor y eminencia; ansí la santa Escritura por unas mismas palabras dice muchas y diferentes razones; y como lo enseñan los santos, en la sencillez de una misma sentencia encierra gran preñez de sentidos. Y como en Dios todo lo que hay es bueno, ansí en su Escritura todos los sentidos, que puso en ella el Espíritu santo son verdaderos. Por manera que el seguir el un sentido, no es desechar el otro: ni menos el que en éstas sagradas letras entre muchos y verdaderos entendimientos que tienen, descubre uno de ellos, y le declara, no por eso ha de ser tenido por hombre que desecha los otros entendimientos. Pues digo, que en este capítulo Dios por la boca de Salomón por unas mismas palabras hace dos cosas. Lo uno, instruye y ordena las costumbres: lo otro, profetiza misterios secretos. Las costumbres que ordena, son de la casada, los misterios que profetiza, son el ingenio y las condiciones que había de poner en su Iglesia, de quien habla como en figura de una mujer de su casa. En esto postrero da luz á lo que se ha de creer, en lo primero enseña lo que se ha de obrar. Y porque aquesto solo es lo que hace agora á nuestro propósito, por eso hablarémos de ello aquí solamente, y procurarémos, cuanto nos fuere posible, sacar á luz, y poner como delante de los ojos, todo lo que hay en esta imagen de virtud, que Dios aquí pinta. Dice pues:

§. II.

Cuánto es menester para que una mujer sea perfecta, y lo que debe procurarlo ver la que es casada.

Mujer de valor quién la hallará? raro y extremado es su precio.

Propone luégo al principio aquello de que ha de decir, que es la doctrina de una mujer de valor, esto es, de una perfecta casada, y loa lo que propone, ó por mejor decir, propone loándolo, para despertar desde luégo, y encender en ellas aqueste deseo honesto y virtuoso. Y porque tuviese mayor fuerza el encarecimiento, pónelo por vía de pregunta di-

ciendo: *Mujer de valor quién la hallará?* Y en preguntarlo y decirlo ansí, dice que es dificultoso el hallarla, y que son pocas las tales. Y ansí la primera loa que da á la buena mujer, es decir de ella, que es cosa rara: que es lo mismo que llamarla preciosa, y excelente cosa, y digna de ser muy estimada, porque todo lo raro es precioso. Y que sea aqueste su intento, por lo que luégo añade se ve. *Alejado, y extremado*, dice, *es su precio.* O como dice el original en el mismo sentido: *Más y allende, y muy alejado sobre las piedras preciosas el precio suyo.* De manera que el hombre, que acertare con una mujer de valor, se puede desde luégo tener por rico y dichoso, entendiendo que ha hallado una perla oriental, ó un diamante finísimo, ó una esmeralda, ú otra alguna piedra preciosa de inestimable valor. Ansí que esta es la primera alabanza de la buena mujer, decir, que es dificultosa de hallar. Lo cual ansí es alabanza de las buenas, que es aviso para conocer generalmente la flaqueza de todas. Porque no sería mucho, ser una buena, si hubiese muchas buenas, ó si en general no fuesen muchos sus siniestros malos. Los cuales son tantos á la verdad, y tan extraordinarios, y diferentes entre sí, que con ser un linaje y especie, parecen de diversas especies. Que como burlando en esta materia, ó Phocílides, ó Simónides (1) solía decir, en ellas solas se ven el ingenio, y las mañas de todas las suertes de cosas, como si fueran de su linaje. Que unas hay cerriles, y libres como caballos, y otras resabidas como raposas, otras ladradoras, otras mudables á todos colores, otras pesadas como hechas de tierra: y por esto la que entre tantas diferencias de mal acierta á ser buena, merece ser alabada mucho. Mas veamos, por qué causa el Espíritu santo á la buena mujer la llama mujer de valor, y después verémos con cuánta propiedad la compara, y antepone á las piedras preciosas. Lo que aquí decimos, *mujer de valor*, y pudiéramos decir, *mujer varonil*, como Sócrates (2), acerca de Jenofón, llama á las casadas perfectas; ansí que esto que decimos *varonil*, ó *valor*, en el original es una palabra de grande significación, y fuerza, y tal que

(1) Apud Stobæum, serm. LXXIII.
(2) Memorabil. Lib. v.

apenas con muchas nuestras se alcanza todo lo que significa. Quiere decir, virtud de ánimo, y fortaleza de corazón, industria, y riquezas, y poder, y aventajamiento, y finalmente un ser perfecto, y cabal en aquellas cosas, á quien esta palabra se aplica: y todo esto atesora en sí la que es buena mujer; y no lo es, si no lo atesora. Y para que entendamos, que es esto verdad, la nombró el Espíritu santo con este nombre, que encierra en sí tanta variedad de tesoro. Porque como la mujer sea de su natural flaca, y deleznable, más que ningún otro animal, y de su costumbre é ingenio una cosa quebradiza, y melindrosa; y como la vida casada sea vida sujeta á muchos peligros, y donde se ofrecen cada día trabajos, y dificultades muy grandes, y vida ocasionada á continuos desabrimientos y enojos, y como dice San Pablo (I. ad Corinth. capit. VII, v. 34.), vida adonde anda el ánima, y el corazón dividido, y como enajenado de sí, acudiendo agora á los hijos, agora al marido, agora á la familia, y hacienda; para que tanta flaqueza salga con victoria de contienda tan dificultosa, y tan larga, menester es, que la que ha de ser buena casada, esté cercada de un tan noble escuadrón de virtudes, como son las virtudes que habemos dicho, y las que en sí abraza la propiedad de aquel nombre. Porque lo que es harto para que un hombre salga bien con el negocio que emprende, no es bastante para que una mujer responda como debe á su oficio; y cuanto el sujeto es más flaco, tanto para arribar con una carga pesada, tiene necesidad de mayor ayuda y favor. Y como cuando en una materia dura, y que no se rinde al hierro, ni al arte, vemos una figura perfectamente esculpida, decimos y conocemos, que era perfecto, y extremado en su oficio el artífice que la hizo, y que con la ventaja de su artificio venció la dureza no domable del sujeto duro; ansí y por la misma manera el mostrarse una mujer la que debe entre tantas ocasiones y dificultades de vida, siendo de suyo tan flaca, es clara señal de un caudal de rarísima y casi heróica virtud. Y es argumento evidente, que cuanto en la naturaleza es más flaca, tanto en el valor del ánimo, y en su virtud es mayor, y más aventajada. Y esta misma es la causa también por donde, como lo vemos por la experiencia, y como la historia nos lo enseña en no pocos ejemplos, cuando alguna

mujer acierta á señalarse en algo de lo que es de loor, vence en ello á muchos hombres de los que se dan á lo mismo. Porque cosa de tan poco ser, como es esto que llamamor mujer, nunca ni emprende, ni alcanza cosa de valor, ni de ser, sino es porque la inclina á ello, y la despierta, y alienta alguna fuerza de increible virtud, que ó el cielo ha puesto en su alma, ó algún don de Dios singular. Que pues vence su natural, y sale como rio de madre, debemos necesariamente entender, que tiene en sí grandes acogidas de bien. Por manera que con grandísima verdad, y significación de loor, el Espíritu santo á la mujer buena, no la llamó como quiera buena, ni dijo, ó preguntó, ¿quién hallará una buena mujer? sino llamóla *mujer de valor*, y usó en ello de una palabra tan rica, y tan significante como es la original que dijimos. Para decirnos, que la mujer buena es más que buena, y que esto que nombramos bueno, es una medianía de hablar, que no allega á aquello excelente que ha de tener, y tiene en sí la buena mujer. Y que para que un hombre sea bueno, le basta un bien mediano, mas en la mujer ha de ser negocio de muchos, y muy subidos quilates: porque no es obra de cualquier oficial, ni lance ordinario, ni bien que se halla á do quiera, sino artificio primo, y bien incomparable, ó por mejor decir, un amontonamiento de riquísimos bienes. Y este es el primer loor que le da el Espíritu santo, y con este viene como nacido el segundo, que es compararla á las piedras preciosas. En lo cual, como en una palabra, acaba de decir cabalmente todo lo que en esto, de que vamos hablando, se encierra. Porque ansí como el valor de la piedra preciosa es de subido y extraordinario valor; ansí el bien de una buena tiene subidos quilates de virtud. Y como la piedra preciosa en sí es poca cosa, y por la grandeza de la virtud secreta cobra gran precio; ansí lo que en el sujeto flaco de la mujer pone estima de bien, es grande y raro bien. Y como en las piedras preciosas la que no es muy fina, no es buena; ansí en las mujeres no hay medianía, ni es buena la que no es más que buena. Y de la misma manera que es rico un hombre, que tiene una preciosa esmeralda, ó un rico diamante, aunque no tenga otra cosa, y el poseer estas piedras no es poseer una piedra, sino poseer en ella un tesoro abreviado;

ansí una buena mujer no es una mujer, sino un montón de riquezas, y quien la posee es rico con ella sola, y sola ella le puede hacer bienaventurado y dichoso. Y del modo que la piedra preciosa se trae en los dedos, y se pone delante los ojos, y se asienta sobre la cabeza para hermosura y honra de ella, y el dueño tiene allí juntamente arreo en la alegría, y socorro en la necesidad; ni más ni ménos á la buena mujer, el marido la ha de querer más que á sus ojos, y la ha de traer sobre su cabeza; y el mejor lugar del corazón del él ha de ser ó por mejor decir, todo su corazón, y su alma; y ha de entender, que en tenerla tiene un tesoro general para todas las diferencias de tiempos, y que es varilla de virtud, como dicen, que en toda sazón, y coyuntura responderá con su gusto, y le henchirá su deseo; y que en la alegría tiene en ella compañía dulce, con quien acrecentará su gozo comunicándolo, y en la tristeza amoroso consuelo, y en las dudas consejo fiel, y en los trabajos regalo, y en las faltas socorro, y medicina en las enfermedades, acrecentamiento para su hacienda, guarda de su casa, maestra de sus hijos, provisora de sus excesos, y finalmente en las veras, y burlas, en lo próspero y adverso, en la edad florida, y en la vejez cansada, y por el proceso de toda la vida dulce amor, y paz, y descanso. Hasta aquí llegan las alabanzas que da Dios á aquesta mujer; veamos agora lo que después de esto se sigue.

§. III.

Qué confianza ha de engendrar la buena mujer en el pecho del marido, y de cómo pertenece al oficio de la casada la guarda de la hacienda, que consiste en que no sea gastadora.

Confía en ella el corazón de su marido, no le harán mengua los despojos.

Después que ha propuesto el sujeto de su razón y nos ha aficionado á él alabándolo, comienza á especificar las buenas partes de él, y aquello de que se compone y perficiona. Para que asentando los piés las mujeres en aquestas pisadas y siguiendo estos pasos, lleguen á lo que es perfecta casada. Y

porque la perfección del hombre en cualquier estado suyo consiste principalmente en el bien obrar, por eso el Espíritu santo no pone aquí partes de esta perfección de que hablo, sino solamente las obras loables á que está obligada la casada que pretende ser buena. Y la primera es, que ha de engendrar en el corazón de su marido una gran confianza. Pero es de ver cuál sea, y de qué, esta confianza que dice. Porque pensarán algunos que es la confianza que ha de tener el marido de su mujer que es honesta. Y aunque es verdad que con su bondad la mujer ha de alcanzar de su marido esta buena opinión; pero á mi parecer el Espíritu santo no trata aquí de ello, y la razón porque no lo trata es justísima. Lo primero, porque su intento es componernos aquí una casada perfecta, y el ser honesta una mujer no se cuenta, ni debe contar entre las partes de que esta perfección se compone; sino ántes es como el sujeto sobre el cual todo este edificio se funda, y para decirlo en una palabra, es como el sér y la sustancia de la casada; porque si no tiene esto, no es ya mujer, sino alevosa ramera, y vilísimo cieno, y basura la más hedionda de todas y la más despreciada. Y como en el hombre, ser dotado de entendimiento y razón, no pone en él loa, porque tenerlo es su propia naturaleza, mas si le faltase por caso, el faltarle pondría en él mengua grandísima; ansí la mujer no es tan loable por ser honesta, cuanto es torpe y abominable si no lo es. De manera que el Espíritu santo en este lugar no dice á la mujer que sea honesta, sino presupone que ya lo és, y á la que ansí es, enséñale lo que le falta y lo que ha de añadir para ser acabada y perfecta. Porque, como arriba dijimos, esto todo que aquí se refiere, es como hacer un retrato ó pintura, adonde el pintor no hace la tabla; sino en la tabla que le ofrecen y dan, pone él los perfiles, é induce después los colores, y levantando en su lugar las luces, y bajando las sombras adonde conviene, trae á debida perfección su figura. Y por la misma manera Dios en la honestidad de la mujer, que es como la tabla, la cual presupone por hecha y derecha, añade ricos colores de virtud, todas aquellas que son necesarias para acabar una tan hermosa pintura. Y sea esto lo primero.

Lo segundo porque no habla aquí Dios de lo que toca á esta fe, es porque quiere que este negocio de honestidad y limpieza

lo tengan las mujeres tan asentado en su pecho, que ni áun piensen que puede ser lo contrario. Y como dicen de Solón, el que dió leyes á los Atenienses, que señalando para cada maleficio sus penas, no puso castigo para el que diese muerte á su padre ni hizo memoria de este delito; porque dijo que no convenía que tuviesen por posible los hombres, ni por acontecedero, un mal semejante: ansí por la misma razón no trata aquí Dios con la casada que sea honesta y fiel, porque no quiere que le pase, áun por la imaginación, que es posible ser mala. Porque si va á decir la verdad, ramo de deshonestidad es en la mujer casta el pensar que puede no serlo, ó que en no serlo hace algo que le deba ser agradecido. Que como á las aves les es naturaleza el volar, ansí las casadas han de tener por dote natural, en que no puede haber quiebra, el ser buenas y honestas: y han de estar persuadidas, que lo contrario es suceso aborrecible, y desventurado, y hecho monstruoso, ó por mejor decir, no han de imaginar que puede suceder lo contrario, mas que ser el fuego frio ó la nieve caliente. Entendiendo que el quebrar la mujer á su marido la fe, es perder las estrellas su luz, y caerse los cielos, y quebrantar sus leyes la naturaleza, y volverse todo en aquella confusión antigua y primera. Ni tampoco ha de ser esto como algunas lo piensan, que con guardar el cuerpo entero al marido en lo que toca á las pláticas y á otros ademanes y obrillas menudas, se tienen por libres. Porque no es honesta la que no lo es y parece. Y cuanto está lejos del mal, tanto de la imagen ó semejanza de él ha de estar apartada. Porque como dijo bien un poeta latino, aquella sola es casta, en quien ni la fama mintiendo osa poner mala nota. Y cierto como al que se pone en el camino de Santiago, aunque á Santiago no llegue, ya le llamamos romero; ansí sin duda es principiada ramera, la que se toma licencia para tratar de estas cosas, que son el camino. Pero si no es esto, ¿qué confianza es la de que Dios habla en este lugar? En lo que luégo dice se entiende, porque añade: *No le harán mengua los despojos*. Llama *despojos*, lo que en español llamamos alhajas y aderezo de casa, como algunos entienden; ó como tengo por más cierto, llama *despojos* las ganancias que se adquieren por via de mercancías. Porque se ha de entender que los hombres hacen renta, y se susten-

tan, y viven, ó de la labranza del campo, ó del trato, ó contratación con otros hombres. La primera manera de renta es ganancia inocente y santa ganancia, porque es puramente natural: ansí porque en ella el hombre come de su trabajo, sin que dañe, ni injurie, ni traiga á costa ó menoscabo á ninguno; como también porque en la manera como á las madres es natural mantener con leche á los niños que engendran, y aun á ellos mismos, guiados por su inclinación, les es también natural el acudir luégo á los pechos; ansí nuestra naturaleza nos lleva é inclina á sacar de la tierra, que es madre y engendradora nuestra común, lo que conviene para nuestro sustento. La otra ganancia y manera de adquirir, que saca fruto y se enriquece de las haciendas ajenas, ó con voluntad de sus dueños, como hacen los mercaderes, y los maestros, y artífices de otros oficios que venden sus obras, ó por fuerza y sin voluntad, como acontece en la guerra, es ganancia poco natural, y adonde las más veces interviene alguna parte de injusticia, y de fuerza, y ordinariamente dan con disgusto y desabrimiento aquello que dan las personas con quien se granjea. Por lo cual todo lo que en esta manera se gana, es en este lugar llamado *despojos*, por conveniente razón. Porque de lo que el mercader hinche su casa, el otro que contrata con él queda vacío y despojado, y aunque no por via de guerra, pero como en guerra, y no siempre muy justa. Pues dice agora el Espíritu Santo, que la primera parte y la primera obra con que la mujer casada se perfecciona, es con hacer á su marido confiado y seguro, que teniéndola á ella, para tener su casa abastada y rica, no tiene necesidad de correr la mar, ni de ir á la guerra, ni de dar sus dineros á logro, ni de enredarse en tratos viles é injustos; sino que con labrar él sus heredades, cogiendo su fruto, y con tenerla á ella por guarda y por beneficiadora de lo cogido, tiene riqueza bastante. Y que pertenezca al oficio de la casada, y que sea parte de su perfección aquesta guarda é industria, demás de que el Espíritu santo lo enseña, también lo demuestra la razón. Porque cierto es que la naturaleza ordenó que se casasen los hombres, no sólo para fin que se perpetuase en los hijos el linaje y nombre de ellos, sino también á propósito de que ellos mismos en sí y en sus personas se conservasen: lo cual no les era posi-

ble, ni al hombre sólo por sí, ni á la mujer sin el hombre. Porque para vivir no basta ganar hacienda, si lo que se gana no se guarda: que si lo que se adquiere se pierde, es como si no se adquiriese. Y el hombre que tiene fuerzas para desvolver la tierra, y para romper el campo, y para discurrir por el mundo, y contratar con los hombres, negociando su hacienda, no puede asistir á su casa á la guarda de ella, ni lo lleva su condición; y al revés la mujer, que por ser de natural flaco y frio, es inclinada al sosiego, y á la escasez, y es buena para guardar, por la misma causa no es buena para el sudor y trabajo del adquirir. Y ansí la naturaleza, en todo proveida, los ayuntó, para que prestando cada uno de ellos al otro su condición, se conservasen juntos los que no se pudieran conservar apartados. Y de inclinaciones tan diferentes, con arte maravillosa, y como se hace en la música, con diversas cuerdas, hizo una provechosa y dulce armonía, para que cuando el marido estuviere en el campo, la mujer asista á la casa, y conserve y endure el uno lo que el otro cogiere. Por donde dice bien un poeta, que los fundamentos de la casa son la mujer y el buey. El buey para que are, y la mujer para que guarde. Por manera que su misma naturaleza hace que sea de la mujer este oficio, y la obliga á esta virtud, y parte de su perfeccion como á parte principal y de importancia. Lo cual se conoce por los buenos y muchos efectos que hace: de los cuales es uno el que pone aquí Salomón, cuando dice que *confía en ella el corazón de su marido, y que no le harán mengua los despojos.* Que es decir, que con ella se contenta con la hacienda que heredó de sus padres, y con la labranza y frutos de ella, y que ni se adeuda, ni ménos se enlaza con el peligro y desasosiego de otras granjerías y tratos, que por do quiera que se mire es grandísimo bien. Porque si vamos á la conciencia, vivir uno de su patrimonio es vida inocente y sin pecado, y los demás tratos por maravilla carecen de él. Si al sosiego, el uno descansa en su casa, el otro lo más de la vida vive en los mesones y en los caminos. La riqueza del uno no ofende á nadie, la del otro es murmurada y aborrecida de todos. El uno come de la tierra, que jamás se cansa ni enoja de comunicarnos sus bienes, al otro desámanle esos mismos que le enriquecen.

Pues si miramos la honra, cierto es que no hay cosa ni más vil, ni más indigna del hombre, que el engañar y el mentir; y cierto es, que por maravilla hay trato de estos, que carezca de engaño. ¿Qué diré de la institución de los hijos, y de la orden de la familia, y de la buena disposición del cuerpo y del ánimo, sino que todo va por la misma manera? Porque necesaria cosa es, que quien anda ausente de su casa, halle en ella muchos desconciertos, que nacen, y crecen, y toman fuerzas con la ausencia del dueño: y forzoso es, á quien trata de engañar, que le engañen; y que á quien contrata y se comunica con gentes de ingenio y de costumbres diversas, se le peguen muchas malas costumbres. Mas al revés la vida del campo y el labrar uno sus heredades, es una como escuela de inocencia y verdad. Porque cada uno aprende de aquellos con quien negocia y conversa. Y como la tierra en lo que se le encomienda es fiel, y en el no mudarse es estable, y clara, y abierta en brotar á fuera, y sacar á luz sus riquezas, y para bien hacer liberal, y abastecida; ansí parece que engendra é imprime en los pechos de los que la labran, una bondad particular, y una manera de condición sencilla, y un trato verdadero, y fiel, y lleno de entereza, y de buenas y antiguas costumbres, cual se halla con dificultad en las demás suertes de hombres. Allende de que los cría sanos, y valientes, y alegres, y dispuestos para cualquier linaje de bien. Y de todos estos provechos, la raíz de donde nacen y en que se sustentan, es la buena guarda é industria de la mujer que decimos. Mas es de ver en qué consiste esta guarda. Consiste en dos cosas. En que no sea costosa, y en que sea hacendosa. Y digamos de cada una por sí. No ha de ser costosa ni gastadora la perfecta casada, porque no tiene para qué lo sea. Porque todos los gastos que hacemos son para proveer, ó á la necesidad, ó al deleite; para remediar las faltas naturales con que nacemos, de hambre y desnudez; ó para abastecer á los particulares antojos y sabores que nosotros nos hacemos por nuestro vicio. Pues á las mujeres, en lo uno, la naturaleza les puso muy grande tasa; y en lo otro, las obligó á que ellas mismas se la pusiesen. Que si decimos verdad, y miramos lo natural, las faltas y necesidades de las mujeres son mucho menores que las de los hombres. Porque lo que toca al comer,

es poco lo que les basta, por razón de tener ménos calor natural. Y ansí es en ellas muy feo ser golosas ó comedoras. Y ni más ni ménos, cuanto toca al vestir, la naturaleza las hizo por una parte ociosas, para que rompiesen poco, y por otra aseadas, para que lo poco les luciese mucho. Y las que piensan que á fuerza de posturas y vestidos han de hacerse hermosas, viven muy engañadas; porque la que lo es, revuelta lo es, y la que no, de ninguna manera lo es, ni lo parece, y cuando más se atavía es más fea. Mayormente que la buena casada, de quien vamos tratando, cualquiera que ella sea, fea ó hermosa, no ha de querer parecer otra de lo que es, como se dirá en su lugar. Ansí que cuanto á lo necesario, la naturaleza libró de mucha costa á las mujeres; y cuanto al deleite y antojo, las ató con muy estrechas obligaciones para que no fuesen costosas. Y una de ellas es el encogimiento, y modestia y templanza que deben á su natural. Que aunque el desórden, y demasía, y el dar larga rienda al vano y no necesario deseo, es vituperable en todo linaje de gentes, en el de las mujeres, que nacieron para sujeción y humildad, es mucho más vicioso y vituperable. Y con ser esto ansí, no sé en qué manera acontece, que cuanto son más obligadas á tener este freno, tanto cuando le rompen, se desenfrenan más que los hombres, y pasan la raya mucho más, y no tiene tasa ni fin su apetito. Y ansí sea esta la segunda causa que las obliga á ser muy templadas en los gastos de sus antojos, porque si comienzan á destemplarse, se destemplan sin término, y son como un pozo sin suelo, que nada les basta; y como una carcoma que de contínuo roe; y como una llama encubierta, que se enciende sin sentir por la casa, y por la hacienda, hasta que la consume. Porque no es gasto de un dia el suyo, sino de cada dia; ni costa que se hace una vez en la vida, sino que dura por toda ella; ni son, como suelen decir, muchos pocos, sino muchos y muchos. Porque si dan en golosear, toda la vida es el almuerzo, y la merienda, y la huerta, y la comadre, y el dia bueno: y si dan en galas, pasa el negocio de pasión y llega á increible desatino y locura. Porque hoy un vestido, y mañana otro, y cada fiesta con el suyo: y lo que hoy hacen, mañana lo deshacen: y cuanto ven, tanto se les antoja. Y aún pasa más adelante el furor, porque se hacen maes-

tras é inventoras de nuevas invenciones y trajes, y hacen honra de sacar á luz lo que nunca fué visto. Y como todos los maestros gusten de tener discípulos que los imiten, ellas son tan perdidas, que en viendo en otra sus invenciones, las aborrecen, y estudian, y se desvelan por hacer otras. Y crece la frenesía más, y ya no les place tanto lo galano y hermoso, como lo costoso y preciado: y ha de venir la tela de no sé dónde, y el brocado de más altos, y el ámbar que bañe el guante, y la cuera, y áun hasta el zapato, el cual ha de relucir en oro también como el tocado: y el manteo ha de ser más bordado que la basquiña: y todo nuevo, y todo reciente, y todo hecho de ayer, para vestirlo hoy y arrojarlo mañana. Y como los caballos desbocados, cuando toman el freno, cuanto más corren, tanto van más desapoderados; y como la piedra que cae de lo alto, cuanto más desciende, tanto más se apresura, ansí la sed de estas crece en ellas con el beber; y un gran desatino y exceso que hacen, les es principio de otro mayor, y cuanto más gastan, tanto les place más el gastar. Y aun hay en ello otro daño muy grande, que los hombres si les acontece ser gastadores, las más veces lo son en cosas, aunque no necesarias, pero duraderas, ú honrosas, ó que tienen alguna parte de utilidad y provecho; como los que edifican suntuosamente, y los que mantienen grande familia, ó como los que gustan de tener muchos caballos: mas el gasto de las mujeres es todo en el aire; el gasto muy grande, y aquello en que se gasta, ni vale, ni luce: en volantes, y en guantes, y en pebetes, y cazoletas, y azabaches, y vidrios, y musarañas, y en otras cosillas de la tienda, que ni se pueden ver sin asco, ni menear sin hedor. Y muchas veces no gasta tanto un letrado en sus libros, como alguna dama en enrubiar los cabellos. Dios nos libre de tan gran perdición. Y no quiero ponerlo todo á su culpa, que no soy tan injusto, que gran parte de aquesto nace de la mala paciencia de sus maridos. Y pasara yo agora la pluma á decir algo de ellos, si no me detuviera la compasión que les hé. Porque si tienen culpa, pagan la pena de ella con las setenas. Pues no sea la perfecta casada costosa, ni ponga la honra en gastar más que su vecina, sino tenga su casa más bien abastada que ella y más reparada, y haga con su aliño y aseo, que el vestido an-

tiguo le esté como nuevo, y que con la limpieza, cualquiera cosa que se pusiere, le parezca muy bien, y el traje usado y común, cobre de su aseo de ella, no usado ni común parecer. Porque el gastar en la mujer es contrario de su oficio, y demasiado para su necesidad, y para los antojos vicioso, y muy torpe, y negocio infinito que asuela las casas, y empobrece á los moradores, y los enlaza en mil trampas, y los abate y envilece por diferentes maneras. Y á este mismo propósito es y pertenece lo que se sigue.

§. IV.

De la obligación que tienen los casados de amarse, y descansarse en los trabajos mútuamente.

Pagóle con bien, y no con mal todos los días de su vida.

Que es decir, que ha de estudiar la mujer, no en empeñar á su marido, meterle en enojos, y cuidados, sino en librarle de ellos, y en serle perpetua causa de alegría y descanso. Porque ¿qué vida es la de aquel que ve consumir su patrimonio en los antojos de su mujer? Y que sus trabajos se los lleva el rio, ó por mejor decir, el albañar? Y que tomando cada día nuevos censos, y creciendo de continuo sus deudas, vive vil esclavo aherrojado del joyero, y del mercader? Dios cuando quiso casar al hombre, dándole mujer dijo (Génes., cap. II, v. 18.): *Hagámosle un ayudador su semejante;* de donde se entiende, que el oficio natural de la mujer, y el fin para que la crió, es para que sea ayudadora del marido, y no su calamidad y desventura; ayudadora, y no destruidora. Para que le alivie de los trabajos que trae consigo la vida casada, y no para que le añada nuevas cargas. Para repartir entre sí los cuidados, y tomar ella su parte, y no para dejarlos todos al miserable, mayores, y más acrecentados. Y finalmente no las crió Dios para que sean rocas donde quiebren los maridos, y hagan naufragio de las haciendas y vidas; sino para puertos deseados, y seguros, en que viniendo á sus casas reposen, y se rehagan de las tormentas de negocios pesadísimos, que corren fuera de ellas. Y ansí como sería cosa lastimera, si

aconteciese á un mercader, que después de haber padecido navegando grandes fortunas, y después de haber doblado muchas puntas, y vencido muchas corrientes, y navegado por muchos lugares no navegados y peligrosos, habiéndole Dios librado de todos, y viniendo ya con su nave entera, y rica, y él gozoso y alegre, para descansar en el puerto, quebrase en él, y se anegase: ansí es lamentable miseria la de los hombres, que bracean, y forcejan todos los días contra las corrientes de los trabajos, y fortunas de esta vida, y se vadean en ellas, y en el puerto de sus casas perecen: y les es la guarda destrucción, y el alivio mayor cuidado, y el sosiego olas de tempestad, y el seguro y el abrigo Scilla y Caribdis, y peñasco áspero y duro. Por donde lo justo, y lo natural es, que cada uno sea aquello mismo para que es: y que la guarda sea guarda, y el descanso paz, y el puerto seguridad, y la mujer dulce y perpetuo refrigerio, y alegría de corazón, y como un halago blando, que continuamente esté trayendo la mano, y enmolleciendo el pecho de su marido, y borrando los cuidados de él: y como dice Salomón: *Hale de pagar bien, y no mal todos los días de su vida.* Y dice no sin misterio, que le ha de pagar bien, para que se entienda, que no es gracia, y liberalidad este negocio, sino justicia y deuda, que la mujer al marido debe, y que su naturaleza cargó sobre ella criándola para este oficio, que es agradar, y servir y alegrar, y ayudar en los trabajos de la vida, y en la conservación de la hacienda, á aquel con quien se desposa. Y que como el hombre está obligado al trabajo del adquirir, ansí la mujer tiene obligación al conservar y guardar: y que aquesta guarda es como paga y salario, que de derecho se debe á aquel servicio y sudor. Y que como él está obligado á llevar las pesadumbres de fuera, ansí ella le debe sufrir, y solazar, cuando viene á su casa, sin que ninguna excusa la desobligue. Bien á propósito de esto es el ejemplo que San Basilio trae, y lo que acerca de esto dice (1): «La víbora, dice, animal ferocísimo entre las sierpes, va diligente á casarse con la lamprea marina: llegada silba, como dando señas de que está allí, para de esta manera atraerla de la

(1) Basil. In Examer. homil. VII.

mar, á que se abrace maridablemente con ella. Obedece la lamprea, y júntase con la ponzoñosa fiera sin miedo. ¿Qué digo en esto? ¿Qué? que por más áspero, y de más fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la mujer le soporte, y que no consienta por ninguna ocasión que se divida la paz. ¡Oh, que es un verdugo! Pero es tu marido. ¡Es un beodo! Pero el nudo matrimonial le hizo contigo uno. ¡Un áspero, un desapacible! Pero miembro tuyo ya, y miembro el más principal. Y porque el marido oiga lo que le conviene también, la víbora entónces, teniendo respeto al ayuntamiento que hace, aparta de sí su ponzoña: ¿y tú no dejarás la crueza inhumana de tu natural por honra del matrimonio?» Esto es de Basilio.

Y demás de esto decir Salomón, que la buena casada *paga bien, y no mal* á su marido, es avisarle á él, que pues ha de ser paga, lo merezca él primero, tratándola honrada, y amorosamente. Porque aunque es verdad, que la naturaleza, y estado pone obligación en la casada, como decimos, de mirar por su casa, y de alegrar y descuidar continuamente á su marido, de la cual ninguna mala condición de él la desobliga; pero no por eso han de pensar ellos, que tienen licencia para serles leones, y para hacerlas esclavas; ántes como en todo lo demás es la cabeza el hombre, ansí todo este trato amoroso, y honroso ha de tener principio del marido. Porque ha de entender, que es compañera suya, ó por mejor decir, parte de su cuerpo, y parte flaca y tierna, y á quien por el mismo caso se debe particular cuidado y regalo. Y esto San Pablo, ó en San Pablo Jesucristo lo manda ansí, y usa, mandándolo, de aquesta misma razón, diciendo (Ad Ephes., cap. v., v. 25.): *Vosotros, los maridos, amad á vuestras mujeres;* y como á vaso más flaco poned más parte de vuestro cuidado en honrarlas, y tratarlas bien. Porque ansí como á un vaso rico, y bien labrado, si es de vidrio, le rodeamos de vasera; y como en el cuerpo vemos, que á los miembros más tiernos, y más ocasionados para recibir daño, la naturaleza los dotó de mayores defensas; ansí en la casa á la mujer, como á parte más flaca, se le debe mejor tratamiento. Demás de que el hombre, que es la cordura, y el valor, y el seso, y el maestro, y todo el buen ejemplo de su casa y familia, ha

de haberse con su mujer, como quiere que ella se haya con él, y enseñarle con su ejemplo, lo que quiere que ella haga con él mismo, haciendo que de su buena manera de él, y de su amor aprenda ella á desvelarse en agradarle. Que si él, que tiene más seso, y corazón más esforzado, y sabe condescender en unas cosas, y llevar con paciencia algunas otras, en todo con razón y sin ella quiere ser impaciente, y furioso; ¿qué maravilla es, que la flaqueza, y el poco saber, y el menudo ánimo de la mujer, dé en ser desgraciado, y penoso? Y aun en esto hay otro mayor inconveniente, que como son pusilánimes las mujeres de su cosecha, y poco inclinadas á las cosas que son de valor, si no las alientan á ellas; cuando son maltratadas, y tenidas en poco de sus maridos, pierden el ánimo más, y decaénseles las alas del corazón, y no pueden poner ni las manos, ni el pensamiento en cosa que buena sea, de donde vienen á cobrar siniestros vilísimos. Y de la manera que el agricultor sabio á las plantas, que miran, y se inclinan al suelo, y que si las dejasen, se tenderían rastrando por él, no las deja caer, sino con horquillas, y estacas que les arrima, las endereza, y levanta, para que crezcan al cielo: ni más ni menos el marido cuerdo no ha de oprimir, ni envilecer con malas obras, y palabras el corazón de la mujer, que es caedizo, y apocado de suyo; sino al revés con amor y con honra la ha de levantar y animar, para que siempre conciba pensamientos honrosos. Y pues la mujer, como arriba dijimos, se dió al hombre para alivio de sus trabajos, y para reposo, y dulzura, y regalo; la misma razón, y naturaleza pide, que sea tratada de él dulce y regaladamente. Porque ¿á do se consiente, que desprecie ninguno á su alivio? ¿ni que enoje á su descanso? ¿ni que traiga guerra perpétua y sangrienta, con lo que tiene nombre, y oficio de paz? ¿O en qué razón se permite, que esté ella obligada á pagarle servicio, y contento, y que él se desobligue de merecérselo? Pues adéudelo él, y páguelo ella, porque se lo debe; y aunque no lo deba, lo pague. Porque cuando él no lo supiere adeudar, lo que debe á Dios, y á su oficio, pone sobre ella esta deuda, de agradar siempre á su marido, guardando su persona, y su casa; y no siéndole, como arriba está dicho, costosa, y gastadora, que es la primera de las dos cosas en que, como dijimos, consiste

esta guarda. Y contentándonos con lo que de ella habemos escrito, vengamos agora á la segunda, que es el ser hacendosa, á lo cual pertenece lo que Salomón añade, diciendo:

§. V.

Por qué se vale el Espíritu santo de la mujer de un labrador para dechado de las perfectas casadas; y cómo todas ellas, por más nobles y ricas que sean, deben trabajar y ser hacendosas.

Buscó lana, y lino, y obró con el saber de sus manos.

No dice, que el marido le compró lino, para que ella labrase, sino que ella lo buscó. Para mostrar, que la primera parte de ser hacendosa, es que sea aprovechada, y que de los salvados de su casa, y de las cosas que sobran, y que parecen perdidas, y de aquello de que no hace cuento el marido, haga precio ella para proveerse de lino, y de lana, y de las demás cosas, que son como estas, las cuales son como las armas, y el campo, adonde descubre su virtud la buena mujer. Porque ayuntando su artificio ella, y ayudándolo con la vela, é industria suya y de sus criadas, sin hacer nueva costa, y como sin sentir, cuando menos pensare, hallará su casa abastada y llena de riquezas. Pero dirán por ventura las señoras delicadas de agora, que esta pintura es grosera, y que aquesta casada es mujer de algún labrador, que hila y teje, y mujer de estado diferente del suyo, y que ansí no habla con ellas. A lo cual respondemos, que esta casada es el perfecto dechado de todas las casadas, y la medida con quien, ansí las de mayores, como las de menores estados se han de ajustar, cuanto á cada una le fuere posible: y es como el padrón de esta virtud, al cual la que más se avecina, es más perfecta. Y bastante prueba de ello es, que el Espíritu santo, que nos hizo, y nos conoce, queriendo enseñar á la casada su estado, la pinta de esta manera. Mas porque quede más entendido, tomemos el agua de su principio, y digamos ansí. Tres maneras de vidas son, en las que se reparten, y á las que se reducen todas las maneras de viviendas, que hay entre los que viven casados. Porque, ó labran la tierra, ó se mantienen de algún

trato, y oficio, ó arriendan sus haciendas á otros, y viven ociosos del fruto de ellas. Y ansí una manera de vida es la de los que labran, y llamémosla vida de labranza: y otra, la de los que tratan, y llamémosla vida de contratación: y la tercera, de los que comen de sus tierras, pero labradas con el sudor de los otros, y tenga por nombre vida descansada. A la vida de labranza pertenece no solo el labrador, que con un par de bueyes labra su pegujar, sino también los que con muchas juntas, y con copiosa y gruesa familia rompen los campos, y apacientan grandes ganados. La otra vida, que dijimos de contratación, abraza al tratante pobre, y al mercader grueso, y al oficial mecánico, y al artífice, y al soldado, y finalmente á cualquiera que vende, ó su trabajo, ó su arte, ó su ingenio. La tercera vida ociosa, el uso la ha hecho propia agora de los que se llaman nobles, y caballeros, y señores, los que tienen, ó renteros, ó vasallos, de donde sacan sus rentas. Y si alguno nos preguntare, cuál de estas tres vidas sea la más perfecta, y mejor vida; decimos, que la de la labranza es la primera, y la verdadera: y que las demás dos, por la parte que se avecinan con ella, y en cuanto le parecen, son buenas; y según que de ellas se desvían, son peligrosas. Porque se ha de entender que en esta vida primera, que decimos de labranza, hay dos cosas, ganancia y ocupación: la ganancia es inocente y natural, como arriba dijimos, y sin agravio, ó disgusto ajeno; la ocupación es loable, y necesaria, y maestra de toda virtud. La segunda vida de contratación se comunica con esta en lo segundo, porque es también vida ocupada como ella; y esto es lo bueno que tiene: pero diferénciase en lo primero, que es la ganancia, porque la recoge de las haciendas ajenas, y las más veces con disgusto de los dueños de ellas, y pocas veces sin alguna mezcla de engaño. Y ansí cuanto á esto tiene algo de peligro, y es menos bien reputada. En la tercera y última vida, si miramos á la ganancia, cuasi es lo mismo que la primera, á lo menos nacen ambas á dos de una misma fuente, que es la labor de la tierra, dado que cuando llega á los de la vida, que llamamos ociosa, por parte de los mineros por donde pasa, cobra algunas veces algún mal color, del arrendamiento, y del rentero, y de la desigualdad que en esto suele haber; pero al fin por la mayor parte, y cuasi siempre

es ganancia, y renta segura, y honrada, y por esta parte aquesta tercera vida es buena vida: pero si atendemos á la ocupación, es del todo diferente de la primera, porque aquella es muy ocupada, y esta es muy ociosa, y por la misma causa muy ocasionada á daños y males gravísimos; de manera que lo perfecto y lo natural, en esto de que vamos hablando, es el trato de la labranza. Y pudiera yo aquí agora extender la pluma alabándola; mas dejarélo por no olvidar mi propósito, y porque es negocio sentenciado ya por los sabios antiguos, y que ha pasado en cosa juzgada su sentencia: y también porque á los que sabemos, que Dios puso al hombre en esta vida, y no en otra, cuando le crió, y antes que hubiese pecado, y cuando más le regalaba, y quería, bástanos esto para saber, que de todas las maneras de vivir sobredichas es aquesta la más natural, y la mejor.

Pues dejando aquesto por cosa asentada, añadimos prosiguiendo adelante, que en todas las cosas que son de un mismo linaje, y que comunican en una misma razón, si acontece que entre ellas haya grados de perfección diferentes, y que aquello mismo que todas tienen, esté en unas más entero, y en otras menos; la razón pide, que la más aventajada, y perfecta sea como regla, y dechado de las demás: que es decir, que todas han de mirar á la más aventajada, y avecinarse más á ella, cuanto les fuere posible, y que la que más se le allegare, será de mejor suerte. Claro ejemplo tenemos de esto en las estrellas, y en el sol: los cuales todos son cuerpos llenos de luz, y el sol tiene más que ninguno de ellos, y es el más lucido, y resplandeciente, y ansí es el que tiene la presidencia en la luz, y á quien todas las cosas lucidas miran, y siguen, y de quien cogen sus luces, tanto más cada una, cuanto se le acerca más. Pues digo agora, que como entre todas las suertes de vivir de los hombres casados, tenga el más alto, y perfecto grado de seguridad y bien la labranza, y sea ella, como está concluido, la medida y la regla, que han de seguir, y el dechado que han de imitar, y el blanco adonde han de mirar, y á quien se han de hacer vecinas las demás suertes, cuanto pudieren; no convenía en ninguna manera, que el Espíritu santo, que pretende poner aquí una que sea como dechado de las casadas, pusiese, ó una mercadera mujer de los

que viven de contratación, ó una señora regalada, y casada con un ocioso caballero. Porque la una, y la otra suerte, son suertes imperfectas, y menos buenas, y por la misma causa inútiles para ser puestas por ejemplo general, y por dechado. Sino escogió la mejor suerte, é hizo una pintura de perfecta mujer en ella, y púsola como delante de los ojos á todas las mujeres, ansí á las que tienen aquella condición de vida, como á los diferentes estados, para que fuese común á todas: á las del mismo estado, para que se ajustasen del todo con ella, y á las de otra manera, para que se le acercasen, é hiciesen semejantes, cuanto les fuese posible. Porque aunque no sea de todas el lino, y la lana, y el huso, y la tela, y el velar sobre sus criadas, y el repartirles las tareas, y las raciones; pero en todas hay otras cosas, que se parecen á estas, y que tienen parentesco con ellas, y en que han de velar, y se han de remirar las buenas casadas con el mismo cuidado, que aquí se dice. Y á todas, sin que haya en ello excepción, les está bien, y les pertenece á cada una en su manera, el no ser perdidas, y gastadoras, y el ser hacendosas, y acrecentadoras de sus haciendas. Y si el regalo, y el mal uso de agora ha persuadido, que el descuido, y el ocio es parte de nobleza y de grandeza, y si las que se llaman señoras, hacen estado de no hacer nada, y de descuidarse de todo, y si creen que la granjería, y labranza es negocio vil, y contrario de lo que es señorío; es bien que se desengañen con la verdad. Porque si volvemos atrás los ojos, y si tendemos la vista por los tiempos pasados, hallarémos, que siempre que reinó la virtud, la labranza, y el reino anduvieron hermanados, y juntos. Y hallarémos, que el vivir de la granjería de su hacienda era vida usada, y que les acarreaba reputación á los príncipes y grandes señores. Abrahám, hombre riquísimo, y padre de toda la verdadera nobleza, rompió los campos (Gen. c. XXI, v. 33.). Y David, Rey invencible y glorioso, no sólo antes del reino apacentó las ovejas, pero después de Rey, los pechos de que se mantenía, eran sus labranzas, y sus ganados (Lib. I. Reg. c. XVII, etc.). Y de los romanos, señores del mundo, sabemos (1), que del arado iban al consulado, que es decir, al

(1) Cicer. Pro Roscio.—Plin. lib. XVIII, c.3.

mando, y gobierno de toda la tierra, y volvían del consulado al arado. Y si no fuera esta vida de nobles, y no sólo usada, y tratada por ellos, sino también debida, y conveniente á los mismos, nunca el poeta Homero en su poesía, que fué imagen viva de lo que á cada una persona y estado convino, introdujera á Elena, reina noble, que cuando salió á ver á Telémaco asentada en su cadira, una doncella suya le pone al lado en un rico canastillo copos de lana ya puestos á punto para hilar, y husadas ya hiladas, y la rueca para que hilase (1). Ni en el palacio de Alcinoo, príncipe de su pueblo riquísimo, de cien damas que tenía en su servicio, hiciera, como hace, hilanderas á las cincuenta (2). Y la tela de Penélope, princesa de Itaca, y su tejer, y destejer, no la fingiera el juicio de un tan grande poeta, si la tela, y el urdir fuera ajeno de las mujeres principales (3). Y Plutarco escribe (4), que en Roma á todas las mujeres, por mayores que fuesen, cuando se casaban, y cuando las llevaba el marido á su casa, á la primera entrada de ella, y como en el umbral, les tenían, como por ceremonia necesaria, puesta una rueca, para que lo que primero viesen al entrar de su casa, les fuese aviso de aquello, en que se habían de emplear en ella siempre.

Pero ¿qué es menester traer ejemplos tan pasados, y antiguos, y poner delante los ojos, lo que de muy apartado, cuasi se pierde de vista? Sin salir de nuestras casas, dentro en España, y casi en la edad de nuestros abuelos, hallamos claros ejemplos de esta virtud, como de la reina católica Doña Isabel, princesa bienaventurada, se lee. Y si las que se tienen agora por tales, y se llaman duquesas, y reinas, no se persuaden bien por razón, hagan experiencia de ello por algún breve tiempo, y tomen la rueca, y armen los dedos con la aguja, y dedal, y cercadas de sus damas, y en medio de ellas hagan labores ricas con ellas, y engañen algo de la noche con este ejercicio, y húrtense al vicioso sueño, para en-

(1) Homero Odys. lib. IV.
(2) Ibid. lib. VII.
(3) Ibid. lib. II.
(4) Plutar. In quæst. roman.

tender en él, y ocupen los pensamientos mozos de sus doncellas en estas haciendas, y hagan que animadas con el ejemplo de la señora, contiendan todas entre sí, procurando de aventajarse en el ser hacendosas: y cuando para el aderezo, ó provisión de sus personas y casas no les fuere necesaria aquesta labor (aunque ninguna casa hay tan grande, ni tan real, adonde semejantes obras no traigan honra y provecho) pero cuando no para sí, háganlo para remedio, y abrigo de cien pobrezas, y de mil necesidades ajenas. Ansí que traten las duquesas, y las reinas el lino, y labren la seda, y den tarea á sus damas, y pruébense con ellas en estos oficios, y pongan en estado, y honra aquesta virtud: que yo me hago valiente de alcanzar del mundo, que las loe, y de sus maridos los duques y reyes, que las precien por ello, y que las estimen: y aun acabaré con ellos, que en pago de este cuidado, las absuelvan de otros mil importunos, y memorables trabajos, con que atormentan sus cuerpos, y rostros; y que las excusen, y libren del leer en los libros de caballerías, y del traer el soneto, y la canción en el seno, y del billete, y del donaire de los recaudos, y del terrero, y del sarao, y de otras cien cosas de este jaez, aunque nunca las hagan. Por manera que la buena casada en este artículo, de que vamos hablando, de ser hacendosa, y casera, ha de ser ó labradora, en la forma que dicho es, ó semejante á labradora, todo cuanto pudiere. Y porque del ser hacendosa decíamos, que era la primera parte ser aprovechada, y que por esta causa Salomón no dijo, que el marido le compraba lino á esta mujer, sino que ella lo buscaba, y compraba; es de advertir lo que en esto acontece, que algunas ya que se disponen á ser hacendosas, por faltarles esta parte de aprovechadas, son más caras, y más costosas labrando, que antes eran desaprovechadas holgando. Porque cuanto hacen, y labran, ha de venir todo de casa del joyero, y del mercader, ó fiado, ó comprado á mayores precios; y quiere la ventura después, que habiendo venido mucho del oro, y mucha de la seda, y aljófar, pára todo el artificio y trabajo en un arañuelo de pájaros, ó en otra cosa semejante de aire. Pues á estas tales mándenles sus maridos, que descansen, y huelguen, ó ellas lo harán sin que se lo manden, porque muy menos malas son para el sueño, que para el tra-

bajo, y la vela: que lo casero, y lo hacendoso de una buena mujer, gran parte de ello consiste en que ninguna cosa de su casa quede desaprovechada, sino que todo cobre valor, y crezca en sus manos, y que como sin saber de qué, se haga rica, y saque tesoro, á manera de decir, de entre las barreduras de su portal. Y si el descender á cosas menudas, no fuera hacer particular esta doctrina, que el Espíritu santo quiso que fuese general, y común, yo trujera agora á Vmd. por toda su casa, y en cada uno de los rincones de ella le dijera lo que hay de provecho: más Vmd. lo sabe bien: y lo hace mejor, y las que se aplican á esta virtud, de sí mismas lo entienden: como al revés las que son perdidas, y desaprovechadas, por más que se les diga, nunca lo aprenden. Pero veamos lo que después de aquesto se sigue.

§. IV.

Declárase qué es ser mujer casera, y del modo que debe acrecentar la hacienda.

Fué como navío de mercader, que de lueñe trae su pan.

Pan llama la sagrada Escritura á todo aquello que pertenece, y ayuda á la provisión de nuestra vida. Pues compara á esta su casada Salomón á un navío de mercader bastecido y rico. En lo cual hermosa y eficazmente da á entender la obra, y el provecho de esto que tratamos, y llamamos casero, y hacendoso en la mujer. La nao, lo uno corre la mar por diversas partes, pasa muchos senos, toca en diferentes tierras, y provincias, y en cada una de ellas coge lo que en ellas hay bueno y barato, y con solo tomarlo en sí, y pasarlo á su tierra le da mayor precio, y dobla, y tresdobla la ganancia. Demás de esto la riqueza que cabe en una nao, y la mercadería que abarca, no es riqueza, la que basta á un hombre solo, ó á un género de gente particular, sino es provisión entera para una ciudad, y para todas las diferencias de gentes que hay en ella: trae lienzos, y sedas, y brocados, y piedras ricas, y obras de oficiales hermosas, y de todo género de bastimentos, y de todo gran copia. Pues esto mismo acontece á la mujer ca-

sera, que como la nave corre por diversas tierras buscando ganancia, ansí ella ha de rodear de su casa todos los rincones, y recoger todo lo que pareciere estar perdido en ellos, y convertirlo en utilidad, y provecho: y tentar la diligencia de su industria, y como hacer prueba de ella, ansí en lo menudo, como en lo granado. Y como el que navega á las Indias, de las agujas que lleva, y de los alfileres, y de otras cosas de aqueste jaez, que acá valen poco, y los indios las estiman en mucho, trae rico oro, y piedras preciosas; ansí esta nave, que vamos pintando, ha de convertir en riqueza, lo que pareciere más desechado, y convertirlo, sin parecer que hace algo en ello, sino con tomarlo en la mano, y tocarlo; como hace la nave, que sin parecer que se menea nunca descansa, y cuando los otros duermen, navega ella, y acrecienta con solo mudar el aire, el valor de lo que recibe. Y ansí la hacendosa mujer, estando asentada no para, durmiendo vela, y ociosa trabaja, y cuasi sin sentir cómo, ó de qué manera, se hace rica. Visto habrá Vmd. alguna mujer como ésta, y dentro de su casa debe haber no pequeño ejemplo de aquesta virtud. Pero si no quiere acordarse de si, y quiere ver con cuánta propiedad, y verdad es nao la casera, ponga delante los ojos una mujer, que rodea su casa, y de lo que en ella parece perdido, hace dinero, y compra lana, y lino, y junta con sus criadas, lo adereza, y lo labra; y verá que estándose sentada con sus mujeres, volteando el huso en la mano, y contando consejas, como la nave, que sin parecer que se muda, va navegando, y pasando un día, y sucediendo otro, y viniendo las noches, y amaneciendo las mañanas, y corriendo, como sin menearse, la obra, se teje la tela, y se labra el paño, y se acaban las ricas labores; y cuando menos pensamos, llenas las velas de prosperidad, entra esta nuestra nave en el puerto, y comienza á desplegar sus riquezas, y sale de allí el abrigo para los criados, y el vestido para los hijos, y las galas suyas, y los arreos para su marido, y las camas ricamente labradas, y los atavíos para las paredes y salas, y los labrados hermosos, y el abastecimiento de todas las alhajas de casa, que es un tesoro sin suelo. Y dice Salomón, que trae esta nave de lueñe su pan; porque si Vmd. coteja el principio de esta obra con el fin de ella, y mide bien los caminos por donde se viene á este

puerto, apenas se alcanzará cómo se pudo llegar á él, ni cómo fué posible de tan delgados y apartados principios, venirse á hacer después un tan caudaloso rio. Mas pasemos á lo que después de esto se sigue.

§. VII.

Pondérase la obligación de madrugar en las casadas, y se persuade á ello con una hermosa descripción de las delicias que suele traer consigo la mañana. Avísase también que el levantarse temprano de la cama ha de ser para arreglar á los criados y proveer á la familia.

Madrugó, y repartió á sus gañanes las raciones, la tarea á sus mozas.

Es, como habemos dicho, esta casada que pinta aquí, y pone por ejemplo de las buenas casadas el Espíritu santo, mujer de un hombre de los que viven de labranza. Y la razón porque pone por dechado á una mujer de esta suerte, y no de las otras maneras, también está dicha. Pues como en las casas semejantes la familia que ha de ir á las cosas del campo, es menester que madrugue muy de mañana, y porque no vuelve á casa hasta la noche, es menester también que lleven consigo la provisión de la comida, y almuerzo, y que se les reparta á cada uno, ansí la ración de su mantenimiento. como las obras, y haciendas, en que han de emplear su trabajo aquel día: pues como esto sea ansí, dice Salomón, que su buena casada no encomendó este cuidado á alguna de sus sirvientas, y se quedó ella regalando con el sueño de la mañana descuidadamente en su cama, sino que se levantó la primera, y que ganó por la mano al lucero, y amaneció ella antes que el sol, y por sí misma, y no por mano ajena proveyó á su gente, y familia, ansí en lo que habían de hacer, como en lo que habían de comer. En lo cual enseña, y manda á las que son de esta suerte, que lo hagan ansí, y á las que son de suertes diferentes, que usen de la misma vela, y diligencia. Porque aunque no tengan gañanes, ni obreros, que enviar al campo, tienen cada una en su suerte y estado otras cosas, que son como estas, y que tocan al buen gobier-

no, y provisión de su casa ordinario, y de cada día, que las obligan á que despierten, y se levanten, y pongan en ello su cuidado, y sus manos. Y ansí con estas palabras dichas, y entendidas generalmente, avisa de dos cosas el Espíritu santo, y añade como dos nuevos colores de perfección y virtud á esta mujer casada, que va dibujando. La una es, que sea madrugadora, y la otra, que madrugando provea ella luégo, y por sí misma lo que la orden de su casa pide. Que ambas á dos son importantísimas cosas. Y digamos de lo primero. Mucho se engañan los que piensan, que mientras ellas, cuya es la casa, y á quien propiamente toca el bien, y el mal de ella, duermen y se descuidan, cuidará, y velará la criada, que no le toca, y que al fin lo mira todo como ajeno. Porque si el amo duerme, ¿por qué despertará el criado? Y si la señora, que es y ha de ser el ejemplo, y la maestra de su familia, y de quien ha de aprender cada una de sus criadas lo que conviene á su oficio, se olvida de todo; por la misma razón, y con mayor razón los demás serán olvidadizos, y dados al sueño. Bien dijo Aristóteles (1) en este mismo propósito: *Que el que no tiene buen dechado, no puede ser buen remedador.* No podrá el siervo mirar por la casa, si ve que el dueño se descuida de ella. De manera que ha de madrugar la casada, para que madrugue su familia. Porque ha de entender, que su casa es un cuerpo, que ella es el alma de él, y que como los miembros no se mueven, si no son movidos del alma, ansí sus criadas si no las menea ella, y las levanta, y mueve á sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama, y no la teniendo por testigo, y por guarda suya, es peor que madruguen, porque entonces la casa por aquel espacio de tiempo es como pueblo sin rey, y sin ley, y como comunidad sin cabeza: y no se levantan á servir, sino á robar, y destruir; y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos. Por donde como en el castillo, que está en frontera, ó en el lugar que se teme de los enemigos, nunca falta la vela; ansí en la casa bien gobernada en tanto que están despiertos los enemigos, que son los criados, siempre ha de velar el señor. El es el

(1) Arist. *De cura rei familiaris*, lib. I, cap. 6.

que ha de ir al lecho el postrero, y el primero que ha de levantarse del lecho. Y la señora, y la casada que esto no hiciere, haga el ánimo ancho á su gran desventura, persuadida, y cierta, que le han de entrar los enemigos el fuerte, y que un día sentirá el daño, y otro verá el robo, y de contínuo el enojo, y el mal recaudo, y servicio: y que al mal de la hacienda acompañará también el mal de la honra. Y como dice Cristo en el Evangelio (Matth. cap. XIII, v. 25.), que mientras el padre de la familia duerme, siembra el enemigo la cizaña; ansí ella con su descuido, y sueño meterá la libertad, y la deshonestidad por su casa, que abrirá las puertas, y falseará las llaves, y quebrantará los candados, y penetrará hasta los postreros secretos, corrompiendo á las criadas, y no parando hasta poner su infición en las hijas: con que la señora, que no supo entonces, ni quiso por la mañana despedir de los ojos el sueño, ni dejar de dormir un poco, lastimada y herida en el corazón pasará en amargos suspiros muchas noches velando. Mas es trabajoso el madrugar, y dañoso para la salud. Cuando fuera ansí, siendo por otra parte tan provechoso, y necesario para el buen gobierno de la casa, y tan debido al oficio de la que se llama señora de ella, se había de posponer aquel daño; porque más debe el hombre á su oficio, que á su cuerpo, y mayor dolor y enfermedad es traer de contínuo su familia desordenada, y perdida, que padecer un poco, ó en el estómago de flaqueza, ó en la cabeza de pesadumbre. Pero al revés el madrugar es tan saludable, que la razón sola de la salud, aunque no despertara el cuidado, y obligación de la casa, había de levantar de la cama en amaneciendo á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demás, la dulzura, y suavidad de su sabio gobierno: en que aquello á que nos obliga, es lo mismo que más conviene á nuestra naturaleza, y en que recibe por su servicio, lo que es nuestro provecho. Ansí que no sólo la casa, sino también la salud pide á la buena mujer que madrugue. Porque cierto es, qué es nuestro cuerpo del metal de los otros cuerpos, y que la orden que guarda la naturaleza para el bien y conservación de los demás, esa misma es la que conserva y da salud á los hombres. ¿Pues quién no ve, que á aquella hora despierta el mundo todo junto? ¿y que la luz nueva sa-

liendo, abre los ojos de los animales todos? y que si fuese entonces dañoso dejar el sueño, la naturaleza, que en todas las cosas generalmente, y en cada una por sí esquiva, y huye el daño, y sigue, y apetece el provecho, ó que para decir la verdad, es ella eso mismo que á cada una de las cosas conviene, y es provechoso, no rompiera tan presto el velo de las tinieblas, que nos adormecen, ni sacará por el oriente los claros rayos del sol, ó si los sacara, no les diera tantas fuerzas para nos despertar? Porque si no despertase naturalmente la luz, no le cerrarían las ventanas tan diligentemente los que abraza el sueño. Por manera que la naturaleza, pues nos envía la luz, quiere sin duda que nos despierte. Y pues ella nos despierta, á nuestra salud conviene, que despertemos. Y no contradice á esto el uso de las personas, que agora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso, y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del día. Antes esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual ya por nuestros pecados, ó por sus pecados de ellos mismos, hacen honra y estado; y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni aún en esto, el concierto que Dios les pone. Castigaba bien una persona, que yo conocí, esta torpeza, y nombrábala con su merecido vocablo. Y aunque es tan vil, como lo es el hecho, daráme Vmd. licencia para que lo ponga aquí, porque es palabra que cuadra. Ansí que cuando le decía alguno, que era estado en los señores este dormir, solía él responder, que se erraba la letra, y por decir *establo*, decían *estado*. Y ello á la verdad es ansí, que aquel desconcierto de vida tiene principio, y nace de otro mayor desconcierto, que está en el alma, y es causa él también, y principio de muchos otros desconciertos torpes y feos. Porque la sangre, y los demás humores del cuerpo con el calor del día, y del sueño encendidos demasiadamente, y dañados, no solamente corrompen la salud, mas también aficionan, é inficionan el corazón feamente. Y es cosa digna de admiración, que siendo estos señores en todo lo demás grandes seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite, en esto solo se olvidan de él, y pierden por un vicioso dormir, lo más deleitoso de la vida, que es la mañana. Porque entonces la luz como viene después de las

tinieblas, y se halla como después de haber sido perdida, parece ser otra, y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo entonces, y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora, que no sin causa los poetas (1) la coronan de rosas, y el aparecer la hermosura del sol es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves ¿qué duda hay, sino que suena entonces más dulcemente? Y las flores, y las yerbas, y el campo todo despide de sí un tesoro de olor. Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza, y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza, y como alarde de sus mejores riquezas: ansí los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermosean, y mejoran, y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo, por ver semejantes recibimientos; ansí los hombres concertados, y cuerdos, aun por sólo el gusto, no han de perder esta fiesta, que hace toda la naturaleza á el sol por las mañanas. Porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos: porque la vista se deleita con el nacer de la luz, y con la figura del aire, y con el variar de las nubes: á los oidos las aves hacen agradable armonía: para el oler el olor que en aquella sazón el campo, y las yerbas despiden de sí, es olor suavísimo: pues el frescor del aire de entonces templa con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cria salud, y lava las tristezas del corazón, y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos, antes que se ahogue en los negocios del día. Pero si puede tanto con estos hijos de tinieblas el amor de ellas, que aún del día hacen noche, y pierden el fruto de la luz con el sueño; y ni el deleite, ni la salud, ni la necesidad y provecho, que dicho habemos, son poderosos para los hacer levantar: Vmd. que es hija de luz, levántese con ella, y abra la claridad de sus ojos, cuando descubriere sus rayos el sol, y con pecho puro levante sus manos limpias al dador de la luz, ofreciéndole con santas y agradecidas palabras su corazón: y después de hecho esto, y de haber gozado del gusto del nuevo día, vuel-

(1) Virg. Eneyd. lib. VI, v. 535.—Garcilaso, Eglog. II.

ta á las cosas de su casa, entienda en su oficio: que es lo otro, que pide en esta letra el Espíritu santo á la buena casada, como fin á quien se ordenó lo primero, que habemos dicho, del madrugar. Porque no se entiende, que si madruga la casada, ha de ser para que rodeada de botecillos, y arquillas, como hacen algunas, se esté sentada tres horas afilando la ceja, y pintando la cara, y negociando con su espejo, que mienta, y la llame hermosa. Que demás del grave mal, que hay en este artificio postizo, del cual se dirá en su lugar, es no conseguir el fin de su diligencia, y es faltar á su casa, por ocuparse en cosas tan excusadas, que fuera menos mal el dormir. Levántese pues: y levantada gobierne su gente, y mire lo que se ha de proveer, y hacer aquel día, y á cada uno de sus criados reparta su oficio; y como en la guerra el capitán, cuando ordena por hileras su escuadra, pone á cada un soldado en su propio lugar, y le avisa á cada uno, que guarde su puesto; ansí ella ha de repartir á sus criados sus obras, y poner orden en todos. En lo cual se encierran grandes provechos. Porque lo uno, hácese lo que conviene con tiempo y con gusto. Lo otro, para cuando alguna vez acontece, que ó la enfermedad, ó la ocupación tiene ausente á la señora. están ya los criados por el uso, como maestros en todo aquello que deben hacer: y la voz, y la orden de su ama, á la cual tienen hechos ya los oidos, aunque no la oigan entonces, les suena en ellos todavía, y la tienen como presente sin verla. Y demás de esto del cuidado del ama aprenden las criadas á ser cuidadosas: y no osan tener en poco aquello en que ven que se emplea la diligencia, y el mandamiento de su señora; y como conocen que su vista, y provisión de ella se extiende por todo, paréceles, y con razón, que en todo cuanto hacen, la tienen como por testigo, y presente; y ansí se animan, no sólo á tratar con fidelidad sus obras, y oficios, sino también á aventajarse señaladamente en ellos. Y ansí crece el bien como espuma, y se mejora la hacienda, y reina el concierto, y va desterrado el enojo. Y finalmente la vista y la presencia, y la voz, y el mando del ama, hace á sus mozas no sólo que le sean provechosas, sino que ellas en sí no se hagan viciosas, lo cual también pertenece á su oficio. Síguese:

§. VIII.

La perfecta casada no sólo ha de cuidar de abastecer su casa y conservar lo que el marido adquiere, sino que ha de adelantar también la hacienda.

Vínole al gusto una heredad, y compróla, y del fruto de sus palmas plantó viña.

Esto no es algún nuevo precepto diferente de los pasados, ni otra virtud más particular que las dichas, sino antes es como una cosa que se consigue, y nace de ellas. Porque cierto es, que la casada que fuere tan tasada en sus gastos, y tan no curiosa por una parte, y por otra tan casera, y veladora, y aprovechada, no sólo conservará lo que su marido adquiriere, sino también ella lo acrecentará por su parte, que es lo que aquí agora se dice. Porque de tan grande industria, y vela, el fruto no puede ser sino grande. Por manera que á los demás títulos, que siguiendo esta doctrina de Dios, habemos dado á la buena mujer, añadimos agora éste, que sea adelantadora de su hacienda, no como título diferente de los primeros, sino como cosa que se sigue de ellos, y que declara la fuerza de los pasados, y lo que pueden, y el hasta dónde han de llegar. Y ansí decir, que compró heredamiento, y que plantó viña del sudor de su mano, es avisarle, que del ser casera, que se le pide, su propio punto es no parar hasta esto, que es no sólo bastecer á su casa, sino también adelantar su hacienda: no sólo hacer que lo que está dentro de sus puertas esté bien proveido, sino hacer también que se acrecienten en número los bienes y posesiones de fuera. Y es decirle, que pretenda, y se precie ella también de, señalando como con el dedo alguna parte de sus posesiones, poder decir claramente, este es fruto de mis trabajos, mi industria añadió esto á mi casa, de mis sudores fructificó esta hacienda, como ló han hecho en nuestros tiempos algunas. Pero dirán, que es esto pedir mucho. Mas pregunto yo á las que lo dicen, qué es en esto lo que tienen por mucho? Tienen por mucho, que de la diligencia, y aprovechamiento, y labor de una mujer acom-

pañada de sus mujeres, salga cosa de tanto valor, como es esto? O tienen por mucho, que quiera ella gastar lo que adquiere, en estos aprovechamientos, y haciendas, y no en sus contentos y galas? Si aquesto postrero es lo que les parece mucho en aquesta doctrina, no tienen razón, ni en tener otro gasto por más suyo, ni por más apacible, y gustoso, ni en pensar qne se vende en la tienda cosa, que comprada las hermosee más que estas compras. Porque aquello pasa en el aire, y el bien, y honra, y contento, juntamente con el buen nombre que por esta otra via se adquiere, como tiene raíces en la virtud, es duradero y perpetuo. Mas si lo primero las espanta, porque no creen tanto bien de sus manos; lo uno, hácense injuria a sí mismas, y limitan su poder apocadamente: y lo otro, ellas saben que no es ansí, y que pueden, si quieren aplicarse, pasar de esta raya, porque á dónde no llegará la que puede hacer, y la que hiciere lo que sigue?

§. IX.

Cuánto debe evitar la mujer buena el ocio, y de los vicios y malas resultas que de él nacen.

Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo, tomó gusto en el granjear, su candela no se apagó de noche, puso sus manos en la tortera, y sús dedos tomaron el huso.

Tenga valor la mujer, y plantará viña: ame el trabajo, y acrecentará su casa: ponga las manos en lo que es propio de su oficio, y no se desprecie de él, y crecerán sus riquezas: no se desciña, esto es, no se enmollezca, ni haga de la delicada, ni tenga por honra el ocio, ni por estado el descuido y el sueño, sino ponga fuerza en sus brazos, y acostumbre á la vela sus ojos, y saboréese en el trabajar, y no se desdeñe de poner las manos en lo que toca al oficio de las mujeres, por bajo, y por menudo que sea; y entonces verá cuánto valen, y á dónde llegan sus obras. Tres cosas le pide aquí Salomón, y cada una en su verso. Que sea trabajadora lo primero, y lo segundo que vele, y lo tercero que hile. No quiere que se regale, sino que trabaje. Muchas cosas están escritas por muchos

en loor del trabajo, y todo es poco para el bien que hay en él. Porque es la sal que preserva de corrupción á nuestra vida, y á nuestra alma: mas yo no quiero decir aquí nada de lo general. Lo que propiamente toca á la mujer casada, eso diré solamente. Porque cuanto de suyo es la mujer más inclinada al regalo, y más fácil á enmollecerse, y desatarse con el ocio, tanto el trabajo le conviene más. Porque si los hombres, que son varones, con el regalo conciben ánimo y condición de mujeres, y se afeminan; las mujeres ¿qué serán, sino lo que hoy dia son muchas de ellas? Que la seda les es áspera, y la rosa dura, y les quebranta el tenerse en los piés, y del aire que suena se desmayan, y el decir la palabra entera les cansa, y aun hasta lo que dicen lo abortan; y no las ha de mirar el sol, y todas ellas son un melindre, y un lijo, y un asco: y perdónenme, porque les pongo este nombre, que es el que ellas más huyen, ó por mejor decir, agradézcanme que tan blandamente las nombro. Porque quien considera lo que deben ser, y lo que ellas mismas se hacen, y quien mira la alteza de su naturaleza, y la bajeza en que ellas se ponen por su mala costumbre, y coteja con lo uno lo otro, poco dice en llamarlas ansí; y si las llamase cieno, que corrompe el aire, y le inficiona, y abominación aborrecible, aún se podía tener por muy corto. Porque teniendo uso de razón, y siendo capaces de cosas de virtud y loor, y teniendo ser que puede hollar sobre el cielo, y que está llamado al gozo de los bienes de Dios, le deshacen tanto ellas mismas, y se aniñan ansí con delicadez, y se envilecen en tanto grado, que una lagartija, y una mariposilla que vuela, tiene más tomo que ellas, y la pluma que va por el aire, y el aire mismo es de más cuerpo y sustancia. Ansí que debe mirar mucho en esto la buena mujer, estando cierta que en descuidándose en ello, se volverá en nada. Y como los que están de su naturaleza ocasionados á algunas enfermedades y males, se guardan con recato de lo que en aquellos males les daña; ansí ellas entiendan que viven dispuestas para esta dolencia de nadería, y melindrería, ó no sé cómo la nombre, y que en ella el regalo es rejalgar; y guárdense de él, como huyen la muerte, y conténtense con su natural poquedad, y no le añadan bajeza, ni la hagan más apocada: y adviertan y entiendan, que su natural

es femenil, y que el ocio él por sí afemina, y no junten á lo uno lo otro, ni quieran ser dos veces mujeres. He dicho el extremo de nada á que vienen las muelles y regaladas mujeres, y no digo la muchedumbre de vicios que de esto mismo en ellas nacen, ni oso meter la mano en este cieno. Porque no hay agua encharcada y corrompida, que crie tantas y tan malas sabandijas, como nacen vicios asquerosos y feos en los pechos de estas damas delicadas, de que vamos hablando. Y en una de ellas, que pinta en los Proverbios el Espíritu santo, se ve algo de esto, de la cual dice ansí (Prov., c. VII, vv. 10 y 18): «Parlera, y vagabunda, y que no sufre estar quieta, ni sabe tener los piés en su casa, ya en la puerta, ya en la ventana, ya en la plaza, ya en los cantones de la encrucijada, y tiende por donde quiera sus lazos. Vió un mancebo, y llegóse á él, y prendióle, y díjole con cara relamida blanduras: Hoy hago fiesta, y he salido en tu busca, porque no puedo vivir sin tu vista, y al fin he hecho en ti presa. Mi cámara he colgado con hermosas redes, y mi cuadra con tapices de Egipto, de rosas y de flores, de mirra, y linaloe, está cubierto el suelo todo, y la cama. Ven, y bebamos la embriaguez del amor, y gocémonos en dulces abrazos, hasta que apunte la aurora.» Y si todas las ociosas no salen á lo público de las calles, como ésta salía, sus escondidos rincones son secretos testigos de sus proezas, y no tan secretos que no se dejen ver y entender. Y la razón, y la naturaleza de las cosas lo pide. Que cierto es, que produce malezas el campo que no se rompe y cultiva; y que con el desuso el hierro se toma de orín, y se consume; y que el caballo holgado se manca. Y demás de esto, si la casada no trabaja, ni se ocupa en lo que pertenece á su casa, ¿qué otros estudios ó negocios tiene en que se ocupar? Forzado es, que si no trata de sus oficios, emplee su vida en los oficios ajenos, y que dé en ser ventanera, visitadora, callejera, amiga de fiestas, enemiga de su rincón, de su casa olvidada, y de las casas ajenas curiosa, pesquisidora de cuanto pasa, y aun de lo que no pasa inventora, parlera y chismosa, de pleitos revolvedora, jugadora también, y dada del todo á la risa, y á la conversación, y al palacio, con lo demás que por ordinaria consecuencia se sigue, y se calla aquí agora, por ser cosa manifiesta y notoria. Por manera que

en suma, y como en una palabra, el trabajo da á la mujer, ó el ser, ó el ser buena: porque sin él, ó no es mujer, sino asco, ó es tal mujer, que sería menos mal que no fuese. Y si con esto que he dicho se persuaden á trabajar, no será menester que les diga y enseñe cómo han de tomar el huso, y la rueca, ni me será necesario rogarles que velen, que son las otras dos cosas que les pide el Espíritu santo, porque su misma afición buena se las enseñará. Y ansí dejando esto aquí, pasarémos á lo que se sigue.

§. X.

Ha de ser la perfecta casada piadosa con los pobres y necesitados; pero debe ir con cuidado en ver á quién admite en casa y favorece.

Sus palmas abrió para el afligido, y sus manos extendió para el menesteroso.

A muy buen tiempo puso esto aquí Salomón, porque repitiendo tanto lo que toca á la granjería y aprovechamiento, y aconsejando á la mujer tantas veces, y con tan encarecidas palabras que sea hacendosa, y casera, dejábala al parecer muy vecina al avaricia y escasez, que son males que tienen parentesco con la granjería, y que se le allegan no pocas veces. Porque ansí como hay algunos vicios que tienen apariencia y semejanza de algunas virtudes; ansí hay virtudes también, que están como ocasionadas á vicios. Porque aunque es verdad que la virtud consiste en el medio, mas como este medio no se mide á palmos, sino es medio que se ha medir con la razón, muchas veces se aleja más del un extremo que del otro: como parece en la liberalidad, que es virtud medida por la razón entre los extremos del avaro y del pródigo, y se aparta mucho menos del pródigo que del avaro. Y aun tambien acontece, que de la virtud, y del vicio, que en la verdad son principios muy diferentes, en la vista pública, y en lo que de fuera parece, nazcan frutos muy semejantes. Tanto es disimulado el mal, ó tanto procura disimularse para nuestro daño, ó por mejor decir, tanta es la fuerza y excelencia del bien, y tan general su provecho, que aun el mal para poder

vivir y valer, se le allega, y se viste de él, y desea tomar su color. Ansí vemos, que el prudente y recatado huye de algunos peligros, y que el temeroso y cobarde huye también. Adonde aunque las causas sean diversas, es uno y semejante el huir. Y vemos por la misma manera, que el hombre concertado granjea y beneficia su hacienda, y el avariento también es granjero, y que son unos en el granjear, aunque en los motivos del granjear son diferentes. Y puede tanto este parentesco y disimulación, que no solamente los que miran de lejos, y ven sólo lo que se parece, engañándose, nombran por virtud lo que es vicio; mas tambien estos mismos que ponen las manos en ello, y lo obran, muchas veces no se entienden á sí, y se persuaden que les nace de raíz de virtud, lo que les viene de inclinación dañada y viciosa. Por donde todo lo semejante pide grande advertencia, para que el mal disimulado con el bien, no pueda engañarnos. Y ansí porque á Dios no aplace sino la virtud, y porque ser la mujer muy granjera le puede nacer de avaricia y de vicio, para que no se canse sin fruto, y para que no ofenda á Dios en lo que piensa agradarle, avísale aquí, que sea limosnera: que es decirle, que dado que le tiene mandado que sea hacendosa, y aprovechada y veladora, y allegadora, pero que no quiere que sea lacerada, ni escasa, ni quiere que todo el velar y adquirir, sea para el arca, y para la polilla, sino para la provisión, y abrigo, no sólo de los suyos, sino también de los necesitados, y pobres, porque en ninguna manera quiere que sea avarienta. Y por eso dice elegantemente, que abra la palma, que la avaricia cierra; y que alargue y tienda la mano, que suele encoger la escasez. Y dado que el ser piadoso y limosnero, es virtud que conviene á todos los que se tienen por hombres, pero con particular razón las mujeres deben esta piedad á la blandura de su natural; entendiendo, que ser una mujer de entrañas duras ó secas con los necesitados, es en ella vituperable, más que en hombre ninguno. Y no es buena excusa decir que les va á la mano el marido. Porque aunque es verdad que pertenece á él el dispensar la hacienda, pero no se entiende, que si veda á la mujer, y le pone ley para que no haga otros gastos perdidos, le quiere también cerrar la puerta á lo que es piedad y limosna, á quien Dios con tan expreso man-

damiento, y con tan grande encarecimiento la abre. Y cuando quisiese ser aun en esto escaso el marido, la mujer, si es en lo demás cual aquí la pintamos, no debe por eso cerrar las entrañas á la limosna, que es debida á su estado, ni menos el confesor se lo vede. Porque si el marido no quiere, está obligado á querer, y su mujer si no le obedece en su mal antojo, conformarse con la voluntad que él debe tener de razón: y en hacer esto, trata con utilidad y provecho su alma de él, y su hacienda: porque lo uno, cumple con la obligación que ambos tienen de socorrer á los pobres; y lo otro, asegura y acrecienta sus bienes con la bendición, que Dios, cuya palabra no puede faltar, tiene á la piedad prometida. Y porque muchos nunca se fian bien de esta palabra, por eso muchos hombres son crudos y lacerados. Que si se pusiesen á considerar, que reciben de Dios lo que tienen, no temerían de le tornar parte de ello, ni dudarían de que quien es liberal, no puede jamás ser desagradecido: y quiero decir en esto, que Dios, el cual sin haber recibido nada de ellos, liberalmente los hizo ricos, si repartieren después con Él sus riquezas, se las volverá con gran logro. Esto que he dicho, entiendo de las limosnas más ordinarias y comunes, que se ofrecen cada dia á los ojos: que en lo que fuere más grueso, y más particular, la mujer no ha de traspasar la ley del marido, y en todo le ha de obedecer y servir. Y yo fio, que ninguno habrá tan miserable, ni malo, que si ella es de las que yo digo, tan casera, tan hacendosa, tan veladora, y tan concertada en todo y aprovechada, le vede que haga bien á los pobres. Ni será ninguno tan ciego, que tema pobreza de la limosna que hace quien le enriquece la casa. Ansí que abra sus entrañas, y sus brazos y manos á la piedad la buena mujer, y muestre que su granjería nace de virtud, en no ser escasa en lo que según razón es debido. Y como el que labra el campo, de lo que coge en él da sus primicias y diezmos á Dios; ansí ella de las labores suyas, y de sus criadas, aplique su parte para vestir á Dios en los desnudos, y hartarle en los hambrientos: y llámele como á la parte de sus ganancias, y abra, como aquí dice, sus manos al afligido, y al menesteroso sus palmas.

Mas si dice que abra sus manos y su casa á los pobres, es mucho de advertir que no le dice que la abra generalmente á

todos los que se profesan ser pobres. Porque á la verdad, una de las virtudes de la buena casada, y mujer, es el tener grande recato acerca de las personas que admite á su conversación, y á quién da entrada en su casa. Porque debajo de nombre de pobreza, y cubriéndose con piedad, á las veces entran en las casas algunas personas arrugadas y canas, que roban la vida, y entiznan la honra, y dañan el alma de los que viven en ellas, y los corrompen sin sentir, y los emponzoñan, pareciendo que los lamen y halagan. San Pablo casi señaló con el dedo á este linaje de gentes, ó á algunas gentes de este linaje, diciendo (I. Tim., c. v, v. 13): *Tienen por oficio andar de casa en casa ociosas, y no solamente ociosas, mas también parleras, y curiosas, y habladoras de lo que no conviene.* Y es ello ansí, que las tales de ordinario no entran sino á aojar todo lo bueno que vieren, y cuando ménos mal hacen, hacen siempre este daño, que es traer novelas y chismerías de fuera, y llevarlas á fuera de lo que ven, ó les parece que ven, en la casa donde entran, con que inquietan á quien las oye, y les turban los corazones: de donde muchas veces nacen desabrimientos entre los vecinos y amigos, y materias de enojos, y diferencias, y á veces hay discordias mortales. En las repúblicas bien ordenadas, los que antiguamente las ordenaron con leyes, ninguna cosa vedaron más que la comunicación con los extraños y de diferentes costumbres. Ansí Moysén, ó por mejor decir, Dios por Moysén, á su pueblo escogido le avisa de esto en mil lugares (1) con encarecimiento grandísimo. Porque lo que no se ve, no se desea, que como dice el versillo griego (2): *Del mirar nace el amar.* Y por el contrario lo que se ve y se trata, cuanto peor es, tanto más ligeramente, por nuestra miseria, se nos apega. Y lo que es en toda una república, eso también en una sola casa, por la misma razón, acontece. Que si los que entran en ella son de costumbres diferentes de las que en ellas se usan, unos con el ejemplo, y otros con la palabra, alteran los ánimos bien ordenados, y poco á poco los desquician del bien. Y llega la vejezuela al oido, y dice á la hija, y á la doncella, que por qué huyen la

(1) Lev., cap. XXII, v. 25.—Núm. cap. XVIII, v. 4, etc.
(2) Apud Erasmum. Adag., cant. 2, núm. 79.

ventana, ó por qué aman la almohadilla tanto, que la otra fulana, y fulana, no lo hacen ansí. Y enséñales el mal aderezo, y cuéntales la desenvoltura del otro, y las marañas que ó vió, ó inventó, póneselas delante, y vuélveles el juicio: y comienza á teñir con esto el pecho sencillo y simple, y hace que figuren en el pensamiento, lo que con solo ser pensado corrompe: y dañado el pensamiento, luégo se tienta el deseo, el cual en encendiéndose al mal, luégo se resfría en el bien; y ansí luégo se comienzan á desagradar de lo bueno, y de lo concertado, y por sus pasos contados vienen á dejarlo del todo á la postre. Por donde acerca de Eurípides, dice bien el que dice (1): «Nunca, nunca jamás, que no me contento con decirlo una sola vez, el cuerdo casado consentirá que entren cualesquiera mujeres á conversar con la suya, porque siempre hacen mil daños. Unas, por su interés, tratan de corromper en ella la fe del matrimonio. Otras porque han faltado ellas, gustan de tener compañeros de sus faltas. Otras porque saben poco, y de puro necias. Pues contra estas mujeres, y las semejantes á estas, conviénele al marido guarnecer muy bien con aldabas y con cerrojos las puertas de su casa. Que jamás estas entradas peregrinas ponen en ella alguna cosa sana, sino siempre hacen diversos daños.» Pero veamos ya lo que después de aquesto se sigue.

§. XI.

Del buen trato y apacible condición con que se deben portar las señoras con sus sirvientas y criadas.

No temerá de la nieve á su familia, porque toda su gente vestida con vestiduras dobladas.

No es aquesta la menor parte de la virtud de aquesta perfecta casada que pintamos, ni la que da menos loor á la que es señora de su casa, el buen tratamiento de su familia y criados; antes es como una muestra donde claramente se conoce la buena orden con que se gobierna todo lo demás. Y

(1) Eurípid. in Andromach.

pues le había mostrado Salomón, en lo que es antes de esto, á ser limosnera con los extraños, convino que le avisase agora, y le diese á entender que aqueste cuidado y piedad ha de comenzar de los suyos. Porque como dice San Pablo (I. ad Timoth., c. v, v. 8): *El que se descuida de la provisión de los que tiene en su casa, infiel es, y peor que infiel.* Y aunque habla aquí Salomón del vestir, no habla solamente de él, sino por lo que dice en este particular, enseña lo que ha de ser en todo lo demás que pertenece al buen estado de la familia. Porque ansí como se sirve de su trabajo de ella el señor, ansí ha de proveer con cuidado á su necesidad: y ha de compasar con lo uno lo otro, y tener gran medida en ambas cosas, para que ni les falte en lo que han menester, ni en lo que ellos han de hacer, los cargue demasiadamente, como lo avisa y declara el Sabio en el capítulo treinta y tres del Eclesiástico (Eccli., capit. XXXIII, v. 25 y sig.) Porque lo uno es injusticia, y lo otro escasez, y todo crueldad y maldad. El pecar los señores en esto con sus criados, ordinariamente nace de soberbia y de desconocerse á sí mismos los amos. Porque si considerasen que ansí ellos, como sus criados, son de un mismo metal, y que la fortuna, que es ciega, y no la naturaleza proveida, es quien los diferencia, y que nacieron de unos mismos principios, y que han de tener un mismo fin, y que caminan llamados para unos mismos bienes: y si considerasen que se puede volver el aire mañana, y á los que sirven agora, servirlos ellos después, y si no ellos, sus hijos, ó sus nietos, como cada dia acontece; y que al fin todos, ansí los amos como los criados, servimos á un mismo Señor, que nos medirá como nosotros midiéremos: ansí que si considerasen esto, pondrían el brío aparte, y usarían de mansedumbre, y tratarían á los criados como á deudos, y mandarlos hían como quien siempre no ha de mandar. Y aquí conviene que las mujeres hinquen los ojos más, porque se desvanecen más fácilmente, y hay tan vanas algunas, que casi desconocen su carne, y piensan que la suya es carne de ángeles, y las de sus sirvientas de perros, y quieren ser adoradas de ellas, y no acordarse de ellas si son nacidas: y si se quebrantan en su servicio, y si pasan sin sueño las noches, y si están ante ellas de rodillas los dias, todo les parece que es poco y nada para lo que se les

debe, ó ellas presumen que se les ha de deber. En lo cual, demás de lo mucho que ofenden á Dios, hacen su vida más miserable de lo que ella se es. Porque se hacen aborecibles á los suyos, que es una encarecida miseria. Porque ninguna enemistad es buena, y la de los criados, que viven dentro del seno de los amos, y saben los secretos de casa, y son sus ojos, y aunque les pese, de su vida testigos, es peligrosa y pestilencial. Y de aquí ordinariamente salen las chismerías, y los testimonios falsos, y las más veces los verdaderos. Y esta es la causa por donde muchos hallan, cuando no piensan, las plazas llenas de sus secretos. Y como es peligrosa desventura hacer de los criados fieles crueles enemigos, con no debidos tratamientos; ansí el tratarlos bien es, no sólo seguridad, sino honra y buen nombre. Porque han de entender los señores, que son como parte de su cuerpo sus gentes, y que es como un compuesto su casa, adonde ellos son la cabeza, y la familia los miembros; y que por el mismo caso que los tratan bien, tratan bien y honradamente á su misma persona. Y como se honran de que en sus facciones y disposición, no haya ni miembro torcido, ni figura que desagrade, y como les añaden á todos sus miembros cuanto es en sí, hermosura, y los procuran vestir con debido color, ansí se han de preciar de que en toda su gente relumbre su mucha liberalidad y bondad. Por manera que los de su casa, ni estén en ella faltos, ni salgan de ella quejosos. Conocí yo en aqueste reino una señora, que es muerta, ó por mejor decir, que vive en el cielo, que del caballo troyano, que dicen, no salieron tantos hombres valerosos, como de su casa sirvientas suyas, doncellas, y otras mujeres remediadas y honradas. A la cual, como le aconteciese echar de su casa, por razón de un desconcierto, á una criada suya, no tan bien remediada como las demás, le oí decir muchas veces que no se podía consolar cuando pensaba que de las personas que Dios le había dado, que ansí lo decía, había salido una de su casa con desgracia y poco remedio. Y yo sé que en esta bondad gastaba muy grandes sumas, y que haciendo estos gastos, y otros de semejantes virtudes, no solo conservó y sustentó los mayorazgos de sus hijos, que estaban en su tutoría, y les venían de muchos abuelos de antigua nobleza, sino que también los acrecentó é ilus-

tró con nuevos y ricos vínculos: y ansí era bendita de todos. Deben, pues, amar esta bendición las mujeres de honra, y si quieren ellas ser estimadas y amadas, aqueste es camino muy cierto. Y no quiero decir que todo ha de ser blandura y regalo, que bien vemos que la buena orden pide algunas veces severidad; mas porque lo ordinario es pecar los amos en esto, que es ser descuidados en lo que toca al buen tratamiento de los que los sirven, por eso hablamos de ello y no hablamos de cómo los han de ocupar, de que ellos se tienen cuidado. Síguese:

§. XII.

De cómo el traje y manera de vestir de la perfecta casada ha de ser conforme á lo que pide la honestidad y la razón. Aféase el uso de los afeites, y condénanse las galas y atavíos, no sólo con razones tomadas de la misma naturaleza de las cosas, sino también con dichos y sentencias de los Padres de la Iglesia y autoridades de la Sagrada Escritura.

Hizo para sí aderezos de cama, holanda y púrpura es su vestido.

Porque había hablado de la piedad que deben las buenas casadas al pobre, y del cuidado que deben á la buena provisión de su gente; trata agora del tratamiento y buen aderezo de sus mismas personas. Y llega hasta aquí la clemencia de Dios, y la dulce manera de su providencia y gobierno, que desciende á tratar de su vestido de la casada, y de cómo ha de aderezar y asear su persona: y condescendiendo en algo con su natural, aunque no le place el exceso, tampoco se agrada del desaliño y mal aseo, y ansí dice: *Púrpura y holanda es su vestido.* Que es decir, que de esta casada perfecta es parte también no ser en el tratamiento de su persona alguna desaliñada y remendada, sino que como ha de ser en la administración de la hacienda granjera, y con los pobres piadosa, y con su gente no escasa, ansí por la misma forma á su persona la ha de traer limpia y bien tratada, aderezándola honestamente en la manera que su estado lo pide, y trayéndose conforme á su cualidad, ansí en lo ordinario, como en lo extraordinario también. Porque la que con su buen concierto y gobierno da luz,

y resplandor á lo demás de su casa, que ella ande deslucida en sí, ninguna razón lo permite. Pero es de saber por qué causa la vistió Salomón de holanda y de púrpura: que son las cosas de que en la ley vieja se hacía la vestidura del gran Sacerdote (Exod., cap. XXVIII, vv. 6, 7), porque sin duda tiene en sí algún grande misterio. Pues digo, que quiere Dios declarar en esto á las buenas mujeres, que no pongan en su persona sino lo que se puede poner en el altar, esto es, que todo su vestido y aderezo sea santo, ansí en la intención con que se pone, como en la templanza con que se hace. Y díceles, que quien les ha de vestir el cuerpo no ha de ser el pensamiento liviano, sino el buen concierto de la razón: y que de la compostura secreta del ánimo ha de nacer el buen traje exterior: y que este traje no se ha de cortar á la medida del antojo ó del uso vituperable y mundano, sino conforme á lo que pide la honestidad y la vergüenza. Ansí que señala aquí Dios vestido santo, para condenar lo profano. Dice púrpura, y holanda, mas no dice los bordados que se usan agora, ni los recamados, ni el oro tirado en hilos delgados. Dice vestidos, mas no dice diamantes ni rubíes. Pone lo que se puede tejer y labrar en su casa, pero no las perlas que se esconden en el abismo del mar. Concede ropas, pero no permite rizos, ni encrespos, ni afeites. El cuerpo se vista, pero la cabeza no se desgreñe, ni se encrespe en pronóstico de su grande miseria. Y porque en esto, y señaladamente en los afeites del rostro, hay grande exceso, aun en las mujeres que en lo demás son honestas; y porque es aqueste su propio lugar, bien será que digamos algo de ellos aquí. Aunque si va á decir la verdad, yo confieso á Vmd. que lo que me convida á tratar de esto, que es el exceso, eso mismo me pone miedo. Porque ¿quién no temerá de oponerse contra una cosa tan recibida? O ¿quién tendrá ánimo para osar persuadirles á las mujeres á que quieran parecer lo que son? O ¿qué razón sanará la ponzoña del solimán? Y no sólo es dificultoso este tratado, pero es peligroso también, porque luégo aborrecen á quien esto les quita. Y ansí querer agora quitárselo yo, será despertar contra mí un escuadrón de enemigos. Mas ¿qué les va en que yo las condene, pues tienen tantos otros que las absuelven? Y si aman aquellos que condescendiendo con su gusto de ellas, las dejan asquerosas y feas, muy más justo

es que siquiera no me aborrezcan á mí, sino que me oigan con igualdad y atención: que cuanto agora en esto les quiero decir, será solamente enseñarles que sean hermosas, que es lo que principalmente desean. Porque yo no les quiero tratar del pecado que algunos hallan y ponen en el afeite, sino solamente quiero dárselo á conocer, demostrándoles que es un fullero engañoso, que les da al revés de aquello que les promete; y que como en un juego que hacen los niños, ansí él diciendo que las pinta, las burla y entizna; para que conocido por tal, hagan justicia de él y le saquen á la vergûenza con todas sus redomillas al cuello. Pues yo no puedo pensar que ninguna viva en este caso tan engañada, que ya que tenga por hermoso el afeite, á lo ménos no conozca que es sucio y que no se lave las manos con que lo ha tratado, antes que coma. Porque los materiales de él, los más son asquerosos, y la mezcla de cosas tan diferentes, como son las que casan para este adulterio, es madre del mal olor, lo cual saben bien las arquillas que guardan este tesoro, y las redomas, y las demás alhajas de él. Y si no es suciedad, ¿por qué venida la noche se le quitan, y se lavan la cara con diligencia, y ya que han servido al engaño del dia, quieren pasar siquiera la noche limpias? Mas para qué son razones, pues cuando nos lo negasen, á las que nos lo negasen les podríamos mostrar á los ojos sus dientes mismos, y sus encías negras, y más sucias que un muladar, con las reliquias que en ellas ha dejado el afeite. Y si las pone sucias, como de hecho las pone, ¿cómo se pueden persuadir que las hace hermosas? ¿No es la limpieza el fundamento de la hermosura, y la primera y mayor parte de ella? La hermosura allega, y convida á sí, y la suciedad aparta y ahuyenta. Luego ¿cómo podrán caber en uno lo hermoso y lo sucio? ¿Por ventura no es obra propia de la belleza parecer bien y hacer deleite en los ojos? ¿Pues qué ojos hay tan ciegos ó tan botos de vista, que no pasen con ella la tela del sobrepuesto, y que no cotejen con lo encubierto lo que se descubre; y que viendo lo mal que dicen entre sí mismos, no se ofendan con la desproporción? Y no es menester que los ojos traspasen este velo, porque él de sí mismo, en cobrando un poco de calor el cuerpo, se trasluce: y descúbrese por entre lo blanco un oscuro y verdinegro, y un entreazul

y morado: y matizase el rostro todo, y señaladamente las cuencas de los bellísimos ojos, con una variedad de colores feísimos: y aun corren á las veces derretidas las gotas, y aran con sus arroyos la cara. Mas si dicen que acontece esto á las que no son buenas maestras, yo digo que ninguna lo es tan buena, que si ya engañare los ojos, pueda engañar las narices. Porque el olor de los adobios, por más que se perfumen, va delante de ellas pregonando y diciendo que no es oro lo que reluce, y que todo es asco y engaño; y va como con la mano desviando la gente en cuanto pasa la que yo no quiero nombrar. Tomen mi consejo las que son perdidas por esto, y hagan máscaras de buenas figuras y pónganselas: y el barniz pinte el lienzo, y no el cuero, y sacarán mil provechos. Lo uno, que ya que les agrada ser falsas hermosas, quedarán á lo ménos limpias. Lo otro, que no temerán que las desafeite ni el sol, ni el polvo, ni el aire. Y lo último, con este artificio, podrán encubrir, no solo el color oscuro, sino también las facciones malas. Porque cierta cosa es que la hermosura no consiste tanto en el escogido color, cuanto en que las facciones sean bien figuradas, cada una por sí, y todas entre sí mismas proporcionadas. Y claro es que el afeite ya que haga engaño en la color, pero no puede en las figuras poner enmienda; que ni ensancha la frente angosta, ni los ojos pequeños los engrandece, ni corrige la boca desbaratada. Pero dicen que vale mucho el buen color. Yo pregunto, ¿á quién vale? Porque las de buenas figuras, aunque sean morenas, son hermosas, y no sé si más hermosas que siendo blancas: las de malas, aunque se trasformen en nieve, al fin quedan feas. Mas dirán, que ménos feas. Yo digo, que más. Porque antes del barniz, si eran feas, estaban limpias, mas después de él quedan feas y sucias, que es la más aborrecible fealdad de todas. Pero valga mucho el buen color, si de veras es buen color; mas éste ni es buen color, ni casi lo es, sino un engaño de color que todos lo conocen; y una postura, que por momentos se cae; y un asco, que á todos ofende; y una burla, que promete uno y da otro, y que afea y ensucia. ¿Qué locura es poner nombre de bien á lo que es mal, y trabajarse en su daño, y buscar con su tormento ser aborrecidas, que es lo que más aborrecen? ¿Qué es el fin del aderezo y de la cura del

rostro, sino el parecer bien y agradar á los miradores? Pues ¿quién es tan falto, que de estos adobios se agrade? O ¿quién hay que no los condene? ¿Quién es tan necio que quiera ser engañado? ¿O tan boto, que ya no conozca este engaño? O ¿quién es tan ajeno de razón, que juzgue por hermosura del rostro lo que claramente ve que no es del rostro; lo que ve que es sobrepuesto, añadido y ajeno? Querría yo saber de estas mendigantes hermosas, si tendrían por hermosa la mano que tuviese seis dedos. ¿Por ventura no la hurtarían á los ojos? ¿No harían alguna invención de guante para encubrir aquel dedo añadido? ¿Pues tienen por feo en la mano un dedo más, y pueden creer que tres dedos de enjundia sobre el rostro les es hermoso? Todas estas cosas tienen una natural tasa y medida, y la buena disposición y parecer de ellas consiste en estar justas en esto: y si de ello les falta ó sobra algo, eso es fealdad y torpeza. De donde se concluye que estas de quien hablamos, añadiendo posturas y excediendo lo natural, en caso que fuesen hermosas, se tornan feas con sus mismas manos. Bien y prudentemente aconseja acerca de un poeta antiguo, un padre á su hija, y le dice (1): «No tengas, hija, afición con los oros, ni rodees tu cuello con perlas ó con jacintos, con que las de poco saber se desvanecen. Ninguna necesidad tienes de este vano ornamento. Ni tampoco te mires al espejo para componerte la cara, ni con diversas maneras de lazos enlaces tus cabellos, ni te alcoholes con negro los ojos, ni te colores las mejillas, que la naturaleza no fué escasa con las mujeres, ni les dió cuerpo ménos hermoso de lo que se les debe ó conviene.» ¿Pues qué diremos del mal del engañar y fingir á que se hacen, y como en cierta manera se ensayan y acostumbran en esto? Aunque esta razón no es tanto para que las mujeres se persuadan que es malo afeitarse, cuanto para que los maridos conozcan cuán obligados están á no consentir que se afeiten. Porque han de entender que allí comienzan á mostrárseles otras de lo que son, y á encubrirles la verdad: y allí comienzan á tentarles la condición, y hacerlos al engaño: y como los hallaren pacientes en esto, ansí subirán á engaños mayores. Bien dice Aristóteles (2) en este mismo propósito:

(1) Naumach. apud Stobæum, serm. LXXIV.
(2) Arist. De Cura rei famil., cap. IV.

Que como en la vida y costumbres, la mujer con el marido ha de andar sencilla y sin engaño, ansí en el rostro y en los aderezos de él ha de ser pura y sin afeite. Porque la buena en ninguna cosa ha de engañar aquel con quien vive, si quiere conservar el amor, cuyo fundamento es la caridad, y la verdad, y el no encubrirse los que se aman en nada. Que ansí como no es posible mezclarse dos aguas olorosas, mientras están en sus redomas cada una; ansí en tanto que la mujer cierra el ánimo con la encubierta del fingimiento, y con la postura y afeites esconde el rostro, entre su marido y ella no se puede mezclar amor verdadero. Porque si damos caso que el marido la ame ansí, claro es que no ama á ella en este caso, sino á la máscara pintada que se aparece, y es como si amase en la farsa al que representa una doncella hermosa. Y por otra parte, ella viéndose amada de esta manera por el mismo caso no le ama á él, ántes le comienza á tener en poco y en el corazón se rie de él, y le desprecia y conoce cuán fácil es engañarle, y al fin le engaña y le carga: y esto es muy digno de considerar, y más lo que se sigue tras esto, que es el daño de la conciencia y la ofensa de Dios. Que aunque prometí no tratarlo, pero al fin la conciencia me obliga á quebrantar lo que puse. Y no les diga nadie, ni ellas se lo persuadan á sí, que ó no es pecado, ó es muy ligero pecado: porque es muy al revés, ca él es pecado grave en sí, y que demás de esto anda acompañado de otros muchos pecados, unos que nacen de él, y otros de donde él nace. Porque dejado aparte el agravio que hacen á su mismo cuerpo, que no es suyo, sino del Espiritu santo, que le consagró para sí en el bautismo, y que por la misma causa ha de ser tratado como templo santo, con honra y respeto: ansí que aunque pasemos callando por este agravio que hacen á sus miembros, atormentándolos y ensuciándolos en diferentes maneras, y aunque no digamos la injuria que hacen á quien los crió, haciendo enmienda en su obra, y como reprendiendo, ó á lo ménos no admitiendo su acuerdo y consejo (porque sabida cosa es, que lo que hace Dios, ó feo ó hermoso, es á fin de nuestro bien y salud), ansí que aunque callemos esto que las condena, el fin que ellas tienen y lo que las mueve é incita á este oficio, por más que ellas lo doren y apuren, ni se puede apurar ni callar. Porque pregunto, ¿por

qué la casada quiere ser más hermosa de lo que su marido quiere que sea? ¿Qué pretende afeitándose á su pesar? ¿Qué ardor es aquel que le menea las manos para acicalar el cuero como arnés, y poner en arco las cejas? ¿Adónde amenaza aquel arco? Y aquel resplandor ¿á quién ciega? El colorado, y el blanco, y el rubio, y dorado, y aquella artillería toda ¿qué pide? ¿qué desea? ¿qué vocea? No pregunta sin causa el cantarcillo común, ni es más castellano que verdadero: *¿Para qué se afeita la mujer casada?* Y torna á la pregunta, y repite la tercera vez preguntando: *¿Para qué se afeita?* Porque si va á decir la verdad, la respuesta de aquel *para qué*, es amor propio desordenadísimo, apetito insaciable de vana excelencia, codicia fea, deshonestidad arraigada en el corazón, adulterio, ramería, delito que jamás cesa. ¿Que pensáis las mujeres que es afeitaros? Traer pintado en el rostro vuestro deseo feo. Mas no todas las que os afeitáis, deseáis mal. Cortesía es creerlo. Pero si con la tez del afeite no descubrís vuestro mal deseo, á lo ménos despertáis el ajeno. De manera que con esas posturas sucias, ó publicáis vuestra sucia ánima, ó ensuciáis las de aquellos que os miran. Y todo es ofensa de Dios. Aunque no sé yo qué ojos os miran, que si bien os miran, no os aborrezcan. ¡Oh asco, oh hedor, oh torpeza! Mas qué bravo, diréis algunas. No estoy bravo, sino verdadero. Y si tales son los padres, de quien aqueste desatino nace, ¿cuáles serán los frutos que de él proceden, sino enojos, y guerra contínua, y sospechas mortales, y lazos de perdidos, y peligros, y caidas, y escándalos, y muerte, y asolamiento miserable? Y si todavía os parezco muy bravo, oid, ya no á mí, sino á San Cipriano, las que lo decís, el cual dice de esta manera (1): «En este lugar el temor que debo á Dios, y el amor de la caridad, que me junta con todos, me obliga á que avise no sólo á las vírgenes y á las viudas, sino á las casadas también, y universalmente á todas las mujeres, que en ninguna manera conviene, ni es lícito alterar la obra de Dios y su hechura, añadiéndole, ó color rojo, ó alcohol negro, ó arrebol colorado, ó cualquier otra compostura que mude ó corrompa las figuras naturales. Dice Dios (Gen., cap. I, v. 16): *Hagamos al hombre*

(1) Cyprian., lib. de disciplin. et habitu virgin.

á la imagen y semejanza nuestra. ¿Y osa alguna mudar en otra figura lo que Dios hizo? Las manos ponen en el mismo Dios, cuando lo que él formó lo procuran ellas reformar y desfigurar. Como si no supiesen que es obra de Dios todo lo que nace, y del demonio todo lo que se muda de su natural. Si algún grande pintor retratase con colores que llegasen á lo verdadero las facciones y rostro de alguno, con toda la demás disposición de su cuerpo, y acabado ya, y perfeccionado el retrato, otro quisiese poner las manos en él, presumiendo de más maestro, para reformar lo que ya estaba formado y pintado, ¿paréceos que tendría el primero justa y grave causa para indignarse? ¿Pues piensas tú no ser castigada por una osadía de tan malvada locura, por la ofensa que haces al divino artífice? Porque dado caso que por la alcahuetería de los afeites no vengas á ser con los hombres deshonesta y adúltera, habiendo corrompido y violado lo que hizo en ti Dios, convencida quedas de peor adulterio. Eso que pretendes hermosearte, eso que procuras adornarte, contradicción es que haces contra la obra de Dios, y traición contra la verdad. Dice el Apóstol amonestándonos (I. ad Corinth., c. v, vv. 7, 8): *Desechad la levadura vieja para que seáis nueva masa, ansí como sois sin levadura, porque nuestra pascua es Cristo sacrificado. Ansí que celebremos la fiesta, no con la levadura vieja, ni con la levadura de malicia y de tacañería, sino con la pureza de sencillez y verdad.* ¿Por ventura guardas esta sencillez y verdad, cuando ensucias lo sencillo con adulterinos colores, y mudas en mentira lo verdadero con posturas de afeites? Tu Señor dice (Matth., cap. v, v. 36) que *no tienes poder para tornar blanco ó negro uno de tus cabellos;* y ¿tú pretendes ser más poderosa, por sobrepujar lo que tu Señor tiene dicho, con pretensión osada y con sacrílego menosprecio? Enrojas tus cabellos, y en el mal agüero de lo que te está por venir, les comienzas á dar color semejante al del fuego: y pecas con grave maldad en tu cabeza, esto es, en la parte más principal de tu cuerpo; y como del Señor esté escrito (Apoc., cap. I, v. 16) que su cabeza y sus cabellos eran blancos como la nieve, tú maldices lo cano y abominas lo blanco, que es semejante á la cabeza de Dios. Ruégote, la que esto haces, ¿no temes en el dia de la resurrección, cuando venga, que el artífice que te crió no te reco-

nozca? ¿Que cuando llegues á pedirle sus promesas y premios, te deseche, aparte y excluya? ¿Que te diga con fuerza y severidad de juez, esta obra no es mia, ni es la nuestra esta imagen? Ensuciaste la tez con falsa postura: demudaste el cabello con deshonesto color: hiciste guerra y venciste á tu cara: con la mentira corrompiste tu rostro: tu figura no es esa: no podrás ver á Dios, pues no traes los ojos que Dios hizo en ti, sino los que te inficionó el demonio: tú le has seguido: los ojos pintados y relumbrantes de la serpiente has en ti remedado: figurástete de él, y arderás juntamente con él.»—Hasta aquí son palabras de San Cipriano.

Y San Ambrosio habla no menos agriamente que él, y dice ansí (1): «De aquí nace aquello, que es vía é incentivo de vicios, que las mujeres temiendo desagradar á los hombres, se pintan las caras con colores ajenos: y en el adulterio que hacen de su cara, se ensayan para el adulterio, que desean hacer de su persona. Mas ¿qué locura aquesta tan grande, desechar el rostro natural, y buscar el pintado? Y mientras temen de ser condenadas de sus maridos por feas, condenarse por tales ellas á sí mismas? Porque la que procura mudar el rostro con que nació, por el mismo caso da sentencia ella contra sí, y lo condena por feo: y mientras procura agradar á los otros, ella misma á sí se desagrada primero. ¿Dí, mujer, qué mejor juez de tu fealdad podemos hallar que á ti misma, pues temes ser vista cual eres? Si eres hermosa, ¿por qué con el afeite te encubres? Si fea, y disforme, ¿por qué te nos mientes hermosa, pues ni te engañas á ti, ni del engaño ajeno sacas fruto? Porque el otro en ti afeitada, no ama á ti, sino á otra: y tú no quieres como otra ser amada. Enséñasle en tí á ser adúltero, y si pone en otra su amor, recibes pena y enojo. Mala maestra eres contra ti misma. Más tolerable en parte es ser adúltera, que andar afeitada. Porque allí se corrompe la castidad, y aquí la misma naturaleza.»—Estas son palabras de San Ambrosio. Pero entre todos San Clemente Alejandrino es el que escribe más extendidamente, diciendo (2): «Las que hermosean lo que se

(1) Amb. lib. de virginibus.
(2) Lib. 3. del Pedagogo, cap. 2.

descubre, y lo que está secreto lo afean, no miran que son como las composturas de los egipcios, los cuales adornan las entradas de sus templos con arboledas, y ciñen sus portales con muchas columnas, y edifican los muros de ellos con piedras peregrinas, y los pintan con escogidas pinturas, y los mismos templos los hermosean con plata, y con mármoles traidos desde Etiopía, y los sagrarios de los templos los cubren con planchas de oro. Mas en lo secreto de ellos, si alguno penetrare allá, y si con priesa de ver lo escondido, buscare la imagen del Dios, que en ellos mora, y si la guarda de ellos, ó algún otro sacerdote con vista grave, y cantando primero algún himno en su lengua, y descubriendo apenas un poco del velo, le mostráre la imagen; es cosa de grandísima risa, ver lo que adoran: porque no hallaréis en ellos algún Dios, como esperábades, sino un gato, ó un cocodrilo, ó alguna sierpe de las de la tierra, ú otro animal semejante, no digno de templo, sino dignísimo de cueva, ó de escondrijo, ó de cieno: que como un poeta antiguo les dijo:

Son fieras sobre púrpura asentadas,
Los dioses á quien sirven los gitanos.

«Tales pues me parecen á mí las mujeres, que se visten de oro, y se componen los rizos, y se untan las mejillas, y se pintan los ojos, y se tiñen los cabellos, y que ponen toda su mala arte en este aderezo muelle, y demasiado: y que adornan este muro de carne, y hacen verdaderamente, como en Egipto, para atraer á sí á los desventurados amantes. Porque si alguno levantase el velo del templo, digo, si apartase las tocas, la tintura, el bordado, el oro, el afeite, esto es, el velo, y la cobertura compuesta de todas aquestas cosas, por ver si hallaría dentro lo que de veras es hermoso, abominaríalas, á lo que yo entiendo, sin duda. Porque no hallará en su secreto de ellas por moradora, según que era justo, á la imagen de Dios, que es lo digno de precio; mas hallará que en su lugar ocupa una fornicaria, y una adúltera lo secreto del alma, y averiguará, que es verdadera fiera, mona con albayalde afeitada, ó sierpe engañosa, que tragando lo que es de razón en el hombre, por medio del deseo del vano aplacer, tiene el alma

por cueva, adonde mezclando toda su ponzoña mortal, y rebosando el tóxico de su engaño y error, trueca á la mujer en ramera aqueste dragón alcahuete. Porque el darse al afeite, de ramera es, y no de buena mujer. Como claramente se ve, porque las que con esto tienen cuenta, no la tienen jamás con sus casas. Su cuenta es el desenlazar las bolsas de sus maridos, y el consumirles las haciendas en sus vanos antojos; y para que testifiquen muchos, que parecen hermosas, el ocuparse asentadas todos los dias al arte del afeitarse, con personas alquiladas á ello. Ansí que procuran de guisar bien su carne, como cosa desabrida, y de mala vista: y entre día por el afeite se están deshaciendo en su casa, con temor que no se les eche de ver que es postiza la flor; mas venida la tarde, como de cueva, luégo se hace afuera aquesta adulterada hermosura, á quien ayuda entonces para ser tenida en algo la embriaguez, y la falta de luz. Menandro el poeta lanza de su casa á la mujer que se enrubia, y dice:

Ve fuera de esta casa, que la buena
No trata de hacer rubios los cabellos.

«Y no dice, que se barnizaba la cara, ni menos que se pintaba los ojos. Mas las miserables no ven, que con añadir lo postizo, destruyen lo hermoso, natural y propio, y no ven, que matizándose cada día, y estirándose el cuero, y emplastándose con mezclas diversas, secan el cuerpo, y consumen la carne, y con el exceso de los corrosivos marchitan la flor propia: y ansí vienen á tornarse amarillas, y á hacerse dispuestas, y fáciles á que la enfermedad se las lleve, por tener con los afeites la carne, que se sobrepintan, gastada, y vienen á deshonrar al fabricador de los hombres, como á quien no repartió la hermosura como debía: y son con razón inútiles para cuidar por su casa, porque son como cosas pintadas, asentadas para no más de ser vistas, y no hechas para ser caseras cuidadosas. Por lo cual aquella bien considerada mujer, acerca del poeta cómico, dice: *¿Qué hecho podrémos hacer las mujeres que de precio sea, ó de valor, pues repintándonos, y enfloreciéndonos cada día, borramos de nosotras mismas la imagen de las mujeres valerosas, y no servimos sino de trastos de casa, y de*

tropiezos para los maridos, y de afrenta de nuestros hijos? Y ansí mismo Antíphanes, escritor también de comedias, mofa de aquesta perdición de mujeres, poniendo las palabras que convienen, á lo que comunmente todas hacen, y dice: *Llega, pasa, torna, no se pasa, viene, para, límpiase, revuelve, relímpiase, péinase, sacúdese, friégase, lávase, espéjase, vístese, almízclase, aderézase, rocíase con olores, y al fin si hay algo que no, ahógase, mátase.* Merecedoras no de una, sino de doscientas mil muertes, que se coloran con las freces del cocodrilo, y se untan con la espuma de la hediondez, y que para las abeñolas hacen hollín, y albayalde para embarnizar las mejillas. Pues las que ansí enfadan á los poetas gentiles, la verdad ¿cómo no las desechará, y condenará? Pues Alexi, otro cómico, ¿qué dice de ellas reprendiéndolas? ¿Qué? Pondré lo que dijo, procurando avergonzar con la curiosidad de sus razones su desvergüenza perpétua; sino que no pudo llegar á tanto su buen decir. Y verdaderamente que yo me avergonzaría, si pudiese defenderlas con alguna buena razón, de que las tratase ansí la comedia. Pues dice: *De más de esto* acaban á sus maridos, porque su primero, y principal cuidado es el sacarles algo, y el pelar á los tristes mezquinos, esta es su obra, y todas las demás en su comparación les son accesorias. ¿Es por aventura algunas de ellas pequeña? Embute los chapines de corcho. ¿Es otra muy luenga? Trae una suela sencilla, y anda la cabeza metida en los hombros, y hurta esto al altor. ¿Es falta de carnes? Afórrase de manera que todos dicen, que no hay más que pedir. ¿Crece en barriga? Estréchase con fajas, como si trenzase el cabello, con que va derecha, y cenceña. ¿Es sumida de vientre? Como con puntales hace la ropa adelante. ¿Es bermeja de cejas? Encúbrelas con hollín. ¿Es acaso morena? Anda luégo el albayalde por alto. ¿Es demasiadamente muy blanca? Friégase con la tez del humero. ¿Tiene algo que sea hermoso? Siempre lo trae descubierto. ¿Pues qué si los dientes son buenos? Forzoso es que se ande riendo. Y para que vean todos que tiene gentil boca, aunque no esté alegre, todo el santo día se rie, y trae entre los dientes siempre algún palillo de murta delgado, para que, quiera que no, en todos tiempos *esté abierta la boca.* Esto he alegado de las letras profanas, como para remedio

contra este mal artificio y deseo excesivo del afeite, porque Dios procura nuestra salud por todas las vías posibles: mas luégo apretaré con las letras sagradas, que al malo público, natural le es apartarse de aquello en que peca, siendo reprendido, por la vergüenza que padece. Pues ansí como los ojos vendados, ó la mano envuelta en emplastos, á quien lo ve, hace indicio de enfermedad; ansí el color postizo, y los afeites de fuera dan á entender, que el alma en lo de dentro está enferma. Amonesta nuestro divino Ayo y maestro, que *no lleguemos al rio ajeno*, figurando por el *rio ajeno* la mujer destemplada y deshonesta, que corre para todos, y que para el deleite de todos se derrama con posturas lascivas. *Contiénete*, dice (Eccli. cap. xxv, v. 30.), *del agua ajena, y de la fuente ajena no bebas*: amonestándonos, que huyamos la corriente de semejante deleite, si queremos vivir luengamente; porque el hacerlo ansí, añade años de vida. Grandes vicios son los del comer y beber, pero no tan grandes con mucha parte, como la afición excesiva del aderezo y afeite; porque para satisfacer al gusto, la mesa llena basta, y la taza abundante; mas á las aficionadas á los oros, y á los carmesíes, y á las piedras preciosas, no les es suficiente, ni el oro que hay sobre la tierra ó en sus entrañas de ella, ni la mar de Tiro, ni lo que viene de Etiopía, ni el rio Pactolo, que corre oro, ni aunque se transformen en Midas, quedarán satisfechas algunas de ellas, sino pobres siempre, y deseando más siempre, aparejadas á morir con el haber. Y si es la riqueza ciega, como de veras lo es, las que tienen puesta en ella toda su afición, y sus ojos, ¿cómo no serán ciegas? Y es, que como no ponen término á su mala codicia, vienen á dar en licencia desvergonzada; porque les es necesario el teatro, y la procesión, y la muchedumbre de los miradores, y el vaguear por las iglesias, y el detenerse en las calles, para ser contempladas de todos: porque cierto es, que se aderezan para contentar á los otros. Dice Dios por Jeremías (Jerem. cap. iv, v. 30.): *Aunque te rodees de púrpura, y te enjoyes con oro, y te pintes los ojos con alcohol, vana es tu hermosura.* Mas ¿qué desconcierto tan grande, que el caballo y el pájaro, y todos los demás animales de yerba y del prado, salgan alindados cada uno con su propio aderezo, el caballo con crines, el pájaro con pinturas diversas, y todos

con su color natural; y que la mujer, como de peor condición que las bestias, se tenga á sí misma en tanto grado por fea, que haya menester hermosura postiza, comprada y sobrepuesta? Preciadoras de lo hermoso del rostro, y no cuidadosas de lo feo del corazón. Porque sin duda como el hierro en la cara del esclavo muestra que es fugitivo; ansí las floridas pinturas del rostro son señal, y pregón de ramera. Porque los volantes, y las diferencias de los tocados, y las invenciones del coger los cabellos, y los visajes que hacen de ellos, que no tienen número, y los espejos costosos, á quien se aderezan, para cazar á los que á manera de niños ignorantes hincan los ojos en las buenas figuras, cosas son de mujeres raidas, y tales que no se engañará quien peor las nombrare, transformadoras de sus caras en máscaras. Dios nos avisa (II. ad Cor., cap. IV, v. 18.), que no atendamos á lo que parece, sino á lo que se encubre, porque es lo que se ve temporal, y lo que no, sempiterno: y ellas locamente inventan espejos, adonde como si fuera alguna obra loable, se vea su artificiosa figura, á cuyo engaño le venía mejor la cubierta y el velo. Que como cuenta la fábula, á Narciso no le fué útil el haber contemplado su rostro. Y si veda Moysén á los hombres (Exod. cap. XX, v. 4.; Deuter. cap. V, v. 8.), que no hagan alguna imagen, compitiendo en el arte con Dios; ¿cómo les será á las mujeres lícito, en sns mismas caras formar nuevos gestos, en revocación de lo hecho? Al profeta Samuel, cuando Dios le envió á ungir en rey á uno de los hijos de Jessé, pareciéndole, que el más anciano de ellos era hermoso, y dispuesto, y queriéndole ungir, díjole Dios (Lib. I. Reg. cap. XVI, v. 7.): *No mires á su rostro, ni atiendas á su buena disposición de ese hombre, que le tengo desechado: que el hombre mira á los ojos, y Dios tiene cuenta con el corazón.* Y ansí el Profeta no ungió al hermoso de cuerpo, sino consagró al hermoso de ánimo. Pues si la belleza de cuerpo aun aquella que es natural, tiene Dios en tanto menos que la belleza del alma; ¿qué juzgará de la postiza y fingida, el que todo lo falso desecha y aborrece? *En fe caminamos, y no en lo que es evidente á la vista* (II. ad Cor. cap. V, v. 7). Manifiestamente nos enseñó en Abrahám el Señor (Gen. cap. XII, v. 1.), que ha de menospreciar, quien le siguiere, la parentela, la tierra, la hacienda y riquezas, y bienes vi-

sibles. Hízole peregrino, y luégo que despreció su natural, y el bien que se veía, le llamó amigo suyo. Y era Abrahám noble en tierra, y muy abundante en riqueza: que como se lee (Gen., cap. XIV, v. 14.), cuando venció á los reyes que prendieron á Loth, armó de sola su casa trescientas y diez y ocho personas. Sola es Ester la que hallamos (Esther, cap. V, v. 1.) haberse aderezado sin culpa, porque se hermoseó con misterio, y para el Rey su marido; demás de que aquella su hermosura fué resćate de toda una gente condenada á la muerte. Y ansí lo que se concluye de todo lo dicho es, que el afeitarse, y el hermosearse, á las mujeres hace rameras, y á los hombres hace afeminados y adúlteros. Como el poeta trágico lo dió bien á entender, cuando dijo:

De Frigia vino á Esparta el que juzgara,
según lo dice el cuento de los griegos,
las Diosas. Hermosísimo en vestido,
en oro reluciente, y rodeado
de traje barbaresco, y peregrino.
Amó, y partióse ansí, llevando hurtada,
á quien también le amaba, al monte de Ida,
estando Menelao de casa ausente.

»Oh belleza adúltera! El aderezo bárbaro trastornó á toda Grecia. A la honestidad de Lacedemonia corrompió la vestidura, la policía, y el rostro. El ornamento excesivo y peregrino hizo ramera á la hija de Júpiter. Mas en aquello no fué gran maravilla, que no tuvieron maestro que les cercenase los deseos viciosos: ni menos quien les dijese, no fornicarás, ni desearás fornicar, que es decir, no caminarás al fornicio con el deseo, ni encenderás su apetito con el afeite, ni con el exceso del aderezo demasiado.»—Hasta aquí son palabras de San Clemente. Y Tertuliano, varón doctísimo, y vecino á los Apóstoles, dice (1): «Vosotras tenéis obligación de agradar á solos vuestros maridos. Tanto más los agradaréis á ellos, cuanto menos procuráredes parecer bien á los otros. Estad seguras. Ninguna á su marido le es fea: cuando escogió se agradó, porque ó sus costumbres ó su figura se la hicieron agradable. No piense ninguna que si se compone templada-

(1) Tert. lib. de Cultu fœminar.

mente la aborrecerá ó desechará su marido, que todos los maridos apetecen lo casto. El marido cristiano no hace caso de la buena figura, porque no se ceba de lo que los gentiles se ceban: el gentil en ser cosa nuestra la tiene por sospechosa, por el mal que de nosotros juzga. Pues dime, tu belleza para quién la aderezas, si ni el gentil la cree, ni el cristiano la pide? Para qué te desentrañas por agradar al receloso, ó al no deseoso? Y no digo esto por induciros á que seais algunas desaliñadas y fieras, ni os persuado el desaseo; sino dígoos lo que pide la honestidad, el modo, el punto, la templanza con que aderezareis vuestro cuerpo. No habéis de exceder de lo que al aderezo simple y limpio se debe, de lo que agrada al Señor. Porque sin duda le ofenden las que se untan con unciones de afeites el rostro, las que se manchan con arrebol las mejillas, las que con hollín alcoholan los ojos. Porque sin duda les desagrada lo que Dios hace, y arguyen en sí mismas de faltar á la obra divina, reprenden al artífice que á todos nos hizo. Repréndenle, pues le enmiendan, pues le añaden. Que estas añadiduras tómanlas del contrario de Dios, esto es, del demonio. Porque quién otro será maestro de mudar la figura del cuerpo, sino el que trasformó en malicia la imagen del alma? El sin duda es el que compuso este artificio, para en nosotros poner en Dios las manos en cierta manera. Lo con que se nace obra de Dios es: luego lo que se finge y artiza, obra será del demonio. Pues qué maldad, á la obra de Dios sobreponer lo que ingenia el demonio? Nuestros criados no toman ni prestado de los que nos son enemigos: el buen soldado no desea mercedes del que á su capitán es contrario: que es aleve encargarse del enemigo de aquel á quien sirve. Y recibirá ayuda y favor de aquel malo el cristiano? si ya le llamo bien con tal nombre, si es ya de Cristo: porque es más de aquel cuyas enseñanzas aprende. Mas cuán ajena cosa es de la enseñanza cristiana, de lo que profesáis en la fe, cuán indigno del nombre de Cristo, traer cara postiza las que se os mandó, que en todo guardéis sencillez? Mentir con el rostro las que se os veda mentir con la lengua? Apetecer lo que no se os da, las que os debéis abstener de lo ajeno? Buscar el parecer bien, las que teneis la honestidad por oficio? Creedme, benditas, mal guardaréis lo que Dios os man-

da, pues no conserváis las figuras que os pone. Y aun hay quien con azafrán muda de su color los cabellos. Afréntanse de su nación: duélense por no haber nacido alemanas, ó inglesas: y ansí procuran desnaturalizarse en el cabello siquiera. Mal agüero se hacen colorando su cabeza de fuego. Persuádense, que les está bien lo que ensucian. Y cierto las cabezas mismas padecen daño con la fuerza de las lejías. Y cualquier agua, aunque sea pura, acostumbrada en la cabeza, destruye el cerebro y más el ardor del sol con que secan el cabello y le avivan. Qué hermosura puede haber en daño semejante, ó qué belleza en una suciedad tan enorme? Poner la cristiana en su cabeza azafrán, es como ponerlo al ídolo en el altar. Porque en todo lo que se ofrece á los espíritus malos, sacados los usos necesarios y saludables á que Dios lo ordenó, el usar de ello puede ser habido por cultura de ídolos. Mas dice el Señor (Matth. c. v, v. 36.): *Quién de vosotras puede mudar su cabello ó de negro en blanco, ó de blanco en negro?* Quién? Estas que desmienten á Dios. Veis, dicen, en lugar de hacerle negro blanco, le hacemos rubio, que es mudanza más fácil. De más de que también procuran de mudarle de blanco en negro, las que les pesa de haber llegado á ser viejas. Oh desatino! oh locura! que se tiene por vergonzosa la edad deseada, que no se esconde el deseo de hurtar de los años, que se desea la edad pecadora! Que se repara y se remienda la ocasión del mal hacer! Dios os libre á las que sois hijas de la sabiduría, de tan gran necedad. La vejez se descubre más, cuando más se procura encubrir. Esa debe de ser sin duda la eternidad que se nos promete, traer moza la cabeza? Esa la incorruptibilidad de que nos vestirémos en la casa de Dios? La que da la inocencia? Bien os dais priesa al Señor, bien os apresuráis por salir de este malvado siglo, las que tenéis por feo el estar vecinas á la salida. A lo ménos decidme, de qué os sirve esta pesadumbre de aderezar la cabeza? Por qué no se les permite que reposen á vuestro cabellos? Ya trenzados, ya sueltos, ya derramados, ya levantados en alto. Unas gustan de recogerlos en trenzas, otras los dejan andar sin órden, y que vuelen lijeros con sencillez nada buena. Otras demás de esto les añadís, y apegais no sé qué monstruosas demasías de cabellos postizos, formados á veces como chapeo, ó como

vaina de la cabeza, ó como cobertera de vuestra mollera, á veces echados á las espaldas, ó sobre la cerviz empinados. Maravilla es, cuanto procurais estrellaros con Dios, contradecir sus sentencias. Sentenciado está (Matt. c. VI, v. 27.), *que ninguno puede acrecentar su estatura.* Vosotras si no á la estatura, á lo menos añadís al peso, poniendo también sobre vuestras caras y cuellos, no sé qué costras de saliva y de masa. Si no os avergonzáis de una cosa tan desmedida, avergonzaos siquiera de una cosa tan sucia. No pongáis como iguales sobre vuestra cabeza santa y cristiana, los despojos de otra cabeza por ventura sucia, por ventura criminosa y ordenada al infierno. Antes alanzad de vuestra cabeza libre, esa como postura servil. En balde os trabajáis por parecer bien tocadas: en balde os servís en el cabello de los maestros que mejor lo aderezan, que el Señor manda (I. ad Cor. c. XI, v. 6.), que le cubráis. Y creo que lo mandó, porque algunas de vuestras cabezas jamás fuesen vistas. Plega á Él, que yo el más miserable de todos, en aquel público y alegre día del regocijo cristiano, alce la cabeza siquiera puesto á vuestros piés: que entonces veré si resucitáis con albayalde, con colorado con azafrán, con esos rodetes de cabeza. Y veré si á la que saliere ansí pintada, la subirán los ángeles en las nubes al recibimiento de Cristo. Si son estas cosas buenas, si son de Dios, también entonces se vendrán á los cuerpos y resucitarán, y cada una conocerá su lugar. Pero no resucitarán más de la carne y el espíritu puros. Luego las cosas que ni resucitarán con el espíritu ni con la carne, porque no son de Dios, condenadas son. Absteneos pues de lo que es condenado. Tales os vea Dios agora, cuales os ha de ver entonces. Mas diréis, que yo como varón, y como de linaje contrario vedo lo lícito á las mujeres. Como si permitiese yo algo de esto á los hombres. Por ventura el temor de Dios y el respeto de la gravedad que se debe, no quita muchas cosas á los varones también? Porque sin ninguna duda ansí á los varones por causa de las mujeres, como á las mujeres por contemplación de los hombres, les nace de su naturaleza viciosa el deseo de bien parecer. Que también nuestro linaje sabe hacer sus embustes, sabe atusarse la barba, entresacarla, ordenar el cabello, componerle, y dar color á las canas: quitar luégo que comienza á

nacer el vello del cuerpo, pintarles en partes con afeites afeminados, y en partes alisarle con polvos de cierta manera: sabe consultar el espejo en cualquiera ocasión, mirarse en él co cuidado. Mas la verdad es, que el conocimiento que ya profesamos de Dios, y el despojo del desear aplacer, y la pausa que prometemos de los excesos viciosos, huye de estas cosas todas, que en sí no son de fruto, y á la honestidad hacen notable daño. Porque adonde Dios está, allí está la limpieza, y con ella la gravedad ayudadora y compañera suya. Pues ¿cómo serémos honestos si no curamos de lo que sirve á la honestidad como propio instrumento, que es el ser graves? O cómo conservaremos la gravedad maestra de lo honesto y de lo casto si no guardamos lo severo, ansí en la cara como en el aderezo, como en todo lo que en nuestros ojos se ve? Por lo cual también en los vestidos poned tasa con diligencia, y desechad de vosotras y de ellos las galas demasiadas. Porque qué sirve traer el rostro honesto y aderezado con la sencillez que pide nuestra profesión y doctrina, y lo demás del cuerpo rodeado de esas burlerías de ropas agironadas, y pomposas, y regaladas? Que fácil es de ver, cuán junta anda esa pompa con la lascivia, y cuan apartada de las reglas honestas, pues ofrece al apetito de todos la gracia del rostro ayudada con el buen atavío. Tanto que si esto falta no agrada aquello, y queda como descompuesto y perdido. Y al revés cuando la belleza del rostro falta, el lucido traje cuasi suple por ella. Aun á las edades quietas ya, y metidas en el puerto de la templanza, las galas de los vestidos lucidos y ricos las sacan de sus casillas, é inquietan con ruines deseos su madurez grave y severa, pesando más el sainete del traje, que la frialdad de los años. Por tanto, benditas, lo primero, no deis entradas en vosotras á las galas y riquezas de los vestidos, como á rufianes, que sin duda son, y alcahuetes. Lo otro, cuando alguna usare de semejantes arreos, forzándola á ello, ó su linaje, ó sus riquezas, ó la dignidad de su estado; use de ellos con moderación cuanto le fuere posible, como quien profesa castidad y virtud, y no dé riendas á la licencia, con color que le es fuerza. Porque ¿cómo podrémos cumplir con la humildad que profesamos los que somos cristianos, si no cobijáis como con tierra el uso de vuestras riquezas y galas, que sirve á la vana-

gloria? Porque la vanagloria anda con la hacienda. Mas diréis: No tengo de usar de mis cosas? Quién os lo veda que uséis? Pero usad conforme al Apóstol que nos enseña (I. ad Cor. c. VII, vv. 29, 30, 31.), que usemos de este mundo, como si no usásemos de él. Porque, como dice, *todo lo que en él se parece, vuela. Los que compraren*, dice, *compren como si no poseyesen.* Y esto por qué? Porque había dicho primero: *El tiempo se acaba.* Y si el Apóstol muestra que aun las mujeres han de ser tenidas, como si no se tuviesen, por razón de la brevedad de la vida; qué será de estas sus vanas alhajas? Por ventura muchos no lo hacen ansí, que se ponen en vida casta por el reino del cielo, privándose de su voluntad del deleite permitido y tan poderoso? No se ponen entredicho algunos de las cosas que Dios cria, y se contienen del beber vino, y se destierran del comer carne, aunque pudieran gozar de ello sin peligro, ni solicitud, pero hacen sacrificio á Dios de la afición de sí mismos, en la abstinencia de los manjares? Harto habéis gozado ya de vuestras riquezas y regalos: harto del fruto de vuestros dotes. Habéis por caso olvidado lo que os enseña la voz de salud (I. ad Cor. c. x, v. 11.)? Nosotros somos *aquellos en quien vienen á concluirse los siglos.* Nosotros, á los que siendo ordenados de Dios antes del mundo, para sacar provecho y para dar valor á los tiempos, nos enseña el mismo que castiguemos, ó como si dijésemos, que castremos el siglo. Nosotros somos la circuncisión general de la carne y del espíritu, porque cercenamos todo lo seglar del alma y del cuerpo. Dios sin duda nos debió de enseñar cómo se cocerían las lanas, ó en el zumo de las yerbas, ó en la sangre de las ostras. Olvidósele, cuando lo crió todo, mandar que naciesen ovejas de color de grana ó moradas. Dios debió de inventar los telares, do se tejen y labran las telas, para que labrasen y tejiesen telas delicadas, y ligeras, y pesadas en solo el precio. Dios debió de sacar á luz tantas formas de oro, para luz y ornamento de las piedras preciosas. Dios enseñaría horadar las orejas con malas heridas, sin tener respeto al tormento de su criatura, ni al dolor de la niñez que entonces se comienza á doler, para que de aquellos agujeros del cuerpo, soldadas ya las heridas, cuelguen no sé qué malos granos. Los cuales los Partos se engieren por todo el cuerpo en lugar

de hermosura. Y aun hay gentes, que al mismo oro de que hacéis honra y gala vosotras, le hacen servir de prisiones, como en los libros de los gentiles se escribe. De manera que estas cosas por ser raras son buenas, y no por sí. La verdad es, que los ángeles malos fueron los que las enseñaron, ellos descubrieron la materia, y los mismos demostraron el arte. Juntóse con el ser raro la delicadeza del artificio, y de allí nació el precio, y del precio la mala codicia que de ello las mujeres tienen, las cuales se pierden por lo precioso y costoso. Y porque estos mismos ángeles, que descubrieron los metales ricos, digo la plata y el oro, y que enseñaron cómo se debían labrar, fueron también maestros de las tinturas, con que los rostros se embellecen y se coloran las lanas, por eso fueron condenados de Dios, como en Enoch se refiere. Pues en qué manera agradarémos á Dios si nos preciamos de las cosas de aquellos, que despertaron contra sí la ira y el castigo de Dios? Mas háyalo Dios enseñado, háyalo permitido, nunca Isaías (Isai. c. III.) haya dicho mal de las púrpuras, de los joyeles, nunca haya embotado las ricas puntas de oro; pero no por eso haciendo lisonja á nuestro gusto, como los gentiles lo hacen, debemos tener á Dios por maestro y por inventor de estas cosas, y no por juez y pesquisador del uso de ellas. Cuánto mejor, y con más aviso andarémos si presumiéremos que Dios lo proveyó todo, y lo puso en la vida para que hubiese en ella alguna prueba de la templanza de los que le siguen! De manera que en medio de la licencia del uso, se viese por experiencia el templado. Por ventura los señores que bien gobiernan sus casas, no dejan de industria alguna cosa á sus criados, y se las permiten para experimentar en qué manera usan de ellas, si moderadamente, si bien? Pues qué loado es allí el que se abstiene de todo, el que se recela de la condescendencia del amo? Ansí pues, como dice el Apóstol (I. ad Cor. c. x, v. 25.): *Todo es lícito, pero no edifica todo.* El que se recelare en lo lícito, cuánto mejor temerá lo vedado? Decidme, qué causa tenéis para mostraros tan enjaezadas, pues estáis apartadas de lo que á las otras las necesita? Porque ni vais á los templos de los ídolos, ni salís á los juegos públicos, ni tenéis que ver con los días de fiesta gentiles: que siempre por causa de estos ayuntamientos, y por razón de ver y de ser vistas,

se sacan á plaza las galas: ó para que negocie lo deshonesto, ó para que se engría lo altivo, ó para hacer el negocio de la deshonestidad, ó para fomentar la soberbia. Ninguna causa tenéis para salir de casa, que no sea grave y severa, que no pida estrechez y encogimiento. Porque, ó es visita de algún fiel enfermo, ó es ver la misa, ó el oir la palabra de Dios. Cada cosa de estas es negocio santo y grave, y negocio para que no es menester vestido y aderezo, ni extraordinario, ni pulido, ni disoluto. Y si la necesidad de la amistad, ó de las buenas obras, os llama á que veais las infieles: pregunto ¿por qué no iréis aderezadas de lo que son vuestras armas por eso mismo, porque vais á las que son ajenas de vuestra fe, para que haya diferencia entre las siervas del demonio y de Dios? Para que les sea como ejemplo, y se edifiquen de veros? Para que, como dice el Apóstol (I. ad Cor. c. VI, v. 20.), *sea Dios ensalzado en vuestro cuerpo?* y es ensalzado con la honestidad y con el hábito que á la honestidad le conviene. Pero dicen algunas: Antes porque no blasfemen de su nombre en nosotras, si ven que quitamos algo de lo antiguo que usábamos. Luego ni quitemos de nosotros los vicios pasados. Seamos de unas mismas costumbres, pues queremos ser de un mismo traje: y entonces ¿con verdad no blasfemarán de Dios los gentiles? Gran blasfemia es por cierto que se diga de alguna que anda pobre, después que es cristiana! Temerá nadie de parecer pobre, después que es más rica, ó de parecer sin aseo, después que es más limpia? Pregunto, á los cristianos cómo les convienen que anden, conforme al gusto de los gentiles, ó conforme al de Dios? Lo que habemos de procurar es, no dar causa á que con razón nos blasfemen. Cuanto será más digno de blasfemia, si las que sois llamadas sacerdotes de honestidad, salís vestidas y pintadas como las deshonestas se visten y afeitan! O qué más hacen aquellas miserables, que se sacrifican al público deleite y al vicio, á las cuales si antiguamente las leyes las apartaron de las matronas, y de los trajes que las matronas usaban, ya la maldad de este siglo, que siempre crece, las ha igualado en esto con las honestas mujeres, de manera que no se pueden reconocer sin error. Verdad es, que las que se afeitan como ellas, poco se diferencian de ellas. Verdad es, que los afeites de la cara, las Escrituras

nos dicen, que andan siempre con el cuerpo burdel, como debidos á él, y como sus allegados. Que aquella poderosa ciudad, de quien se dice (Apoc. c. XVII.), que preside sobre siete montes, y quien mereció que la llamase ramera Dios, con qué traje, veamos, corresponde á su nombre? En carmesí se asienta sin duda, y en púrpura, y en oro, y en piedras preciosas, que son cosas malditas, y sin que pintada ser no pudo, la que es ramera maldita. La Thamar porque se engalanó y se pintó (Gen. c. XXXVIII.), por eso á la sospecha de Judas fué tenida por mujer que vendía su cuerpo. Y como la encubría el rebozo, y como el aderezo daba á entender ser ramera, hizo que la tuviesen por tal. Quísola, y recuestóla, y puso su concierto con ella: de adonde aprendemos, que conviene en todas maneras cortar el camino, aun á lo que hace mala sospecha de nosotros. Que ¿por qué la entereza del ánima casta ha de querer ser manchada con la sospecha ajena? Por qué se esperará de vos, lo que huis como la muerte? Por qué mi traje no publicará mis costumbres? Para que por lo que el traje dice, no ponga llaga la torpeza en el alma, y para que pueda ser tenida por honesta, la que desama el ser deshonesta. Mas dirá por caso alguna: No tengo necesidad de satisfacer á los hombres, ni busco el ser aprobada de ellos, Dios es el que ve el corazón. Todos sabemos eso: mas también nos acordamos de lo que Él mismo por su Apóstol escribe (I. ad Philip. c. IV, v. 5.): *Vean los hombres que vivís bien.* Y para qué? sino para que la mala sospecha no os toque, y para que seais buen ejemplo á los malos, y ellos os den testimonio. O qué es, si esto no es (Matth., c. V.): *Resplandezcan vuestras buenas obras?* O para qué nos llama el Señor *luz de la tierra?* Para qué nos compara á *ciudad puesta en el monte*, si nos sumimos, y lucir no queremos en las tinieblas? Si escondiéredes debajo del celemín la candela de vuestra virtud, forzoso será quedaros á oscuras, y de fuerza estropezarán en vosotras diversas gentes. Las obras de buen ejemplo, esas son las que nos hacen lumbreras del mundo: que el bien entero y cabal no apetece lo oscuro, antes se goza en ser visto, y en ser demostrado se alegra. A la castidad cristiana no le basta ser casta, sino parecer también que lo es. Porque ha de ser tan cumplida, que del anima mane al vestido, y del secreto de la con-

ciencia salga á la sobrehaz, para que se vean sus alhajas de fuera, y sean cual convienen ser para conservar perpetuamente la fe. Porque conviene mucho, que desechemos los regalos muelles, porque su blandura y demasía excesiva afeminan la fortaleza de la fe, y la enflaquecen. Que cierto no sé yo, si la mano acostumbrada á vestirse del guante, sufrirá pasmarse con la dureza de la cadena. Ni se si la pierna hecha al calzado bordado, consentirá que el cepo la estreche. Temo mucho, que el cuello embarazado con los lazos de las esmeraldas y perlas, no dé lugar á la espada. Por lo cual, benditas, ensayémonos en lo más áspero y no sentirémos. Dejemos lo apacible y alegre, y luégo nos dejara su deseo. Estemos aprestadas para cualquier suceso duro, sin tener cosa que temamos perder. Que estas cosas ligaduras son, que detienen nuestra esperanza. Desechemos las galas del suelo si deseamos las celestiales. No améis el oro, que fué matèria del primer pecado del pueblo de Dios. Obligadas estáis á aborrecer lo que fué perdición de aquella gente, lo que apartándose de Dios adoró. Y aun ya desde entonces el oro es yesca del fuego. Las sienes y frentes de los cristianos en todo tiempo, y en este principalmente; no el oro, sino el hierro la traspasa y enclava: las estolas del martirio nos están prestas, y á punto. Los ángeles las tienen en las manos para vestírnoslas. Salid, salid aderezadas con los afeites y con los trajes vistosos de los Apóstoles. Ponéos el blanco de la sencillez, el colorado de la honestidad, alcoholad con la vergüenza los ojos, y con el espíritu modesto y callado. En las orejas poned como arracadas las palabras de Dios. Anudad á vuestros cuellos el yugo de Cristo. Sujetad á vuestros maridos vuestras cabezas, y quedaréis ansí bien hermosas. Ocupad vuestras manos con la lana, enclavad en vuestra casa los piés, y agradarán más ansí, que si los cercásedes de oro. Vestid seda de bondad, holanda de santidad, púrpura de castidad y pureza, que afeitadas de esta manera, será vuestro enamorado el Señor.» — Esto es de Tertuliano.

Mas no son necesarios los arroyos, pues tenemos la voz del Espíritu santo, que por la boca de sus Apóstoles San Pedro y San Pablo condena este mal clara y abiertamente. Dice San Pedro (I. Pet., c. III, vv. 3, 4, 5). «Las mujeres estén su-

jetas á sus maridos, las cuales ni traigan por defuera descubiertos los cabellos, ni se cerquen de oro, ni se adornen con aderezo de vestiduras precioso; sino su aderezo sea en el hombre interior, que está en el corazón escondido, la entereza, y el espíritu quieto y modesto, el cual es de precio en los ojos de Dios: que de esta manera en otro tiempo se aderezaban aquellas santas mujeres.» Y San Pablo escribe semejantemente (I. ad Timoth., c. II, v. 9): «Las mujeres se vistan decentemente, y su aderezo sea modesto y templado, sin cabellos encrespados, y sin oro, y perlas, y sin vestiduras preciosas, sino cual conviene á las mujeres que han profesado virtud y buenas obras.» Este pues sea su verdadero aderezo, y para lo que toca á la cara hagan, como hacía alguna señora de este reino. Tiendan las manos, y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirviente les echare, y llévenla al rostro, y tomen parte de ella en la boca, y laven las encías, y tornen los dedos por los ojos, y llévenlos por los oidos, y detrás de los oidos también, y hasta que todo el rostro quede limpio no cesen; y después dejando el agua, límpiense con un paño áspero, y queden ansí más hermosas que el sol. Añade:

§. XIII.

La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz, suerte y bendición de su marido.

Señalado en las puertas su marido, cuando se asentare con los gobernadores del pueblo.

En las puertas de la ciudad eran antiguamente las plazas, y en las plazas estaban los tribunales y asientos de los jueces, y de los que se juntaban para consultar sobre el buen gobierno y regimiento del pueblo. Pues dice, que en las plazas y lugares públicos, y á donde quiera que se hiciese junta de hombres principales, el hombre, cuya mujer fuere cual es la que aquí se dice, será por ella conocido, y señalado, y preciado entre todos. Y dice esto Salomón, ó en Salomón el Espíritu santo, no sólo para mostrar cuánto vale la virtud de la

buena, pues da honra á sí, y ennoblece á su marido; sino para enseñarle en esta virtud de la perfecta casada, de que vamos hablando, que es lo sumo de ella, y la raya hasta donde ha de llegar, que es el ser corona, y luz, y bendición, y alteza de su marido. Pues es ansí, que todos conocen, y acatan, y reverencian, y tienen por dichoso y bienaventurado al que le ha cabido esta buena suerte. Lo uno, por haberle cabido: porque no hay joya, ni posesión tan preciosa, ni envidiada como la buena mujer. Y lo otro, por haber merecido que le cupiese: porque ansí como este bien es precioso, y raro, y don propiamente dado de Dios; ansí no le alcanzan de Dios, sino los que temiéndole, y sirviéndole, se lo merecen, con señalada virtud. Ansí lo testifica el mismo Dios en el Eclesiástico (Eccli., c. XXVI, v. 3). *Suerte buena es la mujer buena, y es parte de buen premio de los que sirven á Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras.* De arte que el que tiene buena mujer, es estimado por dichoso en tenerla, y por virtuoso en haberla merecido tener. De donde se entiende, que el carecer de este bien, en muchos es por su culpa de ellos. Porque á la verdad, el hombre vicioso y distraido, y de aviesa y revesada condición, que juega su hacienda, y es un león en su casa, y sigue á rienda suelta la deshonestidad, no espere, ni quiera tener buena mujer: porque ni la merece, ni Dios la quiere á ella tan mal, que la quiera juntar á compañía tan mala: y porque él mismo con su mal ejemplo, y vida desvariada la extraga y corrompe. Pero torna Salomón á lo casero de la mujer, y dice:

§. XIV.

La industria y cuidado de la buena casada han de llegar, no sólo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra.

Lienzo tejió, y vendiólo, franjas dió al cananeo.

Cananeo llama al mercader, y al que decimos casero, porque los de aquella nación ordinariamente trataban de esto, como si dijésemos agora, al portugués. Y va siempre añadiendo una virtud á otra virtud, y lleva poco á poco á la mayor perfección esta pintura que hace, y quiere que la indus-

tria y cuidado de la buena casada llegue, no sólo á lo que basta en su casa, sino aún á lo que sobra: y que las sobras las venda, y las convierta en riqueza suya, y en arreo y provisión ajena. Y baste lo que ya acerca de esto arriba tenemos dicho.

§. XV.

De la templanza y medio que ha de observar la perfecta mujer en su condición y trato.

Fortaleza, y buena gracia su vestido, reirá hasta el dia postrero.

Aunque esta buena casada ha de ser para mucho, que es lo que aquí Salomón llama fortaleza, no por eso tiene licencia para ser desabrida en la condición, y en su manera, y trato desagraciada; sino como el vestido ciñe y rodea todo el cuerpo, ansí ella toda, y por todas partes ha de andar cercada, y como vestida de un valor agraciado, y de una gracia valerosa. Quiero decir, que ni la diligencia, ni la vela, ni la asistencia á las cosas de su casa la ha de hacer áspera y terrible: ni menos la buena gracia, y la apacible habla y semblante ha de ser muelle, ni desatado. Sino que templando con lo uno lo otro, conserve el medio en ambas á dos cosas, y haga de entrambas una agradable y excelente mezcla. Y no ha de conservar por un dia, ó por un breve espacio aqueste tenor, sino por toda la vida, hasta el dia postrero de ella. Lo cual es propio de todas las cosas, que ó son virtud, ó tienen raíces en la virtud, ser perseverantes, y casi perpetuas, y en esto se diferencian de las no tales: que estas como nacen de antojo, duran por antojo; pero aquellas, como se fundan en firme razón, permanecen por luengos tiempos. Y los que han visto alguna mujer de las que se allegan á esta que aquí se dice, podrán haber experimentado lo uno y lo otro. Lo uno, que á todo tiempo, y á toda sazón se halla en ella dulce y agradable acogida: lo otro, que esta gracia y dulzura suya no es gracia que desata el corazón del que la ve, ni le enmollece, antes le pone concierto, y le es como una ley de virtud, y ansí le de-

leita y aficiona, que juntamente le limpia y purifica: y borrando de él las tristezas, lava las torpezas también: y es gracia, que aun la engendra en los miradores. Y la fuerza de ella, y aquello en que propiamente consiste, lo declara más enteramente lo que se sigue:

§. XVI.

Cuánto importa que las mujeres no hablen mucho y que sean apacibles y de condición suave.

Su boca abrió en sabiduría, y ley de piedad en su lengua.

Dos cosas hacen y componen este bien, de que vamos hablando, razón discreta, y habla dulce. Lo primero llama sabiduría, y piedad lo segundo, ó por mejor decir, blandura. Pues entre todas las virtudes sobredichas, ó para decir verdad, sobre todas ellas, la buena mujer se ha de esmerar en ésta, que es ser sabia en su razón, y apacible, y dulce en su hablar. Y podemos decir, que con esto lucirá, y tendrá como vida todo lo demás de virtud, que se pone en esta mujer, y que sin ello quedará todo lo otro como muerto y perdido. Porque una mujer necia y parlera, como lo son de contínuo las necias, por más bienes otros que tenga, es intolerable negocio. Y ni más ni menos la que es brava, y de dura y áspera conversación, ni se puede ver, ni sufrir. Y ansí podemos decir, que todo lo sobredicho hace como el cuerpo de esta virtud de la casada que dibujamos; mas esto de agora es como el alma, y es la perfección, y el remate, y la flor de todo este bien. Y cuanto toca á lo primero, que es cordura, y discreción, y sabiduría, como aquí se dice, la que de suyo no la tuviere, ó no se la hubiere dado el don de Dios, con dificultad le persuadirémos á que le falta, y á que le busque. Porque lo más propio de la necedad es no conocerse y tenerse por sabia. Y ya que la persuadamos, será mayor dificultad ponerla en el buen saber, porque es cosa que se aprende mal cuando no se aprende en la leche. Y el mejor consejo que le podemos dar á las tales, es rogarles que callen, y que ya que son poco sabias, se esfuercen á ser mucho calladas. Que como dice el Sabio (Prov., c. XXVII,

v. 28): *Si calla el necio, á las veces será tenido por sabio y cuerdo.* Y podrá ser ansí, que callando y oyendo, y pensando primero consigo lo que hubieren de hablar, acierten á hablar lo que merezca ser oido. Ansí que de este mal ésta es la medicina más cierta, aunque ni es bastante medicina, ni fácil. Mas como quiera que sea, es justo que se precien de callar todas, ansí aquellas á quien les conviene encubrir su poco saber, como aquellas que pueden sin vergüenza descubrir lo que saben: porque en todas es no sólo condición agradable, sino virtud debida, el silencio, y el hablar poco. Y el abrir su boca en sabiduría, que el Sabio aquí dice, es no la abrir, sino cuando la necesidad lo pide, que es lo mismo que abrirla templadamente, y pocas veces, porque son pocas las que lo pide la necesidad. Porque ansí como la naturaleza, como dijimos, y dirémos, hizo á las mujeres para que encerradas guardasen la casa; ansí las obligó á que cerrasen la boca. Y como las desobligó de los negocios y contrataciones de fuera, ansí las libertó de lo que se consigue á la contratación, que son las muchas pláticas y palabras. Porque el hablar nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes, ó señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo. Por donde ansí como á la mujer buena y honesta, la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias, ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico; ansí les limitó el entender, y por consiguiente les tasó las palabras y las razones. Y ansí como es esto lo que su natural de la mujer, y su oficio le pide, ansí por la misma causa es una de las cosas que más bien le está, y que mejor le parece. Y ansí solía decir Demócrito (1), que el aderezo de la mujer y su hermosura era el hablar escaso y limitado. Porque como en el rostro la hermosura de él consiste en que se respondan entre sí las facciones; ansí la hermosura de la vida, no es otra cosa, sino el obrar cada uno conforme á lo que su naturaleza y oficio le pide. El estado de la mujer en comparación del marido es estado humilde: y es como dote natural de las mujeres la mesura, y vergüenza: y ninguna cosa hay que se compadezca menos, ó que desdiga más de lo humilde, y vergonzoso, que

(1) Apud Stobæum, serm. LXIX.

lo hablador y lo parlero. Cuenta Plutarco (1), que Phidias, escultor noble, hizo á los elienses una imagen de Venus, que afirmaba los piés sobre una tortuga, que es animal mudo, y que nunca desampara su concha. Dando á entender, que las mujeres por la misma manera han de guardar siempre la casa y el silencio. Porque verdaderamente el saber callar es su sabiduría propia, y aquella de quien habla aquí Salomón; aunque para aprendida, es muy dificultosa á aquellas que de su cosecha no la tienen, como decíamos. Y esto cuanto á lo primero. Mas lo segundo, qne toca á la aspereza y desgracia de la condición, que por la mayor parte nace más de voluntad viciosa, que de naturaleza errada, es enfermedad más curable. Y deben advertir mucho en ello las buenas mujeres. Porque si bien se mira, no sé yo si hay cosa más monstruosa y que más disuene de lo que es, que ser una mujer áspera y brava. La aspereza hízose para el linaje de los leones, ó de los tigres; y aun los varones por su compostura natural, y por el peso de los negocios, en que de ordinario se ocupan, tienen licencia para ser algo ásperos. Y el sobrecejo, y el ceño, y la esquivez en ellos está bien á las veces; mas la mujer si es leona, ¿qué le queda de mujer? Mire su hechura toda, y verá que nació para piedad. Y como á las onzas las uñas agudas, y los dientes largos, y la boca fiera, y los ojos sangrientos, las convidan á crueza; ansí á ella la figura apacible de toda su disposición la obliga á que no sea el ánimo menos mesurado, que el cuerpo parece blando. Y no piensen que las crió Dios y las dió al hombre sólo para que le guarden la casa, sino también para que le consuelen y alegren. Para que en ella el marido cansado y enojado halle descanso, y los hijos amor, y la familia piedad, y todos generalmente acogimiento agradable. Bien las llama el hebreo á las mujeres, *la gracia de casa*. Y llámalas ansí en su lengua con una palabra, que en castellano, ni con decir gracia, ni con otras muchas palabras de buena significación, apenas comprendemos todo lo que en aquella se dice. Porque dice aseo, y dice hermosura, y dice donaire, y dice luz, y deleite, y concierto y contento, el vocablo con que el hebreo las llama. Por donde enten-

(1) Lib. de Præceptis conjugalibus.

demos, que de la buena mujer es tener estas cualidades todas: y entendemos también, que la que no va por aquí, no debe ser llamada ni la gracia, ni la luz, ni el placer de su casa; sino el trasto de ella, y el estropiezo, ó por darles su nombre verdadero, el trasgo, y la estantigua, que á todos los turba y asombra. Y sucede ansí, que como á las casas, que son por esta causa asombradas, después de haberlas conjurado, al fin los que las viven las dejan; ansí la habitación donde reinan en figura de mujer estas fieras, el marido teme entrar en ella, y la familia desea salir de ella, y todos la aborrecen, y lo más presto que pueden, la santiguan, y huyen. Qué dice el Sabio (Eccli., c. XXVI, v. 9)? *El azote de la lengua de la mujer brava por todos se extiende; enojo fiero la mujer airada, y borracha, es su afrenta perpetua.* Conocí yo una mujer, que cuando comía reñía, y cuando venía la noche reñía también, y el sol cuando nacía la hallaba riñendo, y esto hacía el dia santo, y el dia no santo, y la semana, y el mes, y por todo el año, no era otro su oficio sino reñir. Siempre se oia el grito, y la voz áspera, y la palabra afrentosa, y el deshonrar sin freno; y ya sonaba el azote, y ya volaba el chapín, y nunca la oí, que no me acordase de aquello que dice el poeta (1),

Tesiphone ceñida de crueza,
la entrada sin dormir de noche y dia
ocupa: suena el grito, la braveza,
el lloro, el crudo azote, la porfía.

Y ansí era su casa una imágen del infierno en esto, con ser en lo demás un paraiso: porque las personas de ella eran no para mover á braveza, sino para dar contento y descanso á quien lo mirara bien. Por donde cargando yo el juicio algunas veces en ello, me resolví en que de todo aquel vocear y reñir, no se podía dar causa alguna que colorada fuese, sino era, querer digerir con aquel ejercicio las cenas, en las cuales de ordinario esta señora excedía. Y es ansí que en estas bravas, si se apuran bien todas las causas de esta su desenfrenada y contínua cólera, todas ellas son razones de disparate. La una, porque le parece, que cuando riñe es señora. La otra,

(1) Ovid., lib. IV. Metamorph.

porque la desgració el marido, y halo de pagar la hija, ó la esclava. La otra, porque su espejo no le mintió, ni la mostró hoy tan linda como ayer, de cuanto ve levanta alboroto. A la una embravece el vino, á la otra su no cumplido deseo, y á la otra su mala ventura. Pero pasemos más adelante. Dice:

§. XVII.

No han de ser las buenas mujeres callejeras, visitadoras y vagabundas, sino que han de amar mucho el retiro, y se han de acostumbrar á estarse en casa.

Rodeó todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde.

Quiere decir, que en levantándose la mujer, ha de proveer las cosas de su casa, y poner en ellas orden, y que no ha de hacer lo que muchas de las de agora hacen: que unas en poniendo los piés en el suelo, ó antes que los pongan, estando en la cama, negocian luégo con el almuerzo, como si hubiesen pasado cavando la noche. Otras se asientan con su espejo á la obra de su pintura, y se están en ella enclavadas tres ó cuatro horas, y es pasado el medio dia, y viene á comer el marido, y no hay cosa puesta en concierto. Y habla Salomón de esta diligencia aquí, no porque antes de agora no hubiese hablado de ella, sino por dejarla con el repetir más firme en la memoria, como cosa importante, y como quien conocía de las mujeres, cuán mal se hacen al cuidado, y cuán inclinadas son al regalo. Y dícelo también, porque diciéndole á la mujer, que rodee su casa, le quiere enseñar el espacio por donde ha de menear los piés la mujer, y los lugares por donde ha de andar, y como si dijésemos, el campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles, ni las plazas, ni las huertas, ni las casas ajenas. *Rodeó*, dice, *los rincones de su casa.* Para que se entienda, que su andar ha de ser en su casa, y que ha de estar presente siempre en todos los rincones de ella; y que porque ha de estar siempre allí presente, por eso no ha de andar fuera nunca; y que porque sus piés son para rodear sus rincones, entienda, que no los tiene para

rodear los campos, y las calles. ¿No dijimos arriba, que el fin para que ordenó Dios la mujer, y se la dió por compañía al marido, fué para que le guardase la casa; y para lo que él ganase en los oficios, y contrataciones de fuera, traido á casa lo tuviese en guarda la mujer, y fuese como su llave? Pues si es por natural oficio guarda de casa, ¿cómo se permite, que sea callejera, y visitadora y vagabunda? ¿Qué dice San Pablo á su discípulo Tito (Epist. ad Titum, c. II, vv. 4 y 5.), que enseñe á las mujeres casadas? Que sean prudentes, dice, y que sean honestas, y que amen á sus maridos, y que tengan cuidado de sus casas. Adonde lo que decimos, que tengan cuidado de sus casas, el original dice así, y *que sean guardas de sus casas.* ¿Por qué les dió á las mujeres Dios las fuerzas flacas, y los miembros muelles, sino porque las crió, no para ser postas, sino para estar en su rincón asentadas? Su natural propio pervierte la mujer callejera. Y como los peces en cuanto están dentro del agua, discurren por ella, y andan y vuelan ligeros, mas si acaso los sacan de allí, quedan sin se poder menear; ansí la buena mujer, cuanto para de sus puertas adentro ha de ser presta, y ligera, tanto para fuera de ellas, se ha de tener por coja, y torpe. Y pues no las dotó Dios, ni del ingenio que piden los negocios mayores, ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, mídanse con lo que son, y conténtense con lo que es de su suerte, y entiendan en su casa, y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola. Los chinos en naciendo les tuercen á las niñas los piés, porque cuando sean mujeres, no los tengan para salir fuera; y porque para andar en su casa, aquellos torcidos les bastan. Como son los hombres para lo público, ansí las mujeres para el encerramiento: y como es de los hombres el hablar, y el salir á luz, ansí de ellas el encerrarse y encubrirse. Aun en la Iglesia, á donde la necesidad de la religión las lleva, y el servicio de Dios, quiere San Pablo (I. ad Corinth. capit. XI.), que estén ansí cubiertas, que apenas los hombres las vean; ¿y consentirá, que por su antojo vuelen por las plazas y calles, haciendo alarde de sí? ¿Qué ha de hacer fuera de su casa, la que no tiene partes ningunas de las que piden las cosas que fuera de ella se tratan? Forzoso es, que como la experiencia lo enseña, pues no tie-

nen saber para los negocios de sustancía, traten saliendo de poquedades y menudencias: y forzoso es, que pues no son para las cosas de seso y de peso, se ocupen en lo que es perdido y liviano: y forzoso es, que pues no es de su oficio ni natural, hacer lo que pide valor, hagan el oficio contrario. Y ansí es que las que en sus casas cerradas y ocupadas las mejorarán, andando fuera de ellas las destruyen. Y las que con andar por sus rincones ganarán las voluntades, y edificarán las conciencias de sus maridos; visitando las calles, corrompen los corazones ajenos, y enmollecen las almas de los que las ven, las que por ser ellas muelles, se hicieron para la sombra, y para el secreto de sus paredes. Y si es de lo propio de la mujer, el vaguear por las calles, como Salomón en los Proverbios lo dice (Prov. cap. VII, v. 10.), bien se sigue, que ha de ser propiedad de la buena, el salir pocas veces en público. Dice bien uno acerca del poeta Menándro (1):

A la buena mujer le es propio y bueno
El de continuo estar en su morada,
Que el vaguear de fuera es de las viles.

Y no por esto piensen, que no serán conocidas, ó estimadas, si guardan su casa; porque al revés ninguna cosa hay, que ansí las haga preciar, como el asistir en ella á su oficio. Como de Theano la pitagórica (2), que siendo preguntada por otra, cómo vendría á ser señalada y nombrada, escriben que dijo: *Que hilando, y tejiendo, y teniendo cuenta con su rincón.* Porque siempre á las que ansí lo hacen, les sucede lo que luégo se sigue, esto es:

---

(1) Apud Stobæum, serm. LXXIV.
(2) Sophocles in Phrix.

§. XVIII.

De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido, y de la obligación que tiene la que es madre, de criar por sí á los hijos.

Levantáronse sus hijos, y loáronla, y alabóla también su marido.

Parecerá á alguno, que tener una mujer hijos, y maridos tales que la alaben, más es buena dicha de ella, que parte de su virtud. Y dirán, que no es esta alguna de las cosas, que ella ha de hacer para ser la que debe, sino de las que si lo fuere, le sucederán. Mas aunque es verdad que á las tales les sucede esto, pero no se ha de entender, que es suceso que les adviene por caso, sino bien que les viene, porque ellas lo hacen y lo obran. Porque al oficio de la buena mujer pertenece, y esto nos enseña Salomón aquí, hacer buen marido, y criar buenos hijos, y tales que no sólo con debidas, y agradecidas palabras le den loor, pero mucho más con buenos hechos y obras. Que es pedirle tanta bondad y virtud, cuanta es menester, no sólo para sí, sino también para sus hijos, y su marido. Por manera que sus buenas obras de ellos sean propios, y verdaderos loores de ella y sean como voces vivas, que en los oidos de todos canten su loor. Y cuanto á lo del marido, cierto es lo primero, que el Apóstol dice (I. ad Cor. cap. VII, v. 14.), que muchas veces la mujer cristiana y fiel, al marido que es infiel, le gana, y hace su semejante. Y ansí no han de pensar, que pedirles esta virtud, es pedirles lo que no pueden hacer, porque si alguno puede con el marido, es la mujer sola. Y si la caridad cristiana obliga al bien del extraño; ¿cómo puede pensar la mujer, que no está obligada á ganar, y á mejorar su marido? Cierto es, que son dos cosas, las que entre todas tienen para persuadir eficacia, el amistad y la razón. Pues veamos, ¿cuál de estas dos cosas falta en la mujer, que es tal cual decimos aquí; ó veamos si hay algún otro, que ni con muchas partes se iguale con ella en esto? El amor que hay entre dos, mujer y marido, es el más estrecho, como es notorio, porque le principia la naturaleza, y le acre-

cienta la gracia, y le enciende la costumbre, y le enlazan estrechísimamente otras muchas obligaciones. Pues la razón, y la palabra de la mujer discreta, es más eficaz que otra ninguna en los oidos del hombre. Porque su aviso es aviso dulce. Y como las medicinas cordiales, ansí su voz se lanza luégo, y se apega más con el corazón. Muchos hombres habría en Israel tan prudentes, y de tan discreta, y más discreta razón que la mujer de Tecua (II. Reg. cap. XIV.): y para persuadir á David y para inducirle á que tornase á su hijo Absalóm á su gracia, Joab su capitán general avisadamente se aprovechó del aviso de sola esta mujer, y sola esta quiso, que con su buena razón y dulce palabra ablandase y torciese á piedad el corazón del Rey justamente indignado: y sucedióle su intento. Porque, como digo, mejórase, y esfuérzase mucho cualquiera buena razón en la boca dulce de la sabia y buena mujer. ¿Que quién no gusta de agradar á quien ama? ¿O quién no se fía de quien es amado? ¿O quién no da crédito al amor, y á la razón, cuando se juntan? La razón no se engaña, y el amor no quiere engañar. Y ansí conforme á esto tiene la buena mujer tomados al marido todos los puertos: porque ni pensará que se engaña, la que tan discreta es, ni sospechará que le quiere engañar, la que como su mujer le ama. Y si los beneficios en la voluntad de quien los recibe, crian deseo de agradecimiento, y la aseguran para que sin recelo se fie de aquel, de quien los ha recibido, y ambas á dos cosas hacen poderosísimo el consejo, que da el beneficiador al beneficiado: ¿qué beneficio hay que iguale al que recibe el marido de la mujer, que vive como aquí se dice? De un hombre extraño si oimos que es virtuoso y sabio, nos fiamos de su parecer: ¿y dudará el marido de obedecer á la virtud y discreción, que cada dia ve y experimenta? Y porque decimos cada día, tienen aun más las mujeres, para alcanzar de sus maridos lo que quisieren, esta oportunidad y aparejo, que pueden tratar con ellos cada día, y cada hora, y á las horas de mejor coyuntura y sazón. Y muchas veces lo que la razón no puede, la importunidad lo vence, y señaladamente la de la mujer, que como dicen los experimentados, es sobre todas. Y verdaderamente es caso, no sé si diga vergonzoso, ó donoso, decir, que las buenas no son poderosas para concertar sus maridos; siendo las malas

valientes para inducirlos á cosas desatinadas, que los destruyen. La mujer por sí puede mucho, y la virtud y razón también á sus solas es muy valiente, y juntas entrambas cosas se ayudan entre sí, y se fortifican de tal manera, que lo ponen todo debajo de los piés. Y ellas saben, que digo verdad, y que es verdad, que se puede probar con ejemplo de muchas, que con su buen aviso y discreción han enmendado mil malos siniestros en sus maridos, y ganádoles el alma, y enmendádoles la condición, en unos brava, en otros distraida, en otros por diferentes maneras viciosa. De arte que las que se quejan agora de ellos, y de su desorden, quéjense de sí primero y de su negligencia, por la cual no los tienen cual deben. Mas si con el marido no pueden, con los hijos que son parte suya, y los traen en las manos desde su nacimiento, y les son en en la niñez como cera; ¿qué pueden decir, sino confesar que los vicios de ellos, y los desastres en que caen por sus vicios, por la mayor parte son culpas de sus padres? Y porque agora hablamos de las madres, entiendan las mujeres, que si no tienen buenos hijos, gran parte de ello es, porque no les son ellas enteramente sus madres. Porque no ha de pensar la casada, que el ser madre es engendrar y parir un hijo: que en lo primero siguió su deleite, y á lo segundo les forzó la necesidad natural. Y si nó hiciesen por ellos más, no sé en cuánta obligación los pondrían. Lo que se sigue después del parto, es el puro oficio de la madre, y lo que puede hacer bueno al hijo, y lo que de veras le obliga. Por lo cual téngase por dicho esta perfecta casada, no lo será, si no cria á sus hijos: y que la obligación que tiene por su oficio á hacerlos buenos, esa misma le pone necesidad á que los crie á sus pechos. Porque con la leche, no digo que se aprende, que eso fuera mejor, porque contra lo mal aprendido, es remedio el olvido; sino digo, que se bebe y convierte en sustancia, y como en naturaleza todo lo bueno y lo malo, que hay en ella, de quien se recibe. Porque el cuerpo ternecico de un niño, y que salió como comenzado del vientre, la teta le acaba de hacer y formar. Y según quedare bien formado el cuerpo, ansí le avendrá al alma después, cuyas costumbres ordinariamente nacen de sus inclinaciones de él. Y si los hijos salen á los padres de quien nacen, ¿cómo no saldrán á las amas

con quien pacen, si es verdadero el refrán español? ¿Por ventura no vemos, que cuando el niño está enfermo, purgamos al ama que le cria, y que con purificar, y sanar el mal humor de ella, le damos salud á él? Pues entendamos, que como es una la salud, ansí es uno el cuerpo: y si los humores son unos, ¿cómo no lo serán las inclinaciones, las cuales por andar siempre hermanadas con ellos, en castellano con razón las llamamos *humores?* De arte que si el alma es borracha, habemos de entender, que el desdichadito beberá con la leche el amor del vino: si colérica, si tonta, si deshonesta, si de víles pensamientos y ánimo, como de ordinario lo son, será el niño lo mismo. Pues si el no criar los hijos, es ponerlos á tan claro y manifiesto peligro, ¿cómo es posible que cumpla con lo que debe la casada que no los cria? esto es decir, la que en la mejor parte de su casa, y para cuyo fin se casó principalmente, pone tan mal recaudo? ¿Qué le vale ser en todo lo demás diligente, si en lo que es más es ansí descuidada? Si el hijo sale perdido, ¿qué vale la hacienda ganada? ¿O qué bién puede haber en la casa, donde los hijos, para quien es, no son buenos? Y si es parte de esta virtud conyugal, como habemos ya visto, la piedad generalmente con todos; las que son tan sin piedad, que entregan á un extraño el fruto de sus entrañas, y la imagen de virtud y de bien, que en él había comenzado la naturaleza á obrar, consienten que otro la borre; y permiten que imprima vicios, en lo que del vientre salía con principio de buenas inclinaciones; cierto es, que no son buenas casadas, ni aun casadas, si habemos de hablar con verdad. Porque de la casada es engendrar hijos legítimos, y los que se crian ansí, mirándolo bien, son llanamente bastardos. Y porque Vmd. vea que hablo con verdad, y no con encarecimiento, ha de entender, que la madre en el hijo que engendra, no pone sino una parte de su sangre, de la cual la virtud del varón figurándola hace carne y huesos. Pues el alma que cria, pone lo mismo, porque la leche es sangre, y en aquella sangre la misma virtud del padre, que vive en el hijo, hace la misma obra: sino que la diferencia es esta, que la madre puso este su caudal por nueve meses, y el ama por veinticuatro: y la madre, cuando el parto era un tronco sin sentido ninguno, y el ama cuando comienza ya á

sentir, y reconocer el bien que recibe: la madre influye en el cuerpo, el ama en el cuerpo y en el alma. Por manera que echando la cuenta bien, el ama es la madre, y la que le parió es peor que madrastra, pues enajena de sí á su hijo, y hace borde lo que había nacido legítimo, y es causa que sea mal nacido el que pudiera ser noble; y comete en cierta manera un género de adulterio, poco menos feo, y no menos dañoso que el ordinario. Porque en aquel vende al marido por hijo el que no es de él, y aquí el que no lo es de ella: y hace sucesor de su casa al hijo del ama, y de la moza, que las más veces es una, ó villana, ó esclava. Bien conforma con esto lo que se cuenta haber dicho un cierto mozo romano de la familia de los Gracos, que volviendo de la guerra vencedor, y rico de muchos despojos; y viniéndole al encuentro para recibirle alegres y regocijadas su madre, y su ama juntamente, él vuelto á ellas, y repartiendo con ellas de lo que traía, como á la madre diese un anillo de plata, y al ama un collar de oro; y como la madre indignada de esto se doliese de él, le respondió, que no tenía razón. Porque, dijo, vos no me tuvistes en el vientre más de por espacio de nueve meses, y esta me ha sustentado á sus pechos por espacio de dos años enteros. Lo que yo tengo de vos es sólo el cuerpo, y aun ese me distes por manera no muy honesta; mas la dádiva que de ésta tengo, diómela ella con pura y sencilla voluntad. Vos en naciendo yo, me apartastes de vos, y me alejastes de vuestros ojos; mas ésta ofreciéndose, me recibió desechado en sus brazos amorosamente, y me trató ansí, que por ella he llegado, y venido al punto, y estado en que agora estoy. Manda San Pablo (Ad Tit., cap. II, v. 4.) en la doctrina, que da á las casadas, que amen á sus hijos. Natural es á las madres amarlos, y no había para qué San Pablo encargase con particular precepto una cosa tan natural. De donde se entiende, que el decir que los amen, es decir, que los crien, y que el dar leche la madre á sus hijos, á eso San Pablo llama amarlos, y con gran propiedad: porque el no criarlos es venderlos, y hacerlos no hijos suyos, y como desheredarlos de su natural; que todas ellas son obras de fiero aborrecimiento, y tan fiero que vencen en ello aun á las fieras: ¿Porque qué animal tan crudo hay, que no crie lo que produce? ¿Que fie de otro la crian-

za de lo que pare? La braveza del león sufre con mansedumbre á sus cachorrillos, que importunamente le desjuguen las tetas. Y el tigre sediento de sangre da alegremente la suya á los suyos. Y si miramos á lo delicado, el flaco pajarillo por no dejar sus huevos, olvida el comer, y se enflaquece, y cuando los ha sacado, rodea todo el aire volando, y trae alegre en el pico lo que él desea comer, y no lo come, porque ellos lo coman. ¿Mas qué es menester salirnos de casa? La naturaleza dentro de ella misma declara casi á voces su voluntad, enviando luégo después del parto leche á los pechos. ¿Qué más clara señal esperamos de lo que Dios quiere, que ver lo que hace? Cuando les levanta á las mujeres los pechos, les manda que crien: engrosándole los pezones, les avisa que han de ser madres: los rayos de la leche que viene, son como aguijones con que las despierta, á que alleguen á sí lo que parieron. Pero á todo esto se hacen sordas algunas, y excúsanse con decir, que es trabajo, y que es hacerse temprano viejas, parir y criar. Es trabajo, yo lo confieso. Mas si esto vale, ¿quién hará su oficio? No esgrima la espada el soldado ni se oponga al enemigo, porque es caso de peligro y sudor. Y porque se lacera mucho en el campo, desampare el pastor sus ovejas. Es trabajo el parir y criar; pero entiendan que es un trabajo hermanado, y que no tienen licencia para dividirlo. Si les duele el criar, no paran. Y si les agrada el parir, crien también. Si en esto hay trabajo, el del parto es sin comparación el mayor. Pues ¿por qué las que son tan valientes en lo que es más, se acobardan en aquello que es menos? Bien se dejan entender las que lo hacen ansí; y cuando no por sus hijos, por lo que deben á su vergüenza, habían de traer más cubiertas, y disimuladas sus inclinaciones. El parir, aunque duele agriamente, al fin se lo pasan. Al criar no arrostran, porque no hay deleite que lo alcahuete. Aunque si se mira bien, ni aún esto les falta á las madres que crían, antes en este trabajo la naturaleza sabia y prudente repartió gran parte de gusto, y de contento. El cual aunque no le sentimos los hombres, pero la razón nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque ¿qué trabajo no paga el niño á la madre, cuando ella le tiene en el regazo desnudo? ¿cuando él juega con la teta? ¿cuando

la hiere con la manecilla? ¿cuando la mira con risa? ¿cuando gorjea? Pues cuando se le anuda al cuello, y la besa, paréceme que aún la deja obligada. Crie pues la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de sus entrañas á quien se la dañe; y no quiera que torne á nacer mal lo que había nacido bien, ni que le sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo á su sucesor; ni consienta que conozca á otra antes que á ella por madre, ni quiera que en comenzando á vivir, se comience á engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño, sea en ella, y de su rostro de ella se figure el rostro de él: la piedad, la dulzura, el aviso, la modestia, el buen saber con todos los demás bienes, que le habemos dado, no sólo los traspase con la leche en el cuerpo del niño, sino también los comience á imprimir en el alma tierna de él con los ojos, y con los semblantes: y ame, y desee, que sus hijos le sean suyos del todo, y no ponga su hecho en parir muchos hijos, sino en criar pocos buenos. Porque los tales con las obras la ensalzarán siempre, y muchas veces con las palabras, diciendo lo que se sigue:

§. XIX.

Qué alabanzas merece la perfecta casada, y cómo para serlo es menester que esté adornada de muchas perfecciones.

Muchas hijas allegaron riquezas, mas tú subiste sobre todas.

Hijas llama el hebreo á cualesquier mujeres. Por *riquezas* habemos de entender, no sólo los bienes de la hacienda, sino también los del alma, como son el valor, la fortaleza, la industria, el cumplir con su oficio, con todo lo demás que pertenece á lo perfecto de esta virtud; ó por decirlo más brevemente, *riquezas* aquí se toman por esta virtud conyugal puesta en su punto. Y dice Salomón que los hijos de la perfecta casada, loándola, la encumbran sobre todas, y dicen que de las buenas, ella es la más buena. Lo cual dice ó escribe Salomón que lo dirán, conforme á la costumbre de los que loan, en lo cual es ordinario, lo que es loado, ponerlo fuera de toda comparación, y más cuando en los que alaban se ayunta á la

razón la afición. Y á la verdad todo lo que es perfecto en su género, tiene aquesto que, si lo miramos con atención, hinche ansí la vista del que lo mira, que no le deja pensar que hay igual. O digamos de otra manera, y es, que no se hace la comparación con otras casadas que fueron perfectas, sino con otras que parecieron quererlo ser. Y esto cuadra muy bien, porque esta mujer que aquí se loa, no es alguna particular, que fué tal como aquí se dice, sino es el dechado, y como la idea común que comprende todo este bien: y no es una perfecta, sino todas las perfectas, ó por mejor decir, esa misma perfección: y ansí no se compara con otra perfección de su género, porque no hay otra, y en ella está toda; sino compárase con otras cualidades que caminan á ella y no le llegan, y que en la apariencia son este bien, mas no en los quilates. Porque á cada virtud la sigue é imita otra, que no es ella, ni es virtud. Como la osadía parece fortaleza, y no lo es, y el desperdiciado no es liberal, aunque lo pareee. Y por la misma manera hay casadas que se quieren mostrar cabales y perfectas en su oficio; y quien no atendiere bien, creerá que lo son, y á la verdad no atinan con él. Y esto por diferentes maneras. Porque unas, si son caseras, son avarientas. Otras, que velan en la guarda de la hacienda, en lo demás se descuidan. Unas crían los hijos, y no curan de los criados. Otras son grandes curadoras y acariciadoras de la familia, y con ella hacen bando contra el marido. Y porque todas ellas tienen algo de esta perfección que tratamos, parece que la tienen toda, y de hecho carecen de ella: porque no es cosa que se vende por partes. Y aún hay algunas que se esfuerzan á todo, pero no se esfuerzan á ello por razón, sino por inclinación ó por antojo: y ansí son movedizas, y no conservan siempre un tenor, ni tienen verdadera virtud, aunque se asemejan mucho á lo bueno. Porque esta virtud, como las demás, no es planta que se da en cualquier tierra, ni es fruta de todo árbol, sino quiere su propio tronco y raiz, y no nace, ni mana, sino es de una fuente que es la que se declara en lo que se sigue.

§. XX.

De cómo la mujer que es buena ha de cuidar de ir limpia y aseada para mostrar así su ánimo compuesto y concertado, que ha de procurar adornar principalmente con el temor santo de Dios.

Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura: la mujer que teme á Dios esa es digna de loor.

Pone la hermosura de la buena mujer, no en las figuras del rostro, sino en las virtudes secretas del alma; las cuales todas se comprenden en la Escritura debajo de esto que llamamos temer á Dios. Mas aunque este temor de Dios, que hermosea el alma de la mujer como principal hermosura, se ha de buscar y estimar en ella, no carece de cuestión lo que de la belleza corporal dice aquí el Sabio, cuando dice que es vana y que es burlería. Porque se suele dudar si es conveniente á la buena casada ser bella y hermosa. Bien es verdad que esta duda no toca tan derechamente en aquella á que las perfectas casadas son obligadas, como en aquella que deben buscar y escoger los maridos que desean ser bien casados. Porque el ser hermosa ó fea una mujer, es cualidad con que se nace, y no cosa que se adquiere por voluntad, ni de que se puede poner ley, ni mandamiento á las buenas mujeres. Mas como la hermosura consista en dos cosas, la una que llamamos buena proporción de figuras, y la otra que es limpieza y aseo, porque sin lo limpio no hay nada hermoso; aunque es verdad que ninguna si no lo es, se puede figurar como hermosa, dado que lo procure, como se ve, en que muchas lo procuran y en que ninguna de ellas sale con ello; pero lo que toca al aseo y limpieza, negocio es que la mayor parte de él está puesta en su cuidado y voluntad, y negocio de cualidad que, aunque no es de las virtudes que ornan el ánimo, es fruto de ellas é indicio grande de la limpieza y buen concierto que hay en el alma, el cuerpo limpio y bien aseado. Porque ansí como la luz encerrada en la linterna la esclarece, y traspasa, y se descubre por ella, ansí el alma clara y con virtud resplandeciente, por razón de la mucha hermandad que tiene con su cuerpo, y por estar íntimamente unida con él, le es-

clarece á él, y le figura, y compone, cuanto es posible, de su misma composición y figura. Ansí que si no es virtud del ánimo la limpieza y aseo del cuerpo, es señal de ánimo concertado, y limpio, y aseado. A lo ménos es cuidado necesario en la mujer, para que se conserve y se acreciente el amor de su marido con ella; si ya no es él por ventura tal, que se deleite y envicie en el cieno. Porque ¿cuál vida será la del que ha de traer á su lado siempre, en la mesa donde se sienta para tomar gusto, y en la cama que se ordena para descanso y reposo, un desaliño y un asco, que ni se puede mirar sin torcer los ojos, ni tocar sin tapar las narices? O ¿cómo será posible que se allegue el corazón á lo que naturalmente aborrece y rehuye el sentido? Serále sin duda un perpétuo y duro freno al marido el desaseo de su mujer, que todas las veces que inclinare ó quisiere inclinar á ella su ánimo, le irá deteniendo, y le apartará, y como torcerá á otra parte. Y no será esto solamente cuando la viere, sino todas las veces que entrare en su casa, aunque no la vea. Porque la casa forzosamente, y la limpieza de ella, olerá á la mujer á cuyo cargo está su aliño y limpieza: y cuanto ella fuere aseada ó desaseada, tanto ansí la casa, como la mesa y el lecho, tendrá de sucio ó de limpio. Ansí que de esto que llamamos belleza, la primera parte, que consiste en el ser una mujer aseada y limpia, cosa es que el serlo está en la voluntad de la mujer que lo quiere ser, y cosa que le conviene á cada una quererla, y que pertenece á esto perfecto que hablamos, y lo compone y hermosea, como las demás partes de ello. Pero la otra parte, que consiste en el escogido color y figuras, ni está en la mano de la mujer tenerla, y ansí no pertenece á aquesta virtud; ni por ventura conviene al que se casa, buscar mujer que sea muy aventajada en belleza. Porque aunque lo hermoso es bueno, pero están ocasionadas á no ser buenas las que son muy hermosas. Bien dijo acerca de esto el poeta Simónides (1):

> Es bella cosa al ver la hembra hermosa,
> bella para los otros, que al marido
> costoso daño es, y desventura.

Porque lo que muchos desean, hase de guardar de mu-

(1) Apud Stobæum Serm. LXXIII.

chos, y ansí corre mayor peligro: y todos se aficionan al buen parecer. Y es inconveniente gravísimo, que en la vida de los casados, que se ordenó para que ambas las partes descansase cada una de ellas, y se descuidase en parte con la compañía de su vecina, se escoja tal compañía, que de necesidad obligue á vivir con recelo y cuidado: y que buscando el hombre mujer para descuidar de su casa, la tome tal que le atormente con recelo todas las horas que no estuviere en ella. Y no sólo esta belleza es peligrosa, porque atrae á sí, y enciende en su codicia los corazones de los que la miran, sino también porque despierta á las que la tienen á que gusten de ser codiciadas. Porque si todas generalmente gustan de parecer bien y de ser vistas, cierto es que las que lo parecen, no querrán vivir escondidas. Demás de que á todos nos es natural el amar nuestras cosas, y por la misma razón el desear que nos sean preciadas y estimadas, y es señal que es una cosa preciada cuando muchos la desean y aman: y ansí las que se tienen por bellas, para creer que lo son, quieren que se lo testifiquen las aficiones de muchos. Y si va á decir verdad, no son ya honestas las que toman sabor en ser miradas y recuestadas deshonestamente. Ansí que quien busca mujer muy hermosa, camina con oro por tierra de salteadores, y con oro que no se consiente encubrir en la bolsa, sino que se hace él mismo á fuera y se les pone á los ladrones delante los ojos: y que cuando no causase otro mayor daño y cuidado, en esto solo hace que el marido se tenga por muy afrentado, si tiene juicio y valor. Porque en la mujer semejante, la ocasión que hay para no ser buena por ser codiciada de muchos, esa misma hace en muchos grande sospecha de que no lo es: y aquesta sospecha basta para que ande en lenguas menoscabada y perdida su honra. Y si este bien de beldad tuviera algún tomo, pudieran por él ponerse á este riesgo los hombres: mas ¿quién no sabe lo que vale y lo que dura esta flor? ¿Cuán presto se acaba? ¿Con cuán ligeras ocasiones se marchita? ¿A qué peligros está sujeta? ¿Y los censos que paga? *Toda la carne es heno*, dice el Profeta (Isai., cap. XI, v. 6), *y toda la gloria de ella*, que es su hermosura toda, y su resplandor, *como flor de heno.* Pues bueno es que por el gusto de los ojos, ligero y de una hora, quiera un hombre cuerdo hacer amargo el estado

en que ha de perseverar cuanto le perseverare la vida: y que para que su vecino mire con contento á su mujer, muera él herido de mortal descontento, y que negocie con sus pesares propios los placeres ajenos. Y si aquesto no basta, sea su pena su culpa, que ella misma le labrará de manera que aunque le pese algún dia, y muchos dias conozca sin provecho, y condene su error, y diga, aunque tarde, lo que aquí dice de este su perfecto dechado de mujeres, el Espíritu Santo: *Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura: la mujer que teme á Dios, esa es digna de ser loada.* Porque se ha de entender, que esta es la fuente de todo lo que es verdadera virtud, y la raíz de donde nace todo lo que es bueno, y lo que sólo puede hacer y hace que cada uno cumpla entera y perfectamente con lo que debe, el temor y respeto de Dios, y el tener cuenta con su ley; y lo que en esto no se funda, nunca llega á colmo, y por bueno que parece, se hiela en flor. Y entendemos por temor de Dios, según el estilo de la Escritura sagrada, no sólo el afecto del temor, sino el emplearse uno con voluntad y con obras en el cumplimiento de sus mandamientos, y lo que en una palabra llamamos servicio de Dios. Y descubre esta raíz Salomón á la postre, no porque su cuidado ha de ser el postrero; que ántes, como decimos, el principio de todo este bien es ella; sino lo uno, porque temer á Dios, y guardar con cuidado su ley, no es más propio de la casada que de todos los hombres. A todos nos conviene meter en este negocio todas las velas de nuestra voluntad y afición, porque sin él ninguno puede cumplir, ni con las obligaciones generales de cristiano, ni con las particulares de su oficio. Y lo otro, dícelo al fin, por dejarlo más firme en la memoria, y para dar á entender que este cuidado de Dios, no solamente lo ha de entender por primero, sino también por postrero. Quiero decir que comience, y demedie, y acabe todas sus obras, y todo aquello á que le obliga su estado, de Dios, y en Dios, y por Dios: y que haga lo que conviene, no sólo con las fuerzas que Dios le da para ello, sino última y principalmente, por agradar á Dios que se las da. Por manera que el blanco adonde ha de mirar en cuanto hace, ha de ser Dios, ansí para pedirle favor y ayuda en lo que hiciere, como para hacer lo que debe puramente por él. Porque lo que se hace, y no por él, no es enteramente bueno:

y lo que se hace sin él, como cosa de nuestra cosecha, es de muy bajos quilates. Y esto es cierto, que una empresa tan grande, y adonde se ayuntan tan diversas y tan dificultosas obligaciones como es satisfacer una casada á su estado, nunca se hizo, ni aun medianamente, sin que Dios proveyese de abundante favor. Y ansí el temor y servicio de Dios ha de ser en ella lo principal y lo primero, no solamente porque le es mandado, sino también porque le es necesario: porque las que por aquí no van, siempre se pierden, y demás de ser malas cristianas, en ley de casadas nunca son buenas, como se ve cada dia. Unas se esfuerzan por temor del marido, y ansi no hacen bien más de lo que han de ver y entender. Otras que trabajan porque le aman y quieren agradar; en entibiándose el amor, desamparan el trabajo. A las que mueve la codicia, no son caseras, sino escasas, y demás de escasas, faltas por el mismo caso en otras virtudes de las que pertenecen á su oficio, y ansí por una muestra de bien, no tienen ninguno. Otras que se inclinan por honra, y que aman el parecer buenas por ser honradas, cumplen con lo que parece y no con lo que es: y ninguna de ellas consiguen lo que pretenden, ni tienen un ser en lo que hacen, sino con los dias mudan los intentos y pareceres. Porque caminan, ó sin guia, ó con mala guia; y ansí aunque trabajan, su trabajo es vano y sin fruto. Mas al revés las que se ayudan de Dios, y enderezan sus obras y trabajos á Dios, cumplen con todo su oficio enteramente, porque Dios quiere que le cumplan todo: y cúmplenlo, no en apariencia, sino en verdad, porque Dios no se engaña; y andan en su trabajo con gusto y deleite, porque Dios les da fuerzas; y perseveran en él, porque Dios persevera; y son siempre unas, porque el que las alienta es el mismo; y caminan sin error, porque no le hay en su guia; y crecen en el camino, y van pasando adelante, y en breve espacio traspasan largos espacios, porque su hecho tiene todas las buenas cualidades y condiciones de la virtud; y finalmente ellas son las que consiguen el precio y el premio, porque quien le da es Dios, á quien ellas en su oficio miran y sirven. Y el premio es el que Salomón, concluyendo toda aquesta doctrina, pone en lo que se sigue:

§. XXI.

Del premio y galardón que tiene Dios aparejado para la perfecta casada, no sólo en la otra vida, sino aun en este mundo.

Dadle del fruto de sus manos, y lóenla en las puertas sus obras.

Los frutos de la virtud, quiénes y cuáles sean, San Pablo los pone en la epístola que escribió á los Gálatas, diciendo (Galat., cap. v, vv. 22, 23): *Los frutos del Espíritu Santo son amor, y gozo, y paz, y sufrimiento, y largueza, y bondad, y larga espera, y mansedumbre, y fe, y modestia, y templanza, y limpieza.* Y á esta rica compañía de bienes, que ella por sí sola parecía bastante, se añade ó sigue otro fruto mejor, que es gozar en vida eterna de Dios. Pues estos frutos son los que aquí el Espíritu Santo quiere, y manda que se den á la buena mujer, y los que llama fruto de sus manos, esto es, de sus obras de ella. Porque aunque todo es don suyo, y el bien obrar, y el galardón de la buena obra; pero por su infinita bondad quiere que porque le obedecimos y nos rendimos á su movimiento, se llame y sea fruto de nuestras manos é industria, lo que principalmente es don de su liberalidad y largueza. Vean, pues, agora las mujeres, cuán buenas manos tienen las buenas, cuán ricas son las labores que hacen, y de cuán grande provecho. Y no sólo sacan provecho de ellas, sino honra también; aunque suelen decir que no caben en uno. El provecho son bienes y riquezas del cielo: la honra es una singular alabanza en la tierra. Y ansí añade: *Y lóenla en las plazas sus obras.* Porque mandar Dios que la loen, es hacer cierto que la alabarán: porque lo que él dice se hace, y porque la alabanza sigue como sombra á la virtud, y se debe á sola ella. Y dice *en las plazas*, porque no sólo en secreto y en particular, sino también en público, y en general sonarán sus loores como á la letra acontece. Porque aunque todo aquello en que resplandece algún bien es mirado y preciado, pero ningún bien se viene tanto á los ojos humanos, ni causa en los pechos de los hombres tan grande satisfacción, como una

mujer perfecta; ni hay otra cosa en que, ni con tanta alegría, ni con tan encarecidas palabras, abran los hombres las bocas, ó cuando tratan consigo á solas, ó cuando conversan con otros, ó dentro de sus casas, ó en las plazas en público. Porque unos loan lo casero, otros encarecen la discreción, otros suben al cielo la modestia, la pureza, la piedad, la suavidad dulce y honesta. Dicen del rostro limpio, del vestido aseado, de las labores y de las velas. Cuentan las criadas remediadas, el mejoro de la hacienda, el trato con las vecinas amigable y pacífico: no olvidan sus limosnas, repiten cómo amó y cómo ganó á su marido: encarecen la crianza de los hijos y el buen tratamiento de sus criados: sus hechos, sus dichos, sus semblantes alaban. Dicen que fué santa para con Dios, y bienaventurada para con su marido: bendicen por ella á su casa y ensalzan á su parentela, y aun á los que la merecieron ver y hablar llaman dichosos: y como á la santa Judith (Judith., cap. xv, v. 10), la nombran *gloria de su linaje y corona de todo su pueblo:* y por mucho que digan, hallan siempre más que decir. Los vecinos dicen esto á los ajenos, y los padres dan con ella doctrina á sus hijos, y de los hijos pasa á los nietos, y extiéndese la fama por todas partes creciendo, y pasa con clara y eterna voz su memoria de unas generaciones en otras: y no le hacen injuria los años, ni con el tiempo envejece, antes con los dias florece más: porque tiene su raiz junto á las aguas, y ansí no es posible que decaezca, ni ménos puede ser que con la edad caiga el edificio que está fundado en el cielo: ni en manera alguna es posible que muera el loor de la que todo cuanto vivió, no fué sino una perpétua alabanza de la bondad y grandeza de Dios, á quien sólo se debe eternamente el ensalzamiento y la gloria. Amen.

CAPÍTULO ÚLTIMO

DE LOS PROVERBIOS DE SALOMÓN EN TERCETOS (1).

El sabio Salomón aquí pusiera
lo que para su aviso, de recelo
su madre, y de amor llena le dijera.
¡Ay hijo mio! ¡Ay dulce manojuelo
de mis entrañas! ¡Ay mi deseado,
por quien mi voz contino sube al cielo!
Ni yo al amor de hembra te vea dado,
ni en manos de mujer tu fortaleza,
ni en daño de los reyes conjurado.
Ni con beodez afees tu grandeza,
que no es para los reyes, no es el vino,
ni para los jueces la cerveza.
Porque en bebiendo olvidan el camino
de fuero (2), y ciegos tuercen el derecho
del oprimido pobre, y del mezquino.
Al que con pena y ansia está deshecho,
aquel dad vino, vos, la sidra sea
de aquel á quien dolor le sorbe el pecho.
Beba, y olvídese, y no siempre vea (3)
presente su dolor adormecido,
húrtese aquel espacio á la pelea.
Abre tu boca dulce al que afligido
no habla, y su tratar sea templado
con todos los que corren al olvido.
Guarda justicia al pobre, y al cuitado,
amparo halle en ti el menesteroso,
que ansí florecerá tu grande (4) estado.
Mas ¡oh si fueses, hijo, tan dichoso
que hubieses por mujer hembra dotada
de corazón honesto y virtuoso:

---

(1) Nos ha parecido coronar la *Perfecta Casada* con la traducción en verso del último capítulo de los *Proverbios*, por el mismo autor, ya que esta obra no es más que un comentario en prosa del mismo capítulo desde el verso 10 en adelante. Véanse las págs. 422 y 428. Se ha corregido por los mejores Mss.

(2) Mss. *Del fuero.*

(3) Mss. *Sea=presente á su dolor.*

(4) El impreso decía: *tu casa estado.*

Ni la perla oriental ansí es preciada,
ni la esmeralda que el Ophir envía,
ni la vena riquísima alejada.
En ella su marido se confía
como en mercadería gananciosa:
no cura de otro trato ó granjería.
Ella busca su lino hacendosa,
busca algodón, y lana, y diligente (1)
despierta allí la mano artificiosa.
Con gozo y con placer contínuamente
alegra, y con descanso á su marido;
enojo no jamás, ni pena ardiente.
Es bien como navío bastecido
por rico mercader, que en sí acarrea
lo bueno que en mil partes ha cogido.
Levántase, y apenas alborea,
reparte la ración á sus criados,
su parte á cada uno, y su tarea.
Del fruto de sus dedos y hilados
compró un heredamiento, que le plugo,
plantó fértil majuelo en los collados.
Nunca el trabajo honesto le desplugo,
hizo sus ojos firmes á la vela,
sus brazos rodeó con fuerza y jugo.
Esle sabroso el torno, la aspa y tela,
el adquirir, la industria, el ser casera:
de noche no se apaga su candela.
Trae con mano diestra la tortera,
el huso entre los dedos volteando
le huye, y torna luégo á la carrera.
Abre su pecho al pobre, que llorando
socorro le rogó, y con mano llena
al falto y al mendigo va abrigando.
Al cierzo abrasador que sopla, y suena,
y esparce hielo y nieve, bien doblada
de ropa su familia está sin pena.
De redes que labró tiene colgada
su cama, y rica seda es su vestido,
y púrpura finísima preciada.
Por ella acatado es su marido,
en plaza, en consistorio, en eminente
lugar por todos puesto y bendecido.
Hace también labores de excelente

(1) El impreso: *y lana diligente=despierta.*

obra para vender, vende al joyero
franjas tejidas bella, y sutilmente.
¿Quién contará su bien? Su verdadero
arreo (1) es el valor, la virtud pura:
alegre llegará al dia postrero.
Cuanto nace en sus labios es cordura,
de su lengua discreta cuanto mana
es todo piedad, amor, dulzura.
Discurre por su casa, no está vana,
ni ociosa, ni sin que ya se le deba,
se desayunará por la mañana.
El coro de sus hijos crece, y lleva
al cielo sus loores, y el querido
padre con voz gozosa los aprueba.
Y dicen (2): muchas otras han querido
mostrarse valerosas, mas con ella
compuestas, como si no hubieran sido.
Es aire la tez clara como estrella,
las hermosas figuras burlería:
la hembra que á Dios teme, esa es la bella (3).
Dadle que goce el fruto, el alegría (4)
de sus ricos trabajos: los extraños,
los suyos por (5) las plazas á porfía
celebren su loor eternos años.

---

(1) El impreso: *vestido.*
(2) El impreso: *dice.*
(3) Mss. *A quesa es bella.*
(4) Mss. *Dalde que goce el fruto, la alegría.*
(5) Mss. *En las plazas.*

ÍNDICE.

Págs.

Del maestro Fr. Luis de Leon, el libro primero de los nombres de Cristo 1
INTRODUCCIÓN.—Dase razón y motivo de la obra..... 1
§. I.—Introdúcese en el asunto con la idea de un coloquio que tuvieron tres amigos en un deporte..... 6
§. II.—Explícase qué viene á ser nombre, qué oficio tiene, por qué fin se introdujo, y en qué manera se suele poner..... 10
§. III.—Es llamado Cristo PIMPOLLO, y explícase cómo le conviene este nombre, y el modo de su maravillosa concepción..... 23
§. IV.—Declárase cómo Cristo tiene el nombre de FACES, ó cara de Dios, y por qué le conviene este nombre..... 38
§. V.—Cristo es llamado CAMINO, y por qué se le atribuye este nombre..... 50
§. VI.—Llámase Cristo PASTOR, por qué le conviene este nombre, y cuál es el oficio de pastor..... 60
§. VII.—Se le da á Cristo el nombre de MONTE, qué significa este en la Escritura, y por qué se le atribuye á Cristo..... 77
§. VIII.—Llámase Cristo PADRE DEL SIGLO FUTURO, y explícase el modo con que nos engendra en hijos suyos..... 95

Del maestro Fr. Luis de Leon, el libro segundo de los nombres de Cristo..... 131
INTRODUCCIÓN.—Descripción de la miseria humana y origen de su fragilidad..... 131
§. I.—De cómo se llama Cristo BRAZO DE DIOS, y á cuánto se extiende su fuerza..... 136
§. II.—Es Cristo llamado REY, y de las cualidades que Dios puso en Él para este oficio..... 164
§. III.—Explícase qué cosa es paz, cómo Cristo es su autor, y por tanto llamado PRÍNCIPE DE PAZ..... 202
§. IV.—Llámase Cristo ESPOSO, y explícase cómo lo es de la Iglesia, y las circunstancias de este desposorio..... 238

Del maestro Fr. Luis de Leon, el libro tercero de los nombres de Cristo..... 273
INTRODUCCIÓN.—Se da solución á algunos reparos que se hicieron sobre esta obra, y vuelve á introducir el diálogo para proseguirla. 273
§. I.—Cuán propiamente se llama Cristo HJO DE DIOS, por hallarse en Él todas las condiciones que se requieren para serlo..... 281
§. II.—Trátase del nombre EL AMADO, que se le da á Cristo en la Sagrada Escritura, y explícanse las finezas de amor con que los suyos le aman..... 331
§. III. Qué significa, y cómo le conviene sólo á Cristo el nombre de JESÚS, y de cómo es su nombre propio en cuanto hombre..... 354
Nombre de CORDERO, añadido en la cuarta edición, y en todas las siguientes..... 395

Advertencia..... 417
Del maestro Fr. Luis de Leon, LA PERFECTA CASADA..... 419
INTRODUCCION.—En que se habla de las leyes y condiciones del estado del matrimonio, y de la estrecha obligación que corre á la casada de emplearse en el cumplimiento de ellas..... 419
§. I.—Algunas advertencias del autor para entrar á tratar de la materia..... 428
§. II.—Cuánto es menester para que una mujer sea perfecta, y lo que debe procurarlo ser la que es casada..... 429
§. III.—Qué confianza ha de engendrar la buena mujer en el pecho del marido, y de cómo pertenece al oficio de la casada la guarda de la hacienda, que consiste en que no sea gastadora..... 433
§. IV.—De la obligación que tienen los casados de amarse, y descansarse en los trabajos mutuamente..... 441
§. V.—Por qué se vale el Espíritu santo de la mujer de un labrador para dechado de las perfectas casadas; y cómo todas ellas, por más nobles y ricas que sean, deben trabajar y ser hacendosas... 445
§. VI.—Declárase qué es ser mujer casera, y del modo que debe acrecentar la hacienda..... 451
§. VII.—Pondérase la obligación de madrugar en las casadas, y se persuade á ello con una hermosa descripción de las delicias que suele traer consigo la mañana. Avísase también que el levantarse temprano de la cama ha de ser para arreglar á los criados y proveer á la familia..... 453
§. VIII.—La perfecta casada no sólo ha de cuidar de abastecer su casa y conservar lo que el marido adquiere, sino que ha de adelantar también la hacienda..... 459
§. IX.—Cuánto debe evitar la mujer buena el ocio, y de los vicios y malas resultas que de él nacen..... 460
§. X.—Ha de ser la perfecta casada piadosa con los pobres y necesitados; pero debe ir con cuidado en ver á quién admite en casa y favorece..... 463

§. XI.—Del buen trato y apacible condición con que se deben portar las señoras con sus sirvientas y criadas..... 467
§. XII.—De cómo el traje y manera de vestir de la perfecta casada ha de ser conforme á lo que pide la honestidad y la razón. Aféase el uso de los afeites, y condénanse las galas y atavíos, no sólo con razones tomadas de la misma naturaleza de las cosas, sino también con dichos y sentencias de los Padres de la Iglesia y autoridades de la Sagrada Escritura..... 470
§. XIII.—La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz, suerte y bendición de su marido..... 494
§. XIV.—La industria y cuidado de la buena casada han de llegar, no sólo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra..... 495
§. XV.—De la templanza y medio que ha de observar la perfecta mujer en su condición y trato..... 496
§. XVI.—Cuánto importa que las mujeres no hablen mucho y que sean apacibles y de condición suave..... 497
§. XVII.—No han de ser las buenas mujeres callejeras, visitadoras y vagabundas, sino que han de amar mucho el retiro, y se han de acostumbrar á estarse en casa..... 501
§. XVIII.—De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido, y de la obligación que tiene la que es madre, de criar por sí á los hijos..... 504
§. XIX.—Qué alabanzas merece la perfecta casada, y cómo para serlo es menester que esté adornada de muchas perfecciones..... 510
§. XX.—De cómo la mujer que es buena ha de cuidar de ir limpia y aseada para mostrar así su ánimo compuesto y concertado, que ha de procurar adornar principalmente con el temor santo de Dios..... 512
§. XXI.—Del premio y galardón que tiene Dios aparejado para la perfecta casada, no sólo en la otra vida, sino aún en este mundo. 517
Capítulo último, de los proverbios de Salomón en tercetos..... 519

ÍNDICE

DE LAS COSAS MAS NOTABLES

EN LOS NOMBRES DE CRISTO

Y PERFECTA CASADA.

A

Abrahám. Qué significó mudarle Dios el nombre, pag. 15. Comunicó Dios con él el misterio de la Encarnación, 40. Habló Dios con él en figura de hombre, 302.

Adám. Formóle Dios con sus manos, 99. Por envidia del demonio cayó, 96. Estuvimos todos en él como en virtud y simiente, 102. Por caer él perdimos la gracia y justicia original, en que naciéramos todos, 101. Su voluntad fué habida por nuestra, 103. Puso en nosotros el desorden, y el espíritu del pecado, 113. No pecó porque primero se desordenase el sentido, sino por su propia voluntad, 215 y sig. Habló con él en el paraiso el Verbo divino en figura de hombre, 302.

Afeites. Contra los afeites de las mujeres, 471 y sig. Es pecado en sí y anda acompañado con otros muchos pecados, 475 y sig.

Alexandro Magno. Fué un rayo que en breve corrió todo el mundo, 139.

Alma. Solo Dios la cria, 101. Es incorruptible, 104. Tiene dos partes, superior é inferior, 318. La mayor utilidad y felicidad de esta vida consiste en la paz y concordia de estas dos partes, 325 y sig. Como el cuerpo vive del alma, ansí ella vive de Dios, 104. Cuántos peligros tiene, y cuántos son para apartarla de Dios, 132 y sig. No puede tener á sí sujeto lo inferior, si ella á Dios no está sujeta, 214. Cuál sea el principio de su salud, 365. Con cuán extrañas y piadosas maneras procura Dios su conversión, y que no se pierda, 182. De todos los medios que la guian al bien es Cristo merecedor y autor, 71. Cuando es santificada, nace Cristo en ella, y ella en Cristo, 314 y sig. No luégo que nace en ella Cristo, obra todo lo que es y puede, 318 y sig. Su paz consiste en estar sujeta á Dios, 206. Está bien concertada cuando consuena con Dios, y dice bien con los hombres, 213. En ella reposada y pacífica, cada cosa se muestra cual es, 225. No la dañan tanto los combates de fuera, cuanto las pasiones que de ella nacen, 224. Son unas almas más perfectas que otras, 407 y sig.

Amado. Es nombre de Cristo, 336 y sig. Cristo ha sido, es, y será siempre la cosa más amada de todas, 331 y sig. Pruebas de esto, 332 y sig. Cristo es amado aun de las criaturas insensibles á su modo, 339 y sig. Ejemplos del encendido amor con que Cristo es amado de los suyos, 349 y sig. Todos los amados de Dios son Jesucristo, 354.

Ambición. Hace al hombre apocado y vil siervo, 69.

Amigo fiel. Es negocio muy raro y muy dificultoso de hallar, 336. Solo Cristo ha tenido, tiene, y tendrá muchos y los más fieles amigos, 336 y sig. Con solo Cristo se puede tener paz y amistad, 235. No conviene, ni puede el hombre tener muchos amigos; mas Cristo puede y debe tenerlos, 337. Amistad verdadera es muy estrecha, 338. Cosa rarísima es que un amigo quiera padecer muerte por su amigo, 348.

Amor. Consiste en cierta unidad, 232. Todo lo que causa división es agudo dolor al que ama, 234. Dos maneras de amor, una de deseo y otra de gozo, 234. A unos causa su buena andanza, y otros su miseria, 231 y sig. No se emplea bien en lo que está sujeto á mudanza, 235 y sig. Es el medio y el tercero de toda buena dicha, 235. Ningun amor es más puro y bien ordenado que el de los pastores, 62. El amor que se cria en las ciudades tiene poco de verdad y mucho de torpeza, 62. No se puede vivir sin amar, 231. Amor grande es el que vence grandes dificultades, 345. No es amor si es tibio ó mediano, 338. Su propiedad es ser humildísimo con el que ama, 346. Inclina naturaleza á cada cosa al amor de su propio provecho, 339. Su fundamento es la verdad, y el no encubrirse los que se aman en nada, 475. El de entre marido y mujer es el más estrecho en lo humano, 504.

Amor de Cristo. Aunque no se le puede dar el que se le debe, diósele siempre el que es posible á los hombres, 332. Todos los amores de los hombres, comparados con el amor de los amadores de Cristo, es sombra de amor, 343. Pretende Dios que por el amor de Cristo nos hagamos unos con Él, 343. Apetece Cristo que le amen los hombres en extremada manera, 341. Es finísimo y abundantísimo el que en los enamorados de Cristo cria el Espíritu Santo, 343. El amar á Cristo se llama en la Escritura comerle, 344. Este amor es el sustento del mundo, 337.

Angel. En el principio de su creación dió Dios parte del misterio de la Encarnación á algunos de los Angeles, 93, 335. Y cayeron por aventura por esta ocasión, no queriendo sujetarse al decreto de Dios, 93.

Apóstoles. Fueron gente baja y vil en oficio y en condición, 84. Su doctrina en palabras tosca y en sentencias breve, 89. Pureza de su predicación, y proezas que Cristo obró por ellos, 157 y sig. Fueron perseguidos de todo el mundo, 92 y sig. Son llamados cielos, 125. Armóles Cristo el día de Pentecostés con el Espíritu Santo, 158. Por ellos movió Cristo guerra al demonio, y le quitaron la posesión de la tierra, 158. Armas con que conquistaron al mundo, 160 y sig.

Asperezas. No consiste en ellas la santidad, aunque disponen para ella, 374 y sig. En vano las condenan los herejes, 375. Es error tenerlas por malas, ó por no dignas de premio, 376.

Asirios y Babilonios, sujetaron á su imperio la mayor parte del mundo, 139.

Ausencia de casa en el Padre de familias cuántos daños causa, 438.

Autor. Escribió los Nombres de Cristo en medio de su persecución, 5. Cómo se la convirtió Dios en su luz y salud, 5. De dónde tomó ocasión para escribir, 6. Responde á los varios juicios que se hicieron de sus libros, y modo de escribir, 273 y sig. Promete una obra contra los herejes, 107 y sig.

B

Bautismo. Por él somos engendrados y nacemos de Cristo, 119. Tocando el agua visible al cuerpo obra en lo secreto la virtud invisible de Cristo, 120. Es una representación de la muerte de Cristo y de su nueva vida, 120. El zambullirnos en el agua es como ahogándonos allí quedar sepultados, 120. Por que escogió Dios el agua para esta representación, 120.

Bendición. La que echaba el Sacerdote sobre el pueblo significaba la venida del Mesías, 42 y sig. Esto solo se pedía y deseaba en ella, 43.

Beneficios. Crian deseo de agradecimiento en el que los recibe, 505.

Bienaventuranza. No es igual en todos en el cielo, 368. Por qué se dice que será allí Dios en todos todas las cosas, 200. Allí lo que es hombre casi no será sino Dios, 201. Verán los bienaventurados á Dios sin medio de otra imagen, 20. Se juntará entónces Dios con nuestro entendimiento, 20. No tendremos necesidad de otro nombre de Dios más que de él mismo, 20. Cada uno nombrará á Dios con lo que viere y conociere de Él: que es el nombre secreto prometido en la piedrecilla menuda, 20. La esperanza de aquellos ricos premios nos hace en esta vida en cierta manera bien andantes, 59. De los bienes que tendrán en la gloria los bienaventurados, 64 y sig. Serán apacentados por Cristo, 76. Ahora no se puede saber cuál sea ni cuánto el sabor y dulzura de la gloria, 146. Preséntanos Dios sus gozos bajo la figura de lo que gustamos y amamos, 146. El alma vestida de Dios tratará con Él conforme al estilo del cielo, 198.

Bienes. Se distinguen tres géneros de ellos en las criaturas, 28 y sig. Los temporales son caducos, y no hacen bueno á nadie, antes le empeoran, 142. Aunque los da Dios, no son dignos de su majestad y grandeza, 142. Las más veces los tienen los que no los merecen, 142. Dan el contento y deleite como exprimido, por fuerza, y regateado, 257.

Brazo de Dios es nombre de Cristo y por qué, 136 y sig. Es fortaleza de Dios y victoria de sus enemigos, 137. No es fortaleza militar ni coraje de soldado, como dicen los judíos, 136, 137. Su obra no es pelear contra los cuerpos, sino contra los vicios, 138. Cualidad de este brazo, y á cuánto se extiende su fuerza, 151 y sig. Su destreza, 154. No usó de su absoluto poder para hacer su obra, 156 y sig.

Bueno. A lo bueno su propia inclinación lo lleva á bien hacer, 28.

C

Camino. Es nombre de Cristo, 50 y sig. Por qué se le atribuye este nombre, 52. Tiene sus rodeos y atajos, 53. No sólo es Cristo nuestro camino, sino que le anda con nosotros, 56. Tómase en la santa Escritura de diversas maneras, 51 y sig. Los que caminan por Cristo van altos y sin tropiezos, 54. Con nadie se encuentran, ni se oponen con nadie, 55. Es camino real, 55. No hay cosa más clara y llana á los ojos de la razón. 56 y 57. En que se conocerá si son de Cristo, 372 y sig. Camino de la justicia de Dios es Jesucristo, 42.

Casada. Imágen de la que es perfecta, 422. No se ha de entrometer en la vida de la Religiosa, 423, 424. Engáñase la que piensa que casarse no es más de salir de servidumbre y pasar á libertad, 419, 420. No hay cosa más rica ni más feliz que la buena, ni peor que la que no lo es, 426. Muchas por no tener cuenta con su estado, han sido perdición y polilla de sus casas, 426. Aquella sola es casta, en quien ni la fama mintiendo osa poner mala nota, 435. No ha de ser costosa á su marido, 438. Crióla Dios para que fuese ayudadora, y no destruidora del marido, 441 y sig. Ha de llevar y sufrir sus pesadumbres, 442 y sig. A las romanas cuando se casaban, las ponian una rueca á la entrada de la casa del marido, 449. La buena casada ó ha de ser labradora ó semejante á ella, 450. Ha de ser madrugadora, 453 y sig. Aunque ha de ser granjera, pero no avarienta, 460. Ni de entrañas duras con los pobres, 464. Ha de tener mucho recato con las personas que admite á su conversación, 466 y sig. No sea desaliñada en su persona, 470. Ha de ser la corona y alteza de su marido, 495. Sabia en sus razones, y apacible en el hablar, 497. El Hebreo la llama, gracia de la casa, 499 y sig. No ha de ser callejera, 501 y sig. A ella pertenece hacer bueno á su marido, 504. Cuántos inconvenientes tiene fiar á otras mujeres la crianza de sus hijos, 506 y sig. Hay casadas que se quieren mostrar perfectas en su oficio, y no aciertan con él, 511.

Castidad. Muchos la guardaron, pero ni siguieron á Cristo, ni entraron en el cielo, 53.

Ceremonias. Condenarlas es error, como el poner en ellas la proa y popa de la justicia, es engaño, 376.

Concepción de Cristo fué nueva y maravillosa, 35. Fué Cristo concebido sin mancha del original pecado, 109. Convenia así para el oficio que tomaba, 109 y sig. Del modo maravilloso con que se hizo esta concepción en el vientre de la Vírgen, 308.

Conciencia. Su testimonio serena el alma con paz en medio de las tribulaciones, 5.

Conocimiento. El nuestro comienza de los sentidos, 146. No conocemos bien lo espiritual si no es por semejanza de lo sensible, 146.

Cordero es nombre de Cristo, y por qué se dice de él, 395 y sig. Es símbolo de mansedumbre, 396 y sig. Cómo se compone con esto el lla-

marse León, 337 y sig. No sólo es Cristo *Cordero*, sino provechoso Cordero, 399. Lo es también por su inocencia y pureza, 501 y sig. Y por ser nuestro sacrificio, 411 y sig. Qué hizo en sí para serlo perfectamente, 412.

Corregidor. Gran parte de lo que debe hacer lo dice su nombre, 15.

Criaturas. Son un retrato que Dios hizo para fuera de sí, 291. En lo natural todas remedan el ser de Dios, 29. En los bienes de gracia remedan la vivienda y bienandanza de Dios, 29. Juntándose Dios con la naturaleza humana se juntó en cierta manera con todas las criaturas, 29. A todas las guia naturaleza á sus fines, y casi todas los alcanzan, 131, 132. Todas tienen ser y vida en el Verbo divino, 292. Y parieron á Cristo para que fuese salud de todas, 363. Cuanto es de sí todas caminan al menoscabo y empeoramiento, 383.

Cristianos, aunque en personas muchos, son uno en espíritu, y en unidad secreta, 49. Por qué han decaido de su primera virtud, 3. Naciendo de nuevo comienzan á ser nuevos hijos de Cristo, 95. Antes de nacer en Cristo, están contenidos en él por virtud original, 110. A cada estado de los cristianos hizo Dios sus propias guaridas, 126. El fin del cristiano es hacerse uno con Cristo, 374. El perfecto y verdadero en qué se diferencia de los hombres del siglo, 372. Cuál sea su gloria y riqueza, 372.

Cristo. Es lo mismo que unción, 378. Es fuente de todo lo dulce y provechoso que se reparte en los hombres, 6. Su conocimiento se presupone segun buen órden á todos los demás conocimientos, 7. Es el blanco á do el cristiano ha de enderezar sus pensamientos y obras, 7. Las perfecciones de Dios resplandecen más en Cristo que en otra parte, 44 y sig. Es amado de Dios todo cuanto merece, 332. Dánsele muchos nombres por sus muchas perfecciones y oficios, 22. Unos en cuanto Dios y otros en cuanto hombre, 22. Tiene dos nombres propios, que son retratos propios suyos, 354. Luégo después de su muerte comenzó á enviar rayos de sí por el mundo, mostrándose Señor de todo, 25. Es el fin de todas las obras de Dios, á quien se ordenó todo lo criado, 30. Es el parto general y común de todas las cosas, y fruto del mundo, 33 y sig. Su humanidad no fué criada de nuevo, 300. Tres son sus venidas al mundo, 39. Es gracioso en los ojos de Dios para sí, y para nosotros, 47. Fuente y orígen de toda feliz bendición, 43. Es propia y perfecta imagen del Padre, en quien nos muestra lo que es, 44 y sig. La admirable proporción de su sagrado couerpo y miembros, 44 y sig. Fué su cuerpo de inclinaciones excelentísimas, 405. Aun en su cuerpo se descubre y reluce la figura divina, 43 y sig. Pero más en el alma, 46 y sig. Se asemeja y retrata á Dios más acabadamente que otra criatura ninguna, 46, 410. Conoce su santísima alma todo lo que fué, es, y será, 47. Es fuente de todos los bienes de gracia, 47. Alienta é inspira á los hombres para lo bueno y lo justo, 47. De la humildad de su santísima alma, 48 y sig. Tiene conocimiento y amor de Dios en cierta manera infinito, 48. No sólo por gracia sino de su natural era Cristo lleno de llaneza y mansedumbre, 48, 408. Es Rey de los hom-

bres, y Señor de los Angeles, cabeza y gobernador de todas las cosas, 48. El deseo y voluntad que tenía de morir por los hombres fué una llama del fuego de amor que ardia en el pecho de Dios, 49. Es deudo nuestro por naturaleza, y pagó segun todo derecho lo que debíamos, 58. Amor excesivo que tiene á los hombres, 65 y sig. Cuidado y solicitud que tiene de los hombres y de su salvación, 65 y sig. No hay cosa tan una con otra, como Cristo lo es con su grey, 75. Toda la alteza de la tierra y del infierno es escaño de sus piés, 79. Es Sacerdote y sacrificio, y como una tienda de todo lo que hemos menester, 81. Es guarida de los pobrecitos amedrentados, 82. Es envidiado y contradecido de muchos, 92 y sig. Aun antes que se hiciese hombre fué envidiado y contradecido de Lucifer, 93. Es cabeza de todo lo humilde y llano, 93. Juntó Dios con Cristo en cuanto hombre todos sus miembros por cierta manera inefable, 110, 359. Según justicia no tenía aun en cuanto hombre obligación á la muerte, 116. Fué más ejercitado en la experiencia de los trabajos que otro ningun hombre, 116, 167. Probó en sí casi todas las miserias de pena, 168 y sig. Ordenó Dios que fuese su alma bienaventurada y pasible, 300, 306. Es el deseado de todas las criaturas, 333 y sig. 339 y sig. No puede caber en Cristo desamor, si no le huimos primero, 236. Cómo se entiende que somos un mismo cuerpo con Cristo, y que nuestra carne es su carne, 242 y sig. De sus dolores, persecuciones, y afrentas, cuán para sentir fueron, 168 y sig. Ni tuvo, ni pudo tener rastro de pecado, 403 y sig. Véase *Natividad, Pasión, Resurrección.*

Cruz. Subió en ella Cristo, llevándonos á todos sobre sí, 115, 310, 412. Fué puesta en ella por su permisión, y por las manos del demonio, 154. A los que en ella morian daban cierto vino confeccionado que entorpecía el sentido, 175. Más pesada carga le eran á Cristo nuestros pecados que la cruz sobre sus hombros, 413.

D

Dádivas dignas de Dios, cuáles sean, 142.

Deleites. Qué sea, y cómo se causa el deleite, 252 y sig. El que nace del sentido, no es verdadero deleite, 254. Su remate es dolor, 55. Cuánto más subidos son los del alma que los del cuerpo, 253 y sig. Los que Dios comunica á sus siervos, 251 y sig. 257 y sig. Ellos hicieron que los mártires y demás santos padeciesen lo que padecieron, 259.

Demonio. Para derribarle de su poder tirano no usó Dios de la grandeza de sus fuerzas, 83 y sig. Luégo después de su creación cobró envidia y aborrecimiento á Cristo, 93. Dióle Dios parte del misterio de la Encarnación ántes de su caida, 93. Cayó por apetecer para sí la excelencia de príncipe universal de todas las cosas, que Dios disponía dar á un hombre, 154. Es cabeza de todo lo arrogante y soberbio, 154. Se llaman en la Escritura los demonios montes corcobados, y por qué, 94. De dónde nace

la envidia que tiene al hombre desde su principio, 96. Puso en el hombre por el pecado una imagen suya, 161. No sólo pretendió apartar al hombre de Dios, sino sujetarle á su tiránico imperio, 154. Convino que fuese tratado según merecia su hecho, 154. Quiso competir con Dios en sabiduría, 155. Su propia astucia fué su lazo, 155 y sig. Usurpó la adoración en la tierra, 158. Ya el hombre es su señor por el merecimiento de Cristo, 156.

Despojos. Por qué se llama así lo que gana el mercader, 437.

Dichosos. Tódos pretenden serlo, 231. Qué sea buena dicha, y en qué consiste, 228.

Dios. Es padre de los agraviados, 5. Vivimos y tenemos ser en él, 20. Aunque está presente á nosotros siempre, en esta vida nunca nos es presente, 20. Su fin en la creación fué comunicarse á sus criaturas, 28. Con ninguna cosa que hace fuera de sí, puede ser acrecentado ó mejorado, 28. No puede hacer cosa que no le remede, 29. En cuanto hace tiene por dechado á sí mismo, 29. Es el ser por esencia, y fuente de todo ser, 41, 42. Tiene delante los ojos de su conocimiento lo que fué, es, y será, ibid. Amor grande para con los hombre en darles su Hijo, 49 y sig. No puede volverse atrás de lo que una vez pone, 96. De ninguna obra suya se precia más que de los hechos de Cristo, 208 y sig. Qué sea desenojarse Dios, y amistarse con los hombres, 210 y sig. En Dios tienen todas las cosas ser sin mudanza, y vida sin muerte, 291. No le puede advenir cosa alguna por accidente, 294. No cabe Dios en el entendimiento ni en la lengua, 361. El verdadero nombrarle, es confesarse la criatura por muda, cuando le quisiere nombrar, 361. Desde toda su eternidad engendró, engendra, y engendrará á su Hijo, 296.

Doctrina. En qué se distingue la que es de Cristo de la que no lo es, 372.

E

Encarnación. Es el principal blanco á que Dios enderezó la obra de la Creación, 29. Sola la humanidad de Cristo se ayuntó á Dios por unión personal, 30. Por juntarse Dios con la humanidad de Cristo, se junta en cierta manera con todas las criaturas, 30. Fué la mas perfecta comunicación de Dios que puede ser, 30. Por ella se hizo Dios una misma persona con el hombre, 30. El mismo Verbo formó la naturaleza de que se vistió, 37. Fué misterio escondido á los demonios, y á muchos de los ángeles, 40. El medio más conveniente que se pudo dar en negocio de tantas dificultades, 97 y sig. Con él halló Dios corte en cosas al parecer repugnantes, 97, 153. En Dios-hombre experimentamos la dulzura de la condición de Dios que no veíamos, 146, 147. Fué este misterio un matrimonio indisoluble entre nuestra naturaleza y el Verbo, 241. Terceros que intervinieron en este casamiento, 261. Desde que se trató de él, comenzó el hombre á haberse familiar y regaladamente con Dios, 263. Porque el Verbo fué el artífice en la creación de las cosas, convino

que fuese el reparador de ellas, 306. De tal manera se hizo Dios hombre, que no dejó de ser Dios, ni mezcló su naturaleza con la nuestra, 299. Sólo el hijo se Hijo se hizo hombre, no todas tres Personas con ser tan uno entre sí, 299.

Entendimiento. Es naturalmente inclinado á discurrir, 146. Todas las cosas viven y tienen ser en él mientras las entendemos, 12, 13. Pueden estar muchas en un mismo lugar sin embarazarse, por estar en él sus imágenes según el ser espiritual, 12, 13. A donde el entendimiento no llega, no puede llegar la palabra, 22. Solas las criaturas que tienen entendimiento son capaces de los bienes de gracia, 30. Entendimiento claro y voluntad mal inclinada bien se compadecen, 371 y sig.

Envidia. Dolor del envidioso es la felicidad de aquello que envidia, 155. Ella misma es pena y castigo del envidióso, 225 y sig.

Escrituras santas. Inspirólas Dios á los que escribieron para luz y consuelo de nuestros trabajos, 1. Puso Dios en ellas remedio general contra las llagas del alma, 1. Pretendió que fuesen comunes á todos, 1. Para este fin las dió en lengua vulgar, 1. En la primitiva Iglesia se tenía por culpado el que no se ocupaba mucho en la lección de las Escrituras sagradas, 2. Por qué no conviene que anden en lengua vulgar, 2. La perfección y lo más alto de la sagrada Teología son las sagradas Escrituras, 3. En una misma sentencia encierra la Escritura gran preñez de sentidos, 428 y sig. Todos los que en ella pretendió el Espíritu Santo son verdaderos, 429. Seguir un sentido, no es desechar el otro, 429.

Espíritu Santo. Porque procediendo semejante al Padre no se dice su Hijo, 294 y sig. Es de su propiedad amor, y el que nos enciende en él para con Cristo, 342.

Esposo, Es uno de los Nombres de Cristo, 238 y sig. Lo es Cristo de toda la Iglesia, y de todas las almas justas, 238 y sig. Tiene este desposorio todas las condiciones que se requieren en perfectísimo grado, 239 y sig. Deleites de este desposorio cuántos y cuales sean, 251 y sig. Se describen largamente y por sus grados en el libro de los Cantares, 260 y siguientes.

Estrellas. Su órden y concierto es símbolo de paz, 203. Su vista causa en el alma sosiego, 203.

Evangelio. Nació su luz con Cristo, 77 y 78. El tiempo desde que se comenzó a predicar hasta que se acabó, se llama un dia en la sagrada Escritura, 78. Por eso es comparado al sol, que hace su curso en un dia, 78. Y también pòrque cuando á unos nace á otros se pone, 199. Acabado el curso de su luz, no habrá más dia, 78. El principio del Evangelio le hizo Cristo en gente baja y vil, 84. Virtud y pureza del Evangelio para la conversión de las almas, 89. Con ser los que le predicaban gente tosca y profesar vida tan áspera, hizo Dios que lo abrazase todo el mundo, 158 y sig. Aun en nuestros tiempos por do quiera que pasa, con su virtud destierra los ídolos, 163 y 198. En él puso Cristo algunos mandatos y renovó otros mal entendidos, 187. No tuvo todo su efecto en un punto sino que se va haciendo hasta el fin del mundo, 195 y 196.

Eucaristía. Sus especies de pan y vino declaran la forma en que Cristo se ofreció en la Cruz por los hombres, 115 y 116. La carne del que dignamente le recibe, se hace en cierta manera una misma con la de Cristo, 242. Esta unidad no es en la sustancia, sino en las condiciones y cualidades, 244 y sig. En el que indignamente le recibe, aun en el cuerpo causa malos accidentes y enfermedades, 246. El consagrarse Cristo en el pan, es en cierta manera nacer, 311 y sig. Y no sólo es nacimiento, sieo suma y retrato de los demás nacimientos de Cristo, 312 y sig. Aunque está en la hostia su verdadero cuerpo, pero esta al modo de espíritu, 312. Comiendo nosotros á Cristo, nos come Él á nosotros, 313 y 314. En este manjar recapituló Dios todas sus grandezas pasadas, 313 y 314.

F

Faces. Es nombre de Cristo, 38 y sig. Por qué le conviene á Cristo este nombre, 44 y sig.

Filósofos. Los antiguos fueron árboles vistosos en rama y hoja, pero sin fruto, 88. Cuán poco adelantaron la virtud con todas sus disputas, 89. No acertaron á sosegar las pasiones del alma, aunque lo intentaron muchos, 214, 371.

Fruto. Cuán propiamente le conviene á Cristo ser fruto, 26. Por qué razones le cuadra á Cristo este nombre, 26 y 32. Es Cristo fruto que se nace de suyo sin cultura ni industria de nadie, 34 y sig.

G

Gobierno. El de los pastores es el mejor y diferente de los otros, 63. Cristo rige y gobierna apacentando, 67 y sig. Gobierno de Cristo es extremadamente perfecto, 70. No es el mejor el de leyes escritas, sino el de ley viva, 70 y 71. El de los hombres es imperfecto, 71. Cuál sea el verdadero, 153 y sig. Apénas se conoce la imágen del verdadero gobierno, 153. La razón del buen gobierno pide, que cuanto uno gobierna más gente, sea más manso y sufrido, 400.

Gracia. No es respeto exterior, sino cosa metida en nuestra alma que la transforma y renueva, 106. Por ella pone Dios en el alma una figura muy á su semejanza y mucho de sus condiciones, 218 y 219. Es como un retrato de lo más propio de Dios, 218. Es una figura viva de Cristo y lugarteniente suyo, 197 y 218. Pelea contra los apetitos rebeldes de la carne, 197. Sola ella es la medicina eficaz para sanar enteramente nuestra alma, 216. Es la vida del alma, y salud de la voluntad, y fuerzas de todo lo flaco que hay en nosotros, 67. Sin ella no hay paz ni salud en el alma, 217. Nace mediante ella Cristo en nuestras almas y ellas en Él, 314. Tiene cuanto es en si fuerza para vencer siempre, 304. Es semilla de nuestra segunda y nueva vida, 121. Pone por ella Dios su ser divino en los hombres, y hace á quien se la da el mayor de los bienes, 181. Ayuda á llevarnos á ella, 211. No venimos á ella por nuestros mereci-

mientos, 57 y sig. Después que la tenemos merecemos por ella ,58. Ninguno adelanta, sino por los pasos que da en cuanto justo y libre, 58. Auméntase y crece por las buenas obras como por su propio alimento, 106 y sig. Aunque merecemos el aumento de la gracia, pero no el venir á ella, 106, 123 y 181. Toda nuestra gracia es derivada de la de Cristo, 67. Los bienes de la gracia mejoran aun en lo natural su sujeto, 409. Solamente son capaces de ellos las criaturas racionales, 30. No los arraigó Dios en lo natural de la criatura y se pueden perder, 29 y sig.

H

Hermosura. En qué consiste, 473. El fundamento de la hermosura es la limpieza, 472, 512. Cuán caduco bien es, y cuán poco dura, 514. La de la mujer no está en la figura del cuerpo, sino en la virtud del alma, 512. Peligros á que están expuestas las hermosas, 513 y sig.

Hijo. Qué cosa es, y qué condiciones se requieren para serlo, 283. Han de ser de un mismo querer el hijo y el padre, 285.

Hijo de Dios. Fué necesario que Dios tuviese Hijo, y por qué, 288 y sig. Cuán propiamente se hallan todas las condiciones de Hijo en Cristo, 285 y sig. Ser Hijo es el más propio y más antiguo nombre de Cristo, 282, 355. De tal manera sale de su Padre que se queda en su seno, 289 y sig. Es engendrado por obra de entendimiento, 290 y sig., 360 y sig. Solo Él es Hijo por excelencia, y por qué, 292 y sig. Es la traza, idea, artificio, y arte de todo cuanto Dios crió, y cria, 297, 356, 359. En Él se forjaron todas las criaturas como en sus ideas, 288, 312. Es príncipe de todo cuanto Dios cria, 297. Dícese tabernáculo, principio y espíritu, y por qué, 355 y sig. Es llamado Hijo en la Escritura con cinco diversos nombres, 328. Por qué el Espíritu santo no se dice Hijo, 294.

Hombre. Es medio entre lo espiritual y corporal, 30. Es un mundo abreviado, 30. Para perfeccionarle Dios, pone en él sus manos tres veces, 39. Es la oveja perdida que Cristo llevó sobre sus hombros, 53. Su buena suerte consiste en el buen uso de las cosas de que Dios le hizo señor, 72. Regirle bien, es hacer que use bien de lo que es suyo, 73. Pone Dios á Cristo en medio de las entrañas del hombre, para que le guie en sus opiniones, 73, Su naturaleza es como de cera para hacer en ella lo que quisiéremos, 99, 103. Es de su naturaleza movedizo y liviano, 362 y sig. De sus muchas miserias, así del alma, como del cuerpo, 362. Hombre viejo y nuevo qué sea, 101 y sig. Escogen los hombres por sus manos lo que los lleva á la muerte, 89. Todos aman el bien naturalmente, 131. Facilidad con que muchos pecan, 131.

Homero. Su poesía es una imagen viva de lo que á cada persona y estado conviene, 449.

Honestidad. Es el ser y sustancia de la buena casada, 434. No es tan loable la mujer por ser honesta, cuanto abominable si no lo es, 434 y sig. Cuán asentada ha de estar la honestidad en el pecho de la casada, 434.

Sólo pensar que puede no ser honesta es ya no serlo, 435. No es honesta la mujer que lo es y no lo parece, 435, 436.

Honra. Cuántos caminando á ella hallaron afrenta, 55.

Humildad. Es necesaria á los Reyes y Príncipes, y muy digna de ellos, 165 y sig. Tiene lugar aun en Dios, 165. Lo humilde es lo más alto en la Iglesia, 269. El verdadero humilde no tiene las injurias por tales, 347. Humildad de Cristo, 166 y sig.

I

Ideas. Las de todas las cosas están en el saber de Dios, 47.

Idolatría. Puso Cristo guerra contra ella luégo después de su resurrección, 158. Fué destruida por los Apóstoles, 160 y sig.

Iglesia. Comenzó á levantarse con la caida de Jerusalém, 25. Todo lo escogido de ella se reduce á tres órdenes de gente, 56. Es un nuevo mundo con su luz, cielos, y estrellas, 125 y sig. Es su cuerpo fuerte y macizo, como quien tiene por fundamento á Cristo, 126. En su principio fué como anegada por la gentilidad, 126. Es alta en los Obispos y Ministros espirituales, y humilde en los fieles legos, 126. Envia Dios sobre ella lluvias del cielo, pero tiene sus noches de tiempos ásperos, 126. Vala Dios criando y perfeccionando hasta llegar á lo último, 127. Siempre sus enemigos ejecutaron contra ella sus crueldades, 161. La allega Dios de las ruinas y caidas del mundo, 196. Será Cristo en la gloria alma del cuerpo de la Iglesia, 197. Desposóse Cristo con ella luégo que la crió, y casarse ha á su tiempo, 262. De tres estados y tiempos de la Iglesia, y de su historia desde el principio al fin, 262 y sig. Según estos tres estados ha usado con ella su esposo de diferente trato, 262.

Inocencia. La de Cristo y su santidad cuán grande fué, 401 y sig.

J

Jerusalém. Destruida por los Caldeos y por los Romanos, 25. Con su caida se comenzó á levantar la Iglesia, 25.

Jesús. Es nombre propio de Cristo en cuanto hombre, 354 y sig. Tiene todas las letra de que se compone el nombre de Dios inefable, 360. Qué significa, y cómo le conviene á Cristo solo, 362. Está en todos los nombres que Cristo tiene, 363 y sig. Todos son necesarios para que se llame enteramente Jesús, 363. No sólo es Jesús porque causa salud, sino porque es la misma salud, 377 y sig. Y porque todo Él por donde quiera que se mire es salud, 380 y sig.

Judíos. Tres veces señaladamente se les ha mostrado y mostrará el Verbo divino para darles luz, 39. Al fin de los tiempos se han de reducir á la Iglesia, 58. No creyeron en Él cuando vino, 58. Amor con que Dios los ha tratado, y que aun tiene hondas raíces en su pecho, 59. Por añadir pecados á pecados vinieron á cometer el mayor del mundo, 133 y sig. La muerte de Cristo causa de la calamidad en que ahora están, 133.

Son como un ejemplo de la ira de Dios, 134. Esperan al Mesías para que los vengue de sus enemigos, 137. Ellos de su voluntad se cegaron para no conocer á Cristo, 145. Por su poca confianza en Dios y graves pecados se les dió el misterio de Cristo envuelto en figuras, 148.

Juicio. De la venida de Cristo á él, 39 y sig. Aquel dia es verdaderamente dia, y por qué, 368. El que vino antes humilde vendrá entónces con alteza y gloria, 43.

Justicia. El hacerla fué uno de los principales fines de la venida de Cristo, 26. Justicia y santidad vivo retrato de Cristo, 33.

Justificación. No se hace por sola imputación extrínseca de los méritos de Cristo, sino por justicia interior, 106, 118. Hace Dios muestra de su liberalidad cuando justifica á uno, 181 y sig. Principio de la justificación cuál sea, 365.

Justos. Son llamados pueblo y ejército de Cristo, y por qué, 369. Son prueba del gran poder y virtud de Cristo, 369. No son todos iguales en gracia, ni en gloria, 368. De sus resplandores en el dia del juicio, 368. Son todos generosos, y de un mismo y alto linaje, 178 y sig. Todo lo que es ménos que Dios es poco para lo que cabe en su alma, 183. Estilo y condición de los justos, y cómo nacen de Dios mediante la gracia, 183. De diversa manera reina Cristo en ellos aquí que en la gloria, 196. No hay cosa en el mundo poderosa para desasosegarlos, 222 y sig.

L

Labrador. Alabanzas de la vida del campo y labranza, 437 y 446. Siempre que reinó la virtud, anduvieron juntos la labranza y el reino, 448. Fué esta vida usada de príncipes y grandes señores, 448.

Ley. La de Dios se dice camino porque guia, 52. Poner Cristo ley á sus ovejas, es criar en ellas fuerzas para guardarla, 68. Tratar con solas leyes escritas, es tratar con un hombre cabezudo, 71. La buena ley es el sano buen juicio del que gobierna, 71. Los que antes de Cristo dieron leyes, no sembraron paz, sino división, 74. El hacerlas, es muchas veces ocasión de quebrantarlas, 74 y 216. La ley evangélica está libre de estos inconvenientes, 165. La ley es el medio con que se gobierna el reino, 164. El fin é intento de las leyes es llevar á los hombres á lo bueno y apartarlos de lo malo, 214 y sig. La de Cristo no sólo enseña á ser buenos, pero aun los hace, 165 y sig. Dos maneras y diferencias de leyes, 219 y 221. La evangélica es ley de amor, 188 y sig. La de Moisés era solamente ley de preceptos que no podia dar justicia, 188 y sig. Alabanza de las nuevas y amorosas leyes de Cristo, 188 y sig. Qué pretendieron muchos de los antiguos legiladores con sus leyes, 214. y sig.

Lengua. La latina era vulgar en tiempo de Cicerón, 275. Loores de la lengua castellana, 275.

León. Es nombre de Cristo y por qué, 398 y sig.

Letra. Siempre fué flaca defensa asirse á ella, cuando la razón evidente descubre otro verdadero sentido, 143.

Libros. En todo tiempo hubo necesidad de los que son buenos, 5. A quien Dios dió ingenio y caudal para escribirlos, tienen obligación de hacerlo, 4. Por muchos buenos que se impriman, nuestras costumbres tienen necesidad de más, 5. Libros profanos introducidos por arte del demonio en lugar de los buenos, 4. Son gran parte del daño que hay en las costumbres del pueblo cristiano, 4.

Limosna. Cómo y á quién la ha de hacer la mujer casada, 464 y sig. No es tanto el bien que con ella se hace, cuanto el daño que se recibe si se hace con vanidad, 373.

Limpieza. Es parte principal de la hermosura, 472. Es señal de ánimo concertado, 512.

M

Madrugar. Es cosa saludable y conforme á la naturaleza, 455 y sig.

Malos. Aunque hacen bando por sí contra el de Cristo, no por eso son unos entre sí, 74.

Mañana. Es lo más deleitoso de la vida, 456 y sig. En ella hace fiesta al sol toda la naturaleza, 457.

Mansedumbre. Cuán grande fué la de Cristo, 395 y sig. Manso es el que no resiste al mal que le hacen, 399. Mansedumbre y amor corren en Cristo á las parejas, 400. Cuanto uno es mayor señor, tanto ha de ser más manso, 400.

María Virgen. Es llamada tierra en la sagrada Escritura, 35, 37. Su entereza virginal fué significada en las profecías antiguas, 35 y sig., 301. Cómo fué en su purísimo vientre concebido el Hijo de Dios, 34, 299, 300, 308. Fué su sangre la más adelgazada y pura que hubo en la tierra después de la de su Hijo, 405 y sig. Es comparado su vientre á la aurora, 37. Es su vientre el tálamo donde se celebró el matrimonio entre nuestra humanidad y el Verbo divino, 241. Nació Cristo de ella sin poner dolor ni quitar entereza, 300. Fué el fin á que se ordenaban todas las purificaciones y limpiezas de la ley de Moisés, 405. De su pureza nació gran parte de la pureza del cuerpo de Cristo, 405.

Marido. Ha de tratar honrada y amorosamente á su mujer, 443 y sig. No puede, según razón, vedarla el dar limosna moderadamente, según su estado, 464. Tienen muchos de ellos la culpa de no tener buenas mujeres, 495.

Mártires. Cayendo ellos muertos, caían los ídolos en el suelo, 161.

Matrimonio. Aunque es camino real, no carece de malos pasos, 419. Es menor en perfección que la virginidad y continencia, 420. Fué siempre honrado y privilegiado por el Espíritu santo, 420. El primero y más antiguo de todos los estados, 420. Dios por su persona concertó el primero que hubo, 420. Le santificó y honró Cristo con su presencia y con

el primer milagro, 421. Le reformó y restituyó á su antiguo y primer grado, 421. Es retrato é imágen viva de la unidad entre Cristo y su Iglesia, 421. Es estado noble y santo, y muy preciado de Dios, 421. El casado ha de tener oración, 425. Fin del matrimonio cuál sea, 437.

Mesías. Aunque había prometido Dios que sería un capitán belicosísimo, pero no de guerras materiales, como los judios piensan, 141, sig. Por qué encubrió Dios su venida debajo de bienes carnales visibles, 146, 147. Argumento convincente de su venida, 137 y sig.

Miseria. Siéntese más cuando sucede á la prosperidad, 170.

Moisés. Le reveló Dios el misterio de Cristo, 40 y sig.

Monte. Qué significa en la sagrada Escritura, 78. Es nombre de Cristo, 77 y sig. Por qué se le atribuye, 77. De las utilidades de los montes, 80. Aunque es Cristo monte muy grande, primero fué piedra pequeña, 82. En él se apacientan diversos estados de gentes, 90 y sig. Son los montes como vientre de la tierra, 80.

Muerte. La segunda cuál sea, 104. Fué necesario que muriésemos todos en Cristo, 107 y sig.

Mujer. Cuán gran daño hace á las mujeres, en especial doncellas, la leyenda de libros profanos, 4. No se les han de permitir versos y cantares de argumentos livianos, 87. Todas son apetitosas de ser honradas y preciadas, 427. No hay cosa en el mundo que más merezca serlo que la buena mujer, 427, 428. Es cosa rara y dificultosa el hallar una buena, 430. Son muchos sus malos siniestros, 430. De su natural es flaca y deleznable más que ningún otro animal, 431. Cuando acierta á señalarse en algo de loor, suele en ello vencer á muchos hombres, 431. En las mujeres no hay medianía, ni es buena la que no es más que buena, 432. De su natural es la mujer inclinada á la escasez, y buena para guardar, 437. Los fundamentos de la casa son la mujer y el buey, 437. Ha de ser hacendosa, no golosa ni comedora, 439. Si comienzan á destemplarse se destemplan sin término, 439. El gasto de las mujeres es siempre en el aire, 440. Es muy contra su natural el ser áspera y brava, 499 y sig. La mujer hermosa es gran trabajo y peligro al que la tiene, 514 y sig. La mujer perfecta es gloria de su linaje y alabada de todos, 518 y sig.

Mundo. Está vecino á la muerte, pues la halla en la vida, 1. Es un templo universal, 32. Qué pretendió Dios en la creación del mundo, 28, 30. No hubo hombre jamás en el mundo que mereciese que Dios se hiciese hombre, 34. Mundo original es el Verbo, 46. Todo este mundo visible comparado con el alma de Cristo es pequeñez, 47. El mundo y su alteza es escaño de los piés de Cristo, 79. La conversión del mundo hecha por los Apóstoles, pone la verdad de nuestra fe fuera de toda duda, 161. No es el mundo más de cuanto se hallare en él quien ame mucho á Cristo, 337.

N

Nacimiento. Tenemos necesidad de nacer segunda vez para vivir, y por qué, 95 y sig. Qué sea nacer segunda vez, 105 y sig.

Nacimiento de Cristo, 283 y sig. De su nacimiento temporal, 35 y siguiente, 299 y sig. Con este nacimiento se desterró del mundo la noche del error, 43. Fué pedido y deseado de los Padres del viejo Testamento, 43. Préciase Dios de él, como de hecho singular y admirable, 35, 36. Nació Cristo para ser Pastor, y así dió luégo á los Pastores nueva de su venida, 75. Los dias en que Cristo nació se dicen dias postreros, 77. Lo que en ello hubo, todo fué nunca visto ni imaginado, 299. Tiene Cristo cinco nacimientos maravillosos, 287 y sig. Cómo nace Cristo y crece en nuestras almas, 315 y sig.

Nombre. Qué cosa sea, y su oficio, 11. Hay dos maneras de nombres, 13. A qué se ha de tener respeto cuando se pone, 14. El que Dios pone, ajusta con lo propio de la cosa nombrada, 15. Háse de asemejar en su significación á la cosa nombrada, 15. Esta semejanza ha de ser en tres cosas, 2. Dios tiene nombre propio, que llaman inefable, y por qué, 18. No es nombrado con él Dios hasta criado el hombre, 21. Es misterioso en la figura y cualidad de sus letras, 18, 19. Fué necesario que en esta vida tuviésemos algún nombre propio de Dios, 20, 21. Aunque no podemos nombrarle con nombre que le iguale, 22.

Nombres de Cristo son muchos, aunque los principales son diez, 10, 22. Son unas cifras breves en que Dios encerró todo lo que el humano entendimiento puede entender y conviene que entienda, 7. Nombres comunes y propios en qué difieren, 14. En esta obra sólo se trata de los de Cristo en cuanto hombre, 23.

O

Obediencia. Por no haberla tenido el hombre á Dios se le rebelaron sus apetitos, 133. Murió Cristo por servir á la obediencia, 286.

Obispos. Los de la Iglesia primitiva todos los dias declaraban al pueblo las santas Escrituras, 2.

Obras. Las que en Cristo no estriban no llegan al cielo, 52 y sig. Las nuestras han de seguir las de Cristo, 52 y sig. Obras de cada uno son sus caminos, 52. Las buenas son los piés con que caminamos á Dios, 58. Obralas Dios con nosotros, y nosotros con Él, 240.

Obstinación. Es tan gran mal, que muda la mansa voz del cordero en la de León, 397.

Oficio. Lo propio y particular que Dios pide á cada uno, es que corresponda á las obligaciones de su oficio, 423. El descuidado en esto, aunque cuidadoso en otras virtudes, no contenta á Dios, 423 y sig. Es la cruz que cada uno ha de llevar, 423.

Oración. Cómo en ella se une Dios con el alma, 316 y sig. En ella todo el trato de Cristo es con las potencias del alma, 316. Sus gustos tienen condición de relámpago, 316. Pasan algunas veces las sobras de ellos á los sentidos del cuerpo, 316.

Oro. Sirvió de hacer prisiones á algunas naciones, 490. Fué materia del primer pecado del pueblo de Dios, 493.

P

Pablo (*San*). Cuán en breve le convirtió Cristo, y le hizo árbol de vida para la Iglesia, 90. Cuán devoto fué del nombre de Jesús, 280.

Padre es uno de los nombres de Cristo, 95 y sig. Cristo es Padre del siglo nuevo, 95. De las cosas que Dios puso en Cristo para que se pudiese llamar Padre, 108 y sig. De la forma y manera con que nos engendra en hijos, 108.

Palabras divinas. Son armas con que Dios hiere la tierra, y quita la vida al malo, 143. Son saetas enarboladas con gracia, 143. Son rayo de virtud invisible, 143.

Pan. Llama la sagrada Escritura á toda la provisión de nuestra vida, 451.

Pasiones. Cuántas tempestades y olas levantan en el alma, si no se refrenan, 207 y sig., 226 y sig. Nos ponen en guerra y disensiones á unos con otros, 212 y sig. De solo Cristo es deshacer y desarraigar las pasiones, 373.

Pasión de Cristo es de más sabiduría y poder que todo lo que saben y pueden los hombres, 80. Sus dolores son pasto de vida para sus ovejas, 82. Su flaqueza y muerte destruyó el infierno, 83 y sig. Fué también muerte del pecado, 113 y sig. Padéció y murió en persona de todo el linaje humano, 115. En justicia no tenía obligación á la muerte, 116. Por ella satisfizo en justicia por todo el linaje humano, 154 y sig. De sus exquisitos trabajos y dolores, 171 y sig. Cuán desnudo fué de todo consuelo, 171. Se mostró cruel consigo mismo, 175. Su muerte encerró en sí innumerables penas y males, 169. No fué el temor quien le hizo sudar gotas de sangre, sino su valor, 172 y sig. Antes de padecer en el cuerpo padeció en la imaginación, 172. Para más sentir, despertó más sus sentidos, llegando en cada uno el dolor á lo sumo, 173 y 175. Los instrumentos de la Pasión son tósigos para todos los vicios, y cada uno para el suyo, 380 y sig. Su mayor tormento fué verse cargado con nuestros pecados, teniéndolos por suyos, 412 y sig.

Pastor. Es nombre de Cristo, y por qué, 60 y sig. Le conviene á Cristo aun antes de hacerse hombre, 76. Es Cristo Pastor y pasto, 81. Tiene diversos modos de apacentar, 70 y sig. Nació para ser Pastor, 75. Cuál sea este oficio, 63. Es lleno de muchos oficios, 71. Es propio suyo servir abatido y en hábito despreciado, 75. Vida pastoril es de mucho sosiego y deleite, 61. Y tanto más, cuanto es más natural, 61. Es vida inocente, y la han usado los mejores hombres, 61. En nadie se representa mejor el amor que en los pastores, 120.

Paz. Cuán grande bien sea, y en qué consiste, 202 y sig. Es el blanco y deseo de todas las cosas, 204. Cristo es su Príncipe y principio, por qué, 204, 213 y sig. Tener el hombre paz consigo, es tenerla con todos los otros, 211, 212. De la del alma justa nace la seguridad del amparo

de Dios, 223 y sig. Qué cosas causan la paz verdadera, 223. El que la tiene consigo en todo halla gozo santo, 225. Cristo es la paz y el nudo de todo lo diferente, 370. La doctrina que no la engendra en el alma, no es Cristo, ni religión suya, 213.

Pecado. El original nace con nosotros, 98. Efectos que causa en el alma y sus potencias, 99, 215. Qué cosa sea, 99. Tiene diversos nombres según sus efectos, 100. Emponzoña la voluntad, y es fuente de todos nuestros males, 215. Heredámosle de nuestros padres, 363. No es una enfermedad sola, sino una suma de ellas, 363. Su remedio es Cristo, 363. Aunque no le hicimos por nuestra propia voluntad, hízolo quien nos contenía á todos en la suya, 103. En ninguna manera es obra de Dios, sino del demonio, y del hombre, aunque en diferente manera, 101. Aunque el alma es incorruptible, los pecados la gastan, 104. Ponen alboroto y desorden en el reino de nuestra alma, 103. Un pecado es escalón para caer en otro, y suele ser pena de otro pecado, 133. Añadiendo pecados á pecados, se viene poco á poco á la obstinación, 133 y sig.

Pecadores. Sus caminos son barrancos, tropiezos y muerte, 68. Buscan sus propios daños con increible trabajo, 69. Con ser tantos y tan manifiestos sus males, hay muchos que siguen el pecado, 132 y sig. Mansedumbre y llaneza de Dios para con ellos, 48. En la Escritura santa es significado el pecador por el leño seco, 115. Su estado es infelicísimo y miserable por muchos títulos, 363.

San Pedro. Qué significó el mudarle Cristo el nombre, 15, 16. Siempre se adelantó en lo que tocaba á la honra de su Maestro, 16. Por qué permitió Dios su negación, 16.

Pensamiento. Cuánta guerra hace uno malo, cuando se lanza en lo secreto del alma, 224 y sig.

Perfección. Cada cosa desea naturalmente la suya, 11. En qué consiste la mayor ó menor perfección de las criatural, 11. Las de Dios cada una es todas, y todas cada una, 18. Todo Dios es una gran perfección, 18.

Persecuciones. Fué hado de Cristo ser perseguido, 91 y sig. Gran consuelo para los que lo son, 91. Admira que siendo tan humilde y sin daño de nadie, fuese tan perseguido de principados y potentados, 92. Después de su muerte le persiguen en sus miembros, 92 y sig.

Pimpollo. Es nombre de Cristo, y por qué, 23 y sig. Con razón es el primero, 23 y 27. Otros nombres se reducen á él, 27.

Plazas. Antiguamente estaban en las puertas de la ciudad, 494.

Pobres. Los pobrecitos amedrentados tienen en Cristo su guarida, 82.

Poeta. No hay ninguno que no cante y alabe la vida pastoril, 61, 62. Por qué siempre pusieron los accidentes del amor en los pastores, 61 y sig. El propio y digno sujeto de la poesía son las cosas sagradas, 86. Es una comunicación del aliento celestial y divino, 86. Los que la emplean en liviandad, deben ser castigados, como corrompedores de cosas santísimas, 87.

Prelados. Son llamados montes en la sagrada Escritura, 78.

Profetas. El mismo espíritu que los levantaba, les metrificaba las pa-

labras en la boca, 86. Les da Dios mayor ó menor luz de profecía, según la disposición de cada uno, 148. Diversos modos de visiones proféticas, 148. El principal blanco de los del viejo Testamento fué el descubrimiento del Reino de Cristo, 194.

Prudencia. Lo más fino de ella es saber ordenar á fines altos y dificultosos medios comunes y llanos, 153.

Pretensiones é intentos. Los hemos de poner en las manos de Dios, 51. Han de ser tales en que se pida á Dios su ayuda, 51.

Pitágoras. No daba razón de lo que decía, 77.

R

Redención. No somos redimidos por haberlo merecido primero, 57, 58. Del admirable concierto y conveniencia de nuestra redención, 154 y sig. Proezas y milagros que con ella se juntaron, 154. Por qué la de los judíos se llama redenciones ó rescates, 58 y sig.

Religiosos. Cuán mal hacen en meterse en el estado de los casados, 423 y sig.

Resurrección de Cristo. Es llamada nacimiento, y por qué, 307 y sig. Resucitó por su propia virtud, 37. No pudo quedar muerto muriendo, 116, 158. Préciase Dios de haber resucitado á Cristo, 117. Resucitamos todos con él á justicia y gloria, 117. Por su resurrección fueron reparadas y vivificadas todas las cosas, 310. La resurrección de Cristo fué también nuestra, 376.

Resurrección nuestra. Con ella se acabará el primer estado del Reino de Cristo, 197. Entonces saldrá por defuera en el cuerpo lo que tiene atesorado el alma, 197. Será el abril de las almas santas, 198. Después de ella quedarán alma y cuerpo sujetos para siempre á la gracia, 198. Dotes que dará Dios á los cuerpos glorificados, 198.

Rey. Es nombre de Cristo, que es Rey por excelente manera, 164 y sig. Cualidades que Dios puso en él para este oficio, 164. Convenía que fuese humilde y llano, 166. Tiene dos estados su Reino, 196. Ahora reina con contradicción, 197. El arreo más digno y necesario á los Reyes es la mansedumbre y humildad, 166 y sig. Han de sacar dechado para su gobierno del de Dios, 153. Algunos antiguos dijeron que debía el Rey ser criado en trabajos, 176. Conviene que sepa de todo, 177. Su oficio es repartir la pena y el premio, 177. Deben conocer por sí mismos los Reyes el estado de sus Reinos, 177. Por qué causa cargan á sus vasallos yugos pesados, 176. Por falta de buenos ayos hay malos Reyes, 176. Pone en peligro su vida y honra el que agravia á sus vasallos, 180. Los Reinos de la tierra son significados por los vientos, porque al fin fenecen, 190, 191. El Rey ha de ser pastor, 200. Qué cosas son las que más engrandecen á un Rey, 165.

Riquezas. Cuántos por ellas han perdido la vida, 55.

Romanos. La tierra y su señorío tuvieron un mismo término, 139. Fué su imperio significado en la cuarta bestia de Daniel, 193.

S

Sabiduría. La verdadera y más alta es saber mucho de Cristo, 6. Sabios que confian y presumen de sí, con facilidad se pierden, 57.

Sacerdote sumo, Vestido de pontifical lleva al mundo acuestas, 116 y 117.

Sacrificio. Cuán perfectamente lo haya sido Cristo, 411.

Salud. Tiene dos partes, 379. No sólo Cristo la causa, pero es la misma salud, 377 y sig. En todo lo que obró por nosotros fué nuestra salud, 380 y sig. La salud no es un solo bien, sino una universalidad de muchos bienes, 367 y sig.

Santidad. Es la cosa que Dios más ama y precia en sus criaturas, 401. En qué consiste, 370 y sig. Cristo es su universal principio, de donde nace la de todas las criaturas, 402 y sig.

Santos. Es grande la honra que la Iglesia les hace, 88. Son cielos por la alteza de su virtud, 126. De la fineza de su amor para con Cristo, 341 y sig.

Señores. Han de tratar bien á sus criados y familia, 468 y sig.

Siglo futuro cuál sea, 124. Ninguno hallará el amor celestial si no se enajena de todo lo que el siglo tiene, 347.

Soberbia junta con ignorancia causa del descaecimiento del pueblo cristiano en la virtud, 2 y sig. Soberbios y pundonorosos son siempre mal sufridos, 346.

Sol. Más que otra cosa criada nos representa las condiciones de Dios y la generación eterna, 295.

Soledad. Es Cristo muy amigo de ella, 64. La ha de seguir el que quisiere ser apacentado por Cristo, 65.

Solón. No puso en las leyes pena al parricida, y por qué, 435.

Sueño. Contra los dormilones, y de las utilidades del madrugar, 454 y siguiente.

T

Temor de Dios. Fuente de toda virtud, 515. Comprende todas las virtudes, 512. Sin él ninguno puede cumplir sus obligaciones, 516. Ha de ser lo primero y principal en la mujer casada, 516 y sig.

Templo. El de la ley vieja por ninguna parte se podía entrar sin subir, 54. Componíase de tres partes, portal, palacio y sagrario, 56.

Tierra. Condiciones de la buena cuáles sean, 84.

Tribulación. Conviértela Dios en luz y bien del atribulado, 5. Con las propias manos de los perseguidores saca Dios el bien del atribulado, 6.

Trinidad. Misterio significado en la figura y disposición del nombre inefable de Dios, 19, 20.

Turcos. Cuán grande y poderoso sea su imperio, 193, 194. No tuvieron de él luz los Profetas del antiguo Testamento, 194. Túvola S. Juan en su Apocalipsi, 195 y sig.

U

Unión de Dios con las criaturas en tres maneras, 29, 30. De Cristo con sus miembros inefable y secreta, 49 y sig., 109 y sig. La personal del Verbo es el fin por qué hizo Dios al mundo, 30 y sig. La de Cristo con los fieles se hace con su espíritu, 50.

V

Vasallos del Reino de Cristo son todos nobles y generosos, y de un mismo linaje, 178 y sig.

Verdad. Por mucho que se esconda, siempre echa algunos rayos que la descubren, 145, 146. Por maravilla entra en el secreto del Rey, 177. La de las cosas consiste en decir cada una con lo que es, 401. Es lo que más agrada al que es puro ser, 401.

Verbo divino. Tres veces se mostró y mostrará al mundo, 39. Es el mundo original, 47.

Vicio. Los que le siguen siempre descienden, 54. El vicioso por sus pasos contados se viene á hacer un bruto, 54. Su camino tiene muchos estorbos y tropiezos, 55, 68. No hay cerradura tan fuerte que baste á guardar el corazón vicioso, 87. Hay vicios con apariencias de virtudes, y al contrario, 463, 511.

Vida. Región de vida donde vive Cristo se describe admirablemente, 63 y sig.

Virtud. La cristiana es mejoramiento del alma, 54. Hace vida en lo alto, 55. Tres órdenes de los que la profesan, 56. Comparada con ella la más heróica virtud estóica es poquedad y bajeza, 183. Su posesión causa la verdadera paz en el alma, 223 y sig. De principios al parecer pequeños sube en breve á grande alteza, 88. Consiste en el medio, 463. No es planta que se da en cualquier tierra, 511. Sus frutos cuáles sean, 517 y sig.

Voluntad dañada es raíz y fuente de toda la guerra que hay en nuestras almas, 216 y sig.

Vulgo. Por su soberbia é ignorancia le han quitado la santa Escritura de entre las manos, 2.

Z

Zorobabel. Príncipe del pueblo judáico, 24. En su tiempo no tuvo el pueblo ninguna señalada felicidad, 24. Reedificó el Templo, 26.

FIN DEL TOMO III.

BINDING LIST JAN 15 1946

36130

LS.
L579M

Author Leon, Luis Ponce de

Title Obras. Vol.3

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET